M E M O R I A S
DE LA
ACADEMIA MEXICANA

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA

DISCURSOS DE RECEPCIÓN

HOMENAJES

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS
EN SESIONES ORDINARIAS

PONENCIA

DISCURSOS EN OCASIONES ESPECIALES

DISCURSOS AL RECIBIR
DIVERSAS DISTINCIONES

PARTICIPACIÓN EN EL IX CONGRESO
DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

PARTICIPACIÓN EN EL X CONGRESO
DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

TOMO XXVI
[1988-1996]

MÉXICO, 1998

PP
M066
ACA·m·
t.26
Ej.2

Derechos reservados © Academia Mexicana
Donceles 66, 06010 México, D. F.

La Academia Mexicana sesiona los segundos y cuartos jueves de cada mes, de las 17:30 a las 20 horas.

Tel./Fax (5)521-55-71
Teléfono (5)510-22-67
e-mail: acadmex@mail.internet.com.mx

ST. 004780 ADQ 05/01

ACADEMIA MEXICANA

[1988]

Director: José Luis Martínez

Secretario Perpetuo: Manuel Alcalá

Censor: Octaviano Valdés

Bibliotecario: Andrés Henestrosa

Tesorero: Alfonso Noriega

Tesorero: Alí Chumacero

Antonio Gómez Robledo

Miguel León-Portilla

Rubén Bonifaz Nuño

Ernesto de la Torre Villar

Edmundo O'Gorman

Ignacio Bernal

Sergio Galindo

Porfirio Martínez Peñaloza

Silvio Zavala

Salvador Elizondo

Manuel Ponce Zavala

José G. Moreno de Alba

Roberto Moreno y de los Arcos

José Pascual Buxó

Clementina Díaz y de Ovando

Tarsicio Herrera Zapién

Carlos Montemayor

Arturo Azuela

Leopoldo Solís

Ruy Pérez Tamayo

Héctor Azar

Electos:

Octavio Paz

Fernando Salmerón

Gabriel Zaid

José Rogelio Álvarez

ACADEMIA MEXICANA

[1996]

Director: José Luis Martínez

Secretario Perpetuo: Manuel Alcalá

Censor: José G. Moreno de Alba

Bibliotecario: Andrés Henestrosa

Tesorero: Alí Chumacero

Miguel León-Portilla

Ernesto de la Torre Villar

Silvio Zavala

Salvador Elizondo

José Pascual Buxó

Clementina Díaz y de Ovando

Tarsicio Herrera Zapién

Carlos Montemayor

Arturo Azuela

Fernando Salmerón

Gabriel Zaid

Leopoldo Solís

Ruy Pérez Tamayo

Héctor Azar

José Rogelio Álvarez

Guido Gómez de Silva

Eulalio Ferrer Rodríguez

Ernesto de la Peña

Margit Frenk

Ramón Xirau

Luis Astey

Salvador Díaz Cíntora

Esteban Julio Palomera Quiroz

Gonzalo Celorio

Margo Glantz

Electos:

Octavio Paz

Héctor Fix-Zamudio

ACADÉMICA

ACADÉMICA

El presente tomo XXVI de las *Memorias* de la Academia Mexicana comprende los años de 1988-1996. En él se da noticia de la elección de nuevos académicos, de discursos de recepción, fallecimientos de algunos de sus miembros acaecidos en ese lapso, homenajes, inicio de un *Diccionario de mexicanismos*, trabajos diversos leídos en sesiones ordinarias, ponencia, discursos en ocasiones especiales, discursos al recibir diversas distinciones, y participación en el IX y X Congresos de Academias de la Lengua Española.

Electos

Don José Rogelio Álvarez, electo el 14 de julio de 1988. Ocupa la silla XXVIII. Sustituye a don Miguel Alemán.

Don Guido Gómez de Silva, electo el 4 de abril de 1991. Ocupa la silla I. Sustituye a don Jesús Guisa y Azevedo.

Don Eulalio Ferrer Rodríguez, electo el 11 de abril de 1991. Ocupa la silla XXII. Sustituye a don Alfonso Noriega.

Don Ernesto de la Peña, electo el 14 de enero de 1993. Ocupa la silla XI. Sustituye a don Salvador Azuela.

Doña Margit Frenk, electa el 28 de enero de 1993. Ocupa la silla XXIV. Sustituye a don Mauricio Magdaleno.

Don Ramón Xirau, electo el 26 de agosto de 1993. Ocupa la silla XIII. Sustituye a don Martín Luis Guzmán.

Don Luis Astey, electo el 11 de noviembre de 1993. Ocupa la silla XXXVI. Sustituye a don Octaviano Valdés.

Don Salvador Díaz Cíntora, electo el 27 de octubre de 1994. Ocupa la silla IX. Sustituye a don Ignacio Bernal.

Don Esteban Julio Palomera Quiroz, electo el 26 de enero de 1995. Ocupa la silla XIV. Sustituye a don Manuel Ponce.

Don Gonzalo Celorio, electo el 22 de junio de 1995. Ocupa la silla XXVI. Sustituye a don Sergio Galindo Márquez.

Doña Margo Glantz, electa el 26 de octubre de 1995. Ocupa la silla XXXV. Sustituye a don Juan Rulfo.

Don Héctor Fix-Zamudio, electo el 9 de noviembre de 1995. Ocupa la silla XXV. Sustituye a don Porfirio Martínez Peñaloza.

Numerarios

Don Gabriel Zaid pronunció su discurso de ingreso *Muerte y resurrección de la cultura católica*, en sesión privada, el 14 de septiembre de 1989. No hubo respuesta.

Don José Rogelio Álvarez pronunció su discurso de ingreso *El Diccionario Universal de Orozco y Berra* el 20 de febrero de 1992. Le contestó don José Luis Martínez.

Don Guido Gómez de Silva pronunció su discurso de ingreso *Los diccionarios de ayer y de mañana* el 5 de marzo de 1992. Le contestó don Manuel Alcalá.

Don Eulalio Ferrer Rodríguez pronunció su discurso de ingreso *Aportación a un estudio del lenguaje publicitario* el 26 de febrero de 1993. Le contestó don José G. Moreno de Alba.

Don Ernesto de la Peña pronunció su discurso de ingreso *La obscuridad lírica* el 18 de junio de 1993. Le contestó don Manuel Alcalá.

Doña Margit Frenk pronunció su discurso de ingreso *Charla de pájaros (o Las aves en la poesía folklórica mexicana)* el 23 de noviembre de 1993. Le contestó don Manuel Alcalá.

Don Fernando Salmerón pronunció su discurso de ingreso *Los estudios cervantinos de José Gaos* el 19 de mayo de 1994. Le contestó don Carlos Montemayor.

Don Ramón Xirau pronunció su discurso de ingreso *De la presencia* el 25 de octubre de 1994. Le contestó don Alí Chumacero.

Don Luis Astey pronunció su discurso de ingreso *La leyenda de Teófilo* el 7 de febrero de 1995. Le contestó don Manuel Alcalá.

Don Salvador Díaz Cíntora pronunció su discurso de ingreso *De tomates, cacahuates y otros disparates* el 4 de mayo de 1995. Le contestó don Roberto Moreno y de los Arcos.

Don Esteban Julio Palomera Quiroz pronunció su discurso de ingreso *Fray Diego Valadés, O. F. M. y su mensaje mexicanista a la Europa renacentista del siglo XVI* el 3 de octubre de 1996. Le contestó don Tarsicio Herrera Zapién.

Don Gonzalo Celorio pronunció su discurso de ingreso *México, ciudad de papel* el 17 de octubre de 1996. Le contestó doña Clementina Díaz y de Ovando.

Doña Margo Glantz pronunció su discurso de ingreso *José Gorostiza*

y Juan Rulfo el 21 de noviembre de 1996. Le contestó don Carlos Montemayor.

Correspondientes mexicanos

Don Alfonso Rangel Guerra, con residencia en Monterrey, N. L. Nombrado el 28 de septiembre de 1989.

Don Herminio Martínez, con residencia en Celaya, Gto. Nombrado el 8 de septiembre de 1994.

Don Ernesto Flores, con residencia en Guadalajara, Jal. Nombrado el 23 de noviembre de 1995.

Don Manuel Sol Tlachi, con residencia en Xalapa, Ver. Nombrado el 23 de noviembre de 1995.

Correspondiente extranjero

Don Georges Baudot, con residencia en Tolosa, Francia. Nombrado el 25 de julio de 1996.

Honorario

Don Gutierre Tibón, candidatura aprobada en sesión ordinaria de 10 de diciembre de 1987. Confirmada el 14 de enero de 1988.

Fallecimientos

Académicos de Número

Don Alfonso Noriega Cantú, 16 de enero de 1988.
Don Octaviano Valdés, 29 de mayo de 1991.
Don Ignacio Bernal, 24 de enero de 1992.
Don Porfirio Martínez Peñaloza, 26 de agosto de 1992.
Don Sergio Galindo Márquez, 3 de enero de 1993.
Don Manuel Ponce Zavala, 5 de febrero de 1994.
Don Antonio Gómez Robledo, 3 de octubre de 1994.
Don Edmundo O'Gorman, 28 de septiembre de 1995.
Don Roberto Moreno y de los Arcos, 1° de agosto de 1996.

Don Enrique Cordero y Torres, 23 de noviembre de 1989.
Don Francisco R. Almada, 3 de junio de 1989.
Don Carlos Pérez Maldonado, 8 de marzo de 1990.
Don Salvador Calvillo Madrigal, 14 de marzo de 1992.
Don Ernesto Ramos Meza, 18 de diciembre de 1992.
Don Alfonso de Alba, 14 de marzo de 1996.

Homenajes

La Academia Mexicana celebró en el lapso de 1988-1996 las siguientes sesiones públicas de homenaje: el 26 de mayo de 1989, a la memoria de don Alfonso Noriega Cantú, en la que hablaron don José Luis Martínez, con su trabajo titulado *Homenaje a Alfonso Noriega;* don Antonio Gómez Robledo con el que tituló *Alfonso Noriega;* y don Ernesto de la Torre con *La obra histórica de Alfonso Noriega.* Este último trabajo fue leído por don Manuel Alcalá, en ausencia del señor De la Torre, quien se hallaba fuera del país. El 20 de julio de 1989, en memoria de don Alfonso Reyes, en la que intervinieron don José Luis Martínez con *El centenario del nacimiento de Alfonso Reyes;* don Alí Chumacero se refirió a *La poesía de Alfonso Reyes;* don José Pascual Buxó con *Alfonso Reyes: el fervor de la teoría;* don Tarsicio Herrera Zapién expuso *El humanismo virgiliano de Alfonso Reyes;* y don Carlos Montemayor, *El helenismo de Alfonso Reyes.* En sesión del 31 de agosto de 1989 se recordó el centenario del nacimiento de don Julio Torri, con la intervención de don José Luis Martínez con *Julio Torri;* don Héctor Azar con *El profesor Julio Torri* y don Serge I. Zaïtzeff con *El otro Julio Torri.* En ausencia del señor Zaïtzeff leyó sus palabras don Manuel Alcalá. El 21 de enero de 1993 con las siguientes recordaciones: *Don Octaviano Valdés, novelador y humanista,* por don Tarsicio Herrera Zapién; *Recordación de don Ignacio Bernal,* por don Roberto Moreno y de los Arcos; y *Porfirio Martínez Peñaloza,* por don Alí Chumacero. El 25 de noviembre de 1994, tanto la Academia Mexicana como el Seminario de Bibliografía Mexicana del Siglo XIX del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México rindieron homenaje a don Joaquín García Icazbalceta con motivo del centenario de su fallecimiento. En esta sesión, que tuvo lugar en el auditorio del mencionado Instituto, los oradores fueron don José Luis Martínez, don José G. Moreno de Alba, don Roberto Moreno y de los Arcos y don Miguel Ángel Castro. El 6 de abril de 1995 se dedicó a tres de sus miembros: *Recordación de Sergio Galindo,* por don

Fernando Salmerón; *Los "misterios" lucientes de Manuel Ponce,* por don Tarsicio Herrera Zapién; y *Recordación de don Antonio Gómez Robledo,* por don Roberto Moreno y de los Arcos.

Un nuevo Diccionario de mexicanismos

Después de haber dedicado varios años a la revisión de los mexicanismos que aparecen en el *Diccionario* de la Real Academia Española, que culminó con la aparición de la vigésima primera edición, de 1992, en la cual se incorporaron más de 600 fichas enviadas por la Academia Mexicana, esta corporación tomó la decisión de trabajar en un nuevo diccionario de mexicanismos. Se discutió ampliamente el plan de trabajo y se presentó al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), solicitándole apoyo económico para su realización. El apoyo fue concedido, en principio, para la primera de las tres etapas proyectadas, la cual fue concluida satisfactoriamente.

Trabajos diversos leídos en sesiones ordinarias

Este tomo recoge los trabajos presentados en las siguientes fechas: en 1988: fichas sobre el origen de las voces: *tequio,* el 9 de junio; *azteca* y *mexica*; y *tocotín,* el 25 de agosto; *tapatío,* el 8 de septiembre, por don José Luis Martínez; el 5 de octubre de 1989, *La Ch y la Ll como capítulos de diccionario,* por don Gabriel Zaid; *Sobre el origen etimológico de la Ch y la Ll en castellano,* por don Tarsicio Herrera Zapién; y el 14 de junio de 1990, *Ortografía de las cifras,* por don José G. Moreno de Alba.

Ponencia

Los poetas neolatinos de México en el siglo XVIII y su contribución ideológica e histórica, por don Carlos Montemayor, leída en el Congreso Internacional Las Humanidades Grecolatinas y la Civilización de lo Universal, celebrado en la Universidad de Coimbra, Portugal, en 1988.

Discursos leídos en ocasiones especiales

En octubre de 1992, en la Reunión Internacional de Académicos de la Lengua Española, Nebrija 92, patrocinado por la Fundación Duques de

Soria, celebrado en Salamanca, España, don José Luis Martínez leyó los trabajos titulados: *En el homenaje de la lengua española a Antonio de Nebrija* y *Nebrija en México,* este último leído en la sesión de clausura y en representación de Hispanoamérica. Del 5 al 11 de noviembre de 1995, don José Luis Martínez y don José G. Moreno de Alba asistieron en Burgos, España, al V Congreso Internacional del Español en América. El discurso de apertura *Saludo a Burgos y al V Congreso del español en América* fue pronunciado por don José Luis Martínez.

Discursos al recibir diversas distinciones

Para recibir el Premio Mazatlán de Literatura, por don José Luis Martínez, el 8 de febrero de 1991. *Para agradecer la medalla de acero al Mérito Histórico "Capitán Alonso de León",* por don José Luis Martínez, el 17 de mayo de 1991. *Algunos recuerdos de Rafael Heliodoro Valle y de Emilia Romero,* por don José Luis Martínez, el 31 de mayo de 1991. *Para agradecer el Premio Jalisco 1991,* por don José Luis Martínez. *Discurso al recibir la Medalla Belisario Domínguez del Senado de la República,* por don Andrés Henestrosa, el 7 de octubre de 1993. *Para agradecer el Premio Internacional Menéndez Pelayo 1995,* por don José Luis Martínez, julio de 1995.

Participación en el IX Congreso de Academias de la Lengua Española

Nuestra Academia fue representada por su director, don José Luis Martínez, y por don José G. Moreno en el IX Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en San José de Costa Rica, del 8 al 15 de octubre de 1989. Las dos ponencias presentadas por don José G. Moreno de Alba se titulan *Revisión de mexicanismos en el Diccionario de la Academia* y *Ch y Ll: ¿Una o dos letras?*

Participación en el X Congreso de Academias de la Lengua Española

En el X Congreso, celebrado en Madrid, España, del 24 al 29 de abril de 1994, asistieron, en representación de la Academia Mexicana, don José Luis Martínez, don José G. Moreno de Alba y don Arturo Azuela. Las ponencias leídas por don José Luis Martínez y don José G. Moreno de Alba fueron, respectivamente, *Un nuevo diccionario de mexicanismos* e *Investigaciones académicas sobre mexicanismos léxicos.*

DISCURSOS DE RECEPCIÓN Y RESPUESTAS

MUERTE Y RESURRECCIÓN DE LA CULTURA CATÓLICA*

Por GABRIEL ZAID

Hacia 1970, llegó a México un obispo holandés interesado en la cultura mexicana. Buscó a Gaspar Elizondo, entonces animador de la mejor librería católica ("Biblia, Arte, Liturgia") y de *Informaciones Católicas Internacionales* (1963-1972), revista que fue *El Despertador Americano* (1810-1811) del catolicismo de vanguardia, visto desde París.

Gaspar me pidió que nos viéramos, y yo acepté, picado por la curiosidad: ¿Un obispo interesado en la cultura? ¿Qué sería eso?

—Mire usted —me dijo, para explicarse—: el Concilio está muy bien, la reforma litúrgica también, ya no se digan las preocupaciones sociales. Pero son renovaciones para unas cuantas décadas. Para que haya catolicismo en los próximos siglos, tiene que renacer la cultura católica. ¿Podemos esperar algo de México?

No pude darle la menor esperanza. En México, fuera de los vestigios de mejores épocas y de la cultura popular, se acabó la cultura católica. Se quedó al margen, en uno de los siglos más notables de la cultura mexicana: el siglo XX. ¿Cómo pudo ser? Todavía me lo pregunto, en este ensayo demasiado amplio, hipotético, provisional.

1. CULTURAS SUPERADAS

Cultura (en un sentido antropológico), cultura (en un sentido etnográfico), cultura popular, cultura tradicional, cultura oficial, cultura de autor (si se me permite la expresión), cultura comercial, son distingos inaplicables a las sociedades prehistóricas y a muchas otras. Son distingos que surgen de la cultura moderna frente a las demás y frente a su propia evolución, asumida como progreso: como destino culminante de toda la especie humana.

La cultura moderna es un momento del cristianismo: ni el primero, ni el último. Un momento en el cual renace la pasión por lo nuevo, la conciencia de ruptura, la esperanza escatológica, de los primeros cris-

* Leído en sesión ordinaria efectuada el 14 de septiembre de 1989.

tianos. Tiene sus raíces en torno al milenio, en la revolución comercial de la Edad Media (siglos x al xiv), en el gran cisma entre las iglesias de Oriente y Occidente (1054) y, por supuesto, en el milenarismo, sobre todo el trasmutado en joaquinismo: las doctrinas proféticas de Joaquín de Fiore (1130-1201). El Renacimiento, la Reforma, la Revolución acentúan la conciencia moderna como autoconciencia universal: el hombre nuevo, emancipado, cada vez más autónomo, que observa, juzga, domina y redime al resto de la humanidad, quedada atrás.

El judaísmo queda atrás, superado por el cristianismo. El cristianismo oriental queda atrás, superado por el occidental. El cristianismo medieval queda atrás, superado por el humanismo renacentista. El catolicismo queda atrás, superado por el protestantismo. La religión queda atrás, superada por el saber del hombre moderno: ilustrado, revolucionario, marxista, nietzscheano, freudiano. El hombre queda atrás, superado por el superhombre.

Más allá del bien y del mal, en la aurora del superhombre liberado y liberador de la especie humana, la cultura moderna daba por superado el cristianismo de su origen, y se disponía a enterrarlo. Pero, en el ocaso del segundo milenio (más que de los dioses), ya no está tan claro quién va a enterrar a quién: si la cultura moderna al cristianismo o el cristianismo a la cultura moderna. De la modernidad poscristiana puede surgir un cristianismo posmoderno.

2. Nuevas épocas: desde adentro y desde afuera

¿Quién debe comprender a quién? La vieja aspiración franciscana (no buscar el consuelo de ser comprendido, sino tratar de comprender) implica abnegación y hasta mansedumbre, pero también autonomía, superioridad. La suscribiría el superhombre de Nietzsche. También San Pablo: "el hombre espiritual lo juzga todo, y a él nadie puede juzgarlo" (1 Cor. 2.15).

Desde un punto de vista psicológico o sociológico, no es fácil sostener tanta arrogancia, fracaso tras fracaso, durante mucho tiempo. Sin embargo, después de que Jesús hizo el ridículo final, el movimiento cristiano tuvo una capacidad asombrosa de sentirse superior, de asumirse como la vanguardia de una nueva era, de autocrearse, sostenerse, extenderse, a pesar de la indiferencia, el fracaso y la persecución, durante varios siglos. En su discurso, que lo juzgaba todo, sin someterse a juicio alguno, proclamaba un nuevo origen del mundo, un hecho cósmico comparable a la creación primera: Dios había venido al mundo para redimirlo. Y esta fe prosperaba, en medio del más completo ninguneo, apenas

aliviado por crueles persecuciones. Desde los otros discursos, no había pasado nada: la predicación de un joven carpintero, que acabó mal, como tantos alborotadores; la formación de una secta, ignorada o apenas mencionada por Tácito, Suetonio, Josefo.

Así se escribe la historia. Los hechos centrales de un discurso pueden ser tangenciales o inexistentes en otro. Todavía hoy, abundan las sectas ninguneadas o reprimidas que apenas existen para los demás, pero que en su propio seno se proclaman como un nuevo comienzo del mundo, que para todo tienen explicación y juicio, que todo lo comprenden y que no esperan ser comprendidas desde afuera: sólo desde adentro. Pero no es fácil sostenerse ante la indiferencia y el fracaso, ante el desánimo, las herejías y los cismas. Algunos, que rechazan la argumentación de otro discurso, de pronto dan el salto y lo adoptan en bloque. Su rechazo, su adhesión, aunque razonados, no dependen realmente de los argumentos sino de estar adentro o afuera. Desde el discurso A, juzgo y me explico el discurso B, quedado atrás. Desde el discurso B, juzgo y me explico el discurso A, quedado atrás. Sucede en los discursos religiosos, artísticos, literarios, filosóficos, políticos.

3. Tiempo igual, tiempo jerárquico

Si estos saltos son frecuentes, si el movimiento de un discurso a otro resulta circular, como sucede en estos tiempos de modas y vanguardias recalentadas, de posvanguardias o posmodernidad, ya no es tan fácil ver la conversión como progreso. En la vieja tradición moderna no era así: A, dejado atrás por B, dejado atrás por C, implicaban progreso.

Para la cultura moderna, que rechaza las jerarquías, los tiempos no son iguales: el hoy es más que el ayer. Toda secta moderna repite la primera ruptura del cristianismo: la inauguración de tiempos nuevos y mejores, que entierran el pasado, o ni se ocupan. "Que los muertos entierren a sus muertos", dice Cristo. "Un cadáver" se llama un horrible manifiesto del surrealismo contra un escritor dejado atrás (Anatole France). La tradición moderna es una paradójica tradición de la ruptura, como la bautizó Octavio Paz, al señalar el fin de las vanguardias.

Las vanguardias en el tiempo son como las castas en el espacio: jerarquizaciones. Para la cultura moderna, que rechaza las castas, hay una excepción: las castas temporales. No es que yo tenga privilegios de los cuales excluya a los demás, sino que llegué primero a donde todos llegarán. Todos somos iguales, aunque unos más iguales que otros: los hombres nuevos, que vamos adelante, formamos la casta superior, frente a la casta (no intocable, sino menesterosa de redención) quedada

atrás. Hasta hay carreras de ratas, para ver quién llega antes o más lejos. Pero son carreras igualitarias (puesto que todos pueden concursar) y hasta redentoras (puesto que trepamos para servir mejor a los que, con tesón, fuimos dejando atrás).

Louis Dumont establece una oposición entre el *homo hierarchichus* de las culturas tradicionales y el *homo equalis* de la cultura moderna. Se trata de una oposición en el espacio, que me permito proyectar en el tiempo:

Homo hierarchichus = *Tempus equalis*
Homo equalis = *Tempus hierarchichus*

Las culturas tradicionales viven en un tiempo igual. La cultura moderna, en tiempos cada vez mejores. Las culturas tradicionales conservan su diversidad (varían en el espacio más que en el tiempo). La cultura moderna va cambiando de uniformidad (varía en el tiempo más que en el espacio).

Todos los mesianismos jerarquizan el tiempo, pero en dos polos opuestos: el presente menesteroso y el futuro glorioso, que es un futuro absoluto, sin grados intermedios. Entre la miseria y la gloria, no hay avances al cielo, de progreso creciente. El mito del progreso aparece cuando Joaquín de Fiore transforma el milenarismo en cultura moderna: la realización gradual del cielo en la tierra.

Los primeros cristianos discutían sobre el fin de los tiempos. Puesto que el Mesías ya había llegado, muerto y resucitado, lo que seguía era el fin del mundo conocido hasta entonces y la resurrección de un mundo nuevo. Muchos lo esperaban de un momento a otro. Algunos abandonaban sus tareas, ante el inminente final. Hasta que se impuso el criterio de que la nueva era, que ya había comenzado (con la resurrección de Cristo), podía culminar en cualquier momento, pero no se sabía cuándo. Mientras tanto, orar y trabajar.

Esta jerarquía del presente subordinado al futuro no era moderna. Tanto el hoy como el ayer (después de Cristo) eran iguales: tiempos de esperanza en el futuro absoluto. Se esperaba una culminación apocalíptica, no gradual. De igual manera, la transformación de los corazones no era un camino de perfección ascendente, sino conversión repentina y radical. El cristianismo era un movimiento de conversos que habían dejado atrás el hombre viejo, se revestían del nuevo y actuaban como la vanguardia del tiempo venidero, en un mundo corrupto y decadente, destinado a perecer.

En el siglo IV, cuando el cristianismo deja de ser una secta perseguida para convertirse en religión oficial, se presentó el problema de qué hacer con las conversiones meramente oficiales. Los radicales querían la

conversión radical de una sociedad, de unas autoridades, ya declaradamente cristianas. La solución estuvo en constituir sociedades perfectas pero aparte: monasterios autorizados al margen de la sociedad cristiana normal, para vivir radicalmente el evangelio. Los monasterios jerarquizaban el espacio: frente a la sociedad cristiana imperfecta, con todas sus miserias, había espejos de perfección, ínsulas utópicas, que eran ya la Ciudad de Dios, anticipación del futuro absoluto.

Siglos después, Joaquín de Fiore, un abad cisterciense, proyecta esa división del espacio en el tiempo: la sociedad entera llegará a ser un monasterio; la perfección será cosa de todos, gradualmente: Los perfectos, en vez de apartarse del mundo, volverán al mundo, para dirigirlo hacia la perfección. El monje quedará atrás, superado por el fraile, el misionero, el caballero andante, el laico. Terminan unos tiempos, vienen otros. La historia sagrada se divide en los tiempos del Padre (hasta la encarnación de Cristo), tiempos del Hijo (hasta el siglo XII) y tiempos del Espíritu Santo (por venir).

Las innovaciones agrícolas, comerciales y financieras; la importancia que adquirieron las ciudades frente al campo; la impresión de que el milenio marcaba el fin de una era, y quizá el fin del mundo; el radicalismo cristiano, avivado por el milenarismo; hicieron de Joaquín un profeta escuchado, una especie de Marx del siglo XII. Todavía en el XIX, influye en las doctrinas románticas, socialistas y positivistas. Puede ser visto como el profeta de la cultura moderna, como el creador del mito de la perfección gradual y universal.

A su vez, la conciencia posmoderna (en formación) puede ser vista a la luz del joaquinismo y el segundo milenio. Nace del auge de las vanguardias en el siglo XX: de los horrores o el simple aburrimiento en que degeneraron. De ver que la ruptura se volvió tradición, muy aprovechable para trepar a la fama, el dinero o el poder. De ver que los cambios no necesariamente están seriados en progresos sucesivos: A, B, C, como una ley inexorable. Que pueden darse en otro orden, repetir como moda, convivir simultáneamente y no ser un progreso. Todos los progresos en el tiempo pueden ser vistos como variaciones en el espacio, como posibilidades siempre disponibles de un repertorio ecléctico. Así como las culturas tradicionales forman un vasto repertorio geográfico, las vanguardias pasadas y futuras pueden ser vistas como un repertorio histórico de posibilidades actualizables en cualquier momento.

La conciencia posmoderna convierte la sucesión en diversidad (y hasta en variedad: repertorio de variantes contempladas como espectáculo), devalúa el progreso, invierte la visión profética de Joaquín de Fiore: cambia el eje del tiempo al espacio. La ruptura del joaquinismo había efectuado la operación contraria: cambiar el eje del espacio al tiempo.

Para la conciencia posmoderna, los tiempos modernos desembocan en un tiempo igual. Lo cual parece una restauración de los tiempos iguales. Pero no se trata de la igualdad A (premoderna), sino de la igualdad B (posmoderna): una continuación paradójica de la jerarquía temporal. Dejar la modernidad atrás es como lo último de lo último de la vanguardia: la ruptura final que se queda en el viaje. Superar el progresismo es negarlo, pero también continuarlo. Romper con la tradición de la ruptura es romper y no romper. La conciencia posmoderna iguala los discursos de las vanguardias con los discursos tradicionales, como si las vanguardias fueran etnias de una cultura (la cultura del progreso) también tradicional. Pero no se identifica plenamente ni con unos discursos ni con otros. Lo juzga todo, ¿desde dónde?

4. La cultura católica, excomulgadora excomulgada

Parece ser que no se ha escrito una historia de la literatura católica. Pero, viéndolo bien, sería la historia ¿de qué? Hasta hace relativamente poco, toda la literatura occidental era católica. Desde la Iglesia, podían verse como diferentes, como ajenas, como asimilables y hasta como precristianas las literaturas dejadas atrás: bíblica, griega, latina. Luego aparecieron literaturas vistas como enemigas: islámica, protestante. Pero San Agustín era San Agustín, no un gran escritor católico. Lo mismo puede decirse de Calderón y de Sor Juana. La figura del escritor visto como católico es recientísima: del siglo xix.

Mientras la cultura católica fue la cultura dominante, no se justificaba señalar a los católicos, sino a los gentiles, paganos, infieles, apóstatas, cismáticos, herejes, libertinos, excomulgados. La cultura católica no era católica: era, simple y sencillamente, la cultura. Cuando deja de serlo, la situación se invierte. El escritor señaladamente católico (Claudel, Chesterton, Papini) es un heterodoxo que se gana el derecho de admisión en el discurso dominante; un creyente de creencias que hemos dejado atrás, que insiste en hablar con nosotros y que lo hace tan bien que, aunque quisiéramos, no lo podemos ignorar. Tiene que dominar el discurso moderno, sin dejar de ser católico; ser bilingüe, bicultural, casi un antropólogo, capaz de situarse en ambos discursos, desde adentro y desde afuera.

No han faltado creyentes que piensen que esto no es posible o deseable, por razones morales. En un sentido amplio, es como volverse un descastado. En un sentido estrecho, es pasar por experiencias prohibidas. La literatura moderna es muy libre, experimental: si quieres ser un buen católico, no puedes ser un buen novelista. Si el joven católico

James Joyce se hubiera quedado en la provincia a "conocer el mundo por un solo hemisferio" (como dijo López Velarde), no hubiera escrito *Ulises*. Significativamente, estos malos argumentos se dan también entre los protestantes y los comunistas: no son propios del catolicismo sino de la estrechez de juicio literario y moral. La literatura piadosa (católica, protestante o comunista) es, en primer lugar, literatura estrecha y luego lo demás.

Desde los primeros cristianos, hubo los que prefirieron quedarse en Jerusalén, guardar el sábado, la circuncisión, la comida *kosher*. Y hubo los misioneros, encabezados por San Pablo, que se fueron por el ancho mundo a predicar, sin exigir la previa conversión al judaísmo; buscando, por el contrario, elementos en la cultura de los conversos que pudieran expresar un significado converso. Muchos católicos modernos reviven la experiencia paulina: la del escritor converso. Son primero hostiles, indiferentes o ajenos al catolicismo; luego se convierten, y acaban siendo, simultáneamente, modernizadores del discurso católico y misioneros del catolicismo entre las tribus del discurso moderno. Por lo mismo, provocan entusiasmos, confusiones, suspicacias y hasta condenaciones de ambas partes.

Los misioneros tienen que ser biculturales, volverse en cierta forma descastados, exponerse a experiencias desconocidas y aun prohibidas. Tienen razón los casticistas; hay algo poco casto hasta en el simple hecho de aprender otra lengua, de hablarla con desenvoltura. Para entender a otros, para ser entendido, hay que ponerse en su lugar: lugar prohibido o peligroso para mantener mi identidad. Ver desde afuera las propias creencias, verlas con ojos descreídos, como las ven los otros y como vemos las creencias de los otros, puede conducir a quedarse en el aire: a no creer ni en unas ni en otras. ¿A dónde vas? Quédate en casa. Te arriesgas a perder tu preciosa identidad. (O, en la nueva versión de esta cursilería casticista: no trates de convertir a nadie, destruyes su preciosa identidad.)

Hay dudas semejantes sobre los antropólogos. ¿Se puede realmente entrar y salir de las culturas? O te conviertes en un discípulo mistificado de las enseñanzas de don Juan, como Carlos Castañeda; o mistificas la sexualidad samoana para liberarte de tus represiones, como Margaret Mead; o le sirves de hecho a la penetración imperialista; o arruinas el "material": tu contacto desvirtúa la otredad de los otros, los occidentaliza. Lo otro es inasequible: o te conviertes falsamente en otro, o supones falsamente al otro, o lo destruyes o, cuando crees llegar a comprenderlo, ya no es otro sino un reflejo de ti.

Tanto la otredad de los otros como la nostredad de nosotros tienen algo de inasequible, pero no algo absoluto que impida toda posible

comprensión. Toda cultura tiene una zona apátrida, universal, que nos permite vernos como si fuéramos otros (¿desde dónde?, desde el salto), y comprender así también a los demás.

Es una zona equívoca. Asumida como propia, puedo creer (y hasta hacer creer) que lo universal es algo particularmente mío, que la zona apátrida está en mi patria (mi cultura, mi religión, mi tribu, mi profesión, mi partido). Que la universalidad no es de quienes la trabajan en su propia zona apátrida, sino de quienes se convierten a mi particularidad. No es que yo alcance la conciencia de mí en esa zona, asumiendo y rebasando mi identidad particular, sino que el pensamiento universal es griego (o alemán). Un bárbaro no puede comprendernos, no puede siquiera comprenderse a sí mismo, no puede filosofar, mientras no piense en griego (o alemán). Un gentil no puede convertirse en cristiano sin someterse a la circuncisión. Un burgués no puede comprender la revolución sin convertirse en revolucionario; empezando, naturalmente, por someterse a mi comandancia. Un profano no puede comprender el psicoanálisis, sin someterse a mi terapia. La cultura universal es el imperio de mi particular identidad, religión, sexo, especialidad. Internacionalismo es que los otros se sometan a mi nacionalismo.

Todo discurso que se presenta así puede suscitar conversiones, rechazos, indiferencia. Para lo cual, naturalmente, cuenta la situación: si se predica con las armas en la mano, con dinero, con resultados convincentes; si es recibido en un momento de afirmación o inseguridad; si encaja o no en las expectativas del otro discurso; si hay más o menos iniciativa y liderazgo en un discurso que en otro; si un discurso o el otro corresponden mejor a las necesidades objetivas o subjetivas; etcétera.

Los misioneros, los conquistadores, pueden verse a sí mismos y hasta ser recibidos como libertadores. También pueden ser vistos con resentimiento. Un pobre diablo de la España actual puede creerse superior a los mexicanos porque desciende de conquistadores. Perdóneme —le diría José Fuentes Mares *(Intravagario)*—; el descendiente de los conquistadores soy yo: usted desciende de los no conquistadores, de los que se quedaron en su casa. Un pobre diablo del México actual no piensa como Fuentes Mares. En vez de reírse de la falsa conciencia del "conquistador", adopta una falsa conciencia de "víctima", que le hace el juego. A la pequeñez que se exalta en la arrogancia, opone una pequeñez que se hunde en el resentimiento.

No han faltado en la cultura católica quienes se hundan en el resentimiento, frente a la marcha del progreso. Pequeñez paradójica: ¿de dónde salió el progreso sino de la cultura católica? Pero hay quienes se ponen, no en el salto de la autocomprensión (que parece estar en el aire), sino en tales o cuales particularismos superables (que parecen la

roca firme de la propia identidad); no en la zona profundamente "católica" (universal, apátrida) sino en la zona de la "identidad católica", como si fuera inamovible.

Entre los primeros cristianos, la identidad católica incluía la circuncisión, pero excluía el latín. ¿Qué se iba a hacer con los conversos que lo hablaban? Luego, durante muchos siglos, la identidad católica parecía inseparable del latín. ¿Qué se iba a hacer con los que no lo hablaban? Que lo aprendan, dijeron muchos, como antes se había dicho: circuncidarlos. Como les dijo Tertuliano a los que buscaban conectar el evangelio con el pensamiento griego: ¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén, ni la Academia de Platón con la Iglesia de Cristo? Como les dijo Unamuno a los españoles preocupados por su atraso frente a los países industrializados: Que inventen ellos. Como se dijo tantas veces de la Biblia entre los católicos: Que la estudien los protestantes.

Cuando están en el poder, los celosos de la identidad tratan de imponer sus particularismos universalmente. En la derrota, se repliegan al casticismo. Ante una posible victoria que diluya su identidad, prefieren la derrota: acabar expulsados de su propio discurso original. Lo mismo puede suceder con los contrarios: acabar dentro o fuera del discurso reconocido como católico.

La disputa por la identidad es también la disputa por los ancestros, por los apellidos, por la secuencia genealógica. Tanto los triunfadores como los derrotados pueden alegar que ellos son los verdaderos cristianos; que los otros no son católicos (universales) sino meramente romanos, papistas; que los otros no son cristianos (seguidores de Cristo), sino meramente luteranos (seguidores de Lutero). También puede suceder que los motes (romano, luterano) se lleguen a asumir por los atacados como propios de su identidad, y hasta con orgullo. Esto lleva a problemas demarcativos. ¿De qué estamos hablando al hablar de cultura católica?

Lo que hoy se llama luteranismo puede ser visto como una de tantas sectas protestantes o como la Iglesia desde los tiempos de Cristo, de la cual se desprendió la Iglesia griega, luego la romana y luego otras Iglesias. Lo que hoy se llama catolicismo puede ser visto como la Iglesia central, que se fue depurando con la salida de las otras, o como la secta de irredentos que no se reformaron (así como los judíos pueden ser vistos como precristianos irredentos, que no aceptaron al Mesías). Lo que hoy se llama cultura moderna, ¿es la cultura occidental?, ¿es la cultura europea?, ¿es la cultura cristiana? El Renacimiento, la Reforma, la Revolución ¿son las tres nefastas erres que acabaron con la cultura católica o son convulsiones del catolicismo en el camino de volverse universal?

La cultura moderna es un momento del cristianismo. Nace del discurso

católico, universalista, profetizado por Joaquín de Fiore, cuando recupera el milenarismo, con una solución distinta a la de San Agustín: ya no el dualismo de la Ciudad de Dios, sino el gradualismo del camino de perfección. Pero las luchas ideológicas condujeron a una doble excomunión. Mientras el discurso dominante fue católico, muchas iniciativas del catolicismo modernizador acabaron excomulgadas. Después, cuando la cultura moderna se volvió el discurso dominante, la cultura católica acabó excomulgada.

5. Nostalgia del integrismo

Se puede hablar de progreso y de crítica del progreso desde la domesticación del fuego (celebrada como progreso en mitos que recogen también la crítica del progreso: Prometeo libera a la humanidad de la providencia de Zeus, pero abre la caja de Pandora). Sin embargo, la ciega voluntad de progreso es muy reciente: aparece en el seno de la cultura moderna, en el siglo XVIII. Hubo, naturalmente, oposición católica, pero ya no tuvo peso: los católicos habían perdido el liderazgo cultural. La crítica del progreso que realmente pesó fue la protestante: la que iniciaron los románticos alemanes.

Así como la contrarreforma católica fue contra, pero también reforma (tomó en serio, aunque agresivamente, muchas críticas protestantes), el romanticismo fue una contrarrevolución que fue contra (la revolución francesa, la revolución industrial), pero también revolución. De hecho, en los países católicos dominados por la revolución impuesta desde afuera (industrial, francesa), estimuló la insurgencia armada, que se prolonga hasta el siglo XX. (La guerrilla universitaria se ha dado especialmente en los países católicos: Italia, España, Irlanda, América Latina, Filipinas.) Desde el siglo XIX, el nacionalismo revolucionario, el gusto por el folclor, la defensa de la identidad, la vuelta a los orígenes y a la naturaleza, la educación permisiva, la idealización del campo, del niño, de la mujer, del amor, del inconsciente, del hado; la celebración del rebelde, la defensa de los animales, la aceptación del pensamiento mágico, el prestigio de lo diferente, lo exótico, la bohemia; el desprestigio del cálculo, la razón, la máquina, la industria, el poder, la eficiencia, el dinero; le deben mucho al movimiento romántico. Un movimiento de protesta contra el progreso, pero también un progreso: una contrarreforma protestante.

La contrarrevolución romántica fue más profunda en los países que habían tenido revolución moderna (protestantismo, ciencia, industrialización, crítica, sociedad civil, Estado laico). Pero los países atrasados,

no sólo se beneficiaron con el contagio, que tuvo efectos políticos (y paradójicos: también esta revolución llegó del exterior). Se beneficiaron con un prestigio nuevo en los países adelantados: como buenos salvajes de culturas exóticas, afortunadamente marginadas de los horrores del progreso.

El romanticismo rescató la cultura soterrada por la modernidad, y así de paso la cultura católica. Lo que había empezado como una subcultura sectaria dentro del judaísmo y había llegado a ser la cultura dominante de Europa, ya no ofrecía ningún peligro; se había vuelto una cultura marginal, que conservaba su pureza frente al mundo moderno. El viaje a Italia o España era como el viaje a Grecia: una vuelta a los orígenes. El apoyo romántico a la insurrección griega o hispanoamericana era el apoyo al buen salvaje oprimido. La antropología y los estudios del folclor (disciplinas románticas y turísticas) afirmaban el valor de las culturas no modernas, legitimaban el catolicismo. Hubo hasta conversos al catolicismo entre los románticos alemanes (nada menos que Federico Schlegel y Adán Müller, que acabaron editando una revista católica: *Concordia);* tradición romántica que continúa hasta el siglo xx (Newman, Hopkins, Bloy, Claudel, Jammes, Péguy, Chesterton, Maritain, Marcel, Papini, Julien Green, Graham Greene, Waugh, Silone, Merton).

La readmisión de la cultura católica por la puerta de atrás, como una especie de minoría étnica que tiene derecho a convivir dentro de la cultura moderna, fue aprovechada por los católicos más abiertos, no sin problemas con el gueto del cual provenían y con la cultura dominante, a la cual se integraban. Un escritor católico ya no podía ser, simple y sencillamente, un escritor: tenía que ser señaladamente católico, el vocero de una tribu menospreciada que llegaba hasta el foro universal.

Su figura resulta ambivalente. Para los modernos más abiertos, es una voz que enriquece la cultura moderna y la confirma como universal, aunque insista en hablar de un dios desconocido, como San Pablo en Atenas; lujo que puede darse la cultura dominante: escuchar a un misionero como si el salvaje fuera él. Para los católicos más cerrados, es un abogado del gueto, que no acaba de representarlo; un misionero sospechoso que, en vez de convertir a los paganos, se convierte a la cultura dominante: un arribista renegado, un malinchista.

Sin embargo, objetivamente, al gueto le convenía lo mismo que detestaba: el relativismo del Estado agnóstico, indiferente en materia religiosa, que no proclama la cultura católica, pero que admite como legítimo el derecho a la diferencia. Frente al jacobinismo y el terror (que habían dejado atrás, como ensayos inocuos, el antiguo *odium theologicum* y la Santa Inquisición), el liberalismo era un respiro. La libertad, que los católicos habían negado en el poder, tenía otra cara desde el

gueto: como libertad para los católicos. Sin embargo, los católicos modernos de la revista *L'Avenir* (Lamennais, Lacordaire, Montalembert, 1830-1831) o *Ramblet* (el futuro Cardenal Newman, el futuro Lord Acton, 1850-1862), que abogaban por la libertad de los católicos y no católicos en un régimen de separación de la Iglesia y el Estado, fueron mal vistos por las autoridades civiles y eclesiásticas.

En cierta forma, el catolicismo aún no se recupera del *shock* de 1789. El Renacimiento (asimilado) y la Reforma (excomulgada) eran revoluciones desde adentro del discurso católico. Un católico moderno como Lutero no estaba tan lejos de otro católico moderno como Erasmo. Que uno saliera y otro se quedara, tuvo que ver con sus distintas personalidades y estrategias, no con la imposibilidad absoluta de asimilar la Reforma en el discurso católico, que de hecho se fue reformando, desde el Concilio de Trento hasta el Vaticano II. En cambio, la Revolución arremetió desde afuera y con violencia armada, como un ángel exterminador. Hay que acabar con esa perra —dijo Voltaire de la Iglesia *(écrassez l'infâme!)*—.

El ateísmo no es moderno, sino milenario, como puede verse en el Salmo 14 ("Dijo el necio en su corazón: no hay Dios"). Lo moderno ha sido el ateísmo en el poder: el ateísmo como religión oficial, que persigue a las otras. Esta paradoja de la modernidad: la Razón como religión, quizá se explique por el origen religioso de la modernidad misma y porque no es fácil que el Estado imponga normas sin algún fundamento religioso. La solución geopolítica de la Paz de Augsburgo (1555, *cujus regio, ejus religio,* según la región la religión: los principados serán católicos o luteranos según la religión del príncipe) tiene que ver con esta dificultad. Es muy difícil gobernar con normas legitimadas por una religión contraria a la del pueblo o por ninguna: gobernar desde el vacío religioso. La Revolución como fuente de legitimidad, como mito que destierra al oscurantismo y lleva la Razón al poder, adoptó el *cujus regio, ejus religio:* donde llegan al poder los ateos, el ateísmo debe ser la religión oficial.

Pudiera pensarse que la solución liberal extiende este principio: llegan al poder los agnósticos, los indiferentes o respetuosos en materia de religión, y la no religión se vuelve religión oficial. Pero hay dos diferencias. En primer lugar, es más difícil que la no religión sea militante o perseguidora, como el ateísmo, el protestantismo y el catolicismo. Por otra parte, con la no religión, la normatividad oficial se queda sin fundamento, más allá de la tolerancia, la indiferencia, el relativismo, el no sabemos. El Estado pierde legitimidad: no puede representar las creencias, los sueños, las profecías, los proyectos de realización personal y social, más allá del proyecto de convivir pacíficamente y dedicarse cada uno a lo suyo.

El vacío de sentido en el centro mismo del poder resulta práctico y aceptable para algunas élites modernas, pero no para todas, ni para el resto de la sociedad. Hay una gravitación social al integrismo: a llenar el vacío con una religión oficial. Hay un deseo profundo de manifestar en el espacio público las creencias, las esperanzas, los proyectos del corazón de cada tribu. La satisfacción puede verse en las caras de los comunistas antes clandestinos, cuando pueden, por fin, hacer campañas y hablar por televisión; de los homosexuales que pueden hacer manifestaciones públicas; de los católicos que rezan a la vista de todos en peregrinaciones religiosas; de los cristeros, franquistas, sandinistas y contras, felices de tener caudillos militares y católicos, que no se andan con medias tintas; de los musulmanes iraníes y afganos que toman las armas contra regímenes progresistas, que no los representan. A toda tribu le hace falta convertir su fe en vida pública. El Estado agnóstico, el régimen liberal, la democracia plural no representan la religión de nadie: son un mal menor para todos.

La crítica moderna, radical, iniciada por el católico Descartes, puede quedarse transitoriamente en el aire, ponerse en el salto de ver sus propias creencias con ojos descreídos, hacer como que hace abstracción de la fe y el saber recibidos y, mientras tanto, proponerse (como dijo maravillosamente, en dos palabras que nadie había reunido) una "moral provisional". Pero no hay moral provisional.

Puede haber crítica moral (de los *mores:* de las costumbres, de las normas generalmente aceptadas) y hasta creatividad moral. Las normas pueden ser analizadas y desarrolladas como creación, como obra de arte (o de autor: a diferencia, por ejemplo, de las normas tradicionales, de las canciones tradicionales, de las artesanías tradicionales). Puede haber personas (o momentos en la vida de las personas) de extraordinaria originalidad moral. Pero la moral es recibida y social, como el lenguaje. A partir de ahí, no antes, se puede ser creador. La institución imaginaria de la sociedad (Castoriadis) es renovable, pero recibida. Y, por supuesto, la normatividad no puede quedarse en el salto crítico: tiene que ser propositiva, ordenadora de la vida social. Tiene que bajar de la revelación a las tablas de la ley. Ni el filósofo, ni la sociedad, pueden saltar más allá de su sombra, quedarse en el aire.

6. La primavera de León XIII

No hay que poner la Iglesia en manos de Lutero, dice el dicho. Pero olvida añadir: sino en manos de Erasmo. Cuando el liderazgo resiente las iniciativas, en vez de encabezarlas, no es liderazgo: desanima, apaga

el espíritu creador, en vez de encauzarlo, se margina o es llevado a rastras por las iniciativas ajenas.

La Iglesia se repuso del golpe luterano. No se replegó a decir: que se reformen ellos. El Concilio de Trento (1545-1563) puso a la Iglesia en manos de los reformadores que optaron por quedarse (entre otros, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola). Hubo un despliegue de iniciativas notable en la cultura católica durante más de un siglo, con excepciones desastrosas, como la ciencia. La condenación de Galileo en 1616 condujo finalmente a que inventaran ellos: los protestantes.

Pero el golpe de la Revolución fue más duro, sobre todo porque se dio en un país católico (Francia), que de la noche a la mañana negó la cultura católica y (muy cristianamente) se dedicó a suplantarla por una nueva era que pretendía empezar de cero. Los protestantes, que la vieron de lejos (y con cierta xenofobia, porque les llegó como imperialismo libertador), no dijeron, como los católicos: que revolucionen ellos. La respuesta de Roma fue el repliegue. Aunque hubo iniciativas importantes para un romanticismo católico y liberal, no consiguieron la bendición papal. Pío IX, que tenía antecedentes liberales, se sintió entre la espada y la pared. Temió verse arrastrado por el nacionalismo revolucionario de los seminaristas italianos que se iban a la guerrilla contra el invasor. Desconfió de la teología liberal que aceptaba la autonomía de la sociedad civil. Acabó publicando el *Silabo* o compendio de errores modernos (1864) y convocando al Concilio Vaticano I (1869-1870), que no fue un Concilio de Trento: dividió y desanimó, sobre todo con la proclamación de que, en ciertas circunstancias, el papa es infalible. Una atribución tan controvertida (150 obispos no votaron a favor), que se ha ejercido una sola vez: en 1950, Pío XII declaró ex cátedra, como dogma de fe obligatorio para todos los creyentes, la Asunción de la Virgen (al cielo, en cuerpo y alma), creencia tradicional sobre la cual se recibieron más de ocho millones de firmas solicitando la proclamación oficial. (Curiosamente, hubo un pronunciamiento protestante a favor: el de Carl Gustav Jung, que en *Mysterium coniunctionis* hace un extraordinario análisis de este dogma como una afirmación religiosa del cuerpo.)

El liderazgo y la confianza de los católicos en sí mismos reaparecieron con el papado de León XIII. Aunque conservador, vio con simpatía la libertad moderna en la encíclica *Libertas* (1888) y apoyó las iniciativas sociales de muchos católicos (el sindicalismo, la orientación social de la propiedad privada) en la encíclica *Rerum novarum* (1891), considerada revolucionaria y fundadora de la doctrina social de la Iglesia. También apoyó que los laicos tomaran la palabra ("que cada uno trabaje y se in-

dustrie cuanto pueda en propagar la verdad cristiana"), lo cual fue decisivo para las letras católicas. Hubo así una especie de romanticismo autorizado y tardío que produjo una renovación de la cultura católica, a fines del siglo XIX y principios de XX.

Tanta efervescencia asustó al papa siguiente, Pío X, que en 1907 condenó el modernismo religioso y hasta impuso al clero (en 1910) un juramento contra ese "resumen de todas las herejías". Eso dejó de hecho el *aggiornamiento* a cargo de los seglares, que no estaban sujetos a controles tan estrictos, pero acabó extinguiendo la primavera de León XIII. Las grandes iniciativas del siglo XX no fueron católicas. Aunque no faltaron católicos en las vanguardias artísticas, musicales, literarias, intelectuales, sociales, políticas, económicas, las vanguardias mismas no se dieron en el discurso católico sino en el discurso moderno.

7. Del progreso al derrotismo

El Nuevo Mundo y la Nueva España, desde el nombre, nacieron orientados al futuro. Fueron la tierra prometida para muchos anhelos joaquinistas, el *topos* ideal para realizar la utopía. La Nueva España fue católica y moderna, ambiciosa, echada para adelante y hasta expansionista, como su vecina protestante, la Nueva Inglaterra. Con diferencias: la redención paternalista aquí, *self-reliant* allá; las soluciones declaradas aquí, prácticas allá.

No es fácil entender cómo nuestro progresismo se volvió retrógrado, quejoso, resentido, nostálgico de las glorias de Anáhuac, fascinado con los atropellos (fantasiosos o reales) a nuestro narcisismo herido, incapaz de superar el pasado, convencido de su impotencia, que es ante todo imaginaria. A las infinitas causas que se han dado para explicar la caída del imperio romano, Jung suma la del inconsciente colectivo: hubo un contagio inconsciente, a través del contacto diario, por el cual los romanos llegaron a pensar como esclavos. Quizá en el inconsciente colectivo de México hubo un contagio de la derrota indígena, por el cual hasta los universitarios, que objetivamente somos los continuadores y beneficiarios de la conquista, nos identificamos con las víctimas, adoptamos la visión de los vencidos.

La exaltación del pasado indígena empezó como un triunfalismo de los criollos, no de los mestizos. Los universitarios criollos, postergados en su propia tierra, ante los peninsulares, ¿qué podían alegar, después de emparejarse con ellos en la cultura europea? Los méritos de su tierra: la cultura indígena, elevada a rango superior por el evangelio y la aparición de la Virgen; los recursos naturales, las obras de minería,

agricultura y civilización, la poesía, la pintura, la arquitectura; toda la grandeza de la famosa México: caballos, calles, trato, cumplimiento, letras, virtudes, variedad de oficios, gobierno ilustre, religión y Estado (como dijo Bernardo de Balbuena). Para Clavijero (1731-1787), México no era menos que Europa. Tenía un pasado clásico: las ruinas del imperio azteca, como las ruinas del imperio romano, sobre las cuales se construía una nueva cristiandad, con un presente próspero y un futuro brillante, en manos de la gente ya preparada aquí: los universitarios criollos, continuadores de los misioneros que trajeron el progreso.

A diferencia del *no taxation without representation,* que fue un alegato práctico y democrático de la Nueva Inglaterra, este argumento de la Nueva España era territorial, misional, cultural. Tenemos derecho a gobernarnos porque somos de aquí y porque estamos preparados para continuar la misión redentora entre los indios. Es el argumento nacionalista y paternalista que todavía maneja la tecnocracia mexicana. Un argumento desarrollado por los criollos, que resultó en favor de los mestizos. Si ser nativo, preparado y redentor da derecho al poder, los más nativos tienen más derecho.

Desde los misioneros del siglo XVI, las luchas por el poder en México se han legitimado en función de quiénes deben encabezar la redención modernizadora. Los criollos introdujeron una segunda legitimidad: haber nacido aquí. Desde entonces, los enemigos pertenecen al exterior satánico (no son nativos, o no tan nativos; son malinchistas, se han entregado al extranjero y quieren entregar el país); o pertenecen al pasado irredento (son ultracavernarios, el retorno maléfico de los emisarios del pasado, de las fuerzas oscuras, felizmente superadas). Los buenos, los que tenemos derecho al poder, representamos el progreso nativo. Nuestros contrarios, o quieren imponer el progreso desde afuera o quieren impedir el progreso desde adentro.

A los criollos les dieron de su propia medicina, y perdieron doblemente: fueron satanizados como extranjerizantes y conservadores. Eran nativos, preparados, redentores y progresistas: legítimos aspirantes al liderazgo modernizador. Pero sus líderes (los jesuitas) fueron expulsados en 1767: la modernización se haría desde Madrid. Así perdieron primero como nativos en el discurso modernizador y luego como españolados en el discurso nativista.

Vista desde Madrid, la expulsión de los jesuitas era un triunfo del despotismo ilustrado que facilitaba el progreso: las reformas borbónicas. Pero el progreso impuesto desde afuera es opresivo, visto desde adentro. Por eso nuestros grandes humanistas del siglo XVIII tienen algo en común con los románticos alemanes, italianos, polacos, que ante el imperialismo del progreso oponen un resurgimiento nativo. Desde me-

diados del XVIII hasta mediados del XIX, la situación romántica se repite en México tres veces. Las dos primeras, a cargo de los criollos contra el progreso impuesto, primero desde Madrid (reformas borbónicas) y luego desde París (intervención francesa en España). Las dos últimas contra París, a cargo de los liberales, primero criollos (guerra de Independencia) y luego mestizos (guerra contra la intervención francesa en México).

En 1808, los modernizadores madrileños que atropellaron a los criollos fueron, a su vez, atropellados: la modernización se haría desde París, la metrópoli revolucionaria. Así surgió la guerra de independencia contra Francia, que en América se volvió paradójica: el pretexto perfecto para la independencia contra España. Pero la independencia mexicana despertó las ambiciones internas y externas por llenar el vacío de poder español, con un efecto inesperado (contrario al que tuvo la independencia norteamericana): el desplome de la confianza del país en sí mismo, de su prestigio en el extranjero.

Las élites nativas no fueron capaces de organizar un Estado estable, frente al exterior y el interior. Las causas fueron muchas: falta de experiencia en el poder, demasiadas expectativas, una situación económica difícil, una transición institucional más difícil aún, falta de realismo. En vez de poner en marcha el país, conciliando intereses reales, parecía que gobernar era imponer los mejores ideales, la mejor constitución, el mejor plan, a la indisciplinada realidad, a las fuerzas del mal y del atraso, rebeldes a la redención. Pero esa misma falta de realismo facilitaba las explicaciones subjetivas: la sospecha de padecer una inferioridad nativa.

La independencia tuvo un efecto depresivo, edipal, de orfandad ilegítima, que oscilaba entre la arrogancia desafiante y la más absoluta inseguridad. Así como los bastardos de las cortes oscilaban entre las pretensiones al trono y la denigración de sí mismos, las élites mexicanas parecían sentirse ilegítimas (no sin fundamento demográfico, en el caso de los mestizos, pero sobre todo a través del contagio psicológico de las víctimas del abandono paterno). Hubiera sido tan bonito que la corona española (como la portuguesa en Brasil) enviara un príncipe a gobernar con las élites criollas. El padre ausente se volvió un fantasma odiado y añorado, por lo que pudo ser.

La fijación en el pasado, que ahora nos contrasta con los Estados Unidos, no es un rasgo eterno de México. Viene del siglo XIX y del fracaso criollo. La nostalgia es más propia de los derrotados, de los que no se sienten bastardos (independientemente de cuál sea la realidad) y por lo mismo pueden ver hacia atrás con orgullo; de los que crearon el discurso nativista de un pasado glorioso y acabaron perdiendo más

de la mitad del territorio nacional: viviendo en carne propia la trage dia del imperio indígena, sintiéndose víctimas del abandono del Padre (lejos de Dios y cerca de los Estados Unidos), hijos de la Malinche (aunque no eran mestizos), fijos en la visión de los vencidos.

Así los criollos, que empezaron como católicos modernos, seguros de sí mismos y hasta expansionistas, acabaron siendo conservadores. Pero unos conservadores que no encajan en la caricatura actual (según la cual los reaccionarios mexicanos quieren el modelo yanqui, las inversiones extranjeras, la libertad de empresa y de comercio, el cosmopolitismo): una caricatura más cercana de Benito Juárez que de Lucas Alamán. Hace algunos años, cuando el progreso de los ejes viales obligaba a mover la estatua de Carlos IV, cuando se discutía el ingreso al GATT y el voto de los sacerdotes, cuando se perseguía al Instituto Lingüístico de Verano (protestante), resultó una notable coincidencia. Los comunistas estaban contra los Estados Unidos, contra el GATT, contra el ILV; en favor de la protección industrial, de la intervención del Estado en la economía, del centralismo planificador, de diversificar nuestras relaciones exteriores (buscando el apoyo latinoamericano y europeo), de defender nuestra identidad, de respetar la estatua de Carlos IV y de conceder el voto a los sacerdotes. Posiciones todas que hubiera hecho suyas Lucas Alamán. Pero nadie dice que Lucas Alamán (1792-1853) se adelantó a las posiciones comunistas de 1980.

Alamán fue un heredero de los humanistas mexicanos del siglo XVIII y de su impulso creador, que logró transitoriamente el poder soñado por los criollos ilustres y que sigue ganando batallas después de muerto (sin darle crédito, porque su ejemplo no se puede reconocer). Muchos progresistas, que dicen detestar a la reacción, continúan su obra. Él fue quien puso en marcha el Estado protector de la identidad nacional, el Estado protector de la industria nacional, los embriones de lo que son ahora la Secretaría de Comercio y Fomento Industrial, la Nacional Financiera, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Archivo General de la Nación.

En cambio, los liberales (como nuestros vecinos, que abandonaban las tradiciones de la madre patria y exterminaban a los indios, para empezar de cero) ponían un celo misionero en la destrucción del pasado, de sus ídolos, templos, hechicerías y cofradías, de los gremios artesanales, de los ejidos, de las autonomías parroquianas, del nefasto oscurantismo de la religión católica, superada por el culto de los caballeros racionales "A la gloria del gran Arquitecto del Universo", "Al triunfo de la verdad y el progreso del género humano". A diferencia de los conservadores, no querían continuar la Nueva España por su cuenta, asumiendo las glorias de las tres culturas: la indígena, la española, la católica

moderna. Querían borrón y cuenta nueva: acabar con la vergüenza del pasado (indígena, español, católico).

La barbaridad de los criollos (que prefigura la del criollo Fidel Castro) fue buscar en Europa protección contra el imperialismo yanqui y contra los nativos apoyados por los yanquis. Era contradictorio con su nativismo. Era una falta de confianza en la capacidad de los mexicanos para discutir, negociar y ponerse de acuerdo entre sí, pacíficamente. Era un temerario desafío al imperialismo yanqui y la doctrina Monroe (1823), a cero kilómetros de su frontera. Pero medio siglo después del grito de Independencia, las élites mexicanas (como todavía sucede entre las élites centroamericanas) estaban desesperadas de su impotencia: dispuestas a imponer orden y progreso, aunque fuera con el apoyo externo. Sobre estos sentimientos, escribió monseñor Ignacio Montes de Oca, capellán de Maximiliano:

> ¡Desventurada raza mexicana!
> Mandar no sabe, obedecer no quiere.
> Al que aclamaba rey, voluble hiere.
> Al que hoy ensalza, abatirá mañana.

La derrota militar de la intervención francesa y el aplastamiento de la oposición conservadora, desembocaron en un régimen estable, pero rígido; con tan profesado temor a que vuelva el desorden, "se suelte el tigre", "despierte el México bronco", que todo se justifica: la mentira oficial, la corrupción, las elecciones fraudulentas, los convenios dudosos con el imperio vecino, la negación tajante a que la oposición alterne en el poder, la represión, lo que haga falta. Y para que mejor no haga falta, las puertas abiertas al enjuague: no hay necesidad de oposición abierta, de competencia electoral, de discusión pública, porque hay la mejor disposición a negociar y conceder en privado.

La Iglesia legalmente no existe, pero de hecho no es perseguida: basta con que se suponga que no existe. Nadie puede declararse orgullosamente conservador, pero puede serlo: siempre y cuando se declare revolucionario. No se puede elogiar a Lucas Alamán: únicamente rendirle el homenaje silencioso de los hechos. No se puede tocar a Benito Juárez ni con el pétalo de una burla cariñosa: pero se puede vapulear de vendidos al imperialismo a los que piensan o actúan como él, con respecto a los Estados Unidos.

La destrucción de los conservadores sirvió para que sus ideas ganaran disfrazadamente, en un baile de máscaras donde ya no se sabe quién es quién, ni qué piensa, realmente. Sirvió para acumular nostalgias de lo que pudo ser y no fue, resentimientos, derrotismo, el dudoso

consuelo de una impotencia imaginaria. La derrota conservadora se sumó a la derrota indígena y contagió a los vencedores liberales.

Para que un Estado sea estable no tiene que ser bizco: liberal/conservador, progresista/reaccionario, nacionalista/malinchista, agnóstico/guadalupano. Puede ver francamente hacia adelante y francamente hacia atrás, discutir francamente el futuro y el pasado. Pero el Estado mexicano parece no superar su trauma de nacimiento: la fijación en el fracaso inicial de la Independencia.

Para un mexicano, es asombrosa la tranquilidad con que los brasileños exportan armas y los cubanos tropas. Dejando aparte la cuestión misma (si está bien o está mal, si deberíamos o no hacerlo), nosotros ni podemos imaginarnos en ese papel. Ellos piensan como conquistadores, nosotros como víctimas.

8. La primavera maderista

Desde Juárez, todos los regímenes mexicanos han sido oficialmente jacobinos, con una excepción: el de Madero. El 24 de mayo de 1911 saludó la formación del Partido Católico en estos términos:

> Considero la organización del Partido Católico de México como el primer fruto de las libertades que hemos conquistado. Su programa revela ideas avanzadas y el deseo de colaborar para el progreso de la patria de un modo serio y dentro de la Constitución. Las ideas modernas de su programa, excepción hecha de una cláusula, están incluidas en el programa de gobierno que publicamos el Sr. (Francisco) Vázquez (Gómez) y yo, pocos días después de la Convención (de los partidos Nacional Antirreeleccionista y Nacional Democrático) celebrada en México, por cuyo motivo no puedo menos de considerarlo con satisfacción. La cláusula a que me refiero y que no se encuentra en nuestro programa de gobierno es la relativa a la inamovilidad de los funcionarios judiciales; pero no constituye diferencia esencial (...) Que sean bienvenidos los partidos políticos; ellos serán la mejor garantía de nuestras libertades.

La actitud de Madero no venía de que fuera especialmente católico (era espiritista), sino especialmente democrático. También de una estrategia de frente amplio, que le sirvió para lograr (tres días antes) la rendición del régimen. Aunque abundaban los católicos gobiernistas, los agravios católicos eran tantos que dieron muchas bases de oposición a Díaz. Madero buscó el apoyo católico y lo tuvo, no sin reservas de muchos maderistas, que seguían viendo a los católicos con desconfianza jacobina. En *Ulises criollo* ("La convención de Hidalgo"), cuenta Vasconcelos:

> Se trataba de quebrantar una tradición maldita, y no faltaban en nuestras filas los rezagados del seudoliberalismo que reclamaban la aplicación literal de las leyes de Reforma (...) Creía éste (Madero) que la política de conciliación, uno de los aciertos de Porfirio Díaz, debería ser elevada a la categoría de ley. Pues si ya se había establecido una práctica que toleraba los conventos, ¿por qué no reconocerlo públicamente? ¿Por qué no derogar, además, las disposiciones ridículas que vedan el uso del hábito eclesiástico y las ceremonias externas del culto? Sonaba la hora de la concordia, y era menester que, como en todos los pueblos civilizados de la tierra, en México también tuvieran los católicos reconocido el derecho que dimana de sus convicciones.

Claro que los maderistas más abiertos no estaban inventando convergencias útiles, sino reconociéndolas, como lo hace expresamente Madero, y como lo documenta de muchas otras maneras Eduardo J. Correa, que recoge la declaración en *El Partido Católico Nacional y sus directores. Explicación de su fracaso y deslinde de responsabilidades* (1914, inédito). Había una realidad política nueva: los católicos avanzados, militantes, deseosos de construir un México moderno, habían reaparecido. Consideraban que Porfirio Díaz bloqueaba la creación de ese México, y que la complicidad de los católicos gobiernistas era abominable. La complicidad en la mentira oficial, que llevó a las fuerzas conservadoras a recuperar privadamente sus fueros, era (y sigue siendo) una mentira, disolvente de la sociedad civil y de la vida religiosa. En esto coincidían con los liberales antigobiernistas, que abominaban de la farsa del liberalismo en el poder. La convergencia democrática estaba por ahí: los católicos tenían que participar en la construcción de una sociedad abierta, en la destrucción de un México enmascarado.

¿De dónde habían salido estos católicos de vanguardia? En primer lugar, del gueto militante que produjo la persecución jacobina. (Atenuada después por la astucia de Díaz: limitarse a destronar, no destruir; no llevar la persecución al extremo de provocar una rebelión armada.) Expropiados los bienes eclesiásticos, clausurados los conventos, expulsada la cultura católica de la enseñanza, las ceremonias oficiales, las obras de servicio social, los católicos tuvieron que poner casa aparte: lo cual, por definición, se volvía señaladamente católico, defensivo, militante. De ser la cultura oficial, la cultura católica pasaba a ser una cultura de gueto, que luchaba por afirmarse y sobrevivir.

En segundo lugar, de la comprensión; que la hubo de ambas partes. Aunque hubo liberales ateos, como Ignacio Ramírez, muchos eran más bien católicos anticlericales. Altamirano fue muy aplaudido cuando pintó la comprensión entre un capitán liberal y un sacerdote admirable en *La navidad en las montañas* (1871), un poco a la manera de Gua-

reschi en *El pequeño mundo de don Camilo* (1948). Ambas novelas, bienvenidas después de una guerra internacional y civil entre partidarios de ideas opuestas.

Por último, de manera inmediata y decisiva, del liderazgo estimulante que fue el largo papado de León XIII (1878-1903). Desde mediados del siglo XIX, sobre todo después de las leyes de Reforma, se multiplicaron las publicaciones católicas, en el estilo de la época: el periodismo doctrinal. También se crearon muchas escuelas católicas, como algo indispensable, frente a la enseñanza laica, y no sin persecuciones, como las que obligaron al licenciado Jesús López Velarde, padre de Ramón, a cerrar su próspero Colegio Morelos (el gobernador de Zacatecas le negaba su certificación oficial) y emigrar con su familia a Aguascalientes. Pero León XIII transformó esa militancia defensiva en conquista del mundo moderno, bajo la consigna *nova et vetera:* unir lo nuevo con lo viejo. En vez de replegarse a llorar la situación perdida, animaba a recuperar la iniciativa y construir en la nueva situación. Era un verdadero líder: se preocupaba más por hallar qué bendecir que por hallar qué condenar.

Los partidos católicos, como los escritores católicos, son una novedad del siglo XIX. Bélgica, que había vivido una situación romántica bajo el progreso impuesto por Napoleón y la revolución industrial, que había perseguido al clero y proclamado la independencia (1830) con separación de la Iglesia y el Estado, paradójicamente (o quizá por eso mismo) llegó a tener un poderoso partido católico, que estuvo en el poder 30 años (1884 a 1914), y cuya influencia en México habría que investigar. Ahí estaba un modelo de la doctrina social cristiana llevada a la práctica. Tuvo todo el apoyo de León XIII, que patrocinó en la antigua Universidad de Lovaina el foco intelectual de un catolicismo de vanguardia, deseoso de conciliar la ciencia y el pensamiento modernos con el tomismo: neotomismo encabezado por el cardenal Mercier (1851-1926).

Hay más de un rastro belga en la vanguardia católica mexicana: en la poesía, en la liturgia, en la cuestión social. La huella más reciente es la de José Lemercier (1912-1987), que estudió en Lovaina y fundó el monasterio benedictino de Cuernavaca, vanguardista en la liturgia y en la aplicación del psicoanálisis a la vocación religiosa. En el curso del siglo, muchos mexicanos interesados en la reforma social han pasado por Lovaina. Hasta hay un libro titulado *Lovaina, de donde vengo...* (1937) de Jesús Guisa y Azevedo. Antes, a principios de siglo, los primeros grandes escritores señaladamente belgas fueron muy leídos en México. Para los escritores mexicanos como López Velarde, la analogía era triple: la situación romántica, que exige un resurgimiento nativo, frente al

progreso liberal e industrial, ajeno y destructor de la identidad nacional; la situación lingüística: el problema de identidad que plantea una literatura nacional en una lengua compartida (¿existe una literatura belga o es simplemente una literatura francesa escrita en Bélgica?); la situación católica, que da esperanzas con el ejemplo belga. Fue precisamente un movimiento católico, el dc la revista *La Jeune Belgique* (1881-1897), iniciada por estudiantes de Lovaina, la que llevó las letras belgas a una confianza en su propia capacidad, a una conciencia literaria emancipada: católica, nativa, social, moderna, universal. Destacaron Émile Verhaeren (1855-1916), Albrecht Rodenbach (1856-1880) y Maurice Maeterlinck (1862-1949), aunque éste (premio Nobel 1911) fue más místico que católico. Todos fueron leídos por López Velarde, entre cuyas fuentes Luis Noyola Vázquez señaló expresamente la poesía de Rodenbach, a través de Andrés González Blanco.

Pero las esperanzas del resurgimiento católico no llegaban sólo a Bélgica. En los archivos de Eduardo J. Correa, mentor patrocinador de López Velarde, hay pruebas abundantes de que Correa era un católico de vanguardia, absolutamente al día de los avances del catolicismo social en Alemania, Italia, Francia, Bélgica, Inglaterra y otros países; especialmente interesado en el movimiento obrero y la prensa católica. Y no estaba solo. Para fundar *La Nación* (1912.1913), órgano del Partido Católico Nacional, fue traído de Guadalajara (donde dirigía un diario católico: *El Regional,* 1904-1914) por el arzobispo de México, José Mora y del Río; y el legendario padre Rafael Guízar y Valencia se puso a recabarle fondos, recorriendo el país. Con todo, se trataba de un sector católico: el avanzado. En *Los católicos culpables* (inédito), Correa se queja amargamente de los católicos ricos, gobiernistas, timoratos o simplemente incultos, que no veían la importancia de la cultura. También de obispos tan cultos como Ignacio Montes de Oca y Joaquín Arcadio Pagaza, que desconfiaban de la vanguardia y eran francos enemigos de *La Nación.* Los católicos modernos como Eduardo J. Correa (1874-1965), Antonio Caso (1883-1946), Ramón López Velarde (1888-1921), Ángel María Garibay (1892-1967), Carlos Pellicer (1897-1977), Octaviano Valdés (1899), Gabriel Méndez Plancarte (1905-1949), Sergio Méndez Arceo (1907), Antonio Gómez Robledo (1908), Alfonso Méndez Plancarte (1909-1955), Manuel Ponce (1913), Joaquín Antonio Peñalosa (1922) y tantos otros, no podían identificarse ni con los "católicos de Pedro *el Ermitaño",* ni con los "jacobinos de época terciaria" (como dijo López Velarde). Los católicos más cerrados, como los modernos más cerrados, por razones opuestas, veían con malos ojos la creación de una cultura católica moderna.

Que la vanguardia católica no era todo el catolicismo, sino el sector avanzado, puede verse de otra manera. Ya había en la capital dos importantes diarios católicos: *El Tiempo* (1833-1912, abierto a los liberales como Luis Cabrera, que ahí publicó su famoso artículo "La revolución es la revolución"), en dificultades porque había muerto su editor, Victoriano Agüeros (1854-1911); pero sobre todo *El País* (1899-1914), de Trinidad Sánchez Santos (1859-1912). En 1911, *El País* se volvió el diario mexicano de mayor circulación hasta entonces, y quizá hasta la fecha: entre 200 000 y 250 000 ejemplares (según diversas fuentes citadas por Manuel Ceballos, "Las lecturas católicas", *Historia de la lectura en México*, El Colegio de México, 1988, p. 187). Dobló la cifra del campeón anterior: *El Imparcial* (1896-1914), diario que inauguró la tradición de la gran prensa gobiernista, durante el porfiriato.

El gobiernismo de *El Imparcial* obró en su contra, cuando empezó a nublarse el régimen de Díaz. Poco antes de que estallara la Revolución, fue rebasado por *El País*, al cual acusó de estar pagado por Madero (una confirmación de la importancia atribuida al apoyo católico). Al caer Díaz, *El Imparcial* se volvió de oposición y *El País* siguió siendo independiente (Sánchez Santos llegó a estar en la cárcel bajo Madero, como estuvo bajo Díaz). Lo cual acentuó la diferencia en favor de *El País*, pero no benefició a *La Nación*, porque simpatizaba mucho con Madero. *La Nación*, aunque órgano oficial del Partido Católico, no representaba todo el espectro de la opinión católica. Ese papel lo asumió *El País*, que llegó a ser visto (con indignación de Correa) como el verdadero órgano del catolicismo que había logrado abrirse espacios políticos. Un catolicismo que ahora le exigía al presidente Madero, pasándole la cuenta de un apoyo que consideraba mal correspondido. Correa y López Velarde, que también se sintieron mal correspondidos, no cejaron en sus convicciones maderistas, aunque seguramente fueron vistos por eso como tontos útiles.

El Partido Católico dio una sorpresa comparable a la coalición encabezada recientemente por Cuauhtémoc Cárdenas, y con problemas parecidos, que terminaron destruyéndolo. En un país católico, ser católico es demasiado genérico: abre un abanico de posiciones muy variadas y hasta opuestas. Además, crea problemas parecidos a la controversia de las investiduras del Sacro Imperio Romano. Si el poder temporal está a cargo de príncipes católicos, ¿no deben tener cierta autoridad espiritual? (por ejemplo: ser consultados en el nombramiento de obispos). Y si lo espiritual tiene más jerarquía que lo temporal, ¿no deben tener los príncipes de la Iglesia cierta autoridad temporal? (por ejemplo: ser consultados en los nombramientos de la corte). Si el Partido Católico se llamaba así, ¿tenía derecho a embarcar a los obispos, rebasándolos;

o, por el contrario, tenía que someterse a los obispos (y, en ese caso, a cuáles)?

Pero el resurgimiento católico, largamente soñado y trabajado, no vio los problemas que traería su propio éxito: se entusiasmó con el frente amplio, con la oportunidad histórica de ser abiertamente católicos en el espacio público y reivindicar ese derecho. Hubo docenas de diputados católicos, senadores, gobernadores. Un renombrado escritor católico resultó gobernador: José López Portillo y Rojas (1850-1923), autor del Himno Guadalupano:

> ¡Mexicanos, volad presurosos
> del pendón de la Virgen en pos,
> y en la lucha saldréis victoriosos
> defendiendo a la Patria y a Dios!

Pero López Portillo, como tantos escritores, como tantos católicos, como tantos mexicanos, era ante todo gobiernista. Servir a la patria y a Dios está por encima del accidente despreciable de quién está en el poder; sobre todo si los presidentes son un hecho bruto, impuesto, irreversible, remoto, que no depende de uno. López Portillo fue diputado y senador en el régimen de Díaz, simpatizante del posible régimen de Reyes (lo cual le costó la cárcel), gobernador de Jalisco por el Partido Católico en el régimen de Madero, secretario de relaciones exteriores en el régimen de Huerta... Y el que no haya soñado con servir al país, por encima de todo, que tire la primera piedra.

La pedriza contra el Partido Católico (que lo sepultó en algo peor que la leyenda negra, creada por los carrancistas: el silencio de los historiadores sobre un movimiento insólito y significativo) se explica por dos razones. En primer lugar, por el susto político: después de tantos años de persecución, nadie esperaba el resurgimiento católico. En segundo lugar, por el jacobinismo de muchos revolucionarios. La Revolución venía del norte: del norte liberal hasta la apertura maderista, que veía como aliados a los católicos más abiertos del centro del país; pero también del norte jacobino hasta la saña sanguinaria de Calles contra los mochos del centro del país.

Huerta buscó el apoyo católico para legitimar su cuartelazo y para dividir un movimiento peligroso. No logró lo primero, pero sí lo segundo. El Partido Católico, como el frente cardenista, entró en descomposición. No sin rasgos admirables: cuando toda la prensa de la ciudad de México había callado, intimidada por el dictador, *La Nación* no calló. Para silenciarla, hubo que recurrir a las armas y tomar las instalaciones. Sus correligionarios de *El País*, en plena descomposición, mezquinamente publicaron que había cerrado por dificultades económicas.

No falta quienes nieguen la muerte de la cultura católica. Tienen razón, si se refieren a la cultura popular. Tienen razón, si se refieren a los esfuerzos aislados y admirables que todavía subsisten. Tienen razón, si se refieren a ciertos nombres destacados en la cultura, por lo general no señalados como católicos. No es fácil definir qué es la cultura católica, no qué es la muerte de una cultura. Pero lo menos que se puede decir es que ya no estamos en los tiempos de la cultura católica como cultura oficial, ni en los tiempos (más recientes: de fines del siglo XIX a principios del XX) de la cultura católica como vanguardia creadora: una especie de *boom* (como el de la novela hispanoamericana) que obligó a reconocer una cultura marginal, en las metrópolis de la cultura dominante.

La ambigüedad viene de que la cultura moderna, en su afán de superarlo todo, tiene que distinguirse de lo que deja atrás, contraponerse a su propio origen católico, con el apoyo de los católicos que fijan la identidad católica en tales o cuales rasgos particulares. Así aparece la resbaladiza oposición entre lo católico y lo moderno, más resbaladiza aún porque varía según las circunstancias: lo moderno como peligro de la cultura católica; lo católico como zona marginal de la cultura moderna; lo moderno como disolución final de lo católico.

a) Un católico funda el pensamiento moderno. Toma radicalmente en serio la ciencia y el sujeto pensante individual que la produce y la crítica. Deja atrás la escolástica. ¿Deja atrás el catolicismo? Si la escolástica es distintiva de la identidad católica, tiene que haber oposición entre lo católico y lo moderno. No es la cultura católica la que toma el liderazgo del pensamiento moderno, a través de Descartes: un católico posconciliar (postridentino), que recibe del cardenal reformador Pierre de Bérulle la encomienda de avanzar en el pensamiento, como una misión. Por el contrario (dicen los católicos que fijan la identidad católica en la escolástica), es la cultura moderna la que corrompe a un católico, cuyas obras hay que poner en el *Índice.* Por el contrario (dicen los que quisieran declarar superado el catolicismo, junto con la escolástica): la cultura católica se vuelve obsoleta a partir de Descartes (aunque éste, en lo personal, no salga del pensamiento mágico: peregrinó al santuario de Nuestra Señora de Loreto, para agradecerle un favor científico recibido: la concepción del *Discurso del método).*

b) La actitud romántica, paternalista, hacia las culturas atrasadas, beneficia a la cultura católica, pero también la inmoviliza: si se mueve, deja de ser. En lo cual, naturalmente, coinciden las actitudes celosas de la identidad cultural. Lo católico ni puede ser moderno ni puede ser

universal: no puede estar en movimiento. Es una identidad fija y particular, anquilosada pero muy respetable.

c) Un católico encabeza o secunda una vanguardia de cualquier tipo. Pero ya no está, como Descartes, en los tiempos de la Contrarreforma, cuando la cultura oficial de la mitad de Europa era católica, sino en los tiempos en que la cultura oficial es agnóstica. La vanguardia católica, para ser vista así, tiene que ser particularmente católica. La vanguardia es el género universal; el catolicismo, la especie particular. Pero ¿en qué sentido es particularmente católica una vanguardia musical? Claro que sí, además de ser católico y vanguardista, Olivier Messiaen es organista de una iglesia, compone una *Misa de Pentecostés* o un *Cuarteto para el fin de los tiempos*... Pero ¿qué sucede con el católico que no tiene interés en componer misas o ponerle a sus obras títulos confesionales? O con las vanguardias que, por su propia naturaleza, ni siquiera pueden ser confesionales: la vanguardia quirúrgica, lingüística, deportiva. En estos casos, lo católico se disuelve en lo moderno. No puede hablarse de vanguardias católicas, sino de católicos en la vanguardia.

Las vanguardias confesionales tienen otro problema: las autoridades religiosas. Si un movimiento político, literario, artístico, social, se proclama católico, replantea el problema de las investiduras. O los líderes de la vanguardia tienen derecho a arrastrar a las autoridades eclesiásticas en su aventura o la aventura tiene que ser autorizada: sujeta a control eclesiástico. Así resulta finalmente que las vanguardias encabezadas por católicos, o no son confesionales, para actuar libremente; o son internas: se concentran en renovar la vida religiosa. Una vanguardia en la cual participen católicos y no católicos; una vanguardia que no tenga especial interés en la vida interna de la Iglesia, la liturgia o el arte sacro; una vanguardia interesada en la sociedad en general, el arte en general, la ciencia en general, puede estar encabezada por católicos, pero no gana nada con ser confesional.

Quizá por esto el impulso renovador de la cultura católica, que puso en marcha León XIII, se fue disolviendo en la cultura general. Y, quizá por lo mismo, el siguiente impulso renovador: el de Juan XXIII, ha tardado mucho en manifestarse en la cultura. Las renovaciones del Concilio Vaticano II se han concentrado en la vida religiosa y social, más que en la vida cultural.

Y, sin embargo, hay algo: indicios, iniciativas, que, significativamente, no han partido del centro del discurso católico, sino de su periferia eslava, del cristianismo oriental, del entorno no creyente, como si tomaran el relevo. A falta de preocupaciones culturales en los medios católicos, han aparecido preocupaciones religiosas en los medios culturales.

Nadie hubiera esperado que, en pleno siglo xx, un profesor de matemáticas de la Unión Soviética (como antes el ingeniero Dostoievski) se convirtiera en un novelista y profeta cristiano, leído en todo el mundo: Alejandro Solyenitzin. Luego, también de la esfera soviética, llegó un papa insólito: un polaco que se mandó construir una alberca (con escándalo de la curia), que es poeta, dramaturgo y filósofo, a pesar de lo cual parece tener la fe de un niño.

La sorpresa que dieron el ortodoxo ruso y el católico polaco resultó llamativa, como negación del comunismo, pero también incómoda, como negación del mundo occidental. La integración de fe y cultura, central en el desarrollo de Occidente, se había vuelto muy tenue. Se dice que Pablo VI llegó a sentirse tan desesperado de la acidia, el hedonismo, el nihilismo de Occidente, que creyó (proféticamente) que la salvación del cristianismo vendría de los países comunistas. Lo cual hasta sonaba a chiste masoquista, en aquellos tiempos del *better red than dead.* Pero las cosas han llegado al extremo de que Gorbachov (hijo, como Constantino, de una cristiana muy devota, que seguramente reza por su conversión) permitió que dos obispos llegaran a diputados en las elecciones de marzo de 1989, no rehúye las frases de la cultura popular que invocan a Dios y hasta se dice que es creyente. Hay el antecedente de Malenkov, lugarteniente y sucesor de Stalin, que volvió a la fe y murió en el seno de la Iglesia ortodoxa.

La situación romántica que se dio en Polonia, frente al progreso impuesto, primero desde París y luego desde Moscú, estimuló el resurgimiento de la cultura polaca. Quizá tenía que ser polaco el papa que dijera: "Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada, ni fielmente vivida". Pero no fue en los medios religiosos donde nacieron las inquietudes culturales, sino donde, por fin, empiezan a reconocerse las inquietudes religiosas nacidas en los medios culturales.

Hay indicios por todas partes de que en los medios culturales (al margen del clero, o en contra) reaparecen las preocupaciones religiosas. Y se entiende: a fines del siglo xx, estamos viviendo el desplome de la Ciencia como religión, del Progreso como religión, del Estado como religión, de la Revolución como religión. El lugar de Dios no puede estar vacío: cuando se saca a Dios de ahí, algo pasa a tomar su lugar. Por eso André Malraux, que no era creyente, pidió restituir su lugar a los dioses, y hasta llegó a pronosticar que el siglo xxi sería religioso.

La sucesión vertiginosa de ídolos desde el siglo xviii (la Razón, la Revolución, la Historia, la Nación, el Jefe, el Estado, la Ciencia, el Progreso) parece agotada. El último fetichismo de la cultura moderna descontinúa la serie, al mismo tiempo que la prolonga: la moda posmoder-

na, la celebración (un tanto irónica) de que estamos superando el afán de superación, culminando la modernidad en una especie de carnaval de las vanguardias, donde todo da igual.

Pero claro que no todo da igual. Hay que desacralizar el progreso, no satanizarlo. Hay que abandonar las supersticiones progresistas que impiden el progreso práctico. La miseria, como el paludismo, puede ser extirpada del planeta en unas cuantas décadas. Es un problema práctico que tiene soluciones prácticas, bloqueadas por supersticiones progresistas (universitarias, tecnológicas, políticas). Una gran parte del progreso es improductivo: cuesta más de lo que produce. No hay que tenerle el menor respeto. Una gran parte del progreso es puro fetichismo. A la basura.

Naturalmente, al desacralizar el progreso, al reducirlo a lo que tiene de avance real y práctico, se vacía nuevamente el lugar de Dios. De ahí puede seguir un nihilismo posmoderno, que vuelva carnavalesco el horror de Dostoievski: "Si no hay Progreso, todo está permitido". Pero también puede surgir un cristianismo posmoderno.

Huelga decir que está por crearse la cultura católica correspondiente a ese cristianismo. Y que tamaña resurrección parece difícil, cuando en los medios católicos hay tensiones creadoras en lo social, en lo político, en lo religioso, pero no en lo cultural.

10. La cultura católica mexicana

El catolicismo tuvo en México tensiones culturales sumamente creadoras, quizá por el hecho mismo de implantarse en una confrontación de culturas heterogéneas.

a) Del siglo XVI al XVIII, hubo una extraordinaria creatividad de la cultura católica, en casi todas sus formas: hasta en el desarrollo científico. Desde Sor Juana y Carlos de Sigüenza y Góngora hasta Clavijero, Abad, Alegre, Guevara, Gamarra, hubo entre los religiosos mexicanos una rara integración de fe y modernidad, afirmación nativa y universalidad, amor a la poesía y amor a la ciencia. Paralelamente, se creaban devociones, tradiciones, artes populares y hasta recetas de cocina y formas coloquiales, que se volvieron rasgos de nuestra identidad. Si un obispo holandés hubiera llegado a México en el siglo XVIII, buscando laboratorios de una cultura católica para los siglos venideros, se hubiera ido lleno de esperanza.

b) De la expulsión de los jesuitas (1767) al triunfo de Juárez (1867), hay un siglo de exterminio de la cultura católica. No se llega a los extremos de la revolución francesa (no hay Estado ateo, ni terror jacobino),

pero el clero pasa de encabezar la emancipación de la cultura mexicana al gueto. Pierde las riendas de la sociedad, inmensas propiedades, las escuelas, la universidad, funciones paraestatales, el derecho a representar y encabezar.

c) El proyecto de emancipación cultural se vuelve agnóstico y civil en *El Renacimiento* (1869), la revista de Altamirano, que funda nuestra república literaria como un proyecto liberal, mestizo, abierto a los conservadores: "llamamos a nuestras filas a los amantes de las bellas letras de todas las comuniones políticas (...) Muy felices seríamos si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía por desgracia a los hijos de la madre común". Se trata de un proyecto plural, no confesional ni estatal, que continúa Gutiérrez Nájera en la *Revista Azul* (1894-1896), ya con subsidio oficial (indirecto, a través del periódico *El Partido Liberal,* que la publica como suplemento dominical). Un proyecto de la sociedad civil, del cual se apropiará finalmente el Estado, en una especie de integrismo cultural.

Destacados católicos participan en los proyectos de Altamirano y Gutiérrez Nájera, pero la cultura católica se repliega en torno a obispos cultos que animan grupos locales. Como sucede en Europa después de 1789, y por razones parecidas, en cuanto la cultura católica es expulsada del poder, se vuelve crítica de la cultura oficial, deja de ser centralista, se identifica con la provincia, fustiga a la capital como lugar de perdición, defiende a los clásicos frente a los modernos. Empieza a resurgir: Guadalajara, San Luis, se vuelven centros culturales, a donde van estudiantes de muchas partes del país, mientras en la ciudad de México se establece la nueva cultura dominante: el *Establishment* liberal, romántico, positivista, modernista.

d) El resurgimiento católico aprovecha el estímulo de León XIII (autor de unos versos a la Virgen de Guadalupe), el disimulo de Díaz, la oportunidad de Madero. Unos años antes de la Revolución, hubo congresos católicos en Puebla (1903), Morelia (1904), Guadalajara (1906), Oaxaca (1910). La generación del Ateneo de la Juventud, precursora intelectual de la revolución maderista, vuelve a tomar, por cuenta de la sociedad civil, el proyecto de Altamirano: reúne a liberales críticos del *Establishment* (venidos del norte) con católicos críticos del *Establishment* (del centro del país). En la primera mesa directiva (1909), el presidente (Antonio Caso) y el secretario de actas (Genaro Fernández Mac Gregor) son católicos. Llama la atención el modernismo de Caso, que piensa como un teilhardiano antes de Teilhard, en *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* (1919). En la generación de los Siete Sabios, también hay católicos. En particular, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano sueñan con un socialismo cristiano, antes de que

el primero abandone el socialismo y el segundo el cristianismo. De igual manera, en su primer momento, los pintores muralistas (Alva de la Canal, Atl, Leal, Montenegro, Orozco, Rivera, Siqueiros, Zárraga) no rehúyen los temas religiosos, como observó recientemente Octavio Paz. La Revolución pudo haber sido la gran oportunidad de una cultura católica moderna.

e) El jacobinismo reaparece con Carranza y culmina con la persecución religiosa desatada por Calles. En lo religioso, la Constitución de 1917 fue retroceso democrático con respecto a la apertura de Madero. El artículo 130 es un atropello a los derechos humanos de los creyentes. Desemboca en la cristiada (1926-1929) y, por lo mismo, en la mentira oficial: ni se aplica, ni se deroga. Por respeto a una masonería difunta, los católicos mexicanos viven oficialmente como arrimados en su propia casa. Paralelamente, de Carranza a Calles, crece algo menos visible pero no menos importante que el jacobinismo oficial, contra la cultura católica: la captación oficial de casi todos los intereses en la cultura. En otros tiempos y lugares, el mecenazgo cultural ha estado a cargo de la Iglesia, de los príncipes, de los ricos, de los partidos, del Estado. En México, se concentró en el Estado. El único partido de oposición que ha mostrado interés en la cultura ha sido el más universitario: el comunista. El Partido de Acción Nacional (aunque de origen universitario), los obispos (supuestamente hombres de libros) y los grandes empresarios (ahora casi todos con estudios superiores) han tenido una miopía común: la cultural. Como si su norma hubiera sido: que la cultura la hagan ellos (el gobierno, los comunistas).

f) Tradicionalmente en México ha habido mucha autonomía de los laicos y de la religiosidad popular, por razones prácticas: siempre ha habido muy pocos sacerdotes para la extensión y población del país. Ni cuando el clero tuvo inmensas riquezas y el apoyo del Estado pudo tener un control absoluto de las creencias y prácticas de miles de comunidades remotas y dispersas. Menos aún cuando se quedó sin más recursos ni poder que los derivados de la fe de su clientela, como cualquier médico, abogado, maestro, que trabaja por su cuenta. Pero eso mismo le dio a la cultura católica popular una resistencia notable frente a la fe del nuevo "clero": el liberalismo, la masonería, el ateísmo, el marxismo, de los abogados, médicos, maestros y otros misioneros civiles, que heredaron la tradición clerical: el paternalismo, el integrismo, el apoyo del Estado, para la redención de las comunidades supersticiosas y atrasadas.

g) La distancia entre la cultura popular y el poder eclesiástico aumentó en 1929, cuando el episcopado pactó con el Jefe Máximo de la Revolución por encima de los creyentes en armas. El aparato eclesiástico se fortaleció: primero al legitimar la rebelión cristera, después al entregar-

la. Aunque, también hay que decirlo: la paz fue un beneficio para el país y para los creyentes.

Lo que siguió en la paz fue el renacimiento de la cultura clerical, a través de continuadores de los grandes humanistas del siglo XVIII, que encabezaron importantes iniciativas culturales, crearon un foco de la cultura católica en la revista *Ábside* (fundada en 1937) y trajeron a la conciencia nacional zonas completas soterradas: las literaturas indígenas (Ángel María Garibay), la vastísima poesía virreinal (Alfonso Méndez Plantarte), el pensamiento mexicano del siglo XVIII (Gabriel Méndez Plancarte). Desgraciadamente, los hermanos Méndez Plancarte, líderes de esta renovación, murieron sumamente jóvenes (a los cuarenta y tantos años). Hijos de un diputado del Partido Católico Nacional, fueron de los primeros sacerdotes que, después del vacío formativo que produjo la persecución religiosa y el cierre de seminarios, llegaron de Europa con sus doctorados (de la Universidad Gregoriana, de Lovaina). Pero no hubo humanistas de su capacidad de liderazgo que los sustituyeran, y después de su muerte llegó, también de Europa, la puntilla para la cultura eclesiástica: la Iglesia abandonaba el latín, se concentraba en la preocupación social.

h) Esta incultura se volvió virtud, cuando sopló la racha marxista. Las preocupaciones culturales parecieron ociosas, elitistas, burguesas, un repliegue a las torres de marfil, mientras el pueblo sufre hambre, opresión, injusticia. Culturalmente, lo valioso fue el intento de crear una nueva teología: hacer con Marx lo que Santo Tomás había hecho con Aristóteles. Pero ni Marx fue un Aristóteles, ni apareció Santo Tomás. Marx no venía de una cultura heterogénea para el cristianismo, como Aristóteles: venía de Hegel, del romanticismo cristiano, de la crítica a la revolución industrial y a la revolución francesa, del resentimiento contra el progreso impuesto por el imperialismo de las armas extranjeras. Asimilar a Marx en el discurso católico era como volver al siglo XIX: recrear las discusiones teológicas del hegelianismo de izquierda y la situación romántica de la insurgencia armada. Camilo Torres revive la insurgencia del cura Hidalgo más que el genio teórico de Santo Tomás. Así como el romanticismo de lengua española dejó figuras históricas más notables que poesía, teatro, novela, pensamiento, dignos de alternar con el romanticismo francés o alemán, la recuperación teológica de Marx (tarea necesaria sin duda alguna, paso previo indispensable para pensar después de Marx) dejó sobre todo una ganancia histórica: poner la cuestión social en el centro de la atención católica. Además, indirectamente, mostrar que en ese punto hay muchas posiciones católicas: desde el integrismo que bendice a Franco, hasta el integrismo que bendice a Castro, pasando por posiciones más

autónomas y todo un abanico de preferencias intermedias. No es bueno para el catolicismo ni para la sociedad que ser católico resulte una definición política. Pero entre tantas militancias opuestas, como sucedió un siglo antes, las preocupaciones culturales resultaron secundarias.

i) Con ese especial talento de la Iglesia para llegar tarde a todo y ponerse al día de ayer, la Conferencia Episcopal se sumó en una carta pastoral al consenso que celebraba el "régimen emanado de la Revolución Mexicana" en marzo de 1968... cinco minutos antes de que se acabara el consenso donde nada más faltaba la Iglesia. Ojalá que ese fiasco la distancie de las nuevas tentaciones integristas que le ofrecen el Estado y los partidos. Es bueno para la sociedad mexicana (no sólo para los creyentes, no sólo para el episcopado, no sólo para el Vaticano) que exista un poder social aparte, basado en la fe de los creyentes y reconocido frente a los demás poderes sociales y políticos. La división de poderes federales (legislativo, ejecutivo y judicial) también es deseable para todos los demás (municipales y estatales, empresariales y sindicales, religiosos, culturales, de la prensa, de la televisión). El integrismo es indeseable: la forma religiosa del Estado corporativo. Además de que sería otro fiasco integrarse al negocio (sindical, empresarial, legislativo, judicial, municipal, estatal, de la prensa, de la cultura) que ofrece todavía el Estado corporativo... cinco minutos antes de que se derrumbe. Por lo demás, estas preocupaciones políticas de la Iglesia tampoco ayudan a tener preocupaciones culturales.

j) Al estar preparando la *Asamblea de poetas jóvenes de México* (1980), descubrí con sorpresa que Dios reaparecía entre los jóvenes escritores de menos de 30 años; y, curiosamente, de una manera no confesional. En los años siguientes, vi cómo varios se desarrollaban manteniendo ese temple: un sentido religioso que no los convertía en escritores señaladamente católicos; que más bien asumía como natural la dimensión religiosa del hombre y del mundo. Quizá la ausencia misma de una cultura católica, el desprestigio del jacobinismo, la apertura reciente de los comunistas a la fe religiosa han favorecido este fenómeno que, por su mismo estilo, no llama mucho la atención. Resulta más llamativo que un poeta y músico de su generación, Carlos Santana, haga ahora rock confesional.

Se diría que este resurgimiento está emparentado con el de fines del siglo pasado; que, también en un sentido religioso, estamos como a fines del porfiriato; que soplan otra vez aires maderistas; que, aunque también ahora abundan los católicos gobiernistas, quizá hay más católicos demócratas que nunca. Nada de lo cual garantiza que estemos en los albores de una cultura católica posmoderna.

Pero los indicios mexicanos se refuerzan con otros que llegan del exterior. Por ejemplo:

— Después de la primera Guerra Mundial, después del *boom* de los escritores católicos en Europa, la vanguardia católica europea se politizó. Surgen los movimientos demócrata-cristianos, los movimientos integristas, nacionalistas, falangistas, las convergencias con los comunistas. Las vanguardias que no pasan a la acción dedican mucho tiempo a la reflexión comprometida con la búsqueda de un nuevo orden social. Destaca en español la revista *Cruz y Raya* (Madrid, 1933-1936) de José Bergamín (1895-1983), seguidor de la revista *Esprit*, fundada en 1932 por Emmanuel Mounier (1906-1950), con el apoyo de Jacques Maritain (1882-1973). *Esprit* fue el centro de la cultura católica moderna (aunque menos estimulante en artes y letras que en la reflexión). Luego languideció. Y en 1977, a cargo de una nueva generación, dio la sorpresa de asumir un liderazgo inesperado, con el lema de "cambiar la cultura y la política". Como si el problema estuviera en la cultura misma: en las complicidades, la falta de imaginación, la cobardía, de la cultura que se limitaba a criticar el capitalismo, sin criticar "la impostura totalitaria" de los regímenes comunistas, ni buscar nuevas vías. Que los católicos de izquierda dijeran tales cosas en el París de entonces, fue decisivo para que se empezaran a decir. Y llamó la atención: ¿los católicos como líderes?

— En 1976 Norberto Bobbio y Nicola Matteucci publicaron un importante *Diccionario de Política* (Siglo XXI). En 1983, un suplemento. Más de la cuarta parte del suplemento está relacionado con temas católicos y religiosos, cosa que no sucedía en la edición original, y que sólo puede interpretarse como un reconocimiento tardío de una "cultura" antes marginada.

— Desde 1954, Luigi Giussani (1922), un sacerdote misionero entre los estudiantes de Milán, estudioso del ecumenismo y de la teología protestante, puso en marcha un movimiento (Comunión y Liberación) cuya característica más notable es su interés en la cultura. Libros como *El sentido religioso* (1966) y *La conciencia religiosa en el hombre moderno* (1985) están llenos de citas de Eliot, Montale, Pasternak, Rilke, Victor Hugo, Juan Ramón Jiménez y muchos otros poetas, escuchados como sabios de los cuales la Iglesia debería aprender. En el segundo libro dice: "Si la fe cala en todos los aspectos de la vida humana, la fe se convierte en fuente de cultura, y de una cultura nueva". Con este espíritu, se organiza desde 1980 un festival anual en Rímini, abierto a todos los horizontes de la cultura, católica o no.

— El Vaticano tiene ahora una oficina de cultura. También la Conferencia Episcopal Latinoamericana (Celam), que promueve oficinas semejantes en cada país. Significativamente, la sección para la cultura, empe-

zó dentro del secretariado para los no creyentes. ¡Hasta ese punto los obispos sienten ajena la cultura! Con excepciones, naturalmente: monseñor Antonio do Carmo Cheuiche, el carmelita brasileño promotor de esta innovación, es capaz de citar poemas de memoria y de presidir simposios sobre fe y cultura en la Universidad Javeriana de Bogotá.

— Desde 1984, un grupo de filósofos argentinos publica una revista, *Nexo*, dirigida por Alberto Methol Ferré, con propósitos semejantes a los que desarrolló José María Gallegos Rocafull (1895-1963) en México: pensar en español los problemas de una sociedad cristiana.

— Y para terminar con otro transterrado "rojo" aunque católico, que escribe entre nosotros poesía en catalán, nada mejor que un fragmento del poema *Graons (Gradas,* 1979) de Ramón Xirau (traducido por Andrés Sánchez Robayna), como ejemplo de esa posible resurrección de la cultura católica:

> Las frutas y los cortos mirajes de la noche
> son cachorros blancos. Cielo encendidamente arco,
> Martín del Arco —¿y dónde, dónde Dios?
> Bien lo saben las yerbas verdes, verdes
> bien lo saben las gradas del naciente mar,
> bien lo saben los pájaros madrugadores,
> bien lo sabe la oruga de la hierba
> que Dios es Dios en cada
> trozo del mundo, trozo de hielo y heladura
> más allá de las cosas Dios de cosas,
> barcas nacen y vuelven, hijas claras
> de barcas-luz, de barcas cuerpo a barlovento.
>
> En las playas serenas de la tarde, cantan
> descendientes de Giotto, muro a muro
> hijos del mundo, hijos
> del Hijo. Basta, el silencio habla. Basta.
> Silencio, habla. Basta el silencio calla
> calladico, calladamente Te dice.
> Una plegaria —naves del mar navegan—,
> una plegaria —las rosas mar navegan—,
> una plegaria; las ruinas
> vuelven hacia la forma exacta del origen.
> Orar (no, no hablar, orar),
> verte en las hojas doradas,
> gregoriosamente el canto nace de la barca,
> el canto brota en la madera viva de la barca.

EL *DICCIONARIO UNIVERSAL* DE OROZCO Y BERRA*

Por José Rogelio Álvarez

I

Me embarga una viva emoción al trasponer el umbral de la Academia. A la puerta que ahora se me abre no he llegado por ninguno de los caminos que más directamente conducen a ella: los de la creación, la investigación o la crítica literaria; ni tampoco por haber transitado los senderos que aportan el caudal de las palabras: la lingüística, la semántica o la etimología; sino por haber seguido una ruta singular, que sólo a trechos coincide con las vías alimentadoras y con las troncales del idioma. Lo que yo he escrito y lo mucho que he reescrito son más bien veredas que abrevian la expresión, sendas escuetas, atajos sin galanura ni brillo, salvo cuando estas calidades son propias del sujeto del que se trata y se transmiten espontánea y normalmente al lenguaje.

Persuadido como estoy de que la invitación a pertenecer a esta Academia se debe a mi desempeño como director de la *Enciclopedia de México,* me apresuro a volver mía la declaración que formuló don Manuel Orozco y Berra al acometer la empresa de formar el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía:* "Trabajo de compilación y no de creación, el que lo emprenda no debe tanto ansiar una idea original y feliz..., como empeñarse en difíciles investigaciones para acopiar los abundantes materiales que le son indispensables; ... por eso la tarea a la par que difícil es modesta, y a la vez que trabajosa nada tiene de brillante". Sólo debe añadir que a lo largo de las 8 310 páginas de que consta la *Enciclopedia,* cuidé con esmero la claridad, la sencillez y la pulcritud de los textos propios, y de los ajenos cuando fue menester, pero sobre todo vigilé la exacta correspondencia entre la significación de los vocablos y el sentido de los conceptos.

El manejo adecuado de los signos de la lengua española es la principal obligación de los escritores y de los editores. El cumplimiento de este deber ha sido para mí una preocupación constante, inscrita en el

* Leído en sesión pública efectuada el 20 de febrero de 1992.

marco de mis capacidades; y aunque la aplicación de la conducta a la norma, en este y en otros campos, no constituye mérito especial, la magnanimidad de los señores académicos encontró pie en aquella práctica para brindarme el acceso a una sociedad que profesa la pureza dinámica del idioma. Expreso a esta corporación mi cordial reconocimiento, tan profundo como la duda que aún me queda de haber merecido tan alto premio.

II

Se me ha asignado en el seno de la Academia la silla XXVIII, instituida el 12 de junio de 1953 como asiento de don Miguel Alemán, y vacante desde el 14 de mayo de 1983, en que murió a los 78 años de edad. De su vasta acción política y cultural sólo mencionaré los siguientes hechos, cuya recordación tiene el valor de un homenaje a su memoria:

El 23 de abril de 1953, aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, se inauguró en el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México el Primer Congreso de Academias de Lengua Española, promovido y patrocinado por don Miguel Alemán, entonces presidente de la República. En la sesión inaugural, don Miguel pronunció el discurso que tituló "La palabra, vida del pensamiento", pues si éste, dijo, "es el alma del habla, le da sentido y le infunde vida, así y del mismo modo, en una prodigiosa reciprocidad cabal, la palabra es la forma en la que el pensamiento encarna, y por la palabra vive el pensamiento..." Además, señaló la perdurabilidad y la multiplicidad de facetas del idioma, proclive a enriquecerse con adaptaciones a la idiosincrasia de cada país, "sin perder su sello original de fluidez y reciedumbre"; exhortó a estrechar los vínculos entre los pueblos que hablan español, enlazados de antaño por el lenguaje libertario de los héroes y la expresión paradigmática de los escritores; y urgió a los académicos a encontrar denominaciones castizas para distinguir las novedades que aportan la ciencia y la tecnología. Obligado como estaba por su condición de jefe de Estado a no remover querellas ni despertar suspicacias, sugirió de este modo, sin pronunciamientos combativos, oponer la solidaridad que procede del habla común a la penetración creciente de influencias extrañas. Mandatario de una nación situada en la frontera septentrional del español americano, propuso erigir un dique idiomático para evitar que los aportes de la modernidad introduzcan consigo una cauda de voces, modos y locuciones que a la postre resultan deformadoras.

Este discurso fue aceptado como de recepción y don Miguel, ya como miembro de número de esta docta corporación, pues desde el 23 de abril de 1951 había sido electo, pasó a estrenar la silla XXVIII.

El 1° de agosto de 1960, mi ilustre antecesor presentó una ponencia en la primera sesión plenaria del Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en Bogotá. Expuso en este documento su viva preocupación por las discordias intestinas, los conflictos entre naciones y la rivalidad ominosa ostensible en la conducta de las grandes potencias. Aunque el tema desbordaba la finalidad específica de los guardianes del idioma, a su agrupamiento no le podía ser ajena la aspiración de lograr "una paz democrática, justa, segura y duradera". A la miseria, la enfermedad, la ignorancia, la opresión y la indignidad, causas de la guerra, opuso la adhesión al derecho y el fortalecimiento del "espíritu moral", base del amor a la paz. Atribuyó a la cultura, esto es, al entendimiento y mejoramiento de las más preciadas facultades del hombre, la función de guiar a la ciencia, despojarla de su poder destructivo y distribuir con equidad sus beneficios. Fundado en estos principios, exhortó a las Academias de la Lengua a condenar la guerra y todo atropello o violencia contra la libertad, a convertir el español en el idioma de la concordia, y a pronunciar un voto unánime y solemne por la paz. Esta iniciativa fue aprobada por aclamación y su texto se remitió a la UNESCO para que ese organismo internacional lo hiciera llegar a las instituciones y centros de alta cultura de todo el mundo.

Del Congreso de 1953 surgió la Asociación de Academias, confirmada en el segundo, celebrado en Madrid en 1956. Impulsado por un sentimiento que procuraba el bien general, don Miguel contribuyó poderosamente a la creación de esta anfictionía, cuya fuerza moral logró que se manifestara en servicio de la pública tranquilidad y sosiego de los Estados. La iniciativa de Bogotá lo honra y a la vez eleva a mayor estimación a las figuras más esclarecidas de las letras españolas.

Gracias al patrimonio concedido a la Academia Mexicana durante el gobierno del presidente Alemán, esta corporación, constituida en asociación civil desde el 22 de diciembre de 1952, adquirió el edificio que actualmente ocupa y el cual fue inaugurado el 15 de febrero de 1957. En el origen de esta casa alienta también la mano tutelar de don Miguel, quien adicionalmente desempeñó en esta noble sociedad el oficio de tesorero. Las acciones que he recogido en estas remembranzas son motivo permanente para enaltecer su paso por la Academia.

III

Mi discurso de ingreso, que ahora tengo el honor de leer ante ustedes, se refiere al *Diccionario Universal de Historia y de Geografía, obra dada a luz en España por una sociedad de literatos distinguidos, y refundida y aumentada*

considerablemente para su publicación en México con noticias históricas, geográficas, estadísticas y biográficas sobre las Américas en general, y especialmente sobre la República Mexicana. Escogí este tema porque antes no se había hecho el análisis de tan magna obra, porque en ella figuran como autores la mayoría de los intelectuales mexicanos del siglo XIX, porque su formación obedeció a un propósito de integración nacional, porque sus textos constituyen un catálogo de las tendencias literarias de la época, y porque representa el antecedente más directo de la *Enciclopedia de México,* aunque concebida y realizada sobre bases enteramente distintas.

Los tomos I, II y III del *Diccionario* se publicaron en 1853; el IV y V, en 1854; el VI, el VII y el VIII, en 1855; y los dos últimos en 1856. En la introducción de la obra únicamente se mencionan como antecedentes el *Diccionario geográfico americano* de Alcedo y la *Biblioteca* de Beristáin; y como base el *Diccionario* de Mellado, extractado del de Bouillet. Tan escuetas referencias a las fuentes, remotas o directas, obligan a precisar su naturaleza.

El trabajo de Antonio Alcedo y Herrera, titulado *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales,* en cinco tomos (Madrid, 1786-1789), era consultado en Nueva España desde fines del siglo XVIII. Hazaña individual, esta compilación fue realizada a lo largo de 20 años por un español quiteño que recorrió buena parte del continente y llegó a ser mariscal de campo y gobernador de La Coruña. Lo movieron a emprender esta tarea la obvia dependencia de España respecto de las riquezas del Nuevo Mundo, que quiso inventariar; la conveniencia de fomentar el comercio, y el interés general por conocer cuanto en América hubiese digno de noticia, demanda que así pensó satisfacer. La obra tuvo singular acogida y justamente por ello el gobierno de España, interesado en ocultar la información sobre sus posesiones, mandó recoger la edición y ésta se volvió rara en la metrópoli, aunque no tanto en sus colonias.

José Mariano Beristáin de Souza, a su vez, es autor de la *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional o catálogo y noticia de los literatos, que o nacidos, o educados, o florecientes en la América Septentrional Española, han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa.* El primer tomo se publicó en 1816, en vida del controvertido canónigo; el segundo, en 1819, cuando éste ya había muerto, y el último en 1821, ambos a instancias de su sobrino José Rafael Enríquez Trespalacios, de modo que los tres aparecieron mientras ocurría la guerra de Independencia.

Con la divulgación de las 3 687 notas biobibliográficas que logró compilar, muchas de ellas tomadas de la *Bibliotheca mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren, Beristáin no sólo buscó enaltecer la acción cultural de España en América, y contrarrestar en parte las impugnaciones que los insurgentes formulaban contra el régimen colonial, sino también

la intención expresa de contradecir a los peninsulares y a los eruditos europeos que tan a menudo negaban toda ilustración en el Nuevo Mundo. Llama la atención que este personaje, en otros aspectos tan intransigente, utilice igual vehemencia para defender la conducta de los conquistadores, constructores y gobernantes de Nueva España, que para ponderar la cultura de los españoles americanos y la sabiduría de los indios en varias ramas del conocimiento. Se insinúa así, en el "Discurso apologético" que sirve de prólogo a la obra, un cierto presentimiento del ser nacional nuevo que estaba por encarnar en México, y ya muy claramente se expresa el orgullo por haber nacido o trabajado en América septentrional.

La obra de Beristáin es del todo polémica y obedece al impulso político de defender los intereses imperiales de España, frente a sus detractores europeos y en oposición a los insurgentes y los simpatizantes de éstos. Esta intención se declara en los textos preliminares y está implícita en el desarrollo de la *Biblioteca.* Dirigida a los sabios, los políticos y los filósofos, puso en la mira de éstos un catálogo de miles de literatos novohispanos, para que juzgasen si había sido tirano un gobierno que erigió tantas universidades, seminarios, colegios, academias y cátedras donde se formaron y a cuyo lustre contribuyeron. Beristáin planteó así la tesis que justifica el régimen político por los avances en el campo de la cultura.

Mientras el catálogo formado por Alcedo poco sirvió a los redactores del *Diccionario* por la brevedad y obsolescencia de sus notas, la *Biblioteca* de Beristáin les proporcionó información abundante y una clara muestra de que esta índole de trabajos, por más que procuren la objetividad, no son ajenos a una intención política.

La fuente principal de donde se tomaron las entradas de historia, biografía, mitología y geografía generales, que nutren los primeros siete tomos, es la traducción española del *Dictionnaire Universel* de N. Bouillet, publicada en Madrid por Francisco de Paula Mellado de 1846 a 1850. La obra original, editada en 1842, apareció autorizada por el Consejo de la Universidad, el ministro de Instrucción Pública y el arzobispo de París, de modo que tuvo amplia acogida en Francia y aun en el extranjero. Si bien la comparación de su contenido con la versión mexicana pudiera aportar algún fruto, esto no importa mucho para el estudio de las aportaciones exclusivamente nacionales que le fueron injertadas. Estas colaboraciones están señaladas por un asterisco que precede a los encabezamientos, y acreditadas con el nombre o las iniciales del redactor, aunque a menudo éstas no corresponden a ninguno de los que constan en las páginas legales.

Paso, pues, a describir y a comentar el *Diccionario* llamado con toda razón y justicia "de Orozco y Berra".

IV

Los primeros cuatro tomos del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* se imprimieron en la Tipografía de Rafael, situada en la calle de Cadena número 13. El propietario del establecimiento era Rafael de Rafael, catalán que pasó de Nueva York a México en 1844, trabajó en el taller de Ignacio Cumplido, instaló su propia imprenta en 1846, y dos años más tarde fundó *El Universal*, principal órgano conservador de mediados del siglo XIX. El 22 de marzo de 1853 este periódico anunció la próxima aparición de un diccionario "de suma importancia para la República, por las noticias que contendrá —decía— relativas a su historia, a su geografía, a las circunstancias de su suelo, su clima y sus habitantes". Aseveraba que era muy precario el conocimiento del país, y que las leyes, dictadas sin tener a la vista los datos indispensables, eran a menudo injustas y suscitaban la resistencia de los perjudicados. La obra que estaba por salir, con las reformas y agregados que se le harían, evitaría en parte ese mal. De ahí que los editores la recomendaran "a todas las clases de la sociedad", como la más útil, más agradable y más importante" de cuantas había dado a luz hasta entonces "la prensa mexicana".

La primera entrega se distribuyó a los suscriptores de *El Universal* el 1° de mayo de 1853, 10 días después de que Antonio López de Santa Anna, llamado por los conservadores, había asumido el poder por undécima vez. En un prospecto anterior se publicó la lista de las personas que serían los constantes colaboradores de la obra, y en cierto modo los directores de ella, aunque en realidad el mayor trabajo de promoción, persuasión, coordinación y redacción, recayó a la postre en Manuel Orozco y Berra. Aun siendo así, quien encabezó el elenco de participantes fue Lucas Alamán, guía ideológico del partido conservador y ya en esos días, desde el 20 de abril, ministro de Relaciones y jefe del gabinete del presidente Santa Anna. Culminaba así la reacción de la clase propietaria y del clero en contra del federalismo. Aunque victoriosos, los conservadores no estaban organizados "como una masonería"; simplemente "coincidían en sus opiniones, se entendían y obraban de común acuerdo de un extremo a otro de la República"; y el principio fundamental que profesaban era el de "conservar la religión católica..., único lazo común que liga a todos los mexicanos".[1] Postulaban también constituir a la nación bajo un régimen centralista, modificar la división territo-

[1] Carta de Lucas Alamán entregada en Veracruz, el 1° de abril de 1853, al general Antonio López de Santa Anna, en *México desde 1808 hasta 1867*, por Francisco de Paula Arrangoiz, 2a. ed., Editorial Porrúa, 1968, p. 420.

rial, sostener una fuerza armada competente y abandonar toda forma de elección popular como base del sistema de representación. Paralelamente a este programa, que llamaban de regeneración social, pretendían influir poderosamente en la sociedad para garantizar la perdurabilidad de la mudanza. "Asuntos hay —decía *El Universal*— que aunque no pertenezcan a la política, se rozan muy íntimamente con ella, por los influjos que ejercen en los progresos de la ilustración y en la orientación consiguiente de las opiniones". Tal era el caso del libro que se anunciaba, destinado a fortalecer la conciencia moral del país, "abriendo nuevas puertas a la inteligencia, preparando nuevos caminos a la civilización". Si para Beristáin la cultura de la alta clase social bastaba para justificar un régimen político, para los promotores del *Diccionario* la difusión de la cultura, pasada por el matiz de una ideología, garantizaba el apoyo de la sociedad a la acción de un gobierno.

La tarea intelectual en este sentido se emprendió de modo simultáneo a la toma del poder público. Una y otro respondían a una rectoría común, la de Lucas Alamán, cuya muerte inesperada, el 2 de junio de ese año, frustró las expectativas de los conservadores puros y despejó a Santa Anna el camino de la dictadura. La publicación del *Diccionario*, en cambio, continuó hasta su término, financiada por sus editores y suscriptores, y llegó a constituir la más vasta y varia aportación de los católicos mexicanos al conocimiento y comprensión del país.

Además de Alamán y de Orozco y Berra, colaboraron en el primer tomo: José María Andrade, José María de Bassoco, Joaquín Castillo y Lanzas, Manuel Díez de Bonilla, Joaquín García Icazbalceta, Emilio Pardo, José Fernando Ramírez, Ignacio Rayón, Joaquín Velázquez de León y el presbítero Francisco Javier Miranda. En el segundo se añadieron a los anteriores: Lino José Alcorta, Manuel Berganzo, José Gómez de la Cortina, Vicente Calero Quintana, Isidro Díaz, Agustín A. Franco, José María de Lacunza, José María Lafragua, Anselmo de la Portilla, José Joaquín Pesado, José María Roa Bárcena, Justo Sierra O'Reilly, José S. Noriega y los presbíteros J. Francisco Cabañas, Mucio Valdovinos y Juan Villaseñor. En el tercero se enriqueció este elenco con el presbítero José Mariano Dávila y Manuel de Losada y Gutiérrez; y en el cuarto, con Pablo J. Villaseñor, quedando ya sin cambios la nómina hasta el tomo séptimo.

El pie editorial del *Diccionario* lo compartieron en los cuatro primeros tomos la Tipografía de Rafael y la Librería de Andrade. Ésta estuvo en el Portal de Agustinos número 3 y fue centro de reunión de los literatos, políticos y caballeros de sociedad desde que ese expendio pertenecía a Mariano Galván Rivera. En 1839 se hizo cargo del establecimiento José María Andrade, quien a la postre adquirió el negocio, sin que és-

te dejara de ser la sede de una animada tertulia. Socio, a su vez, de Rafael, en 1854 Andrade quedó dueño de la Tipografía, cuyo manejo técnico confió a Felipe Escalante. De ahí que en el pie editorial de los tomos, V, VI y VII aparezcan la Imprenta de F. Escalante y Cía., y la Librería de Andrade.

Además de quienes están acreditados como autores en los siete primeros tomos, hubo otros colaboradores que firmaron artículos con su nombre o los calzaron con sus iniciales. Ellos fueron Bernardo Couto, Luis G. Cuevas, Joaquín Díaz, Agustín Flores Alatorre, Andrés Iglesias, Mauro M. Martínez, Juan Obergozo, Leonardo de Oliva, Eulalio María Ortega y Villar, Manuel Payno, Francisco Pimentel y Joaquín Saavedra. La lista de los artículos de cada uno de los participantes en la obra, permanentes u ocasionales, que fue posible identificar, consta en el apéndice de este trabajo. Se trata de personajes distinguidos en diferentes ramas del saber, que sin hipérbole constituyeron una minoría selecta en su tiempo, depositaria y dirigente del pensamiento católico y conservador.

En el *Diccionario* se reprodujeron 168 artículos de la *Biblioteca* de Beristáin, en su gran mayoría correspondientes a eclesiásticos; 90 semblanzas de religiosos jesuitas, tomadas de las obras de Juan Antonio de Oviedo, fecundo escritor de vidas y menologios que fue dos veces provincial de la Compañía de Jesús en Nueva España; e innumerables notas de un redactor anónimo, dedicado a definir y explicar el vocabulario bíblico, complemento de la muy abundante información religiosa que ofrece en general la obra.

Una vez agotada la fuente de información universal, medianamente enriquecida con temas mexicanos, los editores debieron advertir la insuficiencia de esas aportaciones y pidieron a Manuel Orozco y Berra que formara un apéndice con materiales exclusivamente nacionales, en especial aquellos originales que habían llegado a destiempo. A éstos se agregaron textos resumidos de otros ya publicados, y se reprodujeron capítulos de libros cuyo mérito era indiscutible. De este modo, en sólo un año se aumentaron 2 854 páginas al *Diccionario,* equivalentes a unas 11 500 cuartillas, distribuidas en tres tomos. A pesar de la magnitud de lo reunido, el director señala en la introducción del tomo VIII, I del Apéndice, que el conjunto es incompleto, aunque tiene la ventaja de ser el primer esfuerzo de su índole, útil como acopio de informaciones y provechoso para estimar lo faltante.

En estos tres tomos adicionales, editados por la Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, figuran como autores: José María Andrade, Manuel Berganzo, el Conde de la Cortina y de Castro, Bernardo Couto, Mariano Dávila, Joaquín García Icazbalceta, José María Lacunza, José

María Lafragua, Miguel Lerdo de Tejada, José S. Noriega, Manuel Orozco y Berra, Eulalio M. Ortega, Emilio Pardo, Manuel Payno, José Joaquín Pesado, Francisco Pimentel, Guillermo Prieto, José Fernando Ramírez, Ignacio Rayón y Francisco Zarco, cuyos artículos fueron recogidos y coordinados por Orozco y Berra.

V

Lucas Alamán alcanzó a escribir para el *Diccionario* cuatro pequeñas notas biográficas. Los personajes por él escogidos actuaron en tiempos de la guerra de Independencia, y la índole singular de sus acciones movieron al autor a plantear o sugerir situaciones contrastantes, no ajenas a la intención de suscitar reflexiones. En estos textos presenta la conducta pusilánime y desacertada de Roque Abarca, presidente de la Audiencia de Guadalajara en 1810, en oposición al atrevimiento y vigor de Calleja; la debilidad de carácter de Mariano Abasolo, en desconformidad con la perseverancia, la fortaleza moral y el valor de María Manuela Taboada, esposa de ese jefe insurgente; el intempestivo cambio de suerte de Ángel Abella, administrador de correos de Zacatecas, a punto de ser víctima de la cólera popular, y poco después encargado de iniciar la causa criminal contra los caudillos capturados en Acatita de Baján; y, en desacuerdo con la política tradicional española, la insólita liberalidad del criollo tlaxcalteca Miguel Lardizábal y Uribe, ministro universal de Indias en 1814, quien otorgó empleos a todos los hispanoamericanos que se hallaban en Madrid.

Alamán no preparó ningún otro material con destino al *Diccionario.* Sin embargo, la *Tabla cronológica de los gobernantes y virreyes que tuvo la colonia conocida con el nombre de Nueva España,* publicada en sus *Disertaciones* (1844-1849, 3 vols.), se incluyó en el apéndice del tomo v, firmada, acomodada a un formato más claro y bajo el título de *Historia de la dominación española en México;* y calzados con las iniciales L. A., se reprodujeron de su *Historia de Méjico* (1849-1852, 5 vols.) los textos correspondientes a las batallas de Guanajuato, Valladolid y Zitácuaro, y el muy largo y elogioso sobre Francisco Javier Mina, cuya expedición, a juicio del autor, fue "un relámpago que iluminó por poco tiempo el horizonte..., un episodio corto, pero el más brillante de la historia de la revolución mexicana". Valga esta cita como ejemplo de la propensión de Alamán a disminuir el mérito de los caudillos iniciales de la guerra de Independencia, y la intención correlativa de exaltar la heroicidad española, aunque ésta se haya manifestado en el campo contrario a sus ideas.

Inexplicablemente, en los tomos de Apéndice del *Diccionario* se pu-

blicaron anónimos otros 41 trozos de la *Historia* de Alamán, todos relativos a episodios militares durante el periodo de 1810 a 1821. Es obvio que el ideólogo y estadista debió autorizar a Orozco y Berra para tomar de su obra lo que juzgara indispensable, lo cual no impide calificar de grave falta de probidad editorial el haber omitido la fuente de esos textos.

El mérito de Alamán como escritor consiste en haber manejado con fluidez, pulcritud y propiedad el estilo tradicional de contar la historia, de uso general durante el siglo XIX y ocasional en tiempos posteriores. Esta manera de narrar el pasado se caracteriza por la larga serie de predicados que siguen al sujeto, separados entre sí por signos ortográficos adecuados a la complejidad de la proposición, de modo de formar extensos periodos que no pierden congruencia gramatical ni sentido lógico a pesar de su considerable longitud.

Al final del primer tomo se agregaron un espléndido retrato de Alamán, litografiado por Salazar en octubre de 1853; la "Biografía necrológica" de este personaje, anónima, atribuida por Rafael Aguayo Spencer a José María de Bassoco;[2] y dos iniciativas del político guanajuatense sobre la cuestión de Texas: una del 6 de abril de 1830, orientada a garantizar la integridad del territorio mexicano, y otra del 29 de mayo de 1840, proponiendo el reconocimiento de la independencia de esa nueva república y los medios para garantizar la paz. Este material se añadió como un homenaje al visionario estadista, recientemente fallecido. Es también significativo que la obra culmine con la reproducción del artículo "D. Lucas Alamán. Su vida y sus escritos", por Antonio Ferrer del Río, escritor español que califica la *Historia de México* como "pieza literaria de mucho mérito", a causa de "la forma elegante y castiza" en que está redactada.

De Lino José Alcorta no hay un solo artículo identificado por su nombre o por sus iniciales. Sin embargo, su participación en la formación del *Diccionario* debió ser de suma importancia. General del ejército desde 1832, formó parte de la Comisión Estadística Militar creada en 1839 para contrarrestar, desde el ángulo conservador, las tareas del Instituto de Geografía fundado en 1833 por el presidente Gómez Farías. Ambos organismos, cuyas funciones eran semejantes, se fusionaron en 1851, a iniciativa de José Gómez de la Cortina y gracias a la comprensión y apoyo del presidente Arista. Así surgió la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, cuyo primer presidente fue Alcorta. Hombre de no pocas luces, vinculado por aficiones y convicciones comunes

[2] "Nota preliminar" al tomo I de *Documentos diversos, inéditos y muy raros,* de la colección "Obras de D. Lucas Alamán" (Editorial Jus, 1945).

a los editores del *Diccionario,* seguramente advirtió que esta obra representaba la oportunidad de difundir la información que aquellos dos organismos precursores habían empezado a compilar. No hay duda de que por ello puso a disposición de Orozco y Berra el archivo de la Sociedad, entre cuyos documentos se hallaban un nomenclator de 4 137 pueblos, los detalles de 107 itinerarios y la altitud de 364 puntos del territorio. Alcorta fue ministro de Guerra y Marina en 1847 y en 1853, al lado del presidente López de Santa Anna. Murió en 1854, cuando estaban saliendo de las prensas de Felipe Escalante los pliegos del tomo v del *Diccionario.*

José María Andrade hizo a la obra aportaciones de varia índole: fue su principal editor, congregaba en su librería a buen número de colaboradores, a quienes asistía con referencias y piezas bibliográficas, y redactó 31 artículos del *Diccionario.* Escribió las semblanzas de 24 de los 62 virreyes de la Nueva España, y las biografías de siete dignatarios eclesiásticos, las que firmó con las iniciales J. M. A. Sus principales fuentes fueron *Los tres siglos de México* del jesuita guadalajarense Andrés Cavo, y los ensayos históricos de Alamán. Sus textos no ofrecen rasgos singulares, aunque a pesar de su objetividad, no escapó a la costumbre de compendiar en breves adjetivaciones las virtudes o los defectos morales de sus personajes. Así, Acuña y Manrique resulta enérgico, de gran talento administrativo; Ahumada y Villalón, laborioso y leal; Alencastre Noroña y Silva, liberal y caritativo; Talamanca y Branciforte, corrompido y adulador; Bucareli, activo y honorable; Cajigal de la Vega, desinteresado y celoso de su deber; Calleja del Rey, sanguinario, héroe para unos y villano para otros; Castro Figueroa, talentoso, aunque de actuación fugaz; Croix, íntegro y fiel; Enríquez de Almansa, organizador, sereno ante las adversidades; Enríquez de Guzmán, afable y de buenos modales; Enríquez de Rivera, santo pastor, más que hábil estadista; Fernández de Córdoba, mediocre, pero respetable; Fernández de la Cueva, frívolo y servil; Matías de Gálvez, sincero, bondadoso y comprensivo; Bernardo de Gálvez, distinguido, bizarro, a la postre minado por su pesar secreto; Garibay, senil y achacoso; Haro y Peralta, recto y prudente; Iturrigaray, inseguro y prevaricador; Leiva, arbitrario y tortuoso; López Pacheco, víctima inocente de su parentesco con el rey de Portugal; Manríquez de Zúñiga, desacertado, al fin doblegado por la Audiencia de Guadalajara; y Marquina, insignificante, aunque bien intencionado. A estas calificaciones no cabales, aunque ciertamente indicativas, quedan expuestos los hombres públicos, cuya vida entera el historiador hace caber en dos o tres palabras.

Católico fervoroso y de ideas conservadoras, Andrade sentía la falta del gobierno español en América, y cuando la ocasión fue propicia

se decidió por el restablecimiento de la monarquía. En 1863 fue secretario de la Junta Superior de Gobierno que eligió a los individuos de la Asamblea de Notables. Vinculado al Imperio, Maximiliano le compró su rica colección bibliográfica, para iniciar con ella la Biblioteca Nacional, pero al triunfo de la República ese acervo salió del país y fue rematado en Leipzig.

Manuel Berganzo escribió para el *Diccionario* varias biografías de eclesiásticos y de civiles, cuyas virtudes, fundadas por el amor a Dios o a la patria, juzga consustanciales a la religión. En otros artículos narra la historia de los colegios de Santa Cruz, San Ildefonso, San Gregorio y de Infantes, y los avatares de la Universidad de México, textos a los que nada falta de fundamental; describe con minuciosidad las bibliotecas de San Ildefonso y de la Catedral metropolitana, como si hubiese vivido en ellas; trata de la Inquisición, y hace detallada crónica de los autos destinados a mantener la fe por el terror; informa sobre los juicios de beatificación y canonización; reseña los concilios mexicanos; y, adicionalmente, se ocupa de la aurora boreal, las inundaciones y el desagüe de la ciudad de México, y el origen y composición de las aguas del pozo de Guadalupe y del Peñón. A su vasta información de teólogo, historiador y geógrafo, añade una ostensible pasión política. Pide con vehemencia al presidente Santa Anna que reintegre sus bienes al antiguo plantel de los alonsiacos; sugiere la convocatoria de un cuarto concilio para definir las relaciones entre la Iglesia y el Estado; y en otro momento, declara confiar en que la ciudad de México "no será capital de una provincia proconsular, que reciba leyes del capitolio de Washington". La política, que de la tribuna, el púlpito y la prensa había pasado a la literatura, invadió también el *Diccionario,* no únicamente en forma sugerida entre líneas, sino también de manera expresa.

De Manuel Berganzo sólo he podido saber que era presbítero, médico y catedrático, oficios con los que aparece en la lista de la Asamblea de Notables, en 1863, y en la nómina de los presos que en 1867 quedaron en libertad, bajo la vigilancia de la autoridad del sitio donde residieran.

José María de Bassoco, heredero del título de conde y de una cuantiosa fortuna, constituida en parte por varias haciendas, combinó las tareas agrícolas y ganaderas, y el activo comercio que éstas originaban, con el esmerado cultivo de las letras. Él es autor de la "Biografía necrológica de D. Lucas Alamán", añadida al primer tomo del *Diccionario,* y de la breve y cariñosa nota sobre José Ignacio Nájera, padre del célebre carmelita fray Manuel de San Juan Crisóstomo. Si escribió otros artículos para esta obra, ello no es evidente, aunque por los pormenores que contiene se presume que puede ser suya la semblanza de Antonio de

Bassoco, su tío, paradigma del buen español que pasó a las Indias, frugal y laborioso, casi monástico, emprendedor, pertinaz, triunfador y munificente. La producción literaria de don José María quedó dispersa en periódicos, pero su mérito y su fama los consagró la Academia Mexicana de la Lengua, al elegirlo su primer director.

Aunque el nombre de Vicente Calero Quintana aparece en la página legal del segundo tomo, nada escribió especialmente para el *Diccionario*, pues murió en 1853; sin embargo, en el Apéndice se reprodujeron tres artículos de su pluma: "Juan Venturate", un relato histórico; "Yalajau", unas impresiones de viaje; y "Lorenzo de Zavala", una breve nota en elogio de este controvertido personaje. Calero fue contemporáneo de Justo Sierra O'Reilly, junto con él redactó *El Museo* y *El Registro* yucatecos, y fue editor de *El Mosaico*, órgano de la Academia de Ciencias y Literatura de Mérida. De estas fuentes debieron copiarse aquellos textos, escritos en 1846.

El nombre del presbítero J. Francisco Cabañas consta como colaborador permanente en las portadas de los tomos II, III y IV, pero sólo se encontró un artículo calzado con sus iniciales, el de "Francisco Fagoaga", hijo del primer marqués del Apartado, memorable por sus obras de beneficencia.

Joaquín Castillo y Lanzas, diplomático, prefecto del Distrito Federal, ministro en el gabinete del presidente Paredes y Arrillaga, fue incluido en la nómina de autores del primer tomo. Sin embargo, cuando empezaba a publicarse el *Diccionario*, fue nombrado embajador en Londres, cargo que desempeñó mientras gobernó Santa Anna. No hay por ello indicio alguno de colaboración suya. En los años posteriores manejó la política exterior de Félix Zuloaga, formó parte de la Junta Superior de Gobierno en 1863, fue consejero de Maximiliano y agente diplomático del Imperio ante la Gran Bretaña, y al triunfo de la República se le multó con mil pesos "por infidencia a la patria".

José Justo Gómez de la Cortina, conde de su apellido, redactó para el *Diccionario* la biografía de Beatriz de Bobadilla, bella, culta y valerosa mujer que inclinó el ánimo de Isabel *la Católica* en favor del proyecto de Colón; la semblanza de Rodrigo Cifuentes, el supuesto primer pintor que pasó a Nueva España y cuya existencia negó rotundamente Manuel Toussaint; y una nota técnica sobre la cascada de Guachinango: río que la forma, coordenadas, altura, pendiente, volumen, temperatura y suelos y vegetación adyacentes, tratamiento del tema muy distinto al puramente sentimental que otros autores practicaban entonces ante semejantes accidentes de la naturaleza. Ingeniero militar, geógrafo, general del ejército, diplomático, hombre de pulidas letras, miembro de múltiples sociedades de excelencia y activo miembro político, sus

contribuciones a la obra pudieron ser muchísimas, pero en 1854, habiendo ya retomado la nacionalidad española, la reina Isabel II lo envió a Brasil con el rango de ministro plenipotenciario. Razones de prestigio movieron a los editores del *Diccionario* a conservar el nombre del conde como autor del segundo tomo hasta el décimo.

José Bernardo Couto aparece en la página legal de los tres tomos del Apéndice. Él escribió cinco semblanzas biográficas: las del jesuita Andrés Cavo, autor de la *Historia civil y política de México,* editada por Carlos María de Bustamante con el nombre de *Los tres siglos de México durante el gobierno español,* pues terminados aquellos anales en 1766, el polígrafo oaxaqueño los continuó hasta 1821; la de Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera, fraile carmelita activo en una época en que a los sacerdotes les era dable ejercer su ministerio, fomentar las artes y las letras, brillar en sociedad e intervenir en política; la de Pedro José Márquez, miembro exiliado de la Compañía de Jesús, estudioso de la arquitectura clásica y divulgador de los antiguos monumentos mexicanos; la de Fernando Colón, hijo y biógrafo del almirante; y la de Francisco Javier Echeverría, comerciante, hábil hacendista en la administración de Bustamante, fugaz sucesor de éste en la Presidencia de la República, y restaurador de la Academia de las Nobles Artes de San Carlos. Algunos autores atribuyen a Couto la biografía de José María Luis Mora que se publicó anónima en el *Diccionario,* suposición que parece válida a juzgar por la soltura y pulcritud del artículo, sin arreos ni lindezas de lenguaje, discreto en las partes controvertibles y muy bien informado, virtudes que revelan la relación amistosa y la vinculación profesional entre ambos personajes.

El presbítero José Mariano Dávila y Arrillaga estuvo encargado de la parte eclesiástica del *Diccionario.* Después de Orozco y Berra, fue quien más trabajó para formar la obra. Admira la abundancia de sus escritos, en que se ocupa de obispos, sacerdotes diocesanos, fundaciones e institutos religiosos, frailes y padres, con especial atención a los miembros de la Compañía de Jesús. Produjo 474 artículos, entre ellos la biografía de Alonso de Villaseca, seguida por la historia de los jesuitas en México hasta 1854, verdadera monografía de 85 páginas en apretada letra de seis puntos. Otros textos no le van a éste, en extensión e interés, muy a la zaga. El ilustrado obispo Emeterio Valverde y Téllez dice[3] que el padre Basilio Arrillaga escribió para esta obra varios artículos que llevan las iniciales de José Mariano, aunque más bien es presumible que

[3] *Bio-bibliografía eclesiástica mexicana (1821-1943),* tomo III: *Sacerdotes* (Editorial Jus, 1949).

haya puesto a disposición de éste, que era su primo, a un grupo de investigadores, pues tuvo poder para esto y no tiempo para aquello mientras fue provincial de la Compañía, de septiembre de 1853, en que la restableció Santa Anna, a junio de 1856, en que volvió a disolverla Comonfort, después de la revolución de Ayutla. En cualquier hipótesis, quien se ocupe de la historia eclesiástica mexicana no podrá prescindir de estos materiales, aunque para aprovechar las informaciones que contienen tendrá que despojarlos de la abundante paja en que están envueltos.

La narración de un suceso, que pudo hacerse en 10 líneas, ocupa tres páginas del *Diccionario,* redactadas en un lenguaje hinchado y fundamentalista. En esta manera de exponer los hechos, se usan a menudo las invocaciones y las exhortaciones; y en las notas onomásticas casi se agotan los vocablos y giros apologéticos. Cada uno de los personajes reseñados se califica con adjetivos encomiásticos, frases laudatorias, metáforas elogiosas o atributos loables. Basta haber tomado estado eclesiástico para ser virtuoso, eminente, sabio, excelente, celoso o ejemplarísimo; amantísimo de pobres, docto en lenguas de indios, santo fundador, perfectísimo superior, varón apostólico, consumado humanista, grande predicador; espejo de observancia, hambriento de perfección o panal de abejas; y para poseer inocencia de vida, amabilísima índole, infatigable constancia, resolución intrépida, paciencia heroica, pureza angelical, carácter suavísimo o mortificación invicta. Inscritas en este espeso follaje verbal, el lector encuentra fechas, noticias y referencias útiles para reconstruir la vida y obra de ilustres eclesiásticos, aunque por el tratamiento literario de los artículos y el abuso del lenguaje hagiográfico, a menudo las acciones memorables quedan oscurecidas por la exaltación de las simples virtudes. El conjunto de notas biográficas que aportó Dávila y Arrillaga al *Diccionario* constituye una colección de vidas ejemplares, más que un registro de las meritísimas contribuciones de ambos cleros a la civilización, el bienestar material y la cultura nacionales. La intención del autor debió ser evidenciar la formidable aportación de la Iglesia católica a la formación del ser mexicano, pero el uso excesivo de locuciones ponderativas y el tono laudatorio convirtieron sus escritos en una especie de sermonario. Si bien reivindicó para el espíritu religioso la mayor obra constructiva, educativa y de asistencia, la opinión ilustrada ha tachado sus artículos de catequísticos.

Entregado principalmente a la actividad política, Manuel Díez de Bonilla únicamente firmó en el *Diccionario* el artículo sobre la Academia Nacional de San Carlos, de la cual fue secretario perpetuo, y presidente de 1852 al 13 de mayo de 1853, fecha en que se incorporó al gabinete del presidente López de Santa Anna. Ministro de Gobernación,

pasó al de Relaciones a la muerte de Lucas Alamán y heredó de éste la jefatura del partido conservador. Díez de Bonilla firmó el tratado de La Mesilla, y cuando la situación fue propicia, difundió desde la prensa y favoreció desde el gobierno los proyectos de monarquía. En agosto de 1855, a la caída de la dictadura, grupos liberales asaltaron su casa y destruyeron su biblioteca y su gabinete de física; todo lo arrojaron por los balcones y lo quemaron en una hoguera.

Aunque se le menciona en los créditos del tomo II, no hay evidencia de que Agustín A. Franco haya colaborado en la obra. Se sabe que en 1841 fundó *La Voz del Pueblo,* periódico ultraliberal que propugnaba la guerra contra los Estados Unidos y el restablecimiento de la Constitución de 1824; pero en 1846, al apoderarse de la Presidencia el general Paredes Arrillaga, Franco pasó a dirigir el *Diario del Gobierno,* que no fue ajeno a la idea de instaurar un sistema monárquico en el país, proposición que en esos días sí hizo abiertamente *El Tiempo,* fundado el año anterior por Lucas Alamán y otros connotados conservadores. Al igual que le ocurrió en las páginas del *Diccionario,* Franco "pronto desapareció y se extinguió como una estrella errante", según expresión de Hilarión Frías y Soto.

Entre los 28 y 31 años de su edad, Joaquín García Icazbalceta escribió para el *Diccionario* 52 notas y artículos, precursores de los extensos trabajos historiográficos que le dieron imperecedera notoriedad. En aquéllos trata de personajes extraordinarios por sus hazañas o por sus méritos, o por ambas cosas, o por sus relaciones fabulosas o sus dichos apócrifos. Aunque el tono general de los textos icazbalceanos es de esmerada objetividad, sus semblanzas y recensiones no están exentas de juicios, a veces severísimos. Su manera de escribir es fluida, limpia y directa, pero subyacentes al texto se encuentran algunos elementos capaces de interesar y conmover profundamente. Es obvio que el autor no se propuso expresar sentimientos, ni postular paradigmas, ni trazar caracteres, sino ajustarse estrictamente a los hechos, con apoyo en manuscritos, documentos y la muy amplia bibliografía de que dispuso. Sin embargo, la estructura del discurso, el dramatismo de las situaciones, la viveza de la exposición y la adecuación del lenguaje le confieren a su prosa, no pocas veces, un rango literario. Así resulta que de sus reseñas biográficas puedan abstraerse proposiciones no explícitas, pero sí ampliamente demostradas por el autor.

La lectura de los artículos icazbalceanos del *Diccionario* suele dejar en el entendimiento de los estudiosos ciertos conceptos sobre la sociedad y la cultura virreinales, derivados de la trama en que actuó cada uno de los personajes historiados. El enunciado de estas ideas no alude propiamente al sujeto, sino a una circunstancia típica en su tiempo. A la dis-

tancia de más de un siglo, me atrevo a proponer los siguientes epígrafes a los encabezamientos de García Icazbalceta, modo de resumir su contenido: Manuel Abad y Queipo: la injusticia fundada en los prejuicios; José de Acosta: la originalidad sospechosa; Hernando de Alarcón: la utilidad de las copias; Antonio Alcedo y Dionisio Alcedo y Herrera: la censura oficial a la información; Pedro de Alvarado: la fatalidad de lo fortuito; Pedro Mártir de Anglería: el acopio de lo maravilloso; Lucas Vázquez de Ayllón: la ambición frustrada; Vasco Núñez de Balboa: la ingratitud de la Corona; Bernardo de Balbuena: la versión poética de la ciudad; Andrés González de Barcia: el mérito de las reimpresiones; José Mariano Beristáin de Souza: los extremos culturales de la pasión; Lorenzo Boturini Benaducci: la erudición y la devoción perseguidas por la burocracia; Carlos María de Bustamante: la pluma a la par que el patriotismo; Juan de Castellanos: la incompatibilidad de los versos y la historia; Francisco Cervantes de Salazar: la excelencia de las lecciones escolares; Cristóbal Colón: los designios de la Providencia; el Conquistador Anónimo: el misterio de las nueve páginas; fray Pedro de Córdoba: las letras en apoyo de la lengua; Bernal Díaz del Castillo: la versión de los de abajo; fray Juan de Estrada: el supuesto eslabón perdido; fray Alonso Fernández: a la notoriedad por el libro; fray Francisco Figueroa: la ardua e inestimable copia de documentos; Lorenzo Ferrer Maldonado, Bartolomé Fonte y Juan de Fuca: los embustes y alucinaciones en la época de los descubrimientos geográficos; Francisco López de Gómara: la crónica a distancia; Juan Vicente Güemes Pacheco de Padilla y Horcasitas, conde de Revillagigedo: el renacimiento de la ciudad de México; Ricardo Hakluyt: la cartografía al ritmo de los viajes; Antonio de Herrera y Tordesillas: la historia oficial de América; Antonio de Mendoza: la consolidación del poder real; Matías de la Mora Padilla: la perdida grandeza de la Nueva Galicia; Toribio de Benavente, Motolinía: la ejemplaridad de los misioneros; Diego Muñoz Camargo: las primicias de la historia regional; Francisco de Terrazas: la confusión más que la fama; Juan de Tobar: el Cicerón nahuatlato; Juan de Torquemada: el Tito Livio de la Nueva España; Rodrigo de Albornoz: los alborotos en ausencia del amo; Alonso de Ávila: la dominación sin crueldad; Diego, Gómez, Gonzalo, Jorge y Juan Alvarado: la zaga de don Pedro; y Francisco Ceynos o Zaynos: lo inocuo de la integridad.

Es también de García Icazbalceta el artículo "Tipografía mexicana", incluido en el apéndice del tomo v. Fechado el 12 de mayo de 1855, es un notable estudio de la introducción de la imprenta, de los libros impresos en el siglo XVI que tuvo en sus manos o cuya existencia pudo comprobar, y del desarrollo de esa industria hasta su época. Enriqueció este trabajo con la primera descripción de los periódicos novohispanos

y la semblanza de sus editores, una relación de los talleres en la primera mitad del siglo XIX, breves noticias sobre el grabado y la litografía, y algunas observaciones sobre el alto precio, la escasez y la baja calidad del papel nacional, la importación de maquinaria y equipo de artes gráficas, la cortedad del número de lectores y la pobreza de las tiradas, que en los libros no pasaban de 500 ejemplares. La parte inicial de este escrito es el antecedente de la monumental *Bibliografía mexicana del siglo XVI* que publicó 31 años después, al cabo de perseverante, acuciosa y ejemplar investigación.

Aunque su nombre aparece en la página de créditos de nueve de los 10 tomos del *Diccionario,* José María de Lacunza únicamente firmó tres artículos de la obra, los correspondientes al Colegio de San Ignacio y a la Biblioteca y el Colegio de San Juan de Letrán. Rector de esta institución en el momento de redactar estos textos, utilizó un lenguaje escueto, con énfasis en los aspectos económicos, en los cuales era experto, pues en 1850 había sido ministro de Hacienda. Antes lo fue de Relaciones en el gabinete del presidente Herrera, y acabó su vida pública como presidente del Consejo de Estado del emperador Maximiliano. Don Benito Juárez lo desterró a La Habana y allá murió en 1869.

Los ocho artículos que aportó José María Lafragua al *Diccionario* son dechado de riguroso examen, síntesis conceptual y buen juicio sobre personas y situaciones. Abogado, legislador y ministro de Estado, aplicó la técnica jurídica al discernimiento de la historia. Podría decirse que en la investigación de los hechos agota los extremos de una averiguación previa; que mediante la rigurosa ordenación de las fuentes, pruebas y alegatos, y de su cuidadoso análisis, accede a la verdad, desahogando la fase de instrucción; y que finalmente, gracias a su ilustrada e inspirada pluma, pues también era poeta, dicta su fallo, o sea la sentencia, en aserciones terminantes, en frases rotundas. Su estudio sobre Vicente Guerrero ocupa 25 páginas y termina diciendo:

> Soldado valiente hasta 1817; general distinguido hasta 1821; héroe al hacerse la Independencia; mal político; débil para resistir el embate de las facciones; clemente y generoso; ignorante de los usos del mundo; dotado de una inteligencia clara aunque sin ningún cultivo; buen padre de familia y patriota realmente acrisolado..., su nombre oscuro al principio, enaltecido después con entusiasmo y vilipendiado con frenesí, será pronunciado por la posteridad con la gratitud que se debe a sus eminentes servicios, con el respeto que infunde su heroica resistencia, con la compasión que inspira su inmenso infortunio.

A menudo su lenguaje adopta giros oratorios, propios del estilo que busca resumir en breves locuciones la complejidad de los temas que se

han desarrollado. En el artículo "Revolución de la Acordada" dice: "El Parián, símbolo de los antiguos males; y el asalto, consecuencia... del odio a los españoles". Y en la entrada "Compañía Lancasteriana" afirma que ésta "atravesó pura el infestado sendero de nuestra vida política, extraña a la perniciosa influencia de los partidos, sorda a la engañosa voz de las pasiones".

Lafragua, yorkino en su juventud y liberal toda su vida, fue después secretario de Gobernación al lado de Comonfort y diplomático en Europa. En 1861 estaba a cargo de la legación en París, que cerró sus puertas ese año. Rehusó todos los empleos que le ofreció Maximiliano, y a la caída del Imperio dirigió la Biblioteca Nacional, fue magistrado de la Suprema Corte de Justicia, y de 1872 a 1875, en que murió, desempeñó el cargo de ministro de Relaciones Exteriores.

El abogado y hacendista Miguel Lerdo de Tejada, otra de las excepciones progresistas en el elenco conservador del *Diccionario,* redactó para éste únicamente tres artículos. Los que tratan del aceite y la cochinilla tienen interés histórico y técnico; y el muy extenso sobre comercio exterior de México entraña, además, cierta importancia lexicológica, por los vocablos, hoy convertidos en arcaísmos, cuyo significado importa a los investigadores de la economía. En la definición de tres de los derechos que el gobierno español impuso al intercambio de bienes con sus colonias, se advierten diferencias entre lo que dice el *Diccionario* de la Real Academia Española y las afirmaciones de Lerdo. El de avería, para uno, es "cierto repartimiento impuesto sobre los mercaderes o las mercaderías"; y para otro, la gabela destinada a pagar los haberes de la armada que perseguía a los corsarios que a menudo atacaban a los bajeles en aguas de Andalucía, cuando éstos regresaban de América. El de tonelada, según el DRAE, era para la fábrica de galeones, o bien, a juzgar por el testimonio de Lerdo, para cubrir los gastos de la universidad o cofradía de navegantes, establecida en 1569 en el barrio de Triana de Sevilla. Y el de almirantazgo, en la versión oficial, se aplicaba al sostenimiento de la Marina Real, mientras el fiscalista mexicano informa que se destinó al beneficio personal del almirante general de España, en 1737, cuando se creó ese puesto, pero que siguió cobrándose después de 1748, fecha en que se extinguió aquella jerarquía. Otras palabras ahora en desuso denotaban especies de mercancías todavía en giro a mediados del siglo XIX; por ejemplo: *alfajía,* madero aserrado útil para formar marcos de puertas y ventanas; *bigornia,* yunque de dos puntas opuestas; *guilleume,* uno de los cepillos de carpinteros y ensambladores; *crehuela,* cierto lienzo ordinario idóneo para forrar; *menestras,* legumbres secas; *quitrín,* carruaje abierto, de dos ruedas; y *zangalas,* telas de hilo muy engomadas. Todo esto y muchísimo más se im-

portaba de la metrópoli, según todavía se hace, aunque con otros nombres y especificaciones.

Francisco Javier Miranda, presbítero, diputado federal en 1852, consejero de Estado durante el último periodo de Santa Anna, conspirador contra el gobierno federal, aprehendido y desterrado en 1855, únicamente escribió para el *Diccionario* la semblanza del escultor poblano José Antonio Cora, texto revelador de sus dotes de fino crítico de arte, en cuyo campo hubiera dejado obra perdurable si no lo distraen sus siguientes oficios: ministro de Zuloaga, activo promotor de la monarquía y miembro de la comisión que ofreció el trono a Maximiliano.

José Sotero Noriega fue un asiduo colaborador del *Diccionario.* Jerezano, médico militar incorporado al Ejército del Norte, en 1846 asistió a las batallas de Palo Alto y de la Resaca de Guerrero, y al sitio y caída de Monterrey. Al cabo de la guerra que los Estados Unidos perpetró contra México, residió en Linares y en la capital de la República. En una y otra ciudades redactó todos los artículos referentes a Nuevo León y Zacatecas. Son notables la biografía de Francisco García, gobernante ejemplar del estado de Zacatecas, y la narración de la toma de la capital neoleonesa por las fuerzas del general Taylor. En ambos textos se encuentran noticias de primera mano y aun trozos literarios que condensan el contenido de esos trabajos. De un poema escrito en ocasión de la muerte de aquel prócer, reproduce, entre otras, la siguiente cuarteta: "¿Qué le queda, gran Dios, a Zacatecas,/ a esta ciudad tan rica y orgullosa?/ ¿Qué de su gloria, qué de su caudillo?/ Una tumba infeliz y una memoria". Mucho más lamentoso y dramático es el testimonio que ofrece como soldado cronista: "Nuestras fuerzas —dice— arriaron la bandera; sonó la salva de ordenanza, y nuestro pabellón cayó abatido, tributándole los enemigos los honores de la guerra... Así terminó la defensa de Monterrey"; y añade: "Cuando removidos los inconvenientes de una relación contemporánea, la pluma imparcial de la historia consigne este hecho en su libro severo, habrá... que relegar algunos nombres a la infamia; pero no se dirá como hoy, en el lenguaje parcial de las pasiones, que el ejército vertió allí su ignominia en el cáliz que después ha apurado nuestra patria hasta las heces".

En una nota al principio de los tomos del II al VII se indica que "los artículos geográficos son todos del Sr. Lic. D. Manuel Orozco y Berra", y aunque este señalamiento ya no se hace en los del Apéndice, es obvio que las innumerables entradas de esa índole se deben al propio autor. El material sobre las entidades de la República es dispar en extensión y contenido: al Estado de México se destinan 68 páginas, a Colima cinco y a Coahuila dos. Se advierte que la presentación de los municipios quiso sujetarse a un guión sistemático: historia, tierras, producciones,

montañas, aguas, caminos, animales domésticos y salvajes, caza, pesca, medios comunes de subsistencia, alimentos, enfermedades, industria, población e idiomas, pero en muy pocos casos pudieron ofrecerse datos sobre todas esas materias. Lo que se pudo reunir y publicar no fue lo que se propuso el editor, sino lo que él sabía o investigó a última hora, recurriendo a las autoridades civiles y a otras fuentes. De todos modos, no fue mucho, lo cual revela la falta general de información geográfica, y el vehemente interés que entonces había por estimular el estudio del territorio y la formación de una estadística. Sin embargo, es extraordinario el esfuerzo que realizó Orozco y Berra para acopiar las noticias disponibles.

Además de esta valiosa aportación, Orozco y Berra escribió muchos otros artículos, de los que sólo calzó 63 con sus iniciales. Entre éstos, llaman la atención los dedicados a Miguel Cabrera, Juan Correa y Baltasar de Echave, que él llama Chaves, ya que a los pintores no se les daba en esa época el rango de personajes merecedores de figurar en un diccionario. Según Orozco y Berra, a mediados del siglo pasado no estaba formado todavía en México el gusto por las bellas artes, a causa principalmente de que la pintura había estado confinada a los claustros y a las iglesias, y la sociedad sólo ocasionalmente demandaba retratos, más por vanidad que por apreciar el arte. En algunos textos, el investigador formula agudas observaciones o enuncia verdades que de tan obvias no estaban escritas y que en consecuencia el público no tenía presentes. A propósito de los apaches, por ejemplo, advierte que la conquista territorial que iniciaron los españoles en el siglo XVI, no estaba todavía consumada a mediados del XIX, pues los mexicanos seguían disputándole a los indios bárbaros, palmo a palmo, extensas regiones del norte del país. Pero lo que más importa resaltar, desde la perspectiva de este trabajo, es la calidad literaria de algunas páginas de Orozco y Berra. La batalla del puente de Calderón lo mueve a describir previamente, con rica expresividad, el estado y la calidad del ejército insurgente:

> Sin orden ni género de formación —dice—, los grupos seguían los tambores, los agudos pitos, las chirimías...; al romper el día y cerrar la noche entonaban cual canto guerrero el *Alabado,* oración con que en las haciendas se comienza y se acaba el trabajo, monótono y triste, que nunca se escucha en la soledad sin profunda melancolía. Aquellas turbas se componían de 100 mil hombres, unos 20 mil jinetes. Con su calzonera de cuero, en general corta hasta la rodilla, la pierna descubierta, en mangas de camisa y sin zapatos, completaban el arreo el sombrero de palma y la manga de jerga o el zarape de lana burda; montaban los caballos pequeños y fogosos del país, pero flacos, inobedientes a la rienda, medrosos y espantadizos, como enseñados a la ronda del monte y de las sementeras, y a la trilla; malos fustes pelones eran las

monturas, y por armas, espadas derechas con guarniciones de cobre, pesadas y débiles..., y lanzas con asta de encino muy corta y muy larga, siempre embarazosa...; la mayor parte no llevaba, con todo, más defensa que su lazo.

De los padecimientos que sufrieron los insurgentes sitiados en el fuerte de Comanja, dice el propio historiador:

La lluvia era el único recurso, el remedio ansiosamente esperado. Las nubes se presentaban en el horizonte, subían, engruesaban, ocultaban el sol y formaban sobre Comanja un negro dosel; llenos los corazones de esperanza y de ansiedad, sin hacer caso del incesante fuego del contrario, los habitantes del fuerte, sin apartar los ojos, seguían obstinadamente el movimiento de los vapores; preparaban cuantos utensilios tenían propios para recoger el agua; sacaban las imágenes de los santos y les dirigían fervientes e incesantes oraciones; el chubasco iba a caer: vana esperanza; las nubes impelidas por el viento dejaban caer avara y desdeñosamente algunas gotas en el recinto de la fortaleza, y se desataban en torrentes a pocos pasos, en el campamento español, en las vecinas llanuras de León.

Y en el artículo sobre la batalla del Monte de las Cruces, describe el comportamiento de los habitantes de la ciudad de México ante la proximidad del ejército insurgente:

La ciudad estaba en la mayor consternación... El malestar subió de punto con la noticia de la derrota de Trujillo, y se exacerbó mirando entrar los abatidos restos de la división. Entonces el miedo no conoció límites; el camino de la capital estaba libre, los insurgentes acampaban en Cuajimalpa, y a cada momento se creía iban a entrar. Los ojos se dirigían tenazmente por el rumbo que el enemigo debía traer; el polvo arrastrado por el viento, la polvareda levantada por un rebaño o por un atajo, parecían indicios seguros de la marcha de los de Hidalgo, y los medrosos corrían despavoridos a encerrarse, y los que tenían qué perder ocultaban su dinero, sus alhajas, sus objetos preciosos en los conventos y en escondites seguros inventados por la codicia. Muchas señoras de las familias principales buscaron asilo en los monasterios.

Considero estos tres pasajes de valor literario porque, al igual que muchos otros de su especie, son una proyección imaginativa de los hechos, una realidad paralela a éstos recreada por la sensibilidad del escritor. Sin estos recursos en nada sufriría la historia estricta de los acontecimientos, pero le faltarían la ambientación que comunica viveza a los escenarios, y los detalles que mueven más hondamente la emoción. El historiador, aunque celoso del apego a los documentos, a menudo extiende sus fuentes hacia el interior de sí mismo, y allí encuentra, por

conjetura, situaciones generalmente dramáticas que enriquecen notablemente la narración.

Notables por su abundancia de información y muy extensos son los artículos de Orozco y Berra "Ciudad de México", "Itinerario del ejército español en la conquista de México", ilustrado con dos finísimos mapas de su mano, y "Moneda en México", con una lámina de reproducciones y la composición tipográfica de un billete. Estos tres trabajos, mecanografiados, equivalen a poco más de mil cuartillas...

El artículo "Coyoacán", incluido, al igual que los anteriores, en el apéndice del tomo v, es una pieza insólita por su redacción e inusual en cualquier diccionario. Está escrito como diversión y para desahogo del ánimo. El autor dejó correr su pluma con entero desenfado. Tras un exordio en que declara su desengaño, su falta de tranquilidad y su amargura, y seguramente deseoso de poner remedio pasajero a su melancolía, asume la posición contraria a sus ideas para zaherir a los europeizantes de su tiempo. "Da grima —dice— tener que hablar de reyes y príncipes encuerados, de monarcas que en vez de la púrpura y el armiño vestían por manto real el ayate de pita." Hace sátira de los lugares comunes acuñados por los admiradores de lo extranjero: "Nuestro país al menos —dice— ha visto llegar siempre del este tantas luces, que bien hubiera podido poner una velería: los castellanos con la Inquisición, Lorencillo con su saqueo, los franceses con su reclamación de los pasteles y los norteamericanos con el módico precio de la paz". De la primera y fugaz estancia de Cortés en Coyoacán, dice que permaneció dos días en ella, "sin que acaeciese cosa que de contarse sea, si no es que al retirarse mandó prender fuego a las casas"; y exclama: "No hay cuidado: eran las luces venidas del oriente". Narra después cómo, una vez tomada y destruida México-Tenochtitlan, el capitán extremeño convidó a un banquete a sus soldados para solemnizar la victoria. El convite se organizó en Coyoacán, "en una pieza grande, sin más adorno ni compostura alguna, simplemente encalada a la usanza de los indios". Delineado así el escenario, pone a conversar acaloradamente, sin las restricciones que borra la embriaguez, a un rodelero, un jinete, un peón, un arcabucero, un remero de los bergantines y unos partidarios de Diego Velázquez, en cuyas palabras y actitudes afloran las rivalidades, envidias, infamias y desafueros que bullían en aquella tropa. Y para redondear la imagen moral de los conquistadores, reconstruye el drama tenebroso de la Marcaida, ocurrido también en ese poblado extramuros de México.

Animador de obras perdurables, coordinador de múltiples inteligencias, e infatigable, aunque quejumbroso trabajador intelectual, Orozco y Berra hizo brillar en el *Diccionario* todas las facetas de su talento. Paradigma de polígrafos, redactó monografías, artículos y notas sobre temas

de ingeniería, geografía, historia, derecho, economía, estadística y arte, todo con la fluidez de un diestro escritor. Pero aún es más de admirar que haya logrado formar el monumental *Diccionario* de 1853 a 1856, en una situación regida por la agitación política, la violencia armada y la inseguridad personal. Lo sostuvo al frente de la empresa la convicción de que únicamente superando las pasiones de partido puede llegarse a la comprensión del país, entonces desgarrado y ofendido, sin cohesión social ni conciencia clara de patria. Él mismo declara en el prólogo del *Diccionario:*

> Cuando por todas partes del mundo se nos desconoce y se nos calumnia; cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza, ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes o gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despreciar; una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlo en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar, merece incuestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo.

Liberal moderado, Orozco y Berra se mantuvo en el fiel de la balanza política, instalado en la zona de tregua de la cultura equidistante de los extremos en pugna, hasta fines de 1864 en que los halagos y favores que le dispensó el Imperio, vencieron su reticencia a colaborar con el invasor. Pudo así superar la miseria y ver consagrado en la imprenta el fruto de varios de sus trabajos. Al triunfo de la República sufrió prisión y no volvió a tener responsabilidades públicas; pero a cambio pudo terminar, en soledad, sus mejores obras. Paradójicamente la infidencia de Orozco y Berra y de muchos otros mexicanos contribuyó más que sus escritos a despertar la conciencia patriótica, gracias a que esas desviaciones fueron el fundente del nacionalismo en el crisol de la voluntad de Juárez.

Ya se dijo en otra parte de este trabajo, que la mayoría de los textos que aparecen firmados en el *Diccionario* llevan al pie solamente las siglas de los autores. Las iniciales E. M. O. corresponden a Eulalio María Ortega y Villar, redactor de las semblanzas biográficas de Francisco Ortega, su padre; Manuel de la Peña y Peña, su mentor en materia de jurisprudencia; e Ignacio Rodríguez Galván, su amigo poeta, muerto prematuramente. Estos textos tienen la frescura y emoción de un testimonio directo. Distinguido abogado de filiación conservadora, Ortega y Villar impugnó en el Teatro Principal, ante el presidente Juárez, el decreto del 5 de febrero de 1861, relativo a la venta de las fincas del clero; y en 1867 Maximiliano lo nombró uno de sus defensores ante el consejo de guerra instalado en Querétaro.

Las letras E. P. identifican a Emilio Pardo, por cuyas colaboraciones, en su mayor parte biográficas, se colige que fue conocedor de la preceptiva literaria, investigador de la historia y hombre de certero juicio y amplia información bibliográfica. En espacios breves, consigue transmitir al lector los principales rasgos de la vida y obra, entre otros, de Bernardino Álvarez, Sebastián de Aparicio, Pablo Beaumont, Juan Francisco de la Bodega y Quadra, Sor Juana Inés de la Cruz, Antonio Margil de Jesús, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Juan Ruiz de Alarcón.

Romántico como era, Manuel Payno evidencia en algunos artículos del *Diccionario* su adoración a la mujer perfecta, su admiración por la naturaleza, su emoción frente al paisaje y la primacía del sentimiento sobre la razón. La imagen de la cantante Enriqueta Sontag, que visitó México en febrero de 1855, lo movió a sentenciar que

> el término medio en la dimensión, la frescura y la regularidad en los labios, el encarnado brillante, la extremada finura de la piel, y la dentadura muy blanca y pareja, es lo que constituye una magnífica boca franca y adorable, que es graciosa y no insolente cuando ríe, que es amable y expresiva cuando habla, que impone respeto cuando hay enojo, que provoca el amor cuando está en silencio, que deleita y enajena cuando sonríe.

Su descripción del cementerio de Santa Paula, por donde anduvo "una tarde, a la hora del crepúsculo", contiene sólo cinco detalles descriptivos, inscritos en una copia de reflexiones lamentosas surgidas a la vista de prados y sepulcros; por ejemplo: "la dolorosa sensación que se apodera del alma", "las existencias marchitas", "las esperanzas malogradas". De las cascadas del Niágara y del rancho de Orduña, dice que eran "raudales de plata fundida lo que caían", y gracias a su disposición para encontrar el alma de las cosas, pudo oír "el melancólico susurro del río" y "los suspiros de la brisa". Y en uno de sus arrebatos líricos, aparece en su prosa la vinculación de lo maravilloso con la exaltación del ánimo y el sueño: "Si me fuera dado llevar a tu presencia a esa mujer ideal —le dice al agua despeñada—, si su tímido pecho latiera la verte cómo chocas en las rocas..., si sus lindos ojos se llenaran de lágrimas de placer..., yo te amaría más ¡oh torrente!"

De cómo el lenguaje del romanticismo se restringía a lo puramente sentimental, lo prueba la diferencia entre los artículos anteriores y los de índole histórica y económica que escribió el propio Payno para la misma obra. Aquéllos, dictados por la inspiración, contrastan violentamente con los que tratan de la ciudad y puerto de Matamoros, las aduanas marítimas y el virrey Revillagigedo, modelos de sobriedad, objetividad y precisión informativa, obra directa de la razón. Esta dicotomía

no significó un conflicto para Payno, fue más bien la expresión del carácter plural de su talento. Entre esos dos extremos de la expresión literaria, tienen especial brillo sus narraciones costumbristas, muestras de las cuales son sus artículos sobre Guadalupe, Tacubaya y San Agustín de las Cuevas, publicados en el apéndice del tomo v.

La entrada "El Libertador D. Agustín Iturbide", en el tomo iv del *Diccionario,* remite a una nota de pie de página que dice: "Por haber estado ausente de esta capital el Sr. D. José J. Pesado, no se pudo concluir este artículo para colocarlo en su respectivo lugar; y deseando que la publicación de la biografía de una persona tan notable en nuestra historia no se demore hasta dar a luz el suplemento..., ofrecemos que irá al final del presente tomo". En efecto, en la página 836 aparece ese texto calzado con la señal -*-*, de donde se infiere que todas las demás colaboraciones identificadas de igual modo son también obra del mismo autor.

José Joaquín Pesado nació en San Agustín del Palmar, en Puebla, y gracias a la desahogada posición de su familia, recibió una esmerada educación en Orizaba. Radicó después en Veracruz y llegó a ser, por sus luces, vicegobernador del estado. Por sí mismo aprendió idiomas, historia, derecho y teología. Ya en la capital de la República, tuvo en su casa un salón literario al que concurrían los escritores más connotados del partido conservador. Fue ministro del Interior del presidente Anastasio Bustamante, en 1839, y de Relaciones Exteriores en el gabinete de Nicolás Bravo, en 1846. Enseñó literatura y formó parte de la Academia de Letrán, escribió *Poesías originales y traducidas* (1839) y dos novelas, mereció un elogio del polígrafo Marcelino Menéndez Pelayo, y fue miembro correspondiente de la Real Academia Española. En la época de la Reforma se distinguió como redactor de *La Cruz,* al punto de que el obispo Emeterio Valverde y Téllez, en su *Bibliografía filosófica mexicana* (México, 1907) dice de él que "fue como el jefe de esas pléyades de sabios y caballeros", o sea los conservadores, porque "desde 1838 empezó a luchar enérgico, infatigable, por el reinado social de Jesucristo".

Salvo la nota sobre Manuel Calderón de la Barca (que nada tuvo que ver con don Pedro) y los artículos que tratan de Francisco Javier Clavijero, Iturbide y las carreteras o caminos nacionales, todas sus colaboraciones se refieren a localidades del estado de Veracruz. En ellas afloran algunos aspectos de su personalidad, en especial su riguroso juicio crítico en cuestiones de economía, sociedad y política, propio de un hombre que no duda en exponer lo que piensa. Atribuye la falta de conservación de las rutas terrestres a lo insuficiente de los peajes; afirma que San Antonio Huatusco debió ser la capital de Veracruz, pero las autoridades locales "prefirieron las diversiones de Jalapa al bien público"; observa

que los indígenas "no están acostumbrados a las comodidades de la vida"; se duele de que el gobierno estatal no haya adquirido los terrenos que median entre Orizaba, Córdoba y Jalapa, para establecer en ellos una colonia de extranjeros y nacionales, aquéllos traídos de Suiza y Alemania, y éstos de Puebla; y censura el Acta de Independencia por las alabanzas desmedidas que se le tributan a Iturbide y porque dice que la nación mexicana, durante 300 años, no tuvo "voluntad propia, ni libre uso de la voz", afirmación que no tuvo escrúpulo en firmar el propio O'Donojú.

José Joaquín Pesado, en cambio, sí tuvo recelo de identificar con su señal tipográfica un juguete literario al que puso por título "Aguador de Veracruz". Veracruzano por adopción, admirador del paisaje y las costumbres de esa entidad, observador acucioso, dueño de un léxico tan abundante cuanto castizo, y muy fino escritor, suyo debe ser este artículo que se publica anónimo. El texto está construido con tanta propiedad y gracia, y a menudo picardía, que bien pudo surgir de un taller literario, en imitación de Cervantes.

Francisco Pimentel, heredero de los títulos de conde de Heras y vizconde de Queréndaro, fue el más joven de los colaboradores del *Diccionario.* Tenía 23 años de edad cuando escribió los artículos "Michoacán", "Tezcoco" y "Toltecas", que después publicó aparte sin pie de imprenta. Fue el primero en sostener que los chichimecas de Xolotl no habían pertenecido a la familia mexicana, según lo habían asentado Clavijero, Humboldt y Prescott. Sus obras mayores aparecieron a partir de 1862. Afiliado al partido conservador, fue regidor y secretario del Ayuntamiento de México, en 1863, y prefecto político de la capital del Imperio, de 1864 a 1865. Lingüista, historiador, economista y crítico literario, inauguró junto con Orozco y Berra los estudios indigenistas, e inició el análisis sistemático de la poesía y la oratoria mexicanas.

Anselmo de la Portilla, español santanderino, llegó al país en 1840; se dedicó a los negocios mercantiles y al periodismo; colaboró en los principales órganos conservadores de la época, dirigió *El Espectador* y *La Voz de la Religión,* y debió redactar para el *Diccionario* muchos artículos, pero sólo firmó, con sus siglas, las semblanzas de Martín Merino, el regicida que intentó matar a Isabel II de Borbón, el 2 de febrero de 1852; y de Antonio María de Nájera, hermano del célebre carmelita fray Manuel de San Juan Crisóstomo y miembro de la redacción de *El Tiempo* y *El Universal.* Por razones políticas, De la Portilla vivió en Nueva York de 1858 a 1862; a su regreso y hasta su muerte dirigió nuevas publicaciones que ensancharon el panorama cultural de México, en especial *La Iberia,* en cuyos folletines reprodujo, entre otras, las *Cartas* de Cortés y las historias de López de Gómara y Díaz del Castillo.

Las colaboraciones de Guillermo Prieto al *Diccionario,* siendo él otro enclave liberal en el elenco de redactores, se redujeron a dos artículos: "Chapultepec", extraño texto en el que acumuló testimonios de historiadores, varias anécdotas —una de ellas escalofriante, la de la loba que despedazó a seis personas de una familia— y la descripción del paisaje que se dominaba desde el castillo. "Templo de amor y de placeres —termina diciendo del bosque—, casi no hay mexicano a quien su visita no excite mil recuerdos y tiernas afecciones". "Tehuacán", en cambio, es una pequeña y sistemática monografía que no omite noticia alguna de índole económica. La escribió en Puebla, en abril de 1855, después de haber sido ministro de Hacienda en el gabinete del presidente Arista y en vísperas de volver a serlo en el gobierno provisional de Juan Álvarez.

José Fernando Ramírez, el sabio polígrafo que transitó en el siglo XIX todos los caminos de la política, escribió 31 notas y dos artículos para el *Diccionario:* aquéllas sobre gobernantes prehispánicos, historiadores de origen indígena y pequeñas localidades; y éstos sobre la ferrería y el estado de Durango. No pudo hacer más porque en 1855 fue desterrado del país, en su condición de liberal, por el presidente Santa Anna. Su notable juicio histórico sobre Nuño de Guzmán, que abarca 28 páginas en el tomo IX, II del Apéndice, lo había dictado en octubre de 1847 y fue reproducido mientras él se encontraba en Europa.

Brillante abogado, se distinguió en el foro, la tribuna y el magisterio; y contemporáneo al periodo de pendularidad de la vida pública, alternó los cargos de senador, ministro y magistrado, con los oficios de ordenador de archivos, conservador del Museo Nacional, salvador de documentos, coleccionista de pictografías y libros raros, y redactor de ensayos históricos. En sus escritos de esta índole subyace una técnica jurídica, luce un estilo lógico y diáfano, apoyado en un amplio vocabulario, y sobresale una excepcional erudición. El estudio que hizo de Nuño de Guzmán y su época, la relación de cargos y defensas que reúne en la causa a que sometió al conquistador, y el fallo que dicta instalado en el tribunal de Clío, mueven a invocar ese alegato y esa sentencia en descargo del propio Ramírez, más tarde ministro de Relaciones y presidente del Consejo del Imperio. En 1866, previendo el fin de Maximiliano, él mismo se exilió en Europa.

Ignacio Rayón, oficial mayor del Archivo General, prestó grandes servicios a los colaboradores del *Diccionario,* en posibilidad como estaba de tener fácil acceso a una muy vasta documentación. Personalmente sólo aportó dos artículos: "Hernán Cortés" e "Ignacio López Rayón", uno de 24 páginas y el otro de 73. La extensión inusual de éste se debe a que transcribió completo el *Diario de gobierno y operaciones militares*

de la secretaría y ejército..., al mando de su padre. De cierto interés histórico, ambos textos nada tienen de literario.

José María Roa Bárcena aparece mencionado en los créditos del *Diccionario* desde el segundo tomo, pero curiosamente no aparece ninguna entrada firmada o señalada con su nombre o siglas. Afiliado al partido conservador, publicó artículos en *La Cruz, La Sociedad* y *El Universal.* Radicado en la ciudad de México desde 1853, mantuvo durante 20 años una tertulia a la que asistían José Joaquín Pesado, Anselmo de la Portilla, Alejandro Arango y Escandón, y Joaquín García Icazbalceta, entre otros. Formó parte de la Junta de Notables que votó por la monarquía, y al triunfo de la República sufrió prisión por varios meses en el convento de la Enseñanza. Hombre de 26 años de edad al iniciarse la formación del *Diccionario,* sus obras conocidas son posteriores a 1858.

Justo Sierra O'Reilly hizo para la obra que se comenta, las biografías de Pedro Sainz de Baranda, quien rindió desde el mar a la guarnición española de San Juan de Ulúa; de José Martín Espinosa de los Monteros, un educador; de Juan Antonio Frutos, un médico; de fray José Nicolás de Lara, reformador del Seminario de Mérida; y de José María Loria; rector de esta casa de formación, la mayoría conocidos o admirados amigos suyos. Escribió también el artículo "Campeche", compendioso y bien informado; la descripción de la Catedral y de la iglesia de Jesús de Mérida, con probidad y algunos toques de lirismo; y la crónica de su expedición a la cueva de Xtacumbilxunaan, en la que muestra grandes dotes de narrador. Pero acaso lo más interesante de sus aportaciones sean las semblanzas de nueve de los obispos de Yucatán, seis de ellos en abierta lucha contra la indisciplina y relajación de los franciscanos, quienes disputaban a la jerarquía el control de las parroquias. En este prolongado y violento conflicto de jurisdicciones, que con algunos intervalos duró casi 200 años, los religiosos no repararon en recurrir a intrigas cortesanas, asaltos, sobornos, secuestros y asesinatos, y los ordinarios a disparos de armas de fuego, aprehensiones, maldiciones, excomuniones y entredichos formales. Dice el autor que "...en el convento de San Francisco se cometieron tales escándalos, que no falta quien atribuya a castigo del cielo el horrible vandalismo que en poco más de 20 años acabó con ese edificio soberbio y colosal, que era el más brillante ornato de la ciudad de Mérida".

Además, Sierra O'Reilly tradujo al castellano el libro *Incidents of Travel in Yucatán* de John L. Stephens (Nueva York, Harper and Brothers, 1843, 2 vols.) y lo publicó en Campeche con el título *Viaje a Yucatán* a fines de 1841 y principios de 1842, en dos tomos, el primero impreso en el taller de Joaquín Castillo Peraza, en 1848, y el segundo en el de Gregorio Buenfil, en 1850. De esta obra se tomaron para el *Diccionario,*

a iniciativa suya, 27 fragmentos que describen zonas arqueológicas, grutas, pozos, aguadas, islas y localidades de la península.

El 26 de abril de 1853, el presidente López de Santa Anna creó el Ministerio de Fomento y confió el despacho de los asuntos de ese ramo a Joaquín Velázquez de León, distinguido ingeniero, militar, diplomático y director por muchos años del Colegio de Minería. Quien tanto conocía el país, nada pudo aportar al *Diccionario*, pues se mantuvo ocupado en ese puesto hasta el término de la dictadura. En cambio, se reprodujo en la obra uno de sus trabajos: las observaciones que hizo en el Nevado de Toluca, en 1835, por encargo del gobernador del Estado de México, Manuel Díez de Bonilla, que años más tarde sería su colega en el gabinete. Velázquez de León formó parte de la comisión que en 1863 ofreció la corona a Maximiliano, quien durante su gobierno lo nombró ministro sin cartera.

Un segundo testimonio sobre el Nevado de Toluca se publicó anónimo en el tomo VI. A diferencia del informe de Velázquez, orientado a determinar si podría derivarse al valle el caudal de las altas lagunas volcánicas, este otro es una magnífica descripción literaria de la gigantesca montaña y del majestuoso paisaje circundante. Por el estilo y por una referencia final a la catarata del Niágara, que el autor incógnito recuerda haberle impresionado igualmente, este texto puede atribuirse a Manuel Payno.

Mucio Valdovinos redactó la biografía de fray Diego Basalenque, historiador de la provincia agustiniana de San Nicolás de Tolentino de Michoacán y singular maestro de indígenas tarascos, quienes bajo su guía "leyeron la Ilíada en la lengua de Homero y conocían perfectamente a los mejores autores del siglo de Augusto", al decir del panegirista. Valdovinos fue ordenado presbítero en los Estados Unidos, en 1831, cuando no había obispos en México; pasó al clero secular en 1845 y fue, a la par que figura relevante del partido conservador, diputado y consejero de Estado durante la última administración de Santa Anna. Escribió textos de doctrina católica y murió en 1854.

El sacerdote Juan B. Villaseñor, a su vez, aportó a la compilación orozquiana varias vidas ejemplares y el artículo "Campana", copia de noticias formales y curiosas relativas a ese instrumento, el cual representa la voz de los pastores de la Iglesia, sucesores de los apóstoles.

Pablo J. Villaseñor (1828-1855), joven presidente de la sociedad literaria Falange de Estudios de Guadalajara, animador de la antología *Aurora poética de Jalisco*, dramaturgo y autor del preceptuario católico *Luz de la niñez*, envió el artículo "Chapala", más lírico que informativo.

Francisco Zarco cierra la nómina de los colaboradores permanentes del *Diccionario*, aunque sólo en apariencia, pues no se encuentra ninguna

nota ni material firmado por él o que por su tema o tratamiento le pudiera ser atribuible. Las razones de que su nombre se haya incluido en la lista de los colaboradores en los tres tomos del Apéndice, publicados al final de 1855 y en el curso de 1866, son un misterio, a menos que se suponga que, caído Santa Anna, se haya querido suavizar con la presencia del batallador periodista la inspiración conservadora de la obra. Aun así, sorprende que se haya incorporado a las páginas legales a quien fundó *El Demócrata,* para difundir el pensamiento liberal y oponerse a los redactores de *El Universal,* y para desacreditar la tesis de que la separación de España era el origen de todos los males de la nación; a quien fue víctima de la animosidad de los presidentes Arista y Santa Anna; a quien varias veces sufrió prisión y tuvo que callar por la censura que le impusieron sus adversarios políticos; al editor responsable de *El Siglo Diecinueve,* que publicó en agosto de 1855 el *Plan de Ayutla,* excitó a la ciudadanía para que precipitara el triunfo del movimiento en la ciudad de México y nunca ocultó su designio: "consumar la revolución iniciada en 1810; hacer triunfar la causa del pueblo sobre las clases privilegiadas". La misma gente que él encabezó en la Alameda el 13 de agosto de 1855, fue la que asaltó y destruyó totalmente el taller donde se imprimía *El Universal,* y la que seguramente habría consumado otros atentados, si él mismo no sentencia ante la multitud deseosa de venganza que "para luchar contra la imprenta se debe emplear la misma arma de la imprenta y ninguna otra". Quede, pues, este enigma para una investigación posterior.

No siendo propósito de este trabajo reconstruir la situación en que se hallaba el país durante los años en que se formó el *Diccionario,* sólo tangencialmente se han mencionado, siempre en relación con sus redactores, algunos hechos que reflejan la inestabilidad política y social, y la pugnacidad ideológica; y en lo personal, el desengaño por las amargas experiencias del pasado reciente, la tozuda militancia partidista y la constante zozobra.

Falta la sociedad de equilibrio y los gobiernos de firmeza, siempre con el riesgo de mudar en el sentido de la corriente contraria, parecería que esos tiempos no fueran propicios para realizar una obra que exigía lento trabajo en gabinete y archivos, cuidadosa selección y ordenación de materiales, e indeclinable perseverancia. Pero justamente por ello don Manuel Orozco y Berra sobrepuso la paciencia a la intranquilidad, sufriendo con entereza infortunios y desasosiegos, persuadido como estaba de que únicamente el conocimiento del país, según él lo miraba, podría crear un clima proclive a la maduración cívica y moral.

El insigne polígrafo quiso entregar a la nación una imagen de sí misma —histórica, geográfica, estadística y espiritual— en la cual los mexica-

nos se reconocieran como un espejo, pero habiendo reproducido principalmente los rasgos cimeros de la Colonia —su extensión, su perdurabilidad, sus mejores hombres y sus obras— vino a resultar que el modelo fue Nueva España. Si no fue éste el paradigma que expresamente postuló el *Diccionario,* sí quedaba por su lectura, en aquellos años aciagos, el convencimiento, o al menos la presunción, de que sólo un monarca y la Iglesia podrían salvar a la patria.

Frente a la reciedumbre de las casas de Austria y de Borbón a lo largo de 300 años, el México independiente había pasado en sólo tres décadas del Imperio a la República, y varias veces del régimen federalista al centralista. El saldo de estos cambios, surgidos de la violencia, había sido la separación de Centroamérica y la independencia de Texas; la falta de cohesión nacional, de respeto internacional, de conciencia de patria y aun de una forma estable de constituirse; y, por consecuencia, la guerra civil intermitente, las agresiones extranjeras y la mutilación del territorio. Éstos eran los restos del edificio "por formar" o reconstruir del que habla Orozco y Berra, cuyas "piedras dispersas" se propuso juntar.

Para muchos de los conservadores de la época la fórmula para superar la crisis era la monarquía, sugerida por la propia historia. Fue así que el *Diccionario,* aun sin proponérselo su principal autor, contribuyó a prestigiar esa tesis y a ganarle adeptos. No fue casual que Andrade, Berganzo, Castillo y Lanzas, Díez de Bonilla, Lacunza, Miranda, Ortega y Villar, Ramírez, Roa Bárcena, Velázquez de León y el propio Orozco y Berra hayan colaborado con el Imperio.

Cuando años después triunfó la República, las páginas del *Diccionario* se cerraron, los tomos se confinaron a los anaqueles y sólo ocasionalmente algún investigador buscó los más brillantes artículos para reproducirlos. Lo demás de la obra fue olvidado o ignorado. La meritísima compilación orozquiana hoy puede juzgarse como el testimonio de una generación dorada, a cuyo brillo y pulcritud corresponde el sutil método de persuasión que practicaron; y más en el fondo, como un dramático intento de fundar en el pasado el proyecto de nación; pero, a la vez, como inestimable fuente de noticias, repertorio de estilos literarios, ejemplo de laboriosidad e indudable muestra de amor a México, a la postre desdichado por haber sido sólo fugazmente correspondido.

BIENVENIDA A LA ACADEMIA MEXICANA A JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ

Por José Luis Martínez

Hay escritores de lucimiento y escritores de sombra. A los primeros, casi siempre creadores, se les celebra por cuanto hacen, les luce, y si son afortunados y tienen talento, unas cuantas obras les bastan para asegurar su prestigio y aun su mantenencia. A los de sombra, en cambio, les toca escribir páginas anónimas, arreglar textos ajenos y confusos, acumular fichas y datos, escudriñar documentos y resumir informes oscuros. Y cuando se habla de sus obras suele ser para señalar una omisión o una cifra imprecisa, mientras que se callan los aciertos y los mil datos correctos.

Tengo la impresión de que mi paisano José Rogelio Álvarez ha aceptado de buen grado ser un escritor de sombra. Y lo que me sorprende más es que le guste este estilo de trabajo intelectual, y que lo haga con esa misma pulcritud con que se viste y se conduce en sociedad. Creo que se trata de una cierta manera señorial en la que se juntan la laboriosidad, la discreción y la cortesía, como si fuera lo más natural ordenar papeles e indagar circunstancias, que al fin se hacen por gusto propio y sin esperar por ello ni la fama ni pretender la sabiduría. Así debieron ser algunos de nuestros viejos investigadores, como don Manuel Orozco y Berra, don José Fernando Ramírez, don Joaquín García Icazbalceta, nuestro paisano don Alberto Santoscoy; y, entre los más recientes, don Manuel Romero de Terreros. Junto a estos paradigmas, no he mencionado los nombres de otros sabios que, sin serlo, fueron también envidiosos, enredadores y traficantes de libros. A la familia de los discretos pertenece José Rogelio Álvarez.

Después de sus estudios universitarios, nuestro nuevo académico tuvo otra escuela singular, entre sus 20 y 30 años: la redacción de la afamada revista *Tiempo,* al lado de Martín Luis Guzmán. Para los primeros números de esa revista escribí algunas reseñas de libros. Fueron tan tasajeadas y encogidas que preferí renunciar a aquellos rigores. En cambio, José Rogelio hizo suyos los métodos y las exigencias del gran novelista y maestro del estilo, y los años de la revista *Tiempo,* si

no le dieron una obra personal, le hicieron ganar claridad y precisión a su pluma.

Durante el sexenio 1953-1959, en que gobernó el estado de Jalisco nuestro recordado y querido Agustín Yáñez —quien años más tarde dirigiría esta Academia—, José Rogelio Álvarez se probó en un nuevo aprendizaje, el de la acción sobre una realidad para aplicar postulados teóricos. A José Rogelio se debe la planeación de una de las empresas más importantes del gobierno de Yáñez: la incorporación de la región de la costa jalisciense —que era hasta entonces una zona aislada y agreste— a la vida económica y social del estado.

Saltemos una década para llegar a 1969, en que José Rogelio Álvarez adquiere la empresa editora de la *Enciclopedia de México* y emprende la edición de esta obra magna, que concluirá en 1977, en 12 grandes tomos ilustrados. Como una obra de esta naturaleza siempre es perfectible y nuevos hechos van acumulándose, nueve años más tarde, en 1986, pudo llevar a cabo una segunda edición de la *Enciclopedia,* ahora en 14 tomos y sin ilustraciones, salvo mapas y croquis. El número total de las páginas impresas de esta segunda edición es de 8 460, a dos o tres columnas, que fueron escritas en 24 000 cuartillas. "El de la voz", como se decía en los escritos judiciales, ha sido un cliente constante de ambas ediciones, les debe un cúmulo de informaciones, ha advertido algunas de sus fallas en minucias y apreciado el cuidado y la abundancia de sus contenidos. Antes de abandonar al José Rogelio Álvarez enciclopedista, quiero repetir aquí, para que se aprecie el trabajo enorme e ingrato que significan estas obras de información sistemática, unos curiosos versos anónimos. Los puso como epígrafe nuestro amigo y colega, recién desaparecido, Ignacio Bernal, al frente de su excelente *Bibliografía de arqueología y etnografía. Mesoamérica y norte de México. 1814-1960* (México, INAH, 1962):

> Si quelqu'un a commis un crime odieux
> S'il a tué son père ou blasphémé des dieux
> Qu'il fasse un lexicon; s'il est supplice au monde
> Qui le punisse mieux, je veux que l'on me tonde.
>
> [Si alguien cometió un crimen odioso,
> Si mató a su padre o blasfemó de los dioses,
> Que haga un lexicón; si hay suplicio en el mundo
> Que lo castigue mejor, que me den una tunda.]

Me refiero ahora a un libro muy hermoso y original que acaba de publicar José Rogelio Álvarez. Se llama *Summa mexicana,* y su editor, Bancomer, le ha añadido como subtítulo, *El gran libro sobre México* (1991). De

alguna manera, es un libro que, por la amplitud de su información sobre nuestro país, sólo podía hacer, mejor que nadie, quien ha sido el director de la *Enciclopedia de México.* Su autor nos explica cómo sigue el plan y el método de su obra:

> El título de *Summa mexicana,* además de anticipar el contenido de la obra, expresa el propósito de ofrecer a los lectores, en un solo volumen espléndidamente ilustrado, la oportunidad de fundamentar o de actualizar un conjunto de nociones sobre México, imprescindibles en una visión general del país: la grandiosidad de la geografía y la riqueza y potencialidad de los recursos que aloja; la exuberante diversidad de la flora y la fauna, y sus enlaces seculares con la mitología, la tradición y la vida diaria; los momentos estelares de la historia; las hazañas de la técnica y las aportaciones a la ciencia; las manifestaciones cimeras de la arquitectura, la pintura, la escultura, las letras y la música; las creaciones de la culinaria y sus agregados bebestibles; la heroicidad y la nobleza de la conducta, y aun los prototipos femeninos y masculinos que han consagrado la tradición y la fama.

Cierro este sucinto repaso de algunas de las obras de José Rogelio Álvarez con breves comentarios acerca de su discurso de recepción en la Academia Mexicana que, resumido, acabamos de escuchar, acerca del *Diccionario universal de historia y de geografía,* que dirigió don Manuel Orozco y Berra, en México, de 1853 a 1856. Este estudio de José Rogelio Álvarez, me parece, en primer lugar, un homenaje a su laborioso predecesor en tareas semejantes. Como lo he contado a José Rogelio, soy un antiguo admirador de esta obra, que considero una de nuestras empresas heroicas en el campo intelectual. Y antes de que poseyera los 10 tomos del *Diccionario,* pude estudiarlo en un ejemplar que me facilitó un amigo generoso. Y justamente, había comenzado a hacer un elenco de los estudios de autores mexicanos (mis apuntes quedaron en alguno de los tomos ajenos), como el que ha realizado, con paciencia y competencia, nuestro nuevo académico. El examen de las circunstancias en que se realiza esta obra; de su condición de empresa de los conservadores ilustrados, de mediados del siglo pasado, y sobre todo, el estudio detenido de los numerosos colaboradores mexicanos del *Diccionario* y de las entradas que cada autor escribió, me parecen una investigación excelente y muy útil para los estudiosos. Además, creo que el trabajo de José Rogelio Álvarez debería servir de introducción a una nueva edición facsimilar del *Diccionario,* de Orozco y Berra, que merece ser disfrutado por nuevos lectores. No es empresa fácil, porque se trata de 10 copiosos volúmenes; pero debe encontrarse la manera de realizarla.

De acuerdo con la costumbre que hemos establecido, los nuevos académicos electos participan desde luego en nuestras sesiones de traba-

jo, mientras que, con la ceremonia de ingreso, como la que celebramos hoy, formalizan su condición y sus prerrogativas de académicos. Esta costumbre nos ha permitido comprobar el acierto de esta elección, pues hemos podido apreciar los muchos conocimientos, la discreción y la buena disposición para contribuir a nuestros trabajos lingüísticos de José Rogelio Álvarez. Así pues, ya es con todo derecho uno de los nuestros. Que disfrutemos por muchos años su compañía, su amistad y sus luces.

LOS DICCIONARIOS DE AYER Y DE MAÑANA*

Por Guido Gómez de Silva

Señor director de la Academia Mexicana,
señores académicos,
señoras, señores:

1. La silla I y sus siete ocupantes

La Academia Mexicana fue fundada en 1875, hace 117 años. Desde entonces, la silla I ha tenido siete ocupantes.

1.1. El primero de éstos fue el primer director de la Academia, José María de Bassoco (1795-1877), que tanto contribuyó a la fundación de esta institución. Gran estudioso de los clásicos latinos y españoles, ilustró a la Academia con sus vastos conocimientos literarios y gramaticales. Fue el único de los siete ocupantes de la silla I que no nació en el siglo xix (nació en el siglo xviii).

1.2. El segundo ocupante fue Anselmo de la Portilla (1816-1879), eminente periodista, poeta y prosista de estudios clásicos, fundador de varios periódicos. Estos dos primeros, José María de Bassoco y Anselmo de la Portilla, fueron los únicos de los siete que no nacieron en la República Mexicana (nacieron en España).

1.3. El tercer ocupante fue Ignacio Aguilar y Marocho (1813-1884), moreliano, jurista eminente y escritor elegante, poeta festivo de ingeniosa y sutil ironía. Gran orador político, llegó a ser diputado federal y ministro de Gobernación. Sus epigramas corrían de boca en boca; les recuerdo el que hizo al local que ocupaban los tribunales civiles en la ciudad de México en 1880, y todavía en 1930 —local que había sido expropiado a un convento—:

> Con refinada malicia
> dice un letrero dorado:

* Leído en sesión pública efectuada el 5 de marzo de 1992.

1.4. El cuarto ocupante fue Luis Gutiérrez Otero (1840-1908), tapatío, con quien comienza una serie, interrumpida sólo una vez, de personas que ocuparon la silla número I y cuyo apellido paterno empieza por G (Gutiérrez Otero, González Peña, Guisa y Azevedo). Gutiérrez Otero era abogado y enseñó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. De vasta cultura humanística, fue sagaz investigador y escritor vigoroso. Fue diputado y notable orador; sus brillantes discursos en la Cámara eran siempre recibidos con entusiasta aplauso.

1.5. El quinto ocupante fue Emilio Rabasa (1856-1930), chiapaneco. Jurista prominente, fue uno de los maestros más prestigiados de varias generaciones de abogados. Tuvo una larga y brillante carrera política: fue diputado al Congreso de la Unión, senador, gobernador del estado de Chiapas. Escribió cuentos, poemas y estudios de crítica literaria. A cuatro novelas, publicadas en sólo dos años, debe Rabasa su renombre literario —*La bola, La gran ciencia, El cuarto poder, Moneda falsa*—. Se trata de novelas vigorosas y originales, que aún hoy —más de 100 años después de escritas— son leídas con agrado. Rabasa es uno de nuestros escritores clásicos.

1.6. El sexto ocupante fue Carlos González Peña (1885-1955), jalisciense. Sobresalió en el periodismo, en la novela, en el profesorado. Publicó un *Manual de gramática castellana* y una *Historia de la literatura mexicana.* Como periodista se podría considerar heredero de un género en que se distinguieron Manuel Gutiérrez Nájera y Luis G. Urbina —miembro de la Academia este último—. González Peña, escritor cuidadoso del idioma, usa un lenguaje natural y claro, y es fino observador de caracteres, de la manera de vivir y de hablar de la gente.

1.7. El séptimo ocupante de la silla I, el más reciente, fue Jesús Guisa y Azevedo (1899-1986), guanajuatense; filósofo y periodista, de estilo vivaz y enérgico, de formación humanística, escritor muy leído.

Guisa y Azevedo estudió en la Universidad de Lovaina, donde el cardenal belga Désiré Joseph Mercier fue precursor del neotomismo, de esa renovación de los estudios tomistas, de los estudios del sistema filosófico y teológico de Santo Tomás de Aquino.

Ese sistema se podría resumir recordando que Santo Tomás enseñaba —en el siglo XIII— que la filosofía y la teología tienen ámbitos separados, que la filosofía busca la verdad mediante la razón, la teología mediante la revelación.

Al regresar Guisa a la patria, se dedicó a difundir en ella los conocimientos que en Lovaina logró allegar.

Cito una oración de Guisa: "El que bien habla y el que bien escribe remoza, hace fresca, amena, olorosa, reciente, pues, la Naturaleza".

1.8 Para ayudar a esto, a hablar bien, a escribir bien, a afinar el instrumento de la comunicación (y el ser humano generalmente quiere comunicación, quiere hablar, quiere expresarse), se han preparado gramáticas y diccionarios.

2. Los albores de los diccionarios

2.1. *El tercer milenio a. C.* Los diccionarios más antiguos de que se tienen noticias fueron compilados en tiempos remotos. Sus primeras formas, rudimentarias, nacieron con las primeras civilizaciones de escritura.

Hace poco (1975), se encontraron en Ebla, en la Siria del noroeste, unas 15 000 tablillas siglo III a. C., hacia 2300, entre las cuales había vocabularios bilingües eblaíta-sumerio. Los eblaítas —que hablaban una lengua semítica del noroeste pero escribían en cuneiforme sumerio— tenían relaciones con iranios, anatolios, chipriotas, sumerios y egipcios.

Estos primeros vocabularios, así como muchos que los siguieron, se prepararon para responder a necesidades prácticas de comunicación entre grupos humanos de lenguas diferentes.

2.2. *El segundo milenio a. C.* Del segundo milenio a. C. se han encontrado listas de palabras egipcias ordenadas en grupos temáticos, del año 1750, y tablillas trilingües sumerio-acadio-hititas de los siglos XIV y XIII.

2.3. *El primer milenio a. C.* Del primer milenio a. C. han sobrevivido una breve lista de palabras acadias (Mesopotamia central), del siglo VII (época del rey Asurbanipal); varios glosarios griegos de palabras raras o difíciles de la lengua de Homero y de la de otros poetas, desde el siglo V; igualmente desde el siglo V, diccionarios en sánscrito, entre ellos léxicos de astronomía, de botánica, de medicina; también del primer milenio a. C. hay catálogos de nombres propios; y vocabularios temáticos romanos (por ejemplo, de términos jurídicos).

2.4. *Siglo II d. C.* En China hubo el *Shuo wen chieh-tzu* 'Diccionario etimológico', de Hsü Shen, obra muy extensa, del año 121 aproximadamente, basada en la *San ts'ang*, lista de caracteres preparada por Li Ssu hacia 213 a. C.

3. Los diccionarios en la Edad Media

3.1. No sólo en el primer milenio a. C. sino también en la Edad Media, se sintió en Europa occidental la necesidad de aclarar términos de la

lengua literaria, que para muchos pueblos se había vuelto bastante distinta de la que usaban en la conversación. Para esto, se ponían en los manuscritos *glosas* interlineales o marginales, que explicaban las palabras oscuras o difíciles; luego se empezó a juntar estas glosas al final de un manuscrito, y más tarde se reunieron varias de estas listas o colecciones de glosas bilingües en un manuscrito separado —un *glosario*—.

3.2. Hacia el año 600, Isidorus Hispalensis (Isidoro de Sevilla) escribió una enciclopedia —compilación de los conocimientos de esa época— que él llamó *Originum seu Etymologiarum libri XX*, y que se ha dado en llamar simplemente "Etimologías"; esta enciclopedia fue, durante unos 1 000 años, la obra de consulta clásica; está ordenada por temas y contiene entre otras muchas cosas un diccionario latino.

3.3. En el siglo x, los musulmanes tenían una teoría lexicográfica muy desarrollada, expuesta en el *Fiqh al-lugha* o 'Filología', literalmente = 'Conocimiento del idioma'.

3.4. Los diccionarios bilingües medievales fueron primero de una lengua extranjera a la lengua nacional y sólo más tarde de la lengua nacional a una extranjera. Hubo un diccionario árabe-persa en el siglo xi.

3.5. Aunque en Japón ya había un diccionario chino-japonés en el siglo viii, uno de los primeros diccionarios japonés-japonés es el *Iroha jirui shō* compilado por Tachibana no Tadakane entre 1174 y 1181.

3.6. [1225] El gramático inglés John of Garland preparó hacia 1225 una lista de palabras latinas clasificadas por temas y la llamó *Dictionarius*, primer uso conocido de la palabra, o sea que ella sólo se empezó a utilizar en la Edad Media tardía.

3.7. [1244] Vincent de Beauvais en 1244 dedicó a un glosario una parte de su enciclopedia *Speculum maius* 'El espejo mayor',

3.8. [1340] Lo mismo hizo Pierre Bercheure hacia 1340 en su *Reductorium, repertorium et dictionarium morale utriusque testamenti.*

3.9. Sólo en el siglo xv empiezan los diccionarios que, en vez de traducir de una lengua extranjera a la nacional, van de la nacional a una extranjera, con:

3.10. [1440] el más antiguo diccionario bilingüe inglés-latín, escrito en 1440 por un monje dominico conocido como Galfridus Grammaticus, diccionario llamado *Promptorium parvulorum* 'Despensa [o Almacén] para los pequeños'; incluía 12 000 palabras inglesas, casi todas sustantivos o verbos, con sus equivalentes latinos. Al principio era, claro está, manuscrito, pero se imprimió en 1499.

3.11. Y luego empiezan los diccionarios de dos lenguas vivas, como los siguientes:

[1477] el *Vocabolista italiano-tedesco*, de 1477, y el

[1483] *Vocabulary in French and English,* de hacia 1483, del impresor inglés William Caxton.

4-8. Los diccionarios del Renacimiento

Y llegamos al Renacimiento:

4.1. [1492] Nebrija produce en 1492 su *Lexicon latinohispanicum,* y, hacia 1495, el *Vocabulario de romance en latín* [la palabra *dicionario* (escrita con una sola *c)* la usa por primera vez en español Nebrija, en 1495].

4.2. *El siglo XVI.* En el siglo xvi, se multiplican las listas bilingües y plurilingües de lenguas vivas, destinadas a viajeros y comerciantes, así como combinaciones de una lengua clásica y una moderna.

4.3. Thomas Elyot escribe en 1538 el primer diccionario completo latín-inglés y lo llama *Dictionary;*

4.4. Robert Estienne publica en 1539 su *Dictionaire* [escrito con una sola *n] françois-latin;*

4.5. en 1571, se publican en México, de fray Alonso de Molina, dos diccionarios bilingües muy completos —el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* y el *Vocabulario en lengua mexicana y castellana;*

4.6. en 1573, John Baret publicó el trilingüe *An alvearie* 'Una colmena', en inglés, latín y francés;

4.7. en 1598, John Florio prepara el *World of words,* primer diccionario bilingüe italiano-inglés.

5. [Diccionarios monolingües]

Como se ve por los títulos citados, los diccionarios monolingües fueron en general precedidos por diccionarios bilingües o plurilingües.

5.1. Para encontrar los primeros vocabularios alfabéticos de una lengua moderna, en que se expliquen los términos en la misma lengua, hay que esperar el siglo xvi en Italia y en Francia, el xviii en Inglaterra y en España, y aún más en los demás países.

5.2. Si Dante, o Boccaccio, o Petrarca, hubiesen querido usar un diccionario italiano, habrían tenido que compilarlo ellos mismos (el diccionario italiano de la Accademia della Crusca fue publicado por primera vez dos o tres siglos después de ellos, en 1612). El diccionario francés de la Académie française se publicó primero en 1694, 10 años después de la muerte de Corneille y 21 después de la de Molière; Cervantes, en cambio, habría podido consultar, cinco años antes de su muerte, pero ya aparecida la primera parte del *Quijote,* el *Tesoro de la lengua*

castellana, de Covarrubias (1611), y Shakespeare, desde los 40 años de edad, habría podido utilizar una especie de prediccionario inglés —una lista de 2 500 palabras preparadas por Cawdrey (1604)—.

5.3. Al principio, los diccionarios monolingües incluían sólo palabras cultas y aun eruditas, palabras que se consideraban difíciles.

6. Las Academias que publican diccionarios (siglos xvii y xviii)

6.1. Se establecieron academias, en 1582 en Italia y en 1635 en Francia, para tratar de preservar la pureza de las lenguas nacionales. Estas academias definían las palabras que aprobaban, y tenían la esperanza de que, al publicarlas en forma de diccionario, lograrían guiar el gusto del público.

6.2. Termina entonces la etapa de los diccionarios primitivos y empieza un periodo que se puede llamar de la lexicografía desarrollada y que está vinculado con la aparición de lenguas literarias nacionales.

6.3. La academia italiana, fundada en 1582 y situada en Florencia, se llamó Accademia della Crusca, o sea literalmente 'academia del salvado', con una alusión a su objetivo de cerner *(cerner* como se hace cuando se separa con el cedazo la harina del salvado) la lengua italiana —de purificar la lengua y la literatura italianas—. Su diccionario, llamado *Vocabolario degli accademici della Crusca,* iniciado en 1591, fue publicado por primera vez en 1612, en Venecia, y contiene citas copiosas tomadas de la literatura italiana (sobre todo de los tres grandes escritores del siglo xiv).

6.4. La academia francesa, fundada en 1635, llamada Académie française y compuesta de 40 personalidades (casi todos escritores), resolvió tener por función principal la de registrar el uso "correcto" de la lengua francesa (su diccionario, llamado *Dictionnaire de l'Académie française,* fue publicado por primera vez en 1694). La academia francesa sintió la necesidad de explicar en su primer diccionario por qué no había seguido a la italiana, a la Accademia della Crusca, en el uso de citas literarias: "el diccionario de la Academia se empezó y terminó durante el siglo más floreciente de la lengua francesa, y es por eso que no cita, porque varios de nuestros más célebres oradores y de nuestros mayores poetas trabajaron en su preparación" [le dictionnaire de l'Académie a été commencé et achevé dans le siècle le plus florissant de la langue française, et c'est pour cela qu'il ne cite point, parce que plusieurs de nos plus célèbres orateurs et de nos plus grands poètes y ont travaillé].

6.5. En el siglo siguiente, el xviii, se establecen academias en España y en Rusia; la española fue fundada en 1713 con el nombre de Real

Academia Española, y publicó su primer diccionario, el *Diccionario de la lengua castellana,* en seis gruesos volúmenes, de 1726 a 1739; este diccionario fue revisado varias veces desde entonces, y su próxima edición —la vigésimo primera—, aunque prometida para octubre de 1992, saldrá probablemente en 1993; la Academia rusa (San Petersburgo) publicó la primera edición de su diccionario *(Slovar' Akademii Rossiyskoy)* en seis partes, de 1789 a 1794.

7. [El siglo xvii]

Pero volvamos al siglo xvii.

7.1. Robert Cawdrey escribe en 1604 *A table alphabeticall of hard words,* que se considera como el primer diccionario inglés-inglés; en él define o explica unas 2 500 palabras inglesas de origen latino, no muy frecuentes.

7.2. En 1611 aparece en Madrid el célebre y respetable diccionario enciclopédico llamado *Tesoro de la lengua castellana, o española,* de Sebastián de Covarrubias Orozco.

7.3. En 1623, Henry Cockeram, en su *The English dictionarie,* incluyó, igual que Covarrubias, nombres propios; Cockeram es el primero que en inglés usó la palabra *diccionario* para un diccionario inglés-inglés. [En latín medieval se había usado *dictionarius* hacia 1225 (John of Garland, 3.6) y *dictionarium* en 1340 (Bercheure, 3.8), en francés *dictionaire,* con una sola *n,* en 1539 (Estienne, 4.4)].

7.4. En 1680, Richelet publica en Ginebra su *Dictionnaire français contenant les mots et les choses,* primer diccionario enteramente monolingüe de la lengua francesa.

8. El siglo xviii

8.1. En 1702, John Kersey, en su *New English dictionary,* que contiene 28 000 voces, fue un precursor en inglés porque introdujo y definió ciertas palabras de uso diario.

8.2. En 1721, Nathaniel Bailey publica su *Universal etymological English dictionary,* que fue un éxito de librería por más de un siglo, y en 1730 el más voluminoso *Dictionarium Britannicum.* Bailey fue el lexicógrafo inglés más importante antes de Johnson; una de sus innovaciones fue la de marcar las sílabas que llevan acento en la pronunciación [en español, el uso del acento escrito no se generalizó sino hasta el siglo xviii]. Estos dos diccionarios de Bailey eran mucho mejores que los de cualquiera de sus precursores ingleses, y por eso se consideran como

el principio de una línea que continúa aún; sus etimologías eran más completas que las de sus predecesores. Bailey fue el primero que, en sus dos diccionarios, trató de definir *todas las palabras* de uso diario.

8.3. Del diccionario de la academia española, cuya primera edición se publicó de 1726 a 1739, se habló arriba [6.5], al mencionar los de otras academias de la lengua. Se puede agregar que es un diccionario de autoridades, o sea que, al igual que el vocabulario italiano de la Accademia della Crusca, pero a diferencia del de la Académie française, ejemplifica el uso y las acepciones de las palabras con citas de grandes escritores. En el prólogo de ese diccionario de 1726 se dice: "Como basa *[sic]* y fundamento de este *Diccionario,* se han puesto los autores que ha parecido a la Academia han tratado la Lengua Española con la mayor propiedad y elegancia; conociéndose por ellos su buen juicio, claridad y proporción, con cuyas autoridades están afianzadas las voces..." La Real Academia Española se llamó así desde su fundación hasta nuestros días, excepto de 1931 a 1939, periodo en que se llamó *Academia Española.*

8.4. En 1755, Samuel Johnson publicó su *A dictionary of the English language;* usó en su preparación un ejemplar del mayor (1730) de los dos diccionarios mencionados de Bailey (8.2), con hojas en blanco intercaladas para tomar notas; definió 40 000 palabras, e ilustró las definiciones, por primera vez en un diccionario inglés, con citas literarias ("by examples from best writers"), para demostrar el significado y el uso.

Aunque Johnson se hizo ayudar por seis amanuenses para copiar las citas ilustrativas, su diccionario, que contiene 118 000 de ellas, puede ser considerado esencialmente como producto de una sola persona. Antes de empezar a escribirlo, él había dicho que necesitaría tres años para terminarlo, pero requirió de cerca de ocho. Esta obra es valiosa, entre otras razones, porque estableció una norma elevada para los lexicógrafos que le siguieron; en general, las definiciones de Johnson hacen patente su erudición, su discernimiento y su capacidad, y son la base de la lexicografía ulterior en inglés.

Otra característica importante del diccionario de Johnson es que trata extensamente los varios sentidos de cada palabra. A veces definía con humor, con dichos agudos; de la palabra *lexicógrafo,* por ejemplo, dice "a writer of dictionaries; a harmless drudge" (que podría traducirse como "persona inofensiva que hace un trabajo esclavizante").

8.5. Algunas contadas veces Johnson se deja llevar por prejuicios (de los cuales el mayor, aunque moderado, era contra los escoceses, como en su definición de *oats* ['avena']: "a grain, which in England is generally given to horses, but in Scotland supports the people" [cereal que en

Inglaterra se da generalmente a los caballos, pero en Escocia mantiene a la gente]; se dice que un escocés contestó que Inglaterra es conocida por sus caballos, y Escocia por su gente). Johnson define *pension* ('pensión') como "subsidio que se da a alguien sin equivalente. En Inglaterra generalmente significa paga que se da a un mercenario del Estado por haber traicionado a su país" [An allowance made to any one without an equivalent. In England it is generally understood to mean pay given to a state hireling for treason against his country]. Y de *excise* (impuesto sobre el consumo) dice "impuesto odioso que grava los productos y que no fijan los jueces ordinarios sino unos entes despreciables contratados por aquellos a quienes se paga el impuesto" [a hateful tax levied upon commodities, and adjudged not by the common judges of property, but wretches hired by those to whom excise is paid].

8.6. De los diccionarios dijo Johnson que "son como los relojes; el peor es mejor que ninguno, y no puede esperarse ni del mejor que funcione perfectamente" [dictionaries are like watches; the worst is better than none, and the best cannot be expected to go quite true].

Y el prefacio del diccionario de Johnson empieza así:

> El destino de los que se afanan en los empleos más bajos de la vida es verse más bien impulsados por el miedo al mal que atraídos por la perspectiva del bien; ser expuestos a la censura sin esperanza de elogio; ser desacreditados por sus malogros, o castigados por su negligencia, en casos en que el éxito no hubiera tenido aplausos ni la diligencia premio.
>
> Entre estos infelices mortales está el que escribe diccionarios; a quien la humanidad no ha considerado como el alumno sino como el esclavo de la ciencia, el zapador de la literatura, destinado sólo a quitar los escombros y limpiar de obstrucciones los caminos del Saber y del Genio, los cuales avanzan hacia la conquista y la gloria, sin conferir una sonrisa al humilde obrero que facilita su progreso. Todos los demás autores pueden aspirar al elogio; el lexicógrafo sólo puede esperar librarse de los reproches, y aun esta recompensa negativa ha sido otorgada hasta ahora a muy pocos...
>
> [It is the fate of those who toil at the lower employments of life, to be rather driven by the fear of evil, than attracted by the prospect of good; to be exposed to censure, without hope of praise; to be disgraced by miscarriage, or punished for neglect, where success would have been without applause, and diligence without reward.
>
> Among these unhappy mortals is the writer of dictionaries; whom mankind have considered, not as the pupil, but the slave of science, the pioneer of literature, doomed only to remove rubbish and clear obstructions from the paths of Learning and Genius, who press forward to conquest and glory, without bestowing a smile on the humble drudge that facilitates their progress. Every other author may aspire to praise; the lexicographer can only hope to

escape reproach, and even this negative recompense has been yet granted to very few].

8.7. Hacia 1750 nacen los diccionarios de sinónimos.

8.8 En 1760, Voltaire escribió en una carta a Duclos (11 de agosto) que un diccionario sin citas es un esqueleto [un dictionnaire sans citations est un squelette].

8.9. En 1791, se publica el *A critical pronouncing dictionary and expositor* [explicador] *of the English language* de John Walker.

8.10. Johnson y Walker fueron considerados hasta mediados del siglo XIX los guías del buen uso de la lengua inglesa.

8.11. En 1783, el estadounidense Noah Webster produce su libro conocido como *Webster's spelling book*, o como *American spelling book*, con el que tenía la esperanza de uniformar la ortografía del inglés en los Estados Unidos; para 1850, cuando la población total de los Estados Unidos era de 23 millones, las ventas anuales de este libro eran de más de un millón de ejemplares.

9. El siglo XIX

9.1. En 1828, Noah Webster, a la edad de 70 años, publicó en Nueva York su obra maestra, *An American dictionary of the English language*, con 70 000 artículos; este diccionario fue aceptado como autoridad, aun en Inglaterra. Los sucesores de los diccionarios de Noah Webster, que incluyen varias ediciones abreviadas, están entre los diccionarios más usados en el siglo XX (12.2-12.4).

9.2. Charles Richardson, en *A new dictionary of the English language* (1836-1837), fue el primer lexicógrafo inglés en usar el método histórico. Ordenó sus citas por periodos, para mostrar la evolución de los significados de una palabra; este diccionario es más rico en ejemplos ilustrativos que cualquiera de sus predecesores.

9.3. *Roget y los diccionarios ideológicos.* En 1852, Peter Mark Roget publica su *Thesaurus of English words and phrases*, que contiene 1 040 títulos (encabezamientos) para 240 000 palabras. El índice es una lista alfabética que indica bajo qué encabezamiento y subencabezamiento aparece cada vocablo. Aunque los diccionarios de sinónimos nacieron hacia 1750, éste, un siglo más tarde, es el primero ideológico, es decir que clasifica las ideas. A este tipo de diccionario se le ha llamado también, además de ideológico (como el de Julio Casares, 1942), analógico (como el *Dictionnaire analogique de la langue française*, de Jean-Baptiste Boissière), metódico, o de ideas afines (como el de Eduardo Benot,

1898-1899); en inglés, *thesaurus,* como éste de Roget, que desde entonces ha tenido muchas nuevas ediciones.

9.4. Donde un diccionario de sinónimos diría, por ejemplo, "paz/serenidad/sosiego/tranquilidad", el ideológico tendría muchos más términos relacionados como por ejemplo: "paz/apaciguar/aplacar/serenar/ramo de oliva/armisticio/tregua"; y antónimos: "discordia/desunión/división/oposición/rivalidad/guerra; dividir/desquiciar/enemistar/azuzar/meter cizaña/echar leña al fuego/discrepar/perros y gatos/tirios y troyanos/Montescos y Capuletos/pandilla".

9.5. [1854] La ciencia de la lexicografía debe mucho a la investigación de los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm; estos eminentes letrados, que no consideraron indigno escribir cuentos *(Kinder-und Hausmärchen,* conocidos en español como "Cuentos de Grimm", 1812 y 1815), colaboraron para acometer la elaboración de un diccionario alemán basado en principios científicos, el gran *Deutsches Wörterbuch,* que iniciaron en 1852 (y el trabajo preparatorio ya en 1838), cuya publicación empezó en 1854, y que sus seguidores sólo completaron más de 100 años después (en 1960). El *Wörterbuch* sirvió de guía a lexicógrafos de muchas otras lenguas.

9.6. En 1856, Pierre Larousse, inspirado en lo que Voltaire había escrito en 1760, decía "Un dictionnaire sans exemples est un squelette", y su *Nouveau dictionnaire de la langue française* fue el primero que apoyó con un ejemplo cada acepción de los términos definidos; Larousse fue igualmente el primero que agregó datos enciclopédicos a las palabras que una definición no podía precisar suficientemente.

Larousse también editó, de 1866 a 1876, su *Grand dictionnaire universel du XIXe siècle,* en 15 volúmenes, que es esencialmente una enciclopedia, y sus sucesores han publicado una serie de diccionarios que satisfacen variadas necesidades populares, como el *Nouveau Larousse illustré,* el *Larousse universel* y el *Petit Larousse,* todos ellos revisados de vez en cuando.

9.7. El *Dictionnaire de la langue française* (1863-1872), de Émile Littré, es un diccionario histórico (que ordena los sentidos de cada palabra empezando por el más antiguo) —uno de los monumentos de la lexicografía—; Littré trabajó en él por más de 30 años, sin ayuda, y su *Dictionnaire* ha servido de base a muchos lexicógrafos desde entonces. Se dice que es el diccionario más grande compilado por una sola persona.

9.8. No sólo Littré, sino todos los autores de diccionarios mencionados hasta aquí, emprendieron sin ayuda la hazaña individual de realizar trabajos que en la actualidad se pedirían normalmente a un cuerpo de redactores, ayudantes y expertos temáticos, que juntos podrían ascender a varios centenares.

10. El "Diccionario Oxford" (1884-1928)

10.1. En 1857, se concibe en la Philological Society of Great Britain (fundada en 1842) el *A new English dictionary on historical principles* (conocido también, desde 1895, como *The Oxford English dictionary),* que se terminó de publicar en 1928, 70 años después de que se había empezado a recoger el material (ejemplos fechados de uso); la Sociedad decidió reunir todas las palabras inglesas que no estaban en el diccionario de Johnson ni en el de Richardson (además de las que sí aparecían en ellos).

10.2. Este material hizo posible la publicación del diccionario mencionado, cuyo primer fascículo salió en 1884, y que define el total de las palabras inglesas que aparecen por escrito entre el siglo XII y el XX; y da la historia de todo vocablo mediante una serie de citas fechadas para cada significado que ha tenido en cualquier momento desde 1150; contiene, además, las varias grafías que de cada palabra se usaron durante su historia; también da la etimología de todas las voces, basada en hechos históricos y según los conocimientos modernos. Más de cinco millones de papeletas con citas de unos 5 000 autores de todos los periodos fueron recopiladas por 1 300 lectores voluntarios; 1 827 306 de ellas están impresas en el diccionario (un número mucho mayor de citas que el de cualquier otro diccionario antes de 1971); y se incluyeron 414 825 artículos.

10.3. Después de 1928 salieron suplementos, en 1933 [26 000 artículos] y 1972-1986 (4 tomos), y una nueva edición en 1989.

11. Otros diccionarios del siglo XX

11.1. En 1885 aparece en París el *Dictionnaire de la langue nahuatl ou mexicaine,* de Rémi Siméon.

11.2. El *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana,* de Rufino José Cuervo, cuya publicación, en la ciudad de París, comenzó en 1886, ofrece un rico material de ejemplos de autores antiguos y modernos acerca de las voces que encierran interés en su construcción sintáctica.

11.3. En el año de 1893, Eduardo Benot publicó su excelente y muy completo diccionario de rimas llamado *Diccionario de asonantes i consonantes.*

11.4. En 1899, se publica en México el *Vocabulario de mexicanismos,* de Joaquín García Icazbalceta (sólo las letras de la *A* a la *G,* únicas que había concluido antes de morir el ilustre filólogo e historiador).

12. El siglo xx

12.1. En el siglo xx proliferan los diccionarios de muchas clases y de numerosas lenguas.

12.2. *Cuatro sucesores del diccionario de Noah Webster.* Los sucesores más importantes del diccionario de Noah Webster de 1828 (9.1), y que se basaron en él, fueron:

12.3. en 1909, el *Webster's new international dictionary of the English language,* con más de 400 000 artículos;

12.4. [Menciono aquí, fuera del orden cronológico de esta historia de los diccionarios, tres sucesores más]

—en 1934, la 2ª edición, revisada, del de 1909, con 550 000 artículos, probablemente el mayor número de artículos incluido hasta entonces en un diccionario de cualquier idioma [más, en los apéndices, 36 000 artículos en el diccionario geográfico, 13 000 en el biográfico, 5 000 en la tabla de abreviaturas]; 12 000 términos están ilustrados gráficamente; y el diccionario está basado en 1 665 000 citas; las definiciones de los varios sentidos de cada palabra se dan en orden cronológico; se incluyen sinónimos y antónimos; a veces da información enciclopédica [pero la enciclopedia más voluminosa que se haya compilado es una compuesta de 22 937 capítulos manuscritos (de los cuales sobreviven 370), en 11 095 volúmenes, preparada por 2 000 sabios chinos de 1403 a 1408; se llama *Yung Lo ta tien* 'El gran almacén [del reinado] de Yung Lo'];

—en 1961, el *Webster's third new international dictionary of the English language* es la 3ª edición, que continúa la serie de diccionarios basados en el de Noah Webster de 1828, habiéndose reunido más citas —4 500 000 más—; incluye citas de 14 000 autores, y contiene 450 000 vocablos;

—en 1986 aparece el "12 000 words", suplemento de la 3ª edición (1961) del Webster grande. Éstos fueron los sucesores de los diccionarios de Noah Webster.

12.5. En 1913, aparece el *Funk and Wagnalls' New standard dictionary of the English language* [sucesor del *Standard dictionary of the English language,* 1894, revisado en 1903]. Este diccionario de 1913, en el mismo orden alfabético, incluye también nombres propios, en vez de poner, como en el de Webster de 1934 (12.4), los biográficos y los geográficos en secciones separadas; define 450 000 palabras; para cada palabra, el orden de los sentidos definidos es el de la frecuencia actual, no como en los diccionarios Webster el de su aparición en la historia; da etimologías, y a veces información enciclopédica. Han salido desde entonces varias ediciones revisadas.

12.6. El *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española,* de la Aca-

demia, editado por primera vez en 1927 (había sido propuesto ya en 1814; su 4ª edición revisada es de 1989), es a la vez resumen y suplemento del diccionario grande de la Academia (6.5, 8.3): lo abrevia eliminando las palabras y acepciones anticuadas; lo completa incorporando voces de la lengua diaria, neologismos de carácter técnico, regionalismos españoles y americanismos, e incluyendo información gramatical.

12.7. De 1922 a 1971, se edita el monumental *Französisches Etymologisches Wörterbuch,* del suizo Walther von Wartburg, en 25 volúmenes.

12.8. En 1945, Ramón Menéndez Pidal publica su estudio *El diccionario que deseamos.*

12.9. De 1950 a 1964, Paul Robert, edita su *Dictionnaire alphabétique at analogique de la langue française,* en seis volúmenes, más un suplemento en 1970; este diccionario de Robert tiene citas literarias abundantes, y, en los artículos que lo permiten, menciona numerosos términos analógicos. En 1967 sale, con el mismo título, pero más conocido como "Petit Robert", una obra reducida a un solo volumen, que sigue los mismos principios que la inicial.

12.10. En 1950, Julio Casares publica su estudio *Introducción a la lexicografía moderna.*

12.11. En 1954 aparece el *Britannica world language dictionary;* es un diccionario de siete idiomas: tiene una lista de palabras inglesas con sus equivalentes en francés, alemán, italiano, español, sueco y yidish, y una lista de palabras de cada uno de estos seis idiomas con sus equivalentes en inglés.

12.12. También en 1954 se edita el primer volumen del estupendo *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana,* en cuatro volúmenes (1954-1957), de Joan Corominas, seguido en 1961 por la primera edición de su *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* y en 1980 por el primer volumen de su admirable y gigantesco *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (1980-1991), en seis volúmenes, escrito en colaboración con José A. Pascual.

12.13. En 1958 se publica la *Enciclopedia del idioma* (en realidad un diccionario, en tres tomos), de Martín Alonso —diccionario histórico en que se da, con fechas de primer uso, el significado de cada palabra y de cada acepción, con la autoridad de unos 1 500 escritores; el autor de esta obra comprobó además estos significados en 60 diccionarios españoles preacadémicos, y en 19 ediciones (1726-1956) del diccionario de la Academia.

12.14. En 1959, aparece el *Diccionario de mejicanismos,* de Francisco J. Santamaría, que continúa de la *H* a la *Z* el *Vocabulario de mexicanismos* que García Icazbalceta había logrado redactar sólo hasta la *G* en 1899 (11.4).

12.15. En 1960, la Real Academia Española inicia en Madrid la publicación de su *Diccionario histórico de la lengua española,* con numerosas citas ordenadas cronológicamente. Desde entonces ha ido apareciendo en fascículos (16 hasta ahora) y aún no está completa la letra *A* de esta gran empresa.

12.16. En 1961, Menéndez Pidal publica su artículo "El diccionario ideal" (en *Estudios lingüísticos,* Madrid, 1961).

12.17. En 1966, se edita el *Random House dictionary,* diccionario de tipo sincrónico, en que se da información sobre el inglés principalmente en su forma contemporánea (véase 14.1).

12.18. También en 1966, María Moliner termina su minucioso y muy completo *Diccionario de uso del español,* en dos volúmenes.

12.19. De 1971 a 1990 se publican los 14 primeros tomos del *Trésor de la langue française* (la lengua de 1789 a 1960) [el tomo 14 termina con la palabra *salaud* (término que se usa para insultar; = 'persona moralmente repugnante')]; este diccionario es producto del proyecto lexicográfico moderno más ambicioso, situado en Nancy, fundado por el Centre national de la recherche scientifique; de 1960 a 1970 se reunieron para él más de 250 millones de ejemplos, y usan en Nancy técnicas modernas de computadorización; tienen la intención de imprimir sólo parte del material (el resto se puede consultar en pantalla).

12.20. En 1977, se publica en México *Madre Academia,* de Raúl Prieto Riodelaloza (pseudónimo: Nikito Nipongo), que continúa su *El diccionario,* que es de 1958; se trata principalmente de una crítica muy útil de muchas de las definiciones contenidas en el diccionario de la Academia de 1970.

12.21. En 1980, se publicó en Mérida, Yucatán, un diccionario bilingüe digno de mención —el *Diccionario maya Cordemex*—.

12.22. El *Diccionario del español de México* se basa en los dos millones de palabras del *Corpus del español mexicano contemporáneo, 1921-1974,* que corresponden a 1 000 textos escritos y hablados. El *Corpus,* resultado de la investigación del léxico del español de México, se preparó en El Colegio de México desde 1973, bajo la dirección de Luis Fernando Lara; el *Diccionario,* que se está preparando ahí mismo y con la misma dirección, se publicará hacia 1995. Vale la pena recordar aquí que en México —el país con más hispanohablantes en el mundo— hay unos 80 millones de personas que hablan español; en España, unos 40 millones.

13. Diccionarios de lengua y diccionarios enciclopédicos

Acerca de los diccionarios actuales, se puede decir lo siguiente:

13.1. La tarea esencial de enciclopedias, diccionarios y otras obras

de consulta es resumir los conocimientos en una forma fácilmente accesible (casi todas estas obras, excepto las de ciertos tipos específicos, utilizan el orden alfabético, sin el cual sería muy difícil usarlas [véase 16.1]). Las enciclopedias tratan de temas y de hechos; los diccionarios de una lengua se refieren a palabras y definiciones.

13.2. Los diccionarios enciclopédicos difieren de los diccionarios generales de una lengua por su contenido, ya que no explican sólo palabras sino las ideas designadas por ellas —agregan a una definición descripciones más extensas del concepto denotado por la palabra—. Por ejemplo, el artículo sobre la palabra *luna* en un diccionario general podría decir: "*luna* (sustantivo femenino), único satélite natural conocido de la tierra". Un diccionario enciclopédico podría agregar información del tipo de "Su diámetro medio es de 3 476 km; su distancia de la tierra varía entre 356 630 y 407 084 km —varía porque la órbita de la luna es ligeramente elíptica—.

13.3. El diccionario no enciclopédico da información principalmente lingüística acerca de una serie de elementos léxicos ordenados sistemáticamente, dispuestos por lo general, como en el caso de otras obras de consulta, en orden alfabético.

13.4. El tipo básico es el diccionario general (monolingüe y definidor) de una lengua dada. El fin principal de este tipo de diccionario es explicar los significados (la denotación) de las formas incluidas (separando los sentidos y definiendo cada uno, cada acepción); de paso da información acerca de su ortografía. Un diccionario de esta clase contiene la lista de una serie de formas de un idioma —que pueden ser no sólo palabras sino a veces también unidades semánticas que son menos, o más, que una palabra: un diccionario puede incluir no sólo palabras independientes (morfemas libres) sino también otros elementos léxicos, como morfemas trabados (por ejemplo, raíces; afijos, que a su vez incluyen morfemas derivativos [llamados sufijos] y morfemas flexivos (llamados desinencias]); puede incluir, además, frases estables (frases hechas, expresiones establecidas, locuciones, giros, modismos, como, por ejemplo, "estar por las nubes", "llevarse bien", "planta baja", "primo hermano", "viaje redondo"); puede incluir también citas, símbolos (por ejemplo, Na = sodio) y abreviaturas—.

13.5. Para cada forma, frecuentemente se agregan a la información acerca de sus significados datos sobre su función, historia y etimología, sinónimos, antónimos, y derivados, y en el caso de ciertos idiomas, cuya ortografía no es muy fonética, también pronunciación (mediante una transcripción fonética) y división silábica (que puede ser diferente entre la de la pronunciación y la de la ortografía).

13.6. Un artículo de diccionario puede incluir, además, información sobre el uso de las palabras, y otros datos gramaticales. La información acerca del uso se ilustra con ejemplos pertinentes, ya sea originales o tomados de un banco de citas; los lexicógrafos modernos dependen de un archivo [banco, colección] de citas, por lo común almacenadas electrónicamente, que incluye miles de casos copiados de palabras y frases, tal como se han usado realmente tanto por escrito como en el habla. La información gramatical puede incluir inflexiones irregulares (como la formación de plurales anómalos o la conjugación de los verbos irregulares), y, en general, datos morfológicos, sintácticos, de derivación y de formación de los vocablos, ya que hay un vínculo estrecho entre el vocabulario y la gramática.

13.7. La palabra por definir puede ir seguida de notas o marcas (indicadores de uso o de contexto) que señalan, por ejemplo, a qué parte tradicional de la oración pertenece (verbigracia, *adjetivo, sustantivo, verbo),* el tema (Electrónica, Biología), la región en que se usa la palabra (Argentina, Colombia, España, Hispanoamérica, México); lo apropiado, social y lingüísticamente, de la voz de que se trata (poética, literaria, familiar, vulgar, de jerga [caló, germanía], despectiva, anticuada).

13.8. Al hacer un diccionario, los redactores deciden primero qué palabras van a incluir, después determinan el uso para la ortografía (incluyendo mayúsculas) de cada palabra, luego describen los varios significados de cada una.

13.9. Al establecer una lista de unidades léxicas, si dos formas iguales tienen distintas fuentes etimológicas, se consideran palabras (no acepciones) diferentes (por ejemplo, *cola* 'pegamento' [del latín vulgar *colla]* y *cola* 'prolongación de la columna vertebral de ciertos animales' [del latín *coda, cauda]* son palabras diferentes a pesar de su aspecto idéntico).

13.10. Los diccionarios cumplen con dos funciones sociales: una informativa, porque con sus definiciones permiten la rápida adquisición de ciertos conocimientos, y una normativa, porque fijan —aunque no se lo propongan— los sentidos y usos de las palabras, y esto facilita la normalización de una lengua y por tanto su utilización como medio de comunicación.

13.11. Un diccionario de una lengua viva nunca puede estar completo: dejan de usarse ciertas palabras, las que sobreviven van cambiando de significado, se crean otras.

13.12. En diccionarios monolingües, los vocablos de un idioma se explican y de definen en el mismo idioma. En diccionarios bilingües, se dan, para las palabras de una lengua, los equivalentes en otra (se tra-

ducen). También existen diccionarios políglotos (que pueden ser de lenguas cognadas o no).

14. ¿Diccionario normativo o descriptivo?

14.1. Los grandes diccionarios actuales tratan la lengua con uno de dos métodos. Uno de ellos es el histórico o diacrónico, en que los redactores leen de manera sistemática escritos de varios periodos de la lengua de que se trata y dan la historia de cada palabra, con citas fechadas para cada significado que sirven de ejemplos de su uso. Con el otro método, el sincrónico, los lexicógrafos observan y registran la lengua principalmente en su forma contemporánea.

14.2. Los conceptos académicos de la pureza [compárese el párrafo 6.1] incluían durante el Renacimiento una tendencia de oponerse al cambio, a pesar de que el cambio es esencial para la vida y el crecimiento de la lengua.

14.3. Sólo en el siglo xix se empieza a considerar el diccionario no tanto como guía del buen uso sino como colección de documentación del uso en su totalidad. En este principio se basan los hermanos Grimm y más aún los redactores de *The Oxford English Dictionary* y del *Trésor de la langue française.*

14.4. En el siglo xx, los lexicógrafos empezaron a reemplazar las ideas de pureza (basada especialmente en la etimología) por criterios de uso. La etimología es útil para aprender cómo cambian los significados, pero el sentido de una forma en un momento dado debe poder entenderse sin necesidad de referirse a su historia.

14.5. Hoy se considera generalmente que un diccionario monolingüe debe ser un registro o inventario descriptivo cuidadoso (basado en el conocimiento riguroso del estado de una lengua) más bien que una compilación prescriptiva de una autoridad perentoria cuya intención sería preservar "la pureza" de una lengua, establecer una suerte de código del idioma.

14.6. Hay diccionarios modernos (como los de las academias francesa y española) que logran establecer ciertas formas como preferibles. Son por tanto más bien prescriptivos o normativos que descriptivos.

14.7. Aunque un diccionario no se proponga ser normativo, realiza cierta función normativa por la sola selección de las palabras y de los significados incluidos, y al optar por ciertos ejemplos y marcas estilísticas.

14.8. Uno de los propósitos de los diccionarios normativos modernos es el de tratar de evitar la importación innecesaria de palabras.

14.9. Los autores de diccionarios sincrónicos, tanto descriptivos como normativos, que tratan de describir el "buen uso", entienden por esa frase el uso contemporáneo por personas instruidas, en la conversación ordinaria, sin características regionales marcadas.

15. Los diccionarios especializados

15.1. Además de diccionarios generales de una lengua, los hay especializados, como por ejemplo de ortografía, pronunciación (que se puede indicar escribiendo la palabra de manera más fonética que la de la ortografía tradicional del idioma de que se trata), etimología, sinónimos, antónimos, nombres propios (que incluyen antropónimos y topónimos), arcaísmos, neologismos, homónimos, vocablos parónimos, rimas, abreviaturas, citas, proverbios, gramática (sobre todo dificultades lingüísticas), frecuencia de las palabras, jerga; hay otros que dan listas de símbolos; existen también diccionarios de formación de las palabras, de combinaciones de palabras.

15.2. Hay, además, diccionarios de una lengua en cierto periodo (latín tardío, español antiguo, inglés medio); diccionarios de regionalismos aparte de diccionarios nacionales o regionales (la diferencia entre un diccionario de regionalismos y uno regional puede ejemplificarse así: en un diccionario mexicano de regionalismos estarían vocablos como *chango* y *tlapalería;* en uno regional o nacional del español de México, estarían los mismos regionalismos, pero también voces generales hispánicas como *casa* y *mesa.* Es importante señalar aquí que, a pesar de la diversidad de la lengua española de un país a otro, ella tiene una notable unidad).

15.3. Existen asimismo diccionarios temáticos (como de medicina, ingeniería, computación, biología, arte, música, deportes).

15.4. Hoy, también se hacen diccionarios de la lengua de un escritor.

16. El orden de los artículos

16.1. Casi todos los diccionarios colocan su vocabulario en orden alfabético, pero en un diccionario ideológico (también llamado analógico o de ideas afines, y, en inglés, *thesaurus,* como el de Roget [1852]) se considera que es más útil colocar las palabras no en orden alfabético sino por temas (mediante un sistema determinado de asociaciones semánticas entre significados relacionados), reuniendo las voces que expresan ideas semejantes (por ejemplo, términos de parentesco, medios

de transporte, instrumentos musicales, filatelia). Sin embargo, en diccionarios ordenados por materias, se agrega un índice alfabético y remisiones frecuentes de un tema a otro.

16.2. Además de diccionarios dispuestos por temas, algunos están ordenados por raíces de palabras (como es el caso de muchos diccionarios árabes, y de *Los mil elementos del mexicano clásico* [1966] y del *Diccionario de elementos del maya yucateco colonial* [1970], de M. Swadesh y otros), unos presentan cada palabra en orden alfabético inverso (éstos son útiles para el estudio de las terminaciones, y para la rima), otros por el sonido de las terminaciones (como en los diccionarios de rimas), otros por el número de letras en la palabra (como en los diccionarios para crucigramas); y en ciertas estadísticas lingüísticas, que exploran la lengua cuantitativamente, las palabras pueden estar dispuestas en orden decreciente de frecuencia.

16.3. Aun dentro del orden alfabético hay dos posibilidades —la llamada "palabra por palabra" (en que *primo hermano* va antes de *primogénito*) y la llamada "letra por letra" (en que va después)—.

16.4. Tanto la academia francesa como la rusa presentaron la primera edición de su diccionario por raíces, por familias de palabras (las derivadas y las compuestas venían tras la principal), pero usaron el orden alfabético desde la segunda edición (francesa, 1718; rusa, 1806-1822).

17. Las definiciones

17.1. Las *definiciones* de los diccionarios deben ser —y esto ya lo dice Platón en varios de sus diálogos (por ejemplo Lisis, Cármides, Laques) poniéndolo en boca de Sócrates— bastante generales para abarcar los sentidos en que se usa una palabra, pero a la vez bastante restrictivas para excluir aquellos en que no se usa. Además, las definiciones deben ser claras y concisas, y evitar la circularidad del tipo "demostrar = probar" / "probar = demostrar". Los redactores de diccionarios también tienen que decidir si dos significados son realmente distintos o simplemente matices del mismo significado.

17.2. Para definir, se puede usar alguna o varias de las maneras siguientes:

a) formulación sustitutiva [sinonimia]: *perfidia,* deslealtad, traición, quebranto deliberado de la fe debida;

b) descripción: *tigre,* mamífero de gran tamaño, de pelaje casi blanco en el vientre, amarillento y con rayas negras (transversales en el lomo y en forma de anillos en la cola) en otras partes;

c) clasificación: *tigre,* mamífero felino carnicero, *Panthera tigris;*

d) enunciado del propósito o de la función: *martillo,* herramienta que se usa para meter clavos en la madera;

e) ejemplo ilustrativo: *rojo,* de un color que se parece al de la sangre;

f) comparación: *colina,* elevación natural de terreno, menor que una montaña.

17.3. De todos modos, sigue usándose, a lo menos en parte, la manera tradicional —ya usada por Platón, y por Sócrates según Platón— de definir un término, la clase de cosa que se nombra, una especie (es decir, dar el género próximo que la incluye y las diferencias específicas o señas distintivas) [por ejemplo, *b, d* y *f* arriba]. Platón, discípulo de Sócrates, hace hablar a su maestro en diálogos en que define una noción (la amistad, la virtud, lo bueno [καλόν], la justicia [τό δικαλον, δικαιοσυνη], el saber [ἐπιστήμη].

17.4. De una palabra hay que definir cada acepción, y a pesar de los varios sistemas teóricos mencionados, no faltan las dificultades, sobre todo para la definición de muchos vocablos sencillos: es más fácil definir *proparoxítono* ('acentuado en la antepenúltima sílaba') o *globulífero* ('compuesto de glóbulos [o sea de 'cuerpos esféricos pequeños']') que definir *mesa* ('mueble por lo común de madera, que se compone de una tabla lisa sostenida por uno o varios pies, y que sirve para comer, escribir, jugar u otros usos' [Acad.] o más sencillamente 'mueble compuesto de una superficie horizontal sostenida por una o más patas').

17.5. La frase "por lo común" (o la palabra "típicamente") es útil en las definiciones porque usándola se puede decir, por ejemplo, que *mesa* es 'un mueble de madera, de superficie horizontal y de cuatro patas', aunque todos conozcamos mesas de plástico o de metal, mesas de una o de tres patas, y mesas de dibujo cuya superficie no es horizontal sino inclinada.

17.6. Otro ejemplo aparentemente sencillo; la palabra *nudo* ('lazo que se estrecha y cierra de modo que con dificultad se puede soltar por sí solo, y que mientras más se tira de cualquiera de los dos cabos, más se aprieta' [Acad.; y *lazo* es 'atadura o nudo de cintas... que... se hace formando unas como hojas' (Acad.)] o más sencillamente 'entrelazamiento de una cuerda o cinta consigo misma, que produzca una atadura').

18. Ilustraciones y cuadros sinópticos

18.1. Los diccionarios monolingües constan característicamente de artículos en que la palabra inicial se interpreta por medio de otras palabras y de ejemplos, pero en varios casos se agregan también medios no lingüísticos (dibujos, fotografías).

18.2. A menudo la explicación verbal es insuficiente para definir con exactitud; entonces las ilustraciones gráficas pueden compensar la obligada brevedad e imprecisión de las definiciones.

18.3. Para describir, por ejemplo, miembros de las categorías siguientes, es útil no emplear sólo texto, sino también ilustraciones (y asimismo es de mucha utilidad que éstas tengan una indicación de escala): flores, plantas; mamíferos, aves, insectos, crustáceos, invertebrados; muebles, aparatos, máquinas; o para describir cierta orquídea, cierta mariposa.

18.4. También hay ocasiones en que son muy útiles en un diccionario los cuadros sinópticos (por ejemplo, al hablar de los periodos geológicos; de conjuntos cerrados, como los nombres de los siete días de la semana, los 12 meses del año, los cinco dedos de la mano, o las siete notas de música [los conjuntos abiertos, en cambio, como nombres de hortalizas, colores, enfermedades, herramientas, instrumentos de música, hay que buscarlos en diccionarios analógicos]). Y se pueden añadir tablas de símbolos, como los biológicos de 'macho' y 'hembra', los matemáticos de 'infinito', 'integral', 'menor que', los de música de 'sostenido' y 'bemol'.

19. Los diccionarios bilingües

19.1. Los diccionarios bilingües tienen problemas específicos. El mayor de éstos se debe a que muchas palabras tienen más de una acepción, y generalmente estos diccionarios indican varias traducciones de todo vocablo, sin decir qué acepción traduce cada una de ellas (felizmente, muchos sí separan las palabras en "sustantivo", "verbo intransitivo", "verbo transitivo" y otras categorías semejantes, lo cual es de mucha ayuda en lenguas como el chino y el inglés, que tienen numerosos homónimos sintácticos).

19.2. Pero veamos algunos ejemplos:

Un diccionario tradicional inglés-español daría para traducir la palabra *harass* las equivalencias siguientes —y varias más—: *acosar, cansar, hostigar, hostilizar, molestar, perseguir.*

No sería razonable suponer que todos los usuarios de un diccionario bilingüe conocen mejor uno determinado de los dos idiomas incluidos.

El usuario de lengua española de un diccionario inglés-español, por ejemplo, podrá muchas veces entender por el contexto cuál de los posibles significados de una palabra quiso darle el autor, y escogerlo de una lista como ésa. Pero el usuario de lengua inglesa del mismo diccionario inglés-español frecuentemente no podrá saber cuál de las palabras españolas de la lista debe escoger en cada caso; por eso, él requerirá de

indicaciones gramaticales y, lo que hasta ahora se ha hecho en muy contados diccionarios de cualquier idioma, de definiciones en su lengua (en este ejemplo, en inglés) de cada acepción.

En el caso de *harass,* un artículo inglés-español con definiciones para lectores / traductores de lengua inglesa podría decir:

harass, 1. to disturb or irritate persistently = acosar, molestar, perseguir; 2. to wear out; exhaust = cansar; 3. to enervate (an enemy) by repeated attacks or raids = hostigar, hostilizar.

El siguiente es otro ejemplo inglés-español, más largo —pero de ninguna manera de los más largos que serían necesarios—:

issue, intransitive verb, 1. to go or come out = salir, surgir; 2. to be born or be descended = nacer; 3. to be circulated or published = ser publicado; 4. to spring or result from = manar, brotar, fluir; 5. to terminate or result in = terminarse, resolverse; *transitive verb,* 1. to cause to flow out; emit = expedir, emitir; 2. to circulate or distribute in an official capacity = entregar, dar; 3. to publish = publicar; *noun,* 1. *a)* an act or instance of flowing, passing or giving out = el fluir, el dar; *b)* an act of circulating, distributing or publishing by an office or official group = emisión; 2. something produced, published, or offered, as *a)* an item or set of items, as stamps or coins, made available at one time by an office or bureau = emisión; *b)* a single copy of a periodical = número, ejemplar; *c)* a distinct set of copies of an edition of a book distinguished from others of that edition = tirada, impresión, edición; *d)* the result of an action = consecuencia, resultado; 3. offspring, progeny = prole, progenie, progenitura, hijos; 4. *a)* a point of discussion, debate, or dispute = punto, cuestión; *b)* a matter of wide public concern = cuestión palpitante; *c)* the essential point; crux = punto esencial; 5. a place of egress, an outlet = salida, egreso.

Un ejemplo de artículo francés-español con definiciones para lectores / traductores de lengua francesa podría ser: *éclat,* 1. fragment d'un corps qui éclate, qu'on brise = casco, fragmento, astilla; 2. bruit violent et soudain de ce qui éclate = estrépito; 3. intensité d'une lumière vive et brillante = resplandor, brillo; 4. caractère de ce qui est brillant, magnifique = esplendor, magnificencia.

20. El diccionario de mañana

20.1. Las obras de consulta impresas son complementadas hoy por modos técnicamente más avanzados de almacenar y de recuperar información. Los bancos de datos de las computadoras pueden contener una cantidad enorme de información de una manera que permite tanto su

disponibilidad inmediata como también su actualización. Para poner al día un libro, por el contrario, hay que esperar comúnmente una nueva edición.

20.2. Además, a partir del siglo xx, se ha usado extensamente el tratamiento electrónico de la información (computadoras) en la preparación de los diccionarios impresos tradicionales, verbigracia en la compilación de ejemplos de uso y de significados de las palabras escritas u orales (tomándolos de textos de autores, o de muestras de lengua hablada), y se prepara también la parte tipográfica electrónicamente.

20.3. Asimismo existen diccionarios electrónicos que se insertan en una computadora y se conservan en ella, para poderlos consultar inclusive a distancia de manera permanente e inmediata; de éstos se dice que están "en línea". La fibra óptica puede conducir por segundo cinco millones de *bits* (= caracteres) de información.

20.4. Los medios electrónicos usados en el tratamiento de la información se utilizan tanto para acelerar todas las tareas preparatorias, para tener inmensas posibilidades de acceso a una información muy extensa, como para contribuir a la normalización rigurosa de los procedimientos de análisis y de redacción.

20.5. La computadora también ha hecho posible los diccionarios hablados, útiles para los ciegos y para escuchar la pronunciación de la propia lengua o de una extranjera.

20.6. Los lexicógrafos del mañana utilizarán seguramente cada vez más estos medios electrónicos.

20.7. Una enciclopedia moderna, equivalente a 30 o 40 volúmenes, almacenada en un solo disco óptico (en que caben 10 enciclopedias de ese tamaño —o sea 250 000 páginas—), utiliza lo que podrían llamarse "multimedios". Imaginemos a alguien que consulta *Rimski-Korsakov* y puede leer en pantalla un resumen de su biografía, ver varias fotografías del compositor y oír la introducción —largo e maestoso— de su poema sinfónico *Scheherazade.* O imaginemos a alguien que solicita *Dante* y puede oír, recitado con acento florentino, el principio de la *Commedia;* o a alguien que consulta *Botticelli* y puede ver una reproducción en color de *La vida de Moisés.*

21. Números de artículos

21.1. La palabra *vocabulario* puede aplicarse a varios conjuntos de vocablos; por ejemplo, los que se usan en un idioma (como cuando se dice "el vocabulario del griego antiguo"), o los que se utilizan en un grupo o una materia ("el vocabulario de los sociólogos" o "de la sociología"),

o los que ha usado un escritor ("el vocabulario de Cervantes"), o que ha usado un escritor en una obra ("el vocabulario del *Quijote*").

21.2. Los adultos cultos pueden tener un vocabulario activo (el que utilizan) de unas 40 000 palabras y uno pasivo (el que entienden cuando lo oyen o lo leen) de unas 80 000. Para muchos propósitos, sólo se necesitan uno activo de 5 000 o 10 000 palabras y uno pasivo de 20 000.

21.3. El vocabulario de una lengua puede tener entre 20 000 palabras (para idiomas de pueblos técnicamente menos adelantados) y 600 000 (para los idiomas que se usan más frecuentemente en publicaciones), pero el número podría ser de varios millones si se agregan ciertos términos técnicos y científicos (por ejemplo, los entomólogos han identificado y nombrado más de un millón de especies de insectos, hay unas 100 000 especies de moluscos, 30 000 de protozoarios, 25 000 de crustáceos, 20 000 de peces, 9 000 de aves, y los especialistas logran diferenciar estas especies bastante bien cuando escriben o hablan, es decir que muchas de ellas tienen nombres distintivos —aunque sean nombres compuestos—; otro ejemplo: la revista estadounidense *Chemical abstracts,* que publica resúmenes de artículos sobre temas de química, tiene una lista de seis millones de compuestos [del tipo de *bicarbonato de sodio* o *nitrato de potasio*].

21.4. El número total de vocablos podría aumentar mucho si se agregan también nombres de lugar (el índice de un mapa del mundo a escala de 1 a 1 000 000 tendría unos 600 000 topónimos, y muchos de ellos tienen gentilicio) y sus derivados; si se añaden asimismo la jerga profesional, el caló, y los nombres personales (en un estudio de los apellidos de los Estados Unidos, hecho con base en datos del organismo de seguridad social de ese país, se indica que entre 239 927 977 personas hay 1 286 556 apellidos; suponiendo la misma proporción en todos los idiomas y todos los países, habría en el mundo más de 32 millones de apellidos. En un estudio semejante hecho en Japón, donde hay menos variedad de apellidos, se encuentran 100 000, lo que daría para el mundo 22 millones de apellidos; y en otro estudio hecho en Corea, donde se sabía que el número de apellidos es muy limitado, se encontraron sólo 110 apellidos, lo cual daría para el mundo solamente 12 000; la cifra de 32 millones es probablemente la que más se aproxima a la realidad).

21.5. El sentido común nos dice que no pueden incluirse todos estos millones de palabras en un diccionario impreso de tipo tradicional, pero algún día sí aparecerán en bancos o archivos electrónicos de datos: aunque por mucho tiempo seguirán publicándose diccionarios impresos, la computadora electrónica y el disco óptico son el mañana de los diccionarios tanto visuales como auditivos.

RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO EN LA ACADEMIA MEXICANA DE DON GUIDO GÓMEZ DE SILVA

Por MANUEL ALCALÁ

Señor director de la Academia, don José Luis Martínez,
señores académicos,
señoras y señores:

I

Hace cabalmente seis años y 14 días que don Tarsicio Herrera Zapién pronunció en este mismo recinto su magistral discurso de ingreso en la Academia Mexicana. En la no menos magistral respuesta de don Antonio Gómez Robledo —ejemplo en nuestro país del perfecto humanista, filósofo, internacionalista y diplomático— trajo atinadamente a colación aquello que afirmaba Martín Heidegger de que el lenguaje es la mansión del ser: *die Sprache ist das Haus der Seins.*

Hoy me permito repetirlo en esta casa cuya razón de existir es precisamente el lenguaje. Y éste, en las miles de formas que toma en las lenguas que en el mundo han sido y en las que en nuestros días se mantienen vivas, es un organismo constituido por millones de células que llamamos palabras.

Y la Palabra —con mayúscula— es eterna y creadora. Que así nos lo dice San Juan en la primera frase del prólogo a su Evangelio. Las palabras humanas son también creadoras por ser reflejo de esa Palabra —siempre con mayúscula—. Nuestra voz *poeta* viene del griego, por medio del latín, de la palabra *poietés,* que vale creador, hacedor y, claro, poeta. Pero son, además, bellas. Y Aristóteles exige en su *Retórica* que nuestra palabra sea bella: *lógos kalós* (III, 1, 1404, a 7-8).

Por añadidura, la palabra puede ser mágica. Pienso en *La curación por la palabra en la antigüedad clásica,* erudito y encantador libro que publicó en 1958 Pedro Laín Entralgo, antiguo director de la Real Academia Española.

II

Don Guido Gómez de Silva tiene hecho un voto perpetuo que cumple religiosamente: el voto de servir a la palabra. Y ello con entrega total en todas las cuatro actividades que ha desempeñado o desempeña todavía: la del estudiante, la del profesor, la del intérprete, la del escritor.

III

Como brillante alumno en nuestra Facultad de Filosofía y Letras obtuvo en ella su maestría en 1946 y su doctorado en 1952. Su tesis de maestría fue un novedoso y sólido estudio sobre el "Basic English" y lo que llamó Español fundamental. "Misión de la Lingüística" intituló su tesis de doctorado. Ella le valió la mención "Cum laude". Complementó los estudios lingüísticos con los científicos. En ellos obtuvo en 1947 y en la Columbia University de Nueva York el grado de maestro en ciencias.

IV

En cuanto no menos brillante profesor que estudiante, enseñó en 1946 el francés y la fonética francesa en el Instituto Francés de América Latina. Fue profesor de lengua y literatura española en nuestra Universidad (1955-1957) y en la de Iowa (1966-1967). Durante cinco veranos (1968-1972) fue profesor de lingüística en el entonces Middlebury College (hoy Universidad de Vermont).

En 1986 fue profesor de neurolingüística en El·Colegio de México. Antes había dirigido en esa institución el Seminario de Lingüística del curso del profesor Mauricio Swadesh. En el mismo Colegio ha dado conferencias sobre fonética. También las ha dado sobre lingüística en el Instituto Superior de Intérpretes y Traductores (ISIT).

V

Dejó su clase de fonética francesa en el Instituto Francés de América Latina porque se fue a Nueva York en 1947. En la ciudad del Hudson empieza su tercera y muy importante actividad al servicio de la palabra: la de intérprete.

Fue funcionario en la Organización de las Naciones Unidas de 1947 a 1954 y de 1973 a 1985. Durante el primer periodo fue bibliotecario

por dos años e intérprete simultáneo y consecutivo (inglés-francés-español) durante cinco. En su segundo periodo lo tenemos primero en Nueva York por seis años como jefe de la Sección de Terminología y como primer jefe que hubo de la Sección de Formación de Intérpretes. Después lo tenemos por otros seis años en Nairobi. En esa capital de Kenia se desempeña como jefe de la Sección de Lenguas del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.

Ha sido además delegado de México en varias conferencias de la ONU sobre nombres geográficos. Señalo en especial las de Ginebra y Nueva York.

También durante 19 años y hasta la fecha ha trabajado como intérprete independiente, tanto en la ONU y sus organismos especializados como en reuniones internacionales de organismos no gubernamentales.

VI

Antiquísima y noble, la tarea del intérprete. Indispensable, además, en nuestro mundo de Babel en el que se hace más y más imperiosa la comunicación en todos los órdenes. Gracias al intérprete, ella es factible. Pero el verdadero intérprete debe tener, amén de un dominio de lenguas, una amplia cultura.

Gómez de Silva ha calificado, con justicia, de célebre y respetable al *Tesoro de la lengua castellana, o española* de Sebastián de Covarrubias Orozco. Este sabio maestrescuela y canónigo conquense asienta que del intérprete "se requiere fidelidad, prudencia y sagacidad y tener igual noticia de ambas lenguas, y lo que en ellas se dice por alusiones y términos metafóricos mirar lo que en estotra lengua le puede corresponder".

Nuestro recipiendario cumple con creces todo eso. Por ello lo califico de gran trujamán. Que así preferiría yo llamarlo, con perdón suyo y de ustedes. *Trujamán* "es la forma castiza en castellano", señala Corominas. *Trujamán* se lee en la *Gran Conquista de Ultramar* dos siglos antes de que aparezca en Nebrija la voz *intérprete*. Además, el nebrisense mantiene el término *trujamán*. Y *trujamán* escribe Cervantes al final del capítulo XXV de la segunda parte del *Quijote*.

No es, pues, propiamente intérprete el guía que chapurra la lengua del turista para indicarle dónde está el Kentucky Fried Chicken más próximo o el MacDonalds más cercano; o en qué museo se halla el cráneo de tal héroe cuando era niño y en qué otro el del mismo héroe cuando murió en su vejez.

VII

Si pasamos al cuarto de sus quehaceres, el del escritor, hallamos en él la misma entrega a la palabra que señalé en los tres anteriores.

De 1952 es su *Misión de la Lingüística,* que poco antes había presentado como tesis de doctorado. Publicados en México y en 1969 son *La geografía y la lingüística* y *El árabe literario;* de este último es coautor. En 1972 apareció "The Linguistics of Personal Names", extenso ensayo publicado en la revista *Onoma* de Lovaina.

Análogo papel al importantísimo desempeñado en Amberes por Plantino y su sucesor Moreto, fue en los Países Bajos septentrionales el de la familia de los Elzevier. Tuvieron ellos imprentas en Leyden, Amsterdam, La Haya, Utrecht y, fuera de Holanda, en Copenhague. Sus actividades editoriales se prolongaron desde 1583 hasta 1712. En ellas sobresale la biblioteca de clásicos latinos. De la imprenta elzeviriana de Amsterdam salieron las obras de Descartes. Y en la misma Venecia del Norte (Amsterdam) la actual editorial Elsevier —heredera por el nombre y el espíritu en la publicación de obras notables de aquella famosa de los siglos XVI y XVII— se publica en 1985 el *Elsevier's Concise Spanish Etymological Dictionary* de Gómez de Silva. En 1988 y en edición conjunta de El Colegio de México y del Fondo de Cultura Económica sale a la luz su traducción con el título de *Breve diccionario etimológico de la lengua española.* El año pasado, la misma casa editorial de Amsterdam le publica su *Elsevier's International Dictionary of Literature and Grammar.*

VIII

El 8 de marzo de 1579 escribe Montaigne, para Diana de Foix, condesa de Gurson, su ensayo sobre la educación de los hijos. En él habla de lo cuidadoso que hay que ser en la elección del preceptor. De éste puntualiza que quisiera "qui eust plutost la teste bien faicte que bien pleine". Sí, que mejor tuviera la cabeza bien hecha que atiborrada.

Y el nuevo académico cumple colmadamente ese precepto; pues con su mente cartesiana, de cuya claridad es prueba el discurso que le hemos escuchado, se aúna su amplia y sólida cultura. Tiene, en efecto, "la tête bien faite" y, por añadidura, "bien pleine".

Ha escrito un largo, original y erudito ensayo sobre los diccionarios de ayer y de mañana. Pero, por mor de la cortesía debida a ustedes, sólo nos ha leído una versión abreviada. Tendremos, con todo, el placer de leerlo íntegro cuando se publique.

Capital asunto el que nos ha expuesto aquí, pues la razón de ser de

nuestra Academia es cabalmente la lengua. Y los diccionarios son, desde hace milenios, brújula imprescindible para navegar, sin peligro de extraviarnos, por los mares del lenguaje.

Pero, además de brújula, ¿qué es un diccionario? No vayamos a éste para leer la autodefinición. Oigamos mejor la voz del altísimo poeta, premio Nobel de Literatura, que fue Pablo Neruda. La traigo para ustedes en trozos de su *Oda al diccionario:*

Lomo de buey, pesado
cargador, sistemático
libro espeso:
de joven
te ignoré, me vistió
la suficiencia
y me creí repleto,
.....
Pero un día,
después de haberlo usado
y desusado,
después
de declararlo
inútil y anacrónico camello,
cuando por largos meses, sin protesta,
me sirvió de sillón
y de almohada,
se rebeló y plantándose
en mi puerta
creció, movió sus hojas
y sus nidos,
movió la elevación de su follaje:
árbol
era,
natural,
generoso
manzano, manzanar o *manzanero,*
y las palabras
brillaban en su copa inagotable,
opacas o sonoras,
fecundas en la fronda del lenguaje,
cargadas de verdad y de sonido.
.....
Diccionario, no eres
tumba, sepulcro, féretro,
túmulo, mausoleo,
sino preservación,

fuego escondido,
plantación de rubíes,
perpetuidad viviente
de la esencia,
granero del idioma...

De brújula, me aventuré a calificar al diccionario. Más bella y profundamente, el poeta de la Isla Negra lo llamó árbol. Como todo árbol, los diccionarios nacen, crecen, se les secan hojas, pierden ramas, mueren. Algunos se fosilizan. El diccionario de mañana, el de los medios electrónicos del que nos ha hablado Gómez de Silva —abonado, claro, por la mente humana— será más frondoso y de más larga vida. Como las gigantescas y milenarias sequías del México irredento —la Alta California—, como nuestros centenarios ahuehuetes.

Antes de entrar en el tema del discurso, Gómez de Silva hizo —como es tradición en esta casa— un breve recuerdo de sus siete antecesores en la silla I que ahora ocupa. Ya metido en la materia de su discurso, nos ha brindado una sabia exposición sobre los diccionarios. Exposición salpimentada con ilustrativos paréntesis y citas, escogidos ambos con fino humor. Exposición de la que mucho hemos aprendido y con la que nos ha dado nuevas ideas sobre lo que tendrían o tendrán que ser algunos diccionarios. Pienso especialmente en lo que asentó acerca de los bilingües. Pienso —ya lo anticipé— en lo que nos dijo sobre el diccionario de mañana: el de las computadoras y discos compactos.

Aquí, por paréntesis, señalo que nuestra Academia, para sus diversos quehaceres, cuenta ya con un equipo de cómputo donado generosamente por Hewlett-Packard. Varios de nuestros académicos son duchos en el uso de esos admirables y casi mágicos auxiliares que son las computadoras y los discos.

IX

Cuatro sociedades cuentan a don Guido Gómez de Silva entre sus miembros. Lo es —y vitalicio— de la International Phonetic Association, de Londres. En Ginebra, de la Association Internationale d'interprètes de Conférences (AIIC). The American Association of Language Specialists (TAALS), de Washington, lo tiene también como miembro. En México lo es de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y es presidente del Colegio Mexicano de Intérpretes de Conferencias.

Si yo creyese en agüeros, diría que al nuevo académico lo estaba esperando por mucho tiempo nuestra corporación. En efecto, hace 46

años, cuatro de los cinco sinodales en su examen de maestría eran, o fueron posteriormente, académicos: Julio Jiménez Rueda, Manuel González Montesinos y Amancio Bolaño e Isla, que ya se nos fueron. El cuarto todavía da guerra por estos mundos de Dios: es quien les habla. Y seis años después, en su examen de doctorado había tres académicos como miembros del jurado: los dos mencionados Julio Jiménez Rueda y Amancio Bolaño e Isla; el tercero, el hoy académico honorario don Gutierre Tibón. Como yo vivía entonces fuera del país, tuvo la buena fortuna de no padecerme por segunda vez.

Pero como no creo en presagios ni en otras zarandajas del mismo jaez, muy otras son las serias razones que movieron a los académicos para llamarlo a ser el octavo ocupante de la silla I. Sus conocimientos lingüísticos, su entrega a la palabra y sus virtudes humanas e intelectuales le abrieron, como académico electo, las puertas de nuestra Casa. A partir de esta noche, por el docto discurso que acabamos de escucharle, es ya académico de número.

Por todo ello, me es muy grato dar a don Guido Gómez de Silva la bienvenida a nuestra Academia, con el beneplácito y el aplauso de sus colegas.

APORTACIÓN A UN ESTUDIO DEL LENGUAJE PUBLICITARIO*

Por Eulalio Ferrer Rodríguez

Admirados maestros de la Academia Mexicana:

Hace 18 años, aquí mismo, pronunció su discurso de ingreso en esta noble corporación, el doctor Alfonso Noriega Cantú, muerto el 16 de enero de 1988. El que habla, designado para ocupar su silla vacante —la XXII— está consciente de la enorme distancia que le separa del singular conjunto de méritos de su muy ilustre antecesor y de sus dos predecesores, no menos ilustres: don Francisco Castillo Nájera y don Luis Garrido. La distancia, lejos de menguar, aumenta si se invoca el título de *publicista* con el que recordó al doctor Alfonso Noriega Cantú otro eminente miembro de esta Academia, don Ernesto de la Torre Villar, pues el título de publicista le era adecuado en su antiguo origen jurídico y de escritor, significación desbordada hoy por el uso mayor que se ha dado a este término en el mundo de la comunicación comercial. El doctor Alfonso Noriega Cantú unía a su humanismo de cuna y cultura sólidos conocimientos que le situaron entre los juristas más respetados del país, en la línea cimera de don Emilio Rabasa, don Mario de la Cueva y don Antonio Martínez Báez. Maestro universitario, historiador acucioso, tratadista eminente en materia de garantías de amparo, el doctor Alfonso Noriega Cantú fue también reconocido estudioso y biógrafo de José María Morelos y Gabino Barreda, nombres paradigmáticos de la vida mexicana. Y mostró su interés profundo por la literatura española en bellos ensayos, como el de "El humorismo en la obra de Lope de Vega". Tratar personalmente al *Chato* Noriega, ser cautivado por los desbordamientos de su simpatía e ingenio, fue tanto como una experiencia amistosa, una comprobación íntima de su señorío en la virtud y la sabiduría. Varón de refinada estirpe, de grata y generosa memoria.

La evocación de mi respetable antecesor es más que un trámite elogioso: es un sentido homenaje a su recuerdo. La obra a que está unido

* Leído en sesión pública efectuada el 26 de febrero de 1993.

su nombre marca por sí sola el vacío dejado, mayor aún ante la orfandad de mis títulos. Tampoco es protocolo de modestia este emplazamiento autocrítico, sino confesión honesta y obligada de mis limitaciones. Ni aun dentro del ámbito profesional al que pertenezco, el de la comunicación, que posiblemente es el que se ha tomado en cuenta como marco referencial del alto honor que se me discierne, puede justificarlo. Otros nombres asegurarían —aquí está Arrigo Coen Anitúa— una elección mejor, si se considera que la experiencia no basta en una actividad que se ha hecho requerimiento científico no sólo por sus relaciones directas con los significados del lenguaje, sino por el estudio sistemático e interdisciplinario de los significados del comportamiento humano, en un marco de tecnologías altamente avanzadas. Espacio múltiple, sembrado de preguntas y respuestas, en el que el lenguaje es el punto de partida de la comunicación, en tanto que la comunicación contribuye a ensanchar los territorios del lenguaje.

Caminar de los aledaños a los peldaños de la Academia no ha sido, ciertamente, acto involuntario, sino atrevimiento, quizá desmesura. Viaje del ensueño a una realidad a la que tardaré en habituarme, pendiente, más que de un crédito, de un compromiso: el de ser un aspirante digno de la distinción con que se honra a quien siempre ha acicateado el deseo incesante de aprender, esto es, de ser *aprendiz*. De ahí que al comienzo de mis palabras llamara a ustedes, distinguidos académicos, *admirados maestros*. Los primeros atisbos, en esta convivencia de un largo año, indican lo mucho que pueden enseñarme, lo mucho que aprenderé. Aquí estoy, viva la gratitud que les debo y que personalizo en los tres académicos que tan generosamente propusieron mi candidatura de ingreso: don Manuel Alcalá, don José G. Moreno de Alba y don Porfirio Martínez Peñaloza, recientemente fallecido y recordado. Más que a ocupar una silla, si se me permite la figura, vendría a sentarme junto a ustedes. Despierta mi capacidad de reflexión y su sustituta, la capacidad de atención, compartiendo con todos el amor a la lengua española que nos convoca y nos asocia.

Como señal de identidad, quizá traiga el olor a tinta de imprenta que me acompañó al nacer y que me ha escoltado a lo largo de mi vida. Puede decirse que aprendí a leer prematuramente sobre los títulos o cabezas del diario de provincia en que trabajaba mi padre, que él traía, junto con los diarios nacionales de canje, al amanecer de cada día, al cierre de su turno de linotipista. Un olor de tinta fresca invadía el recinto hogareño, convertidas en juguete infantil de las manos y en envoltura del cuerpo aquellas páginas grandotas de crujiente papel. Deletrear, con la guía paterna, sería parte del juego, hasta que un día, seguramente por analogía visual con el paisaje predominante de mi tierra santanderi-

na, musité, canté, grité la palabra *mar,* sin saber que era, junto con *tierra,* una de las más antiguas del lenguaje humano. ¿Seguiría otra palabra *monosilábica* de tres letras —*pan*— de tan imperativa necesidad en el seno familiar? Es posible, como parece que entonces sucedía, que las voces construidas con tres letras, se expresen primero, quedando más fácilmente instaladas en el depósito de la memoria humana con su consonante entre dos vocales mayoritarias: *ojo, pez, día, año, mes, oro, voz, mar, ser...*

Empapelado de palabras, desde muy pequeño comenzaría a nadar por su mágico océano. Mar de tinta y de saliva, donde fui aprendiendo a conocer sus corrientes encontradas, sus oleajes tempestuosos. Percibí tempranamente, también, cuando aún no se desarrollaban el cine sonoro y la radio, lo que nunca olvidaría: que la palabra está en el corazón del hombre y en el vientre de las cosas. Puede ser grito de rebeldía o acatamiento servil. Herramienta y símbolo. Afirmación y violación. Construye el destino del hombre y con ella el hombre construye el destino del mundo. Aprendería que la libertad de las palabras podía engendrar la cárcel de las palabras. Y yo quería ser un hombre libre. El afán de saber empezaba por el saber decir: Y el saber decirlo es el empeño más apremiante y difícil de la comunicación humana, sabiendo en la bella definición de Octavio Paz que *el hombre es una metáfora de sí mismo.*

A mi padre, obrero culto, gramático por oficio, debo no sólo la lectura en alta voz, desde los libros primarios hasta las novelas de Pereda y Pérez Galdós, sino que el amor a las letras fuese el fundamento de una vocación que atizaría pródigamente el ámbito de mi curiosidad y el afán estimulante del conocimiento práctico, a falta de estudios universitarios por insuficiencias materiales. Así aprendí, al mismo tiempo, lo que no quisiera haber olvidado: *que la palabra es verdaderamente correcta si se dice sin rencor, no importa cuán apasionada sea.*

Como incansable buscador de palabras, tratando de encontrarles su forma y su sentido, iría de veta en veta, pellizcándolas, desmenuzándolas, deshuesándolas, abriendo sus entrañas. Al adolescente le llenaba de asombro que por anteposición del prefijo *per,* la palabra *verso* cambiara a *perverso* y que el agregado del sufijo *sa* convirtiera la *sal* en *salsa.* Y que, a la vez, la alteración de una simple letra diera *cantar* por *contar; risa* por *misa; veto* por *voto; elefante* por *elegante; mitote* por *pitote; metiche* por *pediche.* Dominio cautivador del rosario de los parónimos: *canto-llanto-manto-santo-tanto; módico-México-léxico; país-paisaje-paisanaje.* Con su antecedente histórico: *veni-vidi-vici.* Fuente, a la vez, de las paranomasias publicitarias: *Dubo-Dubon-Dubonet; mira-admira-Admiral; mejor-mejora-Mejoral.* Me seduciría la pirotecnia de los palíndromos: *raza* y *azar; Roma* y *amor; oído* y *odio; amo la paloma; Anita lava la tina...* Eco prolongado y seductor

de timbres vocálicos, de tonos sonoros en sus articulaciones fricativas: entre la fricción bucal y la vibración de la garganta; sincronizados lengua y paladar; labios y dientes. Ecos tonales condicionados por la fuerza de los acentos que cambian el significado de las palabras: *revolver-revólver; mendigo-méndigo; cesar-césar, perdida-pérdida*... Campo fértil de mutación y permutación de las palabras; de metagramas y logomaquias.

Lo que es natural o elemental para quienes lo saben por disciplina académica o de investigación, para mí era hallazgo sorprendente, a lo más intuición de quien olía o acariciaba las palabras, como si fuesen criaturas recién nacidas, hijas del amor o de las travesuras. Desde las llamadas emparentadas por pertenecer a una misma familia —*engendrar* y *genio, influencia* y *fluido, altura* y *altar*—, hasta las identificadas como dobletes, por tener el mismo origen, siendo a veces de significado distinto: *cátedra* y *cadera; temperamento* y *temperatura; depreciar* y *despreciar.* He perseguido otras palabras, hasta sus lejanos orígenes. De Mommsen aprendería que *petulante* fue el nombre de un cuerpo de ejército en tiempos de Juliano; de Amado Alonso, que *ciprés* venía de *Chipre;* de Américo Castro, que *hispani* fue el nombre que dieron los romanos a los primeros pobladores de España y que *olé* viene del árabe en su significado de *Por Dios.* Saber primario, insisto, pero para mí revelaciones inesperadas, que todavía repito con cierto candor.

He acudido gozoso a los sobresaltos y a las vibraciones semánticas del lenguaje, aprendiendo a diferenciar, en lo posible, entre el nombre de las palabras y las palabras con nombre, esto es, de las palabras que tienen dueño: *cristianismo, platonismo, malinchismo, marxismo, narcisismo, maquiavelismo, sadismo, cantinflismo*... También, variantes de derivaciones, como *guillotina, vatio, voltaje, pasteurizado*... Más los nombres tutelares de las ciencias: Ley de *Newton,* Ley de *Pascal,* Ley de *Mendel*... Identificaría otra clase de propietarios de palabras, entre los médicos: mal de *Parkinson;* enfermedad de *Krabbe;* anemia de *Lederer;* signo de *Quinquad*... Con el agregado, cada día más extenso, de los síndromes: *síndrome de Rogers; síndrome de Ganser; síndrome de Joe Luis*... Renovado en el tiempo está el *Síndrome de Stendhal,* que se aplica a ese turista angustiado por el hambre de arte y belleza... Un síndrome poco conocido todavía es el de la *ansiedad informativa,* debido al profesor norteamericano Richard Saul Wierman, en 1989, y que se relaciona con el exceso de datos que recibe el ser humano de nuestro tiempo y la vergüenza de confesar la ignorancia de algunos de ellos, combinada con la baja retención u olvido de los que se leen o se ven. Un lugar preferente ocupan los acuñadores o adoptadores de palabras que circulan en toda clase de lenguajes: *epístema,* de Aristóteles; *anomia,* de Durkheim; *semántica,* de Bréal; *fenomenología,* de Hegel; *penicilina,* de Fleming; *egología,* de Unamuno; *penultimidad,*

de Ortega y Gasset; *logorrea,* de Alfonso Reyes; *soledumbre,* de Octavio Paz; *trasterrado,* de José Gaos; *pepsicoatl,* de Carlos Fuentes.

La vida es una perenne acumulación de palabras. Juguete primero, curiosidad después, indagación más tarde, deslumbramiento siempre, aprendizaje perpetuo, las palabras, reinas del tiempo, gobierno del hombre, palomas mensajeras de la comunicación, me han llevado de una a otra orilla, de la infancia a la madurez, entre la incertidumbre y la esperanza, de misterio en misterio, de sorpresa en sorpresa, pues la palabra, antes de ser conocimiento, es excitación, más quizá, subyugación. De ella parten o a ella llegan todos los ritmos y armonías del lenguaje, albergue común, causa y casa del ser, *hecho social por excelencia,* como le llama mi admirado maestro don José G. Moreno de Alba. Este amoroso viaje con las palabras me llevaría, en México, a vivir de ellas, como oficio improvisado, lo que nos obligaba a convertir la afición en estudio, dentro de nuestras propias limitaciones, y el estudio en responsabilidad, dentro de nuestros principios morales.

En el marco operante de los lenguajes que forman parte de la comunicación y le dan vida —desde el político y la propaganda, hasta el comercial y el periodístico—, el lenguaje de la publicidad es, seguramente, el de más diversos tonos y extensiones: ocupa el territorio más dinámico y sensible de la comunicación. Es lenguaje de acción; también de anticipaciones y de urgencias. El sentido de lo nuevo no se concebiría sin el pulso del apremio, que es orden de lo concreto, entre la sucesión y la recesión de los días y de las cosas; entre la adopción y la adaptación de las palabras en un medio en continuo cambio, según sean pertenencia propia o seamos pertenencia de ellas. Tanto como una modalidad, es un lenguaje de características propias y distintivas. El tener que hablar en términos de necesidades y gustos es, según Jean Baudrillard, una pasarela al dominio de lo mágico. O sea: lo real imaginario y lo imaginario real. En el lenguaje de la publicidad no sólo hablan los esplendores del deseo, sino que éstos adquieren relieve y volumen. En sus dos vertientes fundamentales, el lenguaje figurado —retórica— y el lenguaje natural —realismo— está dotado de una serie de técnicas y recursos que van de la impresión a la recepción; de la recepción a la comprensión; de la comprensión a la persuasión, y de la persuasión a la demostración. El lenguaje publicitario cumple el fin del lenguaje por esencia: representar y traducir una realidad: la realidad cotidiana, reflejo del decir, del hacer y del ser del hombre de nuestro tiempo, del hombre de todos los tiempos.

Se explica que el de la publicidad haya sido definido por Ortega y Gasset como lenguaje de las multitudes; como lenguaje del reclamo convencional, por Umberto Eco; como lenguaje del consentimiento, por Walter Lippman; como lenguaje de la abundancia, por Alvin Toffler; como

lenguaje de la literatura aplicada, por Aldous Huxley; como gloria de la síntesis, por Paul Valéry... Seguramente ha sido Roland Barthes el que con mayor claridad ha interpretado el lenguaje publicitario —*lenguaje de la originalidad,* lo llamaría— al situarle en tres planos esenciales: el *literal,* con su sentido inmediato; el *asociado,* con su sentido representativo, y el *declarado,* con su sentido último, el fin perseguido.

Este espíritu de buscador y rastreador tenaz, contumaz, voraz de las palabras, me llevaría, también, al asentarme en uno de sus oficios, a una larga investigación de 30 años, la cual traigo aquí, a la respetuosa consideración de ustedes, más allá de lo que pueda significar como instrumento profesional. Quiere ser parte, ante todo, de una contribución al estudio del lenguaje en uno de sus campos más extenso y representativo, el de la publicidad, artesanía testimonial del hoy, ciencia del mañana, espejo histórico de la aventura humana.

Desde mi primera y nueva experiencia advertí que faltaba un vocabulario organizado del lenguaje publicitario. Había recuentos de usos, parcelas de frecuencias, anotaciones fragmentadas de palabras claves. Pero no ese vocabulario organizado y fundamental, tan necesario como el arropamiento al cuerpo. Lo que constituiría no sólo sorpresa, sino estímulo, para medir y explorar las dificultades de un medio en el que el ingenio y la imaginación son más fuertes que la disciplina y la previsión. Nos esperaban otras avenidas y meandros en la búsqueda, ya familiar, de las pistas y sentidos de las palabras.

Nos internamos a profundidad en la ruta de las frases o lemas publicitarios, que son timoneles de este lenguaje, como sucede en el lenguaje común. Es el territorio universal del *eslogan,* que nació como grito de guerra, previo o posterior a sus batallas, paralelamente a los dominios de la propaganda, de donde pasaría a los de la publicidad. Aunque el término era conocido en la Escocia del siglo XVI, los ingleses le dieron registro académico a mediados del XIX y los franceses en los comienzos del XX. Su ingreso en nuestro diccionario es muy reciente, como frase corta que se pretende grabar en la mente de los demás. En la propaganda y en la publicidad se ha definido como expresión concisa, neta e impresionante, de una idea o de un conjunto de ideas. Lo que coincide, en forma menos explícita, con el pensamiento de Emerson: *el eslogan es una frase rotunda y clara, visible y palpable.* Y con el de André Gide: es una *fórmula concisa, fácil de retener en razón de su brevedad y habilidad para impresionar la mente.* Para nosotros, el *eslogan* es el motor tanto del lenguaje publicitario, como del lenguaje de la propaganda. Sin él, los dos carecerían de impulso y de vigor.

Concluida la tarea en vísperas de esta ceremonia, puedo ofrecerles un primer dato singular: lo es, por cuanto nuestra investigación cifra

en *ocho mil* el número de palabras del vocabulario de la publicidad. Los cálculos que se conocen lo han venido situando entre 500 y 800 palabras, en todo caso siempre por debajo de las 1 000. Nuestro estudio está fundado sobre el análisis de un universo de 200 000 palabras, procedentes de 43 000 lemas o *eslóganes* publicitarios, en 81 países, los cuales son representativos, como en 20%, de la primera mitad de nuestro siglo y en 80% de la otra mitad, con la que hoy convivimos. Que el vocabulario sea tan amplio se debe a la extensión de la muestra, al recogerse en ella giros y peculiaridades de los diversos países, independientemente de su frecuencia y de su sobrevivencia; dentro del incesante caudal de nuevas voces que ingresan al lenguaje ordinario. Se ignora, a menudo, la cuantiosa cifra de palabras y marcas comerciales que se incorporan al lenguaje publicitario, vigilante como éste es de los términos y neologismos que nacen de la llamada modernidad y que los rápidos flujos de la propia modernidad consumen o desgastan, abandonan o marginan, sin dejar de *ser,* pues la modernidad suele recuperarlos o restaurarlos, de acuerdo con los gustos cambiantes del tiempo y de las gentes. Se habla mucho de los productos triunfales de la publicidad, pero no del enorme cementerio de marcas que quedan tras de sí. La extensión del vocabulario no disminuye, posiblemente acentúa, la fragilidad de un lenguaje que se apoya continuamente en la repetición, en las redundancias y en las consonancias.

La investigación nos proporciona otro dato concreto: las 10 palabras más usuales en el mundo a través de esos 43 000 lemas: *que, más, para, ser, mejor, calidad, todo, uno, mundo, bueno.*

Vale señalar que no se han considerado en la tabulación los artículos, conjunciones y preposiciones, exceptuando *para* y *que,* no sólo por rigor estadístico, sino por la misma función que ambos términos desempeñan en el estilo particular del lenguaje publicitario. Lo que tiene que ver con el número promedio de palabras de cada lema o eslogan, que se ha reducido a seis de las 10 que sumaban a principios de siglo y de las ocho en 1960, confirmándose así el creciente espíritu de síntesis, común a los distintos idiomas. Cabría predecir que, por lo mismo que a principios del siglo XXI los mensajes publicitarios de televisión serán de cinco segundos, el número promedio de palabras por lema o *eslogan* será de tres, enriqueciendo el lenguaje de las trilogías.

Ninguna de las 10 palabras comprendidas en el vocabulario mundial de la publicidad se corresponde con las otras tantas palabras preferidas de 100 escritores iberoamericanos consultados por el diario *Mercurio,* de Chile, hace 25 años: *amor, libertad, madre, alegría, Dios, libélula, esperanza, sándalo, fulgor, mar.* En la misma situación se hallan las 10 palabras favoritas entre 69 escritores y pensadores, predominantemente de habla

hispana, que figuran en otro capítulo de nuestro estudio: *amor, libertad, mar, alma, azul, belleza, corazón, Dios, vida, armonía.* No coinciden literalmente. Pero son palabras que están repartidas, en distintas proporciones, en el vocabulario mundial de la publicidad. Algunas, como *belleza, amor, alegría* y *esperanza,* encabezan o figuran en el censo de las 10 voces más usuales en las clasificaciones específicas, de ramas de productos y servicios. Por lo demás, al comparar las palabras contenidas en la encuesta del diario chileno *Mercurio* y nuestra propia investigación, hay coincidencias en cuatro: *amor, libertad, Dios, mar.* ¿Podrían considerarse como las predilectas —o las más constantes— del pensamiento intelectual? No omitiré que 46 Premios Nobel, reunidos en Estocolmo el 12 de diciembre de 1975, consideraron devaluadas, *por haber quedado desprovistas de contenido,* cuatro palabras indispensables: *democracia, libertad, verdad, justicia.* (A Sócrates se le ha atribuido la trilogía preferente de *verdad, belleza, bien.)*

Obviamente, la investigación clasifica de la misma manera las 10 palabras más usuales en el vocabulario de la publicidad mexicana, cuya participación en el total de los 43 000 lemas o *eslóganes* es del 26%. Helas aquí: *más, México, para, que, mejor, calidad, ser, uno, todo, servicio.*

Aunque en distinto orden, ocho de las 10 palabras más usuales hoy, en México coinciden con las del lenguaje mundial de la publicidad. Entran *México* y *servicio;* salen *mundo* y *bueno.* Comparado este censo con el que levantamos en 1966, se da un paralelismo del 80% de las palabras. Varían *fino* y *prestigio,* sustituidas ahora por *todo* y *servicio.* La palabra *México,* que ocupaba entonces el primer lugar, se encuentra ahora en el segundo. Conserva el significado que hemos dado a este término, más allá de la obligada cita referencial de muchos mensajes, común a los demás países, pero no con semejante predominio. La invocación de *México* es una afirmación de carácter nacionalista, de afirmación de lo propio como identidad trasladada al lenguaje publicitario e influida, desde luego, por la vecindad de la nación más poderosa de la tierra. El vocabulario mexicano de la publicidad ha crecido, también, muy sensiblemente: de menos de 800 palabras en 1966 a más de 3 000 en 1992. Ello se debe no sólo a una muestra mucho mayor, sino al factor ya ponderado de la multiplicidad de nuevas voces, reflejo de las particularidades y neologismos del lenguaje y de la variedad geográfica. Lo que sí podemos precisar, en el caso de México, es que el público sólo identifica, de una forma constante, entre 300 y 500 palabras del vocabulario total.

Evidentemente, hay un registro bastante homogéneo en el índice de tendencias y frecuencias del vocabulario general de la publicidad, incluido tanto el particular de México como el de todos los países de habla hispana. En el cotejo, una sola palabra de éstos no aparece entre las 10

más usuales —*mundo*—, cuyo lugar ocupa *vida*. La diversidad de términos se halla esencialmente entre los que corresponden a cada uno de los 82 géneros en que el vocabulario se divide. En el caso de Estados Unidos, que representa 21% de la suma total de lemas investigados y que es el país que encabeza la inversión publicitaria del mundo, con 50% aproximadamente, hay que destacar que el vocabulario de su publicidad, quizá porque es influencia suya, coincide con las 10 palabras más usuales del cuadro general, excepto en una —*bueno*— que se sustituye por *hacer*.

No puedo, por razones de tiempo, ampliar otros datos y revelaciones de esta investigación, que incluye, para fines analógicos, una tabla de las palabras más usuales en el lenguaje general del siglo xx, dividido en nueve décadas. Puedo agregar que, en el análisis de motivos, el vocabulario de la publicidad refleja, y en cierto modo atiende, los cuatro deseos básicos del ser humano de hoy: mejor nivel de vida, mejor salud, mejor educación y mejor bienestar familiar. Como curiosidad, entre las muchas descubiertas, anotamos que la palabra *no* antecede en frecuencia a la palabra *sí*, lo que rompe una de las normas más tradicionales de la publicidad: evitar las expresiones negativas.

Admirados maestros: termino, encomendándome a la benevolencia de su juicio; de su consideración tengo sobradas constancias. La necesito para sosegarme, si fuese posible, después del atrevimiento consumado. El hecho de que les anunciara al principio de mis palabras no es paliativo; si acaso, agravante. Desearía que por los entresijos de ellas asomara algún mérito, por pequeño que fuese, en reciprocidad al honor que se me otorga, tan intenso que me deslumbra, y como expresión de una gratitud, que es infinita. Pero debo atenerme a lo que hay de insuficiencia en el testimonio que acabo de ofrecerles. Bastante es que permitan a *este adolescente* aprender al lado de ustedes, dueños del tiempo sin edad de la sabiduría.

Les brindo, a cambio, mi entusiasta voluntad para colaborar en las nobles tareas de esta Academia, tanto institución máxima de nuestra lengua, como centro activo de cultura. Quisiera pertenecer a esa filología del amor a las palabras de que hablaba Unamuno. Además de mi reconocimiento y de mi afán de servicio, no es mucho lo que puedo agregarles, siendo lo mejor de mi vida en mi deuda impagable con ella: la veneración a las letras desde que aprendí a olerlas, a articularlas; la pasión por la verdad, como vínculo generoso y moral del destino humano, y la devoción por la libertad como ejercicio solidario y fraterno de la convivencia. ¡Qué travesía tan bellamente mágica la que me ha traído por el *mar* de mi primera palabra leída hasta la orilla acogedora de esta

Academia! Desde el asombro y el privilegio que convierten el pasado en sueño y el presente en encantamiento, prometo a ustedes empeñarme en ascender cada peldaño de esta Academia para justificar en merecimientos, antes de que el recuerdo sea olvido, la excepcional distinción con la que me honran y me ennoblecen. Mi palabra valdrá, tutelada por la palabra de ustedes.

Bibliografía

Alcalá, Manuel, *El cervantismo de Alfonso Reyes*, Discurso, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1964.

Alonso, Amado, *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*, Editorial Gredos, Madrid, 1955.

Alvar, Manuel, Carta personal del 25 de enero de 1993, Madrid.

Baudrillard, Jean, *El sistema de los objetos*, Siglo XXI Editores, México, 1969.

Barthes, Roland, *La aventura semiológica*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1985.

Castro, Américo, *Español palabra extranjera. Razones y motivos*, Taurus Ediciones, Madrid, 1970.

Corominas, Joan, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Editorial Gredos, Madrid, 1974.

Diccionario de autoridades, Editorial Gredos, Madrid 1974.

Diccionario de la lengua española, Real Academia Española, Madrid, 1992.

Gran diccionario de sinónimos y antónimos, Espasa-Calpe, Madrid, 1987.

Eco, Umberto, *Obra abierta*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1965.

———, *Signo*, Editorial Labor, Barcelona, 1976.

Enciclopedia de México, Secretaría de Educación Pública, México, 1987.

Ferrer Rodríguez, Eulalio, *El lenguaje de la publicidad en México*, Ediciones eufesa, México, 1966.

———, *La publicidad, textos y conceptos*, Editorial Trillas, México, 1980.

———, "El lenguaje publicitario en la comunicación", *Revista de Occidente*, 92, enero de 1989, Fundación Ortega y Gasset, Madrid, 1989.

———, "Comunicación e incomunicación entre España y América. 'La imagen de España en América'", ponencia del 14 de mayo de 1992, Universidad de Salamanca, 1992.

———, "La lengua española y los medios de comunicación", ponencia en el Primer Congreso de la Lengua Española, 9 de octubre de 1992, Sevilla.

García de Diego, V., *Diccionario etimológico español hispánico*, Editorial Saeta, Madrid, 1954.

Gómez de Silva, Guido, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
Gómez Robledo, Antonio, "Homenaje a Alfonso Noriega Cantú", discurso, 26 de mayo de 1989, El Colegio Nacional, México, 1989.
Huxley, Aldous, *Literatura y ciencia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1964.
Lázaro Carreter, Fernando, Carta personal del 15 de enero 1993, Madrid.
Lippmann, Walter, *La opinión pública*, Cía. General Fabril Editora, Buenos Aires, 1964.
Moliner, María, *Diccionario de uso del español*, Editorial Gredos, Madrid, 1975.
Mommsen, Theodor, *Historia de Roma*, tomo I, Editorial Aguilar, Madrid, 1958.
———, *El mundo de los césares*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
Moreno de Alba, José G., *El español en América*, Fondo de Cultura Económica, México 1988.
———, *Minucias del lenguaje*, Fondo de Cultura Económica, México 1992.
Ortega y Gasset, José, *Obras completas*, tomos II, III, V, VIII (1917-1928), Revista de Occidente, Madrid, 1955.
Paz, Octavio, *Obras completas*, vols. 2, 3, 5, Círculo de Lectores, Barcelona, 1992.
Santamaría, Francisco J., *Diccionario general de americanismos*.
Swadesh, Mauricio, *El lenguaje y la vida humana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
Toffler, Alvin, *El shock del futuro*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
Torre Villar, Ernesto de la, "La obra histórica de Alfonso Noriega Cantú", discurso, 26 de mayo de 1989, Academia Mexicana, México, 1989.
Unamuno, Miguel de, *Obras completas*, vols. IV, V, Escelicer, Madrid, 1966.
Valéry, Paul, *Escritos sobre Leonardo da Vinci*, Visor Distribuciones, Madrid, 1987.
Vocabulario científico y técnico, Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Espasa-Calpe, Madrid, 1987.
Webster's Dictionary Collins World, 1975.

DISCURSO DE BIENVENIDA

Por José G. Moreno de Alba

Señor director de la Academia Mexicana,
señores académicos,
señoras y señores:

Hablar de don Eulalio Ferrer es una tarea simultáneamente muy fácil y muy difícil. Trataré de explicarme. Si se revisa la lista de personas ciertamente importantes que han expresado opiniones sobre él, se estará de acuerdo en que decir algo original y que en verdad le haga justicia es empresa no fácil. Vayan algunos cuantos nombres ilustres de intelectuales que han dejado por escrito su admiración por don Eulalio: José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Andrés Henestrosa, Octavio Paz, Fernando Benítez, Carlos Fuentes, entre varios más. La Academia Mexicana, por tanto, podría haber elegido, entre mis compañeros, a alguien de más merecimientos para dar la bienvenida a nuestro nuevo colega. Me alegra empero ser yo quien lo haga porque muy bien sé que la benévola amistad con que me honra el nuevo académico influyó de manera decisiva en esa, para mí, afortunada designación.

He dicho que hablar de don Eulalio es también cosa muy fácil. En lo de fácil, obviamente, va también lo placentero. Por principio necesito decir que hay muchas personas distintas en este solo hombre verdadero. Podríamos pasarnos buenas horas reseñando aquí sólo algunos pasajes de su biografía. Detenernos, por ejemplo, en el año 1939, en el 7 de febrero para ser preciso, cuando —después de que en un gesto de moderno San Martín Caballero, el joven Eulalio, de apenas 18 años, en la placita de Banyuls, le regala al poeta Antonio Machado y a su madre su capote militar— llega al campo de concentración de Argelès-sur-Mer, donde pasará varios dolorosos meses rumiando la humillante derrota republicana. O podríamos pasar, de golpe, unos meses después, en julio de 1940, al buque Santo Domingo, donde viaja Eulalio Ferrer, como refugiado, a su segunda patria, a México, de donde no habrá de separarse nunca. Cuando, en 1949, adopta la nacionalidad mexicana, sin dejar

de ser un español cabal, no hace sino ejecutar uno más de sus innumerables actos de coherencia moral.

Toda mi intervención podría asimismo dedicarse al empresario de éxitos resonantes. ¿Quién podría imaginar que aquel adolescente, expulsado de España, sin fortuna alguna, se habría de convertir en uno de los hombres de negocios más importantes de México, respetado aquí y allá, en su primera patria? Cuando digo *respetado,* quiero que se tome la palabra en todos sus sentidos. Dirige y preside numerosas empresas, participa en multitud de negocios, triunfa casi siempre en todos ellos. Pero nada de ello lo recibió sin esfuerzos. Desde 1941, cuando dirigía la revista *Mercurio* hasta hace poco, cuando presidía importantes compañías de publicidad mexicanas, norteamericanas y europeas, son a mi ver dos virtudes las que explican su fortuna: la inteligencia y el trabajo. Dije *presidía* porque hoy don Eulalio disfruta, casi todas las horas de todos los días, de su biblioteca y de su estudio, después de haber decidido separarse de los negocios, para trabajar sólo con los libros. Otra difícil decisión ejemplar.

¿Quién que conozca bien a Eulalio Ferrer puede ignorar su pasión por el *Quijote?* Sabemos de aquel célebre canje de un paquete de cigarrillos apreciadísimos en el campo de concentración, por una maltrecha edición del *Quijote,* obra maestra que nuestro académico leería una y otra vez y seguiría leyendo, ahora ya en las más lujosas y exclusivas ediciones, hasta nuestros días. Pero no sólo eso. En cuanto tuvo don Eulalio forma de hacerlo, comenzó a adquirir obras de arte con el tema del caballero de la Mancha y de su sagaz escudero. Nacía así una de las más originales pinacotecas mexicanas, con obras de los más importantes artistas mexicanos y extranjeros. Alguno de ustedes podrá pensar que se trataba simplemente de engalanar los muros de su casa, de una manera culta y refinada de invertir dinero. Pues no: la idea de don Eulalio era formar un verdadero museo iconográfico de don Quijote para entregarlo, íntegro, al pueblo de México. Decidió donarlo en cuanto tuviera reunida ya una importante colección. Nada lo habría impedido, y no habría dejado de ser un acto de gran generosidad, disfrutar las obras durante su vida y dejarlas como herencia. Pues no, hace ya varios años que el país tiene, en la señorial ciudad de Guanajuato, el Museo Iconográfico del Quijote, donado en su totalidad por Eulalio Ferrer e inaugurado, en 1987, de la manera más solemne, por sus amigos, el presidente de España y el presidente de México.

Por respeto a los sentimientos del propio académico no me detengo en ese otro pasaje, uno más entre varios, que es el de mecenas. La generosidad del señor Ferrer va de la mano con la modestia. Por tanto me limito a enunciar que haber donado un museo entero es sólo una entre

varias otras acciones en pro de la cultura de México y España, entre las que destacan las creaciones de premios internacionales y cuantiosas donaciones a instituciones de educación superior.

Capítulo aparte requiere hablar del publicista. Habría primeramente que señalar que nuestro nuevo académico fue un verdadero iniciador en México de esta hoy importantísima profesión. En 1947 fundó y dirigió la empresa Anuncios Modernos, que habría de convertirse después en la conocida y reconocida firma de Publicidad Ferrer. No creo equivocarme si afirmo que con Eulalio Ferrer la publicidad adquirió en nuestro país categoría verdaderamente académica. Organizó congresos nacionales e internacionales, presidió encuentros, coloquios y seminarios. Hizo de la publicidad una ciencia respetable.

Pues bien, nada de lo anterior ni la suma de todo ello llevó a esta Academia a invitar a don Eulalio a formar parte de ella. La Academia Mexicana está hoy de fiesta porque ingresa en ella un escritor, un buen escritor. Es de gran importancia para esta agrupación el contar con profesionistas de toda especie, que tengan en común, eso sí, la característica infaltable de ser escritores y de apreciar nuestra lengua española. Don Eulalio Ferrer tiene una apasionante biografía, es un empresario reconocido, un mecenas desinteresado, un publicista destacadísimo. Para la Academia Mexicana, empero, es sobre todo ello un buen escritor. Por eso lo ha invitado y él ha aceptado.

No debo ni puedo, en el espacio que se me ha asignado, referirme con cierto detalle a la obra escrita de Eulalio Ferrer. Permítaseme simplemente hacer un apretadísimo resumen. Creo que sus libros pueden agruparse en tres apartados: la crónica, el texto didáctico y la investigación. Excelente ejemplo del primero de esos géneros es su libro *Entre alambradas,* la historia de su cautiverio en campos de concentración después de la guerra civil española. Coincido con Fernando Benítez cuando escribe que la principal virtud de esta crónica es su autenticidad: el autor —escribe Benítez— "no nos abruma con reflexiones y filosofías; se limita a escribir lo vivido por él y por los suyos y no se siente un héroe ni la víctima de un destino que conduce al matadero a millones de nombres. De aquí su notable autenticidad. Su libro nos muestra las reservas morales del español, su heroísmo y su hombría de bien ante el drama irracional de toda Europa". Varias obras ha escrito Eulalio Ferrer como auxilio a la enseñanza de la publicidad y la comunicación. Son hoy textos obligados en muchas universidades. Valgan dos ejemplos destacadísimos: *El publicista,* por una parte, y *La publicidad,* por otra, ambos publicados por Trillas. Sigue siendo a mi ver muestra de generosidad el que un profesional de gran éxito busque y halle tiempo para transmitir a los jóvenes sus conocimientos, para facilitarles el trabajo.

Los rasgos predominantes de estos libros de Ferrer son, a mi ver, el rigor y el orden en la exposición de los conceptos.

Al tercer grupo, la investigación, pertenecen varios libros importantes y, sobre todo, un proyecto en pleno desarrollo. En Madrid apareció hace poco una obra extraordinaria: *De la lucha de clases a la lucha de frases: de la propaganda a la publicidad,* admirable tratado, donde de manera por otra parte amenísima, se nos introduce en el apasionante mundo de la publicidad, desde sus orígenes hasta nuestros días. La información que maneja el autor y la colección de ejemplos y anécdotas ilustradoras que proporciona son verdaderamente sorprendentes. Habían visto la luz antes de este libro otros no menos trascendentes y dignos de mención, como *La historia de los anuncios por palabras,* amplia investigación que recorre el devenir de esos verdaderos telegramas públicos, desde los primeros antecedentes arqueológicos, como aquel anuncio de más de 3 000 años de antigüedad, recogido en las ruinas de Tebas, donde el dueño Hapú daba noticia de la huida de su esclavo Shem y ofrecía por su captura una moneda de oro, no sin antes recordar a todos que la Casa de Hapú ofrecía las mejores telas de Tebas. La práctica de tales anuncios por palabras no ha perdido vigencia hasta nuestros días. El exhaustivo estudio de Eulalio Ferrer lo demuestra. El proyecto al que aludí, sobre el que hemos conversado sabrosamente el nuevo académico y yo, es nada menos que una enciclopedia de la comunicación y la publicidad. Así de sencillo. Tengo por mi parte la certeza de que tamaña empresa no puede llevarse a cabo sino por un hombre como don Eulalio, el conocedor por excelencia de tales asuntos. Considerando su obsesiva dedicación al trabajo, su talento y sus amplios conocimientos, no me cabe ninguna duda de que muy pronto el mundo entero podrá disponer de la mejor enciclopedia sobre asuntos de publicidad y de comunicación. Estemos todos pendientes.

Por cierto, no vaya a pensarse que toda la abundante obra de don Eulalio tiene como sujeto la publicidad o la comunicología. En otros terrenos ha incursionado también con éxito. Octavio Paz escribió el prólogo de su libro *Trilogías, la influencia del tres en la vida mexicana.* Si usted tiene curiosidad por conocer la influencia de ese número en la historia de México, en su geografía, en su sociología, en su política, en el lenguaje y artes populares, en la obra misma de Paz, lea ese delicioso libro. Ahora bien, quien se interese en la más completa historia y descripción así como también en todas las mutaciones que ha sufrido a lo largo de los siglos la misteriosa mujer conocida como "La Monalisa", inmortalizada por Da Vinci, lea el libro de Eulalio Ferrer titulado *La Monalisa, una fascinante historia.*

A todos nos debe quedar claro, por tanto, que hoy ingresa en nuestra asociación todo un personaje, de apasionante biografía. Pero nos debe quedar claro que ante todo, para nuestros fines, llega a la silla XXII, la que ocupaba nuestro querido *Chato* don Alfonso Noriega Cantú, un hombre de letras, un hombre de muchos libros muy bien escritos. Don Eulalio, sea usted bienvenido, como decimos los mexicanos, a esta su casa. Muchas gracias.

LA OBSCURIDAD LÍRICA*

Por Ernesto de la Peña

Señor director de la Academia Mexicana,
señor secretario perpetuo de la misma,
señores académicos,
damas y caballeros:

Aparezco hoy ante ustedes, en esta noche de particular importancia para mí, asediado por el recuerdo vívido de algunos seres desaparecidos, conmovido por la evocación de otros que, por fortuna, siguen vivos, pero que veo ahora sólo en el pasado.

Pertenecer, a partir de ahora, a esta admirable Academia, es una forma, la mejor, de sentirse en casa. Y que no se me juzgue petulante por tal afirmación, ya que sólo pretendo recordar, recordar para mí, que a ella pertenecieron dos miembros de mi familia. El primero en el tiempo, don Rafael Ángel de la Peña, tío bisabuelo, ocupó, casualmente, la misma silla, la número XI, que ahora me corresponde. Sería redundante hablar de su pericia gramatical y de su ingenio siempre despierto.

Otra, la número VIII, estuvo ocupada casi 20 años por el doctor Francisco Carlos Canale, helenista profundo y médico de diagnóstico impar, a cuyo lado aprendí mis primeras letras griegas. A él, medio hermano de mi madre, debo el ejemplo de la vocación y en su hijo, Eleazar, mi padre por el espíritu, admiré la defensa cabal de la honestidad intelectual, la modestia nacida de la verdadera valía y la incorruptibilidad.

No puedo dejar de sentir nostalgia de la vieja Facultad de Mascarones al ver a nuestros tres magníficos doctores don José Luis Martínez, don Manuel Alcalá y don Guido Gómez de Silva, a quienes conocí en aquellos tiempos cuando, con mi prima Margarita Canale, hacía yo (que no ella, experta en esa lengua) mis primeros pinitos de francés.

De tiempos más cercanos recuerdo a mi antecesor, el doctor Salvador Azuela Rivera. Lo tengo presente cuando dirigía el Fondo de Cultura Económica: hombre de gran simpatía, de una sencillez que encubría

* Leído en sesión pública efectuada el 18 de junio de 1993.

la seguridad y conciencia de su valor, mostraba siempre una faz amable y parecía tener el consejo atinado al alcance de la mano. Diserto, ameno, el largo trato que por sus estudios y su propia vida tuvo con la historia trágica de México no dejó amargura en él y uno de sus últimos títulos, *La aventura vasconcelista,* da testimonio de su entusiasmo, de las lindes, firmes, nobles, de sus ambiciones y de su rectitud.

No es, en manera alguna, exagerado decir que sin la presencia de Azuela en el análisis de nuestra historia mucho se habría perdido, pues en él alentó, junto a su prurito de justicia y su búsqueda de la verdad, un ponderado temple liberal y bien sabemos los mexicanos cuántos próceres verdaderos han surgido de esta postura pública.

Hay que añadir a los muchos méritos de Azuela en el terreno académico, sus grandes servicios a la administración de la cultura y su apasionamiento por el pasado inmediato, interés atestiguado, entre muchas otras formas, por la concepción y fundación del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

No es menos digno de mención el hecho de que lo que se podría llamar "la dinastía de los Azuela" sigue atentando entre nosotros en la persona de don Arturo, que ha sabido cultivar con pareja habilidad las ciencias matemáticas, una prosa maleable, plástica y rotunda, y una visión transfigurada de la realidad que ha enriquecido a la novela mexicana de nuestros días.

Vaya mi mejor recuerdo para el desaparecido doctor Azuela, que hoy vuelve a estar entre nosotros, ameno y sonriente, como si la vida lo animara todavía.

La obscuridad lírica

Mucho vacilé en el tema que debería tratar ante tan docta asamblea. Pensé ocuparme del lenguaje poético pero, por razones que pronto saldrán a la vista, he creído mejor circunscribirme a un solo tema de tan vasta red de alucinaciones y bautizarlo "La obscuridad lírica", pues ésta, aunque igualmente comprometedora, tiene linderos menos remotos. Pero aun así, suplico que en mis palabras sólo se vea un recorrido apresurado por una zona de alta tensión espiritual, una excursión que, por razones de tiempo y circunstancia, se orienta únicamente por los vaivenes del recuerdo y teme encallar en cualquier momento en las sirtes de la omisión inexplicable, nacida del olvido.

Roman Jakobson, en *Questions de poétique,* al hablar del sentido y la función de la poesía en el seno de la sociedad contemporánea, sentido y función que, no por sutiles, son menos imperiosos, escribió, de manera memorable: "La poesía nos protege contra la automatización, contra la

herrumbre que amenaza a nuestra fórmula del amor y del odio, de la revuelta y de la reconciliación, de la fe y de la negación".[1]

Estas palabras mías son un modesto intento de corroborar ese punto de vista al tratar de restituir al lenguaje poético, en especial al que no tiene vinculación obvia con lo real, algo de lo que parece habérsele perdido en un mundo que ha declarado guerra sin cuartel a todas las especies vivientes para implantar el impenitente vasallaje a la violencia, la materia y el dinero.

No debe verse en ellas lo que no son, pues, como he dicho, han ido brotando al ritmo desordenado del recuerdo y se reduelen de este origen. Si me atrevo a presentarlas ante ustedes es porque tengo la doble convicción de su amor a las letras y de la indulgencia para aquel que, sin contar con las armas que el rigor académico recomienda, se aventura a deambular libremente por las celosas tierras de la poesía. Válgame la devoción, ya longeva, y la constancia, que quizá debería haber producido frutos más evidentes.

No pretendo, pues, hacer descubrimiento alguno, ni mis observaciones aspiran a la normatividad. Se trata simplemente, como he dicho, de un divagar por el huerto cerrado de la poesía y, dentro de este recinto murado, que ojalá siga siendo siempre impermeable al ruido, a la trivialidad y al neblumo, emitir algunas ideas acerca de ciertas formas que adopta la poesía para enunciarnos. No es raro descubrir en la lírica o en lo que ha dado en llamarse, en sentido lato, "poesía metafísica" (no aludo, por supuesto, a la escuela inglesa de tal nombre), una especie de elipsis del razonamiento, en pro de una formulación sintética que, con suma frecuencia, es sumamente elusiva a la comprensión. Brotada de algo así como una *Wesensanschauung,* una "intuición esencial", parece impedir todo acceso razonable a ella, a menos que se intente la vía correlativa, esto es, un acto de percepción que tiene un nexo más natural con la visión mística o el empleo mágico de las palabras, que con el discurrir ordenado o la inferencia previsible.

Si intentar definir el lenguaje poético parece empresa descompasada, si no irritante, repetir ese conato frustráneo con la lírica, y en especial con aquella que puede calificarse de críptica, es por completo absurdo. No sólo: sería torpeza grave, porque los elementos de lo real, al igual que los ingredientes de lo vivencial, no tienen, por definición, definición. ¿Podríamos describir, siquiera, la electricidad o el magnetismo o, todavía más cercanos, mi sillón favorito, mi preferencia por el tabaco entrefuerte o mis suposiciones acerca de cuál es la mirada más promisoria de una mujer?

[1] Jakobson, 1979, p. 125.

¿Y, al mismo tiempo, qué puede decirse de la vida, del amor, de la muerte, de Dios, que los agote, al contenerlos? ¿No es tal vez el principal atractivo de la existencia, pese a sus rendimientos a menudo negativos, esta indefinición cabal, puesto que hasta las precisiones mayores dejan un resquicio por donde se cuelan, igualmente poderosas y justificadas, la contradicción y la duda?

¿No explica esta parcial incognoscibilidad de lo objetivo (aquí se me puede seguir la traza de realista ingenuo), es decir, esta condición que impide que se lo conozca completo, sin secretos, hasta el meollo, el nacimiento de las ciencias, la creación de las religiones, los mitos siempre renovados del amor y los disfraces de la muerte?

La poesía, arte supremo, tiene su sector de silencio. Pero es un silencio de tal sonoridad que sólo se equipara con el ruido inaudible de la nebulosa al explotar o el del insecto que muere: es un acallamiento total, un conticinio, que diría Sor Juana; una noche oscura; una rosa que florece en el poema y gracias a él; un alcanzar, a pesar de las tinieblas, cierta medida de la luz; un deambular, ángel rilkeano, sin saber si está entre vivos o muertos; o moverse, libres las amarras de lo real, ignorando si llegamos a la ciudad de Dite o a la visión teológica, casi táctil, de la Trinidad o, finalmente, examinar si, por azar, imprimimos algo de nuestra frugal fisonomía en la noche radical de las galaxias, donde sólo el lugar habrá tenido lugar.

Y al decir que la poesía guarda este peculiar silencio, aludo exclusivamente al hecho de que ciertas expresiones del idioma cotidiano, ciertas palabras nuestras, se han escapado de sus alvéolos habituales y han venido a este lugar indefinible a convivir con sus congéneres, que también se han apartado del sentido que comúnmente tienen, para habitar su residencia duradera, que les confirió un poema, un momento de la lengua en que todo su espesor y su hondura pudieron enunciar, o trasmitir, o aludir a la totalidad del poeta, que es testificar, imprimir en el fluir del tiempo, la totalidad del hombre.

Allí, en ese silencio formado por el alejamiento de las demás, se agrupan y dialogan, en un sagrado contubernio, estas palabras que van siendo alternamente plurales, solitarias, esquivas, hospitalarias. De ellas nacen los hallazgos emotivos, intencionales, hasta métricos e intelectuales que distinguen al poema verdadero del simple hacinamiento de palabras.

En otro lugar, no podría decir si contiguo o no, aunque tengo iguales motivos para hablar de su cercanía y de su lontananza, están las que Mallarmé llamó *les mots de la tribu*.[2] Palabras útiles, comunicativas,

[2] Mallarmé, 1945, p. 189.

sonoras, denotativas, cumplen la función primordial, indispensable, primaria, de la lengua: tienden el puente de la comunicación, del enfrentamiento, de la confusión y del error.

Es ya lugar común, si se trata de labores de disección del idioma, aludir a la distinción que De Saussure estableció entre *lengua (langue)* y *habla (parole),* pero hay que recordarla. "*Lengua* es —dijo el genial lingüista— a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias, adoptadas por el cuerpo social para permitir la existencia de esta facultad entre los individuos."[3]

Se trata, pues, del edificio lingüístico convencional, establecido, normativo, vinculador, creador de comunidades.

"*Habla* —añade De Saussure un poco más adelante—: el lado ejecutivo <de la parte psíquica de la *lengua*> queda fuera de consideración, porque la ejecución no la hace jamás la masa; siempre es individual y el individuo es siempre su amo; la llamaremos *habla (parole).*"[4]

Habla es, pues, la versión individual, *mi* enunciación del mundo por medio del lenguaje. Valga provisoriamente decir, sin que los lingüistas se alarmen (ya que mi plática no pretende rigor lingüístico, sino una menuda vigencia poética), que mi empleo del idioma (uso un término menos recargado de tesis, contratesis y variantes) es para *hic et nunc,* aquí y ahora, pero, en el caso del lenguaje poético, el *hic et nunc* cobran una especie de poder supratemporal, numinoso algunas veces, o de especificidad indefinible e imprecisable, al cambiar de nivel y contraer permanencia y ejemplaridad, en el sentido directo, ingenuo, del término, pero no adquieren normatividad, porque se bastan a sí mismas en su autonomía irreferente, excepto dentro de la estructura en que tienen sentido.

Cierto es que esta ejemplaridad que entrevemos en tal o cual expresión cabal y afortunada, no debe tomarse jamás, ya lo advirtió Jakobson, *como si el signo y la cosa significada estuvieran ligados de una vez por todas, monogámicamente.*[5] De ser de otra manera, la normatividad se adheriría a ellas y su función específica, la revelación, el apocalipsis, desaparecería, desvirtuando, al hacerlo, su existencia y su cometido.

La palabra poética que, en cierto lugar de un poema determinado, ha suspendido sus funciones habituales en pro de un espesamiento intencional que es resultado de un acierto de naturaleza sumamente compleja, donde intervienen, con fuerzas equiparables, los motivos propiamente líricos, personales, la enunciación de la realidad y algo

[3] De Saussure, 1979, p. 25.
[4] *Ibidem,* p. 30.
[5] Jakobson, 1979, p. 116.

más, en que me atrevería a ver algo numinoso, sale, por ello mismo, de la cotidianidad y, de ser útil, hasta necesaria en el habla de todos los días, se convierte en *la única* que expresa cabalmente ese momento perceptivo que, con tanto acierto, Joyce llamó "epifanía".

Una vez que ha cumplido esta tarea de privilegio, la palabra regresa a su modesto solio cotidiano, tras haber dado una muestra acabada de sus capacidades de transubstanciación.

Por ello no puede verse nada casual en el hecho de que *dichten,* en alemán, signifique "espesar, condensar, hacer compacto" y también "hacer poesía". Rilke supo, en todo momento, qué contestar.

En Occidente, la tradición judeo-cristiana y la greco-latina por igual nos habituaron a esta sacralización de lo verbal. Quizá la mejor manera de comprender el sesgo que este proceso siguió en las dos culturas sea observar el punto de llegada.

El pueblo hebreo, cuya más profunda realidad cotidiana depende de lo sacral, dio a luz a la cábala, que es, al mismo tiempo, procedimiento místico, clave adivinatoria, reflexión filosófica, argumentación sometida a guiños y acertijos, predicción, conjuro y método lustral para el espíritu.

Los griegos, cuyo sol mediterráneo produjo la geometría y la democracia, crearon también la retórica, disciplina que no se agota en lograr el convencimiento de los demás, ni en salir victorioso de los más espinosos litigios, sino que se plantea como una red de relaciones plurales, complejas, entre el pensamiento y su manifestación, entre el tema y su expresión.

La exaltada función que el nombre tiene en la cultura bíblica explica, por su parte, el secreto capital de esa religión: sólo un individuo puede pronunciar el tetragrámaton, el nombre profundo, secreto, de Dios, que articula y da sentido a todo el universo; por la otra, corresponde exclusivamente al hombre la tarea fundadora, entitativa, de dar existencia a las cosas al nombrarlas:

ויצר יהוה אלהים מן־האדמה כל־חית השדה ואת כל־עוף השמים ויבא
אל־האדם לראות מה־יקרא לו וכל אשר יקרא־לו האדם נפש חיה הוא שמו

{בראשית 2, 19}

[Y el Señor Dios conformó de la arcilla a todos los animales del campo y a todas las aves de los cielos y los llevó ante Adán para ver cómo los llamaba y toda alma viviente a la que nombró Adán tiene ese nombre].[6]

En esta robusta cosmogonía, ingenuamente antropocéntrica, la relación que se establece entre el *homo nomenclator* y el mundo objetivo tiene forzosidad, no sólo ontológica, sino gnoseológica. Los objetos del mundo

[6] Génesis, 2, 19.

existen y son conocidos gracias a que el hombre les da tangibilidad e inmediatez al nombrarlos. Sin salir de los linderos de esta lógica directa del pensamiento mágico, podríamos argumentar que "el Nombre" tiene las indispensables cualidades entitativas y que se podrían crear seres *ad libitum* mediante el simple acto de nombrar.

No muy lejano está el *gólem*, espíritu tenaz de la materia que, impotente ante el poder superior, lo aplasta por la simple virtualidad que habita en su peso. Pero en su propio caso, el ser brotado de la más cabal elementalidad viene a la vida por la fuerza incontrovertible de las palabras que se le inscriben en la frente: אמת, *émet*, verdad, para que viva, מת, *met*, muerto, para que sus fuerzas, descoyuntadas, latentes, retornen a su origen brutal, desordenado, en espera de otro acto epitropaico que las convoque. La palabra da sentido, orden y substancia al cosmos, que sólo se reconoce en la asepsia semántica, en las sílabas de poder. El lenguaje y la magia comparten desde el origen estos temibles privilegios. השם, *ha-Shem*, "el Nombre" es, por antonomasia, designación de Dios.

Si los griegos, por su parte, crearon en la retórica una especie de espejo fiel de las categorías de su idioma y las estructuras de su sociedad y su pensamiento, no se les escapó la función alterna de la poesía, esto es, la función que no apunta hacia la simple comunicación, nacida de enunciar. Una especie de estremecimiento recorre a las letras helenas desde las bravatas, no por torpes menos válidas, del Ión derrotado por Sócrates-Platón, los delirios y las palabras pletóricas de *mana*, de poder religioso, que usan los iniciados de las cofradías mistéricas o las ménades en el éxtasis enloquecedoramente lúcido de los rituales báquicos hasta la puntual, rotunda afirmación de Dionisio, o de Longino, o quien haya sido el autor del famoso ensayo *De lo sublime:*

> οὐ γὰρ εἰδ πειθὼ τοὺς ἀκροωμένους ἀλλεὶς ἔκστασιν ἄγει τὰ ὑπερφυᾶ πάντηα δέ γε σὺν ἐκπλήεει τοῦ πιθανοῦ καὶ τοῦ πρὸς χάριν 'αεὶ κρατεῖ τῶ θαυμάσιον
>
> περὶ ὕψουδ, 1, 178, 1.

> [Porque el estilo sublime no ha de producir convencimiento en quienes lo escuchan, sino conducirlos al éxtasis. Y siempre se distinguirá, por encima de lo que sólo es convincente y agradable, lo que maravilla.][7]

Esta faceta de la palabra poética, que está tan cercana al ensalmo que podría confundirse con él, tiene resonancias místicas inconfundi-

[7] Longino, MCMLXXIII, p. 124.

bles y en ese nivel indiferenciado tienen su vigencia y su sentido cabal estos intercambios, estas interfecundaciones que, de tan fecundas, ignoran o, mejor aún, hacen a un lado la función que desempeñan y el lugar que ocupan, para desembocar en una insólita, difícilmente repetible eficacia comunicativa, aunque esté delimitada por el receptor.

En el caso de la mística, poesía especialmente lesionable y convulsa, ¿fue antes la intención poética o la vigorosa realidad interior de la fruición divina?, ¿o, por lo contrario, hemos de dar prelacía a la plegaria sobre el simple hechizo humano del canto?

> Y todos cuantos vagan,
> de Ti me van mil gracias refiriendo,
> y todos más me llagan,
> y déjame muriendo
> un no sé qué que quedan balbuciendo.[8]

Momento particularmente agudo de la mística occidental, acierto verbal más admirable cuanto más sencillos son los elementos que lo conforman, la propia iteración fonética tiene un sesgo mágico, alucinante, que no hay que dejar de advertir, pues vincula a San Juan con climas espirituales tan lejanos a él como el tantrismo y los procedimientos de los chamanes, para demostrar el paralelismo, hasta fraternidad, de la expresión de ciertas realidades interiores.

Si, como lo han dicho los estudiosos, con Jakobson a la cabeza, la palabra poética es "autotélica", es decir que cumple su función en sí misma, yo no querría ver en ello sino un lado de la hoja: la palabra cobra, mejor sería decir recobra, su sitial: irreferente por sí misma (de esto ya nos han dicho todo los lingüistas contemporáneos), arbitraria, contaminada por el azar, habitada por las convenciones, se sobrepone a estas limitaciones y se convierte, a pesar de todo, para un círculo determinado de hablantes, en *la forma expresiva por antonomasia,* la forma idónea que externó esa especie de intuición holística que, en el mundo de los hombres, es la imagen cabal de la verdad ontológica.

El lenguaje poético, sometido a estas tensiones, nacido de ellas e inexplicable en otro medio, es, por ende, un caso extremo de la lengua y del habla. Cercano a las dos, las trasciende, pues, paradójicamente, rompe los vasos generales de las leyes genéticas, la función, la estructuración y procedimientos de un idioma determinado (¿cómo explicar el *mondets empor* de Rilke, ese "lunea o cnlunece o aluna arriba", que franqueó los límites del sustantivo y lo puso en movimiento, "averbándolo" a su conveniencia?) y, sin dejar de ser expresión especializada, caso límite del

[8] Juan de la Cruz, 1954, p. 475.

especializada, caso límite del principio de individuación, alude a la conciencia general, pero embiste contra la totalidad, pues sólo se deja captar y disfrutar por una minoría de sintonía afín, esto es, niega su condición de habla, de idiolecto, al habitar, ocupar, hasta sitiar, su campo de cultivo, su sitial inalienable, su zona minada de severidades y exigencias.

¿Y qué decir ahora, ante una corporación cuyo desvelo capital es la lengua, de los neologismos que nacieron para no penetrar en el caudal del habla, sino llevar una existencia anómala, rehenes de su propia novedad y de su irreferencia?

¿No es un desafío leer ciertos poemas de Jlébnikov, Huidobro o Vallejo, para sólo citar casos extremos de innegable solvencia poética? Recordemos los valientes adjetivos правдоцветиковый "verifloreciente", сомнениекрылая, "alidubitativa" y otros más, de Velímir Vladímirovich Jlébnikov[9] y confrontémoslos con ciertas páginas alucinantes de *Altazor* o *Trilce*, donde nos encontramos, por ejemplo:

Al horitaña de la montazonte
La violondrina y el goloncelo
Delcolgada esta mañana de la lunala
Se acerca a todo galope
Ya viene la golondrina
Ya viene la golonfina
Ya viene la golontrina
Ya viene la goloncima
Viene la golonchina
Viene la golonclima
Ya viene la golonrima
Ya viene la golonrisa
La golonniña
la golongira
La golonlira
La golonbrisa
La golonchilla
Ya viene la golondía ...[10]

O el fulminante desgarramiento existencial del "cholo Vallejo", cuya alienidad respecto a la poesía en general, si se me permite esta expresión poco feliz, estriba, más que nada, en un sabio maridaje de habla cotidiana, pueblerina, y un misterio verbal irrepetible:

[9] Triolet, 1965 *(La tentación del pecador)*, 257.
[10] Huidobro, 1973, pp. 60-61.

Tahona estuosa de aquellos mis bizcochos
pura yema infantil innumerable, madre.
Oh tus cuatro gorgas, asombrosamente
mal plañidas, madre: tus mendigos.
Las dos hermanas últimas, Miguel que ha muerto
y yo arrastrando todavía
una trenza por cada letra del abecedario.
.....
Madre, y ahora! Ahora, en cuál alvéolo
quedaría, en qué retoño capilar,
cierta migaja que hoy se me ata al cuello
y no quiere pasar. Hoy que hasta
tus puros huesos estarán harina
que no habrá en qué amasar
¡tierna dulcera de amor,
hasta en la cruda sombra, hasta en el gran molar
cuya encía late en aquel lácteo hoyuelo
que inadvertido lábrase y pulula ¡tú lo viste tanto!
en las cerradas manos recién nacidas.[11]

Y llego ahora, en este ahora de Vallejo, Huidobro y López Velarde, para aludir sólo a latinoamericanos, al punto más esquivo e indócil de esta enumeración apresurada. ¿Dónde funden sus corrientes las aguas aparentemente mansas del lenguaje popular y los remolinos de la lengua que, por su peso específico y la misión que el poeta le asigna, puede llamarse justamente iluminada? ¿Son cotos cercanos los que habitan poetas tan disímbolos como Homero y Apollinaire, Virgilio y Allen Ginsberg, Ady y Sabines?

En esta, como en tantas otras cosas, debo confesar la quiebra de mi solvencia. La única conclusión que se avecina al acierto es que la lengua y el habla, pese a su distancia y sus exigencias específicas, se dan la mano en ciertos momentos imprevisibles y crean una realidad diferente, inaccesible para la mayoría, difícil para los entendidos e irrepetible por definición. Estos momentos de tan exigua contextura y aparición tan reacia confieren al lenguaje común un correlato que me atrevería a llamar sobrehumano y que tiene una vinculación soterrada con la oración, el delirio de los sentidos, la visión profética y la sílaba iterativa del encantamiento. Siempre cegadores, tienen la virtud de pasar inadvertidos para muchos, pero el ardimiento que los calcina sin menoscabarlos quema sin dejar huella y de su propio fuego sigue viviendo.

Muchas gracias.

[11] Vallejo, 1989, p. 195.

Biblia Hebraica Stuttgartensia, Elliger, Rudolph, Weil (Kittel), Deutsche Bibelgesellschaft, Stuttgart, 1977.

De la Cruz, Juan, *Obras* de... *(Cántico espiritual)*, Apostolado de la Prensa, Madrid, 1954.

De Saussure, Ferdinand, *Cours de linguistique générale* (edición crítica preparada por Tullio de Mauro), Payot, París, 1979.

Huidobro, Vicente, *Altazor*, Visor, Madrid, 1973.

Jakobson, Roman, *Questions de poésie*, Éditions du Seuil, París, 1973.

Longino, *De lo sublime*, en Aristóteles en 23 volúmenes, vol. xxiii: *The Poetics*; "*Longinus: On the Sublime*", William Heinemann Ltd., Londres, MCMLXXIII.

Mallarmé, Stéphane, *Oeuvres complètes*, texto establecido y anotado por Henri Mondor y G. Jean-Aubry, La Pléiade, París, 1945.

Triolet, Elsa, *La poésie russe*, edición bilingüe, antología reunida y anotada con la dirección de..., Seghers, París, 1965.

Vallejo, César, *Obra poética*, Américo Ferrari, coordinador, Archivos, unesco, México, 1989.

RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO EN LA ACADEMIA MEXICANA DE DON ERNESTO DE LA PEÑA

Por MANUEL ALCALÁ

Señor director de la Academia, don José Luis Martínez,
señores académicos,
damas y caballeros:

I

"... yo nunca tuve vergüenza de no saber otras lenguas con perfección, sino de ignorar la mía, y la mía quisiera saber hablarla; que no es hablarla sacarla de su dialecto y genio". Eso escribía Lope de Vega en 1626 —tal vez en enero— al licenciado Francisco de las Cuevas.

Don Ernesto de la Peña está en la buena compañía de Lope. Conoce nuestra lengua como Dios manda. Ya se han percatado ustedes de ello al escuchar su docto discurso sobre "La obscuridad lírica".

El "Fénix de los Ingenios" no era monolingüe. A propósito de lo que aprendió en la Universidad de Alcalá, escribe:

> Favorecido, en fin, de mis estrellas,
> Algunas lenguas supe, y a la mía
> Ricos aumentos adquirí por ellas.

Conocía o leía latín, italiano, francés, portugués, catalán y salpica sus obras con expresiones alemanas y flamencas. Con todo, le va a la zaga al nuevo académico. En efecto, de niño se inició en el griego con su tío materno don Francisco Carlos Canale. Años después, en 1949, demostró sus conocimientos de esa lengua en examen sustentado, en nuestra Facultad de Filosofía y Letras ("Mascarones"), ante don Demetrio Frangos. Sus conocimientos de latín los demostró en dicha Facultad ante don Agustín Millares Carlo. Ahí también, como alumno especial, cursó la carrera de letras clásicas y otras asignaturas.

En esa misma Facultad estudió lengua y literatura rusas con el profe-

sor Boris Popovitzky, y, con el maestro Mariano Fernández Berbiela, lengua árabe.

En El Colegio de México hizo estudios de sánscrito y de lingüística indoeuropea con el inolvidable doctor Pedro Urbano González de la Calle, y de chino con el profesor Yang. Por lo que al hebreo toca, lo estudió con el doctor Dezso Lang en la Escuela Monte Sinaí.

Otras lenguas antiguas y modernas, occidentales y orientales, las ha estudiado independientemente. Soy testigo de la perfección con que habla y escribe el francés, el italiano, el portugués, el inglés y el alemán.

Por su conocimiento de lenguas modernas, se desempeñó como perito traductor oficial en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Peritaje reconocido por el Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal y por el Tribunal Fiscal de la Federación.

II

Profundo conocedor de varias lenguas, don Ernesto de la Peña ha puesto sus dones al noble y difícil arte de la traducción. En efecto, si ella "no se hace con primor y prudencia, sabiendo igualmente las dos lenguas, y trasladando en algunas partes, no conforme a la letra pero según el sentido, sería lo que dijo un hombre sabio y crítico, que aquello era verter, tomándolo en significación de derramar y echar a perder".

No es mío este juicio sobre la traducción. Es de alguien que sabía de esos menesteres: el sabio maestrescuela y canónigo conquense que en los Siglos de Oro se llamó Sebastián de Cobarruvias *(sic)* y Orozco.

Obedecen a ese juicio, en el terreno humanístico y literario, las traducciones del nuevo académico. Menciono algunas: Anaxágoras, Hipócrates, secciones del *Arthasastra,* Rainer María Rilke, Gérard de Nerval, Stéphane Mallarmé, Paul Valéry, Allen Ginsberg, T. S. Eliot.

Nuevo San Jerónimo, está empeñado ahora en su "opus magnum": la traducción directa al español de los textos hebreos, arameos y griegos de la Biblia. Ya está por salir la de los Cuatro Evangelios. Tendremos la primera versión mexicana de las Escrituras cuanto le dé cima a esa ingente labor.

III

Polifacético, se ha dedicado a enseñar y difundir la cultura, a la crítica literaria y a la obra de creación e investigación.

Por lo que toca a la enseñanza y difusión cultural, ha impartido, de manera privada, cursos de griego clásico y de Biblia. En el Instituto

Cultural Helénico tuvo las cátedras de literatura griega, de Biblia y de religiones orientales. De lengua alemana y de técnica de la traducción, dio un curso en el Instituto de Intérpretes y Traductores. Bajo el patrocinio del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, dictó un curso de Historia Antigua de Israel e Instituciones Bíblicas.

Diversos ciclos de conferencias lo han tenido ocupado, sobre la Biblia y los símbolos de la Semana Santa. Con una sólida cultura musical, Wagner, las óperas de Strauss y la Biblia en la música han sido tema de ciclos de conferencias, tanto para la Asociación Filarmónica Bartok, como para Encyclos, A. C. Socio fundador de ésta, es ella una institución dedicada a la difusión de la cultura humanística por medio de conferencias.

Yo he tenido la fortuna de escucharlo como comentarista de la televisión cultural en los canales 13, 20 (de cable), 2, 5 y 8. Este último actualmente 9.

Por lo que atañe a su crítica literaria, ella ha sido recogida en *El Sol de México*, en la columna "Al pie de la letra" de *Excélsior* y en la sección "Labyrinthos" del suplemento cultural de la revista *Siempre!*

Por lo que ve a su obra de creación, debo mencionar cuatro libros suyos. *Las estratagemas de Dios* publicado por Domés en 1988 y que le valió ese año el Premio Villaurrutia. Va ilustrado por Fernando Leal Audirac. Como Alá manda, lleva un epígrafe en caracteres arábigos. En nuestra lengua dice: "Y no están a salvo de la estratagema de Dios sino los que corren a su pérdida". Es la aleya o versículo 99 de la séptima sura del *Corán*. Las páginas "Receta para la confección de ángeles" lo ponen en la buena compañía de Eugenio d'Ors con su *Introducción a la vida angélica*. Pienso que a Borges le hubiese gustado saborear el libro.

La Editorial Diana le publicó *Las máquinas espirituales*. En 1990, ilustrado por Felipe de la Torre, ve la luz *El indeleble caso de Borelli. Mineralogía para intrusos* es un volumen de la Colección "Luz Azul" que edita el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Incansable, tiene en revisión un libro de poemas y en marcha algunas novelas.

En cuanto a la investigación —polifacético siempre— trae entre manos un largo estudio sobre las herejías en México y tres ensayos. Uno sobre Marcel Proust, otro sobre las *Bylinas*, es decir, la poesía épica rusa, y uno más acerca de Kautilya, teórico hindú de la política.

IV

A esas obras que he mencionado, se suma ahora el docto y bien escrito discurso con el que nos ha enriquecido y encantado. Conocedor de la máxima de Gracián de que "lo bueno si breve dos veces bueno", se ha

constreñido —por mor de la cortesía— a no excederse en el tiempo. Que todos hubiésemos deseado haber seguido escuchándolo. Y ello en otras facetas del tema. Por ejemplo, ese discurso del abate Henri Bremond del 24 de octubre de 1925 en sesión pública de las cinco Academias francesas. Se publicó al año siguiente con el título ya clásico de *La poésie pure.* Ese mismo 1926 salió su libro *Prière et poésie.* Pensando en ellos tal vez, don Ernesto habló al final de su discurso de "una vinculación soterrada con la oración".

Pero sé que tiene en el telar la ampliación de su discurso con las ideas del abate Bremond. Ideas que han hecho correr ríos de tinta de las plumas de Paul Valéry, Robert de Souza, Clément Moisan y otros.

V

Tengo para mí que don Ernesto es un vivo ejemplo de la sabiduría popular de los refranes y de la de un filósofo. "De casta le viene al galgo el ser corredor", dice la variante de un proverbio. Y ¡qué casta tiene él en nuestra casa!

Con el sabio discurso que le hemos escuchado pasa ahora a ser el sexto académico numerario en ocupar la silla número XI. El primer académico que la honró de 1875 a 1906 —y segundo secretario perpetuo— fue su tío bisabuelo don Rafael Ángel de la Peña. Prolífico escritor, sobresale en su obra su *Gramática teórica y práctica de la lengua castellana,* que vio la luz en 1898. Por la importancia de esta obra, la ha reeditado nuestra Universidad Nacional Autónoma en 1985 como número 89 de la Nueva Biblioteca Mexicana. Lleva una sustanciosa introducción de nuestro colega don José G. Moreno de Alba. Pone él de manifiesto la importancia y actualidad de esa *Gramática.* Así, cuando asienta que "Hay puntos concretos en que De la Peña corrige con acierto a Bello, como es el caso de construcciones en que el relativo *cual* parecería tener valor especificativo, aun siendo sujeto, valor que, según De la Peña, Bello no ejemplifica convincentemente". Tema, señala en nota el autor de la introducción, que fue ampliamente visto por el ilustre gramático en su "Estudio de los relativos".

Otro distinguido antepasado en la Academia fue su tío materno —el que lo inició en el griego, dije— don Francisco Carlos Canale, tercer tesorero y cuarto académico —de 1915 a 1934— en la silla VIII.

Dejando el adagio y viniendo a Leibniz, yo veo en lo que acabo de señalar no una casualidad sino, forzando un poco el contexto, una armonía preestablecida.

VI

Muy grato es para mí poderle decir a don Ernesto de la Peña —a nombre de todos sus colegas—que con su docto discurso, y por todos sus méritos, se le abren ahora las puertas de la Academia Mexicana. Bienvenido, querido Ernesto.

CHARLA DE PÁJAROS
(o Las aves en la poesía folklórica mexicana)*

Por MARGIT FRENK

Señor director de la Academia Mexicana, don José Luis Martínez,
señores académicos,
amigos y amigas:

Cuando se asoma uno a la historia de la Academia Mexicana, desde su fundación en 1875, se queda uno admirado, entre otras cosas, por el gran número de altas personalidades del quehacer cultural mexicano que han formado y forman parte de ella. Y cuando una ha sido elegida para integrarse a tan venerable institución, no puede menos de sentirse pequeña y exclamar, como Cervantes: "¡Voto a Dios, que me espanta esta grandeza!" Pero acaba una aceptando, conmovida y agradecida, el honor que significa la elección y comprometiéndose a colaborar con los trabajos de la Academia en la medida de sus fuerzas.

De las 36 sillas para Académicos de Número, a mí me ha cabido en suerte la número XXIV, instituida en 1950. Su breve historia no deja de ser curiosa, pues la ocupó primero el arzobispo primado de México don Luis María Martínez, y a su muerte la heredó, en 1956, uno de los grandes escritores de izquierda que ha tenido México: Mauricio Magdaleno. En su vigoroso y dinámico discurso de ingreso[1] no eludió Magdaleno el contraste ideológico entre él y su antecesor —"yo no pertenecí a su grey" (p. 95)—, pero a la vez reiteró enfático algo que don Alejandro Quijano había dicho tres años antes, al contestar el discurso del arzobispo: que la Academia Mexicana "logró siempre una vinculación tal vez única en nuestro país [entre] hombres de distinto pensar y diverso sentir" *(Memorias,* 14, 1957, pp. 337-338).

* Leído en sesión pública efectuada el 23 de noviembre de 1993.

[1] Intitulado "El compromiso de las letras" y publicado en *Memorias,* 16 (1958). En adelante, todas las referencias bibliográficas aparecen simplificadas y remiten a la bibliografía que figura al final; en el texto sólo se darán (entre paréntesis) los números de las páginas, salvo para las coplas (véase nota siguiente).

Por su parte, al celebrar el ingreso de Mauricio Magdaleno a la Academia, y aludiendo a tres de sus miembros más famosos, Novo, Gorostiza y Torres Bodet, dijo don Antonio Castro Leal: "Con Mauricio Magdaleno, entra en la Academia Mexicana una nueva generación literaria": "la generación [...] que aprendió lecciones de rebeldía y de esperanza en José Vasconcelos" y que "volvió a sentir, como llaga en carne propia, la dolorida realidad mexicana" *(Memorias*, 16, 1958, p. 109).

Mauricio Magdaleno fue académico durante tres décadas, hasta junio del 86, cuando murió, a los 80 años. A mí me honra y me complace ser ahora sucesora de ese hombre admirable, autor de la excelente novela *El resplandor* y de otras ocho novelas que merecen ser más estudiadas; autor también de cuentos y de muchos e importantes ensayos; periodista, creador y promotor de teatro, guionista de gran número de películas nacionales, como las celebérrimas *Flor silvestre, María Candelaria, Pueblerina*... Sus intereses lo llevaron más de una vez por los rumbos del folklore poético mexicano, tema del discurso que ahora voy a leerles, intitulado "Charla de pájaros".

Un pulular de pájaros

Tres años antes de integrarse a la Academia, Mauricio Magdaleno, o sea, en 1953, leyó Salvador Novo su propio discurso de ingreso. El tema: *Las aves en la poesía castellana.* Ahí se lamentaba Novo de la desaparición de los pájaros en la poesía moderna; todavía en el siglo XIX "ni la historia ni los poetas se desdeñaban [...] de utilizar toda clase de pájaros en sus elaboraciones": golondrina, ruiseñor, jilguero, tórtolo, torcaz, cenzontle (pp. 122-123); pero en "nuestros días [...] no hay pájaros" (10): "han huido de la poesía moderna" (11). Gran contraste, decía Novo, con la poesía que canta el pueblo, pues llama la atención "con qué reiterada frecuencia ocurren todavía en las canciones populares los pajarillos" (11).

Basta, en efecto, recorrer los cinco tomos del *Cancionero folklórico de México* (publicado por El Colegio de México entre 1975 y 1985) para darse cuenta del pulular de pájaros en las coplas populares de nuestro país. Ahí revolotean infinidad de aves de las más diversas especies: chuparrosas, garzas, cenzontles, jilgueros, primaveras; pericos, papagayos, cotorras; cuicacoches y chachalacas; uno que otro pijul, totol, gallo; águilas reales e imperiales; mucho gavilán o gavilancillo, guacamaya, gorrioncito; el pájaro cardenal y el carpintero, el pájaro cu, el acagualero, jaralero, laguero, manzanero, mañanero, platanero, hechicero; el pájaro colorado, el verde, el azul, el prieto, y el pájaro mulato, de color azul

oscuro y antifaz negro, que sabe imitar el canto de otras aves; el pájaro paisano, el vilán, el galán y el tildío; por supuesto, la paloma y el palomo, el tordo, la torcaza, la tortolita, además del tecolote, el zopilote, el querreque... Vemos a esos pájaros volando por los aires, atravesando mares, a las orillas de los ríos y en las laderas de los cerros; parados en árboles, nopales, torres, garitas; posados en las ramas de los limones, los olivos, los laureles o "en la cumbre" de una vid, un cardón, una palma. Las coplas[2] mexicanas saben evocar a las aves en medio de su entorno natural, de una manera muy gráfica:

Volaron las amarillas
calandrias de los nopales... (3-5791)

Estaba la guacamaya
parada en un carrizuelo,
sacudiéndose las alas
para levantar el vuelo. (3-5742*a*)

¡Ay!, revuela, vuela, vuela,
vuela, vuela para el río,
verás a la guacamaya
tirititiando de frío. (3-5872)

No sólo *vemos* a las aves, sino que también las *oímos*, porque se la viven cantando y, más que nada, *hablando*. No es un decir: hablan "de veras". Las coplas reproducen sus palabras y aun suelen precisar el tono de su voz:

En un ramo de laurel
estaba cantando un ave;
decía con voz placentera
y con palabras rituales:
"Muchos habrán que te quieran,
pero como yo, ¡quién sabe!" (1-362)

[2] Llamamos *coplas* a las estrofas de cuatro, cinco o seis versos generalmente octosílabos que, como unidades autónomas, se van cantando con la música de los sones y otros tipos de canciones básicamente líricas. Véase sobre esto el Prólogo al tomo 1 del *Cancionero folklórico de México* (abreviaré *CFM* y, tras cada cita, remitiré entre paréntesis al número del tomo y al de la copla). Para la consulta de las coplas y canciones se recomiendan los varios índices contenidos en el tomo 5, sobre todo el "Índice descriptivo de canciones" (pp. 85-309), elaborado por María Teresa Miaja y Jas Reuter. Para los nombres mexicanos de aves, véase el "Glosario [de] voces y construcciones regionales y de cultura rural" de Ma. Ángeles Soler de la Cueva (tomo 5, pp. 55-83). Al elaborar este trabajo, he

En la torre de Tampico
cantaba un águila imperial,
y le respondió el perico
con una voz muy especial:
"¿Qué te podrá dar un rico
que yo no te pueda dar?" (2-3247)

Salta a la vista que los pájaros hablan como si fueran seres humanos; y se comportan como tales: se enamoran, abandonan a quien los quiere, se emborrachan de tristeza. En Jalisco, la chachalaca "por las orillas del cerro / andaba de enamorada / con el pájaro jilguero" (3-6003) y "por las orillas del río / andaba de enamorada / con el pájaro tildío" (3-6006). "Suni, suni, suni", decían en Guerrero por los años treinta:

Suni, suni, suni, la zopilotita,
suni, suni, suni, se fue para el mar;
dice que al zopilotito
ya lo piensa abandonar. (3-6066)

En Nochistlán, Zacatecas:

Este cuervito
ya se emborrachó,
por una paloma
que lo abandonó. (3-6065)

Hay en el folklore mexicano muchísimas coplas que relatan un pequeño episodio entre "pajareril" y humano. Así, como el son de *El palo verde* se cantaba en Jalisco, hacia 1930:

Una guacamaya pinta
espiaba que amaneciera,
para darse un agarrón
con un pájaro cualquiera. (3-6039)

Y otro son abajeño incluye la triste historia del cuervo que en una ladera:

llora sin comparación,
porque la cuerva no quiso
vestirlo de pantalón. (3-6022)

contado además, para mi fortuna, con la concordancia que se hizo por computadora de todas las coplas del *Cancionero* y cuya utilización debo a la propia Ángeles Soler.

Y sin duda recordarán ustedes el famoso son y baile del palomo y la paloma, que "salieron primos hermanos, / no se pudieron casar", porque además "la paloma salió mocha / y el palomo, federal" (3-6018, 6019).

Por ahí se llega fácilmente a cruces aún más curiosos entre el mundo de las aves y el de los hombres. El socarrón son huasteco de *El querreque* incluye esta quintilla que se recogió el año de 1967 en Tepehuacán de Guerrero, Hidalgo:

> El querreque está perdido
> por andar de enamorado:
> tiene el corazón herido,
> que todito le causa enfado,
> por una *mujer* que ha querido. (3-6063)

El mismo son trae sextillas como ésta, recogida en Tlahuitepa, Hidalgo:

> Una querreca anidó
> y en la cerca de mi casa;
> salieron tres querrequitos,
> salieron de mala raza;
> como no los educó,
> hoy *son rebeldes sin causa.* (3-6053)

Evidentemente los querrequitos heredaron al papá, el cual en otra copla hidalguense es un delincuente hecho y derecho:

> Un querreque allá en Tampico
> se mantenía de ratero;
> se encontró con un viejito
> que andaba de carbonero;
> *le robó su carboncito*
> *y todito su dinero.* (3-6041)

El pájaro carpintero, que ha dado pie a deliciosas coplas "albureras", es el gran enamorado:

> El pájaro carpintero
> siempre vive apasionado;
> áhi le responde el jilguero:
> "*Hombre,* vive con cuidado,
> que, *siendo yo carbonero,*
> una *mujer* me ha tiznado". (2-5140)

Aquí presenciamos un encuentro de dos pájaros y, como suele ocurrir en estos casos, aparece primero un pájaro que no habla y en seguida

otro, de especie siempre diferente, que le dice o "responde" tal o cual cosa. ¿Qué es lo que le dice el segundo pájaro al primero? A veces es una declaración de amor:

> Del solar a una garita
> una paloma voló,
> y le respondió el gorrión
> con una voz clarita:
> "¡Qué volar de palomita!,
> ¡cómo la cogiera yo!" (3-6145*c*)[3]

O, de manera aún más humanizada,

> Y en la cumbre de un ocú
> cantaba una primavera,
> y le respondió el pijul,
> diciendo de esta manera:
> "Joven, queriéndome tú,
> aunque tu mamá no quiera". (1-1896)

Otras veces el segundo pájaro lanza una provocación:[4]

> Una calandria en Tampico
> solita se iba embarcando,
> y le gritaba un perico:
> "¡Caray, me la vas ganando!
> Me la ganarás en pico,
> pero en lo ganchudo, ¡cuándo!" (3-6174)[5]

[3] *Cf.* del *Pájaro cú:* "Ya la calandria voló / de un solar para una higuera, / y le respondió el gorrión: / '¡Qué volar de primavera!'" (3-6144); una estrofa suelta: "En la rama de aquel árbol cantaba una tortolita; / le arremedó un gorrión: / '¡Ah, qué muchacha bonita! / Quisiera ser tiburón / para tragármela enterita' " (1-830).

[4] Lo que el segundo pájaro dice puede ser, de hecho, casi cualquier cosa: "El pajarillo hechicero / le dice al madrugador: / 'No mates al carpintero, / porque es el que cuida mi amor'" (3-6149); "En la rama de un limón / un pájaro me ha silbado; / áhi le contestó un gorrión: / 'Todos vengan bien parqueados, / porque dice la canción: / *Ya llegó Juan Charrasqueado*' " (3-6810). Algunas veces se entabla un diálogo entre dos coplas: "En la cumbre de una palma / cantaba el guaquito Chano: / '¡Qué bonita guacamaya / para cantar a su lado!' // La guacamaya contesta: / 'Por toda la serranía/no te acerques, guaco Chano: / me quiero hacer de las mías'" (3-6168).

[5] Misma idea, en 3-6173: "En la jaula de Tampico / un pájaro se paró, / y le respondió el perico: / 'Éste sí que me ganó / a tener más largo el pico, / pero retorcido no' ". *Cf.* "—Quisiera ser pavo real / pa tener plumas bonitas. / Le respondió el cardenal: / —Yo las tengo más bonitas, / yo también pa namorar / no más abro mis alitas" (3-6140).

Pero lo más frecuente, con mucho, es que el pájaro diga una máxima, generalización o consejo:

> Un gorrión en una rama
> estaba dando de gritos;
> le respondió la calandria:
> "¿Por qué lloras, pajarito?
> El que tiene chiche mama,
> el que no, se cría solito". (3-6154)

La vena sentenciosa, tan extendida en el cancionero popular panhispánico, en México se da a menudo asociada al mundo de los pájaros parlanchines:

> Estaba un perico real
> dándole consejo a un loro,
> y decía en su relatar
> que en este mundo hay de todo,
> que hasta para enamorar
> busca el pobre su acomodo. (2-4461)

Citaba Novo el poema *Tristissima Nox* de Gutiérrez Nájera:

> A la voz de la alondra, en los encinos
> los zenzontles contestan: los pinzones
> con las tórtolas charlan en los pinos,
> y en el fresno rebullen los gorriones;

y elogiando al poeta por la "plena abolición" del adjetivo, decía Novo: "En vez de calificar extático *[sic]* pájaros, el poeta los pone a hacer lo que saben, lo que él sabe que saben. Contestan, charlan, rebullen" (130). Cosa curiosa: es eso exactamente lo que hacen los pájaros a cada paso en nuestra poesía folklórica; sólo que ella no se limita a *mencionar* su charla, sino que, reproduciéndola, la convierte en voz.

Surge la pregunta: ¿por qué hablan los pájaros? ¿Por qué se comportan como seres humanos? ¿Será que son sólo hombres disfrazados de aves? ¿Será que las aves cumplen una función metafórica? Veamos una sextilla de San Salvador Huixcolotla, Puebla:

> En estos árboles verdes
> se oye un pájaro que trina,
> y en sus cantos claro dice:
> "¡Qué linda estás Carolina,

para besar tu boquita
y seguirte hasta la esquina!" (1-238)

Aquí se diría que el pájaro que trina, más que pájaro, es el galán enamorado de la tal Carolina; lo sustancioso en la copla se concentraría entonces en su declaración de amor, mientras que los árboles verdes pasarían a ser, a lo sumo, un trasfondo visual de la escena.

Pero, ¿es eso lo que ocurre realmente, aquí y en otros casos? Pienso que en la mayoría de las coplas mexicanas de pájaros, por más que actúen y hablen como seres humanos, no dejan de ser pájaros: *son* una guacamaya pinta, un gorrión de voz clarita y un cuervo llorón; *son* un querreque y los querrequitos. Compárense dos coplas muy parecidas; una dice:

Un gorrión entre claveles
me dijo en cierta ocasión:
"No te creas de las mujeres,
porque las mujeres son redomas de todas mieles
y amantes de la traición". (2-4827)

La otra declara simplemente:

No hay que creer en las mujeres,
porque las mujeres son
cucharas de todas mesas
y validas de la ocasión. (2-4826)

Quienes percibieran como virtualmente iguales esos dos textos tendrían que concluir que el gorrión entre claveles de la primera no le añade nada de importancia. Pero, frente a eso yo arguyo que el gorrión entre claveles es una presencia muy real, de gran relieve, y que, por lo tanto, entre ambas versiones hay una diferencia de peso. Pienso que eso mismo sienten quienes cantan y escuchan las canciones mexicanas y que para nada se les ocurriría prescindir mentalmente de la flora y la fauna que pueblan los comienzos de las coplas.

Porque ya es hora de recordar que en tales comienzos no sólo hay pájaros: también hablan en ellos otros animales favoritos de nuestro folklore y hasta flores, frutos, astros, convertidos todos en mitad seres humanos:

"¡Upa, upa!", dice la tuza
al pie de la mata de caña:
"¡Qué triste se pone el hombre
cuando la mujer le engaña!" (2-4643*a*)

Estando yo recostado
sobre la media arena,
sale un pescado y me dice:
"No siembres en tierra ajena,
porque te ha de costar caro
el querer a esa morena". (2-4696)[6]

Una perfumada rosa
conversó con la azucena,
y también dijo otra cosa:
que toda mujer morena
es simpática y hermosa. (2-4590)

Una naranja madura
le dijo a la verde verde:
"si es cierto que tú me quieres,
¿por qué no has venido a verme?" (1-1383)

La mar canta sus querellas,
el cielo, al oír sus cuitas,
y decía con frases bellas,
con palabras exquisitas:
"Si tú me [das] tus estrellas,
yo te ofrezco mis conchitas". (4-8581)

El universo entero se pone a conversar en las coplas mexicanas. A veces se oyen voces misteriosas:

En una mansión oscura
oí una voz en la altura,
que estas expresiones daba:
"El que ama con más ternura
con desprecio se le paga". (2-4641)

Al pasar por un reloj
yo oí resonar mi nombre,
y me respondió una voz:
"No te asustes, no te asombres,
que la mujer la hizo Dios
para regalo del hombre". (2-4557)

[6] *Cf.* "Estando yo recostado en lo fresco de la arena, oí la voz de un pescado / que le dijo a la sirena: / '¡qué trabajos he pasado / por amar a una morena' " (2-3527). Y véase 3-6183.

Otras veces los locuaces son la sirena, Salomón o Cupido, que en las coplas siguientes prefieren conversar por escrito:

De la mar yo recibí
una carta de sirena
y en la carta me decía:
"Quien tiene amor tiene pena". (2-4592)

Salomón hizo una carta,
la cual era para Cupido,
donde le mandó decir:
"Mi muy estimado amigo,
vale más saber sentir
y no darse por sentido". (2-4703)

Cupido, antes de morir,
me dejó escrito en papeles
que si no quería sufrir
prisiones entre paredes,
que me fuera yo a vivir
donde no hubiera mujeres. (2-4823)[7]

La fantasía de los cantantes no pára ahí, porque

Barrabás le dijo a Gestas,
y por eso no fue santo:
"¡Qué hermosas son las trigueñas!,
¡con razón las quiero tanto!" (1-2596)

Estarán ustedes de acuerdo conmigo en que descalificar como prescindibles esos variadísimos y pintorescos comienzos, silenciar todo ese vocerío y reducir la sustancia de las coplas a la declaración o la generalización en la que desembocan, sería mutilarlas, dejarlas, por así decir, en los puros huesos. Tanto la presencia como la voz de esos animales, plantas y seres fantásticos desempeñan un papel importante en la economía de las coplas. Casi diría yo que en sus comienzos se concentra lo más sabroso, su lado más sensual y gozoso, aunque, sin duda, es la

[7] *Cf.* "Me dio un consejo Cupido / antes que fuera ermitaño: / 'Si te vieres abatido,déjalo de ese tamaño, / que la mujer siempre ha sido / del hombre carta de engaño' " (2-4832); "Cupido me dijo a mí / que no me malbaratara, / que primero andara el mundo / y después que me casara" (2-4677); "Cupido, siendo mi amigo, / sólo un consejo me dio: / que quisiera y que adorara, / pero que rogara, no" (2-4704); "Cupido a mí me regaña / porque a las mujeres quiero: / 'Cabrón, olvida esa maña, / procura tener dinero; / mujer donde quiera se halla'" (Henestrosa, 168; *cf. CFM*, 2-4821).

combinación de las dos partes, la visual-auditiva y la discursiva, lo que les da su gracia, su "chiste", a muchos de esos poemitas. A veces lo más divertido es que tal o cual animal o personaje diga precisamente lo que dice: que a Barrabás se le ocurra confesarle a Gestas su afición por las trigueñas; que el pequeño perico le diga a la gran águila imperial parada en la torre. "¿Qué te podrá dar un rico / que yo no te pueda dar?" (2-3247); que el idílico jilguero adopte un tono tabernario, diciendo "que siendo yo carbonero, / una mujer me ha tiznado" (2-5140)... ¿No tendría esto en mente Gabriel Zaid cuando, en la hermosa reseña que hizo del *Cancionero folklórico de México,* escribió: "es una maravilla para leer", "las coplas que reúne son un verdadero tesoro de la poesía mexicana" (35)?

La imaginación fabuladora

Si bien lo miramos, las coplas que hemos venido citando nos sitúan en plena imaginación fabuladora. Indiferente a la verosimilitud o en rebeldía contra ella, el poeta inventa escenas, situaciones que se le ocurren y que lo divierten:

> La golondrina en el viento
> platica con el avión,
> le cuenta los sentimientos
> que abriga su corazón. (3-6060)

¿Por qué no? Otro coplero imagina la siguiente experiencia:

> Viniendo de mar afuera,
> me encontré un viento muy fiero;
> vide venir la sirena
> navegando por'l estero,
> cantando esta "Petenera"
> y hablándole a un marinero. (3-5974)

La imaginación huye de la tierra: levanta el vuelo, busca las alturas, se desplaza hacia las lejanías, se sumerge en las profundidades del mar:

> Donde habita una sirena
> hay una hondura en el mar;
> un marinero, al pasar,
> víspera de Nochebuena,
> dice que la oyó cantar
> "La pena y la que no es pena". (3-5977*a*)

Todo es posible en esos ámbitos; hasta las apariciones milagrosas:

En una nube azuleja
áhi vide a mi amor llegar:
llegando, me dio una queja:
que no hay que demorar
con amor que no empareja. (2-4711)

Cuando escuchamos y cantamos esas coplas, generalmente ni cuenta nos damos de la irrealidad en la que nos colocan. ¿Acaso sabemos lo que estamos diciendo cuando cantamos:

L'águila, siendo animal,
se retrató en el dinero;
para subir al nopal
pidió permiso primero (3-6043)?

Si nos detenemos a analizar esta famosa copla, debemos confesar que no entendemos nada: ¿por qué, siendo animal, el águila fue y se tomó la foto? ¿Por qué "se subió" al nopal, si se supone que llegó a él volando? Y sobre todo, ¿a quién o por qué tuvo que pedirle permiso? Si no tiene otro misterio —por ejemplo, que ya estuviera de por medio el congreso estadounidense—, detrás de esta copla adivinamos a un inventor burlón, que fabula a su arbitrio y nos lleva tras sí.

Lo que las coplas folklóricas mexicanas relatan una y otra vez son sucesos tan imaginarios como fantasiosamente divertidos, de doble sentido unas veces, inocentes otras:

Desde Veracruz salió
una ballena arponeada;
cuando a Tampico llegó
le dijo al pez de espadas:
"Ya la sirena cantó
y una preciosa tonada". (3-5976)

En la medianía del mar
le dijo Cupido a Venus:
"De un rayo te escaparás,
pero de mí, lo veremos". (2-4354*a*)

Los sones jarochos y los sones huastecos constituyen un campo fecundo para estas fabulaciones. Hay uno, bien conocido, de la Huasteca hidalguense y potosina, *El caimán,* que es una mina de mezclas curiosísimas:

El caimán cuando soltero
era muy enamorado,
y como tenía dinero,
nunca era despreciado;
se mantenía en el estero
comiendo puro pescado. (3-5987)

El caimán que no es de acuerdo
donde quiere ha de perder;
yo lo vide en el Mar Negro
y a aquello de amanecer,
peleándose con el suegro
por culpa de la mujer. (3-6028)

Yo me embarqué en un chalán
pa saber a la Huasteca,
y al pasar el río Jordán
me dijo una chichimeca;
"Por aquí paso el caimán
con una patita chueca". (3-5766)

Decía Jacques Le Goff que "lo maravilloso compensa la trivialidad y la regularidad cotidianas" (14). En el folklore poético de nuestro país "lo maravilloso" se da sobre todo en esas disparatadas fantasías que, por un momento, permiten a trovadores, cantantes y escuchas inventar la vida, lanzar el vuelo hacia dimensiones que los alejan de la prosaica y muchas veces miserable existencia de todos los días. Recuerdo a este propósito un diálogo náhuatl, del año 1490, en que el señor de Huexotzinco, Tecayehuatzin, pregunta "cuál puede ser el significado más hondo de flor y canto", o sea, de la poesía y su música. Los invitados, maestros de la palabra, van contestando, y uno de ellos dice lo siguiente, en la traducción de Miguel León-Portilla:

> flor y canto es, al igual que los hongos alucinantes, el mejor medio para *embriagar a los corazones y olvidar aquí a la tristeza* (León-Portilla, 122).

He dicho antes "disparatadas" fantasías, y es que las mezclas estrafalarias que hemos venido viendo tienen mucho que ver con una antigua tradición europea: la del género que en la España del siglo XVI se llamó *disparate* y en la Francia medieval y renacentista, *fatras* o *fatrasie.* Se trata de una poesía dominada por lo irracional y lo absurdo, que rompe con los modelos literarios canónicos, deleitándose en el *non-sense,* en el *sin sentido.* La han estudiado el gran medievalista Paul Zumthor y, para España, Blanca Periñán. El *disparate* español, que parece haber

surgido con Juan del Encina, floreció en el siglo XVI, y tuvo varias modalidades: la descripción de una "serie infinita de disparatados objetos" (Periñán, 61) puestos en venta o enumerados en un testamento; la enumeración caótica de perogrulladas; la narración de sucesos fabulosos, como de "mundo al revés", que muchas veces, con un *vi, vide...*, el narrador afirma haber visto él mismo, etcétera. Varias de esas modalidades sobrevivieron en el folklore de los países hispánicos, y en México tenemos, por ejemplo, las fantásticas bodas de animales, como aquella extensa del huitlacoche con la urraca famosa, o la condensada en una sextilla que se cantaba en Tamazunchale con el son de *El Caimán:*

> El caimán ya está muy viejo,
> pero así se anda casando;
> orillas de un pueblo viejo
> la boda está festejando;
> en la casa del cangrejo
> las jaibas están guisando. (3-6029)

La poesía popular mexicana tiene especial preferencia por las historias de animales absurdas e hiperbólicas (Magis, 293), con o sin la fórmula *vide.*[8] Me interesa ahora especialmente una glosa en décimas publicada por nuestro gran folklorista Vicente T. Mendoza. El pie dice "Me dio un perro una mordida, / un burro me dio una coz, / mi mujer se fue con otro: / ¡sea por el amor de Dios!" Y una parte de la glosa reza:

> —Un burro me dio una coz,
> decía cierta golondrina,
> y un macho cabrío le dice;
> —¡Quién te manda ser catrina! [...]
>
> —Amigo, no tenga afán,
> le dice una guacamaya,
> yo también me encuentro triste,
> porque no tengo pitaya. [...]

[8] Como esta glosa en décimas, de una hoja suelta: "Yo vide a un triste zancudo / una torre fabricando; / con su azadón en la mano / estaba desquelitando. // Vide un mayate escribiendo / en una boda una noche, / vi cantar a un cuitlacoche / con las alitas bullendo; / vide una liebre moliendo / en un cuarto muy oscuro; / también, guisando menudo, / una rana en su cazuela, / cantando con su vihuela / *yo vide a un triste zancudo*" (Mendoza, 1947, p. 574). Reproducido en el *CFM*, t. 4, p. 290, núm. 124. *Cf.*, en *CFM*, 3-5956, "A la medianía de un llano / vide aullando un coyote; / le dije: 'Animal tirano, /¿por qué no te vas al trote? / Tú no tienes quién te arree / ni tienes quién te eche azotes'".

—¡Sea por el amor de Dios!,
exclama un quebrantahuesos,
y un gavilán riendo dice:
—Como máiz [y] tengo pesos.
—Dame mi pico, mis besos,
una tórtola decía
a un orangután que entonces
tocaba la chirimía;
y de toda esta monserga
una pípila reía.
(Mendoza, 1957, 306-308)[9]

En el *disparate,* afirma Blanca Periñán, "los animales se intercambian cualidades y acciones [...] o cumplen funciones propias de seres humanos" (45) y "todo aparece mezclado, revuelto" (44); porque el *disparate* es "una forma literaria de la locura": "la locura del mundo se refleja [...] en las locuras del texto; las desinhibitorias transgresiones de la lógica desatan una eclosión de la fantasía" (43-44).

En México, las coplas locas de animales, sirenas, cupidos no llegan generalmente al absurdo total; pero lo que las define sí es la "eclosión de la fantasía" característica del antiguo *disparate* hispánico y europeo. Ahí, sin duda, están sus raíces, o más bien, parte de sus raíces; la otra parte hemos de buscarla en otro lado.

Las canciones populares de España, de Portugal, de los países iberoamericanos —y vuelvo al tema principal de nuestra charla— presentan pajarillos, con funciones parcialmente parecidas a las que hemos visto en México.[10] Por algo nos suenan familiares estrofas como éstas, recogidas en la provincia española de León:

[9] Recogido en *CFM,* t. 4, p. 292, núm. 127. Véanse ahí mismo las historias de animales números 121 a 123, 125, y 128 a 135. Véanse también Mendoza, 1947, pp. 519-520, 570-571, y Magis, pp. 292-294.

[10] También aparecen en todas partes las aves en funciones y contextos que, por la economía de este discurso, no menciono aquí: el pájaro como mensajero, por ejemplo, o el ave de presa que la hace de enamorado jactancioso y machista "—Soy una gavilán de gusto / en cosas del corazón: / a la polla que le busco / se enferma del corazón o se amansa con el susto" (1-2722 *bis;* véase Magis, núm. 1887); este último tipo de coplas es muy frecuente en México y deriva a menudo en los característicos juegos de dos sentidos o "albures": "Soy pájaro pinto y pardo / que [en] los tomillos me siento; / las maduras me las como, / las verdes las echo al viento; / a veces la picoteo, / para el que sea más hambriento" (Henestrosa, 169). Véase el estudio pionero de Chencinsky. En todos los países encontramos el esquema "Quisiera ser pajarito para..." (Magis, núms. 2410, 2418, 2419) —aunque es verdad que no me he encontrado en otros lugares con la extravagante fantasía de: "Quisiera ser guacamaya, / pero de las más azules, / para pasearme contigo / sábado, domingo y lunes. // Quisiera ser guacamaya, / pero de las verdes, verdes, / para sacarte a pasear / sábado, domingo y viernes... " (1-804*a*, 807).

El pajarito en las flores
ya cantaba y ya decía:
"En el juego del amor
no se gastan fantasías".
Vuela, vuela la paloma
por encima el palomar,
y en su lenguaje decía:
"¡Vivan los de este lugar!"
(Manzano, I, 2: 369 y II, 2: 49)

O véanse éstas, de La Rioja, Argentina:

Una palomita
en el palomar
le dijo al palomo;
"Vamos a volar".

Un jilguero apasionado
se lo pasaba cantando;
por culpa'e una golondrina
ahora vive llorando.
(Magis, números 1835, 1836)

En materia de pájaros tenemos, pues, una base heredada del folklore hispánico. Sin embargo, por lo que he podido ver, en otros países de habla española y portuguesa casi siempre las aves se nos presentan, no con su propia identidad de pájaros, sino como clara metáfora del hombre o de la mujer,[11] y además el repertorio de pájaros y de situaciones protagonizadas por ellos es mucho más limitado. Ciertamente, en la Península Ibérica no existe, ni de lejos, la enorme abundancia y variedad de coplas con pájaros que hemos podido comprobar en el folklore poético mexicano, ni el relieve y la personalidad que en ellas tienen las aves, ni el regodeo en sus colores. ¿Cómo explicar todo esto?

Parece que no hay más que una explicación posible: la herencia indígena. Aquí vienen en nuestro auxilio dos miembros ilustres de esta Academia, en cuyas obras comprobamos que en los antiguos cantares mexicanos "las aves y las flores [tuvieron] un papel predominante" (Horcasitas, 557), asociadas casi siempre a la poesía y al canto. Cito del

[11] Véase esta admirable cuarteta cantada en la provincia de Madrid: "Eres paloma torcaz / que anda por los olivares, / y yo soy el alcotán / que me muero por tu sangre" (García Matos, 2: 110).

poema, traducido por el padre Garibay, que León-Portilla editó con el título *Principio de los cantos.* Habla el cantor:

Consulto con mi propio corazón:
¿Dónde tomaré hermosas fragantes flores?
[o sea, poemas, cantares]
¿a quién lo preguntaré?
¿Lo pregunto, acaso, al verde colibrí reluciente,
al esmeraldino pájaro mosca? ¿lo pregunto,
acaso, a la áurea mariposa?
Sí, ellos lo sabrán: saben en dónde abren sus
corolas las bellas olientes flores.
[...]
Aquí sin duda viven: ya oigo su canto florido,
cual si estuviera dialogando la montaña;
aquí, junto a donde mana el agua verdeciente
y el venero de turquesa canta entre guijas,
y cantando le responde el sensonte, le responde
el pájaro-cascabel,
y es un persistente rumor de sonajas el de las
diversas aves canoras...
(León-Portilla, 122-123)

Del cantar intitulado *Las aves sagradas:*

De donde arraiga el Árbol Florido [...]
venís acá, aves áureas y negras,
venís, aves pardas y azules,
y el maravilloso quetzal.
Todas venís desde Nonohualco:
país junto al agua, los que sois aves preciosas
del Vivificador.
Sois creaturas suyas.
Venís acá, aves áureas y negras,
venís, aves pardas y azules
y el maravilloso quetzal.

Del florido azulejo el penacho está allí [...]
Ya te despiertan tus preciosas aves,
ya te desmañana el dorado tzinizcan,
el rojo quechol [la guacamaya] y el pájaro
azul que amanece gritando.
Hacen estrépito las aves preciosas,
que llegan a despertarte.
El dorado zacuan y el tzinizcan,

el rojo quechol y el pájaro azul que amanece
gritando (125).

Las representaciones prehispánicas y el teatro náhuatl del siglo XVI convertían en espectáculo visible lo que en los cantares era visión audible. A base de muchos testimonios describía Fernando Horcasitas los bosques artificiales de ese teatro: entre "montañas, rocas, ríos, bosques, desiertos, nubes y peñones"; entre árboles, plantas y flores de todo tipo; junto a "coyotes, ocelotes, conejos, liebres, perros, venados, culebras", "hay *lechuzas, halcones, cuervos, pericos, aves de rapiña, pavos monteses, pajaritos pequeños*", ya naturales, ya de oro y plumería (111). Debemos imaginarnos el múltiple, riquísimo, colorido de todo ello y la polifonía de los pájaros...

No es cuestión aquí de los funestos pájaros agoreros de que nos habla Sahagún y que ha recogido Alfredo López Austin en sus *Augurios y abusiones*, sino de pájaros multicolores y bullangueros asociados a ciertas fiestas y celebraciones rituales. Son éstos también los que aparecen en el llamado *Monólogo de travesuras*, que, al decir de León-Portilla, "recoge los dichos de un cómico o especie de bufón", que se iba "poniendo diversas máscaras", de hombre, de mamíferos y de aves, según las iba nombrando (242-243). He aquí algunos pasajes de este texto apasionante:

Mi gran jefe, llego: yo vengo a reír.
Soy cara traviesa, flor es mi canción.
[...]
En pie está el Árbol Florido [...]
Hemos venido en la entrada de la lluvia del
dios único,
en sus ramas andas tú, Faisán Precioso,
andas cantando: Iyao, iyao jama jama joy.
Me responde: Mi casa está llena de rumores,
y yo estoy bailando delante de los hombres;
Aya, jojo huehue an.

[...] Yo soy el cara traviesa,
soy tordo de cuello rojo y ya grita mi cantar:
jojojon jojojon [...]
[...]
[...] Soy ave quetzal y vengo volando,
entre pasos difíciles vengo de junto a la guerra.
Soy precioso tordo de rojo cuello,
vengo volando: vengo a convertirme en flor,
yo en Conejo ensangrentado.

[...]
Vengo ya, otra vez vengo,
soy el Loro parlanchín. Ya canto:
oíd mi canto que lo estoy esparciendo,
ya parloteo con mi sobrino [...]
Soy el Loro parlanchín: allá voy a tomar mi canto...
(León-Portilla, 265-267)

Metiéndonos en ese mundo poético, atisbamos imágenes que pudieron quedar resonando en el interior de quienes, después del siglo XVI, han mantenido vivas muchas de sus antiguas tradiciones. Es importante tener en cuenta que las coplas que hoy se cantan en todo el mundo hispánico no se remontan más allá del siglo XVIII, o, si acaso, de la segunda mitad del XVII. Sería entonces cuando comenzarían a penetrar en ese género popular hispánico los ecos de aquel exuberante pulular de aves de las culturas indígenas; los recuerdos remotos del verde colibrí, de las aves pardas y azules, la roja guacamaya, el precioso tordo de cuello rojo que grita al cantar, las reminiscencias del loro parlanchín, que contagió a sus congéneres con su elocuencia, haciendo brotar un "estrépito de las aves preciosas". Ahora esas aves se pondrían a hablar en la nueva lengua y en un molde poético importado de España. Híbridos de ave y ser humano, los pájaros del folklore poético mexicano lo son también de dos culturas, que, en ellos, se conjugaron asombrosamente.

Con ésta, y no digo más,
como dijo un pajarito;
ya me voy a retirar:
ya los divertí un ratito... (3-7693)

Bibliografía de obras citadas

Chencinsky, Jacobo, "El mundo metafórico de la lírica popular mexicana", *Anuario de Letras* (México), 1 (1961), pp. 113-147.

Frenk, Margit, coordinadora, *Cancionero folklórico de México*, 5 vols., México, El Colegio de México, 1975-1985. [Vol. 1: *Coplas del amor feliz*, 1975; reimp. 1986. Vol. 2: *Coplas del amor desdichado y otras coplas de amor*, 1977; reimp. 1986. Vol. 3: *Coplas que no son de amor*, 1980. Vol. 4: *Coplas varias y varias canciones*, 1982. Vol. 5: *Antología, glosario, índices*, 1985.]

García Matos, Manuel, *Cancionero popular de la Provincia de Madrid*, Ed.

Marius Schneider y José Romeu Figueras, 3 vols., Barcelona-Madrid, CSIC, Instituto Español de Musicología, 1952.

HENESTROSA, Cibeles, *Las canciones que cantaba mi papá, Andrés Henestrosa*, México, Aseguradora Hidalgo, 1993.

HORCASITAS, Fernando, *El teatro náhuatl. Épocas novohispana y moderna*, primera parte, pról. Miguel León-Portilla, México, UNAM, 1974.

LE GOFF, Jacques, "Lo maravilloso en el Occidente medieval", en *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, trad. Alberto L. Bixio, 2a. ed., Barcelona, Gedisa, 1991, pp. 9-24.

LEÓN-PORTILLA, Miguel, ed., *Literatura del México antiguo. Los textos en lengua náhuatl*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, ed., *Augurios y abusiones*, México, UNAM, 1969.

MAGIS, Carlos Horacio, *La lírica popular contemporánea: España, México, Argentina*, México, El Colegio de México, 1969.

MANZANO, Miguel, *Cancionero leonés*, 6 vols., León, Diputación Provincial, 1988-1991.

Memorias de la Academia Mexicana.

MENDOZA, Vicente T., ed., *La décima en México. Glosas y valonas*, Buenos Aires, Instituto Nacional de la Tradición, 1947.

——, ed., *Glosas y décimas de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

NOVO, Salvador, *Las aves en la poesía castellana. Discurso leído ante la Academia Mexicana correspondiente de la Española, el día 8 de septiembre de 1952* [...], Contestación del académico de número Carlos González Peña, México, 1953.

PERIÑÁN, Blanca, *Poeta ludens. Disparate, perqué y chiste en los siglos XVI y XVII. Estudio y textos*, Pisa, Giardini, 1979.

Zaid, Gabriel, "Sobre el *Cancionero folklórico de México*", en *Diálogos* (México), núm. 81 (mayo-junio de 1978), pp. 33-35.

RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO EN LA ACADEMIA MEXICANA DE DOÑA MARGIT FRENK

Por MANUEL ALCALÁ

Señor director de la Academia Mexicana, don José Luis Martínez,
señora académica,
señores académicos,
señoras y señores:

I

Con una piedrecilla blanca debe marcarse esta sesión en la cual ingresa a la Academia Mexicana doña Margit Frenk. Que con un *calculus albus* señalaban los romanos los días o los acontecimientos faustos. Y éste lo es para nuestra Academia, pues a lo grato de todo ingreso de un nuevo académico se añade al de hoy el que sea una dama quien pase a ocupar la silla XXIV.

Esa piedrecilla blanca la ponemos también porque la nueva académica es la tercera mujer que honra a nuestra corporación.

II

Doña Margit Frenk obtiene su maestría en letras en nuestra Universidad Nacional y su doctorado en lingüística y literatura hispánicas en El Colegio de México. Entre ambos grados sigue cursos en Bryn Mawr College, en la Universidad de California en Berkeley, donde alcanza una maestría en artes, en la Sorbona y en el Collège de France. Como yo llegué a enseñar a Bryn Mawr un año después de que abandonó sus aulas, tuvo la buena fortuna de no padecerme en alguna de ellas. En cambio, entre los grandes maestros que la han formado sobresalen "dos Maestros con M mayúscula" —lo afirma ella misma—: José F. Montesinos y Raimundo Lida.

Desde hace 27 años enseña en la Facultad de Filosofía y Letras de

nuestra Universidad. De 1986 a 1994 fue coordinadora del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la misma casa de estudios.

Otras instituciones han tenido la buena fortuna de contar con ella en su cuerpo docente: la Universidad de California —dos años en el campus de Berkeley y, posteriormente, cinco en el de San Diego—; el Mexico City College y el Middlebury College de Vermont; las universidades de Heidelberg, Harvard y Hamburgo.

Además, ha dado cursillos y conferencias en México, los Estados Unidos, España, Gran Bretaña, Japón, Filipinas y la India.

Es coordinadora de la *Revista de Literatura Mexicana* que publica el Centro de Estudios Literarios del antes mencionado Instituto de Investigaciones Filológicas. Y todavía se da tiempo para participar en los consejos de redacción del *Bulletin of Hispanic Studies,* de Liverpool; de *Ibero-Romania,* de Tübingen —Tubinga en nuestra lengua—; de *Romance Philology,* de Berkeley; del *Journal of Hispanic Philology,* de Florida; del *Journal of Hispanic Research,* de Londres y, en México, de *Medievalia.*

III

A mediados del siglo XIV, el rabí don Sem Tob del Carrión escribía aquello de:

> Quanto más va tomando
> con el libro porfía,
> tanto irá ganando
> buen saber toda vía.
> [...]
> Por ende tal amigo
> non hay como el libro:
> para los sabios, digo,
> que con los torpes non libro.

Gran lectora y sabia, que no torpe ni bibliófaga, doña Margit Frenk libró bien. En efecto, no se atiborra de lecturas sin ton ni son. Lleva siempre como brújula aquella gran verdad que dejó asentada Ortega y Gasset, en París y en mayo de 1935, al final de su discurso inaugural ante el Congreso Internacional de Bibliotecarios. A saber, que "cuando se lee mucho y se piensa poco el libro es un instrumento terriblemente eficaz para la falsificación de la vida humana".

La nueva académica, con sus ricas lecturas de libros y manuscritos, no ha falsificado su vida ni las de sus lectores. Antes bien, las ha enri-

quecido con la sabiduría que da el asiduo y prudente comercio con lo escrito. Lo leído por ella ha tomado cuerpo en más de un centenar de libros originales o traducidos del alemán y del inglés; de estudios, ensayos y reseñas. Los libros salen de editoriales mexicanas, españolas, inglesas, alemanas, venezolanas, argentinas. Revistas de México, España, Alemania, Gran Bretaña, Francia, Italia, el Canadá, Venezuela, Santo Domingo, Puerto Rico, los Estados Unidos dan acogida a sus estudios, ensayos y reseñas.

Mentecatez sería el dar aquí su nómina. El discreto e interesado lector la puede consultar en las tres columnas —de apretada letra— que dan las páginas 221 y 222 del tomo segundo del *Diccionario de Escritores Mexicanos.* Salió este año al cobijo de nuestra Universidad Nacional Autónoma. Y tiene todavía en prensa varios libros y estudios en México, España, Francia, los Estados Unidos, Italia, Alemania y la Argentina.

IV

Con todo, doy tres botones de muestra.

El primero. Después del descubrimiento de las jarchas mozárabes por el desaparecido hebraísta Samuel Miklos Stern, cuyo nombre "queda inscrito con letras de oro en la historia de la literatura española" como con justicia afirmó Dámaso Alonso; después de los estudios del hebraísta José María Millás Vallicrosa, del arabista Emilio García Gómez, de Ramón Menéndez Pidal, de Dámaso Alonso, de Theodor Frings, de Leo Spitzer, parecía que todo estaba dicho al respecto.

Pues no. Doña Margit Frenk nos da en 1954 una extensa reseña sobre el libro de Stern en la *Nueva Revista de Filología Hispánica.* Pero antes, en 1952 y 1953, había publicado en esa misma revista y en *Cuadernos Americanos* sendos estudios sobre las jarchas. Sigue con el tema en el telar y en 1975 —con reimpresión 10 años después— El Colegio de México le publica *Las jarchas mozárabes y los comienzos de la lírica románica.* Libro que ha merecido encomiásticas reseñas de Richard Hitchcock, de Reinhold Kontzi, de Walter Mettmann, de Frank H. Nuessel, Jr., de Robert Ter Horst; muy especialmente, del profesor Peter Dronke de la Universidad de Cambridge, autor de *The Medieval Lyric* que en Londres y en 1868 le publicó Hutchinson. Afirma él que en ese libro "se nos da la exposición más sensible y más autorizada hasta ahora sobre el problema de las jarchas". Tal afirmación puede leerse en el tomo I de 1984 de *El Crotalón, Anuario de Filología,* que se publicaba en Barcelona.

Pero doña Margit Frenk no da de mano su interés por las jarchas. Para el *Diccionario de literatura española e hispanoamericana,* que cataloga

más de 50 000 títulos y que acaba de publicar Alianza Editorial en Madrid, contribuye con un estudio sobre jarchas y lírica popular.

Lírica popular que es el segundo botón. *La lírica popular en los siglos de oro,* tal fue el tema de una tesis suya en 1946. Fiel a ello, ha seguido dándonos primores en varios libros y estudios recogidos en México, España, la Argentina y el Canadá.

No puedo dejar pasar en silencio su *opus magnum:* el *Corpus de la antigua lírica popular hispánica, siglos XV* a *XVIII,* que sacó a la luz la editorial Castalia de Madrid en 1987 y reeditó en 1990. La misma editorial le publicó el año último un *Suplemento. Suplemento* que no he podido ver. Recoge el *Corpus,* en sus 1 244 páginas, 2 383 textos castellanos, gallegos, catalanes y portugueses. Y ellos acompañados de un nutrido aparato crítico, a la vez que de una amplia información complementaria, con una erudita introducción de 58 páginas. Por ello, nada menos que Rafael Lapesa hace hincapié en "lo ingente de la bibliografía manejada, en el rigor con que registra las diversas versiones, en la insuperable exposición y, sobre todo, en la perfecta organización, fruto de una mente privilegiada". Eso y más dice en la reseña que publicó en el número 19 de noviembre de 1988 de la madrileña revista *Saber leer.* El título de la reseña: "El mundo de la antigua lírica popular hispánica en orden suyo y nuevo".

Tercer botón de muestra: los cinco volúmenes que de 1975 a 1985 editó El Colegio de México con el título de *Cancionero folklórico de México.* Varios fueron los colaboradores, pero el alma, doña Margit Frenk. Nuestro colega, el académico don Gabriel Zaid publicó en las páginas 33 a 35 del número 81 de *Diálogos* (mayo-junio de 1978) una reseña sobre los primeros tomos. Insiste en la seriedad crítica; en que nunca se había tratado así a la poesía popular de México. Dice que es un documento historiográfico y una maravilla para leer, pues no hay página por donde se abra el *Cancionero* que no dé placer.

V

Esta erudita charla de pájaros con que nos ha regalado la nueva académica está en la buena compañía —por el contenido y el buen decir— de lo escrito por un mexicano, un español y un chileno.

Como la nueva académica dejó dicho, Salvador Novo escogió por tema de su discurso de ingreso en la Academia Mexicana en 1952 *Las aves en la poesía castellana.* Al año siguiente lo recogió en el número 10 de la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica. Algún posible menguado lector de ambos discursos —cuando se publi-

que el que acabamos de escuchar— podría aventurarse a hablar de plagio de tema. Ello sería mezquindad imperdonable, pues no hay tal plagio. Yo diría —sacando un poco de su contexto aquello tan conocido de Leibniz—que es mera "armonía preestablecida". Sé por conversación con la autora que sólo cuando estaba escribiendo su discurso conoció el del autor de la *Nueva Grandeza Mexicana.*

Otra "armonía preestablecida" la hallo con *Los pájaros en la poesía española* de José Manuel Blecua Teijeiro. Trabajó él con entusiasmo en la selección de los textos antológicos y en el prólogo. En éste juntó doctrina, nunca farragosa, y acertada orientación del gusto. Al igual lo ha hecho la mexicana, gran conocedora de la lírica hispánica, tanto la culta como la popular.

Y una tercera "armonía preestablecida" la veo con el encantador *Arte de pájaros* de Pablo Neruda. "Poeta pajarero" se llama a sí mismo en uno de los versos. La editorial Losada de Buenos Aires publicó en 1973 una preciosa edición de homenaje póstumo al Premio Nobel. Va enriquecida con ilustraciones de Julio Escámez y de Héctor Herrera. Quiero pensar que doña Margit Frenk hará suyos estos versos del poeta de la Isla Negra:

> Por eso yo profeso
> la claridad que nunca se detuvo
> y aprendí de las aves
> la sedienta esperanza,
> la certidumbre y la verdad del vuelo.

Impertinencia mía sería glosar el discurso. Sólo lograría matar el buen sabor que nos ha dejado. Únicamente quiero recordar lo atinado de la comparación con canciones populares de España, de Portugal y de los países hispanoamericanos. Señalar también la importancia del entronque que estableció con la poesía indígena y de la verdad que dijo al terminar: "Híbridos de ave y ser humano, los pájaros del folklore poético mexicano lo son también de dos culturas que, en ellos, se conjugan asombrosamente".

VI

Varias distinciones se le han ofrecido a la nueva académica. Fue becaria de la John Simon Guggenheim Foundation. Desde 1987 es "Investigadora Nacional, nivel III" del Sistema Nacional de Investigadores y, desde 1993, investigadora emérita del propio Sistema. Se la ha honrado

con la presidencia de la Asociación Internacional de Hispanistas. También es miembro de la Asociación Internacional Siglo de Oro, de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina. Es "Honorary Senior Research Fellow" del Institute of Romance Studies de la Universidad de Londres y, a partir de 1991, miembro correspondiente de la British Academy. En 1989, con José Amezcua y Evodio Escalante como editores, la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Autónoma Metropolitana publicaron en coedición el volumen de *Homenaje a Margit Frenk*. Fue un homenaje en reconocimiento a su labor de más de 40 años en el campo de la filología hispánica.

Su sólida y amplia cultura, sus virtudes humanas e intelectuales le abrieron el 28 de enero de este año las puertas de nuestra casa como académica electa. Esta noche, por el docto y ameno discurso, es la académica de número que ocupa la silla XXIV, honrada antes por Mauricio Magdaleno.

Muy grato es para mí decir a doña Margit Frenk, a nombre de todos sus colegas, que había un vacío en la Academia Mexicana. Vacío que ella ayuda a llenar. Los académicos todos nos congratulamos por su ingreso y le damos una cordial acogida.

Bienvenida, Margit.

LOS ESTUDIOS CERVANTINOS DE JOSÉ GAOS*

Por FERNANDO SALMERÓN

Señor director de la Academia Mexicana,
señores académicos,
señoras y señores:

Vengo a esta casa agradecido por la generosidad de los amigos que propusieron mi nombre y la benevolencia de los señores académicos que me aceptaron como miembro de número. Gracias a todos ellos he tenido ocasión por un tiempo de acudir a las sesiones de trabajo de la Academia. En ellas he hallado la grata compañía de un grupo selecto de personas a quienes une, por sobre todas las cosas, el amor al lenguaje. No diré, sin embargo, que el gozar de este privilegio contribuyó al retraso en la preparación de esta lectura, pero sí que de algún modo aligeró la carga de conciencia para dejar que los plazos de otros compromisos universitarios alcanzaran, con su propio ritmo, a coincidir con las materias de que ahora voy a tratar.

He sido llamado a ocupar la silla número XXXII que perteneció a don Salvador Novo; para la que fue electo en 1980 don Felipe Teixidor y, posteriormente, don Gonzalo Báez Camargo, quien la ocupó hasta su fallecimiento en 1983. Antiguo alumno de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional, Báez Camargo fue un hombre de variadas facetas intelectuales, entre las que no estuvo ausente la cátedra universitaria. Dos disciplinas, en esta actividad, atrajeron su atención de manera más permanente: el estudio de las religiones y la literatura. En el Seminario Evangélico de la ciudad de México fue profesor de pensamiento bíblico y de lengua hebrea; y en la Universidad Iberoamericana su cátedra llevaba el título de "Cervantes y el *Quijote*". En cuanto a géneros literarios —ya con su propio nombre, ya con el de Pedro Gringoire, su pseudónimo más conocido—, los cultivados por Báez Camargo no fueron menos variados: desde la poesía religiosa, la traducción o el comentario bíblico, hasta el ensayo político, el estudio literario o histórico, la

* Versión abreviada de la leída en sesión pública efectuada el 19 de mayo de 1994.

creación teatral o la crítica de la gramática. A veces en forma de libro, pero con más frecuencia en el ensayo independiente, los trabajos de este miembro de la Academia lograron, en su momento, reconocimientos sobresalientes que no es indispensable recordar aquí.

Hay otra empresa de Báez Camargo, en cambio, que hasta donde yo sé no ha recibido ninguna atención: la edición de la revista *Luminar,* cuyo significado en la vida cultural mexicana de la década de los años cuarenta espera todavía ser investigado. A esta empresa estuvo asociado mi maestro José Gaos, también un estudioso de Cervantes y de *El Quijote,* de cuyos escritos voy a ocuparme ahora, no sin antes decir en qué consistió esa asociación. Gaos se refiere con elogio a *Luminar* en su libro *Filosofía mexicana de nuestros días,* y llama la atención sobre los números extraordinarios que la revista dedicó a dos de los movimientos filosóficos contemporáneos. Pues bien, de uno de esos números monográficos, Gaos fue director huésped —no solamente colaborador—. En este número publicó un artículo notable, muestra señera de su trabajo filosófico, que marca su distancia frente a algunas tesis fundamentales del existencialismo.

Pero es sabido que la obra de Gaos, además de discutir la filosofía contemporánea y de proponer la propia, prestó especial atención al pensamiento de lengua española y a la manera en que este pensamiento se inserta en la historia universal de las ideas. Y desde esta perspectiva fue también un estudioso de Cervantes —es el aspecto de su obra del que voy a ocuparme ahora—. A partir de algunas noticias sobre los escritos de Gaos en torno a *El Quijote* —una conferencia, una lección de un curso y un ensayo inédito—, intentaré establecer cuál era su manera de leer a Cervantes y cuál la justificación filosófica de esa lectura que se hace explícita en sus propias páginas. Pero los límites de tiempo me obligan, esta tarde, a tratar solamente de dos textos: el primero y el último —y a eliminar muchos pasajes de lo que tengo escrito—.

La primera publicación de Gaos sobre estas materias es "El Quijote y el tema de su tiempo", una conferencia leída en 1947, dentro de un ciclo de homenaje a Cervantes. No se trataba, sin embargo, de una improvisación de centenario —según nos dice él mismo—, sino del resumen de los apuntes de nueve lecciones sobre *El Quijote,* escritos para un curso sobre "los orígenes de la filosofía y el mundo moderno", dictado el año escolar de 1941. Esas lecciones tampoco respondían a una preocupación ocasional: eran el desarrollo de ideas oriundas de los años de estudiante de Gaos en Madrid, en las que vino a confirmarse después con la lectura de otras "interpretaciones ideológicas" de *El Quijote* del tipo de la suya propia.

Para aclarar en qué pueda consistir esta interpretación, trataré de

centrar la atención en el texto mismo de la conferencia, pero sin dejar de tomar en serio la declaración acerca de que se trata de ideas que proceden de los años de estudiante en Madrid, a cuya universidad llegó Gaos —para estudiar con Ortega y Gasset—, precisamente en 1923, el año de publicación de *El tema de nuestro tiempo.* A este libro y no a las *Meditaciones del Quijote,* como parecería más indicado, pertenece la única cita de Ortega que acude en el escrito de Gaos. La cita, sin embargo, no tiene que ver con la obra de Cervantes, sino con el sentido de la expresión orteguiana que da nombre al libro de 1923 y así permite explicar el título de este primer escrito cervantino de Gaos y descubrir la intención de su búsqueda: establecer la relación entre *El Quijote* y "el tema" de su tiempo.

Pero hay una segunda cita en este primer estudio cervantino, que permite seguir una pista mejor en cuanto a la manera de acercarse a *El Quijote,* válida también para otros acontecimientos de la historia de la cultura. A propósito de que las grandes obras suelen dar expresión a temas o problemas de su tiempo, cita Gaos "el apotegma de Dilthey" según el cual el hombre no se conoce a sí mismo por medio de la introspección, sino de sus hechos en la historia. Con esta cita puede apoyar la tesis de que *El Quijote* es fuente de conocimiento histórico de su tiempo. Y en tal convicción arraiga otra igualmente fundamental, a la vez histórica y filosófica: la de que una cultura es una sucesión temporal de grupos de problemas y temas que, jerárquicamente articulados, van ocupando la atención de partes predominantes —por el número o por la calidad—, de individuos que integran un grupo humano. Los mismos temas reciben así variadas expresiones, a veces no deliberadas, como en la literatura; a veces reflexivas, como en la meditación filosófica. De ese modo, la articulación de una serie de temas, o simplemente de un gran tema, pueden unificar una edad, por encima de otras divisiones menores.

Se podría decir que con estos elementos se tienen completas las premisas para el argumento de la conferencia. Teniéndolas en cuenta, sólo faltaría establecer cuál es el tema de *El Quijote* a partir del libro mismo de Cervantes. Sin embargo, creo que no debiéramos pasar por alto siquiera una referencia a las no citadas *Meditaciones del Quijote* —con toda seguridad una de las mayores deudas de Gaos en sus años de Madrid—, porque si no se considera la dimensión orteguiana de su planteamiento, tampoco es posible señalar su punto de originalidad.

Aquel libro de 1914 es un "ensayo de salvación" de *El Quijote,* en el sentido de que Ortega se propuso llevar la obra de Cervantes a "la plenitud de su significado", mediante el procedimiento de ponerla en conexión con las grandes preocupaciones filosóficas y literarias. El

libro se compone de una larga "Introducción" y dos "Meditaciones", solamente la segunda de las cuales se refiere concretamente a *El Quijote:* así de compleja era la empresa y por eso obligaba a considerar muy diversas materias de la tradición occidental. No faltan en él, por tanto, al lado de las alusiones a las culturas clásicas de Occidente —y específicamente a la germánica—, las que, para Ortega, tocan las dos cumbres de la cultura mediterránea: el pensamiento renacentista italiano y la filosofía de Descartes. Incluso resulta pertinente alguna mención de Shakespeare, para mostrar su distancia de Cervantes. Porque justo lo que a Ortega le parece peculiar del más famoso autor de la literatura española es la dificultad de establecer su estilo: esto es, "su manera literaria de acercarse a las cosas" que, no obstante, lleva consigo "una filosofía y una moral". Por esta dificultad, el ensayo se contenta, insiste Ortega, "con vagas indicaciones, más fervorosas que exactas" —mientras llega alguien de entre nosotros, con más genio y coraje, que descubra el perfil del estilo de Cervantes—.

Pienso que el primer escrito cervantino de Gaos puede ser leído como una respuesta a ese reto de su maestro en las *Meditaciones del Quijote,* aunque la expresión "el tema de nuestro tiempo", entendida como tarea a cumplir o conjunto de problemas que es preciso enfrentar, proviene del libro posterior de Ortega que lleva ese nombre. Pienso también que las convicciones generales de Gaos sobre las culturas y sus temas —las que presenta como apoyadas en el apotegma de Dilthey— son ideas orteguianas, que podemos encontrar en la segunda de las "Meditaciones" de aquel libro de 1914. Porque la propuesta de las *Meditaciones,* a pesar de que se presenta como una indagación acerca de los géneros literarios, toma este término en una acepción particular, que Ortega indica muy claramente: "Entiendo pues, por géneros literarios, a la inversa que la poética antigua, ciertos temas radicales, irreductibles entre sí..." Y unas líneas más adelante añade: "De uno u otro modo, es siempre el hombre el tema esencial del arte. Y los géneros, entendidos como temas estéticos, son amplias vistas que se toman sobre las vertientes cardinales de lo humano. Cada época trae consigo una interpretación radical del hombre. Mejor dicho, no la trae consigo, sino que cada época es eso. Por esto, cada época prefiere un determinado género".

En el escrito de Gaos ya no hay ninguna duda acerca del alcance de los géneros literarios, aunque haya observaciones agudas, sobre todo a propósito del teatro. Desde la primera línea, la conferencia entra en materia; trata estrictamente del tema de *El Quijote* y entra por la vía más directa: la lectura analítica del texto mismo. Lo que acaba por producir un resumen de la novela, de sus partes, capítulos, aventuras y epi-

sodios todos, de una minuciosidad solamente opacada por el esfuerzo de concisión para ofrecerlo en forma tan abreviada, que alcanza apenas la mitad de la conferencia. El propósito es subrayar las ilusiones de Don Quijote, sus decepciones y la explicación que él mismo da de cada acontecimiento. Y mostrar además que algunos episodios donde la transfiguración de la realidad llega a su colmo —la cueva de Montesinos y el retablo de Maese Pedro—, permiten descubrir temas secundarios como el sueño y la ilusión cómica del teatro, siempre subordinados al tema principal.

La lectura cuidadosa sigue la evolución interior de Don Quijote —también la paralela de otros personajes—, desde las ilusiones provenientes de la locura, hasta la confirmación de la imposibilidad de realizarlas por la conspiración de los cuerdos. Un proceso complejo que viene a borrar una distinción que parecía tajante e inequívoca entre la irrealidad y la realidad. Y a poner en crisis, además, la definición de lo real por la razón —que es el acuerdo entre los cuerdos—, mientras que deja al loco, en su soledad, con lo irreal. En todo caso, el resultado es para Gaos bien claro: el tema más profundo de *El Quijote,* el gran tema al que se subordinan todos los demás, es el de la relación entre la razón y la realidad. Tal es el meollo de la ficción que se desarrolla a lo largo de los capítulos del libro, seguramente ligado a la vida personal de Cervantes —a sus juveniles sueños de grandeza y a sus decepciones de madurez y senectud—. Acaso enlazado también, añade Gaos, a las caballerescas empresas del imperio español —grandeza "que semeja flor de un día"—, que iniciaba ya su larga decadencia. De esta manera dio Cervantes expresión literaria, más intuitiva que reflexivamente, a su decepción personal y a la general decadencia de los tiempos.

Precisado el tema, todavía deja espacio la conferencia para las rápidas alusiones que acuden a la memoria del autor. Alusiones relativas a otras obras de Cervantes o del teatro español; pero también del teatro francés de la misma edad; de Shakespeare y finalmente de Goethe. Es decir, las obras maestras de la literatura moderna, no por casualidad también obras teatrales. En el campo del pensamiento, la alusión es a la figura de Descartes, cuya filosofía se condensa en la siguiente antítesis: definición de la realidad por la razón y de la razón por la realidad. Esto es, es real aquello y sólo aquello que la razón define: la extensión; pero es razón aquella y sólo aquella que corresponde a la realidad matemática. Todo lo cual no es, a los ojos de Gaos, sino la ejemplar incorporación a la reflexión filosófica del tema principal de su tiempo —el tema de los tiempos modernos—.

La conclusión de la conferencia va, sin embargo, todavía más lejos. En verdad se inicia con una pregunta previa: la cuestión de saber si en-

tre el tema cervantino entrañado en las aventuras del caballero andante por tierras españolas, y el tema de los tiempos modernos, hay una relación esencial o solamente una casual coincidencia. Se trata, por supuesto, de lo primero, pero aún así reconoce Gaos una distancia entre la respuesta entrañada en la novela y las posiciones filosóficas definidas por la modernidad: la de Hobbes, en Inglaterra; y la de Descartes, en Francia. En oposición abierta a la visión medieval del mundo real, informado por las formas ideales y con rasgos estamentales de clara jerarquía, los filósofos modernos definen la realidad como la materia matemáticamente dominable. Y consideran también dominable por un método igual —aunque no siempre aplicado de manera directa— a lo humano físico y psicológico, fisiológico y moral, individual y social. Cervantes, en España, por su parte, no define en su novela la razón de la técnica dominadora, sino la razón mística atenta a la realidad espiritual y trascendente: es la razón que busca —como en Pascal— las razones del corazón que aquella otra no conoce; y que de esa manera muestra las limitaciones de la geometría y apunta a su superación por el espíritu de *finesse.*

En esto radica la buscada significación ideológica de *El Quijote* —que no es una filosofía estricta esotéricamente cifrada en el libro—. Descubrimos esa significación al ver en la novela la *epopeya* de su tiempo, en el sentido de ser la obra literaria en que se expresa toda una época con su tema principal. Un tema que, por otra parte, se prolonga hasta nuestros mismos días... en que empieza a ser reemplazado por el anunciado por Ortega, como el proceso de sustitución de la razón pura por la razón vital.

Dentro de esta clara perspectiva orteguiana resaltan los hallazgos de Gaos: en primer lugar los de procedimiento, que arrancan del análisis del texto cervantino hasta apresar *el tema* y definirlo con toda precisión; después la relación, no menos ajustada, con las filosofías contemporáneas de Cervantes y la literatura de la época —aunque ésta resultara reducida a unos cuantos nombres y líneas generales—. Hay, desde luego, otras coincidencias y otras diferencias con Ortega, de menor cuantía o apenas perceptibles, además de la distinta lectura de algunos pasajes, que no es indispensable puntualizar. No faltaría sino subrayar, para decirlo en pocas palabras, la violencia con que la difícil prosa de Gaos resumió, en los límites de una conferencia, aquellas nueve lecciones de 1941 sobre *El Quijote.* Porque eso mismo hace comprensible que sintiera la necesidad de volver a tratar el asunto en los otros escritos.

Entre junio y octubre de 1966, al incorporarse Gaos nuevamente a El Colegio de México, además de retomar su antiguo seminario de dirección de tesis, dictó un curso fundamentalmente dirigido a estudiantes gradua-

dos en historia. Al año siguiente, repitió el curso con el mismo título general de *Historia de nuestra idea del mundo,* pero amplió considerablemente el número de lecciones, una de las cuales, de que no me ocuparé ahora, está dedicada a *El Quijote.* Diré solamente que tampoco esa lección dejó satisfecho a Gaos, y que le llevó a escribir una serie de notas al margen del curso. Al llegar las vacaciones de fin de año, retomó las notas ya sin presiones de tiempo, para redactar el tercero y último de sus estudios sobre Cervantes, que hasta hoy ha permanecido inédito.

Desde el punto de vista de su composición y por el desarrollo de sus materias, sin embargo, "El tema del *Quijote*" tiene la autonomía de un ensayo de cierta amplitud. Sin dejar de ser todo él un estudio sobre Cervantes, presta atención a autores que no hallaron lugar en el curso de 1966. De manera muy tosca puede decirse que así se recuperan materias literarias no incluidas en la *Historia de nuestra idea del mundo.*

Naturalmente, no se trata tan sólo de recuperar nombres predilectos de la literatura. La intención del ensayo es muy clara y la estructura de sus 10 apartados responde a esa intención. El primero y el último presentan, respectivamente, la propuesta de cómo debe ser leída la novela cervantina; el que sirve de conclusión explica cómo esa manera puede ayudar a determinar el puesto de *El Quijote* en la historia. Dos apartados breves —sin los cuales no resultaría completo el cuadro histórico de la época— quedan dedicados: uno a la ciencia; otro a la filosofía. Pero los seis restantes, que constituyen el cuerpo del ensayo, se dedican exclusivamente al tema principal y a los temas secundarios del tiempo de Cervantes. El tema principal, para Gaos, no ha cambiado: es justo el de la razón, la sinrazón y la realidad. Aunque parece añadir un matiz de precisión, porque la realidad, más que determinada por la razón, lo es por las razones —en el sentido de las palabras de los demás—, y por la verificación de aquello que se dice, en su contraste con la realidad misma. Los cinco temas secundarios son ahora desarrollados con toda calma y lujo de ejemplos: la locura, la comicidad, el sueño, el teatro y lo sobrenatural. Todo, por lo demás, apoyado en ciertas líneas de pensamiento que no siempre aparecen en primer término, pero responden a sólidas ideas: a una antropología filosófica que se integra a una tesis sobre el conocimiento y el lenguaje. En la noticia que sigue sobre el contenido del ensayo, me propongo destacar justamente la relación con esas líneas de pensamiento; no puedo detenerme en todos los temas secundarios.

El apartado que trata del tema principal, prescinde ahora del abreviado análisis del texto de Cervantes, aunque no deja de registrar siete episodios del relato. Basta con ellos para reincidir en las conclusiones que ya sabemos, ofrecidas aquí de forma sistemática para descubrir "la

constitución psicológica y ontológica" de cada una de las siete aventuras. Con sólo recordarlas al lector, Gaos puede mostrar el modo en que perciben la realidad Don Quijote y Sancho; y sostener que, con independencia de lo que deliberadamente se hubiera propuesto el propio Cervantes, de hecho, el tema unificador de su novela es el de las relaciones entre razón y realidad. Lo que da lugar, como consecuencia esencial, a los otros temas subordinados, cuyo estudio comparativo en autores contemporáneos resulta indispensable para comprender y valorar *El Quijote*.

La obra coetánea de Shakespeare —escrita o hecha representar por los mismos años en que Cervantes escribe y publica las dos partes de su novela— invita a la comparación de la locura fingida del príncipe Hamlet, con la locura real del caballero Don Quijote. Una comparación de personajes que también es una reflexión sobre los extremos de la condición humana y una teoría de la acción racional. El examen de la conducta de Hamlet lo muestra como la encarnación literaria del hombre irresoluto: el que se da razones a sí mismo y a otros, pero no para resolverse conforme a ellas, sino para aplazar una resolución que el deber, que es ideal, le impone. Mas como el hombre no puede existir sin actuar, Hamlet no puede menos que resolverse, finalmente, por impulsos. Shakespeare reúne así, en una sola figura de la escena, dos extremos de la condición humana: el irresoluto y el impulsivo. En fin de cuentas, así se explica la locura real de Hamlet, por debajo de la fingida.

Cervantes, en cambio, enlaza otros extremos de la condición humana. El hombre es el único ser para el que existe lo ideal —además del mundo real—. Pero hacer profesión de un ideal irrealizable es un extremo tal de inestabilidad que es locura, como lo sería también, de ser absoluto, el puro atenerse a la realidad del caso —sin ideal alguno—. El idealismo utópico de Don Quijote, como el realismo a ras de tierra de Sancho, encarnan esta dualidad de la naturaleza humana, pero la novela presenta las dos figuras tan emparejadas y compenetradas que no podríamos definir la una sin la otra.

Ahora bien, en la antropología de Gaos se puede dar el cruce de las dos formas expuestas de la constitución de la naturaleza humana. La impulsividad, la resolución racional y la irresolución versan sobre la realidad y sobre el ideal; el realismo y el idealismo, por su parte, pueden ser impulsivos, irresolutos o resueltos —y todas las combinaciones dan resultados diversos—. Pero la malla de esa red de conceptos es lo bastante estrecha para apresar todas las posibilidades y trasponerlas sistemáticamente a los terrenos más firmes de la ciencia y de la filosofía. En tanto que el papel de cada personaje de la literatura es encarnar

lo más entrañable del carácter de los humanos reales y de sus acciones, para luego desentrañarlos ante lectores espectadores; el papel del análisis crítico es el estudio metódico que permite descubrir esa trama. Y ésta es la que se puede llamar "filosofía entrañada en las obras literarias" —nunca el recuento de las sentencias y las disquisiciones morales de los personajes—.

El sueño y la vigilia requieren una mayor atención, por sus diversas conexiones con el tema principal. El apartado se detiene, en la segunda escena del segundo acto de *Hamlet,* para citar el soliloquio en que el príncipe reflexiona acerca de la pasión ficticia del actor y del efecto de la representación teatral del fratricidio sobre el rey y sobre sí mismo. Finalmente, recuerda el más famoso de los monólogos de la obra, de la primera escena del acto tercero, que vuelve sobre el tema del sueño y la muerte. Con estos materiales explora Gaos la relación profunda entre la ambición —"sombra de un sueño"— y el carácter irresoluto del personaje. Pero muestra además cómo el monólogo famoso ahonda en la naturaleza de la irresolución hasta sus extremos más radicales: —¡ah, si la muerte fuera un dormir sin soñar, y no un seguir con sueños como aquellos que hacen tan penosa la vida en que creemos estar despiertos...!—.

La aventuras de Don Quijote ilustran bien la transición de la vigilia al sueño —sería mejor hablar de indistinción o de continuidad—. Desde la locura se vive siempre una misma realidad aparente —imaginaria para los cuerdos—, aunque sea vivida con rasgos característicos de precisión y viveza. A diferencia de la cordura, que vive la vigilia como coherencia y, en general, los sueños como lo contrario; porque, excepcionalmente, pueden también los sueños ser tan coherentes que hagan difícil su distinción de la vigilia. En cuanto a concebir la muerte como un mero dormir con sueños o sin ellos; o lo contrario, concebir la vida como un sueño del que fuera la muerte el despertar, viene a ser otra forma de continuidad de las dos partes de la vida: la vigilia y el sueño. Pero aquí el punto de comparación por excelencia ya no es Cervantes, sino Calderón.

Gaos examina *La vida es sueño,* en busca de su conexión con el asunto del ensayo. Desmonta cada una de las acciones dramáticas y distingue lo que llama los tres grandes temas ideológicos de la obra: el filosófico, el teológico y el moral. Porque la obra no es de experiencias ni de caracteres —aunque requiera del de Segismundo, para Gaos en mucho comparable con Hamlet—. Lo decisivo de ella es el llevar la indistinción entre vigilia y sueño —que es el gran tema filosófico— a tal plenitud de formulación literaria, que según Gaos sólo puede emparejarse a la plenitud filosófica que le da Descartes en la duda metódica. Y si para

Calderón esa no distinción es la esencia misma de la vida, para Descartes viene a ser la esencia del conocimiento, en el *sentido lato* en que consiste la vida. Para ninguno de los dos, en fin de cuentas, se sigue de la no distinción la indiferencia. Justo de contrario: para Calderón de allí deriva la importancia de la verdad moral; para Descartes, la de la verdad intelectual.

Como recuerdo, probablemente involuntario, de aquella idea de Ortega en las *Meditaciones del Quijote,* que entiende los géneros literarios como amplias visiones de lo humano, registra Gaos entre los temas subordinados de la obra cervantina al teatro como género. Y subraya enseguida su conexión esencial con el asunto principal: la relación entre razón y realidad.

La cuestión, por supuesto, tiene su propio rango filosófico. Porque está en la naturaleza humana este buscar la representación que duplica, ontológicamente, la propia existencia, para producir una ilusión —la ilusión teatral—, que puede ser tenida como parte de esa misma naturaleza. Gaos llama la atención sobre esto y, con ese propósito, recuerda lo escrito por Cervantes en *El Quijote,* según la confesión del propio personaje en tanto espectador del retablo de Maese Pedro. El caballero resulta aquí el espectador perfecto: el que ya no distingue escena y realidad —con la misma pareja continuidad que tienen para él la vigilia y los sueños—. El caso de Shakespeare es diferente. Aunque en *Hamlet* se hace uso de la ilusión teatral, lo que el príncipe busca es una representación individualizada, para que el rey se delate ante la vista de su propio crimen. Pero lo interesante del intento de Hamlet es la relación esencial de su carácter irresoluto con la necesidad de acudir, para resolverse a actuar, a una representación de la vida y no a esta misma como realidad. Aunque el teatro sea, por excelencia, el gran revelador de la vida.

Pero para tratar de la ilusión teatral, el punto de comparación que le parece a Gaos inevitable, es justamente *L'illusion comique* de Pierre Corneille. No sólo un ejemplo descollante dentro de la literatura francesa, sino una obra de teatro sobre el teatro.

El último de los temas secundarios se plantea nuevamente en términos de ontología. Lo *real* no tiene como su contrario solamente a lo *irreal,* que sería por ejemplo la vida representada escénicamente. En otro plano, el de lo *natural,* que es común a ambos, se da la oposición a lo *sobrenatural,* que puede ser concebido como absolutamente distinto de lo natural. Pero que es real para quien cree en él; aunque irreal para quienes en él no creen. Y todavía hay un sobrenatural dentro de la pura ficción, que es el de las obras literarias, particularmente el de las teatrales, que pueden presentarlo como natural y hacer que espectado-

res y lectores lo tomen como tal. Ahora bien, este cruce de relaciones conceptuales acerca de la naturaleza de las cosas es lo que explica que en un periodo histórico como el de Cervantes, las obras literarias mezclen el tema de lo sobrenatural, de muy variadas formas, con el de la razón y la realidad, la locura, el sueño y el teatro.

Resulta indispensable en esta alusión a la visión del mundo de la época, el recuerdo de Galileo y Descartes, los fundadores, respectivamente, de la ciencia y de la filosofía modernas. El recuerdo de Galileo se resume en la cita de dos de sus obras y en la presentación de tres ideas fundamentales que, según Gaos, apuntan al tema de las relaciones entre la razón y la realidad. Son las que van a definir todo el pensamiento moderno y están rigurosamente trabadas entre sí. La idea de que la realidad física, considerada objetivamente, se reduce a lo cuantitativo y mensurable de los fenómenos físicos: lo que se llama mecanicismo. La idea de que la subjetividad alcanza sólo los modos cualitativos y secundarios de los fenómenos. Y, finalmente, la idea de que la razón así concebida determina la realidad.

En esta perspectiva, Descartes es un continuador de Galileo, aunque haga, además, aportaciones propias. En primer lugar, la de la duda metódica acerca de los sentidos y acerca de la razón misma, en la que cumple un papel la indistinción entre la vigilia y el sueño: gozne sobre el que gira el paso de la duda de los sentidos a la duda de la razón. Si la indistinción de la vigilia y el sueño es decisiva para dudar de los sentidos en cuanto tales, las razones de la razón, en cambio, son las mismas en el sueño que en la vigilia. A lo que se incorporan otra serie de tesis sobre las ideas claras y distintas, y sobre los animales como máquinas que, en último término, reafirman la idea de que en la ciencia como en la filosofía, la razón determina la realidad: el tema capital, con todas sus variantes, de la edad y del mundo modernos.

El apartado último del ensayo vuelve a los términos del planteamiento del primero: la presentación de propósitos, como franca réplica a un discurso de don Juan Valera, "Sobre *El Quijote* y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle". Un escrito, al que Ortega y Gasset había aludido en las *Meditaciones del Quijote.* Gaos toma más de cerca el texto de Valera y precisa desacuerdos, no sólo en cuestiones de crítica propiamente dicha, sino en otras relativas a las maneras de tratar *El Quijote.* Y su réplica no parece un recurso para iniciar el ensayo, cuanto la oportunidad de advertir al lector sobre la propia manera de leer a Cervantes.

Los progresos metodológicos de las ciencias humanas, de las letras y de la historia de las ideas —sin excluir el procedimiento didáctico de la explicación de textos—, son para Gaos razón suficiente para reivindicar

el comentario filosófico, aunque no la especie rechazada expresamente por Valera. La que defiende Gaos no quiere descubrir símbolos ocultos ni sentencias morales, sino contenidos ideológicos patentes —tal vez no percibidos antes por lo inadecuado de los métodos—. En un amplio sentido, se trata de temas filosóficos relacionados con los centrales de otras obras maestras de la literatura, de la ciencia y, estrictamente hablando, de la filosofía. Una indagación que permite situar a *El Quijote* en la corriente histórica de las ideas de su tiempo que, como cada época, tiene sus preferencias temáticas.

El último apartado puntualiza los límites del periodo histórico que comprende a las obras comparadas: es solamente el lapso de dos generaciones, separadas por una intermedia de la que no se cita ningún ejemplo. Las obras de Calderón y Corneille, la exposición definitiva de Galileo y la primera publicación de la filosofía de Descartes son rigurosamente contemporáneas y pertenecen a una misma generación —toda ella posterior en 15 años a las fechas de composición de *El Quijote* y del último año de creación de Shakespeare—. Se trata de un periodo generacional que abarca los primeros 15 años del siglo XVII; además de los primeros años de una tercera generación del mismo siglo.

Sin entrar en el detalle del uso de las expresiones, ni precisar sus alcances, las de Gaos suscitan de inmediato el recuerdo de un tercer libro de su maestro Ortega que hasta ahora no hemos citado: *En torno a Galileo.* En ese libro —que en realidad es un curso de historia de las ideas—, Ortega intentó explicar las crisis históricas como el paso de una idea del mundo a otra diferente, mediante el estudio de las generaciones que instauraron el pensamiento moderno. El ensayo inédito sobre *El Quijote* no se propuso tan amplias materias aunque, por eso mismo, no podemos leerlo correctamente sino como un capítulo desprendido del curso de *Historia de nuestra idea del mundo.*

La comunidad de los temas, en grandes obras tan heterogéneas, es lo que conduce a la pregunta final del ensayo, porque Gaos considera que no puede tratarse de una mera casualidad. Tampoco está de acuerdo en que esa coincidencia pudiera explicarse por influencias directas de unos autores a otros. Aunque algunas de éstas pueden documentarse. La explicación ha de buscarse en algo que sea común a todos los autores. Y esto no puede ser sino que existen temas que son universales de la humanidad o, por lo menos, generales de ciertos periodos en que puede dividirse la historia. El tema de la razón y la realidad, por ejemplo, sería el tema peculiar de la humanidad occidental moderna —así como no lo fue ni de la antigua ni de la medieval, como tampoco de la humanidad oriental—. Ahora bien, esta explicación supone toda una filosofía de la historia cuya cercana fuente orteguiana hemos seña-

lado desde el principio, aunque sus orígenes en la historia de la filosofía se remontan a Vico y a Herder. Pero cuyo íntegro despliegue no se lleva a cabo ni en el ensayo ni en el curso. Es de justicia reconocer, sin embargo, que en otros textos Gaos ha desarrollado cuestiones cercanas, prácticamente a lo largo de toda su vida. Lo que interesa en "El tema del *Quijote*" es dar una respuesta precisa a la pregunta planteada en las primeras líneas del primero de sus apartados.

Una manera filosófica de leer el libro de Cervantes, justamente la iniciada en la conferencia del centenario, que ahora se completa en el ensayo, encuentra una doble justificación: en primer lugar, en el hecho de que permite determinar el puesto de *El Quijote* en la historia con mayor amplitud que, digamos, la mera indagación literaria; en segundo lugar y como consecuencia de lo anterior, en que abre la posibilidad a juicios de valor menos abstractos, al permitir la comparación con obras de otros géneros y disciplinas.

Las consideraciones con que va a concluir este discurso no pueden detenerse en la filosofía de Gaos, sino indicar apenas la relación esencial que esta filosofía guarda con la historia de las ideas, además de hacer alusión a una cuestión de método.

Un aspecto original del método de Gaos, notable en sus estudios cervantinos pero no sólo en ellos, es la intención de trabajar directamente con los textos mismos —y ante la posibilidad de varias opciones, justificar la elección de una sola como caso ejemplar—. Aunque por extensión fuera posible acudir a algún monumento como "fuente" en la historia de las ideas. Sabemos que Gaos se formó en la fenomenología de Husserl y eso lleva a pensar que de allí derivó esta posición. Pero si hemos de creerle a él, semejante afán de apresar con la mayor precisión a la filosofía "en su realidad más aprehensible perceptivamente" y "menos discutible filosóficamente", era más bien deudor del ejemplo de la ciencia de la literatura, de la estilística y de la explicación de textos. Inclinaciones todas a que siempre fue aficionado, hasta el punto de haber dudado, en sus años jóvenes, entre su vocación filosófica y la filología y la literatura clásicas. De cualquier manera, es un rasgo del método característico de los estudios de Gaos que también se repite en sus trabajos de historia de la filosofía. Sin dejar de tener, por supuesto, otras consecuencias: ante todo, de estar presente como una pieza clave en su propia filosofía sistemática, como lo prueba el hecho de que sus dos tratados, *De la Filosofía* y *Del Hombre*, comiencen con una fenomenología de la expresión.

Ahora bien, la relación entre ese rasgo característico del método de Gaos y la historia de las ideas es una relación esencial. Y su justificación resulta independiente de su gusto por el cultivo de la disciplina

e incluso, en alguna medida, también de aquellos esquemas generales para organizar la sucesión de las culturas y los periodos históricos.

La justificación filosófica del maridaje de la filosofía y la historia de las ideas no es un asunto de gusto personal y rebasa las meras consideraciones de orden biográfico. Tiene que alcanzar, por necesidad, el concepto mismo de ambas disciplinas. La justificación de Gaos es muy clara, pero tiene que presentarse con sus dos ingredientes: primero, la idea de la filosofía como sistema; después, la tesis de la inseparabilidad de esa filosofía —como de toda idea— de su propia historia. De manera que perder de vista la conexión de una idea con la totalidad de las ideas que integran una concepción del mundo, es cerrar la posibilidad de comprender su significado. De igual modo que ignorar el nacimiento de una idea y las condiciones de su desarrollo —o de un concepto o una red de conceptos— es quedar condenado a no comprenderlos plenamente.

La historia de una idea o de un conjunto de ideas —Gaos hubiera podido decir de un concepto o de una red de conceptos— puede ser, en un momento dado, estrictamente historia de la filosofía, según se entienda el alcance del término *filosofía.* Pero Gaos llegó a entenderlo de tal manera que consideró que el núcleo último de la filosofía era precisamente la metafísica. Con independencia, por cierto, del carácter problemático de las pretensiones tradicionales de esa disciplina como verdad objetiva. En el rechazo de esa pretensión fundaba Gaos su escepticismo, convencido de que la metafísica, aunque referida con absoluta *universalidad* a todas las cosas, no podía ser sino una *verdad personal.* Por eso consideraba falsa la lectura de una parte de la filosofía contemporánea, como restauración de la metafísica. En nuestros días, extinguida ya "la potencia metafísica del hombre", no era posible semejante restauración. No obstante, no renunció a elaborar, como *verdad personal,* la suya propia: "prefiriendo ser último heredero de una casa de acreditada nobleza a ser cofundador de una casa de incierta alcurnia". Estas frases, que acabo de citar literalmente, pertenecen a una conferencia dictada en 1962, que es una verdadera "confesión profesional". En ella se puede hallar esta definición: "¿Qué era la metafísica, la creación de los metafísicos? Una visión y concepción del mundo, del universo en su totalidad, con lo material y lo inmaterial, lo real y lo ideal, lo sensible y su suprasensible; articulada, lógica y artísticamente, por un solo individuo, por una sola personalidad: universalidad y subjetividad en esencial correlación". La he citado íntegra, porque no he encontrado otra que, en su brevedad, se acomode mejor a las pretensiones de su propia filosofía sistemática —incluida la alusión inicial, en tiempo pasado, a las obras metafísicas de los grandes filósofos—.

Pienso que a partir de esta definición pueden ser precisadas con claridad dos cosas. La *primera* es el sentido kantiano de la propia filosofía de Gaos, que solamente pretende ser una reflexión sobre la metafísica, o una filosofía de la filosofía —para usar los términos tomados de Dilthey—. Dicho de otra manera, es una forma de conocimiento crítico que ya no se refiere a los objetos todos, considerados en sí mismos, sino a los conceptos de la razón con que nos referimos a todos los objetos: en último análisis, se trata de un ejercicio acerca del uso subjetivo de la razón. La *segunda,* esencialmente ligada a la anterior, que en el fondo encierra una teoría de la metafísica como intento de comprender las doctrinas metafísicas del pasado, es solamente la apertura necesaria para la investigación histórica en torno a esa teoría.

Para el Gaos de los últimos años, la justificación de la metafísica es inseparable de la ética, que de manera muy precisa se constituye en su razón de ser o fundamento. Otra cosa es la eudemonología o arte de vivir, que no puede sino preceder a las acciones humanas o se tiene que ir labrando sobre la marcha, e incorporar las razones de cada éxito o fracaso, para servir de guía a las acciones futuras. Pero semejante primado de la razón práctica no elimina el lugar de la metafísica como núcleo esencial de la filosofía; por el contrario, lo fortalece, porque hace más visible la unidad sistemática de los conceptos del conocimiento empírico con los conceptos morales. Por tanto, una teoría de la filosofía cuyo núcleo central es concebido como una concepción del mundo, requiere de una historia como vía indispensable para su plena comprensión.

Una historia de la idea del mundo es, en parte, una historia de la filosofía —hablando estrictamente, de la moral y de la metafísica—. La amplitud con que Gaos concibe la historia de las ideas no la puede hacer coincidir por completo con la de la filosofía, por privilegiada que pueda ser la idea de que se escribe la historia. Todos los seres humanos tienen o han tenido una idea del mundo —por irracional que resulte ser esa idea—, pero no todos tienen o han tenido una filosofía. Estos últimos, los filósofos, no se conformarían con una mera idea, menos todavía con una simple imagen, sino con el intento de una concepción racionalmente fundada. Y Gaos prefiere para su definición amplia de la disciplina el término de *idea,* porque le parece una expresión intermedia entre la imaginación y el pensamiento conceptual.

Desde esta posición comentó y juzgó Gaos *El Quijote:* es decir, con los requerimientos de una disciplina que por muchos años profesó en sus lecciones de historia de las ideas. De donde resultaron los escritos cervantinos que he recordado. Prometí al principio de este discurso dar alguna noticia de esos escritos y, además, señalar en ellos y en otros textos la justificación filosófica de sus procedimientos. Me parece ahora

que, al tratar de cumplir esa promesa me he visto llevado a escribir estas páginas que, modestamente, pertenecen al mismo género: son también historia de las ideas. Pueden ustedes pensar con justicia que al comentar unos ensayos de mi maestro Gaos, lo he hecho, por lo menos en lo que se refiere al método, tal vez, de la manera que él hubiera querido.

LA IMAGEN Y LA IDEA EN EL QUIJOTE

Por Carlos Montemayor

I

Hace ya 32 años, José Gaos señaló que los trabajos de Fernando Salmerón se situaban en la más alta identificación de *filosofía* y *paideia*. Como lo he dicho ya en otro momento, tal afirmación no respondió a un afán metafórico ni al gesto amistoso de incluirlo en la relevante tradición que como filósofo y educador inició Platón. José Gaos habló como un conocedor profundo del humanismo mexicano y con un gran reconocimiento a las tareas todas de Fernando Salmerón.

Insisto una vez más en que en nuestro humanismo ha sido constante la vocación por la filosofía y a la vez por la docencia. Los primeros filósofos que llegaron a Nueva España fueron también parte notable de la vida académica. Pero la investigación, la reflexión, la elaboración de libros, la enseñanza no necesariamente suponen la decisión por asumir una acción definida, constante, de creación educativa. *Paideia* y *filosofía* suponen en su convergencia una facultad de acción no contemplativa y un compromiso con una realidad social y cultural concreta ante la cual se mide también la grandeza del pensamiento. Fernando Salmerón es uno de los pocos filósofos mexicanos que ha desplegado una acción valiente en la educación superior en México, con la misma inteligencia y tesón que muestran los creadores de cultura.

De aquí la gran claridad en sus ensayos sobre educación mexicana y sobre el lugar del conocimiento científico en nuestras universidades, la verdad y profundidad de sus escritos sobre la cultura vista como el sistema de referencia para el conocimiento y la conducta social en el proceso educativo. Esta capacidad de acción que la *paideia* supone es también la inteligencia de su obra escrita. Educador en el más alto sentido del término, los escritos de Fernando Salmerón revelan uno de los momentos más lúcidos del pensamiento mexicano de este siglo.

Su amplia participación en la realidad educativa del país lo ha llevado a aclarar y a difundir, en momentos candentes y definidos de la vida

reciente de la educación superior en México, el papel de transformación, de formación humana total, que la educación debe suponer. Desde su visión, además —y como también queda claro en su ensayo *Los estudios cervantinos de José Gaos*—, no son irreductibles las áreas diversas del conocimiento científico, sino elementos comunes de la creación del conocimiento social. Por ello, quizás en los últimos años Fernando Salmerón se ha acercado a dos temas primordiales, que sin duda seguirá atendiendo en sus futuros trabajos: el lenguaje y la cultura.

Su fecunda trayectoria de filósofo y educador lo ha llevado a fundar y dirigir facultades, institutos de filosofía y universidades en el estado de Veracruz y en la ciudad de México, y lo ha hecho merecedor de numerosos reconocimientos, de los que bastaría, para ilustrar sus méritos, tan sólo mencionar los que recibió el año pasado. En efecto, durante 1993 fue designado titular de una Cátedra Patrimonial de Excelencia, Nivel Uno, de Conacyt; el Consejo Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México lo designó investigador emérito del Instituto de Investigaciones Filosóficas y meses después recibió el Premio Universidad Nacional en el área de investigación en Humanidades; por último, a finales del año fue distinguido con el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el Campo III de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía.

Tres han sido las líneas principales de trabajo desde su más temprana producción: la ética, la filosofía de la educación y la filosofía moderna y contemporánea. A partir de estos tres campos se han ido ampliando sus contribuciones a otras áreas, como el lenguaje y la historia de las ideas. En cuanto a sus trabajos sobre la filosofía moderna y contemporánea, deberé apuntar que particularmente su ensayo sobre Habermas, *Moralidad y racionalidad*, me parece un ejemplo magnífico de su método de análisis, que parte del cuestionamiento de las líneas argumentativas de los autores que él trata, como ha ocurrido en el caso de otros trabajos sobre Hume, Kant o Hegel, para luego perseguir un mismo problema pasando de un ámbito a otro, examinándolo en distintas direcciones, hasta alcanzar así una claridad y precisión en todos los temas que aborda. En el campo de la filosofía contemporánea, sus trabajos han abarcado también a dos filósofos de lengua española, en los que internacionalmente es reconocido ya como un gran especialista: José Ortega y Gasset (el primer ensayo que escribió sobre este filósofo es de 1946) y su maestro José Gaos.

Pues bien, *Los estudios cervantinos de José Gaos* es el primer trabajo de Fernando Salmerón en que reúne el pensamiento de ambos filósofos para su análisis, hecho importante en la propia evolución de la historia de las ideas de Fernando Salmerón. Y es muy sugerente que esta con-

vergencia se diera alrededor de la poesía, el teatro, la locura, el sueño, de *El Quijote*. Celebro que Cervantes haya provocado el encuentro de estos tres filósofos: Ortega, Gaos y Salmerón.

Sé ahora que José Gaos dudó en cierta época entre su vocación por la filosofía y su vocación por las letras clásicas, y que de esta última obtuvo acaso un método de análisis textual. Yo, que he oscilado toda mi vida entre las letras clásicas y la creación, confieso que de ahí me viene la irreverencia de acercarme a filósofos e historiadores con la misma pasión, en vez de la fría inteligencia, con que acostumbro leer la literatura griega. Uno de los filósofos estrictos que ha estado muy presente en mis lecturas es Aristóteles, pues atendió con frecuencia campos que algunos colegas suyos considerarían poco serios: la poesía, el teatro, la técnica del orador y la política. Acaso por esa relación con la vida común Aristóteles pudo afirmar en el primer libro de la *Metafísica* (983a, 12-15) que del asombro ante el universo nació la filosofía. "Al principio... asombrarse, de que las cosas sean como existen": ἄρχουνται μέν γάρ ἀπὸ τοῦ θαυμάζειν πάντεζ εἰ ὄυτωζ ἔχει; asombrarse de que "tantas cosas sean espontáneamente maravillosas": κἀθίπερ τῶν θαυμάτων ταυτόματα, para luego asombrarse de los movimientos de la luna y del sol y después de la formación del universo. Por eso, confesó (982b, 18-19): διὸ καὶ ὁ φιλοσόφός πώς ἔστιν ὁ γὰρ μῦθοζ σύγκειται ἐκ θαυμασίων: "de aquí que también el amante de los mitos sea en cierto modo un filósofo: pues los mitos se componen de maravillas".

En este acercamiento entre el *filómitos* o amante de los mitos y el *filósofo* o amante de la sabiduría, Aristóteles está suponiendo un peculiar universo cultural. Se refiere, claro está, al abundante caudal mítico que el pueblo griego poseía por sus grandes autores épicos y líricos antiguos. Pero también toma en cuenta otros aspectos de lo que podríamos llamar las ideas de su tiempo, que acaso ya no sean tan evidentes al lector de ahora. Uno es el relevante periodo de la filosofía griega que hoy llamamos presocrática, entre cuyos filósofos fue algo común el conocimiento y manejo de ese caudal mítico, asociado incluso al empleo de las formas poéticas mismas de su expresión. Desde esta perspectiva, desde la "historia de las ideas" de la filosofía griega, era natural el acercamiento entre el filósofo y el amante de los mitos.

Otro supuesto de la época es que la producción literaria griega en la tragedia, la comedia y la lírica se nutría en gran parte del caudal mítico y de alguna manera se trataba de un replantamiento, de un nuevo análisis o de una renovación de los valores sociales, religiosos o políticos aparejados a ese universo de los mitos. Imposible que esta actividad de pensamiento, de reflexión sobre temas tan relevantes para la cultura griega, pasara desapercibida o fuera subestimada por Aristóteles.

Pero hay un aspecto más que debemos señalar en el orden semántico de la lengua en que pensaba Aristóteles: el sentido de la palabra μῦθος. En efecto, *mito* no es solamente el relato fabuloso que manejaron los nuevos y los viejos poetas griegos, sino también la *palabra,* el *poema,* el *discurso* que lo expresa. En tanto autor de la *Poética* y de la *Retórica,* en tanto amante de los mitos y del arte de la palabra que los contiene, Aristóteles posiblemente hablaba de sí mismo al firmar que el amante de los mitos es en parte también amante de la sabiduría. No es impropio reconocer, pues, que Aristóteles haya considerado que el estudio de los mitos, que el gran ejercicio literario que los contiene o explica, sea un campo también de conocimiento del mundo, es decir, del ejercicio filosófico. Este reconocimiento emparentaría aún más *Los estudios cervantinos de José Gaos* con el amor que por la literatura tuvo también Aristóteles.

Estamos ya, de hecho, ante una de las posibles explicaciones de por qué la historia de las ideas incluye a científicos, a filósofos y a escritores; por qué los supone a todos en el análisis y en la creación de ciertos temas que permanecen vigentes a lo largo de distintas épocas. A este propósito, y para comentar otros aspectos del análisis de José Gaos y de Fernando Salmerón, un dato lingüístico más. Para los antiguos griegos, la palabra *imagen,* εἶδος, denotó el objeto del pensamiento. El vocablo, breve y dulce, εἶδος, se ha mantenido, a través de todas nuestras lenguas modernas; en español es *idea.* Los griegos hablaban, antes y después de Platón, del εἶδος de un astro, de una mujer, de un árbol. Y quizás por ese dato del idioma, suponían en su expresión que pensar era una forma de mirar. Ver y pensar, ver y comprender, eran desde esa perspectiva idiomática acciones cercanas equivalentes. La voz griega εἴδυλιον, diminutivo de εἶδον, idea o imagen, y por lo tanto traducible como *pequeña imagen, representacioncilla* o *estampa,* es el origen de nuestra palabra *idilio.* Hubo *idilios,* es decir, *estampas,* de temas rústicos, urbanos y pastoriles, pero los más famosos de Teócrito fueron los denominados *bucólicos,* voz que proviene, a su vez, del griego βούκολος, toro o buey. Aunque recibían un nombre distinto tales estampas de cuidadores de ovejas, de cabras y de toros, quizás por la importancia del boyero o vaquero, el término *bucólico* se convirtió en la denominación generalizada de todo idilio *pastoril,* sin que importara ya que se tratase de pastores, cabreros o vaqueros. Así llamaría Virgilio a sus propias églogas. Entre los poetas del Renacimiento, lo bucólico y lo idílico denotarían ya una misma cosa. Muy sugerente me pareció, por tanto, que José Gaos haya preferido, para la definición amplia de su disciplina, el término *idea,* como algo intermedio entre la imaginación y el concepto.

II

El señalamiento fundamental de José Gaos para la comprensión de *El Quijote,* que destaca y analiza Fernando Salmerón, es que el tema unificador de la fábula de la novela es el de las relaciones entre razón y realidad. Cinco temas secundarios nos aleccionan sobre tales relaciones: la locura, la comicidad, el sueño, el teatro y lo sobrenatural, que a su vez motivan sugerentes análisis comparativos con otras obras literarias de la época. Después de esto, es importantísimo el análisis comparativo del tema principal de *El Quijote* con el de otras obras científicas y filosóficas relevantes en los orígenes del pensamiento moderno. Así, la aportación final de las ideas de Gaos y de Fernando Salmerón para la comprensión de la historia de las ideas y de la "historia de nuestra idea del mundo" es muy enclarecedora para nuestro propio tiempo, como lo explicaré más adelante.

Pero antes de ello, deseo hacer una mínima propuesta que me ha provocado la lectura misma de José Gaos y de Fernando Salmerón. En efecto, las relaciones entre el tema principal y los temas subordinados no se dan de manera separada y mecánica, sino muchas veces simultánea y sorpresivamente. Debajo de los grandes temas que José Gaos va señalando en *El Quijote,* podemos ver un recurso estilístico ligado con los contenidos más notorios de tales temas. Este recurso, empleado magistralmente por Cervantes, es el de superponer la *imagen* de las cosas a la *idea* de las cosas. A partir del arco luminoso con que Cervantes une estos extremos, se revela con mayor claridad la estupenda lectura de José Gaos comentada por Fernando Salmerón. Veamos tres ejemplos de *El Quijote,* aunque no sigamos la secuencia de los episodios. Los tres pertenecen a la Segunda Parte, pero el primero al capítulo XXVI; el segundo, al capítulo XI, y el tercero, al capítulo X.

Después de confirmar, a través del mono de Maese Pedro, que algunas cosas vistas en la Cueva de Montesinos eran en parte ciertas y en parte no, Don Quijote procede a presenciar una función de títeres que "...trata de la libertad que dió el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de los moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza".

Mientras Maese Pedro se ocupa de manipular los títeres, un joven criado suyo relata y señala a la concurrencia la historia que los títeres representan. Don Quijote ve, pues, títeres movidos por Maese Pedro y simultáneamente escucha el relato del muchacho. Dos veces Maese Pedro lo interrumpe para pedirle llaneza. Por su parte, Don Quijote en dos ocasiones corrige al narrador: la primera, porque se sale de tema; la segunda, para explicarle que las mezquitas no tienen campanas. Al

cabo de esta segunda reconvención, ilustrado ya por Don Quijote, el muchacho retoma el relato del señor Gaiferos, que ha rescatado a su esposa Melisendra y huye a caballo de las huestes de títeres que visten a la usanza morisca.

—Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes; cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y tambores que retumban. Témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados a la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo Don Quijote, parecióle bien dar ayuda a los que huían y levantándose en pie, en voz alta dijo:

—No consentiré yo que mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como don Gaiferos. ¡Deteneos, mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en la batalla!

Y diciendo y haciendo, desvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a éste, destrozando a aquél...

...Finalmente en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechos pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras: el rey Marsilio, mal herido; y el emperador Carlomagno, partida la corona y la cabeza en dos partes...

Con todos los enemigos a sus pies, Don Quijote advierte:

...miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra; a buen seguro que ésta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado.

Pero después de ser reconvenido por haber dado muerte no a enemigos, sino a títeres de pasta, y ya convencido de ello, responde así:

—Acabo de creer —dijo a este punto Don Quijote— lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en lo que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores, que me ois, que a mi me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra; don Gaiferos, don Gaiferos; Marsilio, Marsilio, y Carlomagno, Carlomagno...

tautológica llaneza que haría sonreír a más de un filósofo contemporáneo.

El recurso continúa cuando Maese Pedro está negociando el pago por sus títeres rotos. Pero durante la batalla contra los títeres, Don Quijote bien observó que el caballo de don Gaiferos volaba, y se defiende a tiempo:

> —Por esta figura —dijo Maese Pedro— que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.
>
> —Aún ahí sería el diablo —dijo Don Quijote—, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos, en la raya de Francia, porque el caballo en que iba a mi me pareció que antes volaba que corría; y así, no hay para qué venderme a mi el gato por liebre, presentándome aquí a Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene a mano, ahora holgándose en Francia con su esposo a pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo a cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos con pie llano y con intención sana. Y prosiga.
>
> Maese Pedro, que vio que Don Quijote izquierdeaba y que volvía a su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dijo:
>
> —Ésta no deber ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que le servían, y así, con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado.

Estamos aquí ante al menos tres de los temas secundarios: la locura, el teatro y la comicidad. Para Gaos, Don Quijote se había comportado en este episodio como el espectador perfecto de la escena teatral; Salmerón insistió en que fue el espectador: "que ya no distingue entre escena y realidad, con la misma pareja continuidad que tienen para él la vigilia y los sueños". Pero no hay un espacio del retablo al lado del espacio de la realidad; la escena y la realidad no tienen divisiones estáticas. La narración del ayudante de Maese Pedro se ve frenada por Don Quijote porque el muchacho se sale del tema o porque algo no *es* cierto: las campanas en las mezquitas, por ejemplo. Atento a la narración del ayudante, Don Quijote confundirá la imagen de los títeres con la realidad de las ideas que oye. El recurso narrativo, el detonante, es la confusión entre la *idea* de las cosas y la *imagen* de las cosas.

Por otra parte, Salmerón había explicado, siguiendo a Gaos, que la diferencia entre la locura de Hamlet y la locura de Don Quijote era la profesión de un ideal. Precisamente la profesión del ideal de caballería, donde se han mezclado fantasías y realidades, noches y días, sueños y vigilias, es el motivo por el que Don Quijote se lanza a combatir contra las huestes moriscas del retablo de Maese Pedro. La locura enarbola el ideal de valentía y justicia de la profesión de Don Quijote, pero lo descarga con fuerza sobre la realidad en que ha confundido ya las *imágenes* de las cosas con las *ideas* que sobre ellas tiene.

La comicidad de Cervantes nace de esto mismo, brota de este arco voltaico entre las imágenes y las ideas irrumpiendo en los planos de la razón y la realidad, y de la sinrazón y la irrealidad. La relación entre estos planos, sus acercamientos y contraposiciones, se logran a través de este recurso estilístico.

Veamos ahora otro episodio, esta vez con actores de carne y sangre. Al salir de Toboso y encaminarse a Zaragoza, Don Quijote y Sancho se encuentran con una carreta descubierta en la que viajan sorprendentes personajes:

> ...Se alegró Don Quijote, creyendo que se le ofrecía alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento, y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora, dijo:
>
> —Carretero, cochero, o diablo, o lo que eres, no tardes en decirme quién eres, a dó vas y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Carón que carreta de las que se usan.
>
> A la cual, mansamente, deteniendo el Diablo la carreta, respondió:
>
> —Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de *Las Cortes de la Muerte,* y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos a vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de Muerte; el otro, de Ángel; aquella mujer, que es la del autor, va de Reina; el otro, de Soldado; áquel, de Emperador, y yo, de Demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo; que yo le sabré responder con toda puntualidad; que como soy demonio, todo se me alcanza.

Cervantes confiesa aquí, en voz de Don Quijote, su gusto por el teatro, diciendo:

> ...Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho; que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.

Pero otro actor que no venía en la carreta, vestido también de diablo y con cascabeles y globos, asusta a Rocinante y luego monta el asno de Sancho. Don Quijote cae en tierra y Sancho, que ve al otro actor que huye con su pollino, le ayuda a levantarse y afligido le dice:

—Señor, el diablo se ha llevado al rucio.
—¿Qué diablo? —preguntó Don Quijote.
—El de las vejigas —respondió Sancho.

Don Quijote, decidido a castigar a los actores, da grandes voces y trata de alcanzar la carreta que ya se había alejado. Y otra vez, superponiendo imágenes de cosas e ideas de cosas, Cervantes narra:

...Tan altos eran los gritos de Don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intención del que las decía, en un instante saltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretero y el Ángel, sin quedarse la Reina ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando a recibir a Don Quijote en las puntas de sus guijarros. Don Quijote que los vio puestos en tan gallardo escuadrón, los brazos levantados con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas a *Rocinante,* y púsose a pensar de qué modo los acometería con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viéndole en taller de acometer al bien formado escuadrón, le dijo:

—Asaz locura sería intentar tal empresa: considere vuesa merced, señor mío, que para sopa de arroyo y tente, bonete, no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y también se ha de considerar que es más temeridad que valentía acometer un hombre sólo a un ejército donde está la muerte, y pelean en persona emperadores, y a quien ayudan los buenos y los malos ángeles...

Pero Sancho, que no advierte gran mudanza en el semblante de su señor, se ve precisado a recurrir a otro argumento:

...y si esta consideración no le mueve a estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningún caballero andante.

—Ahora sí —dijo Don Quijote— has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento.

La narración se apoya nuevamente en la superposición de la imagen de las cosas y la idea de las cosas: un actor que viste como la muerte *es* la muerte, un actor que viste como emperador *es* emperador. De esta superposición narrativa y de la oportuna discreción de Don Quijote para no confundir la imagen con la idea en el plano de la realidad —es decir, en el plano de las piedras que están a punto de arrojarle—, nace la comicidad, la contraposición entre el ideal y lo real, entre lo sobrenatural y lo natural, y entre el teatro y la realidad. Es decir, en este episodio estamos ante los temas secundarios del teatro, lo sobrenatural y la co-

micidad, y ante el tema principal de la razón y la realidad, incluso considerada ésta como las razones de los otros. Ante la realidad sin ideal, ante lo natural sin lo sobrenatural, ante la ausencia de división de la escena teatral y la realidad, ante el realismo a ras de tierra de Sancho, Cervantes puede agregar, con sorna, en labios de Don Quijote: "A ti, Sancho, toca, si quieres tomar venganza del agravio que a tu rucio se le ha hecho; que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables".

Don Quijote se desiste de atacar al ejército sobrenatural no porque fuera temeridad hacerlo, no porque lo irreal sea como es, sino porque la *realidad* carece verdaderamente del ideal que su profesión de caballero andante exige. La duda y precaución de Don Quijote es un ajuste de la razón para no subestimar la realidad. Y podemos decir que la condición que salva a los ángeles y demonios de perecer liquidados como los títeres de Maese Pedro es precisamente ser lo que son, no lo que no pueden ser.

Veamos, en el último ejemplo, una de las transformaciones relevantes para José Gaos: la transfiguración de Dulcinea. Sancho decide presentar ante Don Quijote como Dulcinea a una de las tres labradoras que salen del Toboso montadas en pollinos. El asombro de Don Quijote es inmenso, pues sólo ve a una labradora de toscas facciones, aunque Sancho porfía que es la señora Dulcinea misma. Asustada por el comportamiento incomprensible de ambos, la labradora intenta huir y Cervantes vuelve a narrar de este modo, superponiendo a la imagen de lo real, la idea de las cosas:

> ...Apenas se vió libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea, cuando picando a su *cananea* con un aguijón que en un palo traía, dió a correr por el prado adelante. Y como la borrica sentía la punta del aguijón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó a dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual, visto por Don Quijote, acudió a levantarla, y Sancho a componer y cinchar la albarda, que también vino a la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quijote levantar a su encantada señora de los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda, y quedó a horcajadas, como si fuera hombre; y entonces dijo Sancho:
>
> —¡Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán, y que puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mejicano! El arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra. Y no le van en zaga sus doncellas; que todas corren como el viento.

Y así era la verdad, porque en viéndose a caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon a correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua. Siguiéndolas Don Quijote con la vista, y cuando vió que no aparecían, volviéndose a Sancho, le dijo:

—Sancho, ¿qué te parece cuán malquisto soy de encantadores? Y mira hasta donde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar de contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto, ya nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terreno donde tomen la mira y asienten las flechas de la mala fortuna. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tal alta y tan fea como la de aquella aldeana, y justamente le quitaron lo que era tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor por andar siempre entre ámbares y entre flores. Porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea (según tú dices, que a mi me pareció borrica), me dio un olor de ajos crudos, que me encalambrinó y atosigó el alma.

—¡Oh canalla! —gritó a esta sazón Sancho—. ¡Oh encantadores aciagos y malintencionados...!

Como podemos ver, en este episodio Cervantes recurre de nuevo a superponer la idea (Doña Dulcinea) a la imagen (una labradora), y manteniendo a la vista del lector ambos extremos enfrenta de lleno uno de los elementos que Gaos había marcado ya como rasgo mistificador de la realidad: el encantamiento. No estamos aquí ante ninguno de los temas secundarios como el teatro, la locura, el sueño o lo sobrenatural. Lo cómico nace y se sustenta del enfrentamiento con el tema principal: la razón y la realidad. O mejor aún, ante este problema: ¡como conciliar realidad y razón? Curiosamente, a la razón le ayudará algo sobrenatural o irreal: el hechizo o el encantamiento que persigue a Don Quijote y al que Sancho terminará por maldecir. En *"El Quijote* y el tema de su tiempo", José Gaos habló así sobre este episodio:

...cuando Sancho pretende que Don Quijote tome por Dulcinea y dos doncellas suyas a las tres labradoras que venían del Toboso, se produce la más paradójica de las situaciones: que el loco transfigurador de las mozas del partido en doncellas y de Maritornes en la hija del castellano, se resiste a transfigurar a las labradoras en Dulcinea y sus doncellas, y sólo acepta la explicación del encantamiento, no para explicarse que la realidad *no sea* como es, sino para explicarse que sea como es.

Es decir, la *imagen* de la labradora opera aquí en la realidad y la *idea* de Dulcinea (además de en la narración) en el encantamiento. El recurso estilístico es el mismo, pero ahora aplicado a cosas inmersas en

la superposición de planos de la razón y la realidad *versus* sinrazón e irrealidad; así se explica, ciertamente, que la realidad *no sea como es*, sino que *sea como es.*

III

Pues bien, al encontrarnos con la sorpresa de las imágenes y las ideas de las cosas en el sueño, la locura, el engaño, la realidad, los valores militares, el gobierno de Barataria, el amor, la vida, los pueblos, España, la muerte misma, difícil será desentendernos de que Cervantes habla de la razón y la realidad. Y de las secuelas de sinrazón, irrealidad, transfiguración, ilusión y decepciones por lo irreal y lo real.

Reflexionando en el análisis de Fernando Salmerón, me convenzo más de lo inadecuado que resulta en nuestros días llamar *ficción* a la literatura. La creación literaria es otra forma de conocimiento, otra forma de comprender los problemas y temas que nuestra época comparte y enfrenta. La literatura es sólo una parte del conocimiento humano que se manifiesta en cada época en la ciencia, la filosofía y el arte. Como apuntó Fernando Salmerón en su comentario: "Es posible comparar la literatura y la ciencia y la filosofía porque todas son actividades que se proponen explicar o desentrañar el mismo tema históricamente vigente". Obras de Calderón, de Corneille, de Shakespeare, forman parte de la expresión de ese tema de razón y realidad junto con obras de Galileo y de Descartes.

Con la explicación de Gaos y Salmerón se torna comprensible, para un acercamiento a la historia de las ideas, que la cultura sea una sucesión temporal, histórica, de problemas y temas que van preocupando y ocupando a varios grupos humanos de distintas sociedades y épocas. Y que un tema del pasado pueda seguir formando parte de los problemas y temas de otra época, y que las obras que lo expresen se estudien entonces. Por eso, según apuntó Dilthey, obras así son la mejor fuente del conocimiento del hombre mismo.

El teatro es uno de los temas que aparecen con frecuencia en *El Quijote* quizás porque es una forma de vernos en un espejo, de vernos a la vez con distancia y dentro de nosotros, de vernos actuando con nuestra razón ante nuestros sueños, con la fuerza que nos permite regresar a la realidad, o descubrir su anterior imagen, o la idea de otra más.

Creer ahora que a través de la literatura griega no se entiende la realidad humana y social de Grecia porque la literatura es ficción; creer ahora que a través de la literatura española del Siglo de Oro no se conoce la realidad humana y social de la España de Cervantes porque la literatura es ficción; creer ahora que la literatura mexicana del siglo xx

no es necesaria para entender la realidad del México del siglo xx porque la literatura es ficción, sería una especie de encantamiento que al mismo Quijote dejaría asombrado.

Trátese de temas religiosos, eróticos, políticos o de la postración alcohólica o la demencia; de la maldad, el crimen o la traición, el escritor abre un camino de conocimiento hacia la realidad humana, apuntala una vía de comprensión del mundo y de todos los valores ligados a los personajes o temas que trata. Esto explica que la literatura sea un ejercicio de conocimiento, que la literatura sea parte de la comprensión que una época tuvo de sí misma y del mundo.

Los estudios cervantinos de José Gaos y el análisis de Fernando Salmerón demuestran que la creación literaria es una fuerza hermana de la creación filosófica y de la creación científica; que forma parte esencial del ejercicio de cultura con que las sociedades van reconociendo en ciertas ideas o temas fundamentales su propia naturaleza, su propia transformación, su propio destino. Y del interés por las ideas, los temas o los problemas de nuestras culturas, nace la filosofía, la literatura, la ciencia que las expresa, las mantiene o las transforma. Y es válido decir otra vez, con Aristóteles, que del asombro, de la sorpresa, sigue naciendo el deseo de conocer. Y que el amor por los mitos es, también, el amor por la sabiduría.

En esta fraternidad del pensamiento, la Academia Mexicana recibe ahora a Fernando Salmerón para engrandecerse con su sapiencia y con su brillante trayectoria. Gracias a la invocación de Don Quijote, que logró reunir en un solo ensayo a José Ortega y Gasset, a José Gaos y a Fernando Salmerón, me ha tocado en suerte a mí, a un amante de los mitos, el alto honor, y juro que inesperado, de recibir aquí a uno de mis maestros más destacados y nobles, de decirle aquí a Fernando Salmerón, con gran amistad y con una vieja y gran admiración: ¡Bienvenido!

DE LA PRESENCIA*

Por Ramón Xirau

Me han precedido en esta silla número XIII de la Academia Mexicana, hombres en verdad ilustres. Entre ellos, don Enrique González Martínez, gran poeta hacia quien he sentido siempre admiración y simpatía, y, naturalmente, don Martín Luis Guzmán cuyo elogio haré en el día de hoy con auténtico gusto. "Elogio", este género del Renacimiento que tiende hoy en día, y por desgracia, a desaparecer.

En su discurso de ingreso a esta Academia, Martín Luis Guzmán quiso hacer "un esquema de sí mismo". Logró —todos lo sabrán si leen el discurso— algo más que un esquema. Supo afirmarse, como decía en cierto momento uno de nuestros grandes pensadores, como "un hombre de carne y hueso", como "nada menos que todo un hombre".

Martín Luis Guzmán fue autor de crónicas y novelas o, mejor dicho, de novelas que también son crónicas. Dos libros suyos son excepcionales: *El águila y la serpiente,* periplo preciso que va del exilio a la Revolución en tierras del Norte, y *La sombra del caudillo,* dolorosamente exacto. No olvido *Memorias de Pancho Villa,* excedido en páginas y con todo apasionante. Estas novelas-crónicas no deben tal vez compararse, como se ha hecho, con las obras de los muralistas mexicanos. Ciertamente unas y otras tienen que ver a veces con la épica. Pero hay dos motivos por los cuales la comparación resulta inexacta. En primer lugar no hay en las novelas de Martín Luis Guzmán asomos de propaganda como la hay en buena parte de la obra de Diego Rivera y de Alfaro Siqueiros. Además, y éste es el segundo motivo, no es probable que el lenguaje de un lenguaje sea "traducible", por así decirlo, a otro lenguaje. Escribir no es pintar y no es, por "plásticas" que parezcan las páginas escritas, un arte plástico.

Otros libros memorables de Martín Luis Guzmán: *Filadelfia, paraíso de conspiradores, Javier Mina, héroe de España y México,* y tal vez sobre todo, sé que es un juicio subjetivo, las *Muertes históricas,* la de Porfirio Díaz, la de Venustiano Carranza. Escritor y político, también cultivó Martín

* Leído en sesión pública efectuada el 25 de octubre de 1994.

Luis Guzmán este género que llamamos *periodismo*. Palabra esta que significa, bien lo ha aclarado uno de los miembros de esta Academia, "camino que circunda y rodea", de *peri* "alrededor" y *hodos*, "camino" y "viaje". Y es verdad, Martín Luis Guzmán fue hombre de grandes viajes tanto físicos como mentales o espirituales: México, Nueva York, norte de México, España y otra vez México, por citar solamente sus periplos principales.

El novelista-cronista ejerció el periodismo en su muy primera adolescencia —lo cuenta precisamente en su discurso de ingreso a la Academia—. Lo ejercería más tarde en España —fue director gerente de los dos diarios más importantes de aquel país que en buena medida fue también su país. Me refiero al *Sol* y a *La Voz*—.

Martín Luis Guzmán vivió unos 12 años en España, donde se publicó una parte importante de su obra. Habría de regresar a México en 1936, donde reunió a escritores españoles exiliados junto a mexicanos en la revista *Tiempo*. Fue en España amigo de don Alfonso Reyes, de don Enrique Díez-Canedo y, en realidad, de toda una generación de escritores españoles, sin olvidar a don Manuel Azaña, también espléndido escritor, de quien fue secretario particular.

Otro asunto importante. Desde 1911, perteneció Martín Luis Guzmán a la generación del Ateneo de la Juventud con Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, José Vasconcelos, y tantos más. Y, en un breve estudio sobre Alfonso Reyes, decía Guzmán que Reyes mostraba una "absorción completa de su ser en su otra". Y añadía que don Alfonso era "de una honradez... que lo llevaba a hacerse un maestro de su arte". Todo esto es cierto. Lo es también del propio Martín Luis Guzmán.

Las novelas de Martín Luis Guzmán son lo mejor que se ha escrito sobre la Revolución Mexicana. El novelista y cronista narra lo que vivió, principalmente con los ejércitos del Norte, sin permitir nunca, aun cuando es él mismo personaje de varias de sus obras, que su vida aparezca en exceso. Económico en el lenguaje, preciso y exacto sin nunca ser frío maestro en el manejo de los diálogos, Martín Luis Guzmán fue, sin duda, maestro de su arte, no solamente de México, sino de la lengua castellana en una época en la cual en ella se producían grandes escritores, en Hispanoamérica, en México, en España. No quiero dejarme algo en el tintero. Las novelas pueden ser dramáticas y trágicas. También tienen que ser amenas, interesantes, vivas. Lo son siempre las que escribió Martín Luis Guzmán, como lo fue toda su obra.

Paso ahora a lo que he querido decirles hoy en este 25 de octubre, y en esta lengua castellana que espero no repleta de catalanismos, los catalanismos que podrían provenir de mi lenguaje poético.

Mi tema, el de la Presencia, el del "sentido de la presencia" por de-

cirlo con el título de mi primer libro en prosa, o si se quiere, el de la presencia de lo sagrado en las letras y, principalmente, en la poesía, y en algunas filosofías, las que culminan en una visión del mundo, es decir, las que tienen que ver con la metafísica. En efecto, mi tema, que espero se vaya precisando cada vez más a lo largo de este discurso, es el de la presencia.

Pertenezco y quiero pertenecer a lo que llamo el arco mediterráneo, el que va de la Toscana a esta tierra muy de trovadores que llamamos Provenza, hasta alcanzar tierras catalanas y valencianas. Hay que recordar que los poetas clásicos de la lengua catalana son mallorquines y principalmente valencianos. Me refiero a la familia March y, ante todo, a Auziàs March y a Jordi de Sant Jordi y a Gilabert de Proixita, todos ellos claramente renacentistas muy a principios del siglo xv. Después de 1939 se me extendió este arco a otro horizonte, el de México, el de la meseta, el de los lagos, sin duda. También el de las costas, especialmente las veracruzanas donde solían ir los exiliados españoles, los del "éxodo y el llanto", como decía León Felipe, los "transterrados" o transplantados como habría de decir José Gaos.

Barcelona. La casa paterna, la de Joaquín Xirau, mi padre, donde había una gran biblioteca, a la cual acudían con frecuencia los discípulos, como lo harían después en México. En aquella biblioteca, oí hablar de algo extraño que se llamaba filosofía. No me enteré de nada en años infantiles. Pero ¿puede entenderse algo en los dominios de la filosofía? Quede en pregunta la pregunta.

Biblioteca, libros, revistas, principalmente *Mirador,* donde descubrí algo de lo que eran las nuevas generaciones de poetas catalanes, la de los que escribían en los años treintas. También *Minautaure,* la hermosa revista de los surrealistas que veía pero no leía ni me importaban mucho los textos que en ella aparecían. Es probable que mi interés por los pintores surrealistas proviniera de haber visto, desde muy joven, obras de Salvador Dalí. Fue después la guerra de España, que nos marcaría a todos para siempre. Desde fines de 1938 viví en Francia, mis padres salieron de Cataluña en una ambulancia con don Antonio Machado y su madre, a quienes dejaron en Collioure, donde tan pronto moriría el poeta. ¿Vivir en Francia? Más bien en Provenza o en lo que los franceses llaman el Languedoc, cuya lengua había sido bautizada por Dante como "lingua d'ocha".

Mis poetas entre los 13 y los 15 años: Alcover, el poeta de Mallorca; Joan Maragall, cuya obra me ha acompañado siempre en el curso de los años; la de Josep Carnar, que sería mi maestro en "Mascarones"; la de Antonio Machado, Rafael Alberti, el de "marinero en tierra", y, claro, Federico García Lorca, cuya muerte nos fue tristemente anunciada en

Figueras por mi padre. Algo más tarde, poetas más complejos, entre ellos Jorge Guillén y, en letras francesas, Rimbaud, Verlaine (a Mallarmé habría de "describirlos", más tarde si es que aquí puede hablarse de descubrimiento). Muy pronto pude leer algunos poemas de poetas de México e Hispanoamérica gracias a la *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1882-1932) de Federico de Onís, publicada en 1934 en Madrid. Leí en ella algo de González Martínez, Villaurrutia y José Gorostiza. A Octavio Paz, lo leería más tarde, ya en México. He frecuentado la obra de Paz, sobre la cual escribí el primer libro que sobre él he escrito: *Octavio Paz, el sentido de la palabra* (1970).

Los poetas y los filósofos. La filosofía mal oída en la niñez —cosa que no deja de ser natural— fue después estudiada en "Mascarones", en aquella Facultad de Filosofía y Letras donde aprendí no poco de Antonio Caso, José Gaos, García Bacca, Samuel Ramos, García Máynez y, claro, Joaquín Xirau. Filosofía oída en clase y practicada en clase y casa, donde el maestro y los discípulos nos reuníamos semanalmente. De manera más familiar, quiero recordarlo, donde leíamos día a día los *Evangelios* —¡cuán especialmente en Semana Santa!— y capítulos del *Quijote.*

"Filosofía y poesía": así titulé un seminario iniciado en la Facultad de Filosofía y Letras a final de los años sesenta. Bien lo sabemos, poesía y filosofía no son la misma cosa. Digámoslo rápidamente y de manera demasiado simplista, bien lo sé: la poesía intuitiva *ve, descubre, encuentra* sin argüir. También puede ver la filosofía, pero su lenguaje es el de la argumentación, y, siempre que esto sea posible, de la prueba. La relación entre ambas, ya lo he insinuado, se encuentra en la zona de las concepciones del mundo, lo que se ha llamado, desde el siglo II de nuestra era, metafísica. Poesía y filosofía se acercan, lo cual es clarísimo en el caso de Platón, este gran poeta antipoeta o, por citar a dos contemporáneos, los casos de Henri Bergson, mucho más actual de lo que se piensa a veces, y naturalmente el de Martín Heidegger, en la que suele llamarse su "segunda época", cuando cobran especial peso los comentarios sobre los poetas y, por decirlo con él, los análisis acerca de la "esencia de la poesía".

Poesía. Filosofía. Empezaré con algunos filósofos que han estado conmigo a lo largo de los años.

Sea Descartes. Desde la primera parte del *Discurso del método,* Descartes escribía: "Mucho estimaba la elocuencia y estaba enamorado de la poesía". Así lo decía, lo *sentía* y vivía Descartes. De verdad estaba Descartes enamorado de la poesía. El filósofo de la razón, de la exactitud matemática, de las ideas claras y distintas, es decir, evidentes, es el mismo

que en 1619, en la ciudad de Ulm, donde meditaba acerca de su método, sueña en la "poesía y la sabiduría reunidas juntas" y dice con sencillez que las frases de los poetas "son más graves, más sensatas y están mejor expresadas que las que se encuentran en los escritos de los filósofos". ¿Contradictorio Descartes? No es de creerse. Descartes, el que inicia su *Discurso* diciendo que "la razón es la cosa mejor distribuida del mundo", es también el Descartes que interpreta sus propios sueños con lo que él llama "visión", y lo que llama "entusiasmo".

Descartes sabía muy bien que al escribir un ballet para la reina Cristina de Suecia en celebración de la paz de Westfalia, no estaba filosofando. Con todo, en lo profundo de su conciencia, Descartes filósofo era también, deseadamente, poeta, aunque lo fuera en sueños.

La poesía puede y frecuentemente es deseo de altura. También al ascenso aspira frecuentemente la filosofía. Sea ahora Platón.

Todos tenemos en mente la alegoría de la caverna. Dice Platón que hay que "imaginar" una "caverna subterránea" con "una entrada". En el fondo de la caverna están los hombres "atados de los pies y el cuello, de tal manera que hayan de permanecer en la misma posición y mirando tan sólo hacia adelante". Estos hombres creen que "lo único verdadero son las sobras" pero no pueden "recordar..." "su estado natural". Uno de ellos —se trata en efecto de Sócrates— rompe las cadenas y no sin dolor camina hacia la entrada de la caverna. Cuando ve el "Centelleo de la luz" queda "deslumbrado". Una vez acostumbrado, verá la luz que el Sol, es decir el Bien, proyecta. Si así sucede, distinguirá las "sombras" de los "objetos verdaderos". Verá la verdad del Sol "tal cual es" y la conocerá ausentándose del mundo para volver a este mundo de sombras. En efecto, Sócrates se "compadece" de los que viven en la oscuridad falaz y viene a decirles, con peligro de su vida, que aquello que ven es engaño y falsedad.

Ya en su vejez, P. Catón criticó su propio pensamiento —acto heroico que no se encuentra en ningún otro filósofo— para rehacerlo. El diálogo *Parménides,* que tanta influencia tuvo en los neoplatónicos de Alejandría, es, al decir de Diès, una "cascada de argumentos". La cascada culmina en la "participación de lo divino", como se dice en el *Filebo.* La escala y subida de Platón se repetirá en Plotinio y, en general, en el pensamiento místico, y filosófico. ¿No son las filosofías de Descartes, Spinoza, Hegel, por solamente recordar tres casos, tentativas de ascenso, intentos por conocer la *presencia* de lo sagrado y dar así sentido al mundo, al universo en que vivimos, a la vida misma?

El templo es presencia sagrada como pueden ser el árbol y la casa los ejes del mundo. Pueden serlo también pueblos, ciudades y pueden serlo esta hoja verde, esta nube clara, tan precisas y al mismo tiempo misteriosas. Así, en una tarde de otoño, cuando la neblina se levanta de las aguas. Aquí, en Venecia, en la presencia del silencio.

Y ahora las aguas verdes y azuladas de la tarde, las lanchas mariposa en vuelo por el lago. El aire es suave como lo es el lenguaje de estas muchachas cerca del lago. Nuevamente, presencia del silencio.

Regreso a los poetas, en la cronología aproximada de mis lecturas, no del tiempo objetivo, si es que existe un tiempo objetivo.

Sea Joan Maragall (1860-1911), gran poeta, buen ensayista en castellano. Maragall, el traductor a su lengua natal de poemas de Goethe, del *Enrique de Ofterdingen* de Novalis y de algunos textos de Nietzsche. Su poesía es clara y por serlo, en su sencillez, es difícilmente traducible. Son memorables las "vistas al mar", sus odas a Barcelona y a España, su canto a la Virgen del Valle de Nuria. Pero lo verdaderamente memorable es el *Càntic espiritual,* que empieza diciendo:

> Si el mundo es ya tan bello y se refleja,
> Señor, con tu paz en nuestros ojos
> ¿qué más nos puedes dar en otra vida?

y termina diciendo:

> Séame la muerte un mayor nacimiento
> Sia'm la mort una mejor naixenca.

La poética de Maragall se encuentra en sus tres elogios: el de la Poesía, el de la Palabra, el del Pueblo.

Escribía Maragall:

> Lo que podemos hacer todos es ponernos con humildad ante la realidad de la vida; no nos empeñemos en decir algo cuando no tenemos nada que decir y cuando sintamos algo que nos fuerza a hablar hablemos sinceramente, y digamos sencillamente nuestra impresión como el niño que al ver por primera vez una cosa bella la señala y la nombra sencillamente.

Maragall cree que el poeta y el pueblo viven cerca del "ritmo del universo". La palabra poética de Joan Maragall es la que él mismo llamó

"palabra viva". Decir en el silencio y en la palabra la presencia del mundo y la presencia de Dios en este y otros mundos.

Antonio Machado, cuya propia "palabra viva" lo acerca a la hondura sencilla de Maragall, es, como muchos escritores de su generación, un escritor no castellano que descubre Castilla, tan presente en su obra como puede estarlo su Andalucía, su Sevilla, Machado es también el poeta que alguna vez escribe a lo divino. Así en el poema 44 de *Proverbios y Cantares:*

No desdeñéis la palabra;
el mundo es ruidoso y mudo
poetas, sólo Dios habla.

Con más hondura, Machado termina uno de sus más precisos y emocionados poemas —el dedicado a don Francisco Giner de los Ríos, que acababa de morir— con estos versos:

Oh sí llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña
a los azules montes
del ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España!

También Machado veía la presencia del misterio, en esta tierra, toda presencia.

Muy cercano a nosotros, maestro, amigo, todo él vida, afecto, sonrisa, Alfonso Reyes, don Alfonso Reyes. Quiero recordarlo, espléndido poeta como fue, en un breve poema, *El pan en la servilleta,* poema con el cual he convivido con frecuencia. Decía Reyes:

Qué paloma qué cotovía
Sobre el mantel sabe anidar
y deja tibio todavía
el huevecillo singular

Engarruñado el lazo esconde
o bien plegado en alcatraz

el misterio de harina donde
la ley de Dios germina en paz

Oh paloma oh cotovía
nunca faltes donde yo estoy
El pan nuestro de cada día
dánosle hoy.

¿Ironía? más bien gozo ante lo misterioso cotidiano en esta oración que a lo cotidiano remite.

En Reyes también estaba la presencia y deseo de altura cuando en *Ifigenia cruel* decía, pensando en los griegos:

Los pueblos estaban sentados
antes de que echaras a andar.

"Maravilla del mundo", como decía fray Luis de Granada, en la emoción viva, en este pensar de Alfonso Reyes que es el "reunir", el "escoger".

Sabemos que Sor Juana no es una Mildegarda de Bingen o una Teresa de Jesús. Sor Juana no fue mística. Fue mujer de inteligencia, e intelecto, aunque también conviven en sus poemas ironía, afecto, alegría, canto.

Hay que leer y releer el *Primero sueño,* cosa que aquí hago no sin traer "agua a mi molino". Ciertamente, en este "pañelillo" que llaman *Sueño,* se describe el fracaso de la intuición que todo quiere abarcarlo con soberbia. El hombre, un verdadero microcosmos, un pequeño mundo, es en Sor Juana "compendio absoluto", de "águila", "planta", "bruto"...

¿A qué aspiraba Sor Juana? Decía:

¡Oh cuánta fineza, oh cuántos
cariños he visto tiernos.
Que amor que se tiene en Dios,
es calidad sin opuestos!

Amor, afecto, fe, gracia, en los dos sentidos de la palabra *gracia,* aparecen con frecuencia en sus poemas breves.

Predomina en la Sor Juana del *Sueño* el método, no como se ha pensado a veces el de Descartes sino el de Tomás de Aquino y, más lejanamente, de Aristóteles.

Sor Juana sabe que debe rechazar el "insolente exceso". "Exceso" porque se pretende, vanidad de vanidades, abarcar el Todo; "insolencia" o "la soberbia" que esta vanidad lleva consigo.

La dialéctica el *Primero sueño* oscila entre un imposible conocimiento

absoluto y una razón razonable, la de la escolástica presente en la obra de Sor Juana.

Llegamos al final del poema. El alma despierta y, después de los intentos por ascender hacia la divinidad, falaces en un caso verdadero la segunda vez y Sor Juana ve el mundo ofrecido, luminoso. Es, sin duda, el mundo de la luz, el que cierra o, mejor, abre, el final del *Sueño* cuando están

> el mundo iluminado
> y yo despierta

Esta mujer que busca el conocimiento, lo encuentra en la lucidez, en la presencia de un mundo radiante, claro, luminoso, preciso.

Dos palabras se han ido filtrando a lo largo de lo aquí dicho y descrito: las palabras *sacralidad* y *presencia.* ¿A qué remiten estas dos palabras?

Nuestro estar en el mundo, nuestro vivirlo y habitarlo está dicho en un verso de Jorge Guillén que he hecho totalmente mío.

Escribía Guillén en el primer *Cántico:*

> Soy; más, esto, respiro.

Es este estar en el mundo el que nos permite precisamente respirar, es decir, vivir. No es otro el sentido de la *presencia.* En efecto, ya lo veía San Agustín en el libro XI de las *Confesiones:* el pasado, el futuro, el presente no existen, y si vemos que somos tiempo y el tiempo no existe, tampoco nosotros existimos. Pero nuestro tiempo, el de la vida verdadera, es el de la *presencia.* Tiempo continuadamente nuestro, en nuestra estancia en el *mundo,* la presencia es constamentemente un *ahora,* atento al mundo, atento a los demás, atento al Otro, a los dioses, a la divinidad. Baste ahora un ejemplo que puede ser una ayuda sin acabar de ser una explicación. Imaginemos un barco; si lo vemos pasar desde fuera el barco es pura movilidad pero, si lo vivimos navegadamente desde dentro, el barco es continuidad y es presencia.

Presencia de ánimo, presencia de vida y tal vez "mayor nacimiento" como decía Maragall. Así, estar en presencia es respirar y, también sobre todo *aspirar* en este mundo y más allá de este mundo, a una experiencia sagrada. La que hemos observado en Descartes, en Platón, en Maragall, en Machado, en Alfonso Reyes, en Sor Juana. Experiencia que encontraríamos principalmente en los grandes místicos, San Bernardo, el Maestro Eckhart, San Juan, Santa Teresa. Todos en la presencia que es navegación hacia lo real eterno.

Así lo veía este poeta filósofo que fue Dante Alighieri, "Oh como es corto el decir", escribía la final del *Paradiso*. Y es que lo esencial, el fundamento de mundo y vida, es visible pero nunca del todo decible. Y seguía diciendo Dante que, ante el misterio, "le faltan fuerzas a la fantasía". Aparecen tres círculos y de tres colores en el misterio de los misterios, el de la Trinidad.

> A l'alta fantasia qui manco possa;
> ma gia volgeva il mio disio e 'l velle
> si come rota ch'igualmente e mossa
> L'Amor che move il sole e l'altre stelle
> (*Paradiso* XXXIII-142-145.)

Traduzco con González Ruiz:

> A la fantasía le faltaron aquí las fuerzas;
> pero ya giraban mi deseo y mi voluntad
> como una rueda que igualmente es movida,
> por el amor que mueve el Sol y las demás estrellas[1]

Termino, no sin antes decir, a todos mis amigos y colegas que han venido a acompañarme, *gracias, muchas gracias.*

[1] Dante Alighieri, *Obras completas,* versión castellana de Nicolás González Ruiz sobre la interpretación literal de Giovanni H. Bertini, Madrid, 1965.

RESPUESTA AL DISCURSO DE RECEPCIÓN DE RAMÓN XIRAU

Por Alí Chumacero

Recibimos hoy, en esta docta corporación, a uno de los escritores que con similar acierto han prodigado su pluma en varios campos de la letra escrita. Ramón Xirau incursiona lo mismo en la poesía que en la abstracción filosófica o en la crítica literaria, y en tan diversos géneros suele demostrar que la inteligencia se aviene con la apreciación estética y que el conocimiento no riñe con la imaginación. Si a su prosa la rigen el rigor y la búsqueda de la verdad, en su poesía destellan la luz, la noche, el amor, el sueño del sueño, el mar, los naranjos:

> En la noche de tus ojos
> ascendían las barcas;
> el naranjo colgaba, cielo adentro,
> olas doradas de la tarde.

El poeta, el filósofo y el crítico se funden en el hombre de letras, en el intelectual que da fe de su persona mediante la interpretación del espacio y el tiempo en que su vida alienta la esperanza. "Frente a este mundo —a partir de este mundo al cual estamos vinculados— queda la esperanza de que sepamos volver a nosotros mismos." De ahí que al abordar la esencia del alma, que es el principio de la naturaleza humana y por la cual somos lo que somos, Xirau se interna a profundidad tanto en eso que somos como en lo que nuestros sentidos enfrentan cotidianamente:

> Me pasa el río que pasa
> y yo soy este río
> cuando la ventana abierta
> hace contagio de ojos y de agua.

Tal parece que triunfara la intención de Leibniz cuando indicó que el conocimiento del ser queda comprendido en el autonocimiento. Es decir, que la sabiduría y la experiencia artística, el razonamiento y la contemplación de la belleza —formas complementarias en cuanto nos asomamos al espejo de la realidad— ayudan con mucho a conocer y a

conocernos. Y si la filosofía aconseja a Ramón Xirau que "conocer es, al mismo tiempo, percibir, sentir, nacer en el mundo", la poesía le advierte, por arte de magia, que su imperio se cimienta en penetrar el asombro de lo sagrado. Es algo así como el pez que en las olas se diluye y, al hacerlo, configura el grito que de pronto desordena la oscuridad.

El nuevo académico es —nos lo acaba de decir— catalán nacido en Barcelona, hijo de Joaquín Xirau, quien muy tempranamente adoptó la filosofía como el único oficio capaz de soportar. Cuando la rebelión fascista obligó a su familia a salir de Cataluña, fueron a la Gran Bretaña y a Francia, y luego, en agosto de 1939, vinieron a nuestro país. Desde entonces Ramón Xirau permanece entre nosotros y, sin perder de vista que el lugar de origen es la arcilla que nos moldea, se ha convertido en un mexicano que no sólo ama esta tierra sino que sabe honrarla con su pasión por la cultura. Basta con recordar algunos títulos de sus trabajos: *Sentido de la presencia, Palabra y Silencio, Mito y Poesía, Poesía y conocimiento, Dos poetas y lo sagrado, Poetas de México y España, Genio y figura de Sor Juana Inés de la Cruz, Octavio Paz: el sentido de la palabra, Poesía iberoamericana contemporánea, Las playas, Dicho y escrito* y *Pájaros.*

Paralelamente a su tarea de escritor, Ramón Xirau fue subdirector del Centro Mexicano de Escritores, fundó la revista *Diálogos* del Colegio de México y es doctor *Honoris causa* por la Universidad de las Américas y por la Universidad Autónoma de Barcelona. Actualmente es investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad de México, profesor de la Facultad de Filosofía de la misma casa de estudios y miembro del Colegio Nacional. Ha recibido los premios Elías Sourasky, Universidad Nacional y Alfonso Reyes.

En el texto que acaba de leer, enriquecido con recuerdos personales y confesiones literarias, Xirau refleja un propósito afín a la peculiar manera con que discurre sobre los temas elegidos. Le importa descubrir la presencia de lo sagrado en las actividades del espíritu, particularmente en la poesía. No lo sagrado como suplantación de la divinidad, sino como el hálito incorruptible del creyente, puesto en armonía con la facultad de discernir. Los juicios de Platón, Plotinio, San Agustín, Descartes, Spinoza, Hegel, Bergson, Maritain, Heidegger, acerca de la poesía —tan ajena y a la vez tan íntima de los filósofos— aluden a vasos comunicantes entre el pensamiento filosófico y la conciencia religiosa. Ambas, filosofía y religión enlazadas, prestan sentido al mundo y pueden conducir a la creación poética.

Si la filosofía es deseo de conocimiento, la poesía es ansia de ascensión, y una y otra se conciertan en la conciencia humana. Expresado con otras palabras: la poesía nos conduce a la revelación; el pensamiento filosófico se dirige al Ser. Pero, parece decir Xirau, en ocasiones acceden

a juntarse en tranquila convivencia, en instantes de silencio y reposo, y se transforman en

> La noche sosegada...
> la música callada,
> la soledad sonora,
> la cena que recrea y enamora.

A pesar de esa probable unión, la poesía y la filosofía no confunden sus funciones. La poesía es intuitiva: *ve, descubre, encuentra.* La filosofía también puede *ver,* pero su lenguaje es el de la argumentación, y si es posible, el de la comprobación de lo que afirma. Son dos vertientes por donde fluye la unidad de la condición humana. Sobre ellas se agitan las alas misteriosas de lo místico, de "lo mostrable no demostrable". Por eso, animado por su seguridad en lo trascendente, Xirau canta lo que desde un principio ha dominado el "sentido de la presencia", aquello que torna al hombre en algo más que su paso por el tiempo: "En la presencia, que es navegación hacia lo eterno". Alguna vez, en sílabas medidas, escribió:

> No hay lugar ni espacio ni tiempo donde estés
> Tú; no hay círculos ni claras esferas.
> Escuchemos, ojos mortales, en el silencio,
> concentrados, vivos, atentos, en el Silencio.
> Hacia tu mar penetran lentas barcas,
> penetran lentamente nuestras barcas.

Por lo antes dicho —lo cual es sólo un rápido reconocimiento de las cualidades intelectuales de Ramón Xirau— sea bienvenido a esta casa en cuyo recinto conviven quienes creen, más allá de cualquier contingencia, en la virtud de la palabra.

LA LEYENDA DE TEÓFILO*

Por Luis Astey

1. Si, desbordando en cierta medida las acepciones que al respecto registra el *Diccionario de la Real Academia Española* en su edición más reciente, se acepta entender por tópico un área retórica definida pero vacía y susceptible de ser intelectual y emotivamente llenada conforme a la subjetividad de quien se lo proponga, este discurso de no merecido ingreso a la Academia Mexicana se halla constituido por tres tópicos fundamentales.

2. El primero se cumple, apropiadamente, con admiración y respeto. En efecto, don Octaviano Valdés, nacido en 1901, fue ordenado presbítero a la edad de 26 años tras la correspondiente preparación en el Seminario Conciliar de la ciudad de México y en el Colegio Pío Latino y la Universidad Gregoriana de la ciudad de Roma —preparación que lo condujo a obtener los doctorados en filosofía y en teología—; en 1951 fue designado canónigo de la Catedral metropolitana en México y a partir de 1953 desempeñó varios cargos para el correspondiente Arzobispado: desde vicecanciller secretario de la Mitra hasta protonotario apostólico y coordinador de ésta, así como vicario general de aquél (1978). En 1956 había recibido la dignidad de prelado doméstico de su santidad el papa. Y esa su brillante trayectoria en el orden de lo eclesiástico, sin duda causante de numerosas tareas administrativas, no le fue obstáculo sino al parecer estímulo tanto para su ejercicio de la convivencia y amistad —muestra de ello la "Tertulia dominical del Padre Valdés", de 1932 a 1991, semanalmente celebrada en su casa— como para su al mismo tiempo diversa y unitaria dedicación académica. Diversa en sus modos de manifestarse: poesía *(El pozo de Jacob,* 1933; *Bajo el ala del ángel,* 1952), novela *(La cabellera de Berenice,* 1968); ensayo *(El prisma de Horacio,* 1937; *Ángel María Garibay,* 1985); traducción *(Por los campos de México,* 1942, 1950 y 1973); biografía relatada con técnica de novela *(El padre Tembleque,* 1945 y 1973), enseñanza (cátedras de griego, de filosofía y de arte sacro a lo largo de 35 años: 1929-1964), presencia (desde 1956)

* Leído en sesión pública efectuada el 7 de febrero de 1995.

en esta corporación, de la que además fue séptimo censor. Son ejemplos. Dedicación unitaria, en cambio, por el espíritu que la presidió, continua y auténticamente religioso.

Dado ese curso de su vida y según las ideas de la fe que profesaba, hace casi ya cuatro años (murió el 29 de mayo de 1991) don Octaviano Valdés debe de hallarse en perpetua felicidad y gloria. Que así sea.

3a. El segundo tópico, el que ha dado título al discurso, cae bajo la conocida y sabia sentencia del *Qohélet (Eclesiastés* en la *Septuaginta* y en otras traducciones): "Lo que fue, eso será y lo que ha sido hecho, eso será hecho, y nada hay nuevo bajo el sol" (I, 9), aun cuando, como ha de verse, en cierto sentido intenta eludirla. Admítase pasar a él.

3b. En su lengua de origen, el griego, de la leyenda de Teófilo, compuesta en la segunda mitad del siglo VII o ya en el VIII, se conservan, cada una con sus propias variantes, dos versiones. La más tardía y más extensa de ellas, que en los colofones de tres manuscritos se atribuye a sí mismo alguien que dice tener por nombre Eutiquiano y haber sido familiar del protagonista, clérigo y escribano en su iglesia y testigo presencial de los hechos, en el siglo IX fue traducida al latín por un diácono de Nápoles llamado a su vez Paulus, quien dirigió la obra a Carlos *el Calvo,* último de los emperadores carolingios. Con fundamento directo o indirecto en esa traducción, hasta el año de 1500 la leyenda conoció entonces difusión y amplio desarrollo en el ámbito cultural de Occidente. Así lo manifiestan, entre otros testimonios (plásticos algunos de ellos), variados y numerosos textos literarios narrativos o dramáticos o líricos, en prosa o en verso, escritos en la mayor parte de las lenguas ahí y entonces en uso: nuevamente latín, italiano, francés, español, galaico-portugués, anglosajón, inglés, holandés, bajo y alto alemán, islandés, sueco. Textos de los que, por diversas razones, es preciso destacar por lo menos los siguientes. En latín, la quinta leyenda de Hrotsvitha de Gandersheim ("Caída y conversión del vicario Teófilo"), del siglo X, por ser la más antigua versificación del relato, e igualmente la sección en que éste es incorporado por el dominico genovés Jacobo de la Vorágine al capítulo 189 ("De la concepción de la bienaventurada virgen María": 8 de diciembre) de su *Leyenda áurea (ca.* 1264), pues dado el propósito de recopilar y difundir lo más conocido a que ésta obedece, tal incorporación constituye la mejor prueba de la aceptación de aquél por el estrato eclesiástico. En francés, el *Miracle de Theóphile* (1260) de Rutebeuf porque en su verso 653, aunque casi al final del drama y no en la voz del vicario sino en la de su obispo, se introduce por primera vez la idea, tan repetida posteriormente, de que el pacto con el Diablo es puesto por escrito con la propia sangre: "Lo escribió con su sangre, otra tinta no hizo entrar en él". Así como, sin que sea necesario especificar

porqués, en español el "Milagro de Teófilo" en los *Milagros de Nuestra Señora (¿ca.* 1250?) de Gonzalo de Berceo, el 'Enjienplo de Theófilo' en el capítulo 82 ("Muestra cómo las mujeres de los reyes deben haber también [=tan bien] los bienes del alma como los del cuerpo") en la segunda redacción de los *Castigos e documentos (ca.* 1292) del rey Sancho IV y la narración que bajo la máxima "Quien a la Virgen sirve con devoción / de sus pecados le gana el perdón" incluye Clemente Sánchez de Vercial en su *Libro de los exenplos por A. B. C. (ca.* 1400-1421) más, en galaico-portugués, la tercera cantiga (¿1257?), "Como Santa Maria fez cobrar a Theophilo a carta que fezera como Demo, u se tornou seu vassalo", de Alfonso X *el Sabio*. Y, trascendiendo el término cronológico antes señalado, es asimismo indispensable poner de relieve un punto que desde las últimas décadas del siglo XIX ha sido reconocido en muchas ocasiones por especialistas en el tema (Th. Zahn: 1882, R. Petsch: 1908, C. Plenzat: 1926, L. Radermacher: 1927, Ph. M. Palmer, y R. P. More: 1936, por nombrar algunos): la relación histórico-literaria del *Fausto* de Goethe con la leyenda, que se halla testimoniada por la actancia en él de la *Mater gloriosa* como centro y culminación de "lo eterno femenino que nos atrae hacia lo alto" —actancia que, por otra parte, no se encuentra ni en el anónimo *Libro popular del doctor Fausto* que el impresor Johann Spies publicó en Frankfurt en 1587 y que fue el más difundido de los tratamientos iniciales del respectivo material ni en ninguna de las dos elaboraciones (1604 y 1616) de *La trágica historia del doctor Fausto* de Christopher Marlowe, primer drama de alto nivel que se ocupa de esa historia—.

Tanto en trabajos de esos y de otros especialistas como en la introducción a cualquiera de las ediciones más o menos eruditas de todas las obras mencionadas, o de otras que desarrollan asuntos similares —*El mágico prodigioso* de Calderón de la Barca, por ejemplo—, es posible hallar datos y consideraciones acerca de la leyenda de Teófilo. De ordinario las mismas consideraciones y los mismos datos. Para evitar repetirlos una vez más, se sustituyen aquí por una traducción al español —tal vez la primera que se ha hecho— de la traducción de Paulus, cuya quizá todavía no agotada función seminal para una rama de la literatura de Occidente sí conviene en este momento reiterar. Para dicha traducción al español se toma como base la edición del texto latino que ofrecen los *Acta sanctorum* de los bolandistas (febrero, vol. I, pp. 483-489; Amberes, 1658), obra que, afortunadamente, se conserva en el Fondo de Origen de la Biblioteca Nacional de México.

3c. De Teófilo arrepentido: un milagro de Santa María

Autor: Eutiquiano

Traductor: Paulus, diácono de Nápoles

Capítulo I

Alejamiento de Teófilo de la vida virtuosa. Cristo y Santa María negados con juramento

(1) Sucedió que, antes de que se realizase la incursión de la execrable raza de los persas en el estado romano, en una ciudad denominada Adana, perteneciente al segundo distrito de Cilicia, vivía un vicario de la santa iglesia de Dios, de nombre Teófilo, sobresaliente por sus costumbres y modo de vida, quien con serenidad y absoluta moderación razonablemente gobernaba tanto los asuntos atañederos a la iglesia como el propio redil de Cristo, de modo tal que a causa de esa su afortunada mesura el obispo descansaba en él para cualquier acto administrativo relacionado con la iglesia o con la totalidad del pueblo. Por lo que todos, desde el más grande hasta el más pequeño, dábanle gracias y lo amaban. Pues a los huérfanos, a los desnudos y a los indigentes con pertinencia suministraba lo adecuado.

(2) Ocurrió entonces que, habiéndolo llamado Dios, el obispo de dicha ciudad llegó al fin de su vida, e inmediatamente todos los eclesiásticos y el pueblo entero, profesando afecto al vicario y reconociendo su diligencia, de común acuerdo decretaron que fuera hecho obispo y dirigieron sin demora el solemne decreto al obispo metropolitano. Éste, recibido aquél y reconocidas las virtudes del varón designado, asintió a lo decidido por los solicitantes y ordenó compareciese el vicario. Éste, sin embargo, tras de recibida la carta del obispo metropolitano, de inmediato rehusó a viajar, rogando a todos que no lo compelieran a ser hecho obispo, sino que les bastara con que fuese vicario, y afirmando y declarando solemnemente no ser merecedor de un cargo de tan gran honra. No obstante, como el pueblo lo apremiara, tomado por debajo del brazo fue conducido hasta el obispo metropolitano y recibido con gozo. La consagración era inminente. Pero él entonces, postrado en el suelo, abrazando los pies del obispo suplicaba que nada de eso se ejecutase en él, proclamándose completamente inmerecedor del rango episcopal y consciente sin reservas de sus propios pecados. Y luego de que durante mucho tiempo estuvo inmóvil en el suelo y humillado así a los pies del obispo, se le concedió un lapso de tres días para que reflexionara. Ahora bien, después del tercer día, llamándolo ante sí el obispo comenzó a exhortarlo y a elogiar su pericia. Pero él se declaraba indigno de ascender los peldaños de sitial tan eminente. Por lo cuál, viendo tal persistencia suya en la obstinación y que de ninguna manera quería dar su consentimiento, el obispo lo despidió y promovió a otro hombre, digno, para que ejerciera el cargo episcopal de aquella iglesia.

(3) Más tarde, consagrado ya el obispo y cuando hubieron retornado a su propia ciudad, algunos clérigos lo incitaron a que, removiendo al anterior, nombrase vicario a otro miembro de la iglesia. Hecho lo cual, el que había sido separado de su cargo precedente sólo se ocupaba de la atención de su casa. Ahora bien, el astuto adversario y envidioso enemigo del género humano, al ver a ese varón vivir modestamente y dedicarse a ejecutar buenas acciones, comenzó a hacer latir su corazón con pensamientos depravados, haciendo entrar en él los celos por el vicariato y la envidia de la ambición, y lo encaminó hacia esas abominables e inicuas deliberaciones con la que no la divina sino la humana gloria deseara y, más que la celeste, apeteciera una transitoria dignidad, todo ello a grado tal que demandase los auxilios de los hechiceros.

(4) Residía por entonces en la misma ciudad cierto nefandísimo hebreo, operador de todo tipo de artes diabólicas, quien, con sus artificios para hacer negar la fe, a muchos había ya sumergido en el foso infernal de la perdición. En tanto, encendido de inane gloria, el infelicísimo vicario había caído en revolver dentro de sí, confusa y obstinadamente, la avidez por este mundo, y ardía con el deseo de la ambición. Por lo cual con rapidez acudió de noche al susodicho hebreo y, llamando a su puerta, solicitaba acceso. En consecuencia, viéndolo abatido así, aquel hebreo odioso a Dios lo invitó al interior de la casa y le dijo: "¿A causa de qué has venido a mí?" Y él, cayendo humillado ante sus pies, decía: "Te lo ruego, ayúdame, porque mi obispo ha ejercido injuria contra mí y me ha llevado a la ruina con eso". Le respondió el execrable hebreo: "Mañana por la noche, a esta hora, ven a mí, y te conduciré a mi señor y él te ayudará en lo que quieras". Aquél entonces, oyendo esto con alegría, actuó así y a media noche vino a él. El nefando hebreo, por su parte, lo condujo al circo de la ciudad y le dijo: "De cualquier cosa que vieres u oyeres no te horrorices, y no hagas para ti el signo de la cruz". Habiéndolo prometido él solemnemente, de pronto le mostró unos entes vestidos de blanco, con una multitud de candelabros y dando grandes gritos, y su príncipe sentado en medio de ellos: eran en verdad el Diablo y sus ministros. Ahora bien, sujetando el desdichado judío la mano del vicario, lo condujo a la infame asamblea. Y el Diablo le dijo: "¿Por qué has traído hasta nosotros a este hombre?" Respondió: "Juzgado sin justicia por su obispo, y habiéndome solicitado vuestra ayuda, señor mío, lo he traído". Dijo entonces aquél: "¿Qué clase de ayuda he de prestar a un hombre que sirve a su Dios? Mas si desea ser mi siervo y ser contado entre nuestros militantes, lo auxiliaré de tal modo que pueda hacer más que anteriormente e imperar sobre todos, el obispo inclusive". Vuelto hacia él, dijo el hebreo al infeliz vicario: "¿Oíste lo que te dijo?" Él respondió: "Lo he oído, y cualquier cosa que me pida la haré en tanto que me auxilie". Y comenzó a besar los pies del príncipe y a rogarle. Dijo el Diablo al hebreo: "Que niegue al hijo de María y a ella misma, porque me son odiosos, y que ponga por escrito que los niega absolutamente, y cualquier cosa que quisiere la obtendrá en tanto que los siga negando". Entonces Satanás se introdujo en el vicario y éste

dijo: "Niego a Cristo y a su madre". Y haciendo un pacto autógrafo puso cera en él y lo selló con su propio anillo, y se retiraron ambos con gran gozo por su perdición.

(5) Ahora bien, al día siguiente, con todo honor vuelto a llamar de su retiro el vicario, el obispo —movido, pienso, por la Divina Providencia—, expulsado vergonzosamente aquel a quien él mismo promoviera, otra vez instituyó al primero como vicario y delante de todo el clero y del pueblo le confirió autoridad para la administración de la santa iglesia y sobre las posesiones que le correspondían así como sobre la multitud entera. Y fue privilegiado doblemente de cuanto lo fuese antes y de nuevo sublimado en honor, a grado tal que el obispo en voz alta declaró que había pecado al rebajar a tan idónea y perfecta persona y promover a un inútil y menos idóneo. Nuevamente provisto de poder, comenzó a dar órdenes y a enaltecerse por encima de todos el propio vicario, obedeciéndolo todos con miedo y temblor y sirviéndolo durante poco tiempo. Mas con frecuencia el execrable hebreo se dirigía ocultamente al vicario y le decía: "¿Has visto de qué modo de mí y de mi señor obtuviste beneficio y rápido remedio en lo que impetraste?" Y él: "Lo confieso y en verdad doy gracias por tu cooperación".

Capítulo II
Arrepentimiento de Teófilo.
Esperanza de perdón obtenida de la virgen madre de Dios

(6) Y cuando hubo permanecido breve tiempo en tal jactancia y en el foso profundo de su negación, el creador de todo y redentor nuestro, Dios, quien no quiere la muerte de los pecadores sino su conversión y vida, recordando su anterior manera de vivir y el modo como administrar la santa iglesia de Dios y que a las viudas, a los huérfanos y a los indigentes abasteciera óptimamente, no despreció a su creatura sino le dio la conversión del arrepentimiento. Y vuelto en sí de arrogancia y negación tan grandes, recuperada la mesura comenzó a hacer humildes sus propios pensamientos y a afligirse por los actos que había ejecutado, dedicándose a los ayunos y oraciones y noches de vela y revisando muchas cosas en su mente. Y considerándose privado de la salvación, atormentado, meditando en el suplicio del eterno incendio y en la muerte eterna del alma, en el fuego inextinguible, en el crujir de dientes y en el gusano que no muere, con temor poniendo ante sí mismo todas esas cosas, aterrado y con gemido y amargas lágrimas dijo: "Oh, miserable de mí, ¿qué hice y qué he realizado? ¿A dónde me dirigiré ahora, colmado de suntuosidad, para hacer salvar mi alma? ¿A dónde iré yo, infeliz pecador, que negué a mi Cristo y a su santa madre y me hice siervo del Diablo mediante la nefanda garantía de un pacto autógrafo? ¿Qué hombre piensas que lo pueda sustraer de la mano del Diablo devastador y, así, ayudarme? ¿Qué necesidad tuve de conocer a ese nefando e incinerable hebreo?..." (En verdad, poco tiempo antes el hebreo había sido condenado por la ley y por el juez) "...¿Qué, entonces? Así son recompensados quienes,

abandonando al Dios y señor, acuden al Diablo. ¿De qué me aprovechan lo temporalmente ventajoso y la altivez de este vano mundo? Ay de mí, miserable y presuntuoso pecador, ¿de qué modo he sido atrapado? Ay, de mí, miserable pecador, ¿de qué modo he perdido la luz e ingresado a las tinieblas? Me hallaba bien mientras fui apartado de la administración; ¿por qué deseé, a causa de una gloria vana y una vacua reputación, entregar mi alma miserable a la gehena? ¿Qué auxilio pediré, yo que de cualquier auxilio he sido defraudado por el Diablo? Yo soy el culpable de este asunto, yo soy el autor de la perdición de mi alma, yo soy quien he traicionado mi propia salvación. Ay de mí, ignoro de qué manera he sido arrebatado de mí mismo. Ay de mí, ¿qué haré; a quién iré; qué responderé en el día del juicio, cuando todas las cosas aparecerán abiertas y desnudas? ¿Qué diré en aquella hora en que los justos serán coronados y, en cambio, seré condenado yo? ¿O con qué seguridad compareceré ante el tribunal regio y terrible? ¿A quién rogaré, a quién imploraré en esa tribulación? ¿O a quién llamaré en aquella necesidad, cuando todos estarán ocupados de lo suyo y no de lo de otros? ¿Quién tendrá misericordia de mí? ¿Quién vendrá en mi socorro, quién me protegerá, quien me dará su patrocinio? Nadie, ciertamente; ahí nadie ayuda sino todos dan cuenta de sí mismos. ¡Ay, miserable alma mía, de qué manera fuiste aprisionada, de qué manera has sido deshecha, de qué manera has sido engañada y demolida, en qué clase de ruina te has derrumbado, en qué naufragio te has sumergido, por qué lodo has sido envuelta! ¿En qué puerto te refugiarás ahora? ¿A qué remedio has de acudir? ¡Ay de mí, miserable, que, atrapado y sumergido en el abismo, no me puedo levantar!

(7) Y mientras durante largo tiempo dentro de sí debatía con su alma estas cosas y tales simientes de salvación eterna estaban siendo sembradas en su ánimo, Dios, único misericordioso y compasivo, que no desprecia a su creatura sino la sostiene, lo cercó con otro pensamiento. Dijo el vicario: "Aun cuando sé que al Hijo de Dios, nacido de la santa e inmaculada siempre virgen madre María, señor nuestro Jesucristo, y a ella, los he negado por mediación de aquel hebreo que conocí en mala hora, iré, no obstante, a esa misma santa y gloriosa, resplandeciente madre de Dios, a ella sola recurriré con toda mi alma y corazón y haré sin cesar oraciones y ayunos en su venerable templo, hasta que mediante ella encuentre misericordia para el día del juicio". Y a continuación decía: "Pero ignoro con qué labios intentaré impetrar su benignidad, pues sé ciertamente que he pecado contra ella. ¿Y con qué preámbulo iniciaré mi confesión? ¿Confiando en qué estado de mi corazón y en qué condición de mi conciencia intentaré mover mi lengua impía y mis mancillados labios? ¿Y por cuáles pecados, miserable yo, en primer término buscaré remisión? Que si osare hacer esto con imprudencia, un fuego descendido del cielo me consumirá, porque ya no soporta el mundo los males que yo, miserabilísimo, he obrado. Ay, miserable alma, levántate de las tinieblas que te han envuelto, invoca, prosternándote, a la madre de nuestro señor Jesucristo, porque verdaderamente ella tiene potestad para imponer a esta culpa una penitencia saludable".

(8) Y pensando esto dentro de sí, vigorosamente animado y dejados los abrumadores tropiezos de este mundo, con toda diligencia y resuelta voluntad delante de todos se prosternó en el santo y venerable templo de la inmaculada y gloriosa siempre virgen María, de día y de noche, presentándole sin cesar peticiones y plegarias y pasando el tiempo en ayunos y noches de vela con el fin de, retirado ya de tantos crímenes, ser redimido de ellos y liberado del pernicioso engañador y dragón maligno así como de la negación que había hecho, practicando durante 40 días con sus noches ayunos y oraciones en solicitud de perdón a nuestra protectora, la madre del Señor salvador nuestro.

(9) Y, en verdad, después del cumplimiento de esos días, en medio de la noche claramente apareció el universal auxilio y dispuesta protección de los cristianos que están atentos a ella, verdadero refugio de quienes a ella se acogen, senda de los extraviados y redención de los cautivos, verdadera luz para quienes minan en las tinieblas, refugio de los afligidos y consuelo de los atribulados, la señora nuestra y verdadera madre de Dios, diciéndole: "¿Por qué así, hombre, sin razón y fastidiosamente persistes en suplicar que te ayude, hombre que has negado a mi Hijo, salvador del mundo, y a mí? ¿O de qué modo puedo proponer a Él que te perdone las malas acciones que has cometido? ¿Con qué ojos miraré al rostro a ese misericordiosísimo Hijo mío, a quien tú has negado, y me atreveré a rogarle por ti? ¿Con qué confianza puedo suplicarle cuando tú has apostatado de Él? ¿O de qué manera me presentaré ante el terrible tribunal y osaré abrir mi boca y solicitar su benevolencia clementísima? Y, en verdad, no soporto ver que mi Hijo sea denigrado injuriosamente. Concedo, hombre, que los pecados que cometiste contra mí puedan encontrar cierta indulgencia por cuanto que amo piadosamente a la estirpe de los cristianos y más aún a aquellos que con recta fe y conciencia limpia acuden a mi templo. A éstos de todas las maneras posibles los acepto y los ayudo y los estrecho entre mis brazos y los abrigo entrañablemente. Mas no soporto ni oír ni ver a quienes vilipendian a mi Hijo, porque necesitan de muchos combates y trabajos y arrepentimientos de corazón para poder alcanzar su benignidad. Pues en verdad es misericordioso, pero extremadamente justo y santo juez".

(10) Ahora bien, el varón, respondiéndole, le dijo: "Sí, Señora mía siempre bendita, sí, Señora que eres protección del género humano, sí, Señora que eres puerto y sostén de quienes se refugian en ti, sé, Señora, sé que mucho he pecado contra ti y contra Aquel que nació de ti, nuestro Señor, y que no soy digno de obtener misericordia. Pero tomo ejemplo de quienes anteriormente pecaron contra tu Hijo, señor nuestro, y mediante arrepentimiento merecieron el perdón de sus pecados, y por eso me atrevo a acercarme a ti. En verdad, si no fue por el arrepentimiento, ¿cómo los ninivitas fueron salvados? De no ser por el arrepentimiento, Rahab, la prostituta, no hubiese alcanzado salvación. Si no fue por el arrepentimiento, ¿cómo David, habiendo caído en el abismo de la fornicación y del homicidio tras de obtener el don de la profecía y de recibir el testimonio del Señor y el reino, al mani-

festar su arrepentimiento con su palabra mereció no sólo el perdón de sus grandes pecados sino asimismo de nuevo el don de la profecía? Si no fue por el arrepentimiento, ¿cómo el bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, primero entre los discípulos, columna de la Iglesia, quien recibió de Dios las llaves del reino de los cielos, habiendo negado al señor Cristo no una ni dos sino tres veces, llorando amargamente después de ello obtuvo el perdón de tan graves pecados y, adquiriendo más grande honor, fue hecho pastor del divino y racional aprisco? Si no fue por el arrepentimiento, ¿cómo Él acogió a Zaqueo, preeminente entre los republicanos y los calumniadores? Si no fue por arrepentimiento, ¿cómo el bienaventurado Pablo se convirtió de perseguidor en vaso de elección? Si no fue por el arrepentimiento, ¿cómo este apóstol hubiera ordenado perdonar a aquel corintio que fornicó, diciendo: 'No sea que lo atrape Satanás'? Si no fue por el arrepentimiento, ¿cómo aquel que tantas maldades cometía, Cipriano, quien en verdad hendía a las preñadas y se implicaba en ignominias de toda clase, con vigor fortalecido por Santa Justina, acogiéndose al arrepentimiento no sólo recibió la remisión de tantas perversidades sino también fue agraciado con la palma del martirio? Por lo que asimismo yo, pecador, confiado en el indicio de tantos, me acerco, suplicando a tu benigna misericordia, para que me tiendas tu protectora mano derecha y te dignes concederme el perdón de mis pecados. Por tu hijo, el señor nuestro Jesucristo, contra quien yo, miserable pequé".

(11) Y cuando de este modo él declaraba, la santa y venerable señora nuestra, madre de Dios, única casta, única santa en alma y en cuerpo, única en tener facultad para hablar delante de Aquel a quien ella engendró, delante de Cristo, consolación de los atribulados, compasión para los afligidos, vestimenta para los desnudos, báculo de la ancianidad, sólida protección de quienes acuden a ella, quien con sus santas entrañas da calor a todos los cristianos, le dijo: "Confiesa ante mí, hombre, que aquel Hijo a quien yo di a luz y negaste tú es el Cristo, hijo del Dios viviente, que ha venido a juzgar a los vivos y a los muertos, y yo rogaré por ti y te apoyaré." Y respondió el vicario: "¿Y cómo me atreveré, Señora mía siempre bendita, yo, infeliz e indigno y que tengo la boca mancillada y sucia, que negué a tu Hijo, señor nuestro, y que he sido atrapado por los vanos deseos de este mundo? Y no eso únicamente, sino que lo que tenía para remedio de mi alma, quiero decir la venerable cruz y el santo bautismo que recibí, lo manché mediante el acta de amarguísima negación que he firmado". Y le dijo la santa e inmaculada madre de Dios siempre virgen María: "Tú solamente acércate a Él y confiésalo, porque Él es misericordioso y aceptará las lágrimas de tu arrepentimiento y del de aquellos que limpia y sinceramente se acerquen a Él. En verdad a causa de eso Él, siendo Dios, se dignó tomar carne de mí, sin mengua de su deidad: para hacer salvo al género humano".

(12) Entonces el bienaventurado varón, con reverencia y palabra adecuadas, inclinado el rostro y gimiendo confesó: "Creo en el señor nuestro Jesucristo y lo adoro y enaltezco, persona de la Santa Trinidad, hijo del vi-

viente Dios, inefablemente nacido del Padre antes de los siglos y, verdadero Dios, en tiempos muy recientes descendido del cielo y por el Espíritu Santo encarnado en ti, santa e inmaculada virgen María, y que vino al mundo para salvación del género humano. Confieso que Él es el verdadero Dios y verdadero hombre que a causa de nosotros pecadores se dignó sufrir y ser escupido y abofeteado y extendió los brazos sobre el madero vivificante, entregando su vida, como buen pastor, por nosotros pecadores. Y que fue sepultado y resucitó y ascendió al cielo en la carne que recibió de ti, Castísima, y en su santa gloria ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, sin necesidad de acusador sino acusándonos o excusándonos nuestra conciencia de las mismas obras que serán juzgadas, y poniendo el fuego a prueba cuál haya sido la obra de cada uno. Estas realidades las confieso con mi alma, mi cuerpo y mi corazón, las profeso, les doy culto y las adoro. Y con esta mi impetratoria garantía, dada con todo el esfuerzo de mi mente, preséntame, santa e inmaculada virgen madre de Dios, ante tu Hijo el señor nuestro, y no rechaces ni desprecies mi plegaria por haber sido arrebatado, abatido y atrapado, sino líbrame de las iniquidades que me aprisionan y de la tempestuosa turbulencia que me posee, pues me hallo despojado de la gracia del Espíritu Santo". Y cuando hubo dicho esto, la santa madre de Dios, esperanza y sostén de los cristianos, redención de los extraviados y senda verdadera de quienes a ella acuden, manantial para los indecisos, la que intercede por los pecadores, alivio de los pobres y mediadora entre los hombres y Dios, admitiendo eso como suficiente disculpa de él, le dijo: "He aquí que yo, creyéndote a causa del bautismo que recibiste mediante mi hijo Jesucristo y a causa de la excesiva compasión que hacia vosotros los cristianos tengo, me acercaré a Él y arrojada a sus pies le rogaré por ti, en la medida en que él te acepte".

Capítulo III
Los pecados perdonados.
Devuelto el pacto autógrafo.
Muerte de Teófilo

(13) Y cuando esta visión se hubo mostrado y la mañana se hubo hecho, se retiró de él la inmaculada virgen madre de Dios. Y durante tres días más el vicario, orando y golpeando con fuerza su rostro contra el piso, permaneciendo sin alimento en el mismo venerable templo y regando con lágrimas el sitio, no se retiraba de él y dirigía continuamente la mirada hacia la clara luz e inefable rostro de la gloriosa madre de Dios, aguardando de ella esperanza de salvación, por lo que una vez más la única protección, el consuelo único de quienes a ella acuden, la única blanca oblea glorificante, la que fue nutrida en el santo de los santos, apareció ante él con risueño rostro y ojos de alegría, diciéndole con sosegada voz: "Hombre de Dios, es suficiente tu arrepentimiento, el que has mostrado ante el Dios creador y el Salvador de

todo. Acepta el Señor tus lágrimas y asiente a tus peticiones a causa de mí, siempre y cuando hacia Cristo, hijo del viviente Dios, observes todo eso en tu corazón hasta el día de tu muerte". Y respondió él: "Sí, Señora mía, acataré y no dejaré de lado tus palabras porque a ti tengo, después de Dios, por protección y patrocinio, y, confiando en tu ayuda, no desatenderé lo que prometí y he confesado. Sé, en verdad, sé que no hay para los hombres otra protección sino solamente tú, siempre bendita. Pues, ¿quién, inmaculada virgen Señora mía, ha esperado en ti y ha sido confundido? ¿O qué hombre ha pedido la omnipotencia de tu ayuda y ha sido abandonado? Por lo que ruego también yo, pecador y presuntuoso, a la perenne fuente de tu benignidad extender sobre mí, errado y engañado, las entrañas de tu misericordia, pues me hallo sumergido en el cieno. Ordena por ello que pueda recuperar la execrable acta de negación y nefanda garantía firmada para aquel que me engañó, el Diablo, porque esto es lo que intensamente hace temblar a mi misérrima alma".

(14) Así pues, de nuevo lamentándose mucho y derramando copiosas lágrimas, el antedicho varón, requiriendo a la esperanza única de todos y salvación de las almas nuestras, oraba a la santa y siempre virgen María. Y luego de tres días más, como si fuera en una visión, ella le presentó el acta de garantía, provista del sello de cera, tal como lo otorgó él —esto es, la garantía apostática—. Y al levantarse del sueño encontró el acta sobre su pecho el ya mencionado vicario y, lleno de alegría por lo sucedido, comenzó a temblar de tal modo que las articulaciones de todos sus miembros se distendieron.

(15) En verdad al día siguiente, como fuese día del Señor, habiendo entrado en la santa católica iglesia, después de la lectura del santo Evangelio se lanzó a los pies del santísimo obispo y minuciosamente todo lo relató: lo que fue realizado por execrable y pernicioso hechicero hebreo, en su propia arrogancia y negación, la redacción del pacto autógrafo motivada por la inane gloria de este mundo, en seguida su confesión a Dios y al señor nuestro Jesucristo y su arrepentimiento mediante milagros, y luego el indefectible manantial de la inmaculada madre de Dios, por quien recibió en devolución el autógrafo pacto de pésima negación. Y tendiendo al santísimo obispo el documento sellado, lo entregó en sus manos, y simultáneamente se asombraron todos, clérigos y laicos, mujeres y niños. Y él pidió que con toda claridad y delante de todos fuera leído el muy inicuo y espantoso pacto autógrafo. Y el pueblo entero supo lo que le había ocurrido y de qué modo le había sido devuelta el acta de negación.

(16) Por lo que también el obispo clamó y dijo: "Venid, todos los fieles, glorifiquemos a Jesús, nuestro verdadero señor. Venid todos, mirad estos pasmosos milagros. Venid, amados de Cristo, y mirad a quien no quiere la muerte del pecador sino su conversión y vida eterna. Venid, padres míos, mirad la eficacia del arrepentimiento. Venid, mirad las lágrimas que lavan los pecados. Venid, queridísimos, mirad las lágrimas que borran las cicatrices de las acciones inicuas y hacen ver el alma más blanca que la nieve.

Venid, mirad las lágrimas que vuelan llevando al alma hacia el Señor. Venid, mirad las lágrimas que obtienen la remisión de los pecados. Venid, cristianos todos, contemplad las lágrimas que extinguen la cólera de Dios. Venid, observad cuán eficaces son los gemidos del alma y la contricción de los corazones. ¿Quién no quedará admirado, hermanos, de la inefable tolerancia de Dios? ¿Quién no quedará estupefacto de la inenarrable compasión y caridad de Dios hacia nosotros pecadores? Durante 40 días ayunó el legislador Moisés, y recibió las tablas escritas por Aquél: este hermano nuestro permaneció en ayuno durante 40 días en el venerable templo de la gloriosa virgen María, y volvió a recibir la anterior gracia que por negar perdiera. Por lo tanto, al mismo tiempo que él, también nosotros demos gloria al Dios nuestro, que tan misericordiosamente respondió al arrepentimiento de quien en Él buscó refugio por intervención de la inmaculada siempre virgen María, la que entre los hombres y Dios es puente, verdadera esperanza de los desesperados y refugio de los afligidos, la que atempera la maldición de la naturaleza humana, la que es verdadera puerta a que todos los pecadores llamamos y se abre, y la que a Aquel a quien ella engendró, al Señor nuestro, lleva nuestras peticiones y recibe de Él el perdón de nuestros pecados. Acuérdate por tanto asimismo de nosotros, santa madre de Dios, que estamos atentos a ti y en ti nos refugiamos, y no abandones desvalido al aprisco sino suplica por él a Dios misericordioso e intercede para que sea conservado en prosperidad y sin oprobio. Pues todos los cristianos esperamos en ti y a ti acudimos y hacia ti de día y de noche levantamos nuestros ojos, y a ti verdaderamente y a quien tomó carne de ti, el señor nuestro Jesucristo, rendimos honor y glorificamos. ¿Y qué más diré o hablaré, o qué clase de alabanza o gloria ofreceremos a nuestro señor Dios omnipotente Jesucristo, quien de ti nació? Ciertamente, Señor, excelsas son tus obras y no hay lengua que baste para expresar la grandeza de tus milagros. Excelsas verdaderamente son tus obras, y de hecho adecuada esta sentencia del Evangelio: 'Traed la mejor ropa y ponédsela, dadle un anillo para su mano y calzado para sus pies y traed un ternero cebado y matadlo, y alegrémonos mientras comemos, porque este hermano nuestro estaba muerto y ha resucitado, había desaparecido y fue hallado' ".

(17) Y después de que el vicario se hubo levantado, el obispo le pidió quemar la nefandísima acta, lo que fue hecho. Y el pueblo, al ver consumido por el fuego el execrable pacto autógrafo y denegatoria garantía, se puso a clamar durante largo tiempo y entre muchísimas lágrimas: "Kyrie eleison". Y haciendo con la mano una señal para que callasen, dijo el obispo: "Paz a vosotros", y procedió a celebrar los ritos de la misa. Y tras el cumplimiento de los sagrados misterios y la recepción del alimento sacro, al punto refulgió como el sol el rostro del vicario venerable, y, viendo la súbita transfiguración del varón, todos glorificaban grandemente a Dios, único que hace milagros tan magníficos.

(18) Y después de regresar al venerable templo de la madre de Dios, la que lo liberó de su error execrable, y de comer parcamente, decaído de

cuerpo desfalleció en el mismo lugar en donde se halla sepultado y en donde asimismo contempló aquella feliz visión, quedando como clavado en ese sitio. Y luego de tres días, tras de dar el ósculo a los hermanos, de distribuir lo suyo entre los indigentes y disponer así óptimamente de ello y de haber glorificado a Dios en su confesión, puso su alma bienaventurada en las manos del Hijo de Dios y de la inmaculada siempre virgen María y se encaminó hacia el Señor, de quien es la gloria hoy y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

3d. Expuesta ya la leyenda, aun cuando sea en traducción de traducción, tal vez procedería tanto contextualizarla como examinar los elementos que la constituyen: tiempos, ambientes, personajes, acciones, parlamentos, ideas, estilo, etcétera, y, como resultado de ambas operaciones, poner de manifiesto su significado cultural e ideológico o, cuando menos, algunos aspectos de él —así por ejemplo las implicaciones de la problemática del poder en los estratos divino, humano y diabólico o el sentido de la estereotipada representación del judío como ente maligno, cristiana y medieval, desde luego, aunque por desgracia no exclusivamente—. Otra conocida y sabia sentencia, ahora de Horacio: "Sé breve" *(Epístola a los Pisones,* v. 335), hasta el momento no muy bien observada en este discurso, con toda sensatez advierte que sería impropio desarrollar esa temática en la actual ocasión.

4. Pero queda un tópico más, en el que lo emotivo de nuevo predomina: hacer constar el debido agradecimiento a la Academia Mexicana, no en cuanto corporación abstracta sino como conjunto de las distinguidas personas que actualmente la integran, por la designación con que me ha favorecido, y en particular a don Manuel Alcalá Anaya, a don José G. Moreno de Alba y a don Roberto Moreno y de los Arcos, quienes propusieron que eso así fuese. Y, por otra parte, agradecer también a todos los presentes el haber escuchado estas palabras.

Complemento bibliográfico

I. Leyenda de Teófilo

A. Textos griegos:

L. Radermacher (ed.), "Theophilus", en *Griechischen Quellen zur Faustsage* (Viena y Leipzig, 1927; Sitzungsberichte der Akademie der Wissenschaften in Wien, Philologisch-historische Klasse, 206-4), pp. 151-219. Versión de Eutiquiano: p. 182-218.

B. Traducción de Paulus:

J. Bollandus y G. Henschenius (eds.), "Miraculum S. Marie de Theophilo penitente auctore Eutychiano, intérprete Paulo Diacono Neapoleos", en *Acta Sanctorum Frebruarius* (1658, Amberes), pp. 483-489.

C. Algunas reelaboraciones:

1. *Hrotsvithae opera,* ed. K. Strecker (1930; 2a., Leipzig, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1850), pp. 67-80.
2. Santiago de la Vorágine, *La leyenda dorada* II, trad. J. M. Macías (1984, 2a., Madrid), pp. 850-861. Leyenda de Teófilo: p. 854.
3. Rutebeuf, *Le miracle de Théophile,* 2a., ed. G. Frank, París, 1949, Les Classiques Francais du Moyen Age, 49.
4. Gonzalo de Berceo, *Los milagros de Nuestra Señora,* ed. B. Dutton (1971, Londres; Obras completas, II), pp. 211-247.
5. *Castigos é documentos del rey Don Sancho,* ed. P. de Gayangos, en *Escritores en prosa anteriores al siglo XV* (1860, Madrid; Biblioteca de Autores Españoles, 51), pp. 214-217. 'Enjienplo': p. 215.
6. C. Sánchez de Vercial, *Libro de los exenplos por A. B. C.,* ed. J. E. Keller (1961, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Clásicos Hispánicos, II), pp. 201-202.
7. Alfonso X, *Cantigas de Santa María* I, ed. W. Mettman (1959, Coimbra; Acta Universitatis Conimbrigensis), pp. 9-10.

II. Leyenda de Fausto

A. Precedentes y estudios:

1. Th. Zahn, *Cyprian von Antiochen und die deutsche Faustsage,* 1882, Erlangen.
2. R. Petsch, *Theophilus: mittelniederdeutsches Drama in drei Fassungen,* 1908, Heidelberg, Germanische Bibliothek, II 2.
3. C. Plenzat, *Die Theophiluslegende in den Dichtungen des Mittelalters,* 1926, Berlín, Germanische Studien.
4. L. Radermacher, *op. cit.*
5. Ph. M. Palmer y R. P. More, *The sources of the Faust tradition: from Simon Magus to Lessing,* 1936, Nueva York.

B. Textos modernos:

1a. *Historia von D. Johann Faustus, dem weitbeschreyten Zauberer und Schwarzkünstler,* 1587, Frankfurt.

1b. *El libro popular del doctor Fausto,* trad. M. Oeste de Bopp, Revisión: O. Zorrilla y C. Tercero, 1984, México.

2a. Ch. Marlowe, *Works*, ed. C. F. T. Brooke (1957, Oxford), pp. 139-229.
2b. *Id., La trágica historia del doctor Fausto,* trad. M. Cohen, 1983, Barcelona, Icaria Literaria, 21.
3a. J. W. von Goethe, *Faust: eine Tragöide,* 1947, Berlín.
3b. *Id., Fausto,* trad. J. Roviralta B.; ed. M. J. González y M. A. Vega, 1987, Madrid, Cátedra, Letras Universales, 77.

III. El mágico prodigioso

1. Texto: P. Calderón de la Barca, *El mágico prodigioso,* ed. B. W. Wardropper, 1988, México, Rei, Letras Hispánicas, 217.
2. Estudio: Ch. Dédéyan, "Un sujet parallèle: *El mágico prodigioso*", en *Le thème de Faust dans la littérature européenne,* II (1954, París), pp. 145-226.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO DE INGRESO EN LA ACADEMIA MEXICANA DE DON LUIS ASTEY

Por Manuel Alcalá

I

Honró durante 35 años la silla número XXXVI monseñor Octaviano Valdés. Humanista y gran conocedor de la literatura latina, cultivó también la poesía y la novela. De ello se han percatado ustedes por la memoria que de él ha traído para nosotros don Luis Astey.

Su primera formación fue la del jurista. Obtuvo, en efecto, su licenciatura en derecho y ciencias sociales en la Universidad Autónoma de Guadalajara, con título de la Universidad Nacional Autónoma de México. Su formación de jurista la corona con su vocación de humanista. Pero no exclusivamente en el campo de la literatura clásica latina, como su predecesor. Su terreno es otro y muy amplio.

Con una beca de la Alianza Francesa de México hizo estudios sobre literaturas antiguas del Cercano Oriente y sobre el drama latino medieval. Ello fue en la Facultad de Letras de la Universidad de París —Sorbona— y en la École Pratique des Hautes Études.

Su interés por el antiguo mundo del Cercano Oriente lo llevó a Madrid con una beca del Instituto de Cultura Hispánica. En la Villa del Oso y el Madroño hizo una investigación dirigida sobre antigua literatura mesopotámica. Ello fue en el Instituto Benito Arias Montano del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En la Harvard Graduate School, con beca de la Fundación Rockefeller, hizo una investigación dirigida sobre literatura clásica griega.

Esa amplia y sólida preparación da sus frutos en la docencia, en la investigación y en diversas publicaciones. También las bibliotecas le deben mucho.

II

A sus 24 años empieza su consagración a la docencia como profesor de tiempo completo en el Departamento de Humanidades del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey de septiembre de 1945 a julio de 1973. En esos mismos años fue profesor de literatura griega clásica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Nuevo León. Pero en ella empezó su enseñanza en septiembre de 1951.

Desde mediados de 1973 lo tenemos en la ciudad de México dedicado siempre a la docencia en tres instituciones: la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, el Departamento de Estudios Generales del Instituto Tecnológico Autónomo de México y El Colegio de México.

En la primera fue profesor de asignatura (literatura medieval) de septiembre de 1973 a julio de 1988, en la licenciatura de letras hispánicas. Y desde septiembre de 1981 lo es en la División de Estudios de Posgrado. En el segundo se desempeña como profesor de tiempo completo y ha dado cursos de historia de las ideas. En el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México profesa diversos cursos, principalmente de literatura medieval.

III

Por lo que atañe a la investigación, lo vemos en El Colegio de México desde septiembre de 1977 como investigador de proyecto en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. Desde julio de 1988 en el mencionado Instituto Tecnológico Autónomo de México tiene derecho a dedicar a la investigación el sesenta por ciento del tiempo. Desde esa misma fecha hasta junio de 1991 estuvo en el Sistema Nacional de Investigadores, en el nivel II. Pasó al nivel III en julio de 1991 y sigue en él. Los temas de investigación son en literatura y en filología.

Por lo que a bibliotecas se refiere, fue director de la Biblioteca del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey de enero de 1961 a agosto de 1973.

También está empeñado en otras actividades.

Desde 1984 es coordinador de la "Biblioteca Novohispana" en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. Es igualmente miembro del Consejo de Redacción de la *Nueva Revista de Filología* de dicho Colegio. Y también forma parte del Consejo Editorial de la revista *Estudios,* publicada por el Departamento de Estudios Generales del Instituto Tecnológico Autónomo de México.

Por lo que a sus publicaciones concierne, ellas son o bien originales, o bien traducciones directamente de textos mesopotámicos, griegos o latinos, o ya ediciones de temas medievales, todas ellas acompañadas de notas e introducciones.

De sus publicaciones originales, señalo *Procedimientos de edición para la "Biblioteca Novohispana"*, que publicó El Colegio de México en 1985.

Por su interés en los temas mesopotámicos y del Cercano Oriente, señalo las cuatro siguientes: *El poema de la creación "Enuma elish"*, que se publicó en Monterrey en 1961 al cobijo de Arte A. C. y de la Asociación de Estudiantes de Arquitectura del Instituto de Estudios Superiores de Monterrey. Ese mismo año y en Monterrey también la revista *Humanitas* publica, en sus páginas 299 a 323, "El mito acadio de Zu y dos documentos afines". Siempre en *Humanitas* de Monterrey —páginas 237 a 256— y en 1963, "Algunos textos sumeroacadios de la creación". Cultiva afanoso el tema de su primera publicación, *Enuma elish,* cuya traducción publica en 1989 la Universidad Autónoma Metropolitana.

Menciono sus dos publicaciones en el terreno del mundo griego. La primera apareció en Monterrey y en 1967, en las páginas 45-119 del número 1 de *Cuadernos de humanidades.* Se intitula "La *teogonía* hesiódica". La segunda, todavía inconclusa, "Sofistas, dioses y literatura", se ha venido publicando en *Estudios* de la ciudad de México, número 2, 1985, páginas 77-83; número 3, páginas 91-104, y número 4 de 1986, páginas 49-84.

Pero son más numerosas sus publicaciones —once hasta ahora— sobre literatura latina medieval. Entre ellas descuellan las dedicadas a la monja Rosvitha de Gandersheim. La Sor Juana Inés de la Cruz del siglo X, me atrevo a decir. En el número 1 de 1966 de los *Cuadernos de Investigación Humanística* de Monterrey, y en las páginas 175-202, publica "Rosvitha de Gandersheim", *Dulcidio (Dulcitius).* En la colección Poesía en el Mundo de Monterrey y en 1969 sale de la imprenta *Rosvitha de Gandersheim,* "*Calímaco*". Finalmente en 1990 publica en traducción suya y con notas *Los seis dramas* de la misma monja. Fue una coedición del Fondo de Cultura Económica y el Instituto Tecnológico Autónomo de México.

Me quedan todavía por mencionar ocho publicaciones sobre temas medievales:

"*Sponsus*": *un drama medieval latino-románico.* Colección Poesía en el Mundo, número 46, Monterrey, 1967. Hay segunda edición de 1969.

"El *Danielis ludus* de la Catedral de Beauvais", en *Humanitas* de Monterrey, número 10, 1969, pp. 307-325.

El "Ludus de Nativitate" de Benediktbeuern, Colección Poesía en el Mundo, número 80, Monterrey, 1970.

Dramas latinos medievales del ciclo de Navidad, Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 1970. Es el número 4 de la Serie Letras de las publicaciones de dicho instituto.

"*Peregrinus*": *Tres versiones,* Colección Poesía en el Mundo, número 91, Monterrey, 1971.

Una edición del "Pergamino Vindel", Colección Poesía en el Mundo, número 130, Monterrey, 1978.

"El *Ordo Virtutum* de Hildegard von Bingen", en las páginas 17-52 del tomo II: *Literatura,* del libro *Reflexiones lingüísticas y literarias* editado por R. Olea Franco y J. Valender, El Colegio de México, 1992; Estudios de Lingüística y Literatura, XXI.

Dramas litúrgicos del Occidente medieval, 1992, en coedición de El Colegio de México, Conacyt y el Instituto Tecnológico Autónomo de México.

V

Y ahora acaba de ilustrarnos y deleitarnos con su discurso. El glosarlo sería impertinencia mía, pues quitaría el buen sabor que nos ha quedado. No dejo de admirar el perfecto equilibrio de los tres tópicos que lo constituyen.

En el segundo nos ha dado una excelente visión del nacimiento y amplia difusión de la leyenda de Teófilo en el mundo occidental. A propósito del papel de la *Mater gloriosa* en el *Fausto* de Goethe ha acuñado, como buen lingüista, la voz *actancia.* Lo hizo partiendo del francés *actante,* término del crítico teórico estructuralista francés Greimas. Divide éste al personaje, sea de teatro o de novela, en *acteur* y en *actante.* El primero es el personaje caracterizado mediante la palabra; el segundo, mediante la acción. Claro que hay personajes que son a la vez *acteurs* y *actantes.*

En el tercer tópico nos ha ofrecido su excelente traducción de la versión latina que dan los *Acta Sanctorum.* Son ellos una recopilación de vidas de santos en la que trabajan desde el siglo XVII los beneméritos bolandistas. Pudo manejar —nos ha dicho— esa rara edición de 1658 en el rico Fondo de Origen de la Biblioteca Nacional de México.

VI

Su amplio y sólido humanismo, su buen conocimiento de nuestra lengua, amén de otros méritos, le abrieron las puertas de nuestra casa co-

mo académico electo. Esta noche, por el docto discurso que acabamos de escucharle, es ya académico de número. Y en ese discurso, parte medular ha sido su versión de la leyenda de Teófilo. Versión en la que en excelente español ha conservado el candoroso encanto del latín de la traducción de los bolandistas.

Por todo ello, me es muy grato dar a don Luis Astey la bienvenida a nuestra Academia, con el beneplácito y el aplauso de sus colegas.

DE TOMATES, CACAHUATES Y OTROS DISPARATES*

Por Salvador Díaz Cíntora

Señor director de la Academia Mexicana,
señoras y señores académicos,
señoras y señores:

Acostumbramos todos, al referirnos a nuestra lengua, llamarla lengua materna y no paterna; no ha de obedecer ello a que en cada caso sea más bien hablada la madre que el padre; probablemente se deberá a que el niño habla más con aquélla que con éste; como quiera que sea, esta manera de expresarnos establece una relación indudable entre madre y lengua; la lengua se bebe, o se bebía al menos, por así decirlo, en la leche materna, y si en algo crecíamos enmadrados era en materia de lenguaje. Fecha entonces la más apropiada esta que mis sabios colegas, que no yo, escogieron para mi ingreso a la Academia Mexicana. Fiesta de Santa Mónica, de su madre, pues, para un nativo de Yurirapúndaro, lugarejo agustiniano como ningún otro en estas tierras.

¿Qué decir de la silla que se me ha llamado a ocupar, la silla IX, digo en su origen del ilustre conde de Heras y en último término de don Ignacio Bernal, descendiente suyo a través del sapientísimo don Joaquín García Icazbalceta? No parece sino que, en el colmo de la gentileza, me hubiera la Academia invitado a escoger la silla que más me gustara. No puedo, entonces, sin nota de ingratitud, dejar de hacerme lenguas en agradecimiento a los colegas, que obsequiaron así, con creces y unánimemente, la propuesta que de mi humilde persona quisieron hacer los doctores Manuel Alcalá, Rubén Bonifaz Nuño y Roberto Moreno y de los Arcos; reciban todos ellos la expresión, siquiera insuficiente, de mi más sincera gratitud.

Mucho tendría que extenderme si hablara de mi sabio predecesor como lo merece y según me dicta mi admiración por él; fuerza es ser breve. Dice un proverbio zapoteca: Hay muchos caminos; tú escoge el que lleva al corazón de Juchitán. Así fue como don Ignacio, nacido en

* Leído en sesión pública efectuada el 4 de mayo de 1995.

París, vino a dar, una y otra vez, a Oaxaca;[1] viajero incansable, arqueólogo de enorme prestigio, director del INAH, maestro huésped en Cambridge, Oxford, Harvard, regresaba sin falta a sus largas temporadas en Monte Albán, Dainzú o Yagul. No era ya aquélla la Oaxaca del siglo XVIII, cuya *increíble, espesa frondosidad*, a decir del padre Ajofrín, *sólo con el paraíso puede compararse*, aquella que contaba en sus hexámetros nuestro jesuita guatemalteco Landívar:

> *Undique florentem circumdant aequore campi,*
> *immenso pinguique satis ac divite gleba,*
> *frigus ubi ardenti commiscuit aura calori*
> *temperieque levat pecudesque hominesque benigna.*
> *Perpetuis lucent distincti floribus agri,*
> *et vestita ferax foliis vernantibus arbos*
> *altera maturis curvatur prodiga pomis,*
> *altera dum teneros fructus tibi cauta reservat.*

[Floreciente, la cercan por todas partes los campos con su llanura inmensa de ricos y gruesos terrones, donde el frío al ardiente calor mezclaron las auras, y ganados y hombres el temple benigno recrea; lucen los prados adorno perpetuo de flores; ya de vernales hojas un árbol fértil vestido, pródigo al peso se inclina de manzanas maduras, ya el otro, cauto, sus frutos tiernos te guarda.]

No, ya no era así, era la tierra erosionada que sabemos, pero de todos modos no menos querida; los nombres mismos de los sitios que exploraba parecen decírnoslo:[2] Yagul, *árbol* o *palo viejo,* Dainzú, *cerro de órganos,*[3] que nos hace pensar en el *Candelabro* de Velasco. Ni dejó de contribuir al estudio de otras antiguas culturas de México; grandes avances le debe la investigación de los monumentos olmecas, y por lo que hace al centro del país, su magnífico libro *Tenochtitlan en una isla* conserva su valor a pesar de cuanto sobre tal materia se ha escrito después. Grande es el hueco que dejan hombres como Ignacio Bernal, y aun modera mi gusto de estar aquí el pensar en los ensanches que habrá menester mi flaco ingenio para que no me quede demasiado grande su silla.

Tema familiar sin duda a don Ignacio, como familiar que fue del gran Icazbalceta, es el que me propongo tratar en este discurso; tema, por otra parte, de actualidad, ahora que la Academia trabaja en la pre-

[1] Arturo Oliveros en *Arqueología Mexicana,* 3, 1993, p. 35.

[2] Marcus Winter, *ibid.*, p. 18.

[3] Roberto García Moll (coordinador), *El mundo mixteco y zapoteco,* Inverlat, México, 1992, p. 147.

paración de un nuevo diccionario de mexicanismos. Punto de partida obligado es la obra de Francisco J. Santamaría, continuación del trabajo de don Joaquín, y voy a hablar precisamente de esa obra; *querríamos ver más críticas y menos elogios,* decía nuestro máximo historiador a otro propósito, y aquí, trayendo al mío estas sus palabras, paso a ocuparme de mi asunto.

No diciendo algún disparate
que otro ¿qué va usted a decir?

ANTONIO DE VALBUENA

Característica muy llamativa en el *Diccionario de mejicanismos* de Santamaría es la virulenta polémica contra la Real Academia, que aflora a lo largo de todo su trabajo, que dirige su argumentación y al mismo tiempo la vicia; él nos habla de "mi credo y mi doctrina lexicográficos [...] contrarios a la Academia y a todas sus hijastras".[4] Bien está que haya uno o varios "académicos más o menos embotellados en la ignorancia", según afirma en su *Carta-prólogo* a las *Manganas y peales* del marqués de Guadalupe (1939), pero es lamentable que generalice, ahí mismo, llamándola "sociedad mutualista de discursos cursilones", asegurando que "la pobre Academia es reacia a la enmienda", descendiendo a la grosería cuando ridiculiza el "regoldar insuficiencia en la mesa redonda de los academistas o de los academizantes", o concluyendo, con absoluta falta de lógica: "naturalmente, como don Carlos [Becerra] no es académico, ni puede serlo, ni se acordarán nunca de hacerlo, la obra es un verdadero tesoro lexicográfico". La razón, entonces, o condición de la buena lexicografía es, según él piensa, el no emanar ésta de la Academia.

Tal posición antiacadémica es la normal en Santamaría; alguna vez, sin embargo, se aparta de ella, y entonces, a lo que parece, tampoco muy felizmente; es el caso, digamos, de la palabra *tomate:* Carlos González Peña defendió, en un artículo periodístico, que había que distinguir entre el tomate, verde y pequeño, y el jitomate, grande y rojo, y no llamar *tomate* a este último, como hace la Academia. No era nada nuevo el alegato de González Peña (1932); más de 40 años atrás, el anónimo *Nuevo cocinero mexicano en forma de diccionario*[5] protestaba ya contra esta confusión:

> Que los otros europeos confunden el tomate con el xitomate, no tiene nada de extraño, si se atiende a la escasez de relaciones o noticias [...] y al des-

[4] *S. v. tomate,* p. 1068.

[5] Librería de Ch. Bouret, París, 1888.

dén con que afectan ver nuestras cosas; pero que los españoles, que dominaron trescientos años en estas regiones, donde vivieron con sus familias y se acostumbraron a los usos de la tierra, alimentándose con sus frutos, los desconozcan y confundan, no tiene disculpa. Pues lo cierto es que así sucede, y a fe que no tienen razón, pues aunque el tomate y el xitomate sean plantas del mismo género y muy parecidos, sus frutos se distinguen en su forma, tamaño, color y gusto, y no se emplean indiferentemente en los mismos guisados, sino que los unos se usan de un modo y los otros de otro, siendo más general en la cocina el uso del xitomate que el del tomate. Éste es más pequeño que el primero, de color verde, morado oscuro o amarillo, y más agrio;[6]

[...] el xitomate, después de madurarse, adquiere diversos colores, como el blanco o amarillo, mas por lo general se pone de un bello rojo.[7]

Contra esta posición del viejo *Cocinero* y de González Peña arremete Santamaría por considerar que "la Academia ha estado en lo cierto en esta vez"; por lo mismo, dice, "aquí vengo a defenderla del cargo injusto que le han hecho". ¡Y hay que ver con qué argumentos la defiende!

Para empezar, y pues que *tomate* y *jitomate* son vocablos nahuas, nos dirá unas palabras sobre la terminología botánica en aquel idioma: "La denominación de cosas en las lenguas poco evolucionadas, como la mayoría de las lenguas indígenas de América, es casi siempre genérica" (¡buena rima, don Pancho!); los jitomates, pues, "son tomates, y esto no podrá negarse a la luz de las denominaciones mismas, que incluyen el nombre genérico", y "habría que corregir antes a todos los autores, para poder dar gusto a quienes a este *tomate,* tan *tomate* como otros tantos *tomates,* han querido aplicarle el específico de *jitomate* para diferenciarlo de los demás".

"Corregir a todos los autores", dice Santamaría, pero no cita, como procuraba hacerlo siempre don Joaquín, un solo novelista mexicano, un poeta popular, un historiador, un cocinero siquiera. ¿Qué autores hay, pues, que corregir? A no ser que llamemos así a los de etiquetas de jugos enlatados, que nos anuncian jugo de tomate y no de jitomate, y que no lo hacen así ciertamente por apegarse al uso académico, sino al yanqui, puesto que *tomato* se deriva de aquél; trátase, pues, en el caso, de gringada, no de academicismo.

Baste lo dicho por lo que hace a la corrección de "autores"; en cuanto a que *jitomate* especifique, por medio de su primera sílaba, correspondiente al elemento *xic-,* de *xictli,* ombligo, un tipo determinado de tomate, es eso precisamente lo que hace la nomenclatura científica. Don

[6] *O. c.*, p. 838.
[7] *Ibid.*, p. 952.

Francisco del Paso y Troncoso, miembro ilustre de esta Academia y autoridad, como quien más pueda serlo en lo que va del siglo que termina, no sólo en la lengua de los nahuas, sino en su botánica, nos dice al respecto: "La nomenclatura de los nahuas podía refutarse mucho más perfecta que la que aquel tiempo usaban otros pueblos [...]; los indios tenían un tino extraordinario en sus denominaciones";[8] es "una nomenclatura sistemática que tiene grandes analogías con la que la ciencia moderna usa desde la época de Linneo";[9] "mientras que la civilización ultramarina nada había podido fundar en punto a clasificación, la civilización americana había bosquejado aquel ramo de la ciencia y echado los cimientos de su nomenclatura".[10]

¿Consideraba, entonces, Santamaría, un defecto en el habla común el que se acercara ésta a la exactitud de la expresión científica? ¿Era deseable más bien que se mantuviera en la ambigüedad? Sería absurdo, desde luego, pretender tal cosa. Son otras las razones que lo llevan a la posición que asume; no parece haber conocido el trabajo de Paso y Troncoso, a quien no menciona en su bibliografía. Reconoce que se dice jitomate "en el centro y norte del país", pero el que González Peña llamaba "tomate académico" resulta que "es el tomate típico del sureste, principalmente de Tabasco".[11] Santamaría es tabasqueño, se niega a seguir el uso del centro y alega que "la ciudad capital del país o la región que fue asiento principal del imperio azteca, no forman todo México ni son todo el país".[12] Muy cierto es esto, pero también es mucho pedir que, en materia de nahuatlismos, los mexicanos hayan de seguir el uso del sureste, de los xicalancas y cimatecas. La razón, pues, por la que Santamaría defiende aquí a la Academia, no parece ser otra que el hecho de que, por esta vez, aquélla coincide con el uso de Tabasco.

No creo, por mi parte, que tenga mucho sentido romper lanzas contra los que llaman *tomate* al que yo le digo *jitomate*. Tienen a su favor, repito, gran parte de la publicidad, y estamos en tiempos de libre comercio y de lenguaje más libre aún, si se puede; sólo quiero aclarar el punto referente a la "poco evolucionada" lengua náhuatl.

Muy ilustrativo resulta, con respecto a géneros y especies, ver lo que pasa con el latín, no el de los botánicos, lengua hechiza y de gabinete, sino la hermosa lengua viva de antaño, el decantado áureo latín que tan a menudo oímos encomiar. En él, pues, el género, pongamos por caso, sería *malum*, la manzana, y luego vendrían, como especies, el *ma-*

[8] *La botánica de los nahuas y otros estudios*, ed. Pilar Máynez, SEP, 1988, p. 33.
[9] *Ibid.*, p. 153.
[10] *Ibid.*, p. 172.
[11] *S. v. jitomate.*
[12] *Ibid.*, 1070.

lum cydonium (manzana de Creta, el membrillo), cosa que parece muy razonable, dada su evidente semejanza, pero después tendríamos el *malum persicum* (manzana de Persia, el durazno, o para ser exactos, el albérchigo), que ya, con su único hueso rugoso en vez de varias semillas, no parecería en absoluto aceptable como especie de la manzana, y seguirían en la lista el *malum punicum* (manzana de Cartago, la granada) y hasta el *malum medicum* (manzana de Media, el limón). Es cosa de risa, desde luego, llamar a los tres últimos frutos especies de manzanas, y queda claro que el latín clásico es, entonces, mucho más genérico que el náhuatl, es decir, mucho menos evolucionado que la lengua de nuestros viejos según la doctrina de Santamaría; pero según su lógica, el limón o la granada seguirían siendo manzanas "a la luz de las denominaciones mismas, que incluyen el nombre genérico". Creo que huelgan más comentarios, y que resulta evidente que la defensa, no de la Academia, sino del habla de su tierra, ha llevado aquí al absurdo a nuestro lexicógrafo.

Un caso semejante en todo produce, sin embargo, resultados diametralmente opuestos; me refiero al problema de la palabra *cacahuate;* como es sabido, la Real Academia recogió, desde hace más de un siglo, la forma *cacahuete;* don Joaquín anota con su acostumbrada sobriedad: "esta última forma es aquí desconocida" y, en mi opinión, no habría más que decir. Pero Santamaría nos dice que tal cosa es un disparate, un despropósito;[13] en el artículo *cacahual,* "terreno poblado de cacaos", anota: "no puede entenderse por qué el *Diccionario* de la Academia sigue consignando este disparate, como el de *cacahuete,* que nadie dice, por *cacahuate;* el sitio poblado de cacaos (árboles) no puede ser sino *cacaotal."* Y si el colombiano Revollo dice que en *cacaotal* "está de más la *t",* replicará Santamaría que el dicho de Revollo es un baturrillo. ¿Por qué había de ser un baturrillo? La terminación española para los abundanciales es *-al* y no *-tal;* decimos *breñal, jaral, parral,* y no *breñatal, jaratal, parratal.* Aceptada en español la palabra *cacao,* su derivado es, lógicamente, *cacahual.* ¿Dónde está el disparate y el baturrillo? Desde luego, en Santamaría; en la palabra que él defiende, *-tal* no es terminación española de abundancial, sino el elemento náhuatl *tlalli,* tierra, y era demasiado pedir que supiera náhuatl Revollo cuando Santamaría, más obligado a ello en todo caso, por ser mexicano, lo desconoce. La palabra original es *cacahuatlalli,* tierra de cacao, y *cacáhuatl,* su primer elemento, de donde nuestro *cacahuate,* es el cacao.

Estamos aquí, pues, una vez más, ante un genérico que muchos, y con ellos Santamaría, se rehúsan a especificar. El específico era *tlalcacáhuatl,*

[13] *S. v. cacahuate* y *cacahuatal.*

en español de México *talcacahuate,* palabra que seguramente pocos habrán oído y, según anota Santamaría, "por síncopa de la cual resultó *cacahuate*", donde una vez más está disparatando, pues *cacahuate* no es tal síncopa, sino aféresis de *talcacahuate.* Mas pasemos ya a considerar la forma *cacahuete,* objeto principal del ataque de nuestro lexicógrafo.

Toda la diferencia entre la forma recogida por la Academia y la usual en México está en que, en la penúltima sílaba, tenemos en aquélla una *e,* en ésta una *a;* de ahí la indignación incontenible de Santamaría, que sin embargo no objeta en absoluto, por ejemplo, la forma *ayecote* frente a *ayacote,* ni aun una tercera vocalización, *ayocote,* esta última sin base en el náhuatl; tenemos *escamole,* derivado de *azcamolli;* hallamos en el náhuatl mismo las variaciones *chían / chíen* (la chía), *miac / miec* (mucho), *ayamo / ayemo* (aún no), el verbo *mama / meme* (cargar) nos da *pilmama* (niñera) y, por otra parte, *tameme* (cargador); está *tenate,* "usual principalmente en Tabasco", según reconoce Santamaría, frente a *tanate.* Sería necesario estar seguros de que no se daba una variación semejante en la palabra *cacáhuatl* para afirmar con toda seguridad que la forma académica es un disparate.

En los siete casos hasta aquí vistos, el cambio en la vocalización no afecta al significado. Consideremos ahora una segunda posibilidad, en que sí lo afectaría. Pensemos en *cacáhuetl* como un compuesto en que la parte final se entendiera como *etl,* frijol, y cuyo significado sería, entonces, frijol del cacao; de tal palabra derivaría perfectamente el *cacahuete* académico. Y es de notar aquí que en inglés a la semilla del cacao se le dice, precisamente, *cocoa bean,* frijol del cacao.

Los informantes de Sahagún, en el caso del cacao, atendieron más bien que a la forma de la semilla, al hecho de darse ésta en mazorca, para hablar de maíz del cacao, *cacahuacintli,* que no es realmente en náhuatl, por tanto, un tipo de maíz, sino la semilla del cacao.[14] Es obvio, sin embargo, que la semejanza de tal semilla es mayor con respecto al frijol que al maíz, ya por el hecho mismo de ser las dos primeras dicotiledóneas, mientras que la del maíz es monocotiledónea. Pudieron, debieron darse, creo, de parte de otros indios observaciones más sagaces que las que en este punto nos dejaron los informantes de Sahagún. Paso y Troncoso nos dice: "La ciencia nada habría perdido, ni los conquistadores tampoco, si se hubieran asimilado la facultad de observación propia de los indios y su genio clasificador".[15] Pero también él nos dice que "los que comunicaron a Hernández las noticias que éste compiló en su obra, no siempre habrán tenido la curiosidad de informarle

[14] *Códice florentino,* XI, 123 r.
[15] *O. l.,* p. 173.

con precisión sobre un asunto al que no darían quizá grande importancia".[16] El mismo Hernández se queja amargamente de esto en su preciosa epístola en hexámetros latinos a don Benito Arias Montano:[17]

> *Non refero Indorum consortia perdita, fraudes*
> *nec canimus tantas, dira aut mendacia, queis me*
> *non semel incautum lusere, ac verba dederunt*
> *insigni cura vitiata, industria et arte,*
> *et quoties vires plantarum et nomina falsa*
> *quarumdam accepi fallaci interpretis usu.*
>
> [No refiero aquí de los indios los malos acuerdos
> ni tantos fraudes menciono o terribles embustes
> con que no sólo una vez me burlaron incauto;
> diciéndome cosas con gran cuidado fingidas,
> con industria y con arte, ni cuántas veces me dieron
> de tal o cual planta falsas virtudes y nombres.]

Cuidado, pues, con los informantes; que otros indios hayan hecho, en casos así, observaciones más certeras es, de todos modos, algo de lo cual podemos estar ciertos. Piénsese, por ejemplo, que a la semilla de calabaza, dicotiledónea como el cacao, se la llamaba *ayoetli,* es decir, frijol de calabaza; no lo busque el lector en un diccionario náhuatl ni en uno de mexicanismos, porque no está; se encuentra en la *Crónica de la Nueva España,* de Francisco Cervantes de Salazar;[18] un *cacahuetli,* entonces, no se excluye de ningún modo como etimología del *cacahuete* de la Academia.

Cabe todavía una tercera posibilidad. Recibida la palabra *cacao,* había que crear un nombre específico para el cacao rastrero, es decir, para el que ahora llamamos en México *cacahuate,* en náhuatl, como hemos dicho, *tlalcacáhuatl;* el significado del prefijo *tlal-*, nos dice Paso y Troncoso, es *rastrero, humilde;*[19] en consecuencia, en sus propias palabras, "señalaba también la poca elevación del eje aéreo", la pequeñez del árbol; tenemos por ello, en la obra de fray Juan Navarro,[20] palabras como *tlalayotli,* calabaza chica, *tlallanxóçhitl,* poleo chico, *tlalcapolin,* cerezo chico.[21]

[16] *Ibid.*, p. 168.
[17] Versos 56-61.
[18] I, VI.
[19] *O. l.*, pp. 80, 99.
[20] *Historia natural o jardín americano,* UNAM, México, 1992.
[21] *Ibid.*, p. 225.

En la nomenclatura griega se da un fenómeno análogo; *chamai-* quiere decir, como prefijo, exactamente lo que *tlal-:* rastrero, y hallamos así, de *drys,* encina, *chamaédrys,* encina chica, que no es tal encina, desde luego, sino una yerbezuela medicinal, usada entre otras cosas para la vista o como abortivo;[22] el prefijo, nos dice Carnoy[23] se usa constantemente para decir *pequeño;* en algún caso hay total coincidencia con el náhuatl, como en *Tlalcapolin,* que acabamos de ver, y que corresponde exactamente a *chamaecérasos.*

Tratándose, pues, de diferenciar del cacao real la especie rastrera, aunque tan cacao deba ser una como otra, según el pensamiento de Santamaría, se habrá optado en algún momento por un sufijo diminutivo, pues se trataba de la especie chica, y se habrá escogido *-ete,* para añadirlo a la palabra *cacao,* con lo que tenemos perfectamente formado, según las reglas clásicas de la nomenclatura de aquí y de allá, el *cacahuete académico;* un caso del todo semejante lo hallamos en el *tlalcapolin (Rhamnus humboldtianus),* que lo mismo puede decirse *talcapulín* que *capulincillo,* es decir que es intercambiable el prefijo náhuatl *tlal-* con el sufijo diminutivo español. No se puede, entonces, de ningún modo, hablar en el caso, con la suficiencia que se arroga Santamaría, de disparate de la Academia.

Cuando realmente fuera tal, mejor es decir, como nuestro máximo gramático, Rafael Ángel de la Peña en casos semejantes: "Bien puede acaecer que en tarea tan extremada, alguna vez flaqueen las fuerzas o lleguen a faltar por completo; de aquí los yerros y deficiencias inevitables que se advierten en este linaje de obras, pero que alcanzan fácilmente la indulgencia de los sabios".[24]

Santamaría dice[25] que "la Academia desbarra cada vez que se mete en cosas de América, y sobre todo en nuestras lenguas indígenas". ¿Hasta qué punto podía él juzgar de este último género de desbarros, vinieran o no de la Academia? Con respecto a la palabra *michuacano,* anota: "Gentilicio, por *michoacano,* única forma usual. Es disparate, lo mismo que *mechiacano*". El segundo, y único indudable disparate, *mechiacano,* me parece que no existe más que en la obra de Santamaría; en todo caso, jamás lo oí de nadie ni lo he hallado escrito en autor alguno; nuestro lexicógrafo habrá querido decir *mechuacano; mechuacano,* que ya es otra cosa. Los dos *disparates* serán entonces *michuacano* y *mechuacano;* veámoslos cuidadosamente.

[22] *Cf.* Margaret Thompson, *Textes grecs inédits relatifs aux plantes,* Les Belles Lettres, París, 1955, p. 84.

[23] *Dictionnaire étymologique des noms grecs de plantes,* Lovaina, 1959, p. 74.

[24] *Memorias de la Academia Mexicana,* III, México, reed. 1975, p. 14.

[25] Art. *tomate.*

Empezaré con el último, por ser más alejado de la "única forma usual" que dice Santamaría; en efecto, tiene en la primera sílaba una *e* en vez de una *i;* esto sucede porque tal variación se da en el náhuatl mismo, de donde viene la palabra examinada, por ejemplo, en *elnamiqui* por *ilnamiqui,* recordar;[26] de ahí que don Vasco de Quiroga, primer obispo de aquellas tierras, escribiera *Mechuacán,* aun en escritos tan formales como la bula de erección de su catedral[27] o la famosa *Información en derecho.*[28] Asimismo Cervantes de Salazar, nuestro primer cronista, ya mencionado, rector dos veces de la Universidad de México, escribe siempre *Mechuacán,* basándose en su maestro, fray Alonso de la Veracruz, provincial que fue de los agustinos en aquellas partes, y uno de los fundadores de dicha Universidad.[29] ¿Disparatarían de veras el obispo y el provincial, tan sabios como eran, con respecto al nombre mismo de su obispado y su provincia? Luego vienen los gramáticos franciscanos; fray Maturino Gilberti, en su *Arte,* de 1558, escribe *Michuacán;* en su *Vocabulario* del año siguiente, *Mechuacán;* quince años después, en el *Arte* de fray Juan Bautista de Lagunas, hallamos *Michuacán,* es decir, exclusivamente las dos formas que condena Santamaría. ¿Disparataron también entonces los ilustres lingüistas que siguen siendo nuestra máxima autoridad en el idioma de aquella región?

La respuesta ha de ser, a lo que creo, rotundamente negativa; el disparate es *Michoacán,* con *oa* en la segunda sílaba, digámoslo así, sólo que es un disparate que lleva más de 200 años de ser prácticamente oficial y que es, por ende, dificilísimo de combatir; sería luchar contra todos los mapas y todos los despachos de gobierno, y más vale dejarlo.

Pero observemos de pasada, con respecto a esa segunda sílaba, que *oa* no es diptongo en nuestra lengua, ni según la Academia,[30] ni según nuestro ilustre gramático Rafael Ángel de la Peña, arriba citado;[31] por tanto, las vocales *oa* constituyen dos sílabas y, a pesar de ser la grafía oficial, en lo que llevo de vida no oí jamás a nadie tan pedante, y vaya que conozco a muchos, que pronunciara *Michoacán* con cuatro sílabas y *michoacano* con cinco, sino siempre con tres y cuatro respectivamente, es decir, diptongando *(hua)* y no separando *(oa).* La "única forma usual" lo es, pues, sólo en los papeles, y ello debido a su oficialidad, no

[26] *Cf.* Thelma Sullivan, *Compendio de la gramática náhuatl,* UNAM, México, 1976, p. 17.

[27] J. J. Moreno, *Fragmentos de la vida y virtudes del V. Ilmo. Rmo. Sr. Dr. D. Vasco de Quiroga,* ed. R. Aguayo Spencer, Polis, México, 1940, pp. 100, 117.

[28] Ed. José Luis Soberanes, Miguel Ángel Porrúa, México, 1986, p. 116.

[29] *Crónica,* I, XXIV.

[30] *Gramática,* parágrafo 493, a.

[31] Parágrafo 1820.

a estar mejor fundada que aquellas que Santamaría, sin razón, juzga disparates, y que son absolutamente correctas.

Al comentar la voz *tezqui,* "la molendera y tortillera", cita Santamaría como autoridad a Molina, pero añade de su cosecha: "VAR.: *texqui,* tal vez más propio, puesto que todo procede de *tlaxcal,* tortilla". Es decir, le está enmendando la plana sin ningún miramiento al mismísimo fray Alonso; y, desde luego, lo hace muy mal. ¿Quién le habrá dicho que, en el caso, "todo procede de *tlaxcal,* tortilla"? *Tlaxcalli* viene del verbo *ixca,* cocer, que lo mismo que a dicha tortilla puede aplicarse a un huevo, a un ladrillo o a una pieza de cerámica que, desde luego, no se muele;[32] *tezqui,* en cambio, se deriva de *teci,* moler; son dos cosas distintas, y Santamaría sencillamente está confundiendo un verbo con otro.

Pero con la misma facilidad con que confunde un verbo con otro en un mismo idioma, confunde (¡faltaba más!) un idioma con otro. Al mencionar en su *Diccionario* el riquísimo *caldo michi,* explica: "del tarasco *michi,* pescado." ¡No, por favor! Aunque Michoacán sea lugar de pescado, no es palabra tarasca; *michi* es pescado en náhuatl; en lengua michoacana se dice *curucha.* No era, pues, Santamaría, persona en modo alguno calificada para regañar a la Real Academia por meterse "en nuestras lenguas indígenas".

Muy sabiamente escribió, respecto a todo este embrollado asunto, nuestro Icazbalceta: "Cambiamos, añadimos o suprimimos letras, mudamos los géneros, y aun decimos verdaderos disparates con maravillosa uniformidad";[33] en otro pasaje dice que "esa conformidad en disparatar es punto digno de estudio",[34] si bien no hemos de "calificar rotundamente de disparate cuanto se usa en América".[35] Ponderación y sobriedad de veras admirables; es el pasar de allí lo que nos lleva a los lastimosos excesos que hasta aquí hemos visto.

Háblanos también don Joaquín de "la errada creencia de que estos provincialismos son tomados, en su mayor parte, de las lenguas indígenas";[36] muchísimos de ellos son puramente españoles, aunque ya del todo olvidados en su tierra de origen, son "voces antiguas sepultadas en escritos de épocas remotas".[37] Voy a dar un solo ejemplo de mexicanismo de este género: la expresión *a huevo,* "comunísima —como dice Santamaría— entre la gente mal hablada". Es el caso que, atendiendo a su origen, hasta el más bien hablado podría usar de ellas, según mostraré ahora.

[32] *Cf.* Rémi Simeón.
[33] *Vocabulario,* p. XI.
[34] *Ibid.,* p. XIV.
[35] *Ibid.,* p. XIII.
[36] *Ibid.,* p. XI.
[37] *Ibid.,* p. X.

Existe en latín la frase *opus est,* que quiere decir que algo es necesario; de ahí, en la época del *Cantar de mío Cid* la expresión *ser huebos* (una cosa), ser necesaria; *mucho es huebos,* es muy necesario;[38] *aver huebos,* tener uno necesidad de una cosa, como dice un judío[39] en el *Cantar: Nos huebos avemos en todo de ganar algo. Huebos* es, entonces, el latín *opus* con diptongación de la *o* breve y sonorización de la *p,* fenómenos ambos perfectamente normales en el paso de aquella lengua al castellano.

Pero hay otros dos fenómenos que hemos de explicar para allanar el camino de la frase cidiana a la forma usual en México, vale decir, prótesis de la *a* con que empieza y apócope de la *s* que ha desaparecido.

En cuanto a lo primero, ya en la época del *Cantar,* algunos adverbios habían empezado a tomar dicha *a* protética, como *adelante* en vez de *delante,* el desaparecido *abés,* del *vix,* apenas; otros como *además,* o como el extinto *adamidos,* de *amidos,* involuntariamente (latín *invitus),* la tomarán después de la época del poema.

Por lo que hace a la pérdida de la *s* final, tenemos un desorden absoluto en el primitivo castellano; sucede que, mientras adverbios que no la tenían, la toman, como *ante, apena, estonce, mientra,* otros, como *fueras,* la pierden por lo general, caso este que había de afectar particularmente al adverbio *huebos,* por ser en su origen *opus,* un sustantivo neutro singular, pues como dice Vicente García de Diego,[40] en tales voces "la *s* se ha eliminado por parecer signo de plural", aunque añade: "no tuvo tiempo de perderse (la) *s* en *opus,* ant. *huebos*". Desde luego que no está tomando en cuenta nuestro mexicanismo *a huevo,* que nos enseña que sí tuvo tal tiempo en algún lugar de España, que esperamos con el mismo tiempo llegue a averiguarse.

De hecho, en el adverbio *fueras* hallamos precisamente los dos fenómenos, prótesis de *a* y apócope de *s* para llegar a la forma común *afuera,* justo como en *huebos* para llegar a decirse *a huevo.* Lo correcto sería, entonces, escribir la locución en una sola palabra y con *b* en lugar de *v* para apegarnos más a su etimología.

Pero ya, digamos que *ahuebo,* aun sin ser malhablados, hay que dar fin a este prolijo discurso. Ojalá no se muestre quien lo ha pronunciado indigno sucesor del buen conde de Heras y de aquel sabio descendiente suyo, don Ignacio Bernal, al sucederles en la silla que ocuparon en esta Academia.

[38] Ramón Menéndez Pidal, *Cantar de mío Cid, texto, gramática y vocabulario,* Espasa Calpe. Madrid, 1964, pp. 888, sq.

[39] Verso 123.

[40] *Gramátrica histórica española,* Gredos, Madrid, 1970, p. 210.

NOTA: La respuesta de don Roberto Moreno y de los Arcos al discurso anterior no se incluye por haber sido improvisada y no existir grabación.

FRAY DIEGO VALADÉS, O. F. M., Y SU MENSAJE MEXICANISTA A LA EUROPA RENACENTISTA DEL SIGLO XVI*

Por Esteban Julio Palomera Quiroz

Señor José Luis Martínez, director esta Academia,
estimados miembros académicos,
señoras y señores:

Considero un gran honor y motivo de honda satisfacción haber sido invitado a formar parte de esta prestigiada Academia Mexicana. Doy las gracias a los académicos que propusieron mi candidatura: don José Luis Martínez, don Manuel Alcalá, don Tarsicio Herrera Zapién y don Alí Chumacero. Este inesperado honor y distinción ha sido ciertamente el coronamiento de mis largos años de historiador y de haber estado dedicado a la docencia.

La silla que me han asignado es la número XIV. Este sitial ha sido ocupado por distinguidas personalidades. El último académico que lo honró con su presencia y actuación fue el padre Manuel Ponce Zavala. Su discurso de ingreso a esta Academia versó sobre *La elocuencia sagrada en México.* A los inicios de su discurso hace referencia al personaje de quien trataré hoy: *Fray Diego Valadés* y su *Rhetorica Christiana.*

Sobre la personalidad y méritos literarios y artísticos del padre Manuel Ponce, el doctor Tarsicio Herrera Zapién nos ha proporcionado abundantes datos, de los cuales mencionaré algunos. "Era un inspirado y elevado poeta el padre Manuel Ponce, preconizado monseñor a mediados de 1992, un año antes de morir". El escritor y pintor español José Moreno Villa denominaba al padre Ponce: "el mejor poeta de acá del Atlántico".

Como pariente lejano del genial compositor nacionalista Manuel M. Ponce, también era buen pianista. Creemos que la mayor realización del padre Ponce fue el Simposio Internacional de Arte Sacro, que organizó en la ciudad de México durante febrero de 1992. Acudieron especialistas en arte sacro de América y Europa. Participaron conferenciantes

* Leído en sesión pública efectuada el 3 de octubre de 1996.

eclesiásticos y arquitectos célebres que disertaron sobre la actualidad y el futuro del arte religioso en el mundo. La solemne sesión de inauguración se efectuó en la sala Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología.

Nosotros ahora, también en solemne sesión, volveremos nuestro pensamiento a un misionero franciscano, fray Diego Valadés, que enalteció a México desde los albores de nuestra nacionalidad dando a conocer en el Viejo Mundo uno de los primeros frutos literarios del nuevo continente.

La *Rhetorica Christiana* de fray Diego Valadés, O. F. M., fue publicada en Perugia, Italia, el año 1579. A pesar de que han transcurrido cuatro siglos desde su aparición, el tiempo no ha sepultado en el olvido a su autor y a su original obra. Antes por el contrario, Valadés y su *Retórica* al volver de los años han llegado a adquirir una proyección cultural y proporciones insospechadas. Valadés y su obra han sido apreciados en su justo valor y así han llegado a ocupar un destacado lugar en el panorama de la cultura mexicana, dentro y fuera de nuestra patria.

Las páginas de la *Retórica cristiana* encierran un elocuente y valioso mensaje humanista de México a la Europa renacentista del siglo XVI en los albores de nuestra nacionalidad mexicana. Ese mensaje mexicanista permanece vivo en sus páginas. Ellas revelan indiscutiblemente las dimensiones culturales de su autor y descubren sus profundas raíces mexicanas, renacentistas y cristianas.

Mis primeros conocimientos sobre fray Diego Valadés y su obra tuvieron lugar hace muchos años, cuando yo me iniciaba en los trabajos históricos en el año 1938. Entonces fue cuando el padre Mariano Cuevas, S. J., miembro de esta Academia Mexicana, me proporcionó un magnífico ejemplar latino de la *Rhetorica christiana,* editado, como decíamos, en Perugia en 1579. Entonces me sugirió el padre Cuevas tradujese al castellano todas aquellas páginas que tratasen sobre México. Me indicó además investigara acerca de la vida y persona de fray Diego Valadés.

Al leer y estudiar esa obra quedé gratamente impresionado por el contenido de ese original libro. La *Retórica cristiana,* escrita en latín por su autor, había sido leída y apreciada por los conocedores de esa lengua, pero para la mayoría de los lectores aficionados a la historia de México y su cultura, había sido un huerto cerrado, pues el desconocimiento del idioma latino se presentaba como una barrera infranqueable para analizar debidamente esa obra y apreciarla en su justo valor.

Este obstáculo se pudo superar gracias al interés y entusiasmo que mostró nuestro actual director de la Academia Mexicana, don José Luis Martínez, cuando él estaba al frente del Fondo de Cultura Económica. Él insistió en que se llevara a cabo la traducción completa en castellano

de la *Retórica cristiana,* para que la publicase la editorial a su cargo, en colaboración con la Universidad Nacional Autónoma de México.

Un equipo de traductores conocedores del latín, encabezados por el catedrático de la UNAM doctor Tarsicio Herrera, actual miembro de esta Academia Mexicana, realizó el meritorio trabajo de la traducción castellana de la *Retórica cristiana.* Las páginas que yo había traducido anteriormente, y que fueran publicadas en mi estudio doctoral sobre fray Diego Valadés, quedaron también incorporadas a esa traducción en el lugar correspondiente.

Doy a conocer, a continuación, los datos biográficos más relevantes de la vida de fray Diego Valadés. Nació en Tlaxcala el año de 1533. Su madre, a lo que parece, fue una india tlaxcalteca. Su padre fue el conquistador Diego Valadés, que vino en la expedición de Pánfilo de Narváez. Después de la derrota de éste, Diego Valadés se incorporó a las filas de Hernán Cortés y participó en el sitio y toma de Tenochtitlan en 1521. El capitán Diego Valadés quedó establecido como vecino en la ciudad de México, donde ocupó cargos públicos como alguacil y mayordomo. Se le otorgó también una encomienda en Tenampulco, en la provincia de Tlaxcala. En abril de 1544, el emperador Carlos V, por real cédula, le reconoció sus servicios y principales hechos de armas y le concedió un escudo heráldico, que perpetuase su memoria. Por el año 1574 aún vivía en la ciudad de México y declaraba tener más de 80 años.

Fray Agustín de Betancourt, O. F. M., cronista franciscano, afirma en varios lugares de sus obras históricas, escritas a mediados del siglo XVII, que fray Diego declaraba oficialmente el 16 de septiembre de 1566 que tenía 33 años de edad, por lo cual se deduce que nació en 1533. Su origen mestizo y los datos relacionados con los primeros años de su vida hasta su adolescencia han quedado envueltos en el misterio, como lo dejé consignado ampliamente en mi estudio biográfico sobre fray Diego Valadés, publicado en 1963.

Por otra parte, el mismo Valadés, en su *Retórica,* además del extraordinario amor y simpatía que manifiesta tener a los indígenas, deja entrever en algunos pasajes ciertos indicios muy significativos que arrojan alguna luz sobre su persona, pero sin disipar plenamente las sombras que cubren sus orígenes. Las circunstancias y el ambiente que imperaban entonces en la Nueva España y en Europa no eran propicias para recibir con benevolencia y simpatía una confesión explícita sobre su origen mestizo.

Escuchemos lo que nos dice, en ese sentido, fray Diego en alguno de esos párrafos de su *Retórica:*

> Por lo cual me sentí movido a traer a cuento lo verdadero y lo dudoso sobre lo que se refiere a los indios; y esto ha sido examinado y visto por mí mismo, pues he morado entre ellos (loado sea Dios) treinta años más o menos, y me dediqué durante más de veintidós años a predicarles y confesarlos en sus tres idiomas: mexicano, tarasco y otomí, y no me dejo llevar imprudentemente por afecto alguno, sino que me guía únicamente el deseo de que se conozca la verdad.

Y en otro lugar afirma:

> Y no quisiera que esto lo tomasen como movido solamente del afecto y de la benevolencia por haber sido *criado casi desde mi niñez en esa tierra,* pues ésa es también la opinión unánime de varones muy autorizados que han visto las costumbres de muchos hombres y sus ciudades.

Si las frases anteriores vienen a ser casi una confesión más o menos velada de su origen novohispano, en otro lugar de su *Retórica* nos da a entender que nunca había estado en España y en Europa antes de haber dejado México en 1571; pues hasta entonces pudo darse cuenta de las solemnidades religiosas en las catedrales europeas, las cuales compara con las organizadas entre las nuevas cristiandades indígenas de México.

> De tal manera —escribe Valadés— que ninguna de las iglesias catedrales de España la iguala por su magnificencia, como lo afirman varones fidedignos que han estado en una y otra parte, y como *yo mismo me pude dar cuenta después de haber visto las ceremonias de los europeos.*

La trayectoria de fray Diego Valadés, durante una de las etapas más decisivas de su vida, estuvo vinculada en forma definitiva a la obra apostólica y cultural de fray Pedro de Gante. Desde su temprana edad, Diego fue discípulo de Gante en la escuela que éste había fundado y regenteaba en el convento de San Francisco de México. En esa escuela aprendió Valadés el arte de la pintura y el dibujo, en lo que llegó él mismo a ser maestro en ese plantel. A fray Pedro de Gante y a fray Diego Valadés se les considera ser los fundadores de la primera escuela de pintura en México y en América.

Diego Valadés parece haber vivido al lado de Gante, por lo menos unos 10 años, o sea desde 1543 hasta 1553. Ese contacto de 10 años influyó benéficamente en el espíritu y desarrollo personal del joven religioso. Éste supo ganarse a tal grado la confianza de su maestro, que llegó a ser su secretario. Así, años después, al escribir fray Diego en Europa su *Retórica cristiana,* dejó asentado en sus páginas un claro

testimonio de ello, como sincero homenaje a la memoria del que había sido su maestro y guía, y lo había distinguido con su confianza.

En una de las ilustraciones más conocidas y famosas de la *Retórica,* fray Diego Valadés trata de representar gráficamente las actividades de la evangelización franciscana en México; allí aparece en lugar prominente fray Pedro de Gante, con la leyenda: "Fr. Pedro de Gante: aquí aprenden todas las cosas". Más adelante al dar la explicación de ese grabado dice Valadés:

> En este lugar se representa a fray Pedro de Gante, varón de singular piedad y devoción, el cual les enseñaba todas las artes, pues ninguna le era desconocida. Era tan grande su modestia y moderación que, habiéndole sido ofrecido el arzobispado de México por el emperador Carlos V, de santa memoria, rehusó aceptarlo. De lo cual yo pude ciertamente ser testigo, puesto que yo mismo escribí en su nombre muchas cartas de respuesta, y vi las cartas del emperador, llenas de benevolencia y de afecto.

El emperador Carlos V, conocedor de las virtudes e influjo enorme de su pariente fray Pedro de Gante, había pensado luego en él y le había escrito ofreciéndole la sede arzobispal de México. Esta carta ha de haber llegado a manos de fray Pedro hacia fines de 1548 o en el curso de 1549. Como nos dice la historia, fray Pedro declinó humildemente tan alta dignidad eclesiástica. Así lo comunicó a su deudo el emperador por medio de varias cartas que le dictó al joven Diego Valadés. Esa serie de cartas entre Gante y el emperador se estuvieron cruzando durante el periodo *sede vacante* de la arquidiócesis de México, del 3 de junio de 1548 al 4 de septiembre de 1551.

El joven Diego ha de haber ingresado al noviciado de la Provincia Franciscana del Santo Evangelio, que tenían estos religiosos en el convento de San Francisco de México, por los años 1548 o 1549. Hizo sus estudios de humanidades clásicas y filosófico-teológicos en las escuelas franciscanas de México, que se encontraban tanto en el convento de San Francisco como en Santiago Tlatelolco.

Además de fray Pedro de Gante, tuvo Valadés otros insignes maestros, como fray Francisco de Bustamante, fray Juan de Gaona y, sobre todo, fray Juan Focher, doctor en derecho por la Universidad de París, con el cual estuvo especialmente relacionado. De la escuela de Tlatelolco surgieron también notables estudiantes indígenas: Pablo Nazareo, Juan Badiano, Antonio Valeriano y otros. Esos indígenas, a los pocos años de haberse fundado ese Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, llegaron a dominar las humanidades grecolatinas mejor que muchos europeos.

Fray Diego Valadés probablemente recibió la ordenación sacerdotal alrededor de 1555, después de haber cumplido 22 años de edad. Pero

antes de su investidura sacerdotal, ya habían precedido varios años de labor apostólica con los indígenas, pues antes de los 15 años se había iniciado en los trabajos catequísticos, y así, había sido excelente auxiliar de los misioneros franciscanos en la catequesis de los indios.

Parte de su preparación apostólica fue el aprendizaje de tres lenguas indígenas: náhuatl, otomí y tarasco, para trabajar entre los indígenas de las regiones donde se hablaban esas lenguas tan distintas entre sí. Conviene observar que el náhuatl, por su difusión en diversas partes del territorio de la Nueva España, llegó a ser la lengua auxiliar de los misioneros para la evangelización de otros muchos grupos indígenas, para los cuales era más fácil entender el náhuatl que el castellano. Así, con el náhuatl, fray Diego estaba capacitado para ejercer sus ministerios apostólicos en una extensa zona indígena.

Fray Diego trabajó con los otomíes, cuya lengua, como vimos antes, conocía. En 1569 se encontraba de párroco en Tepeji del Río, y era a la vez guardián del convento establecido en esa población. Tepeji del Río estaba poblado por mexicanos y otomíes; estos indios solían estar en continuas pugnas unos contra otros. Los franciscanos trataban de reconciliar a ambos bandos y de reducirlos a vivir pacíficamente como cristianos. Tlaxcala, ciudad natal de fray Diego, fue también campo de su apostolado. Fue en un tiempo guardián del convento que allí tenían los franciscanos.

En la *Retórica cristiana* nos ha dejado fray Diego unas páginas de estilo pintoresco, impregnadas de ingenuidad, sobre atrevidas incursiones misioneras de los franciscanos por las regiones septentrionales de la Nueva España. Esas regiones abarcaban la parte norte de los actuales estados de Querétaro, Zacatecas y Durango. Constituían parte de lo que se llamaba provincia de Nueva Vizcaya. Estaba habitada por indios nómadas, semisalvajes y belicosos, de cultura tribal. En esas páginas se nos revela fray Diego en una importante y poco conocida etapa de su vida misionera. Allí nos informa que participó en el grupo de expediciones encabezadas por fray Pedro de Espinareda, alrededor de 1560.

Fray Diego Valadés, impresionado por lo que ha visto, trata de describir en la *Retórica* a los lectores europeos esas vastas y lejanas regiones de grandes contrastes por sus minas ricas en abundante plata, de zonas semidesérticas y de fértiles planicies donde puede florecer la agricultura y maravillosos huertos de árboles frutales.

A los indios errabundos y bárbaros de esas tribus del norte de México solían aplicarles el nombre genérico de *chichimecas*. Fray Diego Valadés afirma en su *Retórica* que él estuvo entre los primeros misioneros exploradores de la región que actualmente corresponde al estado de Durango, donde en junio de 1562 fundaron la Villa Nombre de Dios.

Sobre los trabajos y penalidades que tuvo que sobrellevar en la evangelización de esas tribus del norte, nos habla Valadés en el prólogo que escribió al principio del *Itinerarium Catholicum* de fray Juan Focher:

> Estando trabajando en la conversión de los indios denominados chichimecas, viéndome atacado por ellos en cierta ocasión, logré apenas escapar con gran peligro de mi vida y de la de mis acompañantes, pero tuve que lamentar entonces la pérdida de todos mis libros, los cuales había ido reuniendo desde mi juventud, con grandes trabajos y desvelos.

Fray Diego Valadés, con seguridad, se ha de haber dedicado a la actividad docente en la Nueva España. En primer lugar, fue un diligente seguidor del método objetivo de enseñanza por el dibujo y la pintura, de la escuela de fray Pedro de Gante. Sobre su actuación en otras disciplinas, es de creerse que enseñaba en las escuelas que tenían los franciscanos en la ciudad de México: en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y en el colegio seminario de estudios superiores de filosofía y teología para los jóvenes religiosos que seguían la carrera eclesiástica en la Provincia del Santo Evangelio. Así, parece que como otros eminentes religiosos de su orden, Valadés, al volver de sus excursiones misioneras, se dedicaba a la enseñanza. Es digno de tenerse en cuenta que toda la esmerada formación humanística, filosófica y teológica que manifestaba poseer el autor de la *Retórica cristiana,* la adquirió en los centros docentes franciscanos de México.

El 16 de septiembre de 1566, fray Diego Valadés aparecía como uno de los testigos de descargo presentados por el marqués del Valle de Oaxaca con motivo de la llamada "conjuración del marqués del Valle".

Hacia mediados de 1571 Valadés salió de México y se embarcó para España. Llegó a uno de los puertos del sur de la península ibérica, Sevilla o Palos, que marcaban el final de la travesía de la flota de Indias. Fray Diego traía encargo de entrevistarse con el superior general de los franciscanos. Tuvo que cruzar la península ibérica y se dirigió a París, donde se reunía el capítulo general de la orden ese año de 1571, en el cual había sido elegido superior general fray Cristóbal de Cheffontaine. Valadés tuvo entonces la oportunidad de conocer París. Su visita y permanencia en ese importante centro intelectual fueron en los últimos meses de 1571. Allí se entrevistó personalmente con el superior de los franciscanos y le comunicó las valiosas e importantes informaciones que traía desde México.

Resultado inmediato de esas conversaciones debió ser el viaje que emprendió a España para hablar con fray Jerónimo de Mendieta y con

fray Miguel de Navarro, para lograr entrevistarse con el presidente del Consejo de Indias en Sevilla, don Juan de Ovando, y para arreglar en esa ciudad la publicación del *Itinerairum Catholicum* de fray Juan Focher, cuya impresión se terminó en 1574.

En mayo de 1575, fray Diego Valadés se encontraba en Roma asistiendo al capítulo general de su orden, y en el cual fue nombrado, por unanimidad de los congregados, procurador general de los franciscanos. Este cargo de procurador general era de gran importancia, pues a él competía la tramitación de todos los asuntos oficiales de su orden con la Santa Sede. Él debía formular las peticiones para obtener concesiones y privilegios y dar los pasos conducentes para alcanzarlos.

Fray Diego Valadés ha sido el único franciscano de México que ha ocupado tan distinguido e importante cargo. Según las normas establecidas, fray Diego debía desempeñar ese puesto durante cuatro años, o sea hasta 1579. Pero tuvo que abandonarlo inesperadamente a mediados de 1577, por presiones del rey de España Felipe II. Por órdenes del rey, su secretario Juan de Ledesma escribió el 10 de mayo de 1577 una carta al embajador español en Roma don Juan de Zúñiga, para que gestionase la destitución de fray Diego Valadés de su cargo, y su salida de la Ciudad Eterna. Consideraba que Valadés se había extralimitado en sus funciones pasando por alto las prerrogativas del Patronato Real.

Durante su permanencia en Roma, terminó Valadés la redacción de la *Retórica cristiana,* con sus láminas. Éstas las mostró y explicó personalmente al papa Gregorio XIII, a quien dedicó su obra. En Roma inició la impresión del libro, que se vio interrumpida por su inesperada salida. En esa ciudad logró se imprimiera el texto de la *Retórica* hasta la página 204. En el año 1579 fray Diego estaba en la ciudad italiana de Perusa. Allí se terminó la impresión de la *Rhetorica christiana* con el afamado impresor Pedro Jacobo Petrutio (Petruzzi).

La *Retórica cristiana* era portadora de un trascendental y original mensaje para el hombre europeo. Era el mensaje que años antes habían hecho resonar también Garcés, Vasco de Quiroga, Las Casas y otros. Pero en esta ocasión la voz que pregonaba ese mensaje no era la de un europeo trasplantado a América, sino la de un hombre nacido en América y trasplantado al corazón mismo de Europa, a la Roma eterna. Fray Diego Valadés había vivido y sentido en sí mismo el trascendente contenido de ese mensaje de México y de América. Su persona misma, su cultura humanista, su sensibilidad artística formaban parte viva del mensaje nuevo que le llegaba a Europa.

En su *Retórica* viene Valadés a reafirmar nuevamente la unidad de la especie humana. Una y otra vez proclama en sus páginas, con hechos incontrovertibles presenciados y vividos por él mismo, que el indíge-

na de México es tan hombre como el europeo. Exalta las cualidades humanas de los indios y señala en ellos el notable talento de igualdad en lo ideológico, lo religioso y lo cultural. Así, afirma como testigo abonado que los indios han llegado a incorporarse plenamente al cristianismo y que muchos de ellos son tan buenos o mejores cristianos que muchos españoles. Al presentar los valores de la cultura indígena de México, se adelanta dos siglos a los escritores jesuitas mexicanos que a fines del siglo XVIII, desterrados en Italia, proclamaban en sus escritos y cantaban en sus poemas las glorias de México y de sus antiguas culturas, como lo hicieron Clavijero, Landívar, Alegre, Cavo y otros. Valadés describe la arquitectura de los templos aztecas y la ornamentación de los mismos. Nos introduce hábilmente en las ingeniosas y complicadas danzas de los indios, que fueron admiradas por el mismo emperador Carlos V, cuando un grupo de indígenas ejecutaron esos bailes en su presencia. Hace grandes alabanzas del sentido artístico de los indios de México, pues éstos, con verdadera originalidad y maestría confeccionan maravillosas alfombras con flores de variados colores, representando diversas escenas, ya sea religiosas o profanas. Menciona también el original arte plumario, del cual se conservan hasta el presente ejemplos maravillosos. Con gran sentido humano y de aprecio a los indígenas cristianos, Valadés declara cómo éstos han puesto al servicio del culto al verdadero Dios sus talentos artísticos en diversos órdenes. Así, prorrumpe en grandes elogios de la extraordinaria pompa y solemnidad con que se celebran las ceremonias religiosas, que aun llegan a sobrepasar a las que tienen en Europa. Menciona asimismo los magníficos y bien concertados coros polifónicos, que con sus armoniosos cantos dan brillantez a esas ceremonias.

Fray Diego Valadés, maestro de pintura y dibujo en la escuela de México de fray Pedro de Gante, dotado de exquisita sensibilidad artística y de evidentes cualidades pictóricas, no puede menos de consignar su entusiasmo y admiración por las obras maestras de la Ciudad Eterna, y en especial por los murales que decoraban las estancias del Vaticano. Se refiere a esas obras geniales de la pintura renacentista, como fuente inequívoca de su inspiración artística, usando las siguientes palabras: "Pues, ¿qué piensas que quieren significar aquellas admirables pinturas magistralmente ejecutadas en el augustísimo palacio del sumo pontífice en San Pedro, ubicado en esta egregia e insigne urbe romana?"

Así, Valadés, al ilustrar su libro profusamente con 27 dibujos ejecutados por él mismo, paga tributo a las tendencias artísticas europeas de su época, pero influenciadas con un marcado sabor indígena. Pretende además, como lo dice desde las primeras páginas, aprovechar esas láminas para ayudar gráficamente y en forma objetiva a la sólida formación

del orador sagrado. Fray Diego fue verdaderamente original en este aspecto, pues ningún otro libro de retórica en ese tiempo había introducido en sus páginas láminas ilustrativas como lo hizo fray Diego.

De los 27 grabados que aparecen en la *Retórica cristiana,* 11 contienen motivos relacionados, de alguna manera, con los indígenas mexicanos. Así, Valadés utilizó esos grabados para transmitir en forma gráfica y objetiva su mensaje mexicanista a sus lectores europeos. Proporcionaré algunos ejemplos.

En el grabado undécimo nos da a conocer un alfabeto mnemotécnico que habían elaborado los misioneros franciscanos para enseñar las letras del alfabeto castellano a los indígenas de México.

La ilustración número 12 representa admirablemente el calendario prehispánico de los mexicanos y su correlación con el calendario juliano, que estaba entonces vigente en Europa. Este dibujo está hecho con maestría e ingenio. En las ruedas calendáricas mayores se pueden ver los jeroglíficos de los meses y el nombre de los mismos escrito en náhuatl. Muy probablemente ese calendario publicado por fray Diego Valadés fue uno de los primeros que aparecieron y se imprimieron en Europa.

La lámina 13 es una interesante y original descripción del mundo prehispánico, teniendo como centro a la ciudad de México en tiempo de los aztecas. Allí Valadés nos presenta diversos árboles y plantas propias de México, poniendo al pie de cada uno su nombre más o menos latinizado como: *maguei, tuna, pinna, cacao, cocuzl, guaiaba,* etcétera.

En el grabado 17 está plasmado el *triunfo del cristianismo.* Éste expresa una bella alegoría en forma de cruz. A la izquierda del grabado, una carabela ostenta en el centro una magna imagen de Cristo crucificado, simbolizando así la difusión del cristianismo en las tierras de ultramar. A la derecha, un misionero franciscano señala a la cruz mientras un indígena puesto de rodillas la adora reverente.

La lámina 18 representa la *organización franciscana de la evangelización en México,* y es una de las que mayor difusión ha tenido. Fray Diego Valadés en varios lugares de su *Retórica* ofrece la explicación de este dibujo siguiendo las letras del alfabeto que ahí aparecen. En esta ingeniosa representación gráfica se manifiesta el cuidado y seriedad con que procedían los misioneros en la evangelización de los indios. Una de las figuras sobresalientes en este grabado es fray Pedro de Gante, del cual ya hablamos anteriormente.

Como un complemento del anterior viene a ser el grabado 19: *La enseñanza religiosa a los indígenas de México, por imágenes.* El predicador franciscano desde el púlpito adoctrina a los indios que lo escuchan con atención. Se sirve de grandes láminas donde se han dibujado las

imágenes que representan los diversos pasajes de la pasión de Cristo, para grabarles mejor sus enseñanzas.

Lámina 24: *Dios creador, redentor y remunerador.* Interesante composición pictórica en la que expone las etapas bíblicas de la creación del universo, desde los ángeles, el hombre y los diversos animales hasta los vegetales. Allí incluye Valadés animales netamente americanos, así como vegetales propios de México: maíz, plátano, nopal, piña y cacao.

En el grabado 25, *Los indios ante el Calvario,* fray Diego desarrolla una bella y conmovedora composición pictórica de la redención del género humano. En forma llena de originalidad, introduce a los indígenas de América en el drama de la redención. A la izquierda, un misionero franciscano señala a los indios la imagen del crucificado.

Los dos últimos grabados, 26 y 27, pueden llamarse: *Fray Diego Valadés evangelizando a los chichimecas.* Parece que en la lámina 26 quiso Valadés dejarnos su propio autorretrato en el joven misionero que evangeliza a los indios salvajes del norte de México. La escena está rodeada de agrestes montañas. Al misionero se le ve con un hábito remangado, con un amplio sombrero caído hacia atrás y con su cayado en la mano izquierda. Ostenta en el pecho una gran cruz y señala con su diestra a los indios bárbaros que se acercan deponiendo su fiereza.

El grabado 27 es secuencia del anterior. En él se nos presenta al misionero sentado en medio de los chichimecas semidesnudos, quienes, depuestos sus arcos y flechas, escuchan las enseñanzas del religioso.

Los grabados de fray Diego Valadés que ilustran sus *Retórica* han sido realmente apreciados por sus lectores y por los conocedores del arte del dibujo y la pintura. Especialmente han llamado la atención aquellos que se refieren a México, a las costumbres de los indios y a las escenas de la evangelización en Nueva España. Así, varios autores han reproducido en sus obras algunos de esos grabados, y otros se han inspirado en ellos haciéndoles algunas modificaciones o han tratado de copiarlos.

La persona de fray Diego Valadés también ha servido de inspiración en las artes plásticas de nuestro tiempo. El artista contemporáneo Desiderio Hernández Xochitiotzin, originario de Tlaxcala como fray Diego, ha incluido la figura de Valadés, como personificación del humanismo novohispánico y como gloria auténtica de Tlaxcala, en el grandioso mural que representa una visión dinámica de la historia de México y de Tlaxcala en el palacio de gobierno de esta ciudad.

Después de haber recorrido las páginas de la *Retórica cristiana* y de haber contemplado, con verdadero deleite, los cuadros con que el autor ilustra su obra, comunicándole amenidad y atractivo, llegamos a la conclusión de que, en esas páginas escritas hace cuatro siglos, está aún vibrando el entusiasmo de su autor y el paternal afecto del misionero

para con sus hijos espirituales. No era posible que Valadés ocultase los múltiples lazos espirituales que lo unían con los indígenas. Lejos de ellos, en Roma, el corazón de fray Diego estaba puesto en su querido México, y su mente, como era natural, aun al escribir sobre los preceptos de la retórica, tenía que volar inevitablemente a la que fuera su cuna. Las reminiscencias mexicanas de Valadés en su *Retórica* nos revelan, sin lugar a duda, la identificación de su autor con los elementos integrantes de la nacionalidad mexicana que se estaba gestando en la segunda mitad del siglo XVI.

RESPUESTA AL DISCURSO DEL DOCTOR ESTEBAN JULIO PALOMERA, S. J.

Por Tarsicio Herrera Zapién

I

Entra hoy a la Academia Mexicana un nuevo miembro de la Compañía de Jesús, a la cual han pertenecido los más gloriosos humanistas de nuestra historia: Alegre, Clavijero, Abad y Landívar. Es el padre Esteban Julio Palomera historiador y discípulo de otro prestigiado académico jesuita: don Mariano Cuevas.

Y mientras todavía hay quien imagina a un jesuita como alguien retraído, el padre Palomera es el prototipo del amigo sonriente. Y si alguien imagina a un jesuita como un señor que suele refugiarse en la sombra, el padre Palomera fue ocupando durante dos decenios una serie de cargos que lo elevaron hasta ser, de 1975 a 1976, vicepresidente de la Confederación Interamericana de Educación Católica (CIEC).

Prolonga hoy don Esteban el tema que sustentó su predecesor en la silla XIV, el padre Manuel Ponce Zavala. Y, antes de dialogar con el magnífico discurso del padre Palomera sobre fray Diego Valadés y su *Retórica cristiana*, recojamos algunas frases de don Manuel Ponce sobre el tema. Porque la elocuencia del padre Ponce era la del sabio que está rico en mensajes, pero también la del poeta que transforma esos mensajes en imágenes.

Dijo aquí monseñor Manuel Ponce el 14 de octubre de 1977, en su discurso inaugural, que fray Diego Valadés pensaba en todo el cargamento de ricas y olorosas especias del mundo clásico y del bíblico que traía consigo la retórica cristiana. "Pero, y eso es lo más importante, también pensaba en sus indios mexicanos."

"Las verdades fundamentales de la fe sólo germinaban en aquella tierra virgen en virtud de la palabra elemental, y ésta, sólo ayudada de gestos, de carteles y de pinturas murales."

Sigue don Manuel Ponce reflexionando que Valadés necesitaba simpli-

ficar su arsenal retórico que ostentosamente pensaba titular "Suma de las ciencias más excelsas". *Summa summarum scientiarum.*

Y culmina el sacerdote poeta:

> La solución se la daba el ejemplo de su padre San Francisco, el pobrecillo de Asís, humilde entre los humildes, quien no había empobrecido la elocuencia cristiana al predicar con las humildes palabras de la hermana agua, el hermano sol y las hermanas estrellas, y quien en una callejuela de Asís se había despojado de sus propias galas para enriquecer a un pordiosero.[1]

Al lado de estos párrafos, en la memoria poética de México quedan ciertos momentos inmarcesibles de la lira de Manuel Ponce, quien sí logró el ideal que Borges canta *In memoriam A. R.* (Alfonso Reyes):

> En los trabajos lo asistió la humana
> Esperanza y fue lumbre de su vida
> dar con el verso que ya no se olvida
> y renovar la prosa castellana.

Reyes se inmortalizó en la prosa, y Ponce en versos como éstos. Al beato Sebastián de Aparicio lo proclama:

> Príncipe de carreteros
> y emperador del silbido.

Manuel Ponce cierra un soneto a la catedral de Morelia con la densidad polisémica de este dístico:

> ¡Y permaneces, contrapunto inmenso,
> oh Jesucristo, bien ejecutado!

Y el soneto guadalupano de Ponce es también imperecedero:

> Cambias de sitio, no de primavera,
> pues a donde tú vayas, van las flores;
> y por la misma casa donde mores
> dará principio el sol a su carrera.
>
> Cambias de sitio, no de adoradores,
> que te saben amar a su manera
> y al derretir sus almas como cera,
> chisporrotean ensordecedores.

[1] Manuel Ponce, *La elocuencia sagrada en México*, Academia Mexicana, 1977, pp. 24-25.

Ni nosotros cambiamos: adheridos
a tu cielo de astrales palideces,
te sonreímos dando de gemidos.

Y entretejiendo espinas a tus rosas,
te seguirán llevando nuestras preces
las mismas quejas de las mismas cosas.

Y cierro mi homenaje al más alto poeta sacro de nuestro siglo con su inolvidable *Madrigal en la cruz:*

Al infinito Amor
no duelen prendas, y por eso quiso
que un ladrón le robara el Paraíso.

Yo, triste pecador,
sé que en amor divino no hay mudanza
y en ser ladrón se funda mi esperanza.

Poemas como éste demuestran que don Manuel Ponce Zavala no morirá nunca. Ya lo presentía él en su *Elegía VII:*

Pero esta mi palabra que te expresa
y en diamantinos cercos te conquista,
no pasará, no soltará su presa.[2]

II

Pues bien. La silla del ya inmortal poeta Manuel Ponce la ocupa desde hoy el destacado historiador don Esteban Julio Palomera Quiroz, figura señera de la Compañía de Jesús, quien posee una maestría en letras, otra en filosofía y otra en teología, además de la de historia, carrera en la cual obtuvo también el doctorado.

El padre Palomera posee una sólida producción historiográfica, que abarca volúmenes memorables.

El primero se titula *La obra educativa de los jesuitas en Guadalajara (1586-1986),* editado en dicho año cuadricentenario (o, más técnicamente, cuadringentésimo) por el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana.

[2] Toda su lírica está en el libro que editó la Universidad Nacional Autónoma de México en 1988: *Manuel Ponce. Poesía 1940-1984.*

Tres años después, don Esteban edita un volumen paralelo: *La obra educativa de los jesuitas en Tampico (1962-1987).*

Y el padre Palomera está cerrando su monumental tríptico de la labor humanística y pedagógica ignaciana en nuestra patria, con el volumen *La obra educativa de los jesuitas en Puebla (1578-1992).*

Si tomamos en cuenta que la Compañía de Jesús llegó a nuestras tierras en el último cuarto del siglo XVI y siempre sostuvo un elevado nivel académico en sus colegios, comprenderemos que el historiador de la pedagogía jesuítica en importantes ciudades de la república, ha tenido que dedicar años y años de fatigas a cada volumen, y todo ello sin abandonar su magisterio universitario en cátedras de historia de la cultura, y de historia patria y universal.

A quien aquí habla le entusiasma saber que don Esteban, en sus múltiples travesías por las zonas arqueológicas mayas, ha tomado más de 2 000 diapositivas que recorren desde Chichén Itzá hasta Palenque, y desde Bonampak hasta Tikal.

Y todavía nos regocija más el saber que el padre Palomera, durante 40 de sus 70 años de maestro, ha ocupado cargos como el de rector del Instituto Oriente, de Puebla; y como el de presidente de la Federación de Escuelas Particulares de dicho estado; y que ha llegado a ser vicepresidente y luego presidente de la Confederación Nacional de Escuelas Particulares, entre 1970 y 1980. Y, por esos mismos años, llegó al ya mencionado cargo de vicepresidente de la Confederación Interamericana de Educación Católica.

Son numerosos los congresos nacionales e internacionales a que ha asistido, y abundantes los países que han escuchado sus conferencias magistrales.

Pero ante el gran público cultural de México, el padre Palomera cuenta con otro mérito relevante. Es el de haber investigado largamente en torno al pensamiento y a la obra capital de fray Diego Valadés, la *Retórica cristiana* de la cual nos acaba de hablar con brillantez.

Referiré que el padre Palomera tradujo primero medio centenar de páginas de dicho volumen en que fray Diego exalta los valores humanos de los naturales. Con las crónicas mexicanas de la *Retórica cristiana* y con las investigaciones respectivas realizó sus tesis y exámenes profesionales de maestría y de doctorado en historia. Y de esas mismas investigaciones fueron gestándose los dos libros de don Esteban sobre *Fray Diego Valadés, evangelizador humanista de la Nueva España.* El primer tomo se subtitula: *Su obra* (Editorial Jus, 1962). Y el segundo lleva el subtítulo: *El hombre y su época* (Jus, 1963).

Un decenio después, el padre Palomera recibió un encargo de nuestro actual director, don José Luis Martínez, que entonces era director ge-

neral del Fondo de Cultura Económica. Don José Luis le pedía traducir o hacer las 400 apretadas páginas de todo el volumen de la *Retórica cristiana* de Valadés, cuya versión sumaba 800 cuartillas.

Todos los humanistas jesuitas que consultó don Esteban, declinaron emprender una tarea que podría ocupar decenios, si sólo se hacía en ratos libres. Pero por entonces el bien recordado historiador monseñor Sergio Méndez Arceo le refirió a nuestro recipiendario que el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM cuenta con un Centro de Estudios Clásicos donde una docena de investigadores traducimos profesionalmente el latín.

Así que un buen día me telefoneó el padre Palomera para encomendarme la colosal tarea de traducir el 85% del volumen de la *Retórica cristiana*, redactado en un latín irregular, a veces clásico, a veces escolástico, pero a menudo oscuro. Un servidor aceptó traducir un tercio de la obra y buscar colaboradores para el resto. Tuvimos la suerte de encontrar disponible al doctor Julio Pimentel, traductor de no menos de ocho volúmenes de Cicerón. También conseguimos la colaboración del padre Alfonso Castro, quien sería después nuestro leal conmilitón en la defensa de Sor Juana.

Emprendimos los tres la ruda faena y, tras cinco años de fatigas, dejamos lista para la prensa la traducción del primer libro escrito por un mexicano, que se publicó en Europa. Vio la luz de nuestro siglo en el Fondo de Cultura Económica, durante 1989.[3]

Ahora bien, respecto a este primer sistematizador de la enseñanza audiovisual en América que fue fray Diego Valadés, ¿es seguro que nació en la Nueva España, como sostenemos aquí; o habrá nacido en la vieja España, como varios sostienen allá?

Esta pregunta sobre la nacionalidad del inquieto predicador franciscano fue el tema de todo un simposio en Perusa, la italiana Perugia, en 1992. Allí, varios estudiosos europeos declaraban a Valadés como hispano, mientras que tres filólogos mexicanos lo reclamábamos casi seguramente nuestro.

Lo que más nos interesa aquí a ese respecto es que, cuando la señora Guadalupe Appendini publicó en *Excélsior* su extenso reportaje "Diego Valadés y la *Retórica cristiana*" con la documentación que le mostré a mi regreso de Italia, el observador licenciado René Cuéllar Bernal (de Ciudad Satélite) comentó en el benemérito Foro de *Excélsior*: "Para tan excelente tribuna (italiana) debió ser invitado el jesuita Esteban J. Palomera, desde hace más de 30 años el principal biógrafo y panegirista (en el buen sentido de la palabra) de fray Diego Valadés" (7 de julio de 1992).

[3] Fray Diego Valadés, *Retórica cristiana,* introd.: E. Palomera, trad.: THZ, J. Pimentel y A. Castro, FCE-UNAM, México, 1989.

Ojalá así hubiera sido, porque en una de las sesiones, allá en Perugia, quien ahora habla se quedó solo defendiendo que Valadés era un mestizo nacido del conquistador Diego Valadés y de una india tlaxcalteca.

La principal objeción que se leyó en Perusa fue el hecho de que Vázquez Janeiro, en sus *Scriptores ordinis* (1651) anota a Valadés como *hispanus*. Además, el único franciscano presente, el padre Salvatore Zavarella, dijo que un cofrade español había ofrecido llevar al encuentro la prueba de que fray Diego Valadés era español.

Un servidor presidía la segunda sesión, en el propio monasterio de Monte Ripido, a donde Valadés huyó de Roma, perseguido por la gente de Felipe II, quien lo veía poco respetuoso hacia el Real Patronato español.

En esa sesión insistíamos, hablando en italiano, en que la habilidad con que fray Diego predicaba en tres lenguas indígenas (náhuatl, otomí y tarasco) era algo más que un indicio de que nuestro fraile tenía sangre india, pues dominaba esas tres lenguas tan complejas y lejanas entre sí.

Otro congresista mexicano nos objetó que varios misioneros españoles hablaban fluidamente diversas lenguas indígenas. Pero —curiosa circunstancia— el mexicano que nos objetaba, ante italianos y en la propia Italia, ¡no decía una sola palabra en esa lengua hermana de la nuestra que es el italiano! *(Allora le lingue straniere non sono mica facili)*. Ya se ve que, probablemente, una de las lenguas indígenas que hablaba Valadés era la materna.

Otro mexicano argüía que, con respecto a la Nueva España, Valadés se denominaba *alumnus* (nutrido) y no *filius* (hijo).[4]

El colmo fue el de otro coterráneo que sostuvo que Valadés era español porque apoyaba la esclavitud. De inmediato, Zavarella se levantó mostrando una revista del medio milenio, que tenía en la portada a un franciscano de burdo sayal defendiendo con abrazo paternal a un indio desvalido. Es el célebre mural de Clemente Orozco que vemos aquí a tres cuadras en San Ildefonso.

No cabe duda. Si en ese simposio de Perugia hubiera estado el padre Palomera, que hoy nos reúne, habría repetido lo que escribió al prologar la *Retórica cristiana:* que fray Diego dejó "envuelto en el misterio su origen mestizo" porque "el origen indio materno del niño habría sido posteriormente un obstáculo para ser admitido a la orden franciscana" (pp. VIII-IX).

Allí mismo señala don Esteban que Valadés sólo conoció España a los 38 años, cuando fue enviado allá al capítulo general de su orden en

[4] Véase *Retórica cristiana*, parte IV, cap. XIX, p. 200.

1571, año en que conoció las grandes solemnidades religiosas peninsulares. Respecto a ellas comenta: "Como yo me pude dar cuenta después de haber visto las ceremonias de los europeos".[5] Y la prueba principal que aporta el padre Palomera es que fray Agustín de Betancourt, O. F. M., afirma que fray Diego Valadés era natural de Tlaxcala.[6]

Ahora bien, el adjetivo *natural* tiene en el DRAE el sentido de "nativo, originario de un lugar". Y sólo se aplica a quien no es de una tierra, si posee vasallos en ella. Inclusive, se adjudica el adjetivo *natural* a quien es hijo, tanto de padre como de madre indígenas. Para acepciones diacrónicas es insustituible nuestro Diccionario de la Real Academia.

Además, cuando se publicaron las memorias del simposio sobre fray Diego, tituladas *Un francescano tra gli indios,*[7] la doctora Gaia Rossetti escribe allí de "el franciscano tlaxcalteca" y de "el humanista novohispano de origen mestizo".

La propia Biblioteca Augusta de Perusa califica la *Retórica cristiana* de 1579, como "primera edición de una obra de autor americano". Bueno, ¿y el religioso que iba a llevar la prueba irrebatible del hispanismo de Valadés, a Perusa? Nunca llegó al simposio de 1992, probablemente porque nunca encontró la prueba que buscaba.

Bien ha escrito el padre Palomera que el pintor tlaxcalteca contemporáneo Desiderio Hernández Xochitiotzin retrata a fray Diego Valadés en un mural del palacio de gobierno en Tlaxcala, llevando en la mano su *Retórica cristiana,* con el añadido de "primer libro de un novohispano editado en Europa".

Allí, el pintor colocó exactamente detrás de fray Diego a un indio con un alto penacho que da la impresión de estar adornando la cabeza tonsurada del fraile. Este recurso plástico con que Xochitiotzin subraya la mexicanidad de Valadés, habría hecho sonreír a dicho misionero.

Con razón ha dedicado don Esteban Palomera tantos años al estudio de fray Diego Valadés. Es el prototipo de todos los que, como el propio don Esteban, han dedicado su vida a proteger al débil y a enseñar al indocto.

El padre Palomera nos reveló hace 20 años la existencia de Diego Valadés, cuando nos invitó a traducirlo del latín, explicándonos que fue un gran benefactor de nuestra patria y un modelo de educadores. Así es como ha vivido don Esteban, invitando a cuantos lo rodean a

[5] Ver *Retórica cristiana,* parte IV, cap. XXV, p. 226.

[6] Fray Agustín de Betancourt, *Teatro mexicano,* tomo III, cuarta parte: *Menologio franciscano,* México, 1871, p. 450 (hacia 1650).

[7] *Un francescano tra gli indios. Diego Valadés e la Rhetorica Christiana,* Atti del Convegno di Perugia, mayo de 1992, Il cerchio iniziative editoriali, Rímini, 1995.

amar la fe y la bondad, y despejando toda clase de leyendas negras con la limpia luz de la verdad.

Ésta es la clase de académicos que necesitamos.

Padre Esteban Palomera: que su profundo saber y su benévola sonrisa iluminen esta Academia Mexicana.

Sea usted bienvenido a esta su casa.

MÉXICO, CIUDAD DE PAPEL*

Por Gonzalo Celorio

Señor director de la Academia Mexicana,
don José Luis Martínez;
señoras y señores académicos,
señoras y señores:

Cuando recibí la carta de la Academia en la que se me notificaba que había sido elegido miembro de número de tan noble y prestigiosa institución, pensé que, de tener algún mérito que hubiese llevado a los señores académicos a considerarme uno de sus pares, más que el rigor de mis estudios, éste sería, en todo caso, mi amor a la palabra, inveterado y constante, porque desde siempre he creído que la poesía, en el sentido más antiguo del vocablo, es la única manera de liberar al hombre de las ataduras que el lenguaje mismo le impone, y desde siempre he respondido con fidelidad a esta vocación a la vez feliz y despiadada que es la literatura. Feliz porque no hay mayor acercamiento a las potestades de la divinidad que nombrar el mundo y crearlo por obra y gracia de la palabra; despiadada porque todo acto de creación es de suyo arduo y doloroso y en cierto sentido se alimenta de la vida misma del creador, como lo entendió el artista adolescente de nuestros días, para quien sólo el verdadero poeta "sabe qué grande es el deseo de no ser poeta, el deseo de abandonar esa casa de espejos en la que reina un silencio ensordecedor".

No obstante que mi relación con la palabra esté signada por la pasión, no soy un escritor ajeno a la academia. Académica es mi formación, académica la institución donde siempre he trabajado y académica la labor que desempeño y que me da sustento. A la academia debo, si no el gusto por las palabras, que se remonta hasta donde la memoria alcanza, sí la educación de ese gusto por la gravidez, por la felicidad, por la historia de las palabras. Me siento, pues, afín a la academia y me entusiasma la idea de sentarme con los ilustres miembros de esta vene-

* Leído en sesión pública efectuada el 17 de octubre de 1996.

rable hermandad que atesora nuestro riquísimo patrimonio verbal a hablar, tautológicamente, de las palabras, las palabras que nos definen y que nos hacen trascender, las palabras que heredamos y que, revitalizadas, habremos de heredar, las palabras de las que nos enamoramos y a las que nunca podremos domesticar. Hablar de las palabras es tan regocijante como discurrir sobre la dilatada elaboración del mole negro mientras se enrolla en la palma de la mano una tortilla protocolaria; como ponderar los atributos prodigiosos del agave azul mientras se apura un "caballito" tequilero.

Mucho me honra que la Academia haya tenido a bien adjudicarme la silla que ocupó el escritor veracruzano Sergio Galindo, quien a su vez fue precedido por Justino Fernández y por Isidro Fabela.

Es noble costumbre de esta institución que el académico que ingresa en ella dedique unas palabras a la memoria de su antecesor. La lectura cabal e ininterrumpida de la obra narrativa de Sergio Galindo —a la que me entregué con devoción durante los últimos meses— me procuró una experiencia semejante a la que vive Manuel José Othón en su *Idilio salvaje,* cuando dice en el *Envío:*

> Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso!
> ¡Qué andar por entre ruinas y entre fosas!
> ¡A fuerza de pensar en tales cosas
> me duele el pensamiento cuando pienso!

La obra de Galindo, efectivamente, nos introduce en un submundo en el que transitan las peores desventuras del hombre —la desdicha profunda, el desamor, el sinsentido— y en el que todo está tocado por la soledad, por la decrepitud y por la muerte.

El narrador veracruzano abreva en las fuentes del costumbrismo. Buena parte de su obra se remite, ya directamente, ya mediante el subterfugio de la alteración de la toponimia, a su natal Xalapa. Pero, a diferencia de los escritores costumbristas, no se queda en la descripción pormenorizada de la vida provinciana ni se erige en juez de la conducta de sus personajes. Con los recursos literarios de la modernidad, hace calas de tal manera hondas en el alma humana que las peculiaridades locales cobran validez universal. No hay juicio moral ni crítica en sus páginas; ni siquiera el ánimo soterrado de la denuncia: sólo la exposición implacable de la miseria humana. Como si para refugiarse de la lluvia pertinaz, que lo llevó a imaginar Xalapa, en su primera infancia, como un encuentro de casas flotantes, se metiera en ellas, observara la vida doméstica —las "ceremonias del interior", según las llamó Julio Cortázar—, y acabara por adentrarse en la más recóndita intimidad de

sus habitantes: en sus odios, sus frustraciones, sus vicios y sobre todo su soledad. Parecería que la propia neblina, que cubre la ciudad y la torna espectral, como lo ha visto Nedda G. de Anhalt, se hubiera filtrado por todas las rendijas para interponerse entre los personajes que, de esta manera envueltos, se tropiezan los unos con los otros sin reconocerse siquiera.

Otras obras de Galindo se ubican en escenarios diversos de México o de Europa, pero más que los países importan los espacios morales, que suelen ser coercitivos, desolados, lamentables: el alcohol, la cárcel, el exilio.

En varias de sus novelas maneja simultáneamente, con admirable economía, decenas de personajes, cuyas vidas se entrecruzan y construyen un efímero retablo de la desbarajustada condición humana. En otras, su pluma se entretiene morosamente con el protagonista, al que escudriña hasta el fondo con una penetración psicológica sólo comparable a la que alcanzó, en la narrativa hispanoamericana, Juan Carlos Onetti. Es el caso de sus personajes femeninos —Camerina Rabasa, Otilia Rauda—, que acaso nadie haya entendido mejor que él en nuestras letras masculinas y que lo hacen digno heredero de Gustave Flaubert, Leopoldo Alas *Clarín,* Rómulo Gallegos.

Alguien dijo que Galindo fue un escritor honrado que, ajeno a las modas de una modernidad espectacular, escribió lo que debía escribir y como debía escribirlo. En efecto, calladamente, sin reposo y sin alardes, trabajó todos los días de su vida en la escritura de una obra de excepcional hondura que ocupa un sitio singular en las letras mexicanas.

No puedo dejar de mencionar, para concluir este rápido boceto de la personalidad de Sergio Galindo, su amorosa labor al frente del Departamento Editorial de la Universidad Veracruzana bajo los rectorados de Gonzalo Aguirre Beltrán y Fernando Salmerón. Desde ahí, puso al alcance de los estudiantes universitarios importantes traducciones de la literatura universal; publicó en la serie Ficción, por él dirigida, las primeras obras de Luisa Josefina Hernández, Emilio Carballido, Sergio Pitol, José de la Colina, Juan García Ponce, y, con gran visión literaria, dio a conocer a los escritores hispanoamericanos más promisorios de su tiempo: Jaime Sabines, Gabriel García Márquez, Haroldo Conti, Álvaro Mutis. Dirigió, además, la revista *La palabra y el hombre,* de enorme importancia en la hemerografía mexicana contemporánea, y sirvió a la cultura desde la Dirección del Instituto Nacional de Bellas Artes, tareas todas ellas que hicieron de las obras ajenas obra propia.

Sergio Galindo ingresó en la Academia Mexicana con la lectura de uno de sus textos literarios más alucinantes y estremecedores, *El señor de los hongos.* Protegido por esa libertad que me antecede e impulsado

por el amor que le profesó a su ciudad natal y a la lengua que nos une, escribí, a manera de discurso, un ensayo sobre el escenario primordial de nuestras letras, la ciudad de México, que se propone la temeraria tarea de meter la concentración urbana más grande del planeta en una cáscara de nuez.

Agradezco de nueva cuenta a la Academia Mexicana que esta noche tenga a bien abrirme las puertas de su casa y, con su venia, señor director, paso a dar lectura a mi discurso.

MÉXICO, CIUDAD DE PAPEL

A la memoria de Edmundo O'Gorman

La hoja blanca poco a poco poblada
de edificios, ventanas, corredores.

Vicente Quirarte

Mi casa, la casa de ustedes, como acostumbra decir la cortesía mexicana para confusión de los visitantes extranjeros, está acomodada en uno de los pliegues de las almidonadas crinolinas del Ajusco, en un pueblo que tiene la gracia de llamarse San Nicolás y, en homenaje a los guajolotes, apellidarse Totolapan. Es un pueblo alto al que sube usted por la avenida del Hospital Ángeles. Atraviesa el fraccionamiento Fuentes del Pedregal, toma la calle de Matamoros y llega a un cementerio que está al lado de la vía del tren. Sigue por la calzada de la Soledad hasta que da con un segundo panteón, cuyas tumbas siempre florecidas rebasan la barda. Ahí da vuelta a la derecha, pasa un altar guadalupano trepado en la horqueta de un mezquite y antes de toparse con una cruz de atrio castigada en un recodo del camino, da usted vuelta a mano izquierda y sube por una callecita empinada y llena de baches que ostenta el formidable nombre de *Progreso*. Por este viacrucis llega usted a mi casa de San Nicolás Totolapan.

En este pueblo, que por supuesto pertenece al Distrito Federal y para más señas a la Delegación Magdalena Contreras, se acaba la ciudad de México por el suroeste. Mi dormitorio tiene dos ventanas encontradas: una mira, hasta ahora y no creo que por mucho tiempo, a un monte peinado de magueyes, respaldado por un cielo azul que todavía se viste de estrellas para salir de noche; la otra da a la esquina del norte y el oriente, igual que el ventanal de mi escritorio, desde el cual puedo

adivinar toda la ciudad de México, sepultada bajo una espesa nata de miasmas. Delante de los pocos cerros pelones por donde todavía no se encaraman las casas y que dan basamento a grandes antenas de telecomunicaciones, los edificios más altos de la ciudad se recortan sobre el ciclorama gris del paisaje, oscurecido por el humo negro de las fábricas, que se esparce cínicamente por el cielo.

De noche el panorama cambia. La ciudad parecería recuperar su antigua condición lacustre: el descomunal valle de México se vuelve un lago de luces palpitantes. No sé por qué las luces tiemblan permanentemente, como si respiraran, como si se movieran, como si fueran pequeñas embarcaciones en una gigantesca laguna.

También desde las alturas, desde el abra de los volcanes —hoy ausentes—, vieron los españoles por primera vez el entonces luminoso valle del Anáhuac y el prodigio de una ciudad anfibia, construida sobre la laguna y sus riberas. Las calzadas rectilíneas. Las "calles de agua", como las llamó fray Bartolomé de Las Casas en alucinante comparación con Venecia —la ciudad fantástica por antonomasia—. Las fortalezas de piedra de cantería. Los imponentes templos. Los lujosos palacios. Las casas de calicanto. Una conjunción de 40 pueblos que, observados desde la serranía, hicieron conjeturar al dominico "que otra más graciosa ni alegre vista puede haber en el mundo".

Esa visión maravillosa de los primeros españoles llegados a estas tierras fue cegada por los españoles mismos. Para doblegar a los aztecas Hernán Cortés puso sitio y destruyó la Gran Tenochtitlan. A partir de entonces, la ciudad de México hizo suyo, sin saberlo, el mito de Coyolxauhqui, la que se pinta de cascabeles las mejillas, quien fue precipitada desde la cúspide del templo por su hermano Huitzilopochtli, el joven guerrero, el que obra arriba, y yace desmembrada, rota, al pie de las alfardas del teocali. No deja de ser aterradoramente significativo que el gigantesco monolito del Templo Mayor que sobrevivió a la devastación de las huestes cortesianas sea, paradójicamente, la imagen misma de la destrucción, como si nuestra única permanencia fuera la de nuestro incesante aniquilamiento.

Más que el tiempo que la transforma y la corrompe; más que la naturaleza, que la hunde, la inunda y la estremece, la incuria de los hombres ha destruido sistemáticamente la ciudad que han edificado sus mayores.

La historia de la ciudad de México es la historia de sus sucesivas destrucciones. Así como la ciudad colonial se sobrepuso a la ciudad prehispánica, la que se fue transformando en el México independiente acabó con la del virreinato, y la ciudad posrevolucionaria, que se sigue construyendo todavía, arrasó con la del siglo XIX y los primeros

años del XX, como si la cultura no fuera cosa de acumulación sino de desplazamiento.

Igual que las urbes invisibles de Italo Calvino, México es una ciudad imaginaria, cuya historia, más que palparse, se adivina:

> ...La ciudad no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las esquinas de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, cada segmento surcado a su vez por arañazos, muescas, incisiones, comas.

En el escenario de tantas ciudades revocadas, una pirámide destruida que sólo muestra su intimidad exhumada, las columnas descoyuntadas de una iglesia primitiva, un claustro comido por una pastelería, un convento transformado en tienda de autoservicio, una arquería churrigueresca que no cobija a peregrino alguno, una fachada neoclásica que se mudó de casa, una iglesia atropellada por el anillo periférico y otra materialmente doblada por la avenida 20 de Noviembre, una esbelta casa porfiriana sometida por dos edificios de espejos asfixiantes.

De los pasados esplendores de la ciudad de México persisten, empero, las voces de quienes la cantaron, con líricos acentos, cuando era la región más transparente del aire; de quienes la describieron, azorados, cuando a ella llegaron allende el mar océano o la establecieron en lengua latina para darle cabida en las ciudades del mundo o la magnificaron con palabras hiperbólicas y artificiosas; de quienes la puntualizaron en términos científicos; de quienes la liberaron con sus discursos cívicos y sus artículos combativos y la relataron en sus costumbres y sucesos; de quienes hoy la registran, la definen, la inventan y la salvan de la destrucción merced a la palabra. Las voces, en suma, que la han construido letra a letra en la realidad perseverante de la literatura. La nuestra es una ciudad de papel.

La Gran Tenochtitlan sobrevive en las descripciones de los frailes que con minuciosidad científica consignaron la historia y la cultura de la sociedad aborigen y las imágenes de los soldados metidos a cronistas que usaban, como dice Alonso de Ercilla en *La araucana,* ora la pluma, ora la espada, y que trasladaron a la realidad que estaban viviendo la fantasía que había alimentado la idea europea del ignoto Occidente. Tendiendo el puente entre las novelas de caballería y las crónicas de la Conquista, Bernal Díaz del Castillo recuerda su primera visión del valle de Anáhuac.

> Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblazones, y aquella calzada tan derecha y por nivel

como iba a México, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que se cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho de ponderar en ello que no sé cómo lo cuente; ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas como veíamos.

Y hasta Cortés, tan parco en el elogio si no es para magnificar la importancia de su empresa, no puede ocultar su estupor ante la ciudad de México —a la que compara por su belleza con Granada y por su extensión con Córdoba y Sevilla— y con palabras mudas dice: "La cual ciudad es tan grande y de tanta admiración que aunque mucho de lo que de ella podría decir, lo poco que diré creo que es casi increíble".

Y es que la Gran Tenochtitlan es una ciudad improbable, que parece pertenecer más a la imaginación poética que a la realidad. Una ciudad fundada por los hombres, pero ordenada y sostenida por el dios Huitzilopochtli, como se dice con una rara mezcla de orgullo y humildad en un poema de Nezahualcóyotl:

Flores de luz erguidas abren sus corolas
donde se tiende el musgo acuático, aquí en México,
plácidamente están ensanchándose,
y en medio del musgo y de los matices
está tendida la ciudad de Tenochtitlan:
la extiende y la hace florecer el dios:
tiene sus ojos fijos en sitio como éste,
los tiene fijos en medio del lago.
.....
A ti, Nezahualcóyotl, y a ti, Moteuczomatzin,
os ha creado el que da la vida,
os ha creado el dios en medio de la laguna.

Sólo así se entiende que la **gran** ciudad que fue asiento del imperio azteca haya sido edificada en **medio** de la laguna salobre, en el lugar de la expulsión y del castigo. Cuando los mexicas llegaron al valle de México tras una peregrinación de siglos, no encontraron acomodo en ninguna parte. Fueron execrados por los vecinos y si aquí pudieron sostenerse, como dicen *Los Anales de Tlatelolco,* fue mediante la guerra y despreciando a la muerte. De Chapultepec fueron echados a Tizapán, donde se alimentaban de serpientes. De ahí también fueron expulsados y obligados a refugiarse en el agua, en los pantanos, a esconderse entre los juncos. Huitzilopochtli entonces formula su trascendental designio,

registrado como uno de los momentos épicos más sobrecogedores de la historia de los aztecas en *La crónica mexicáyotl:* fundar una ciudad en un islote en medio de la laguna, desde donde habrán de someter a sus enemigos. "Con nuestra flecha y escudo nos veremos con quienes nos rodean, a todos los que conquistaremos, apresaremos, pues ahí estará nuestro poblado, México, el lugar en que grita el águila, se despliega y come, el lugar en que nada el pez, el lugar en que es desgarrada la serpiente..." Sólo por su fanatismo y su desdén al sufrimiento, pudieron crear y desarrollar ahí la gran ciudad que con los años llegó a ser la México-Tenochtitlan que conocieron los conquistadores. Una ciudad cruzada por canales y atada a tierra firme por largas y anchas calzadas. Una ciudad expandida merced a las canoas, que postergaron la utilización de la rueda, y a ese milagro de la agricultura que fueron las chinampas, jardines flotantes como colgantes fueron los de Babilonia. Agua y tierra, una ciudad que no desplazó a la naturaleza sino la acogió en su seno. El centro ceremonial, imponente, en el que sobresale, entre palacios y templos, el gran teocali de los sacrificios dedicados a Tláloc y Huitzilopochtli, y los huertos y jardines que albergan la abundancia y la variedad de plantas y de flores. Una ciudad que se cifra en aquellos versos de Carlos Pellicer que dan cuenta cabal del alma mexicana: "el gusto por la muerte y el amor por las flores".

Ayudado por la erudita imaginación de Alfonso Reyes, veo una ciudad diurna por excelencia, cristalina en el aire y en el agua, espaciosa y clara; una ciudad apacible no obstante los rituales sangrientos de sus habitantes, cuya cultura hermanó la guerra con las flores para alimento de los dioses y permanencia del mundo:

> Allí, donde se tiñen los dardos, donde
> [se tiñen los escudos,
> están las blancas flores perfumadas, las
> [flores del corazón:
> abren sus corolas las flores del que da
> [la vida,
> cuyo perfume aspiran en el mundo los
> [príncipes: es Tenochtitlan.

Cortés justifica la destrucción de la ciudad de los aztecas como necesaria estrategia militar para imponer su dominio:

> Y yo, viendo... que había ya más de cuarenta y cinco días que estábamos en el cerco, acordé de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder más estrechar a los enemigos, y fue que como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas de ellas del un cabo

y del otro, por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado...

De la minuciosa y dilatada descripción que Cortés hace del cerco de Tenochtitlan, queda, a pesar de la intención de su cronista, un coraje que no sólo se endereza contra la violencia del acontecimiento histórico, sino también, y más enconadamente, contra el autor, que lo es del relato y de la historia que consigna. No sería necesario leer los valiosos documentos de los informantes de Sahagún y de los redactores de los *Anales de Tlatelolco* para sentir el dolor del trance de la Conquista: basta la *Tercera carta* que Cortés le dirige a Carlos V. No hay palabras que puedan tapar esa "red de agujeros" por donde sale a borbotones la dignidad de un pueblo transgredido que en ese preciso momento, si se me tolera una digresión connotativa, deja de ser azteca para ser náhuatl solamente. A partir de la Conquista empiezan a distanciarse hasta la antinomia la diferencia específica y el género próximo: la palabra *azteca* y la palabra *náhuatl*. La primera evoca la muerte y el imperio que sojuzgó con crueldad a todos los pueblos circunvecinos; la segunda conduce a la vida y a la cultura —la filosofía y la poesía lírica—. La palabra *azteca* designa a los vencedores de las guerras sacrificiales; la palabra *náhuatl*, a los vencidos en la Conquista. Una es la de la guerra, otra la del canto. Una es obsidiana, otra es flor.

El estruendo de la Conquista —los vozarrones viriles de los soldados invocando al Señor Santiago, que había cambiado su ropaje apostólico de peregrino por el arnez y la espada en las guerras de reconquista y pasaba ahora de Santiago Matamoros a Santiago Mataindios; la pólvora de los arcabuces y de los cañones, la sonoridad de las armaduras, los relinchos de los caballos— silenció la voz de los indígenas, ese lenguaje de pájaros, musical y delicado, cercano al canto y al susurro; un lenguaje que escurre, como dice Reyes, "de los labios del indio con una suavidad de aguamiel".

Como primer signo de su sometimiento al dominio español, los propios mexicanos se vieron forzados a perpetrar la dolorosa destrucción de su ciudad, primero impelidos por el cerco que sobre ellos sostuvieron los conquistadores, después obligados por el azote de los encomenderos o por las palabras elocuentes de los primeros frailes. Una vez demolida la ciudad antigua, ellos mismos edificaron la nueva ciudad sobre los escombros de México-Tenochtitlan.

De la misma manera que la lengua castellana acabó por imponerse sobre la lengua náhuatl, la ciudad española se sobrepuso a la ciudad indígena, porque los españoles castellanizaron a los indios y castellanizaron, también, el paisaje. Y así como múltiples vocablos del náhuatl se

filtraron en el castellano y lo enriquecieron, si bien la mayoría de ellos eran sustantivos que se referían a la realidad exterior y no reflejaban la complejidad de su cultura, las mismas piedras de los templos y palacios derruidos se utilizaron, sustantivamente, para edificar la nueva ciudad, que respondía a un pensamiento diferente y articulaba una nueva sintaxis. Qué mejor imagen que la iglesia mayor, premonición de la Catedral, construida sobre el basamento del Templo del Sol con las mismas piedras del que fuera gran teocali de Tenochtitlan, reducidas a la forma octagonal de las basas medievales y todavía marcadas con estrías de serpientes emplumadas.

La primera ciudad de la Colonia fue mitad medieval a imagen y semejanza de las ciudades que los españoles guardaban en la memoria; mitad renacentista de acuerdo con la modernidad que inauguró la aparición del Nuevo Mundo en la cultura europea. Renacentista por su traza reticular, que se sobreponía perfectamente a la ciudad prehispánica; medieval por sus primeros edificios, fortificados y defendidos por almenas, fosos y torreones.

En su *Tercera carta de relación,* de 1522, Cortés informa al emperador:

> De cuatro o cinco meses acá, que la dicha ciudad de Temixtian se va reparando, está muy hermosa, y crea vuestra majestad que cada día se irá ennobleciendo en tal manera, que como antes fue principal y señora de todas estas provincias, que lo será también de aquí en adelante; y se hace y hará de tal manera que los españoles estén muy fuertes y seguros y muy señores de los naturales, de manera que de ellos en ninguna forma puedan ser ofendidos.

Poco más tarde, las *Leyes de Indias,* en el capítulo dedicado a las edificaciones coloniales, consignan, como si la mano de obra no fuera indígena, que "cuando los indios las vean les cause admiración, y entiendan que los españoles pueblan allí de asiento, y los teman y respeten para desear su amistad y no los ofender".

Los españoles, pues, fincaron su inmunidad y la garantía de su dominio en la consolidación de la ciudad. No se trata por supuesto solamente de su seguridad física en cuanto que conquistadores militares, sino de su legitimidad moral en tanto que conquistadores espirituales. La ciudad construida por Cortés es una alegoría de la estabilidad por la que se propugnó una vez terminada la etapa aventurera de la Conquista. Es una ciudad estamental, jerarquizada, dividida. El centro. El palacio virreinal. La iglesia mayor. El arzobispado. Las casas del Cabildo. Los cuatro barrios indígenas, santificados: San Pablo Teopan, San Sebastián Atzacualco, San Juan Moyotla, Santa María Cuepopan. Los indios de aquí para allá, los españoles de allá para acá. Los conventos de las

órdenes religiosas: los franciscanos, los agustinos, los mercedarios, los jesuitas. Los colegios para indios, para mestizos, para criollos. La Universidad Real y Pontificia. La cárcel. El mercado.

En sus *Diálogos latinos,* que sirvieron menos para el ejercicio de la lengua de Virgilio, que para la preservación, aunque fuese sólo en la letra, de la ciudad del siglo XVI, Francisco Cervantes de Salazar da cuenta de la magnificencia de los edificios que resguardaron las instituciones coloniales. Sus correctísimos personajes —dos residentes criollos y un forastero peninsular— pasean por México y sus alrededores y el visitante queda embelesado por la belleza y la majestuosidad de la ciudad novohispana, la cual resulta siempre victoriosa en las comparaciones que establece con las ciudades españolas. Acaso por el origen toledano del célebre humanista, se advierte un orgullo por la ciudad virreinal que no siempre compartieron los criollos porque, cosas de la naturaleza humana, mientras los españoles aquí nacidos anhelaban los esplendores metropolitanos que sólo conocían por la referencia de sus mayores, los peninsulares llegados a la ciudad capital de la Nueva España admiraban la grandeza y la hermosura de su fábrica.

Muchos y muy buenos poetas españoles que vinieron a probar fortuna en estas tierras deslumbrados por la fama de la ciudad virreinal se encargaron de seguirla construyendo en sus poemas laudatorios, como el madrileño Eugenio de Salazar, que nos regala, entre otras sabrosas informaciones sobre la cultura mexicana, una colorida descripción del bosque de Chapultepec y de la laguna de México, a la que, en un pasaje memorable, llega ni más ni menos que Neptuno montado en una portentosa ballena.

Medio siglo después de que Cervantes de Salazar rindiera homenaje a la capital de la Nueva España, Bernardo de Balbuena, arquitecto verbal, escribe su *Grandeza mexicana.* Al poeta manchego aquí avecindado le toca vivir la transformación de la ciudad de los conquistadores en la ciudad de los colonos:

> Toda ella en llamas de belleza se arde
> y se va, como fénix, renovando...

Una ciudad que ha dejado de parecerse "a las cosas de encantamiento que se cuentan en el libro de Amadís", en el decir ya citado de Bernal Díaz del Castillo, para ser "de la famosa México el asiento".

> Oh ciudad bella, pueblo cortesano,
> primor del mundo, traza peregrina,
> grandeza ilustre, lustre soberano;

fénix de galas, de riquezas mina,
museo de ciencias y de ingenios fuente,
jardín de Venus, dulce golosina;
del placer madre, piélago de gente,
de joyas cofre, erario de tesoro,
flor de ciudades, gloria del Poniente...

Aunque la emoción ante el Nuevo Mundo sea más auténtica en los cronistas que en los poetas, el entusiasmo de Balbuena por la urbe colonial no tiene parangón: es desmesurado, vesánico, grandilocuente. Empero, el lenguaje hiperbólico de la *Grandeza mexicana* de alguna manera deja de serlo al corresponderse con una ciudad de suyo hiperbólica que empezaba a ser transformada y enriquecida por el arte del barroco. Una ciudad opulenta en sus edificios, en sus plazas y en sus calles, transitadas por lujosas carrozas —"altares rodantes", como las llama Fernando Benítez— y por briosos caballos; fastuosa en sus ceremonias religiosas y civiles; espléndida en sus artes y profusa en sus oficios, celebratoria y festiva en sus procesiones, en sus mitotes y en otras muchas "ocasiones de contento", y, tan a la manera barroca, llena de contrastes que la encomiástica pluma de Balbuena prefiere no tocar: magnificente y miserable, luminosa y oscura, sonora y silenciosa. Diferenciados por el color de la piel y por la generosa terminología de sus indumentarias, conviven los estamentos coloniales en la plaza mayor, ya en la vida cotidiana del mercado y el trasiego de las canoas, ya en los fastos de las celebraciones virreinales o eclesiásticas. Criollos, mestizos, indios, negros y mulatos que lo mismo guardan sus distancias en el día que las rompen durante la noche en desaforadas mezcolanzas.

Un cuadro de Cristóbal de Villalpando de finales del siglo XVII y otro de Rodríguez Juárez de la segunda mitad del XVII retratan meticulosamente el hervidero humano de la ciudad de México en la época barroca, como muchos años después lo recrearon, con erudición y gracia, Artemio de Valle Arizpe y Luis González Obregón. Por una suerte de sinestesia milagrosa, estas pinturas reproducen la sonoridad de la plaza mayor. La voz polifónica de una ciudad en la que conviven todavía el náhuatl y el castellano, dominado el uno, hablado en voz baja; dominante el otro, hablado en voz alta, pero haciéndose cada vez más pudoroso, más cortés, más refinado, como lo describió el propio Balbuena, al decir que es en la sociedad criolla

donde se habla el español lenguaje
más puro y con mayor cortesía,
vestido en un bellísimo ropaje

que le da propiedad, gracia, agudeza,
en casto, limpio, liso y grave traje.

El ruido de los coches tirados por sus caballos. La algarabía del mercado en la compraventa de legumbres, frutas, pescados, aperos, enseres, utensilios. Las injurias de los arrieros. Las verbosas discusiones escolásticas de los estudiantes universitarios. Las oraciones mendicantes de los ciegos. Los bandos virreinales. Los sermones. El estertor de reses, cerdos y carneros. Los pregones. Las riñas callejeras. El susurro de los rezos. Los rebuznos de las mulas. Las trompeterías virreinales. El clamor, el doble, el arrebato, el repique de las campanas. Un bullicio apenas interrumpido por el paso del viático y por el toque de queda que mete a la ciudad en la oscuridad de la noche para dar rienda suelta a las leyendas de aparecidos y desaparecidos: la Llorona, don Juan Manuel, la Mulata de Córdoba.

La ciudad novohispana supo burlar el aburrimiento impuesto por su propia condición colonial y su lejanía de la metrópoli gracias a la fiesta: jolgorios eclesiásticos y civiles que se organizaban para celebrar los días señalados del calendario religioso, que eran muchos, o los acontecimientos políticos como la llegada de un virrey o de un arzobispo. Corridas de toros, representaciones de batallas navales —porque también navales fueron, quién lo diría hoy, las batallas que dieron sitio a la Gran Tenochtitlan—, peleas de gallos, mascaradas, comilonas, fuegos de artificio. Entre estas festividades, o como parte de ellas, los certámenes poéticos, que se celebraban con gran pompa a pesar de que sus convocatorias, para mal de la poesía, establecieran de manera harto coercitiva los temas, las relaciones alegóricas y las formas métricas a los cuales debían someterse los concursantes, como si la imaginación poética estuviera más del lado de los jueces que de los concursantes. Así coartados, los poetas o no tienen nada que decir o no pueden decir lo que tienen.

Quizá nada refleje mejor la ciudad barroca, ampulosa y efímera, que los arcos triunfales, destinados a dar la bienvenida a virreyes y arzobispos, en cuya erección, igualmente sometida a certamen, la concepción poética precede a la arquitectura, y pintores, imagineros y artesanos se subordinan a los designios del poeta. Para recibir al Marqués de la Laguna, Sor Juana Inés de la Cruz escribió el *Neptuno alegórico,* según el cual se erigió un arco en una de las puertas de la Catedral, en el que relaciona el apellido del Virrey y el lago en el que se funda la ciudad de México, y toma por figura tutelar al dios grecolatino de las aguas, que lo es también de las edificaciones. Por su parte, don Carlos de Sigüenza y Góngora, que entre otras tantas cosas fue erudito en asuntos

de la cultura prehispánica y la genealogía de sus reyes, encumbró a Huitzilopochtli y a 11 emperadores aztecas en el arco que configuró en su *Teatro de virtudes políticas* para dar una temeraria bienvenida al virrey a la entrada de la plaza de Santo Domingo, acaso sin saber que con semejante audacia preconizaba la emancipación política y cultural de México con respecto a la metrópoli española.

El barroco, santo y seña tempranos de nuestra tan llevada y traída identidad nacional, modificó la naturaleza de la ciudad cortesiana al transformar su apariencia con una profusión ornamental que no puede tomarse como mero accidente de los paradigmas clásicos sino como esencia de su estética, porque, en el arte barroco, la máscara es el rostro verdadero: violentó la severidad impuesta por Felipe II y diseñada por Juan de Herrera, prodigó mixturas, excesos, veleidades. Sabedor de lo efímero de la vida y de la obra, cuando no destruyó, alteró los espacios precedentes en que posó sus artificios y los volvió igualmente pasajeros. De la ciudad del siglo XVI no quedan más que escasísimos testimonios, mutilados o corrompidos, que nos hablan de un pasado irremisiblemente perdido. Por su parte, el neoclasicismo, que se había impuesto en España con la irrupción de la dinastía borbónica, también acabó por imponerse en la ciudad novohispana, si bien en alternancia —o mejor: en pugna— con el barroco, que siguió vivo en las colonias españolas de América hasta bien entrado el siglo XVIII, porque, si llegó a estas tierras como arte de contrarreforma, aquí se volvió arte de contraconquista, según José Lezama Lima:

> El barroco como estilo ha logrado ya en la América del siglo XVIII el pacto de familia del indio Kondori y el triunfo prodigioso del Aleijadinho, que prepara ya la rebelión del próximo siglo, es la prueba de que se está maduro ya para una ruptura. He ahí la prueba más decisiva, cuando un esforzado de la forma recibe un estilo de una gran tradición, y lejos de amenguarlo, lo devuelve acrecido, es un símbolo de que ese país ha alcanzado su forma en el arte de la ciudad.

El neoclasicismo morigeró los exabruptos del barroco exterminando hasta donde pudo lo que sus ojos asépticos tildaron de mal gusto y, atento a los modelos presuntamente universales, sojuzgó las más vivas expresiones de un arte exuberante hasta la locura y propio hasta la Independencia. Salvo el incesantemente transformado Palacio Nacional, con su "estatura de niño y de dedal", como lo describió el poeta, nada subsiste de la arquitectura civil del siglo XVII. Toda la ciudad se mudó de casa en el siglo XVIII, las parroquias fueron rehechas, y de muchos claustros, iglesias y conventos no queda más que un suspiro.

Sin embargo, durante esa centuria —como dice José Luis Martínez— la ciudad colonial alcanzó su mayor esplendor gracias al impulso que los Borbones le dieron a las obras civiles. La ciudad barroca, que por debajo del boato y de la fiesta, atrás de las máscaras y los arcos triunfales escondía sus inmundicias —aguas pútridas en los arroyos, excrecencias en las calles, que no sólo servían de paso a los viandantes sino de establos a las vacas y de zahúrdas a los cerdos, inundaciones constantes, lodazales—, se transformó, con los virreyes Bucareli y Revillagigedo, en una ciudad civilizada, con instituciones culturales, servicios públicos —alumbrado, correos, fuentes de uso común, atarjeas, baños—, paseos, monumentos de ornato, placas para los nombres de las calles y los números de las casas.

Esa ciudad, opulenta como las anteriores, pero más consistente y moderna, no tiene tanta presencia en la literatura neoclásica del siglo XVIII, que prefirió cantar en muy bien medidos hexámetros latinos los campos de México, donde deambulan las diosas de la antigüedad grecolatina entre nopales y magueyes como en los libros de los viajeros ilustres de la primera mitad del siglo XIX, que pudieron haberla nombrado ciudad de los palacios. Por su grandiosidad, por la limpieza de su traza, por la magnificencia de sus edificios y por la prodigalidad de la naturaleza que la rodea, el barón de Humboldt dice de ella que "debe contarse sin duda alguna entre las más hermosas ciudades que los europeos han fundado en ambos hemisferios".

La Independencia consideró el Virreinato como un periodo oscurantista y puso los ojos en la cultura prehispánica, a la que le confirió jerarquía de clasicismo, de la misma manera que el Renacimiento había abjurado de la Edad Media y había rescatado los valores de la antigüedad grecolatina, de modo que numerosos edificios dieciochescos fueron adoptando una vocación republicana mientras que las ruinas precolombinas, tan del gusto del espíritu romántico, fueron remozadas en el infranqueable ámbito de las litografías.

Como las precedentes, la ciudad del siglo XIX es, ante todo, un espacio moral, la casa propia, que se quiere limpia y digna. *El Periquillo Sarniento* de Joaquín Fernández de Lizardi, que, como signo inequívoco de independencia, inaugura la novela en nuestro continente, es un retrato moral y moralizante de la ciudad de México, en el que tienen representación todos sus habitantes, desde los más encumbrados hasta los más humildes, con sus vicios seculares, detractados por las virtudes que han de prevalecer en la nueva patria.

Con la Reforma, la ciudad se escinde en el terrible dilema de conservar el pasado o de fundar el futuro; de mantener los antiguos edificios conventuales que representan el fanatismo de los tiempos de la Colonia,

o, por doloroso que sea, derribarlos para impedir su reocupación religiosa. Las voces de los escritores liberales, Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez, fueron tan demoledoras como la picota que acabó con iglesias y conventos, y tan recias como las piedras con las que se cimentaron los edificios de las instituciones civiles. Donde antes se rezaba ahora se piensa, dice Ramírez. En la nave de la antigua iglesia de San Agustín, convertida en Biblioteca Nacional por designios de Benito Juárez para albergar los fondos bibliográficos expropiados a las órdenes religiosas, se yerguen las imágenes de Confucio, Aristóteles, Orígenes, Descartes que reemplazaron al santoral cristiano y que con laica devoción veneran, posada en el ábside, el águila del escudo nacional.

Restaurada la República tras el Imperio de Maximiliano, la ciudad se encamina hacia la ciencia y el progreso. Es la ciudad de Vicente Riva Palacio, que abre los archivos de la Inquisición para dar cuenta en sus novelas del oscurantismo de los tiempos virreinales; de Guillermo Prieto, cuya musa callejera se regocija con la partida de los franceses; de José Tomás de Cuéllar, que describe las costumbres urbanas con ejemplar agudeza crítica. Es la ciudad del telégrafo y el daguerrotipo, la ciudad apenas iluminada por lámparas de trementina que necesita la luz de la inteligencia, como lo había reclamado Ignacio Manuel Altamirano en estos versos anticlericales:

> Ilumínate más, ciudad maldita,
> ilumina tus puertas y ventanas;
> ilumínate más, luz necesita
> el partido sin luz de las sotanas.

Fiel a la divisa de Rubén Darío que dicta "el arte es azul y viene de Francia", el porfirismo impuso los modelos franceses en la ciudad de México y echó en el abandono la tradición arquitectónica de la Colonia. En muchos casos sustituyó con mármol la chiluca, que a su vez ya había desplazado, en el neoclasicismo, a su contraparte, el tezontle, esa piedra ligera, espuma de volcán enardecido, que le había dado carácter a la arquitectura mexicana y de la que el poeta Solís Aguirre dijo que era "una piedra que en sangre está bañada". Construyó airosos palacios para albergar las artes, las leyes y las comunicaciones, sumó colonias enteras a su gusto y erigió monumentos nacionales por su advocación y franceses por su estilo en el que fue Paseo Imperial de Maximiliano para acabar de convertirlo en Paseo de la Reforma.

Es la ciudad elegante, refinada y exquisita de Manuel Gutiérrez Nájera, quien, por cantar a la amada, canta, también, a la ciudad:

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yanqui o francesa,
ni más bonita, ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

Es la ciudad desvelada por la luz eléctrica, la ciudad ojerosa y pintada de Ramón López Velarde, casi excluida, por la aspereza de su ritmo acelerado, de *La suave patria,* pero incluida moralmente, con todos sus pecados y sus arrepentimientos, en *Zozobra* y *El son del corazón.*

La ciudad del siglo XIX tiene una voz pudorosa, de tertulia y chocolate, en la que ni en los palenques, como dice la marquesa Calderón de la Barca, "se hablaba recio" y en la que, según cuenta el viajero Ludovic Chambon, "hasta las mismas cortesanas, en el ejercicio de sus útiles funciones públicas, rehúsan desprenderse de sus velos y de los accesorios del amor".

Un siglo que vivió una guerra de Independencia, dos intervenciones extranjeras y una guerra civil no produce ningún poema épico memorable y se despliega, en cambio, en una finísima poesía lírica, que alterna con la poesía popular y continúa esa tradición criolla de Francisco de Terrazas y Sor Juana Inés de la Cruz de la que habla Xavier Villaurrutia y que se prolonga hasta el siglo XX; una poesía meditativa, que no pierde la cabeza, profunda y discreta, susurrante casi, porque, como decía el poeta tocado por la ñostalgia de la muerte, "el mexicano es por naturaleza silencioso... Si no sabe hablar muy bien, sabe en cambio callar de manera excelente." ¿No es asombroso que nuestro mayor poema civil sea profundamente lírico y se entone con una épica sordina?

Al llegar a la capital en el año de 1914, las tropas zapatistas asolaron el jardincito japonés que como *hai-kú* ecológico había cultivado José Juan Tablada en su casa de Coyoacán. La Revolución acabó con el exotismo modernista de la ciudad del porfiriato, como ésta había acabado con la tradición hispánica.

Una vez instituida, la Revolución plasmó la historia toda del país en los muros de los edificios públicos, muchos de los cuales habían sido religiosos y habían sobrevivido a la Reforma por la transacción de su vocación original; construyó otros tantos donde se levantaban mansiones decimonónicas, erigió rascacielos, sustituyendo la tradición francesa con la modernidad norteamericana, de la que anticipadamente se quejaba López Velarde al recordar a un demente que lo despertaba a deshora para decirle: "Plateros fue una *calle,* luego una *rue,* y hoy es una *street";* elevó multifamiliares, convirtió los ríos en viaductos y abrió

anchurosas avenidas de banquetas carcelarias para darle rienda suelta a la velocidad.

Es la ciudad de Salvador Novo, "nuestra ciudad mía", que se transforma empeñosamente en aras de la modernidad, al precio de la destrucción:

> ...que la ciudad se hubiera conservado... colonial (o porfiriana; para el caso es lo mismo), habría seguramente colmado el sueño engreído y neurótico de muchos arcaizantes, o de quienes profesan que la nacionalidad, la autenticidad de un país o de una ciudad, estriba en que no se altere la residencia de su espíritu que ellos decretan por legítima; habría halagado y satisfecho a quienes claman contra "la obra demoledora de la piqueta" y se lamentan y añoran a la Ciudad de los Palacios, ciegos y renuentes a advertir, a examinar lo que pueda ofrecer de bueno, de normal, de evidencia de que sigue su vida, la ciudad sin palacios.

A favor de la transformación que al trazar el futuro recupera el pasado y en contra del exterminio inútil, escucho las voces adoloridas de los poetas que viven la ciudad "despalaciada": la ciudad amarillenta, como "una hoja prematuramente marchita" que describe Alfonso Reyes en *Palinodia del polvo;* la ciudad de "luces tuertas", de "imágenes rotas", de "palacios humillados, / fuentes sin agua, / afrentados frontispicios", que ve entre sueños Octavio Paz en el *Nocturno de San Ildefonso,* la ciudad "...que tiene una corteza, algunos bosques / y ciento cincuenta cementerios / para más o menos diez millones de mediovivos", que, enamorado de ella, sufre Efraín Huerta en su *Circuito interior.*

Es la ciudad gigantesca y convulsa que inaugura su monstruosidad en *La región más transparente* de Carlos Fuentes, la primera novela de nuestra literatura que trata la ciudad no sólo como escenario o como ámbito moral, sino como protagonista, con su enorme multiplicidad de voces. Y acaso también la última que pudo abarcarla por completo porque desde entonces la ciudad se ha reproducido y fragmentado en muchas ciudades distintas y distantes, amuralladas, inexpugnables, que ni siquiera se sospechan desde las alturas de San Nicolás Totolapan, donde está mi casa, que es la casa de ustedes. Una ciudad que ha desplazado sus fronteras para hospitalizar los brutales accidentes de la demografía; que ha multiplicado por trescientos el espacio que ocupaba en los tiempos de los conquistadores, y quién sabe por cuánto el número de sus habitantes hasta llegar a ser la mayor concentración humana en la historia del mundo.

Quién lo diría. Con íntima tristeza reaccionaria, caigo en la cuenta de que la ciudad que por primera vez se autocomplace en su monstruosidad en la novela de Fuentes es la ciudad doméstica y apacible de mi in-

fancia. Traspuesta la casa de meriendas rituales y panes bautizados, de médicos a domicilio y libros hereditarios, la ciudad entera metida en la metonimia de mi calle: el estanquillo, el carrito tintineante de paletas heladas, el coche distraído y esporádico que suspende el juego pero sortea las porterías, la bicicleta que convoca a los amigos tan azarosos como perdurables, el gendarme de la esquina, el robachicos, el pregón del gas, de la ropa usada, de la miel de colmena, la reja del enamoramiento prematuro. Y traspuesta la calle, la ciudad elemental: la vuelta a la manzana, la otra cuadra, la iglesia, el parque, la farmacia, la panadería; la avenida, el camión tripulado por mujeres sentadas y hombres de pie, el Viaducto Miguel Alemán, la glorieta de Chilpancingo, el monumento a Cuauhtémoc, el Caballito, la avenida Juárez, la Alameda, el Palacio de Bellas Artes, y el centro, con su sangre centenaria escurrida por los aparadores de Tacuba, de Madero, de 5 de Mayo.

La ciudad adolescente. Esquiva e intocable.

La ciudad recuperada en sus arterias y en su corazón —en sus centros, donde retiembla la tierra—. La ciudad de campanas profanas y banderas temerarias. Ciudad de plazas masacradas. Silenciosa, rehuida, desterrada.

La ciudad autodidacta, hundida noche a noche en el insomnio de sus bajos fondos.

La ciudad estremecida por sus entrañables terremotos.

La ciudad despedazada.

¿Qué es hoy día la ciudad de México? Una mancha expansiva que se trepa por los cerros. Un inmenso lago desecado que en venganza por la destrucción a la que fue sometido, va mordisqueando los cimientos de los edificios hasta tragárselos por completo. Un amontonamiento de casas a medio construir que exhiben las varillas de la esperanza de un segundo piso que nunca se construye. Un muestrario de estilos abyectos. Un descomunal depósito de anuncios espectaculares orgullosos de sus barbarismos. Un vocerío sofocado por el claxon, la televisión omnipresente, los altoparlantes de las delegaciones, al fragor del periférico, los aviones al alcance de la mano. Mercado ambulante y sedentario de fayuca y de pornografía. Circo de mil pistas en el que saltimbanquis, tragafuegos, niños disfrazados de payasos venden sus torpezas miserables. Barroco alarde del contraste que cotidianamente enfrenta la opulencia y la miseria como un auto sacramental de Calderón de la Barca que se volviera costumbrista. Madrastra de las inmigraciones provincianas. Guarida de asaltantes cuyas hazañas ya las contamos, todos, en primera persona. Es una ciudad irreconocible de un día a otro día, de una noche a otra noche, como si entre una noche y otra noche o entre un día y otro día pasaran lustros, décadas, siglos. Es una ciudad en la que no se pueden recargar los recuerdos. Es una ciudad desconocida por sus

habitantes. Torre de Babel que no se eleva sino que se expande en lenguas hermanas apenas comprensibles. Es la ciudad del anonimato protector, de la sonrisa escondida, de la fiesta esperanzadora, del clima benigno, de los ojos empeñosos. Atroz y amada, fascinante y desoladora, inhabitable e inevitable. Es la ciudad perdida por antonomasia, pero encontrada por la literatura que la construye día a día, que la restaura, que la revela, que la cuida, que la reta.

RESPUESTA AL DISCURSO DE GONZALO CELORIO

Por Clementina Díaz y de Ovando

Privilegio es para mí la encomienda de responder el discurso y dar la enhorabuena a Gonzalo Celorio Blasco, quien a partir de hoy se convierte en colega nuestro en la Academia Mexicana. Al tomar posesión del sitial XXVI que ocuparan Isidro Fabela, Justino Fernández y Sergio Galindo, llega una nueva y entusiasta generación de jóvenes escritores. El reconocimiento a los muchos méritos en el arte literario del maestro Celorio ha llevado a que se le invite a colaborar en las tareas y afanes de nuestra Academia.

Como se ha encargado de decirlo en su discurso nuestro nuevo integrante, "académica es mi formación, académica la institución en la que siempre he trabajado y académica la labor que desempeño y me da sustento".

Realizó sus estudios de licenciatura y de posgrado en letras hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, con especialización en literatura iberoamericana.

Ha sido profesor de esta materia desde 1974 y secretario de extensión universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras. En ella ha dictado conferencias en las cátedras extraordinarias Italo Calvino y Maestros del Exilio Español, sólo por citar algunas.

La investigación no le ha sido ajena. Se desempeñó como investigador del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México y profesor en la misma institución. Asimismo, se ha dedicado a la actividad editorial en textos didácticos.

Director del Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes (1982), ha colaborado incesantemente en las principales revistas y suplementos culturales del país, asimismo en algunos extranjeros. Ha participado en las más importantes mesas redondas y congresos nacionales e internacionales sobre temas literarios.

Es director de la revista *Los universitarios* desde 1989 y miembro del comité editorial de la revista *Literatura Mexicana* del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.

Actualmente es coordinador de Difusión Cultural de la Universidad

Nacional Autónoma de México. Pertenece al Sistema Nacional de Creadores de Arte.

No obstante, la perfección e intensidad de la prosa "gonzalvense" —cuyo nombre nos transporta a la figura de Gonzalo de Berceo, clérigo, juglar, poeta y peregrino— toda su obra literaria es una lúcida y vibrante denuncia contra la incultura, el utilitarismo económico y el desamor a nuestra única herencia material, a ese legado que debiera ser compartido por todos.

Gonzalo Celorio pertenece a una generación de escritores que cultiva diversos géneros literarios. Su obra, por lo mismo, no resulta fácil de clasificar, pero es de tan indudable riqueza, de tal modo singular que su escritura, prosa miniada con la paciencia, la pasión de un alquimista o un iluminador de un libro de horas, puede leerse como una poética de la arquitectura verbal o como la autobiografía intelectual de un cabal hombre de letras.

Si como maestro, investigador y escritor Gonzalo Celorio ha sido un generoso y exigente labrador de conciencias, es en la difícil tarea de difundir la cultura, que le ha encomendado la Universidad Nacional Autónoma de México, donde ha desarrollado un trabajo no menos creativo, fomentando la unión, la pluralidad y el incremento de esta función sustantiva de nuestra Alma Mater.

Cumpliendo con la norma tradicional de la Academia Mexicana de formular algunas consideraciones críticas, cuando no un panegírico, de quien le precedió en la silla que ha de ocupar, Gonzalo Celorio expresa una relación emocional entre el efecto desolado que le produce el *Idilio Salvaje* de Manuel José Othón y la obra novelesca de Sergio Galindo, toda ella construida en torno a las desastrosas experiencias del desamor, la soledad y la muerte. Pero a pesar de su vocación costumbrista y su vinculación a las obras representativas de este género decimonónico, los recursos literarios de Sergio Galindo —comenta Celorio— son de una amplia modernidad, particularmente porque en ellos la creación verbal no requiere, como antaño, ni de la crítica ni de la denuncia social implícitas.

Lo que Celorio llama la miseria humana en la narrativa de Sergio Galindo se funda en el adentramiento, en la más recóndita intimidad de sus multiplicados personajes, y esa húmeda y delgada niebla jalapeña no sólo diluye a sus habitantes, sino que borra sus contornos impidiendo que se reconozcan y, en consecuencia, que vivan y se amen.

Así como Galindo, su predecesor en la Academia Mexicana, ingresó leyendo un capítulo de su novela, *El señor de los hongos,* protegido por esa libertad que le antecede nos ha dicho Celorio: escribí, a manera de discurso, un ensayo sobre la ciudad de México, "escenario primordial

de nuestras letras, que se propone la temeraria tarea de meter tamaña concentración urbana en una cáscara de nuez", cuyo esplendor pervive en la literatura, pues México, la nombra Celorio, es una "ciudad de papel".

La ciudad —parece advertimos Celorio— para ser un poco más humana, tiene que abandonar la vieja traza y, por lo mismo, él ha construido su morada en uno de los últimos suburbios, San Nicolás Totolapan, en lengua náhuatl: en el agua de los guajolotes.

Desde una de las ventanas se contempla de un lado la imagen agreste y ordenada de la naturaleza y, desde la opuesta ventana aquella, esta contemplación —escribe— sepultada bajo una espesa nata de emanaciones, apenas deja adivinar la ciudad de México, impenetrable a la luz solar, pero que, en la noche el panorama la transforma, rompiendo el *smog* y la niebla, las luces eléctricas parecen convertirse en una serie de pequeñas embarcaciones que surcan una desmesurada laguna.

Esa fascinante visión nocturna e iluminada del valle de Anáhuac pudo ser contemplada a plena luz del día por los españoles que cruzaban los altos caminos de Amecameca.

Esta maravillosa ciudad —nos dice Celorio— que hizo suyo el mito de Coyolxauhqui, esto es, la inevitable destrucción, ésta es la historia de nuestra ciudad de México, de no ininterrumpidas destrucciones, que Celorio magistralmente nos cuenta, nos relata con la belleza y, en este caso también, con el dolor de la palabra. Al punto que rememora aquellas urbes inmateriales de Italo Calvino cuya historia impalpable apenas se adivina en la concentración de sus desechos. Sin embargo, sobre esta concentración de desastres perduran las voces de quienes la admiraron y cantaron; las descripciones de los frailes y, sobre todo, las crónicas de la Conquista, las de Bernal Díaz del Castillo y la de Hernán Cortés.

Celorio nos trae a las mientes la Gran Tenochtitlan, ciudad amparada por Huitzilopochtli, como entona el poema de Nezahualcóyotl. Por el testimonio de los poetas nahuas recuperamos precisamente y por medio de la palabra duradera, el esplendor de la ciudad azteca, una ciudad que sin renunciar a su magnificencia, no desterró a la naturaleza.

El destino de las culturas está ligado al predominio y supervivencia de las lenguas —anota con fino acierto Celorio— de manera que las sumergidas no desaparecen, y así afloran sin descanso sobre la superficie de la lengua dominadora, los sones, los objetos, los conceptos de la cultura y lengua aparentemente soterradas. Voces y conceptos que hoy mismo, nuestra Academia se esfuerza por reconocer, organizar y sancionar en un proyectado *Diccionario de mexicanismos.*

Surge la ciudad colonial mitad española, mitad americana, paradóji-

camente fortificada y abierta a todos rumbos del comercio, al renacentismo occidental. Los españoles, nos advierte Celorio —con limpia mirada sobre el pasado— no sólo vieron en la ciudad de México-Tenochtitlan un símbolo de su propio poder, sino acaso también una propia visión de su destino independiente.

Las instituciones españolas no pudieron dejar de incorporar a sus ordenamientos ni la realidad sobreviviente, ni el espectáculo imprescindible de su enérgico mestizaje.

Un poeta trashumante al mismo tiempo tan lúcido como sarcástico, Mateo Rosas de Oquendo, pudo ya contemplar en su presente inaferrable la grandiosa y conflictiva presencia de esas dos culturas, de esos mundos que en su choque, pero también en su conciliación, originarían una cultura diversa, creadora y todavía en plena lucha.

Testigo y parte de la nueva ciudad, Bernardo de Balbuena a principios del siglo XVII —nos revela Celorio— describió la pompa de una ciudad fundada en su próspero comercio, no era sólo la grandeza política, la aristócrata vida de los magnates, sino la eficacia de los valores que movían semejante prosperidad: la ganancia, el provecho material que, cuando es bien entendido no sólo produce la riqueza de unos cuantos, sino la civilización para todos. Para Balbuena, evidentemente Mercurio no es únicamente el patrono de las transacciones comerciales, sino el vínculo eficaz entre los haberes y las costumbres de las naciones más remotas. Ésa es la ciudad humanamente controlable, la que pondera Balbuena, poderosa y culta, es la que exalta sobre la infelicidad de los explotados, el contento y civilidad de los poderosos.

Un cuadro de Cristóbal de Villalpando, oportunamente citado por Gonzalo Celorio, otorga una imagen exacta del México barroco, fastuoso y regimentado en los centros del poder político y religioso, confuso y vital, con frecuencia incontrolable en los territorios de las castas marginadas que, sin embargo, celebraban como si fueran propias las ocasiones espectaculares de contento y las ceremonias civiles y religiosas ordenadas por las clases dominantes.

Dice Celorio que nada refleja la ciudad barroca, ampulosa y efímera, como los arcos triunfales destinados a dar la bienvenida a virreyes, obispos y arzobispos. Paradigma de tales monumentos poéticos y arquitectónicos son el *Neptuno alegórico* de Sor Juana Inés de la Cruz y el *Teatro de virtudes políticas* de don Carlos de Sigüenza y Góngora, exaltación del poder metropolitano que, como provista de máscaras culturales divergentes, sólo procura enraizar en México las tradiciones de la antigüedad clásica y el imperio azteca. El barroco criollo buscó afanosamente legitimar su conducción ambigua, convirtiendo en una sola estirpe los dioses griegos y las divinidades prehispánicas.

La ciudad barroca —observa Celorio— tiene una conspicua presencia en la literatura y en el arte novohispanos; en cambio, al parecer, la ciudad borbónica e ilustrada da idea de tener una existencia sustentada mejor en los proyectos que en sus realizaciones.

La ciudad —que podría contarse según Humboldt entre las más bellas fundadas por los europeos en ambos hemisferios— no es sólo una ciudad neoclásica, sino la armónica concurrencia de dos concepciones extremas: las formas arquitectónicas de las cuales se sujetan y emergen los caprichos simbólicos y las formas escuetas que manifiestan sin adornos su pura armonía matemática.

Con la Independencia y la Guerra de Reforma la ciudad se ve sometida a la primera de sus radicales transformaciones. Por una parte, hay el nostálgico intento por recobrar, más en la imagen litográfica que en la realidad constructiva, los grandes centros urbanos del México prehispánico. He aquí, de alguna manera el triunfo del indigenismo de Sigüenza y Góngora y, por otro lado, templos y conventos antes recintos de comunicación sagrada, que para el orden republicano comienzan a ser útiles y van, en una paradoja inextricable, de la biblioteca al corral, del hospital al cuartel; y las moradas de los mayorazgos se multiplican en diminutos espacios para dar origen a las bulliciosas vecindades, esas que fueron lugar predilecto de uno de los cronistas de la ciudad, Guillermo Prieto, asistente cotidiano a bodas, bautizos, roscas de reyes, posadas, bailecitos; vecindades que José Guadalupe Posada revive con magistral buril en sus grabados.

La transformación utilitaria de los edificios del pasado pueden ser considerados también como un emblema del advenimiento del régimen autoritario y del progresivo coraje e insurrección de los descendientes de aquellos indios y castas explotadas desde los inicios de la Conquista.

La ciudad posrevolucionaria —se duele Celorio— en su visión polifacética sobre los restos de las sucesivas ciudades que ha sido México, erige rascacielos, cárceles para los descontentos, las tradicionales vecindades dejan su lugar a los condominios; vías rápidas para que la angustia de sus habitantes se desahogue en una carrera sin meta y sin destino, en la que pululan los tragafuegos, "niños disfrazados de payasos que venden sus torpezas miserables".

Gracias a la palabra poética, al esfuerzo de erudición e imaginación de Gonzalo Celorio, esta ciudad "amada, fascinante y desoladora, inhabitable e inevitable" es ahora reencontrada en su discurso de llegada a la Academia Mexicana, y ya no tendrá ningún gesto benigno para nuestro deseo de no querer renunciar a su realidad histórica, perdidos como estamos entre sus fantasmales concentraciones arquitectónicas y humanas.

En la ya copiosa producción literaria de Gonzalo Celorio, destacan, entre otros, sus libros de ensayos: *El surrealismo y lo real-imaginario americano* (1976), *Tiempo cautivo, la Catedral de México* (1980), *La épica sordina* (1900). Sus libros de crónicas: *Los subrayados son míos* y *Para la asistencia pública.*

En el campo de la novela ha publicado *Amor propio,* editada en España y México, y traducida al italiano.

Uno de sus libros de varia invención es el titulado: *El viaje sedentario,* traducido al francés.

Por más de 20 años profesor en la Facultad de Filosofía y Letras, Gonzalo Celorio seduce con su voz y con su inteligencia. Es un maestro que enamora a sus alumnos al lograr que ellos se enamoren de la literatura. Sus lecturas e interpretaciones, de manera a la vez sutil y vehemente expuestas en el aula, pueden prolongarse en la amigable conversación.

Su estudio *El surrealismo y lo real-imaginario americano* es una de las obras fundamentales sobre el tema que además denota el interés de Gonzalo Celorio por las relaciones entre las diversas disciplinas del conocimiento.

A Gonzalo Celorio se debe la afortunada acuñación del término *nostalgia prematura* para nombrar a ese sentimiento que obliga a guardar un registro del tiempo al cual deseamos aprehender, pero que se fuga de nuestras manos y, a veces, hasta de nuestra memoria. De ahí que la obra de creación de Celorio se halle vertebrada por su minuciosa tarea de historiador-poeta, de constructor de urbes verbales, de edificios con andamios de metáforas.

Al nombrar a la Catedral metropolitana *Tiempo cautivo,* Celorio nos habla del tiempo, artífice y destructor de ese espacio, que concentra la devoción y el temor de los dioses y establece su poética del espacio y su manera de recobrar para nosotros la memoria.

Igualmente, el personaje de su novela *Amor propio* evoluciona al ritmo de su ciudad amada, cada día agredida, destruida implacablemente por la ignorancia, por la indolencia.

En el *Viaje sedentario* hace la microhistoria del ser más próximo a él mismo, es decir, a sí mismo y, al defender su amor propio, desde el interior de su casa, en el colorido de su barrio y en el gran hogar que llamamos ciudad, Celorio está resguardando no sólo su patrimonio personal sino, también, la riqueza histórica de toda una comunidad.

Entre los escritores amantes de la ciudad de México, nuestras letras tendrán que considerar a Gonzalo Celorio como un conmovido historiador de esa ciudad, de su acontecer y de su destino, de esa su "ciudad de papel", quien con voz literaria y de honda reflexión, confirma una

vez más lo dicho por Martín Heidegger: sólo "la poesía da nombre a lo existente, pues por la poesía estamos entendiendo ese nombrar, ese fundador de la esencia de las cosas" y la poesía —añadamos— no sólo da nombre a lo existente y a la palabra *vida,* sino que también, testimonia y recupera la *vida* de lo que ha entrado en la desilusión y en el olvido.

Amigo y colega Gonzalo Celorio, en nombre de mis compañeros sea usted muy bienvenido a esta casa de la palabra: la Academia Mexicana.

JOSÉ GOROSTIZA Y JUAN RULFO*

Por MARGO GLANTZ

Señor director de la Academia, doctor José Luis Martínez,
señores académicos,
amigas y amigos,
señoras y señores:

Singular coincidencia; en 1955 José Gorostiza pronunció su discurso de recepción ante esta Academia Mexicana de la Lengua, el mismo año en que se publicaba *Pedro Páramo.* Esa coincidencia se reitera cuando Juan Rulfo, en 1980, electo para sustituir en la silla XXXV al autor de *Muerte sin fin,* pronuncia su discurso de recepción sobre Gorostiza. Por eso, e imitando a Rulfo, quien hizo lo mismo, repito ante ustedes las palabras con que el gran poeta se dirigió a esta Academia, declarando de antemano que en este mismo instante cesa cualquier otra similitud.

> Me presento ante vosotros, si he de decir verdad, lleno de confusión y temor. La Academia Mexicana de la Lengua es institución meritísima a la que dieron fama, en el pasado, muchos de los mayores nombres de nuestra historia literaria y que alberga en su seno, en el presente, a todo de cuanto vivo y valioso milita al servicio de las letras patrias.[1]

Y subrayando sus palabras, me confieso indigna de este honor, sobre todo porque heredo el lugar que tuvieron esas grandes figuras, hombres silenciosos y enigmáticos, clásicos de nuestra lengua. ¿Qué méritos puedo aducir para que se justifique esta elección? ¿Cómo demostrar que puedo ocupar esta silla, "pues siendo, como decía Sor Juana, la hija —por el hecho de haberla heredado— de un San Jerónimo —es decir Gorostiza— y de una Santa Paula —en este caso Juan Rulfo—, que era degenerar de tan doctos padres ser idiota la hija"?

* Leído en sesión pública efectuada el 21 de noviembre de 1996.

[1] José Gorostiza, *Poesía y poética,* coord. Edelmira Ramírez Leyva, Archivos-CNCA, México, 1989, p. 141.

Reducida quizá a ser idiota o por lo menos necia, pues soy incapaz de entender este honor inmerecido, he decidido, a manera de notas, más bien apuntes inconexos, nada originales, más bien una forma de reiterar algo que debería estar siempre en la memoria, he decidido, repito, dedicar las pocas palabras que puedo articular a mis dos extraordinarios predecesores, José Gorostiza y Juan Rulfo, autores ambos de una brevísima obra realizada cuando eran aún jóvenes y que de inmediato los consagró, dejándoles una vida vacía de escritura —o mejor de escritura pública— y abierta a una eterna y obcecada indagación acerca de su reiterado silencio. ¿Sentiría culpas por ello Gorostiza? Así parece reconocerlo en su discurso de recepción:

> Mas, como me habéis invitado a ocupar un sitial junto a vosotros, considero mi deber de lealtad advertir que mi contribución a las letras mexicanas —acaso tan bien cuidada como pude cuidarla– ha sido más bien ocasional y es, cuando menos por ahora, ostensiblemente pequeña. Si Dios me da vida y la vida oportunidad, habré de mejorar el porte y la valía de mi obra para merecer en conciencia el alto honor de que vuestra generosidad me hace objeto.[2]

Los problemas de la creación

"Esa exigencia feroz consigo mismo y esa cortesía frente a los demás", según las claras palabras de Alfonso Reyes al contestarle a Gorostiza su discurso, le habían alcanzado apenas para publicar *Canciones para cantar en las barcas,* cierta prosa, algún teatro, otras poesías más, muchos oficios burocráticos y *Muerte sin fin,* "diamante en la corona de la poesía mexicana", que dice Alfonso Reyes. Este hombre, que era para Alí Chumacero "una especie de ángel del abismo", se recrimina en su discurso, como si el hecho de aceptar ser miembro de esta Academia de la Lengua exigiese una visible e inmensa obra y una constante dedicación a la escritura, o como si haber pasado la vida dedicado a ocupaciones poco literarias, bien burocráticas aunque diplomáticas, tan alejadas de la profesión de escritor, fuese un pecado terrible que incapacitase para ser albergado en esta augusta institución y no se tratase quizá, en el caso de Gorostiza, y por extensión en el de Rulfo, de "prescindir de todo lo inútil, de apretar la esencia", según dijo Reyes tan justamente[3] y de

[2] Gorostiza, *Poesía y poética,* p. 143.

[3] "Alfonso Reyes frente a Gorostiza", contestación de su discurso en la Academia, Gorostiza, *Poesía y poética,* p. 189. "El escritor persigue hasta la exasperación la palabra precisa, y en la misma creación poética hay un acecho, una pugna como de combate o de cacería", *ibidem,* p. 345.

quien vuelvo a tomar prestadas las palabras. Para cercar lo verdadero, era necesaria toda una vida, la ya vivida y la que seguiría después, y si se juega con algunas palabras de Octavio Paz, la de la contemplación atónita de imágenes atemporales definitivamente trazadas. Acudo con insistencia a don Alfonso para verificarlo:

> Ah, pero para merecer el premio definitivo, convertido ahora en algo como una estatua de cristal de roca, cuya luminosidad misma ciega y perturba por instantes. La vida se hace muerte sin fin. La sustancia, sutilizada, se asfixia y perece en la eternidad de la Forma.[4]

Abundando en lo trillado, quizá pueda aventurarse que ya trazada esa forma inequívoca era difícil para un hombre como Gorostiza haber escrito otro gran poema, a pesar de que siempre lo estuviera intentando, como lo prueban los abundantes papeles manuscritos o mecanografiados que posee su familia. O quizá, como Wittgestein, advirtió que el intento de hablar con exactitud condenaba al silencio, obstáculo al que probablemente también se enfrentó Rulfo. O quizá también, ¿por qué no?, le pasó lo que a Hofmannsthal, a quien el lenguaje se le deshacía entre las manos "como si se tratara de hongos podridos". En unas conferencias sobre los problemas de la literatura contemporánea, la gran escritora austriaca Ingeborg Bachmann[5] habla de esa lucha brutal que obliga a seguir escribiendo a pesar de que el exceso de conciencia lingüística y literaria pueda constituir un freno para la creación.

En verdad, la poesía sólo reconocía sus límites en la blasfemia, la inocencia y la transitoriedad, si nos atenemos a estas palabras de Gorostiza:

> La misión del poeta es infinitamente delicada —advierte en el párrafo final de su discurso ante la Academia—. Dejemos que la escude tras su inocente soberbia; que la defienda, si fuere necesario, con el látigo de su infantil vanidad. Después de todo, ni la individualidad ni la duración de una obra deben montar a mucho en los cuidados del espectador. En poesía, como sucede con el milagro, lo que importa es la intensidad. Nadie sino el Ser Único más allá de nosotros, a quien no conocemos, podría sostener en el aire, por pocos segundos, el perfume de una violeta. El poeta puede —a semejanza suya— sostener por un instante mínimo el milagro de la poesía. Entre todos los hombres, él es uno de los pocos elegidos a quien se puede llamar con justicia un hombre de Dios.[6]

[4] *Ibid.*, p. 343.

[5] Ingeborg Bachmann, *Problemas de la literatura contemporánea*, Tecnos, Madrid, 1990, intr. José María Valverde. *Cf.* intr., pp. IX, y 8-9.

[6] Gorostiza, *Poesía y poética*, p. 152.

Lo subrayo, quizá explique lo inexplicable, el silencio, pero además la conciencia de una elección divina y, con ella, la soberbia, una soberbia que impide producir textos que no comporten ese grado supremo de intensidad. Repito sus palabras: "El poeta puede —a semejanza suya (es decir de Dios)— sostener por un instante mínimo el milagro de la poesía".

La escritura como ceremonia

Y a pesar de todo, para Gorostiza y Rulfo, poetas que optaron por el silencio, la escritura fue un acto incesante, un acto ritual, en cierta medida un juego, el de estar vivos como escritores en la acción cotidiana de escribir. En el proceso mismo de la escritura se descifra una manía, los procedimientos que crean una relación indispensable entre el espacio de la creación y los instrumentos que la harán posible. Parece ser que Gorostiza, nos dice Mónica Mansour,[7] a quien este dato fue trasmitido por su hijo menor, tiraba todos los manuscritos una vez que la última versión le satisfacía, aunque quedaron manuscritos algunos textos inéditos, mantuvieron siempre su carácter de borradores de trabajo en diferentes estadios de ejecución, un poema extenso, una novela probablemente terminada, una obra de teatro, planes para guiones de cine, traducciones, varios poemas sueltos, proyectos futuros y manuscritos roturados por correcciones, y por tanto en proceso. Con algunas excepciones, por ejemplo "Presencia y fuga", no existen versiones corregidas a mano de sus poemas publicados en vida del poeta, hay libros impresos, y sin embargo, aún en ellos, podemos ver su obsesión casi paranoica frente a las erratas, y las leves pero sustanciales variantes de la puntuación, obsesión que ya ha sido comprobada por otros críticos y que sin embargo yo quisiera volver a subrayar:[8] los versos de *Muerte sin fin* sufren ligeras modificaciones en las diferentes versiones publicadas; en 1939 y 1952 el primer verso se lee así: "Lleno de mí, sitiado en mi epider-

[7] "Existen algunos papeles, rescatados después de la muerte del poeta por el menor de sus tres hijos. Entre ellos, no aparece ningún original de los poemas publicados, puesto que —según cuenta su hijo— Gorostiza tiraba todos los manuscritos una vez que la última versión le satisfacía lo suficiente para darla a conocer al público. Así pues, de su obra poética conocida, sólo quedan en existencia las distintas ediciones en libros y revistas", Mónica Mansour, "Armar la poesía", en Gorostiza, *Poesía y poética,* pp. 273-374. Le agradezco a Mónica haberme mostrado las copias que tiene de los manuscritos del poeta.

[8] *Cf.* "Entrevista a José Gorostiza", en Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana,* Ediciones del Ermitaño-SEP, México, 1986, pp. 250-265.

mis", la última palabra, *epidermis,* se separa con una coma del verso siguiente —"por un dios inasible que me ahoga"—, misma que fue suprimida en la edición de 1964, publicada en el Fondo de Cultura Económica, y también en la segunda edición de esa misma editorial en 1971, cuidadas por el propio poeta, Laura Villaseñor y Alí Chumacero. Dato aparentemente superfluo, minucia apenas, o quizá una simple errata porque Gorostiza estaba en Roma cuando se publicó la primera edición de *Muerte sin fin,* pero me aferro a la corrección de esa coma: revelaría una obsesión fetichista por alcanzar la perfección, el deseo perpetuo de distender las palabras y hacerlas rendir lo máximo para que trasciendan y transgredan su sentido, las palabras "putas" que hay que obligar a restallar y a chillar, esa obsesión que le hacía, en sus manuscritos, corregir una palabra en un poema y volverlo a pasar varias veces hasta que quedara impecable: es evidente, al omitir la coma, el cuerpo sitiado queda totalmente a la merced del dios inasible que lo ahoga. Lo sabemos bien, el don divino, la elección que ha permitido el milagro, el instante supremo de la creación, no es espontáneo, sino el resultado de un rigor extremo, un trabajo artesanal de borraduras y omisiones, un rigor instalado en el ámbito infinitesimal de una pobre y simple coma:

> El poeta tiene mucho parecido al trapecista del circo: siempre, todas las noches, da el salto mortal. Y yo quisiera darlo perfecto, pues no tendría caso que en lugar del salto mortal perfecto resultara solamente el pequeño brinco.[9]

En 1985 Rulfo comentó acerca de la primera redacción de *Pedro Páramo*:

> En mayo de 1954 compré un cuaderno escolar y apunté el primer capítulo... De pronto a media calle, se me ocurría una idea y la anotaba en papelitos verdes y azules. Al llegar a casa después de mi trabajo... pasaba mis apuntes al cuaderno. Escribía a mano, con pluma Sheaffers y en tinta verde. Dejaba párrafos a la mitad, de modo que pudiera dejar un rescoldo o encontrar el hilo pendiente del pensamiento al día siguiente... (Después) conforme pasaba a máquina el original, destruía las hojas manuscritas.[10]

Un proceso laborioso, casi primario, hecho de reglas que revelan una composición de lugar y una estricta selección de los instrumentos

[9] José Tiquet, "[Entrevista] Con el poeta José Gorostiza", *El Universal,* 8 de julio de 1956, p. 2 B, citado en José Gorostiza, *Poesía completa,* notas y recopilación de Guillermo Sheridan, FCE, México, 1996, p. 9.

[10] Juan Rulfo, *Cuadernos,* ed. Yvette Jiménez de Báez, Era, México, 1995, p. 179.

usados, sus modalidades específicas y aunque caprichosas, entrañables, por cuanto hablan de la personalidad de quien escribe y porque simulan un emblema que se antoja posible de descifrar —una pluma Sheaffers, tinta verde, papelitos de colores específicos, de nuevo verdes o azules, cuadernos escolares de forma francesa, hojas sueltas de blocks de distintos tamaños—, la obsesiva distribución de los espacios caligráficos, los espacios llenos por la propia escritura y los espacios vacíos destinados a ser borrados cuando "la inspiración" permita encontrar el tono y la atmósfera de la novela.

> (Se) formaría así [como dice Foucault, en relación con Roussel] una especie de perímetro obligado, pero que dejaría libre, en el centro del lenguaje, una extensa zona de imaginación, tal vez sin más clave que la de su juego.[11]

Y una vez logrados esos tonos, esas atmósferas, se deja la pluma, se rompen los cuadernos, y se recurre a la mecanografía para alterar los mecanismos de la creación y trascender el ámbito de lo estrictamente personal contenido en el llamado borrador, compuesto de letras y de borrones, para acceder a otro espacio, esta vez más técnico y anónimo: el del texto mecanografiado que sustituye a la caligrafía; la pluma no se desliza más sobre el papel para conformar unos trazos significativamente coloreados, los trazos que una mano inscribe con su propio dibujo peculiar, intransferible, sus borrones, sus tachaduras, su irregularidad; la mano se coloca ahora sobre unas teclas duras; esas teclas nos avisarán en su austera circularidad que hemos accedido a otro ámbito, el de la escritura impresa, el del libro editado: la mecanografía anticipa la impresión, la reproducción técnica e infinita de los caracteres, que los anonimiza y marca el término del juego, ese lugar donde se cumple interminablemente la repetición, se imponen las reglas individuales, el lugar de la imperfección y por tanto de la vida. Tal vez este minucioso procedimiento pueda explicar algo del proceso de creación y a la vez su liquidación cuando el manuscrito se convierte en libro. Salvador Elizondo, en la nota que precede a la edición facsimilar de *Muerte sin fin,* publicada por la editorial Cvltura en 1939 y reproducida en 1989, resume una conversación que tuvo con Gorostiza en relación con el proceso de su escritura:

> ...primero lo había escrito todo a máquina después de las horas de oficina. Cuando ya tuvo todos los materiales reunidos en el orden en que surgieron de su mente a la máquina, y por así decirlo, en cinta continua, los reordenó

[11] Michel Foucault, *Raymond Roussel,* Siglo XXI, Buenos Aires, 1973, p. 17.

y reagrupó —usando para ello las tijeras y el engrudo— de acuerdo a un orden de clasificación racional.[12]

El texto listo para ser editado —el que se entregará a la imprenta— es la sentencia de muerte del borrador, lo cotidiano que regulaba la escritura y descubría su vida interior mediante normas condicionadas a su posibilidad. El libro es quizá y entonces la verdadera muerte sin fin; es probable que no resignado a ella, a la muerte, Gorostiza siguiera corrigiendo aunque se tratara de un libro publicado. Imagino que así lo creía. En una declaración de fe pronunciada por el poeta, poco antes de morir, en el momento en que se le otorgaba en 1968 el Premio Nacional de Literatura, otra forma de consagración oficial, la final, y, por tanto un embalsamamiento, se lee:

> Un poeta en su cuarto, solo, junto con una hoja de papel y frente a las potencias extraestelares que mantienen el orden y la armonía del Universo, éste es el hombre más libre del mundo, y en el mundo no existe bien más bueno ni riqueza más rica que la libertad.[13]

Y aquí se produce la paradoja: cuando tenemos acceso a los borradores que dan cuenta del proceso de la creación de un texto y por tanto de su crecimiento vital, nos encontramos en el lugar de la muerte: nos acercamos a los borradores cuando ya ha concluido la vida de quien escribe, conocemos sus rituales en un afán imposible por entender los mecanismos de la creación, cuanto ésta era aún imperfecta y palpitante, la maravilla de lo inacabado, la vida en pleno.

> Ya lo tenía todo solucionado en la cabeza, agrega Rulfo. No encontraba la forma de desarrollarlo. Fui haciendo entrenamiento. Escribir ideas, datos, frases sueltas, cuentos.[14]

La asepsia mental del poeta

En alguno de sus textos Gorostiza enumera las razones que podrían explicar lo exiguo de su escritura, por una parte la falta de profesionalismo del escritor mexicano, y por otra la imposibilidad que tiene el creador de vivir de su pluma, ambas causas generadoras de esterilidad

[12] José Gorostiza, *Muerte sin fin,* edición facsimilar de la de 1939, Editorial Cvltura, México, 1989, s. n.

[13] Gorostiza, *Poesía y poética,* p. 154.

[14] Rulfo, *Cuadernos,* p. 179.

literaria. En 1931 publicó un artículo en *El Universal Ilustrado* intitulado "Hacia una literatura mediocre", donde especula sobre la literatura nacional, en ese momento, para él, en estado de crisis:

> La profesión de escritor no ha existido nunca entre nosotros por razones que no puedo comentar sin peligro de alejarme radicalmente de mi asunto. Tal es su complejidad. Baste, pues, con decir que, a falta de las condiciones sociales en que la literatura se hace una profesión, el escritor ha subsistido hasta ahora artificialmente, como en un invernadero, al calor de la protección oficial o particular; protección que se ha retirado gradualmente, aunque sin deliberación alguna, a partir de la Revolución, aun a los intelectuales que se han formado después de 1910.[15]

Y esa incapacidad de subsistir sin protección oficial o privada obligó a Gorostiza a vivir de la burocracia, como a casi todos los Contemporáneos, con repercusiones graves para su escritura. Tenía la aguda conciencia de que el hecho de ser burócrata, por más alto que fuese el puesto obtenido —secretario particular del ministro, subsecretario o ministro de Relaciones Exteriores—, lo alejaba de la vida verdadera, la dedicada a la escritura, y así lo diría más tarde, dirigiéndose al presidente en turno de la República, en su discurso por el Premio Nacional de Letras en 1968:

> Durante mi vida pública tuve el honor de recibir distinciones que agradecí y continuaré agradeciendo vivamente; pero si he de ser sincero, y no puedo dejar de serlo, la mayor satisfacción de mi vida ha sido la de escribir en los ratos vacíos que le dejan a uno, a veces, las ocupaciones fundamentales.[16]

Esas ocupaciones fundamentales, las de ganarse la vida, cuya consecuencia inmediata y concreta era un "ir y venir de gente, un incesante repicar de teléfonos, un responder sin tregua a urgencias sucesivas", hacen evidente otro de los obstáculos a los que se enfrentaba el escritor mexicano y Gorostiza en particular, la verificación de que en nuestro país "escribir no sólo resulta incosteable, sino que es mal visto o visto con conmiseración, cuando no incapacita materialmente para la lucha por la vida".[17] En 1955, en su discurso de ingreso a la Academia, tantas veces mencionado, y con esa cortesía teñida de soberbia, característica del autor de *Muerte sin fin,* subrayaba sin embargo las conveniencias de esa situación, la de no tener que vivir de la literatura:

[15] Gorostiza, *Poesía y poesía,* p. 129.
[16] Gorostiza, "Discurso, Premio Nacional de Letras, 1968", en *Poesía y poética,* p. 154.
[17] Gorostiza, "Hacia una literatura mediocre", en *Poesía y poética,* p. 130.

> He creído siempre y creo que no es perjudicial para México el que no exista todavía en el país un profesionalismo literario propiamente tal, porque así el escritor —que obtiene el sustento en otras fuentes— no se siente obligado a obsequiar las preferencias del gran público y produce a su sabor en un clima de perfecta libertad (p. 143).

Sea lo que fuere, el hecho es que Gorostiza tuvo que dedicar una parte importante de su vida a la diplomacia y en conciencia ejemplar ejerció la "asepsia mental" del poeta, según la feliz expresión de Reyes, cuando dedicado a sus actividades burocráticas redactaba oficios y memoranda impecables. ¿No decía su amigo y colega Eduardo Luquín, compañero de Embajada en Londres donde Gorostiza era Escribiente de Primera, que "aplica(ba) su dedicación, su esmero y su talento, en la formación de listas secas, agrias y hostiles"? ¿Se protegería de verdad el poeta con ese distanciamiento o asepsia mental? Reyes no lo cree así, piensa que, sobre todo en nuestro país, por lo menos en México y en 1955, la burocracia era una maldición que esteriliza, y, por ello, contradice a Gorostiza y nulifica su proyecto de consolación:

> ¿Pero sería lícito consumir a este hombre, y dejarlo que se consuma entre los despachos oficiales? ¿Para cuándo reservamos, entonces, el premio que se debe al espíritu? ¡Ay, la burocracia! ¡Ay, los papeles del gobierno! (Todos en ellos pusimos nuestras manos). Ayer fue conquista lo que ha comenzado a ser estorbo... Tiene razón Gorostiza al hablarnos de las enfermedades del profesionalismo literario y de la conveniencia de que el escritor cree en libertad, sin tener que someterse a los antojos del público. Es, pues, deseable que de veras se le ponga en condiciones de libertad y que no se le someta a otras cadenas más pesadas, si es que saben algo de ellas mis hombros. Además, en nuestro medio, la verdad sea dicha, esa tal demanda del público es tan leve y escasa que yo no sé si la siente. Casi me atrevo a decir que no existe, no hay razón alguna para temerla. Pero si de veras la vulgaridad de las masas ahogara necesariamente la producción de calidad, entonces, sencillamente, no habría grandes escritores en el mundo, o habría muchísimos menos, puesto que, en su inmensa mayoría, ellos proceden de la clase profesional de las letras. No, poeta y amigo, no nos resignemos tan fácilmente, no aceptemos engañosos consuelos.[18]

En el ya mencionado texto sobre la literatura mediocre, aparecido en 1931, Gorostiza preconizaba que para crear "una literatura propia de significación universal" y futuros lectores, se necesitaba, no una literatura mediocre, un "diluvio de literatura mala". Muchos años más

[18] "Contestación al discurso", *Poesía y poética,* pp. 347-348.

tarde, quizá en los setenta, y ante la gran proliferación de textos —algunos quizá mediocres—, Rulfo aconseja un acto de mera justicia poética:

> [en esta época] en que la literatura [es] expropiada por los escritores jóvenes, quienes no tienen dificultades para ver publicada su obra, es necesario compadecer a quienes abrieron brecha en la literatura mexicana.[19]

La crisis de la vanguardia y la novela de la Revolución

Igualmente en 1931, Gorostiza, acongojado por la extrema crisis que sufre la literatura nacional, una crisis expresada por la ausencia de textos, advierte:

> He tratado inútilmente de recordar siquiera diez títulos de obras literarias publicadas en México durante 1930. No pude dar, desde luego, con uno solo de poesía. De prosa se publicaron dos: *La rueca del aire,* de José Martínez Sotomayor, y *Diagrama,* de Eduardo Luquín.[20]

Y aunque esa verificación parece tener sentido si se toma en cuenta la fecha en que fue escrita, poco tiempo después de que resonara en la prensa mexicana una polémica singular que denunciaba como máxima carencia de la literatura mexicana su falta de "virilidad", y que esa virilidad sólo parecía privativa de la obra de Azuela, el hecho definitivo es que Gorostiza silencia, mejor dicho, ningunea a la novela de Revolución, sin tomar en cuenta que muy pocos años antes se habían publicado en España libros tan significativos para la literatura mexicana como *El águila y la serpiente* o *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán, y evidentemente *Los de abajo,* apenas reaparecido como folletín en el mismo *Universal Ilustrado.* ¿Tendría miedo Gorostiza de dejarse seducir por algo demasiado cercano? ¿O siendo un tema tan común en la época y tan difundido por la iconografía, sentiría acaso que era una mera imitación de la realidad, radicalmente distinta de ese fundamental trabajo con el lenguaje "que implica rigurosas disciplinas intelectuales"? ¿O simplemente, como asegura Monsiváis, este poeta, y por extensión, todos los Contemporáneos, era incapaz de comprender ese tipo de escritura, aunque alguna vez el grupo hubiese estimado a Azuela, y, claro, a Martín Luis Guzmán? ¿No advertía, como lo advierte claramente José Emilio Pacheco, que *Muerte sin fin* "es producto de la Revolución mexicana y resultado

[19] *Cuadernos,* p. 170.

[20] "Hacia una literatura mediocre", *Poesía, y poética,* p. 129.

de tradiciones locales elaboradas durante siglos", hecho que podría parecer evidente en Rulfo pero no en Gorostiza?

Quizá la clave se encuentre en una frase del autor de *Muerte sin fin,* quien dice, al explicar "Madre campesina", un cuadro de Siqueiros, tema clásico de todos los muralistas, pintores de la Revolución, algo que podría definir perfectamente también su propia obra:

> Ninguna expresión. Tal parece que Siqueiros no hubiera tratado de expresar nada en esta tela. El maternal cuidado con que la mujer inclina la cabeza sobre el resto del niño dormido, es una actitud estereotipada, meramente significativa de un proceso interior de las figuras, no es una emoción entrañable, sino como sucede en la escultura egipcia, una emoción intelectual que nace y muere con la geometría.[21]

Y no sólo fue entonces Gorostiza sordo al lenguaje de los narradores. En 1967 elogia en *Excélsior* a Martín Luis Guzmán, para él, como Bernal Díaz, "un maestro de la narración, frente a una continuidad semejante de acontecimientos históricos". El panorama de la narrativa mexicana, desierto en 1931 de obras maestras, continúa para él siendo estéril en 1967, pues, asevera, "...es una lástima que el arte de narrar... se halle casi perdido, o que se haya refugiado, mientras los jóvenes lo descubren otra vez, en la confusión de las conversaciones privadas".[22] Una simple acotación al margen: para esas fechas se habían ya publicado en México obras de Revueltas, Yáñez, Fuentes, Arreola, Castellanos, y obviamente, de Rulfo, para no citar más que a unos cuantos.

Juan Rulfo, nacido en plena conflagración revolucionaria y testigo de la guerra cristera, consideraba que "los novelistas de la Revolución (eran) no sólo relatores de un acontecimiento histórico, del que fueron testigos, sino los descubridores de una literatura que nace y muere con ellos *(Cuadernos,* p. 171)". Si se revisan las diferentes versiones que en los *Cuadernos* aparecen no sólo de *Pedro Páramo* sino de algunos cuentos de *El llano en llamas,* el tema revolucionario y anécdotas conectadas con él ocupan un lugar primordial, aunque luego se hayan difuminado en el trabajo despiadado de selección que les dio forma a sus obras. Por eso Rulfo se acerca a los novelistas de la Revolución, los estudia, los aquilata, y con una sola frase que parece escaparse de algunos de sus propios textos nos lo explica: hablando de *Se llevaron el cañón para Bachimba* de Rafael F. Muñoz, dice simplemente, "La derrota es una cosa

[21] José Gorostiza, "David Alfaro Siqueiros", en *Prosa,* recop., intr. y notas de Miguel Capistrán, Univ. de Guanajuato, Guanajuato, 1969, p. 40.

[22] Gorostiza, "Martín Luis Guzmán", en *Prosa,* p. 229.

abstracta: una especie de niebla que tiembla sobre la tierra en las horas de mediodía (p. 172)".

Las formas de la muerte

Como diría Borges, el mérito de obras como la de Gorostiza y de Rulfo no está en la longitud, sino en el delicado ajuste verbal. Antes de escribir *Muerte sin fin,* Gorostiza escribe en 1937 acerca de *Cripta,* un libro de poemas de Torres Bodet, en realidad una revisión de una manera de hacer poesía, la de su propia generación:

> Pero "rigor crítico", a secas, no significa mucho. Hasta se podría creer que se trata en el fondo de una simple retórica. No, este rigor hay que entenderlo como una cosa viva, cambiante, pues la tragedia del grupo, y aún de la generación toda de —digamos— 1921, se cifra en él. Hay que ver cómo, nacido de una repugnancia... este rigor evoluciona hacia un ideal de forma... que empieza por eliminar de la poesía sólo los elementos patéticos, pero que acaba, cada vez más ambicioso, por eliminar todo lo vivo. Así, una clara tendencia hacia lo clásico, se convierte por asfixia en un horror a la vida, en un "testismo"... que ha hecho aparecer a toda nuestra generación y no solamente al "grupo sin grupo" (los Contemporáneos) como "una generación sin drama".[23]

Extraño poder de este texto cuyo destino es explicar. Se previene contra sí mismo, pues en él se oye hablar a un poeta hablando de otro poeta, aunque en verdad José Gorostiza está reflexionando sobre su futura creación, un poema sobre la muerte que habrá de llamarse *Muerte sin fin.* Y la muerte se configura desde un principio y de manera literal como una forma rigurosa: "Por el rigor del vaso que la aclara, / el agua toma forma". Pero, suprema paradoja, ese mismo poeta nos ha prevenido contra una concepción del rigor que podría aniquilar el poema en lugar de darle forma, es decir, en lugar de encontrar la imagen de la muerte, matar el poema. En este contexto, la explicación que del mismo poema hiciera más tarde Reyes, específicamente aquí en esta Academia, parecería una premonición del temor que Gorostiza manifestaba a matar —asfixiar— su propia creación, temor siempre presente en los numerosos apuntes que dejó sobre proyectos inéditos, angustia transferida al temor de matar o destruir lo que se ama, ya sea una mujer o la

[23] Gorostiza, "La poesía actual de México, Torres Bodet: *Cripta*", en *Poesía y poética,* pp. 135-136.

propia creación: "La sustancia, sutilizada —concluye Reyes—, se asfixia y perece en la eternidad de la Forma".[24]

El poema se fue decantando poco a poco y la imagen del agua, la gota de agua que cae, aparece obsesiva en varios escritos anteriores. En 1969 se publicó en Guanajuato por vez primera una compilación de sus textos de *Prosa;* destaco un apunte intitulado "Esquema para desarrollar un poema", cuyo significativo subtítulo "Insomnio Tercero" revela la lenta y persistente obsesión:

> Una gota que cae ahora, pausada, en mis oídos... ahí se construyó pues la imagen, agrega. La gota de agua era aquella que se había agigantado en la noche... una extralimitación del ruido que se presentaba demasiado lejos, que era ya un ruido solo, divorciado de su objeto, y capaz, ya no como un objeto de producir un ruido, sino como un ruido capaz de producir un objeto (p. 88-89).

Es iluminativo cotejar también su ensayo "Alrededor del *Return Ticket* (1928)" de Salvador Novo:

> Por eso su primer movimiento es de repugnancia hacia los nombres y prefiere examinar directamente las cosas, que mide, aprueba, analiza, recorriendo todos los grados de gestación del nombre, hasta que al fin lo pronuncia, pero cargado de aquella profundidad *que haría caber un poco de agua, por ejemplo, entre las paredes de la palabra vaso.*[25]

En el límite extremo están otros poemas, donde se conjuga incesantemente la imagen del agua. Gorostiza quizá pensó que sólo había un modo de decir las cosas y lo encontró en metáforas reiteradas a lo largo de su densa y exacta pequeña obra. Torres Bodet, en una carta del 28 de mayo de 1939, acusa recibo de *Muerte sin fin:*

> La perfección lineal del detalle es cosa tan espontánea en ti que, al contrario de lo que ocurre habitualmente, lo que debiste procurar no fue tanto evitar los desfallecimientos, sino el no acumular los aciertos en forma que resultara implacable para los lectores.[26]

Para Jorge Cuesta, "La alegoría de *Muerte sin fin* (que) tiene toda su sustancia expresiva en un vaso de agua (en el hecho de que un cuerpo líquido esté contenido en un recipiente)..."[27]

[24] *Poesía y poética,* p. 343.
[25] Gorostiza, "Alrededor del *Return Ticket*" en *Poesía y poética,* p. 127.
[26] Gorostiza, *Epistolario (1918-1940),* ed. Guillermo Sheridan, CNCA, México, 1995, p. 382.
[27] Jorge Cuesta, *Estudios críticos,* intr. María Stoopen, UNAM, México, 1991, p. 147.

Y para Paz, en *Muerte sin fin:* "el agua se vuelve cristal y la palabra, poema. En cierto sentido todo poema es una tumba. En Gorostiza la tumba es transparente.."[28]

La muerte es otra cosa para Rulfo. La similitud hay que encontrarla en la insistente búsqueda de una forma que da cuenta de dos concepciones poéticas sobre la muerte. En los primeros apuntes de los *Cuadernos,* la muerte es apenas una degeneración física, el deterioro que sigue a la pérdida de las facultades vitales. Es una muerte fisiológica:

> Yo morí hace poco. Morí ayer... La muerte es inalterable en el espacio y en el tiempo. Es sólo la muerte, sin contradicción ninguna, sin contraposición con la nada ni con el algo. Es un lugar donde no existe la vida ni la nada. Todo lo que nace de mí es la transformación de mí mismo. Los gusanos que han roído mi carne, que han taladrado mis huesos, que caminan por los huecos de mis ojos y las oquedades de mi boca y mastican los filos de mis dientes, se han muerto y han creado otros gusanos dentro de su cuerpo, han comido mi carne convertida en hediondez y la hediondez se ha transformado hasta la eternidad en pirruñas de vida, en el desmorecimiento de la vida. Pero la muerte no ha avanzado. Estoy aquí, sitiado por la tierra, en el mismo lugar donde me enterraron para siempre (p. 30).

Descripción realista que puede remitirnos también a un cuadro barroco, uno de esos cuadros recordatorios de la vanidad de vanidades, espeluznantes, tan característicos de una mentalidad trabajada por los flagelos y los cilicios, un teatro de la mente confeccionado por Ignacio de Loyola. Rulfo ensaya, anota, enlista descripciones, se va empapando de esa idea, juega con los cadáveres, y los asocia con el más allá, cadáveres que tienen alma que se desprende de su cuerpo, en realidad un cuerpo siempre presente convertido en alma en pena. Así, la muerte es, primero, una admonición: "A los cadáveres se les dice al oído que están muertos y que no vengan a dar guerra a los vivos";[29] luego, una verificación:

> La muerte sobreviene cuando el alma abandona el cuerpo, aunque éste todavía esté vivo.
>
> Cuando el hombre enferma, esto proviene de que el alma abandona el cuerpo y vaga fuera de él, asustándose y extraviándose, o siendo devorada por los remolinos. No toda el alma sale del cuerpo; pero lo poco que queda de ella queda en él (esto significaría la muerte) es insuficiente para defender al cuerpo de las enfermedades;[30]

[28] Octavio Paz, *Las peras del olmo,* 2a. reimpr., Seix Barral, México, 1984, p. 86.
[29] *Cuadernos,* p. 26.
[30] *Ibidem,* p. 27.

finalmente, una advertencia: "Y otra cosa. No hagan llorar a los demás. Es una condena que perdura y pesa sobre los mismos muertos. En los vivos desaparece; pero en los muertos sigue permaneciendo, porque la muerte es permanente".[31]

En las correcciones sucesivas, los cadáveres ya unen la vida con la muerte y recuperan su pasado exacto, porque se han suprimido anécdotas demasiado obvias, se han cambiado los nombres —de Maurilio Gutiérrez pasamos a Pedro Páramo, de Susana Foster a Susana San Juan, nombres definitivos—, se ha alterado la temporalidad, se han dejado espacios de silencio, se ha cancelado la verosimilitud realista. Cuando Rulfo concluye el proceso a que ha sometido sus textos dejándolos en vilo, devastados, consumidos, colindando con el silencio, la muerte se ha despojado también, es una muerte física depurada, casi simbólica, mineral. En *Pedro Páramo* la muerte, como los demás elementos de la textualidad, no está sujeta a la corrupción, ha dejado de ser fisiológica, es una forma móvil, la del tránsito apenas palpable entre la vida y la muerte, la repetición al infinito de una vida mal vivida, infausta.

En una entrevista muy conocida, Rulfo dice aceptar con ironía burlona esos cambios definitivos:

> Se me hacía muy grueso el libro y dije: ¡no, nadie lo va a leer porque tiene muchas páginas! Entonces, empecé a tirarle páginas, así, para que se hiciera delgadito y a la gente no le diera flojera leerlo. Pero hasta así, a pesar de eso, dicen que les cuesta trabajo leerlo. No sé, a mí no me cuesta trabajo. Me costó al principio mucho trabajo pero, como les digo, ya a la tercera vez lo entendí, ya más o menos le agarré el hilo... Ahora también la intención fue —porque no le corté las páginas así, arbitrariamente, no, no fui arrancándolas y tirándolas— fue quitarle las explicaciones.[32]

Me detengo, termino estas ya largas notas, no sin antes agradecer la generosidad de todos mis ilustres colegas quienes me han aceptado en esta Academia y a todos los amigos que me han acompañado hoy hasta este maravilloso y terrible centro histórico, de alguna manera casi inaccesible. Carlos Montemayor, alguna vez mi alumno en la Facultad de Filosofía y Letras, ha aceptado contestar este discurso; se lo agradezco infinitamente, ahora que, como la madre de Gorki, me he convertido a mi vez en su discípula.

[31] *Ibidem,* p. 31.

[32] Juan Rulfo, *Toda la obra,* coord. Claude Fell, Archivos-CNCA, México, 1992, p. 875.

RESPUESTA AL DISCURSO DE MARGO GLANTZ

Por Carlos Montemayor

Agradezco profundamente y con gran alegría la oportunidad de recibir en esta Academia Mexicana a mi maestra Margo Glantz. Mucho he aprendido de ella como alumno y después como amigo en su casa de Tres Cruces, en su oficina de la Dirección General de Publicaciones de la Subsecretaría de Cultura o en la antigua Dirección de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes. En aquellos mis primeros años de recién venido de los cerros bárbaros, pero al mismo tiempo clásicos, de mi natal Chihuahua, me asombraba la rapidez y abundancia con que nos hablaba en clase; la primera explicación que me di de esa celeridad fue su pasión evidente por la literatura, tan vigorosa como la inteligencia con que la estudiaba y la enseñaba. Nos encontrábamos todos sus alumnos ante una especie de río impetuoso, a punto cada momento de desbordar sus caudales; ella parecía hablar, luchando a brazo partido con su emoción, por un lado, y por otro con sus ideas persuasivas y contagiosas, de las mil y una facetas que encontraba en una imagen poética, en una obra, en un autor, en un tema, en una época. Al término de sus clases, quedábamos todos con la extraña y regocijante sensación de estar algo exhaustos, como si hubiéramos logrado salir a salvo de una aventura, de regiones difíciles e imborrables del país esencial que nos convoca esta noche: el lenguaje y la creación literaria. Por *exhaustos* quiero aludir a esa sensación que permanece luego de haber contemplado, asombrados e intensos, una coreografía imborrable, o después de haber escuchado un concierto poderoso, o al concluir la lectura de un libro que en el fondo esperábamos que no terminara nunca.

Posteriormente fui intuyendo que había algo más, quizás un temperamento que afinaba y nutría ese estilo de enseñar, de ser generosa, de no perder nunca el buen humor, en este medio mexicano donde casi todo lo ocupa la ironía mordaz, el sarcasmo abierto o el escarnio que degrada tanto al que lo esgrime como al que se quiere herir. Este buen humor, esta pasión, esta emoción avasalladora por las ideas y la literatura, ha hecho de Margo Glantz una de las pocas grandes figuras humanas y respetuosas gracias a la combinación de dos elementos principales: su inteligen-

cia y su talento creador. Es inteligente y es creadora. No siempre estos dones concurren en México en los investigadores o en los creadores. Por ello no suelen ser generosos muchos investigadores y muchos creadores. Ella lo es. Ella es generosa. Lo es con su inteligencia, con sus estudios, con sus investigaciones; lo es como maestra, como conferencista, como autora, como funcionaria cultural. Lo será, lo es ya, como integrante de la Academia Mexicana, una (¿o quizás la única?) de las poquísimas instituciones culturales independientes, que permanecen fuera de los organogramas complejos y numerosos del gobierno mexicano.

Deseo remitirme a un libro suyo publicado hace 25 años, en 1971, *Onda y escritura,* que la muestra como la primera investigadora que se acercó, de manera generosa e inteligente, a mi compleja y desunida generación literaria, a la que ya había ayudado en Difusión Cultural de la UNAM con la fundación de la revista y los talleres de Punto de Partida y con la publicación de una antología titulada *Nueva narrativa joven de México.* En *Onda y escritura* compiló 55 textos de 28 autores nacidos entre los años de 1938 a 1950. En el último párrafo de la "Advertencia" agradece:

> ...a la Editorial Era, a la Editorial Novaro, a la Editorial Bogavante, a la editorial Diógenes, su gentil colaboración para que este libro fuese posible. Un agradecimiento especial se incluye dirigido a aquellos autores que generosamente me han proporcionado el material inédito que necesité para redondear la compilación. Mi agradecimiento final y más elocuente debe ser para Joaquín Díez Canedo, de la Editorial Joaquín Mortiz, que no sólo me ha proporcionado la obra de todos los autores jóvenes que su editorial ha promovido, sino que me ha prestado todo tipo de manuscritos y de ayuda para que esta selección sea lo más completa.

Debo destacar que este libro lo publicó Siglo XXI y que, por tanto, la generosidad de editores y autores era tangible. También debo destacar, 25 años después, que esa generosidad tenía una explicación: la generosidad misma de Margo Glantz, que en ese momento inicial de muchos de nosotros fuimos tratados con tanto cuidado e interés como otros periodos ya consagrados de nuestra historia literaria. En el estudio preliminar apuntó dos observaciones que, entre muchas otras, siguen siendo válidas:

> ...la narrativa mexicana se enriquece cada año con mayor número de autores que van depurando, ensayando y agotando muchos tipos de narrativas, creando estilos, estableciendo una competencia, produciendo lo que Carpentier llama una novelística: "Puede producirse una gran novela en una época, en un país. Esto no significa que en esa época, en ese país, exista realmente *la novela.* Para hablarse de la novela es menester que haya una novelística". Este fenómeno, la gestación de una corriente literaria que se va contagiando de

influencias cosmopolitas a la vez que se inspira en la tradición anterior, aunque pretende ser en el fondo una narrativa de ruptura, crea a fin de cuentas un terreno nuevo en el que deberá surgir de verdad la gran novela mexicana. Este juego de competencia, de repeticiones, de desafíos se vuelve meridiano, si observamos de nuevo estadísticamente los libros de autores jóvenes que han ido apareciendo en diversas editoriales mexicanas en las últimas fechas...

Más adelante, dice:

...Insisto, esta abundancia no es en sí misma significativa; la publicación de libros inútiles es una de tantas contaminaciones que nos corroen al igual que la del aire, pero la persistencia que muestran ciertos escritores, su intención de autocrítica evidente, su necesidad de dedicarse a las letras como vocación, revelan la existencia de una narrativa mexicana verdaderamente nueva, nueva porque ofrece otra visión de México, porque esboza o define otros conceptos de escritura, porque recibe influencias distintas de las que hasta ahora habían prevalecido y porque es una apertura hasta cierto punto inédita en nuestras letras...

Margo Glantz encabezó uno de los periodos más fecundos y creativos que la Subsecretaría de Cultura y el Instituto Nacional de Bellas Artes han vivido a través de la Dirección General de Publicaciones y de la Dirección de Literatura. *Tiempos de México* y *Guía de Forasteros,* por ejemplo, fueron una asombrosa conjunción de la historiografía, la literatura, la codicia del bibliófilo y un periodismo ágil y risueño que nos dejaba leer las principales noticias de México de los ya remotos años de 1789 a 1836 como si fueran las del día de hoy. Ahí el lector se daba cuenta, como sus alumnos veíamos en sus clases, que todo había vivido, que todo poseía el milagroso poder de la vida, de la presencia humana, de la posibilidad de ser aprendido, conocido, sabido, leído, compartido. En este proyecto concurrieron historiadores y autores de distintas generaciones y círculos, como suele ocurrir alrededor de Margo Glantz, que sabe integrar numerosas y generosas voluntades a su paso. Impulsó también la reedición de obras agotadas pero relevantes de la literatura de varios periodos de México, particularmente del siglo XIX, y desde su gestión en el INBA promovió un proyecto para elaborar un catálogo razonado de obras literarias mexicanas del periodo colonial en el Archivo General de la Nación donde participaron, becando y preparando a investigadores, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y El Colegio de México; en ese momento se cubrió el siglo XVIII del Ramo de Inquisición.

Pero sus tareas docentes, administrativas o diplomáticas (fue, por ejemplo, de 1986 a 1987 asesora cultural, con rango de ministro, en la Embajada de México en el Reino Unido) no han frenado su copiosa, in-

tensa, constante producción como investigadora, ni como colaboradora de revistas especializadas y de difusión aquí y en el mundo, ni como conferencista o ponente destacada en incontables universidades de América, Europa y Medio Oriente. Sus trabajos han abierto importantes caminos de estudio y análisis en muchos periodos y autores de la literatura mexicana, tanto de la época colonial (por ejemplo Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Juan Ruiz de Alarcón, Carlos de Sigüenza y Góngora o Sor Juana Inés de la Cruz), como del siglo XIX (Manuel Payno, Luis G. Inclán, Guillermo Prieto, entre otros) y el siglo XX (para citar a muy pocos, Alfonso Reyes, Elena Garro, Juan José Arreola, Carlos Fuentes, Sergio Fernández, Julio Torri y novísimos autores mexicanos). Su visión enciclopédica abarca también el estudio de numerosos autores y épocas de la literatura iberoamericana, de la literatura contemporánea en varias lenguas europeas y, en muchos años y momentos, el teatro de todas las épocas, clásico y contemporáneo. Su inclinación y amor por el género dramático la ha llevado a la docencia, la investigación, la adaptación radiofónica y también la traducción de obras de Henry Fielding, Tennessee Williams, Michel de Gehelderode, Peter Weiss y Jersy Grotowski. Pero ya que hago mención de esta faceta de su amplísima obra, agregaré que además de traducir a Georges Bataille y Eduard A. Wrigth, tradujo un libro de un filósofo británico, Thomson George, *Los primeros filósofos.* Ésta fue su primera traducción, aparecida en 1959 en la colección "Problemas Científicos y Filosóficos" que dirigía en ese tiempo en la UNAM Eli de Gortari. En 1963, todavía en Chihuahua, en mis años preparatorianos, fue el primer trabajo que leí de quien sería más tarde mi maestra.

Esta abundancia, esta prodigalidad de talento, disciplina, fecundidad, que logra conjuntar tantos esfuerzos y luces alrededor de numerosos temas, explica que en cada una de sus frases, escritas o dichas, que en cada una de sus expresiones durante una conferencia o una sesión de seminario, esté suponiendo y pensando, recordando, tomando en cuenta numerosas ideas, posibilidades, acercamientos, asuntos. Por ello sus palabras y ensayos aparecen a veces como con una tensión de cuerda de arco, otras veces como si enfrentaran una imperceptible vacilación, duda, antes de decidirse por un rumbo. Esta multiplicidad de caminos, este universalismo, surge en el ámbito de su creación también, como en *No pronunciarás,* por ejemplo, que contiene en su apertura y en su cierre la más alta poesía que quizás ella ha escrito hasta ahora, la de mayor modulación y tersura. Pero surge, sobre todo, en una obra maestra: *Las genealogías.*

En esta obra asombrosa la urdimbre genealógica es un sistema de compuertas secretas que se abren a numerosos ríos, regiones, personajes, acontecimientos imprevistos, revoluciones, asaltos, violencia, ternura,

cocina, repostería, vestidos, idiomas, revistas, músicos, poetas, pintores. Como profundos caudales de ríos van apareciendo, remontando colinas, valles, ciudades, épocas, generaciones. Muchos ríos, sí, muchos cauces, rumbos, paisajes. Pero quizás convenga recurrir a la imagen clásica: la del árbol. *Las genealogías* es una fulgurante multiplicación de ramas, follajes, colores, tonalidades. En una parte ese follaje puede albergar una constelación de estrellas, o de lunas cambiantes que van desde su fase nueva hasta la de menguante. En otro sitio eleva las ramas cargadas de pueblos, de cosacos, de guerra civil, de pogroms. En otra parte sostienen sus fuertes ramas los recuerdos de muchos niños y niñas, los recuerdos de varias generaciones de niñas con sus vestidos, sus pensamientos y sueños secretos, su olor a pan, a juguetes, a campo, a calle, a buhardillas. El árbol es un dibujo del universo, un cuadro de Chagall, una sucesión de poetas en hebreo, en yidish, en ruso, en español; un desfile fugaz del zar, una iniciación gastronómica, espiritual, física, religiosa, ritual, melancólica. Es un árbol de vidas y países en una sola y prodigiosa sangre, en la memoria de genealogías que se convierten, que se revelan, a partir del mundo, como la genealogía de todos. Nos convierte en un eje, en una rama, en un tronco, en una parte del caudaloso universo en que todo tiene vida y se mueve, o que es la vida, que nos hace tomar conciencia de que ésa es la vida, lo que nos hace uno con lo múltiple y abundante. Une y explica lo extraordinario y remoto: lo torna cotidiano, cercano. Este libro de prodigios, este río de vida que es *Las genealogías,* constituye la llave maestra para entender su vasta obra, sus infatigables trabajos, su generosa y fecunda vida: establece, descubre, planta, encuentra las genealogías profundas en nuestra historia, en nuestros autores y épocas, en los campos de estudio en que incursiona. Lo hace con autores, corrientes, países, épocas, libros: descubre las genealogías, las aporta, las recobra. Con Margo Glantz he aprendido, más que con Jorge Cuesta, que la inteligencia tiene también su profunda emoción.

Así, emocionada y cuidadosa, nos ha hablado de José Gorostiza y Juan Rulfo, atenta a reconocer los espacios que el silencio ocupa y que se tornan visibles, o posibles, desde la huella de la palabra que va forjando el creador hasta que la deja de esgrimir como su razón de ser y queda del otro lado, quizás más cerca y más conocedor del silencio que de la palabra que interrumpió fugazmente al silencio. Citando a Gorostiza, Margo Glantz explica que además de la conciencia de una elección divina, cierta soberbia cierra el camino a los textos que no comporten un grado supremo de intensidad. Dice a Gorostiza: "El poeta puede —a semejanza suya [es decir de Dios]— sostener por un instante mínimo el milagro de la poesía". Detrás del poder que sostiene en el aire, por unos segundos, el perfume de una flor, está el silencio de Dios. Detrás

del milagro de la poesía está el otro silencio, el que conoce o *es* el poeta mismo. Pero ella agrega:

> Lo sabemos bien, el don divino, la elección que ha permitido el milagro, el instante supremo de la creación, no es espontáneo, sino el resultado de un rigor extremo, un trabajo artesanal de borraduras y omisiones, un rigor instalado en el ámbito infinitesimal —a veces— de una pobre y simple coma.

En la secuencia de borradores intenta descubrir el proceso de la creación misma, identificar los pasos vacilantes o seguros que conducen hacia el otro silencio final, hacia el borrador último, la obra definitiva que se convierte en la frontera para los espacios que otra vez el silencio invade o recobra, los espacios que la creación ya no penetró ni desgarró. Así lo afirma cuando concluye:

> nos acercamos a los borradores cuando ha concluido la vida de quien escribe, conocemos sus rituales en un afán imposible por entender los mecanismos de la creación, cuando ésta era aún imperfecta y palpitante, la maravilla de lo inacabado, la vida en pleno.

En el apartado que titula "La asepsia mental del poeta", Margo Glantz toca un tema actual, el de que, en palabras de Gorostiza, "escribir no sólo resulta incosteable, sino que es mal visto o visto con conmiseración, cuando no incapacita materialmente para la lucha por la vida". Creo que mi generación ha ayudado a cambiar en algo este panorama. Hemos luchado por que la sociedad mexicana se convenza de que escribir es también un trabajo y que debe remunerarse lo que el escritor dice y escribe, esto es, sus conferencias, talleres, artículos, poemas, traducciones, cuentos. A menudo, en instituciones públicas y privadas hay quienes consideran natural cobrar mensual o quincenalmente por realizar un trabajo que consiste en invitar a los escritores a hablar o a leer poesía sin pagarles un centavo, o a esperar que como jurado de un concurso oficial o privado invierta 20, 40 o más horas leyendo una inmensa documentación sin retribución alguna. Hace muchos años, en su oficina de la Dirección de Literatura del INBA, explicaba esto a Margo Glantz para justificar mi resistencia a participar en una serie de conferencias sobre la traducción literaria. Desde ese momento, Margo modificó los viejos tabuladores de Bellas Artes que se habían detenido en un sueño invernal durante varias administraciones; esta medida formó parte también, con plena justicia, de su amor por la literatura.

Pero ahora, cuando parecen abundar las becas nacionales y estatales, quizás resurge un prejuicio equivalente: para escribir es necesario no trabajar, sólo ser becario. Bienvenidas las becas, sí, que, por otra parte,

no bastan y no son para siempre, o cuando lo son, encuentran ya al autor lejos de su pujante producción juvenil. El trabajo enfrenta al escritor con la vida, lo hace luchar en la vida como cualquier otro hombre, lo convierte en un hombre más, en un ser humano más, y por ello le da un conocimiento mayor de sí mismo y de su tiempo. Esencial es que el escritor no confunda su ascenso académico o burocrático con su propia misión como creador; que no olvide que si bien trabaja para vivir, vive para escribir. Por eso, repito con las palabras que de Alfonso Reyes ahora Margo nos ha recordado: "No, poetas y amigos, no nos resignemos tan fácilmente, no aceptemos engañosos consuelos".

Por ello me gustaría matizar algunas de las palabras que José Gorostiza pronunció aquí, en esta misma sala, el 22 de marzo de 1955:

> He creído siempre y creo que no es perjudicial para México el que no exista todavía un profesionalismo literario propiamente tal, porque así el escritor —que obtiene el sustento en otras fuentes— no se siente obligado a obsequiar las preferencias del gran público y produce a su sabor en un clima de perfecta libertad.

Creo, primero, que no hay un *público,* sino varios. Y como apuntó Alfonso Reyes esa misma noche, tampoco creo que sean un freno para la creación. El escritor no sabe qué tipo de público es él mismo o en cuál de tantos públicos se inscribe. Un buen ejemplo fue Gorostiza. Margo Glantz acaba de señalar que él dejaba de lado, o ninguneaba, primero obras de Mariano Azuela y de Martín Luis Guzmán y después de autores como Agustín Yáñez, Juan José Arreola, Rosario Castellanos, Carlos Fuentes o el mismo Juan Rulfo. No hay un público, hay varios, quizás numerosos, y desde esa perspectiva irán variando los juicios sobre nuestras obras. No relativizo así la calidad de una obra literaria, sólo quiero destacar el fenómeno humano o social de atracción o distanciamiento, de admiración o rechazo. Sobre todo, porque los públicos no son estáticos, sino dinámicos. Lo formularé de este modo: no toda buena literatura será reconocida así por todos los públicos. Porque puede haber buena literatura inicial que sólo mucho después ayude al lector a descubrir que hay otra mejor. Hasta ahora, nuestros sistemas de enseñanza no inician los estudios de matemáticas con cálculo infinitesimal, la prueba de Gödel o la geometría de Lobachevsky; empiezan con aritmética, números racionales y geometría euclideana. Pero sí creemos, en cambio, que cualquier lector que apenas se inicia en esta tarea es ya capaz de entender la grandeza de los versos de *la Iliada,* la *Eneida,* la *Comedia* o la perfección de la palabra y el sentido en los versos de *Antígona, Edipo Rey* o *Electra* de Sófocles. La "buena" o la "mala" literatura cambia a lo largo de la mayor parte de la vida de los lectores. Debería haber una buena literatura en nuestra

lengua para niños y adolescentes; luego, otra para que en la edad adulta vaya llevándonos a comprender más nuestro tiempo y nuestra propia vida. En este proceso de crecimiento madura tanto el lector como el autor. Tomando en cuenta este proceso, no me atrevería a decir, con la soltura de numerosos críticos de muchas partes del mundo, que tales obras son malas o tales otras buenas. Prefiero el planteamiento de Alejo Carpentier que hace 25 años consignó Margo Glantz en *Onda y escritura,* que vuelvo a leer:

> Puede producirse una gran novela en una época, en un país. Esto no significa que en esa época, en ese país, exista realmente *la novela.* Para hablarse de la novela es menester que haya una novelística.

Aquí, en ese proceso, se crean, nacen, se transforman, los públicos y el autor. Es un proceso que a menudo corre al margen de la crítica establecida, que, por cierto, no depende del "público", pero sí de amistades, grupos, intereses estéticos o burocráticos.

En la magnífica y final sección de su discurso, Margo Glantz discurre con precisión, con belleza también, acerca de "Las formas de la muerte" en la poesía de Gorostiza y en la narrativa de Rulfo. Para esta sección, y para terminar con mi largo discurso, deseo contribuir con dos sugerencias. La primera es acerca de que la *Forma* implacable, la eternidad de la *Forma,* asfixia, conduce a la muerte. Me alienta a esta observación el primero de los tres epígrafes de *Muerte sin fin,* el de *Proverbios* 8:14, que en español dice así: "Conmigo está el consejo y el ser; yo soy la inteligencia, mía es la fortaleza". La última parte del versículo, si lo leemos en hebreo, contiene dos palabras de una inmensa tradición: *Aní Biná, lí Geburá.* En efecto, *Biná* y *Geburá* son dos esferas radiantes del viejo árbol de la vida de los cabalistas hebreos. Los otros dos epígrafes de *Muerte sin fin* se refieren ya no a la inteligencia o *Biná,* sino a la sabiduría, que en hebreo es *Jokmá.* Éste es el principio más radiante de la manifestación de la Vida Divina y de nuestra percepción de lo sagrado; es propiamente lo que se muestra en la revelación y que permite al hombre el temor o la veneración de los cielos. La inteligencia *(Biná)* es, en cambio, aquel modo de manifestación en que la vida permite la minuciosa aprensión o relación de hechos y conocimientos; lo que forma, lo que da una corriente de vida a la Vida, un cuerpo que muere. En *Biná,* la manifestación de Dios aparece como la *Forma* que engendra las formas perecederas, estériles, y por ello se llama la estéril, la amarga, la Madre estéril y oscura: *Maráh,* el gran mar de la muerte de todo lo que nace. Considerada así, *Biná* se asimila al tiempo, al devenir, a lo que da la vida y también la muerte. Más allá de ella, de la cadena nacimiento-muerte, está lo *otro,* lo velado: la Sa-

biduría. Creo que al paso de los siglos, Gorostiza volvió a encontrar lo que hebreos desconocidos habían pensado devotamente en Safed, en Toledo, en el Mediodía de Francia, en Egipto y en algunos blancos suburbios de Jerusalén.

La siguiente y última propuesta se dirige hacia los rasgos de admonición, verificación y advertencia de la muerte en la obra de Juan Rulfo. Si en el caso de Gorostiza me remito a la tradición hebrea, en el caso de Rulfo me remito a la tradición indígena de México. Rulfo está describiendo los procedimientos que los sacerdotes indígenas tradicionales siguen en las ceremonias mortuorias. Por ejemplo, entre los rarámuris, los poderosos Sipames le explican al difunto que ya ha muerto por qué después de la confusión que produce en las almas la muerte, puede seguir insistiendo en permanecer en su casa, en su granero, junto a sus amigos, sus hijos o su cónyuge. En ocasiones cambian la disposición de utensilios o muebles, los pintan de otro color o se alejan una temporada, para que el que ha muerto no reconozca sus propios lugares y se marche.

Los Sipames saben también que quizás haya más de un alma en los individuos y que la más fuerte de ellas, o la mayor parte de ellas, podrían abandonar el cuerpo y enfermarlo. Éste es el contexto espiritual en que ellos distinguen la enfermedad y la muerte: la huida gradual, repentina o total de las almas o de la mayor parte del alma. Se trata del México profundo que Rulfo se empeñó en oír.

Pues bien, es para mí un alto honor recibirla a usted en esta nuestra Academia Mexicana. Formo parte de la generación literaria dispar y compleja que usted tanto ha ayudado desde nuestros escritos iniciales. Me emociona la oportunidad de expresar el reconocimiento a su ayuda, a su generosidad, a su inteligencia. Pero más allá del lazo y agradecimiento personal y generacional, celebro esta noche el reconocimiento a su ejemplar tarea con las letras de nuestra cultura. Por ello es un honor, una alegría, ser el primero en decirle aquí, emocionado, ¡bienvenida!

HOMENAJES

HOMENAJE A ALFONSO NORIEGA CANTÚ*

[PALABRAS PRELIMINARES]

Por José Luis Martínez

La presente sesión pública de la Academia Mexicana está dedicada a honrar la memoria, aún viva, del doctor Alfonso Noriega, un hombre bueno y valioso al que perdimos el 16 de enero de 1988. En esta casa lo recordamos con reconocimiento y afecto. Ocupó la silla XXII, la de los juristas; en las sesiones de trabajo nos ilustró con sabios dictámenes sobre cuestiones de su especialidad, y con sus comentarios, en los que siempre puso un grano de sal; y como tesorero, cuidó nuestros intereses. Venciendo los achaques que lo agobiaron en sus últimos años, subía lentamente las escalinatas y sólo faltaba a las sesiones por impedimentos mayores. Era emocionante reconocer su ánimo para seguir participando en nuestras tareas.

Y así como fue un buen académico, fue también un jurista destacado y un universitario ejemplar. Numerosas generaciones recibieron sus enseñanzas sobre el juicio de amparo, su especialidad, y sirvió en altos puestos administrativos y directivos a la Universidad Nacional Autónoma de México. Su *alma mater* reconoció su mérito y sus servicios nombrándolo *doctor honoris causa* y maestro emérito.

Al lado del derecho, Alfonso Noriega fue sensible al arte literario, como lo mostró el notable discurso que, precisamente acerca de las relaciones entre estas dos disciplinas, pronunció al ingresar en esta casa. Su comprensión del derecho, como un intento de ordenar el mundo, su afición a las letras y al arte y su gusto y disfrute de la vida contribuyeron a hacer de Alfonso Noriega un maestro jovial. Para explicar el buen humor que distinguía a nuestro homenajeado, monseñor Octaviano Valdés —en la respuesta que dio al discurso de ingreso del doctor Noriega, en 1975— hizo una cita afortunada de Santo Tomás, que me

* Homenaje celebrado en sesión pública efectuada el 26 de mayo de 1989.

permito repetir: "Eutrápelos es el hombre de trato y conversación agradable que convierte dichos y hechos en solaz". Esta feliz y rara condición fue privilegio de nuestro amigo desaparecido.

Después de estas breves palabras de introducción, me complace anunciar a ustedes que tendremos la satisfacción de escuchar las palabras que, en elogio formal de la personalidad y la obra de Alfonso Noriega, pronunciarán dos distinguidos académicos, don Antonio Gómez Robledo y don Ernesto de la Torre Villar. Finalmente, se dará lectura a algunas páginas escogidas del maestro que recordamos.

ALFONSO NORIEGA

Por Antonio Gómez Robledo

"Las almas de los justos están en las manos de Dios... A los ojos de los necios parecen haber muerto... Ellos, empero, están en paz."

Y en el idioma de la Vulgata jerónima, el que en cierto tiempo, hasta el despuntar de este siglo, era inteligible para todos en este recinto:

Iustorum animae in manibus Dei sunt... Visi sunt oculis insipientium mori... Illi autem sunt in pace. (Sap. 3)

Son palabras del libro de la Sabiduría, el único libro del Antiguo Testamento escrito totalmente en griego, y por donde el logos helénico entra en la dura corteza semítica y alumbra el mensaje platónico de la inmortalidad del alma para incorporarlo a la Biblia.

Son textos venerables que se aplican con toda exactitud al varón justo que se nos ha ido y cuya memoria conmemoramos hoy. Varón justo en el sentido de la sagrada escritura, cuando habla de José de Nazaret como de un varón justo *(cum esset vir iustus)* y más atrás aún en la filosofía helénica, donde la justicia general, la definitoria del varón justo sin ulterior calificación, la declara Aristóteles más maravillosa que la estrella de la tarde y el lucero del alba. *Neque Vesper neque Lucifer,* en la traducción latina de Guillermo de Morbecke.

Uno de estos justos, en suma, en la plenitud semántica consagrada tanto por las letras sagradas como por las letras helénicas, fue Alfonso Noriega, y por una y otra fuente es hoy acreedor al homenaje de sus contemporáneos y de sus pósteros.

Al igual que el Hijo del Hombre, pasó haciendo el bien: *pertransiit benefaciendo,* y por esto debió recibir, al dar su espíritu a quien se lo dio,

la corona de justicia de que habla San Pablo. De esto no tengo la menor duda, ni de que su destino final es el Paraíso; y sin embargo, no sé por qué, pasado apenas un año y poco más de su tránsito, me lo imagino todavía escalando, en el alpinismo de ultratumba, la montaña de los siete círculos, para despojarse de lo que por aquí pudo pegársele, en este mundo tan pegajoso, que al fin amó él como todos nosotros. Sea como fuere, en fin, así lo siento más cerca de mí, en su vía purgativa, cuando aún compartimos él y nosotros las tribulaciones comunes a este valle de lágrimas y a las que pasan los espíritus electos en su ascenso doloroso por la montaña de la expiación.

A los oídos de muchos, la mayoría tal vez, sonará lo que voy diciendo como algo peregrino y obsoleto, pero yo, como Ramón López Velarde (a su patrocinio me acojo) creo aún en el fuego temporal y en el fuego eterno, los dos dogmas que la Iglesia ha dejado caer, al no hablar más de ellos. Algo semejante, dicho sea de paso, a lo que hizo la Stoa media al dejar caer el dogma paralelo de la *ekpírosis,* para salvar el panteón olímpico en el *aggiornamento* del Pórtico con la aristocracia romana.

Volviendo ahora a esta tierra, la suya, en que Alfonso Noriega ejerció por entero su magisterio y su acción, encaremos sin otro preámbulo su personalidad y su obra.

En la vieja y debatida cuestión de qué es lo que predomina en cada pensador, si su persona o su obra, la opción no parece dudosa en el caso del maestro Noriega, la persona sobre la obra, aun siendo esta última de valor subidísimo. El hombre, con todo, está aún por encima, el hombre que vimos pasar entre nosotros, irradiando invariablemente paz y señorío, simplemente en razón de no haber abdicado jamás de su libertad interior, y por más que ocasionalmente hubiera llegado a ocupar cargos públicos de la mayor importancia. Los desempeñó para poner su ciencia jurídica al servicio del país, y no como macehual del *tlatoani* en turno. Eran patentes en él la independencia espiritual, y la posesión de sí mismo (jamás le vi alterado o descompuesto) y sin haberse adscrito jamás, que yo sepa, a ningún partido o bandería. "No estoy con ninguno", decía Erasmo: *Nulli concedo. Erasmus est homo per se.* O como dirá más tarde Montaigne, *la plus grande chose du monde c'est de savoir être à soi.*

De este temple fue Alfonso Noriega uno de los últimos representantes, en nuestro medio, de la libertad del espíritu. Y por esto tal vez amó tanto el derecho, cuya misión consiste, según decía Kant, en tutelar la libertad de cada uno en coexistencia con la libertad de los demás, en un régimen general de libertad.

A Alfonso Noriega le vino siempre a maravilla la toga, en cada vuelta y en cada pliegue, porque llevaba consigo, de nacimiento me atrevería a decir, el alma de la toga, el alma que reclamó a su tiempo el traje

adecuado. Vivía en ella —¿habrá siquiera que decirlo?— la "pasión por la justicia, irrevocablemente vinculada, en su opinión, al derecho, porque ¿cómo concebir, comenzando por esto, el *ius sine iustitia*?

Por aquí fue siempre el pensamiento de nuestro añorado ausente, como lo pensó también la humanidad pensadora hasta principios del siglo que está por expirar, cuando el derecho acabó por romper con la justicia, primero con el positivismo lógico, y luego con la teoría del derecho puro. Uno y otro movimiento nacieron en Viena, la ilustre capital que, si añadimos el freudismo, fue la matriz de la dislocación del pensamiento occidental.

Perdonen la digresión, pero era indispensable en cuanto que quería dejar constancia de que Alfonso Noriega no comulgó jamás ni con el positivismo lógico, ni tampoco con la teoría pura del derecho. No con el primero, por no compartir su tesis fundamental de que el carácter científico de una teoría no reside en la verdad, sino en el rigor del lenguaje y del razonamiento. Y no con el segundo, con la teoría pura del derecho, pura de justicia, es decir vacía, para quedarnos con la definición de que el derecho es el orden coactivo de la conducta humana, noción que cuadraba a maravilla con Auschwitz y demás nombres de amarga recordación.

Hasta hoy no puedo explicarme cómo la mayoría de mi generación (la de nuestro *Chato* también) se dejó llevar a ojos cerrados del kelsenismo, simplemente porque la *Revista de Occidente* nos había germanizado hasta la médula, y todo cuanto de allá venía lo veíamos como el evangelio redivivo.

Quienes pudimos escaparnos de aquella infección, Alfonso Noriega a la cabeza, creo que habrá sido porque habíamos repasado muy despacio y por un bienio (así era en aquel entonces) el derecho romano, en cuyas páginas tropezábamos con la inmortal definición de Celso: "El derecho es el arte de lo bueno y de lo justo": *Ius est ars boni et aequi.*

Conforme a esta definición y según el comentario de Biondo Biondi, son artistas los juristas eminentes, y "los que no podamos ser artistas, contentémonos con ser artesanos".

Artistas supremos del derecho, o sea videntes y hacedores de lo justo, fueron los tres grandes juristas a quienes Alfonso Noriega evocó en su discurso de ingreso en esta docta corporación, Gamboa por el virreinato, y Otero y Vallarta por la república, los mayores juristas de que México puede ufanarse, los tres jaliscienses, y para mayor precisión, tapatíos. Con la vista fija en ellos, y teniéndolos grabados en la mente y en el corazón, pudo el doctor Noriega, en la inolvidable sesión solemne del 7 de marzo de 1975, hablarnos aquí de las conexiones entre el derecho y el arte literario, un enlace que ha desaparecido en el mo-

mento actual, pero que fue vivo y actuante desde la *Instituta* de Justiniano, espléndido monumento jurídico y literario, hasta el discurso de que estoy haciendo memoria. Fue un epitafio, qué pena, pero qué gloria para quien lo pronunció.

De aquellos hombres-faros de la jurisprudencia mexicana, de Otero y Vallarta sobre todo, tomó Alfonso su especialidad profesional, no sé si en su despacho, pero ciertamente en su cátedra universitaria, quiero decir el amparo mexicano.

No es la primera vez que lo digo, pero cumple reiterarlo aquí y ahora: yo he creído siempre que la cultura mexicana ha tenido hasta ahora dos proyecciones, dos tan sólo, en la cultura universal. La primera, va de suyo, es la pintura mural, Rivera y Orozco a la cabeza. La segunda, aunque ya no tan obvia, pero tan cierta como la otra en mi humilde opinión, es el juicio de amparo. Es la tutela del hombre en cuanto hombre, la protección contra el acto reclamado y nada más, dejando a salvo la majestad de la ley, como decía Rabasa, la cual provee en lo general, por no poder hacerlo de otro modo. A la vuelta de los siglos, en suma, el amparo mexicano ha venido a ser la mejor expresión de la equidad aristotélica, no la equidad como misericordia, sino la justicia del caso concreto, la mejor justicia por cierto, por cuanto que esta virtud, según decían los antiguos, debe siempre ejercerse *in particularibus.*

A esta benemérita institución, una vez más, de que tan orgullosos estamos los mexicanos, y que es nuestra única esperanza frente al totalitarismo presidencialista y el servilismo legislativo, prestó el maestro Noriega todo el apoyo de su ciencia y su vigorosa personalidad para fortalecerla y difundirla entre los juristas y el estudiantado universitario.

Con ejemplar modestia, que mucho le honra, creyó el maestro hasta el final que su libro sobre la materia, contra la opinión de sus editores, debía llamarse no tratado o cosa semejante, sino simplemente *Lecciones de amparo,* dando con ello a entender que si bien la doctrina era común con otros autores, lo único que el autor reclamaba como propio, y como tal irrenunciable, era la exposición oral.

En la misma trinchera en que se habían batido sus precursores, Vallarta y Rabasa, se batió Alfonso Noriega, o sea por la reducción del amparo-recurso, tribunal de tercera instancia en buenas palabras, al amparo-juicio, al juicio constitucional de los derechos del hombre.

Es una causa, ésta de la regeneración del amparo, como dice nuestro autor, que hoy por hoy damos por perdida, pero que si algún día resurge con visos de éxito, tendrá que inscribir el nombre del eminente constitucionalista Alfonso Noriega entre sus adalides y fautores.

La historia, en fin, la historia nacional, sobra decirlo, fue el último

solar o campo de cultivo, como más nos guste, del maestro mexicano. Desde la revolución de Independencia hasta la realidad más actual, o de ayer apenas, sus escritos históricos se escalonan, partiendo de los orígenes homónimos, primero en el estudio dedicado a Francisco Severo Maldonado, luego en el consagrado a Gabino Barreda y, por último, mas no por cierto lo menor, al conservadurismo mexicano.

En el orden que he dicho, el primer estudio creo que lo emprendió Alfonso sobre todo por presentarnos en un personaje típico el ideario de la Ilustración mexicana en el tránsito del virreinato a la insurgencia, sólo que el personaje en cuestión, así haya sido jalisciense, resulta francamente antipático por haberle vuelto las espaldas a Hidalgo después de Calderón, y pasádose con armas y bagaje al campo realista. Todo lo cual, por supuesto, no cede en detrimento de la obra, la cual mantiene todo su valor en el sector historiográfico de nuestras ideas políticas.

El estudio sobre el doctor Barreda es de singular valor y hacía falta, a lo que me parece, porque don Gabino, en su vida terrestre y en su vida póstuma *(sit venia verbo),* fue siempre blanco de vituperios venidos de muy diversos adversarios, de los viejos liberales en primer lugar, a la cabeza de ellos Ignacio Ramírez, ateo no sólo ante Dios, sino ante la religión de la ciencia; en seguida de la derecha católica, muy en concreto del obispo Valverde y Téllez, y por último de la generación del Ateneo, con los dardos mortíferos del espiritualismo francés, Bergson y Boutroux sobre todo, lanzados por Antonio Caso, el flechero impecable.

Hacía falta, pues, vuelvo a decirlo, una revisión objetiva e imparcial de la obra de Barreda, por encima de sus apologistas y sus detractores, y es esta revisión la que acomete el maestro Noriega al situarse, como lo dice él mismo, en una posición equidistante de "sus panegiristas más entusiastas y sus críticos más radicales". Sin mengua de su fe teologal, jamás desmentida (rubrica su ensayo un 12 de diciembre, "festividad de Santa María de Guadalupe"), nuestro autor puntualiza, casi en la misma página, la deuda que la nación mexicana ha contraído con "este hombre insigne (Barreda) que, animado de la más pura buena fe, trató de restablecer la paz y el orden en una nación angustiosamente dividida por los odios, las pasiones y las discordias, y lo trató por el medio más noble, la educación".

Lo que, en efecto, importaba más por el momento era la paz, el orden y el progreso, según la divisa comtiana legible hasta hoy en los muros de la antigua Escuela Nacional Preparatoria, que personalmente creo yo que debería tener cierta vida académica, en lugar de ser nada más que un reposo de turistas, con bancas de jardín para mirar los frescos circundantes. Perdón, Alfonso Noriega, por ampararme en tu nombre para este desahogo personal, y volviendo a ti, en justo desagravio, per-

míteme aún terminar con estas palabras tuyas de tu homenaje a Gabino Barreda:

> Las doctrinas positivistas, por su cientificismo esencial, su culto por los hechos, la observación y la experimentación y su rigurosa formación metódica, contribuyeron a educar y disciplinar las mentes de muchas generaciones de mexicanos y a encauzarlos a otras actividades distintas de las meramente especulativas, como las económicas. Las enseñanzas que proporcionó el nuevo sistema educativo, contribuyeron a construir el espíritu nacional, orientándolo definitivamente en dirección del pensamiento moderno.

Esta apertura a todo lo que es alto y valioso, venga de donde viniere, propia de una alma que amó por encima de todo la verdad, llega a su apogeo en la obra mayor del gran escritor cuya memoria honramos esta noche: *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano.* Obra prima en su género, y que vino a llenar un vacío en la historiografía mexicana, por cuanto que abundando la bibliografía que encarna la visión de los vencedores primero en Calpulalpan y luego en Querétaro, faltaba, aquí también, la visión de los vencidos. "Al fin son mexicanos también los reaccionarios", lo dijo nadie menos que Juárez, en cuyo texto se escuda Alfonso Noriega en el preámbulo de su obra. Tan mexicanos fueron todos ellos, liberales y conservadores, mochos y chinacos, por la simple razón de que todos amaron a México, aunque con distinto retrato, y si hubo traidores en uno y otro bando (Zavala y Gutiérrez Estrada entre los más representativos) fue, así lo he creído siempre, porque sin mengua de aquel amor, acabaron por desesperar de México, por no creerlo viable sin la tutela extranjera. Así fue en nuestro negro pasado, y lo que yo me pregunto ahora, en mis horas homónimas, o sea en las más oscuras, si en la abyección y podredumbre en que vivimos, no estará larvándose hoy entre nosotros una actitud semejante.

"Un México —el mejor— se fue contigo", ha endechado Francisco Liguori a Alfonso Noriega, un México que, según los siniestros augurios que es posible leer en las entrañas de las víctimas (de la Roma antigua, por supuesto, estoy hablando), no volverá jamás, y por esto, *Chato* querido, incomparable *Chato,* déjame que me aferre a tu memoria y prolongue un poco la despedida, pues me siento tan solo, entre muertos mucho más que entre vivos. Estoy como la espiga solitaria que ha quedado en la era sin engrosar de momento la gavilla de las ya cortadas, olvidada inexplicablemente por el segador, el que muy pronto, de esto podemos estar ciertos, reparará el descuido. Asiéndome, pues, al último claror de esta vigilia, te envío, Alfonso, no un adiós, sino un hasta luego, y por estar dialogando tú y yo en la linde que separa citratumba de ultratum-

ba, te mando mi despedida en la lengua que entre cristianos fue común a ambas regiones en la era preconciliar:

Vale nosque ama: Que estés bien y acuérdate de nosotros, los que quedamos aquí, colgados de la copla incomparable:

> Que aunque la vida murió,
> dejónos harto consuelo
> su memoria.

LA OBRA HISTÓRICA DE ALFONSO NORIEGA CANTÚ

Por Ernesto de la Torre Villar

Debo referirme en estas páginas a la obra histórica del maestro y del amigo. Correspondió a notable jurista y humanista, a don Antonio Gómez Robledo, ocuparse del pensamiento y obra jurídica de Alfonso Noriega.

Hablar del maestro Noriega como historiador no es establecer una dicotomía de su personalidad; mencionar que a la par que el derecho cultivó la historia, no como lujo intelectual o para ocupar el corto tiempo de que disponía, como interesante distracción, me permite señalar que perteneció a la categoría de los grandes publicistas mexicanos que entienden que el derecho es uno de los más refinados productos del pensamiento y de la actividad humana, y por ello materia historiable, pues se da en el tiempo y en el espacio.

En la historia del desarrollo jurídico mexicano —pensamiento, doctrina e instituciones—, aparecen como figuras relevantes, a más de un selecto grupo de historiadores del derecho como Toribio Esquivel Obregón y Silvio Zavala, por no citar sino unos cuantos, otros que debemos estimar como grandes cultores del derecho público, aquellos que poseyendo sólida preparación y dominio pleno de la teoría del derecho y de su dogmática específica, advierten que es indispensable atender a la vida humana y social que lo ha creado, a las ciencias sociales: economía, política, etc., esto es al desarrollo histórico integral, única forma de comprender la formación del Estado y las instituciones que lo rigen. Éste es el caso de esos grandes publicistas como Emilio Rabasa, Mario de la Cueva, Antonio Martínez Báez y de nuestro homenajeado Alfonso Noriega.

Formado a la par dentro de las disciplinas jurídicas y las humanistas, sus conocimientos jurídicos le sirvieron para ganarse la vida, atendiendo

puestos de gran responsabilidad en ese campo y obteniendo enorme prestigio profesional; pero siempre estimó que su preparación humanista era la que lo capacitaba para ello, pues le permitía penetrar en el alma y pensamiento de los hombres, que eran los autores de la ciencia del derecho.

Para él, las ideas forjadoras del derecho y de sus instituciones, el Estado entre ellas, eran el único medio de comprensión certera de la ciencia jurídica y la política, por ello se aplicó a su estudio, e hizo de sus obras históricas riguroso análisis y síntesis de las ideas jurídicas, de su desarrollo y concreción y no mero centón de nombres, fechas y acontecimientos, de elementos superficiales, como suelen ser ciertos productos historizantes.

Su producción de tipo histórico es amplia. Libros, artículos, conferencias de singular valor justifican se le mencione como historiador. Por razones obvias me reduciré al análisis de algunas de ellas: *Los derechos del hombre en la Constitución de 1814;* al análisis histórico de *El Juicio de Amparo,* al *Pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano* y a *Francisco Severo Maldonado, el precursor.*

Al penetrar en el estudio de la historia mexicana al igual que en el de la universal, advirtió, como lo enseñó Benedetto Croce, que la historia ha sido una lucha incesante del hombre por su libertad, y ello le llevó a ocuparse de indagar cómo el mexicano ha combatido siempre por preservar su libertad, por defender el principio indestructible de igualdad fraterna y salvaguardar vida y propiedad suya y de su familia. En esa incesante lucha por salvaguardar sus derechos, encontró Noriega no sólo el punto clave de las disciplinas jurídicas, sino el centro de interés de su actividad profesional.

Los derechos humanos, su defensa, las garantías individuales y sociales tienen largo historial y su vigencia es permanente. Si el jurista se empeña en hacerlos válidos, en lograr su plena aplicación para hacer posible la existencia de un Estado de derecho, el historiador se esfuerza por apoyar esa tarea, esclareciendo las formas, modos y tiempos en que esos derechos se han violado, las ideas e intereses que originaron su conculcación o su defensa, la validez permanente de esos derechos y la necesidad de mantener lucha tenaz e incesante para su preservación. Esta reflexión le sirvió para redactar su notable disertación en torno de la defensa de los derechos humanos en México y cómo fue el Decreto Constitucional de 1814, dado en Apatzingán, el que los proclamó como principios fundamentales y vigentes dentro del Estado mexicano.

A más de analizar certeramente los principios doctrinales, filosóficos y jurídicos que los sustentaron, de señalar sus orígenes y trascendencia,

se ocupa de historiar a los insurgentes mexicanos, a los constituyentes que los incorporaron en aquel código fundamental. Estudia su preparación filosófico-jurídica revelada en su ideario, y la forma sabia en que asimilaron los principios doctrinales que las declaraciones y leyes, tanto norteamericanas como francesas, les ofrecían. El pensamiento de Morelos, por su hondura y trascendencia, merece en el estudio de Noriega atención preferente. Admirado por esa grandeza, lamenta que hasta el día no exista una digna biografía a la altura del héroe.

Obra de mucho estudio, abundantes lecturas y penetrante reflexión, su disertación en torno de los derechos del hombre satisface a la vez al historiador y al jurista. En ella se advierte, según la afirmación de Jaspers, cómo la historia es la revelación progresiva del ser y cómo Morelos se revela en su plenitud heroica. Carlyle inspiró seguramente buena parte de la labor histórica de Noriega, pues a lo largo de sus obras podemos observar el interés enorme que puso en la biografía y la afirmación que hace de que siempre existe "una mutua acción del medio histórico sobre el hombre y del hombre sobre el medio histórico, que armonizando lo individual y lo social, pero siempre en función de lo personal, constituye el eterno drama humano".

Sin duda alguna el Chato Noriega, como con cariño y respeto se le designaba, ha sido uno de los más grandes tratadistas que, en materia de garantías y amparo, ha tenido México. Dio al aspecto jurídico doctrinal un gran aliento al proporcionarle segura base de comprensión a través de su historia. Desarrolló el proceso histórico de esa disciplina como ningún otro especialista lo ha hecho. Reiteró sus reflexiones en varias ocasiones, y estimo que sus estudiantes, que fueron centenares, obtuvieron con el trasfondo histórico de sus cursos una idea más clara, perfecta y humana de lo que es el juicio de amparo.

Uno de sus estudios más completos, el aparecido en *Obra Jurídica Mexicana,* auspiciada por el jurista y humanista que es Sergio García Ramírez, se inicia con una glosa del pensamiento del gran jurista Carnelutti, quien asienta existen países importadores y países exportadores de derecho. México, señala Noriega, muestra a través de su historia ser un gran importador, pues asimiló sabiamente el derecho romano-visigodo, el español, el angloamericano, el francés, el italiano y finalmente el alemán. Con ellos ha conformado su vida jurídica adaptando normas e instituciones, con prudencia y sagacidad, a la realidad mexicana. Sin embargo el derecho mexicano puede gloriarse de haber creado una institución jurídica "específicamente mexicana y nacional, el juicio de amparo".

Dentro de un panorama claro y bien delineado, Noriega estudia la

evolución de las declaraciones de derechos humanos, a partir de las declaraciones de Hernán Cortés y hasta llegar a la Constitución de 1917. Certera y minuciosamente explica los antecedentes que se pueden señalar, desde los romanos con el edicto de *Homine libero exhibendum,* la intercessio, el habeas corpus de origen anglo; el derecho foral de Aragón, el sistema precautorio de las Reales Audiencias indianas, esto es el amparo colonial y, posteriormente, la aparición de las declaraciones en nuestras Constituciones nacionales.

Este trabajo crítico y minucioso sobre el origen y desarrollo del juicio de amparo es, como él mismo afirma, certera biografía de una institución jurídica.

Pasemos a los otros dos trabajos de carácter histórico, el *Pensamiento conservador,* en primer término.

Noriega fue un hombre ecuménico. Aun cuando profesaba la fe católica, nunca mostró aires de beatitud ni de intolerante. Estuvo siempre lejos de los partidarios de Pedro *el Ermitaño,* así como de los delirantes de una izquierda criolla. Fue hombre que comprendió a través de él mismo, de la historia y del derecho, la necesidad humana de preservar su pensamiento, sus ideas, su vida y su acción. Bien conoció las presiones inquisitoriales y las del estatismo de nuestros días para doblegar el espíritu, para impedir el derecho de disentir, de manifestar su oposición a los medios coercitivos físicos e intelectuales. Su amplio sentido de la libertad le hacía comprender y afirmar que ella es un bien que jamás debemos perder ni menoscabar.

Al estimar que la sociedad mexicana está integrada, como toda sociedad, por hombres de pensamiento diverso y hasta contradictorio, y creer firmemente que el derecho de disensión no sólo es saludable y necesario, sino que tiene que defenderse como toda expresión pensante, alejándose de las opiniones oficialistas, de esas que tratan de mantener un falso acuerdo de opinión que justifique una forma de ser, una tendencia política y un sistema de gobierno, y también de los criterios timoratos que se angustian al tener que definirse, Noriega se ocupó de estudiar el reverso de la medalla, esto es, la corriente de opinión auténtica, sincera, nacionalista, de los conservadores.

Señala claramente en los dos nutridos volúmenes que integran su estudio qué es lo que debe entenderse por pensamiento conservador, cuáles son sus bases ideológicas y su desarrollo real. Analiza su origen, principales representantes y su labor política y jurídica, principalmente las llamadas Siete Leyes, o sea la Constitución de 1836. Dibuja con limpieza y penetración a los adalides del conservadurismo, dejándonos estupendas semblanzas de ellos, principalmente de Lucas Alamán

y de Francisco Manuel Sánchez de Tagle, que escapan a los dicterios de reaccionarios con los que los ha envuelto la retórica liberaloide. También presenta la controversia surgida entre los pensadores y políticos liberales y los conservadores, en clara y sintética forma. Luego de analizar certeramente el desarrollo jurídico-político de México en sus primeras décadas, agitado, confuso, propio de un Estado y de una nación en gestación y que trataba, en medio de problemas internos e intromisiones exteriores, de consolidarse, penetra en el estudio sistemático de las Siete Leyes constitucionales y del supremo poder conservador. La confluencia de su preparación jurídica, el dominio que tuvo de las ciencias sociales y su finura como historiador le permitieron penetrar en esa parte de nuestro proceso histórico, dejándonos un libro aleccionador, modelo en el manejo de las ideas e instituciones. Obra rotunda que desgraciadamente cayó, ante la indiferencia de los timoratos y la resistencia del liberalismo oficialista, en el olvido.

Libro que quiso mucho y del que se ufanaba, fue el titulado *Francisco Severo Maldonado, el precursor.* A través de él, deseó

> mostrar —como él escribe— un cuadro histórico; describir una forma de pensamiento que forjó un sistema jurídico-político, para destacar los orígenes, la semilla, de una serie de principios generales —sociales y políticos— que han llegado a formar parte del acervo de creencias del pueblo mexicano, en el devenir de la historia.

Para ello escogió a un personaje, "modesto cura de pueblo, teólogo corriente, forjador de proyectos de instituciones políticas y, en especial, clarividente descubridor de los más ingentes problemas nacionales", esto es, del jalisciense Francisco Severo Maldonado, "hijo legítimo de la ilustración y del siglo de las luces".

Enamorado de su personaje, lo califica de auténtico y muy distinguido representante en el campo del derecho público; "un verdadero sociólogo de la realidad mexicana, quien precisó, con toda claridad, uno de los principales problemas de nuestra patria, el de la distribución de la propiedad, en especial la rústica, y propuso soluciones concretas, de gran valor teórico y práctico". También lo califica como antecesor del doctor Mora al señalar la nefasta influencia del militarismo, la necesidad de separar a la Iglesia y al Estado y desamortizar los bienes del clero. Advierte que la preparación en ambos derechos, que tuvo el cura de Mascota, y la observación de la realidad lo llevó en sus estudios jurídico-políticos a señalar la necesidad de reforzar el Poder Judicial para garantizar la preservación de los derechos de los ciudadanos. Por todas

esas razones, Noriega lo calificó como "precursor". Al desarrollar su obra, Noriega efectúa un examen acertado de las diversas facetas del pensamiento de Maldonado, al que sitúa con justeza dentro de su época y cuya influencia ideológica comenta certeramente.

No es ésta una biografía al estilo de las clásicas de Carlyle, mas tiene el inmenso mérito de reconstruir una época y los problemas surgidos y de ver en qué forma los hombres atentos a ella trataban de darles solución. Severo Maldonado fue uno de ellos. Mantuvo su voluntad e inteligencia siempre en vela y supo, como el periódico que él publicó, el primer periódico insurgente *El Despertador Americano,* estar siempre alertando a los mexicanos ante todos los embates a que se enfrentaban.

Para concluir, debemos considerar a Alfonso Noriega no como uno de tantos historiadores, que se ocupan de las cosas más exóticas o baladíes, sino como un gran historiador de las ideas, del pensamiento jurídico y político mexicano.

HOMENAJE DE LA ACADEMIA MEXICANA EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE ALFONSO REYES*

PALABRAS PRELIMINARES

Por José Luis Martínez

El 17 de mayo pasado se cumplió un siglo del nacimiento de Alfonso Reyes, gala de las letras mexicanas e hispánicas. Lo han celebrado, y proseguirán celebrándolo en el curso del año, la nación, su estado natal, universidades, instituciones culturales y gente de letras, en México y en otros países, con ceremonias, jornadas y mesas redondas y publicaciones especiales de libros y de revistas y periódicos. Pronto se iniciará la edición de los últimos cinco tomos de sus *Obras completas,* que llegarán al tomo XXVI, además de otras publicaciones proyectadas, como sus informes diplomáticos y un índice analítico acumulativo de su vasta obra.

A estas celebraciones, para honrar la memoria y reexaminar la obra de Alfonso Reyes, se une la Academia Mexicana con esta sesión pública en la que cuatro miembros de esta casa tratarán aspectos de la obra del maestro. Y debo añadir que varios académicos hemos participado en otros actos y publicaciones recientes con el mismo propósito.

Un retrato de don Alfonso se encuentra en la galería de directores que orna este salón, entre don Alejandro Quijano y don Francisco Monterde, para recordarnos que Alfonso Reyes, académico electo desde 1918, fue, de 1957 a 1959, nuestro undécimo director. En su toma de posesión como tal, don Alfonso leyó un espléndido ensayo acerca de "El lenguaje" o de "Los nuevos caminos de la lingüística", como luego se le llamó. Y en aquel acto, que ocurrió el 17 de mayo de 1957, fecha en que nuestro escritor cumplía 68 años, le dio la bienvenida don Antonio Castro Leal.

* Homenaje celebrado en sesión pública efectuada el 20 de julio de 1989.

Por aquellos años, se agudizaron los males cardiacos que padecía don Alfonso hasta el punto que no pudo ya salir de su casa. El 23 de diciembre de 1959, el director Reyes, afirmando que consideraba este cargo "el más alto premio de su carrera", escribió al secretario perpetuo de la Academia, don Alberto María Carreño, para pedir perdón, "agobiado de pena", por sus ausencias. Cuando se recibió su carta, don Alfonso ya había muerto.

En la presente sesión escucharemos las intervenciones de los señores académicos Alí Chumacero, José Pascual Buxó, Tarsicio Herrera Zapién y Carlos Montemayor. Tiene la palabra, inicialmente, Alí Chumacero para hablarnos sobre la poesía de Alfonso Reyes.

LA POESÍA DE ALFONSO REYES

Por Alí Chumacero

Celebramos hoy el centenario de un hombre excepcional en la historia de las letras escritas en nuestra lengua. Alfonso Reyes, el humanista que con similar destreza manejó la prosa y el verso, nos congrega para reconocer su noble labor, admirable desde muchos puntos de vista y ejercida en los diversos campos de la literatura. En lo que atañe a su poesía, con certeza podemos afirmar que, en ningún instante, su aliento lírico, su voluntad de creación, deslució frente al interés mostrado en otros espacios literarios. En nadie como en él se observa la correlación armoniosa entre el poeta y el prosador, impulsados por una misma emoción y por un incisivo rigor técnico.

Desde la publicación del soneto "De mi prisma", en 1906, hasta el postrero de sus poemas, la persistencia de su obra en verso se mantuvo constante. Bien es verdad que, ante el esplendor de sus textos en prosa, no nos percatamos debidamente, durante años, de la validez de sus empeños poéticos. La aparición de su poesía completa en 1952, en un volumen editado por el Fondo de Cultura Económica, disipó nuestra incertidumbre y nos indujo a fijar la atención en esa área que habíamos contemplado un poco a distancia. Supimos entonces que la poesía había sido recurso tan señalado como la prosa y que su creación respondía a actitudes que, en determinados momentos, emparentaban. En ambas zonas, Reyes logró que entre el escritor y el lector fuera un puente eficaz la palabra escrita. Así, al referirse a la poesía, dijo:

> La emoción es previa en el poeta, y es ulterior en el que recibe el poema.

> El poema mismo, la poesía, se mantiene entre las dos personas, entre el Padre y el Hijo, igual que el Espíritu Santo, y está, como él, hecho de Logos, de Verbo, de palabras.

Ernesto Mejía Sánchez, en una selección compuesta de acuerdo con insinuaciones del propio Alfonso Reyes, apuntó varias características definidoras de su verso:

> Nada de brillantez, sonoridad o elocuencia; antes bien, un tono conversado, unos temas poco agradables, equilibrados por cierta zumba o ironía, o atenuados por el esfumino discreto y húmedo de un maestro de los matices.

Pero dentro de esa contención y más allá del afán de encerrar en bien dibujadas líneas una realidad cercana, Alfonso Reyes solía descubrir y exponer la magia que envolvía su espíritu. Si concibió la poesía como palabra y dominio de la palabra, situaba siempre en la cúspide de su significado, como coronándola, la insignia del misterio.

> Los grandes poetas lo son porque logran captar el misterio del arte. Si lo dejan escapar, o si no llegan al equilibrio de la forma, se quedarán en las buenas intenciones.

"La vida es muerte en viaje", y los poetas tienen el propósito de arrebatar al tiempo lo que el tiempo no perdona. La destrucción se detiene en su carrera y la palabra poética salvaguarda, quisiéramos decir que para siempre, la imagen inmóvil del deshielo:

> En la corola embriagada
> del más efímero sueño,
> interrogo las astucias
> del desquite contra el tiempo,
> y a la barahúnda opongo
> el escogido silencio...
> Esfera ya reducida
> a la norma de su centro,
> es inmortal el instante
> y lo fugitivo eterno

Desde el rincón de su biblioteca, Alfonso Reyes miraba transcurrir el mundo, y desde allí reconocía que solamente las sílabas contadas disfrutaban de la fuerza capaz de restañar los estragos de la hora que pasa. A este respecto, vale la pena repetir una sentencia de Lao-tse, que José Gorostiza recordó en su discurso de ingreso en esta Academia: "Sin traspasar uno sus puertas, se puede conocer el mundo todo; sin mirar

afuera de la ventana, se puede ver el camino del cielo... Pues sucede que sin moverte, conocerás; sin mirar, verás; sin hacer, crearás". Expresado con otros términos, el arte, y sólo el arte, resulta alivio oportuno contra el reposo que a todos nos espera. Precisamente en el asonantado "Arte", impreso en 1940, Reyes trasluce esa idea relacionada con la poesía como engaño imperecedero:

Que eres, como la música,
dulce plenitud del tiempo,
y maestro en ajustar
la voz con el pensamiento.

Que vives de no vivir
en otro vivir más cierto:
insaciable sed del agua
que no bebe su elemento.

Pero si Reyes eligió a menudo temas derivados de un concepto de la poesía como la más alta creación del espíritu, también, a semejanza de su frecuentado Luis de Góngora, descendió a los vastos territorios que habita el pueblo. En "Glosa de mi tierra", "El mal confitero", "Yerbas del Tarahumara", "Romance de Monterrey", "Teoría prosaica", practicó el acercamiento al lenguaje coloquial, a circunstancias nada abstractas, y logró combinar hábilmente, sin desdoro de ninguna de esas manifestaciones temáticas, lo popular con lo culto:

¡Y decir que los poetas,
aunque aflojan las sujetas
cuerdas de la preceptiva,
huyen de la historia viva,
de nada quieren hablar,
sino sólo frecuentar
la vaguedad pura!
Yo prefiero promiscuar
en literatura.

Alternando "lo ramplón con lo fino", "la historia viva" con la expresión "quintaesenciada" de Góngora y Mallarmé, nos entregó una poesía en la cual distintas vertientes y situaciones complementarias se dan la mano para hacer de ella uno de los más descollantes árboles de nuestra selva literaria.

ALFONSO REYES O EL FERVOR DE LA TEORÍA

Por José Pascual Buxó

Señor director de la Academia Mexicana,
señores académicos,
señoras y señores:

Como en los griegos antiguos, nada más característico de la mente de Alfonso Reyes que la crítica, ese enfrentamiento de la palabra con la palabra que es, al parecer, "la consecuencia de la esencial duplicidad del espíritu, al grado que todo se le representa como un tránsito entre dos extremos". Toda su obra, incluida la más estrictamente poética, retrata —como un espejo— el entrecruzamiento inextricable del ímpetu creador y de la atención crítica. ¡Qué más, si ni siquiera sus páginas ocasionales o sus prosas de regocijo e ironía escaparon de esa amorosa e implacable vigilancia!

En plena madurez, Reyes dedicó dos obras sucesivas a explicar la naturaleza y los fines de "esa herejía de la literatura" que somete la obra creada tanto a las reacciones subjetivas del lector como a las manipulaciones metódicas del analista. *La crítica en la edad ateniense* (1941) y su secuela, *La retórica antigua* (1942), exponen con pormenor el proceso histórico de la crítica, desde sus orígenes presocráticos hasta las encontradas posturas de Platón y Aristóteles; desde la investigación de la utilidad moral del arte y su origen divino, hasta la formulación de los principios generales que rigen la poética del Estagirita.

Devuelto —al término de sus actividades diplomáticas— al desempeño de su oficio privado de escritor, Reyes vio llegado el momento de ordenar sus anteriores reflexiones sobre el tema; resultado de esa "investigación retrospectiva del propio itinerario" fue *El deslinde, Prolegómenos a una teoría literaria* (1944).

En la cumbre del camino, ya no era necesario remecer la ingente bibliografía relativa a esa parcela del conocimiento, "montaña acumulada [...] que produce escalofríos y desmayos, y a menudo nos oculta los documentos primarios de nuestro estudio", sino apurar la sustancia de sus argumentos sin entregarse a las ostentaciones inútiles de la erudición.

En el prólogo a *El deslinde,* apuntaba Alfonso Reyes que las vicisitudes de un país, incluidos los avatares de la vida literaria, son el resultado de "la deficiente respiración internacional y la deficiente circulación nacional". México, como toda la América hispana, es heredero de "un compromiso abrumador de cultura" que no podrá continuar ni enriquecer "si no se decide a eliminar, en cierta medida, al intermediario". Deseoso

de que no se le malinterpretara, ponderó así las razones de su aserto: "lo primero es conocerlo todo, y por ahí se empieza", pero al llegar a la madurez de la experiencia y del conocimiento, hay que dejar paso libre a las urgencias creadoras. Para los americanos —concluía— es menos dañoso descubrir otra vez el Mediterráneo, con todos los parajes inéditos que se encontrarán en el camino, "que no mantenernos en postura de eternos lectores y repetidores de Europa".

Quien quisiera revisar los textos de crítica y teoría literarias escritos en español y publicados, en años recientes, aquí o en otros países hispanoamericanos, encontraría que muy pocos —si hay alguno— se aprovecharon de la lección de Reyes; en ellos parece tenerse a honra la pacata dependencia intelectual de ciertos modelos extranjeros, respecto de los cuales —además— se asume una actitud militante que no tolera la convivencia con otras escuelas o doctrinas; resultado —decía Reyes— de la falta de respiración internacional. Por otra parte, tales libros de teoría y crítica suelen complacerse en su carácter hermético e iniciático que excluye de los placeres de su lectura a todos aquellos que no formen parte de un círculo cautivo de estudiantes estupefactos. Falta de circulación interna, que es el principal peligro que amenaza a las naciones y de que dependen todos los demás, sean políticos, económicos o modestamente literarios.

En los minutos de que dispongo en esta sesión de la Academia Mexicana en que nos honramos honrando el recuerdo de Alfonso Reyes, no puede haber más lugar para lamentaciones de nuestra circunstancia actual, sino sólo para dejarnos consolar por el ejemplo del maestro cuya perdurable lección sigue iluminándonos, como en su día, libre de aspavientos y publicidades.

Libro sólido y sutil, *El deslinde* es una meditada reelaboración de las "anticipaciones" de su autor en el campo de la teoría y la crítica literarias. Siendo imposible por ahora entrar en la perfecta arquitectura de esos *Prolegómenos,* me conformaré con una labor que es, a mi ver, tan estimulante como necesaria: la de rastrear los puntos capitales de esas anticipaciones teóricas con las que Reyes iba previniendo su libro futuro y que cristalizaron en diversos ensayos escritos o refundidos entre 1940 y 1941, agrupados más tarde en el volumen de *La experiencia literaria* (1952). Tarea ulterior bien podría ser el cotejo de esas primeras ideas sobre el fenómeno literario sustentadas por Reyes a lo largo de su "existencia de viajero" con los desarrollos o metamorfosis que luego alcanzarían en la reflexión madura de su autor.

Mucho es lo que *El deslinde* recoge y justifica de esos ensayos preliminares; muchos son también los excursos que tienen por finalidad hacer una presentación más metódica de las incipientes vislumbres; pero tan-

to en las rápidas anticipaciones como en su macizo resultado final, comparece en las páginas de Alfonso Reyes un inextinguible fervor por la teoría, la voluntad —a un tiempo humilde y cruel, como la calificaba— de dedicar a la poesía no un himno gratulatorio, siendo él mismo poeta, sino una "sucesión de fríos discrímenes".

La primera exposición sistemática de su teoría la dio Alfonso Reyes en 1940, en aquel célebre ensayo al que puso por título *Apolo o de la literatura.* Como actividad del espíritu que es, la literatura concurre con otras agencias de la mente de las que deberán distinguirse sus respectivas características, pues si la filosofía "se ocupa del ser" y la historia y la ciencia del "suceder real", pasajero o permanente, la literatura se atiene a un "suceder imaginario". Con todo, esa frágil oposición de lo real con lo ficticio, de lo que puede verificarse o comprobarse en el mundo de los acontecimientos históricos o de los fenómenos naturales, con los que no poseen más entidad que aquella que deriva de un enunciado textual, colocaba a Reyes —como a todos los que se ocupan del asunto— ante la necesidad de reconocer que los sucesos figurados de los que da cuenta la literatura se integran fatalmente con elementos de la realidad.

Citaba Reyes como ejemplo de proposición poética el verso famoso: "Como un rey oriental el sol expira", y nos persuadía de que lo que importa allí no es la realidad del crepúsculo contemplado por el poeta, sino "la manera de aludirlo". Lo que distingue, pues, una proposición filosófica, histórica o científica de otra literaria es la peculiar "intención semántica" de esta última de referirse a un suceder ficticio por medio de una expresión estética. Sólo hay literatura —era ésta su primera conclusión— cuando se juntan ambas intenciones: la ficción y la forma.

La intención semántica a que se refería Reyes, bien puede emparejarse con el concepto de *voluntas* propio de la retórica clásica, es decir, con los presupuestos afectivos que pudieron mover al autor y con las finalidades suasorias de su discurso; por su parte, el "suceder imaginario", esto es, la entidad ficticia de la que se ocupa la obra literaria, es equiparable con aquella imitación de la naturaleza que los antiguos llamaban "mimesis" y con sus diferentes especies artísticas.

Pero aun así, ¿cuál podrá ser el contenido de la literatura? ¿De qué es imitación la obra literaria si la parte de realidad que entra en ella aparece transfigurada en imágenes verbales a las que sólo las virtudes del lenguaje hacen posibles y aceptables? Respecto del contenido, respondía Reyes que a la literatura no le importa la realidad, sino "su valor atractivo, que algunos llaman significado". Su intención semántica no es la de contar algo que realmente aconteció, sino la plena comunicación de

una experiencia humana. Respecto de la forma lingüística, el propósito primordial de la literatura reside —sostenía Reyes— en la acertada expresión estética que sólo se alcanza por medio de un integral aprovechamiento de todos los valores del lenguaje, a saber: de sintaxis, de ritmo y de emoción. De conformidad con todo ello, el fin de la literatura —según lo entendía Reyes— no es otro que "la cabal comunicación de la pura experiencia".

Sin embargo, ese propósito principal no siempre se cumple; le estorba la diferencia de niveles psicológicos y lingüísticos entre el texto y su destinatario; por tal razón —explicaba Reyes en un gracioso alarde tecnicista— "el estudio del fenómeno literario es una fenomenografía del ente fluido", queriendo subrayar así la falta de relación estable entre el poeta y su lector. Ésa es también la razón por la cual la literatura está condenada a una vida eterna, "siempre nueva y naciente" en el reiterado sucederse de sus exégesis y apreciaciones.

Pero el mayor interés de Reyes no residía en el problemático ámbito de la recepción de las obras concretas, sino en el campo de las abstracciones teóricas que él designaba como "fenomenografía literaria", es decir, en lo propio de esa actividad discursiva del espíritu distinta y aun divergente de la historia y de la ciencia. Con ese afán, procuró discernir las tres funciones y las dos maneras en que se funda y por cuyo medio se manifiesta la literatura. Las funciones, que no deben confundirse con los géneros del mismo nombre, son *drama, novela* y *lírica;* las maneras, *prosa* y *verso.*

Las tres funciones mencionadas constituyen "procedimientos de ataque de la mente literaria" para alcanzar sus objetivos particulares. En un primer acercamiento a la cuestión, Reyes dio un rodeo por los géneros convencionales —que son "estratificaciones de la costumbre en una época, predilecciones de las pasajeras escuelas literarias"—, de manera que éstos quedasen circunscritos por la función abstracta y general que los engloba. Así, la función drama comprende la tragedia, la comedia y todos los géneros teatrales; la función novela abarca la epopeya antigua y moderna, además de lo que hoy llamamos novela; la lírica asimila "todo aquello que el lenguaje común llama poesía, cuando no sirve de vehículo al drama o la novela". Pero aun siendo las funciones procedimientos mentales ordenados al logro de una expresión literaria particular, es posible y, además, frecuente que aparezcan imbricadas; de manera que en una misma obra literaria —o en una misma estratificación genérica— puede verificarse su interacción eficaz.

Todavía consideró Reyes necesario profundizar en la naturaleza de las diversas funciones literarias y para ello ofreció un segundo grupo de definiciones que ya no apelaban a las modalidades accesorias de

los géneros, sino a sus características estructurales. Desde esa perspectiva, la función drama residiría en "la ejecución de acciones por personas presentes", haciendo hincapié en el aspecto de la representación teatral aunque prescindiendo de sus peculiaridades textuales; la función novela se distinguiría por hacer "referencia a acciones de personas ausentes" y la lírica por ser un "desarrollo de la interjección o exclamación, aunque tenga que apoyarse en acciones aludidas o relatadas".

La función lírica presentaba, desde luego, las mayores dificultades de caracterización, puesto que no siendo representación actual de acciones fingidas (como el drama) ni relato de sucesos imaginarios acaecidos a personas ausentes (como la novela), la lírica se vincula en la emoción y en el estilo, esto es, en aquella particular competencia lingüística capaz de traducir las experiencias psíquicas privadas con el fin de provocar en el destinatario ese complejo efecto al que damos el nombre *belleza*. La belleza —según lo entendía Reyes— es el resultado apetecible de la "plena comunicación de la experiencia pura".

La interjección, de la cual procede la función lírica, es —de suyo— un acto lingüístico elemental, manifestación incompleta de una tensión de ánimo que no tolera ser analizada por los medios gramaticales ordinarios; de ahí que la función lírica postulada por Reyes no deba concebirse como un desarrollo lógico de la exclamación, sino como una intensificación de la emoción misma en tanto que ésta se manifieste por medio de un extremado rigor verbal. Atento a esta paradoja, Reyes separaba la emoción poética, en cuanto fenómeno subjetivo, de la ejecución verbal. La emoción —decía— es anterior al poema, previa en el autor y ulterior en quien recibe el producto literario. Para los fines de la poesía de nada sirve la emoción, puesto que si no acierto a comunicarla no será tampoco posible transmitir a los lectores "la corriente que, a su vez, los ponga en emoción".

Las actividades del espíritu a las que Reyes se refirió al inicio del ensayo que ahora comentamos podrían ser representadas, según él mismo indicaba, "como un círculo en que la filosofía, el ser, se toca con el extremo lírico del exclamar o del expresar en pureza"; gracias a esta compatibilidad analógica de los extremos, el producto de la función lírica, el poema, puede constituirse como un objeto verbal paradójicamente inefable y comunicable, producto de un lenguaje que se niega a sí mismo y se reconstruye en la búsqueda de una expresión inédita para la experiencia subjetiva. De ese combate más que humano con el lenguaje nace —al decir de Reyes— "la noción de Poesía Pura, palabra de Tieck recogida primero por Edgard Allan Poe y después por Baudelaire y puesta en valor por Henri Bremond, a propósito de Valéry".

Entre el drama y la novela, por una parte, y la lírica por otra, Reyes advertía un hiato insuperable por cuanto que ésta se aleja del acaecer ficticio, característico de las otras dos funciones, para "solazarse en un aire raro, en la sustancia neumática y transparente que linda entre el sueño y el pensamiento".

Hasta allí la discusión de las funciones; en adelante Reyes se extendió a la consideración de las maneras. Entre el verso y la prosa corre una indecisa frontera que "la ciencia apenas delimita por aproximación y tanteo"; pese a ello, será preciso reconocer que el verso se asocia desde los orígenes literarios a "los usos más acentuadamente líricos" y la prosa a "los más acentuadamente discursivos"; no hay entre ellos diferencia jerárquica en lo estético, pero la lírica en verso constituía para Reyes la forma por excelencia de la poesía, aquella a la cual compete expresar el ser en su pureza y, por lo tanto, alcanzar el extremo de la filosofía para unir el discurso humano racional con el sueño angélico de las ideas. Así lo pensaba Reyes desde 1933; en su ensayo sobre *Job o la idea de la poesía* proclamó que el mayor compromiso del poeta es el de "ser preciso en las expresiones de lo impreciso".

Las contradictorias relaciones de la literatura con la realidad debatidas por Reyes en el *Apolo* tenían que desembocar fatalmente con la confrontación de una nueva paradoja, la que se verifica precisamente entre las dos tendencias de la mente humana: creación y crítica. Así, *Apolo* recala en *Aristarco* y la creación poética en la investigación analítica. Y del mismo modo que en el hombre se oponen emoción y reflexión, al poema se contrapone la crítica y el juicio a la creación. Pero la crítica no es necesariamente censura en el sentido ordinario de la palabra, puede ser —y debe ser— explicación y enseñanza. Si, como quería Reyes, "la poesía es para la crítica una expresión de la vida, la más atendible", habrán de advertirse entonces los grados de acercamiento entre esos hermanables contrarios.

El primer paso imprescindible es el de la impresión; en la receptividad de la obra literaria habrán de fundarse las sucesivas etapas de la comprensión y el juicio. Reyes defendía con ardor la validez y vigencia de la crítica impresionista, y eso por diversas razones. La primera, porque siendo el fin de la literatura "iluminar el corazón de los hombres, de todos los hombres en lo que tienen de meramente humano y no en lo que tienen de especialistas en esta o la otra disciplina", todo intento de exégesis parte de esa primera "iluminación" reveladora. La segunda, porque el impresionismo —entendido como el conjunto de reacciones de toda una época o de un individuo en particular— determina el rumbo que luego habrá de seguir el filólogo en su análisis e interpretación de la obra literaria. Por eso el aficionado resulta ser el "punto más

sensible del arte", el miembro de la sociedad para quien el arte constituye una parte real y habitual de la vida.

Entre la crítica impresionista y el juicio, que sitúa las obras de arte en el lugar que les corresponde dentro de las adquisiciones de la cultura humana, se halla el territorio propio de los especialistas, los cuales, valiéndose de diversos métodos (histórico, psicológico, estilístico), estudian la producción de una obra o un conjunto de obras en relación con su ámbito lingüístico cultural y con las influencias de todo orden que en ellas se descubren. Aunque su cometido sea —como señaló Reyes— preponderantemente didáctico y por más que en su desempeño suela entretenerse en los laberintos de la erudición, la crítica exegética o filológica no sustituye el amor por el conocimiento; es cierto que analiza, interpreta, preserva y difunde las obras literarias, pero antes que nada —afirma Reyes— "fertiliza y renueva el goce estético".

El último grado de la escala crítica lo ocupa el juicio. No le son extraños el amor ni el conocimiento, no es propiamente método ni impresionismo; procede —según lo veía Reyes— de un "acto de genio" que está más allá de la "emotividad en bruto" y de los títulos universitarios. Y no pudiendo hallar mejores argumentos para encarecerlo, acudía al paradigma: esa más alta capacidad del espíritu tiene sus mejores representantes en Dante y Coleridge, en Sainte Beuve y en Pater, en Baudelaire y De Sanctis, en Menéndez Pelayo y Croce.

Pero por encima de cuanto los distingue, algo esencial acerca y unifica los diversos grados de la crítica: contraparte de la creación, también es creación fecundada por la ajena facundia, y esto sólo justificaría que Reyes hubiese dedicado los últimos párrafos de su *Aristarco* a hacer la apología de ese oficio que renueva en sus adeptos "las ocasiones del deleite" y multiplica nuestra "limitada existencia".

EL HUMANISMO VIRGILIANO EN ALFONSO REYES

Por Tarsicio Herrera Zapién

"Más que un hombre culto parecía la cultura misma", dijo Ignacio Chávez en su *Adiós a Alfonso Reyes.*

Porque don Alfonso, quien surgiera a las letras como juvenil poeta, estaba dotado de tan multiforme avidez cultural, que acabó por ser el más oceánico de nuestros ensayistas.

Y esta cultura polifacética de Reyes nos reserva grandes sorpresas. Del mismo modo como Shakespeare, aunque sabía "poco latín y menos

griego", creó tragedias geniales como *Julio César, Antonio y Cleopatra,* y *Coriolano,* inspiradas por Plutarco; así Reyes, aunque confiesa pertenecer a una generación "sin fe, sin latín y casi sin Derecho Romano", creó nuestra carta magna humanística: el *Discurso por Virgilio,* inspirado por dicho *altissimo poeta.*

Era don Alfonso uno de aquellos preparatorianos de formación positivista, "pero fue uno de los rebeldes", subraya Henríquez Ureña (en "Alfonso Reyes", de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión,* Buenos Aires, 1928). "El peso muerto del positivismo" se diluye en la mente de Reyes, tal como se diluye en la cultura de México, cuando en lo político se desvanece el antiguo régimen dictatorial. Ese *Discurso por Virgilio* es la síntesis de su rebeldía contra el positivismo.

Reyes está ocupado en sus estudios sobre Góngora en la época del estallido revolucionario. Es el primer catedrático de filología española en la quijotesca carrera de humanidades que crean en nuestra Universidad los intelectuales del Ateneo de la Juventud —luego Ateneo de México— que actuó eficazmente de 1909 a 1914, en los años del maderismo.

El destino, que parecía ordenar que don Alfonso fuera recordado como hijo de Bernardo Reyes, carismática víctima de una revolución armada; acabó por aconsejar que don Bernardo fuera a menudo recordado como el padre de Alfonso Reyes, apacible revolucionario de la cátedra.

Entre 1915 y 1920, don Alfonso está instalado en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, y trabaja con Menéndez Pidal para la *Revista de Filología Española.*

Allí estudia por igual a preclásicos y barrocos hispanos, que a románticos y modernos ingleses y franceses, en ensayos sobre sus rasgos geniales.

¿Pero qué clase de ensayista era Reyes? Henríquez Ureña lo asemeja a los ensayistas ingleses, pero no a los filosóficos del XVII y del XVIII, ni a los polemistas del XIX, sino "a los ensayistas libres del periodo romántico, como Lamb y Hazlitt. La literatura inglesa lo familiarizó temprano con esas vías de libertad", Para él, como para Goethe, "la literatura es la sombra de la buena conversación".

Reyes, que había regresado de España en 1924, elogia el acuerdo presidencial de celebrar en México el bimilenario del poeta Virgilio durante 1930. En su *Discurso por Virgilio,* Reyes acusa al positivismo todavía reinante en nuestras escuelas, de haber ido "descastando en ellas toda planta de Humanidades". Los hombres cultos de México habían ido "perdiendo sus latines", esos latines que eran lo que Reyes añoraba de los seminarios levíticos. Porque el latín era casi desconocido para los que siguieron "el camino real del liberalismo mexicano". Y se queja don Alfonso de la miseria de derecho romano que se cursaba en la Escuela de Abogados.

"En cambio los viejos, los de antes..." (añora Reyes, evocando a Américo Castro, feliz porque las erratas latinas de su obra sobre Cervantes le habían sido señaladas en México, "en casa de García Pimentel, rodeado de incunables"...) Aquello parecía el ambiente del ensayo de Montaigne: *Sur des vers de Virgile.*

Y Alfonso Reyes entona aquí su memorable himno al humanismo:

> ¿Quién ha dicho... que una gran civilización no puede volcarse como el agua misma en vasijas diferentes? No sólo nosotros recibimos la sustancia latina a través de España... Sino que los mismos pensadores británicos... reconocen que, en los cimientos de su formación nacional, las piedras fundamentales han venido de Roma. El concepto de la civilización latina es ancho y elástico.

Es aquí donde entona Reyes su célebre proclama: "QUIERO EL LATÍN PARA LAS IZQUIERDAS. Porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las Humanidades como vehículo natural para todo lo autóctono". La cultura adquirida de fuera no menguará nuestra espontaneidad. Y don Alfonso argumenta con los modernistas americanos, que se abrieron al simbolismo francés, y así produjeron una obra "original, peculiarísima", renovadora.

En síntesis: Reyes ha aprendido la amplitud del panorama histórico de los positivistas con respecto al clasicismo, pero censura a éstos el haber dejado caer la conquista de las lenguas clásicas realizada desde siglos atrás por los clérigos.

Y Reyes admira también a los levitas en otro aspecto: en la versión rítmica de poetas griegos y latinos. Ya Pagaza había recibido los aplausos de Menéndez y Pelayo.[1] Y en 1950, Alfonso Méndez Plancarte es reconocido por Cosío Villegas y por Reyes mismo como nuestro erudito supremo, a quien confían la temible edición de las *Obras completas de Sor Juana,* labor que exigía una vastísima erudición colonial y barroca, y que englobaba la versión rítmica del casi medio millar de versos latinos de la Fénix. El riguroso trasiego de Méndez Plancarte a los 19 ritmos de Horacio[2] los ha convencido plenamente. Coincide en todo con el ensayo "De la traducción", incluido por Reyes en *La experiencia literaria,* y sin duda el zamorano ha leído a Reyes, pues da el mismo ejemplo de hipérbaton en Gabriel y Galán: "Que el pan que come con la misma toma / con que lo gana, diligente mano".

[1] En la *Historia de la poesía hispanoamericana,* Madrid, 1911.
[2] En las *XL odas selectas de Horacio,* UNAM, 1946.

Escuchemos luego el no menos memorable himno de don Alfonso Reyes a la fuerza evocadora de Virgilio. Reyes se remite a R. L. Stevenson, en cuya novela *La resaca,* un náufrago hambriento en alguna lejana isla del Pacífico sólo tiene en las manos un pequeño volumen de Virgilio, donde descubre pasajes predilectos que sólo le parecían menos bellos porque les faltaba la consagración del recuerdo.

El náufrago abre una y otra vez la *Eneida* al azar, buscando suertes como un nuevo clérigo medieval. Y lo notable del caso es que el texto romano le evoca ambientes de su propia patria inglesa.

"He ahí —comenta Reyes— toda la imagen de un Robinson moral que reconstruye su edificio de emociones partiendo del verso virgiliano."

En memorable valoración de la *Eneida,* Alfonso Reyes dice que esta epopeya es

> alimento de hombres, hierro para varoniles templanzas, donde hay también ocasión a las caricias del sentimiento y también hay lágrimas para los dolores; heroicidad de talla humana; senda medida a nuestro paso. ¡Con razón Virgilio parece siempre y para los hombres de todas las tierras, una voz de la patria! Allí aprendemos que las naciones se fundan con duelos y naufragios, y a veces, desoyendo el llanto de Dido y pisando el propio corazón.

El secreto de ciertas páginas memorables de Alfonso Reyes, como este elogio del más amado de los poetas, incluye, sí, su propia "prosa de poeta", pero sobre todo revela la connaturalidad de Reyes hacia la dulcedumbre del mantuano. Acabo de descubrir para mí, que Virgilio inspira a Reyes la benevolencia de tono y de lenguaje que es su mayor timbre de humanista.

Y, respecto a sus contenidos, la grandeza de don Alfonso se basa en que quizá sea él el mexicano más dotado de vocación enciclopédica. Y entiendo por enciclopédico tanto su empeño de profundizar en muchas ciencias, como el de "no saber nada a medias", e incluso el de saberlo todo de primera mano, en lo posible. Reyes fue el ateneísta que cumplió mejor este objetivo de su grupo.

¿Quién, como él, ha trazado vastos frescos históricos como los de "El presagio de América" (en *Última Tule, O. C.,* tomo XI); y ha enlazado historia con filosofía en su ciclo de ensayos sobre las utopías *(No hay tal lugar, O. C.,* tomo XI). ¿Y quién ha escrito una historia de la literatura mexicana más bella que la de Reyes, que comienza con sus *Letras de Nueva España,* continúa con *Pasado inmediato* y se completa con la miscelánea de *Grata compañía? (O. C.,* tomo XII).

Y tan feliz historiador de países y literaturas despliega también alta filología. Porque su prolongado amor a Grecia lo llevó a levantar el *monumentum aere perennius* de *La crítica en la edad ateniense* (1941), com-

plementado con el trofeo gemelo de *La antigua retórica* (1942; ambos en el tomo XIII). Y ese monumento abarca otros espléndidos edificios: *Junta de sombras* (1949, tomo XVII), *Estudios helénicos* (1947) y la magnífica síntesis de *La filosofía helenística* (1959, *opus postumum).*

Brilla también aquí el mármol de su versión para nueve y media rapsodias de la *Iliada* (1951) en casi 7 000 alejandrinos sabrosos, con un vasto preámbulo sobre *Los poemas homéricos* y el dilatado epílogo *La afición de Grecia.* Y todo ello había sido precedido por la tragedia lírica original del propio Reyes, *Ifigenia cruel* (1924), sobre la cual Gilbert Murray le escribió desde Oxford que "no la habría desdeñado el propio Eurípides".

Luego de las letras castellanas y las clásicas, Reyes solía extender alternativamente sus alas a toda la literatura con *La experiencia literaria* (tomo XIV), y con la vasta fenomenología de la labor del escritor que es *El deslinde* (1944, tomo XV, completado con unos *Apuntes para la teoría literaria* y con el libro póstumo *Al yunque* (1960).

Si en este ambicioso *Deslinde* ha encontrado Hugo Iriart que don Alfonso sirve a dos amos (el alumno y la genialidad verbal), allí también radica su grandeza. Porque Reyes es mucho más que un profesor; es el cincelador de una prosa tan esplendente como benévola, dotada de esa "sintaxis invisible a fuerza de precisa" que Borges confesó haber aprendido de Reyes.

Unamuno definía la inteligencia de Alfonso Reyes en función de su bondad. Ésta lo hacía trascender todo pronunciamiento confesional, actitud en que lo había precedido ya Justo Sierra.

Reyes sabía que las ideologías no suman sino dividen; acabó, por ello, siendo la inteligencia más hospitalaria que se pueda imaginar. Y a su amigo Jorge Mañach le escribió cosas de este tenor: "En estos azarosos tiempos no se es ateo ni creyente, totalitario ni demócrata; se es simplemente cardiaco... y cordial".

Pero yo vislumbro que toda la cosmovisión de Alfonso Reyes, basada en el mundo clásico helénico —que es el *opus maius* que le pedía Gabriel Méndez Plancarte en el *Horacio en México* de 1937— ya se hallaba *in nuce* dentro de las 20 cuartillas de su referido *Discurso por Virgilio.*

"Llevando un *Virgilio,* se puede bajar sin temor a los infiernos", escribe allí Reyes, siguiendo de cerca a Sor Juana y de lejos a Dante. Al estudiar al mantuano, Reyes debió de sentir la musicalidad arrolladora del hexámetro virgiliano, pues subraya en el mismo *Discurso:* "La música conocida es más música, y la oreja, como la va presintiendo, parece que la disfruta dos veces".

Así lo he sentido a mi vez, aun antes de conocer la frase de Flaubert: "Esos versos de Virgilio que me obsesionan como inolvidables melodías".

En esta clave musical he descubierto, por mi cuenta, ciertos *leitmotiv* de la *Eneida* tan nítidos como el tema de trompetas de la tempestad: *Luctantes ventos tempestatesque sonoras* ("Luchantes vientos y tempestades sonoras". *Aen.* I, 53); y como el efecto de cornos que evoca murmullos: *Illi indignantes, magno cum murmure montis* ("Ellos, indignados, con magno murmullo del monte". *Aen.* I, 55); o bien, como la evocación de un mar de violines que sugiere los astros: *Clamores simul immensos ad sidera tollit* ("Al mismo tiempo, inmensos clamores eleva a los astros". *Aen.* II, 222); o también como el redoble de tambores que describe una cabalgata: *Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum* ("La pezuña al seco campo azota con cuádruple ruido". *Aen.* VIII, 596).

Procede luego don Alfonso a recomendar la lectura de Virgilio en las escuelas, en buenos fragmentos traducidos de las *Geórgicas.* Y pide se lean también fragmentos de "nuestras *Geórgicas,* o sea, la *Rusticatio Mexicana* de Landívar" (a cuyas versiones de Loureda y Federico Escobedo citadas por Reyes, añadimos nosotros la de don Octaviano Valdés, publicada íntegra en prosa durante 1965, y ya en proceso de reedición). En esta bella versión he basado los hexámetros que ahora presento como fin de fiesta, en signo de admiración a Reyes, a Landívar y a don Octaviano.

Doy primero la descripción que cierra el libro x de la *Rusticatio.* Es una persecución de toros salvajes en noche de luna llena:

Mas cuando el toro abandona los obscuros bosques y sombras
y con paso grave en el campo dilatado se muestra,
tropa de jinetes rauda azuza con espuelas de hierro
a veloces caballos, y sigue al que acude a las aguas.
Éste, primero intenta derribar al toro con lanza;
aquél, trozarle las patas con un cuchillo encorvado,
si no aferra otro su lazo entre los cuernos alzados,
y amarra la res atrapada, a la cola del potro.
La bestia al punto, arrebatada de un terrible furor,
ataca al raudo corcel, feroz, con la frente curvada.
Pero el jinete avisado esquiva en carrera jadeante
al que de cerca lo acecha y amaga con muerte y herida;
[Cominus urgentem lethumque, ictumque minantem];
hasta que al furioso hieran las patas con hierro los socios
o él mismo, a mata caballo, en corral cercano lo encierre.
[aut propiora volans ipse inter septa reponat].
Pronto la gente, esparciéndose en torno, le amarra
con correas de res las patas al becerro furioso,
quita a cuchillo su piel, y desnúdale pecho y costillas;
que a casa llevan y asan, aún palpitantes, al fuego.
[unde domum vectat, flammisque trementia torret].

Y después de la violencia, concluyo con la dulcedumbre más peculiarmente virgiliana del libro XI *(Greges,* "Los ganados menores"):

> Se ve así blanquear con esparcidas greyes el campo
> y llenarse las trémulas auras de balidos errantes. (54 s.)
> *[implerique vagis tremulas balatibus auras].*
> Trasquilan los prados verdeantes con dientes asiduos
> y cubren todo su cuerpo con gruesa gordura. (113 s.)
> [Y al anochecer...]
> Calla entonces todo el ganado, crías y guardias de ovejas,
> y en lechos herbosos la multitud se reclina a acostarse
> hasta que vuelva luz alma de Febo a los presos del sueño. (76 ss.)
> Entonces el pastor a medio llano prepárase un toldo
> formado de esteras arqueadas y, tendido en el pasto,
> un sueño tranquilo de su ronco pecho resopla. (86 ss.)
> *[Tranquillum proflat rauco de pectore somnum].*

¡Qué sagaz intuición de la sinfónica grandeza de Virgilio tuvo Alfonso Reyes!

¡Y qué certeramente avistó en el Rafael Landívar de la *Rusticatio Mexicana* al inspirado que proyectó sobre nuestras campiñas el luminoso poderío de Virgilio, el más amado de los poetas!

EL HELENISMO DE ALFONSO REYES

Por Carlos Montemayor

I

En 1986, Antonio Gómez Robledo lamentó que "nuestro humanismo ha sido siempre... de tercera o de cuarta mano", y que

> pasarán muchos años, cuando no siglos, antes de que podamos tener entre nosotros un Mommsen, un Wilamowitz o siquiera un Jaeger... mientras no haya —continuó diciendo—, y con renovación incesante, una élite poseedora de las lenguas clásicas y, por este único medio, del conocimiento histórico y filosófico de la antigüedad: *totius antiquitatis historica et philosophica cognitio,* según la definición que de la filología daba Ottfried Muller.[1]

[1] "México y el humanismo clásico", en *El humanismo en México en las vísperas del siglo XXI, Actas del congreso celebrado del 22 al 25 de abril de 1986,* UNAM, 1987, p. 17.

En esta disertación, que llamó casi una oración fúnebre o "epitafio global del humanismo en nuestra patria", se queja, con docta razón, del ocaso en que desfallece el estudio de las lenguas clásicas en el mundo contemporáneo, y no solamente en nuestro país. Aunque comparto muchas de sus afirmaciones sobre el futuro de estos estudios, me sorprende que en su opinión fulminante sobre nuestro humanismo haya señalado en tan pocas líneas sólo a helenistas alemanes, y no, para hacer más universal su señalamiento, a otros de Inglaterra, Francia, Italia o España, como a un Berard, un Guthrie, un Edmonds, un Page, un Cataudella o un Alsina o Rodríguez Adrados.

Pero intento no sólo esbozar una sonrisa de complicidad con Antonio Gómez Robledo, sino subrayar con él que las letras griegas (y, por supuesto, también las latinas) son la raíz vital de la cultura de Occidente. Y si esto es así, entonces, como los otros países, tenemos también nosotros la tradición que nos une a esa raíz, a ese sustrato, que podemos repasar, entender. Es decir, tenemos un helenismo en México, hay que decirlo, y lo tenemos como es, como se ha dado. Y a ese helenismo debemos volver los ojos del mismo modo que los volvemos hacia la política, la historia y el arte que han configurado a México.

No planteo si las ediciones de Bergk, Edmonds, Wilamowitz, Reinach, Bowra o Rodríguez Adrados representan para nosotros un paralelismo más de nuestra dependencia económica, industrial y política. Digo que entre nosotros se ha dado una labor ininterrumpida sobre las letras griegas desde varios ángulos, que forma parte de nuestra literatura mexicana y de nuestra historia de cultura y de educación.

En el siglo XVIII, por ejemplo, Francisco Javier Alegre tradujo la *Iliada* en versos latinos. En el siglo XIX, Ipandro Acaico tradujo los bucólicos griegos y, por vez primera en lengua española, las *Odas* completas de Píndaro. En este siglo, el propio Antonio Gómez Robledo y Eduardo García Máynez han traducido y estudiado a Platón y a Aristóteles; Rafael Ramírez Torres tradujo a Hesíodo, a Píndaro y a líricos y bucólicos griegos; también, los helenistas del Centro de Estudios Clásicos de la Universidad Nacional Autónoma de México siguen publicando estudios y traducciones de Georgias, Lisias, Hesíodo, Platón y Menandro. Yo mismo, en forma modesta, participo también en esta vocación de México por el helenismo, como lo indica, entre otras publicaciones, mi edición bilingüe y anotada de la poesía de Safo, que es la primera que en lengua española contiene la totalidad de ese *corpus*. Aunque se trata de un listado rápido y por ello quizás injusto, lo planteo para referirme al helenismo en Alfonso Reyes como parte integral de las letras mexicanas y del helenismo en México. No es la obra de Reyes, en efecto, en este aspecto, un milagro ni un elemento suelto, insular. Es parte de una

pasión mexicana por las letras clásicas, por el humanismo que proviene desde nuestros primeros días del siglo XVI.

II

Quizás sea temerario tratar tan brevemente la extensa obra que Alfonso Reyes dedicó a los estudios helénicos. Sobre todo si recordamos con Gómez Robledo, que con la excepción de Mariano Silva y Aceves, ningún miembro de la generación del Ateneo sabía lenguas clásicas y que "el mayor humanista del grupo, Alfonso Reyes, nos dejó la preciosa confesión, que tanto le honra, de que al traducir a Homero ignoraba el dialecto homérico y lo descifraba apenas".

Y así fue. Debemos reconocer que Alfonso Reyes no sabía griego. O al menos, que no sabía el griego suficiente para traducir, ya no digamos para leer con gusto, la literatura griega. Y sin embargo, los estudios sobre Grecia son parte considerable, en extensión y en profundidad, de su obra total. ¿Cuál es, entonces, el helenismo en Reyes? ¿Cómo analizarlo, cómo reconocer su valor? ¿Qué deslinde es necesario para demarcar el helenismo de Reyes que contribuye a nuestras letras y el terreno en que no incursionó o no debíamos esperar de él que incursionara? He aquí lo que me propongo.

Empezaré por los aspectos negativos. Por ejemplo, salta a la vista que en sus dilatados escritos nunca refiere su contacto con las palabras de los escritores; la dulzura o concisión o desbordamiento de los textos. Falta que en ocasiones suspenda el enorme cúmulo de información histórica, filosófica, filológica, política, social, acerca de poetas, historiadores o filósofos, para que hable de su impresión personal ante los textos mismos, de su relación natural, espontánea, directa, con las palabras que han provocado la avalancha de erudición occidental. Esto explica otra falla: a menudo sus citas de autores son defectuosas, ya porque son simplemente malas traducciones, ya porque a veces no tienen nada que ver con los textos que supone estar refiriendo. El contacto con las traducciones numerosas que pudo haber compulsado en otras lenguas y cierto recargamiento en que han incurrido las de lengua española, pueden haber agravado este defecto.

Pero debemos recordar que Reyes participaba de un mundo en que el concepto de traducción no era igual al que ahora tenemos, o al menos, en el que yo me formé en mis estudios de hebreo y de griego: la literalidad. Sabemos que Ipandro Acaico leía con fluidez a Teócrito, por ejemplo; pero algunas de sus traducciones se alejan del texto al punto de que no sabemos de dónde ha traducído, a menos que nos si-

tuemos en el esquema histórico en que la poesía y sus conceptos mismos de traducción se desenvolvían. Más peligrosas fueron, sin embargo, las traducciones que de los trágicos griegos publicó Ángel María Garibay en los mismos años de Reyes: ignoro, por ejemplo, en el caso de Esquilo y Sófocles, de qué tragedias y de qué lengua tradujo el padre Garibay, porque ciertamente no lo hizo del texto griego que ofrecen las ediciones de la Loeb o de Les Belles Lettres. Empero, aunque de alguna manera las citas textuales de Reyes forman parte de una época literaria, sentimos que, por el conocimiento de que disponía, debió haber usado textos mejores para precisar y expresarse más profundamente.

No justifico esta carencia de Alfonso Reyes, por supuesto. Si en algunos ensayos y artículos se echa de menos un conocimiento directo de la lengua porque hubieran sido mejores de ese modo, en otros casos afectan vertebralmente sus propósitos de análisis crítico. Ilustraré esto, por la importancia de la falla, en uno de sus libros capitales: *La crítica en la edad ateniense.*

Se trata, por supuesto, de una obra portentosa por su sabiduría y por su erudición, pero también por las alturas a que logró llevar la excelencia de nuestro idioma: lectura obligada, pues, para aprender sobre Grecia y para aprender sobre el arte de escribir en lengua española. Pero debo comentar brevemente aquellos capítulos en que se propuso enfrentar, desde la perspectiva de los escritores mismos, el nacimiento de la crítica literaria directa en el mundo griego y la realidad crítica de ese enfoque.

En el parágrafo 180 Alfonso Reyes afirma:

> Pero no hemos visto que el escritor se enfrente con la obra por razones directamente literarias, para decir si la obra le agrada o no le agrada. Y esto es lo que va a darnos el teatro, y sólo el teatro... Y para volver a encontrar la crítica directa, no supeditada a generalidades filosóficas o científicas, habrá que saltar varios siglos: desde Aristófanes hasta Dionisio de Halicarnaso.

En efecto, sólo en el teatro, especialmente en la comedia de Aristófanes, podemos por vez primera encontrar una crítica literaria no supeditada a la filosofía, sino sólo a la actitud y al juicio del escritor mismo en cuanto hacedor de obras verbales. Alfonso Reyes divide este planteamiento en numerosos temas, acciones y anécdotas, que conforman una imagen viva de los poetas, de los trágicos, sí, pero que no rebasan —o no tratan de rebasar— el marco restringido de corillos literarios (*Cf.* § 180) que lo llevan a hablar hasta de Blasco Ibáñez. Pero después de haber expuesto magníficamente lo que puede *deducirse, concluirse* de Sócrates, por ejemplo (y no digamos lo que hará en sus amplias exposi-

ciones sobre Platón o Aristóteles), echamos de menos que no proceda igual con los escritores mismos.

En el capítulo v el breve apartado sobre Sófocles revela un triste desconocimiento. No hay manera de eludir, cuando un lector se acerca a los versos de Sófocles, la luz, el equilibrio ateniense de sus palabras, lo nítido de una expresión que con entusiasmo llamamos clásico. Alfonso Reyes no supo de qué Sófocles hablaba.

El comienzo del amplio capítulo VI, "Aristófanes o la polémica del teatro", es una de las mejores páginas de la prosa de Reyes. Ahí encontramos una información complementaria sobre Aristófanes, con una compenetración profunda de su desarrollo, su vida e implicaciones literarias, anecdóticas, históricas, de su obra. Afirma ahí que "Aristófanes es el primer escritor griego en quien encontramos el juicio literario directo sobre las obras determinadas. Después de él, caemos por tres siglos en las consideraciones teóricas y preceptivas, en los cánones y en las definiciones abstractas". (§ 244).

Pero desconcierta que después de decir esto y sin entrar en materia, escriba más adelante, a propósito de la polémica que entre Esquilo y Eurípides presenta la comedia *Las Ranas:*

> En el curso de este debate, amos trágicos se critican mutuamente a propósito de su estilo, sus prólogos, los fragmentos líricos de los coros y hasta algunos versos destacados. Llega un momento en que Dionysios no sabe qué pensar: no bastan a fundar su juicio las solas consideraciones literarias. Entonces, como toda la crítica de su tiempo, acude a la prueba de la política (§ 244).

Fue una lástima que no se detuviera en esas "solas consideraciones literarias", porque al conformarse con la erudición sobre el jocoso Aristófanes, perdió el enfoque estrictamente literario de Aristófanes, que era el objetivo que Reyes mismo se había propuesto en ese capítulo.

Por ejemplo, la afirmación por parte de Esquilo de que su poesía no muere con él, sino que lo sobrevive *(Ranas,* 868-869), muestra que la polémica partía del deseo de deslindar lo que hacía perdurable a una obra poética. Reyes lo pasó por alto.

En segundo lugar, la afirmación del Coro sobre el lenguaje magnificente y poderoso de Esquilo y sobre la perfección y exactitud de los versos de Eurípides *(Ranas,* 819-829) indican un enfrentamiento de actitudes diversas ante el lenguaje poético: son poetas de estilos distintos. Olvidar esto equivaldría a pensar que hay la misma idea del lenguaje en Vicente Huidobro y en los poetas del modernismo mexicano. Reyes lo pasó por alto.

En tercer lugar, cuando el Coro dice de Esquilo que fue el primero en elevar el lenguaje del drama a estructuras poderosas como una arquitectura *(Ranas,* 1004-1005), indica Aristófanes que un tipo de lenguaje poético nació de Esquilo; esto es: Aristófanes habla aquí de una realidad poética y del lenguaje que la sostiene, más que de simples burlas.

En cuarto lugar, la discusión *(Ranas,* 1030-1045) sobre los temas de los poetas griegos (Orfeo, Museo, Homero, Hesíodo) es en realidad un planteamiento de actitud literaria, de compromiso literario, desde el momento que Esquilo tiende a lo mítico, a lo que constituye la fuente mítica y espiritual de lo griego, y Eurípides a los motivos cotidianos, al realismo, al medio que lo rodea cada día.

Pero estas cuatro observaciones, para no mencionar más (algo similar ocurre en el parágrafo 202, sobre Antístenes), destacan algunos puntos de la crítica literaria que ejerció Aristófanes; sus gustos, sus ideas. Alfonso Reyes los dejó pasar. Descuidó lo que para mí y según sus propios objetivos era más importante en Aristófanes: la crítica directa literaria a partir del escritor mismo. ¿Por qué no lo trató? Quizás porque pesaba más en él la lectura crítica de los helenistas de su tiempo, que la lectura directa, natural, del texto griego mismo.

III

Pero veamos ahora el helenismo profundo y positivo de Alfonso Reyes. Su dilatada obra de *Junta de Sombras, Estudios Helénicos, La crítica en la edad ateniense* y *Afición de Grecia,* se apoya en su constante pasión por estar al día en los estudios griegos de su tiempo y en su generosa voluntad por divulgar esos conocimientos. Lector asiduo del *Journal of Helenic Studies,* así como lector cuidadoso de Berard, Guthrie, Jaeger, Egger, Edmonds, etc., nos persuade de que gozó de la lectura del especialista como si se hubiera propuesto trabajar para que tuviéramos en México acceso a toda la información necesaria para penetrar en el mundo griego. Porque nuestro siglo ha sido una época especialmente importante en la investigación filológica, arqueológica e histórica de ese mundo. Desde el Renacimiento no se había dado una floración de estudiosos de la literatura griega como en los años en que viviera Alfonso Reyes. Los estudios sobre Homero y sobre los líricos arcaicos son notablemente señeros en el siglo xx. Schliemann y Evans, desde finales del siglo pasado, abrieron caminos en la arqueología que condujeron a una comprensión no imaginada antes (y que no imaginaron, como apuntó Reyes, los mismos griegos de la época de Homero y mucho menos los del siglo de Pericles) de los periodos llamados ahora *minoicos*

y *micénicos,* ni la expansión que los jonios desplegaron en los albores de lo que ya se podría llamar Grecia. Zonas arqueológicas, hallazgos de papiros, ediciones críticas de textos, descubrimiento de tablillas con escritura silábica de la edad minoica conocidas como lineal beta y lineal alfa, perfeccionamiento de métodos comparativos de la filología clásica, investigación histórica, constituyen a lo largo de nuestro siglo xx un inmenso universo de conocimiento en sí mismo, un apasionante, complejo y asombroso redescubrimiento del mundo antiguo. En esta gran aventura del pensamiento, incomparable y hermosa como todas las proezas colectivas, se sumergió, apasionadamente, Alfonso Reyes. Podemos conceder que no supo leer la lengua del mundo griego que amaba, pero debemos aclarar que fue el introductor y divulgador en México y acaso en América de la inmensa Grecia que el siglo xx elaboró y destacó de toda otra visión anterior. Reyes fue, así, un notable momento en la historia del helenismo en México, un educador. Antes de él, nadie había desplegado una energía como la suya en la comprensión de Grecia. Su obra sigue siendo, en este respecto, única e insuperable en nuestras letras. Y seguirá así, acaso siempre, como nuestro propio compendio enciclopédico del helenismo del siglo xx.

Pero debo notar otro punto. He señalado una distancia entre la labor de divulgación en Reyes y su relación creadora con los textos clásicos mismos. Pues la crítica literaria hecha por un poeta tiende a una comprensión mayor del idioma poético y a una realización plena del poema. Hölderlin en esto fue claro: "La visión de los antiguos fue una impresión para mí que no sólo me hizo comprensibles los griegos, sino en general la suma del arte". Hölderlin se quejaba de la ignorancia de su país, de la infancia en que se hallaba la cultura de su lengua. Traduce a Sófocles, se sumerge en él, se empapa de sus versos griegos, de su mundo y los transforma, los traduce en su obra. Alfonso Reyes no podía hacer lo mismo. Pero hizo algo parecido en su creación profunda. Su más grande contribución poética como transformación interior del helenismo fue *Ifigenia cruel,* uno de los poemas clásicos de nuestras letras en el sentido en que lo son *Sindbad el Varado* o *Muerte sin fin,* y no sólo por su referencia griega.

El tema es el sacerdocio de Ifigenia en Táuride. En Eurípides, Ifigenia se vengaba de lo padecido en Áulide; aquí lo hace sin venganza y sin memoria. En Eurípides, su hermano la cree inmolada; aquí viene en su busca, pues sabe que la encontraría en Táuride. En Eurípides, el monarca es sanguinario; aquí, sabio, inteligente y compasivo. En Eurípides, Ifigenia regresa como sacerdotisa de la diosa; aquí, de haber regresado, lo hubiera hecho para desposarse con otro y asegurar descendencia, no como virgen sagrada.

Además de estas diferencias, hay una dualidad permanente en el poema de Reyes que lo destaca como un poema fundamentalmente moderno. Su pasado no acosa a Ifigenia, sino su conciencia; la acosa una oscura sensación de no ser sólo ella, sino también la otra, la que recuerda subterráneamente, sin compartirse. En hechos sangrientos vive, creyendo que nace; por la sangre recuerda que en sangrientos festines ha nacido: su nuevo nacimiento es como su linaje antiguo. Ella olvida, pero después recuerda lo que Orestes, pequeño entonces, ignora; el olvido tiene más recuerdos que nosotros. Ella debió morir, pero vive; debió ser sacrificada, y es sacrificadora; es el castigo para los que a esas playas llegan y, sin embargo, es la castigada. Se divide ella misma entre la imaginación, poblada de fantasmas, y la lealtad del cuerpo (división difícil de plantear en una Ifigenia antigua). Su cuerpo fue leal con ese pueblo bárbaro; su deseo, con su linaje. Ella, la *sacerdotisa,* fue conminada por su hermano a descender de ese desdoblamiento y ser mujer, ser madre, ser cuidadora de su telar familiar. Se le pidió que fuera lo opuesto, no la que mata, sino la dadora de vida. Ifigenia se negó a hacerlo. Más parece con esto una versión suavizada de una diosa mexicana, dadora de muerte, que la sacerdotisa griega que en Eurípides retorna amorosa a su patria.

Ahora bien, el punto central del poema es cómo llega Ifigenia a ser libre. *Ya abriste pausa en los destinos,* dice el Coro cuando lo ha logrado. Pero tal libertad no lo fue de lo sangriento; tampoco de su linaje; tampoco de la diosa, del país o de Orestes: su libertad consistió no en haber detenido los sangrientos hechos de los hijos de Tántalo, sino en aceptarlos, en continuarlos aún, resistiéndose a convertirse en madre de muchos hijos. En sí misma unió los sacrificios antiguos con los suyos, elevados ya a rituales: su libertad fue haber elevado a un altar, a una sacralidad, la muerte de su linaje. Reyes creyó haber expresado otra cosa: la superación de hechos políticos dolorosos en su familia. Pero lo que pudo lograr fue que esos hechos permanecieran en las manos sangrientas de Ifigenia sacralizados, voluntarios. En Eurípides, Ifigenia logró el deseo de Alfonso Reyes; en este gran poema, lo rechazó. Y el acto de libertad no provino de una emancipación de su familia: no fue la salvación de *su* familia o estirpe, sino de *ella* misma respecto a la *otra,* a la oscura que por fin llegó a mostrarse ante las palabras de Orestes: a la que apartó, a la que expulsó de sí misma para quedar libre, vencida por el peso propio de la sangre de los sacrificados, defendida y oculta en el templo, cual virgen cruel, sola, amando un bárbaro país donde los sacrificios humanos continúan.

Comentario aparte merece su traslado de las nueve primeras rapsodias de *La Iliada.* No encubre ahí su desconocimiento de la lengua, pero tampoco la importancia de su conocimiento sobre Grecia. Tampoco, por supuesto, su opinión como poeta para precisar su versificación y para señalar diferencias con otras corrientes de traducción que se iniciaban en México.

Entre nosotros la traducción latina de Francisco Javier Alegre fue la primera traducción de *La Iliada;* la segunda, ya en lengua española, y en prosa, fue la de Alberto Pulido Silva, de 1986. De las realizadas en España, Reyes prologó la magnífica de Segalá y Estalella, en prosa, y conoció la de Gómez Hermosilla, hecha en endecasílabos blancos, dúctiles y amables. No conoció la de Fernando Gutiérrez, publicada en 1968, en Barcelona, con una muy afortunada versificación en hexámetros y una muy lograda naturalidad en la expresión española. A un lector del texto griego le parecerá magnífica la traducción en prosa de Segalá y Estalella, ceñida al original paso a paso. Pero en verso, le parecerá más cercana la de Fernando Gutiérrez. O así le parecerá, al menos, mientras no se entere, por los helenistas españoles, que Fernando Gutiérrez "no lee la lengua de Homero, sino que la descifra apenas".

Porque la traducción tiene dos secretos: uno, el conocimiento de la lengua traducida; otro, el conocimiento de la lengua en que se traduce. No basta, es claro, el conocimiento del griego homérico para hacer una traducción con valor poético en lengua española (y a menudo esto hay que lamentar en otros autores clásicos: más les hubiera valido no ser traducidos por especialistas, pues mejor impresión hubieran dejado en la vida de sus lectores en manos de poetas naturales e indoctos). Reyes supo que si bien entendía poco griego, un poco más entendía de Grecia, según apuntó en el prólogo a su traslado. Por eso afirmó ahí sin dudas que "si no para fines lingüísticos, mi Homero podrá ser citado sin peligro para todo objeto literario, filosófico e histórico". Y luego aclaró que se propuso lograr una traducción "informada en el presente estado de los estudios homéricos", explicando que su "empeño nació ante la necesidad de contar con un texto apropiado para un curso sobre la unidad artística de *La Iliada*". Y a esto, confesó, se reducían sus pretensiones. Pretensiones, por supuesto, cumplidas ampliamente.

Pero hay dos interesantes observaciones en ese prólogo a su traslado, en las que entreveo dos críticas a la naciente escuela de traductores clásicos que se iniciaba con las *XL odas selectas de Horacio,* traducidas por Alfonso Méndez Plancarte en 1946. Mis opiniones sobre esta corriente las he expresado en mi estudio sobre la Cuarta Égloga de Virgilio, *His-*

toria de un poema, de 1984. Hace poco tiempo apuntó las suyas, en su nueva traducción de las *Heroidas,* Antonio Alatorre. Las de Alfonso Reyes, en el despuntar de esa escuela, fueron éstas: creer que nadie podría soportar el hexámetro, "aparte de que sería una traducción chapucera, bárbara, de la antigua cantidad silábica al acento rítmico moderno", y considerar "malo, muy malo, si se cae en la manía etimológica, que ya está dando resultados funestos y falsea la representación que los mismos griegos tenían de sus vocablos; pues nadie, en los pueblos civilizados, habla ni piensa según las etimologías; nadie se pone a la sombra de una semilla, sino de un árbol".

En este contesto, *La Iliada* que nos dejó Reyes puede leerse con gusto como una obra notable dentro de su trabajo como helenista y como poeta. Se ciñe más al original homérico que la traducción de Gómez Hermosilla, y con más fuerza que ésta como traducción en verso. Y en este aspecto, poéticamente es superior a la de Fernando Gutiérrez. En su conjunto, y excusándome por la digresión, es de una rotunda seriedad al lado de las que Ángel María Garibay publicó de los trágicos griegos.

Aciertos hay, incluso, de filólogo, como el distinguir que el canto que se pide a la diosa empiece

> Desde que la disputa enemistó al Atrida,
> príncipe de los hombres, y a Aquiles el divino

que así deben corresponderse estos versos con la exhortación inicial del "Canta, Diosa, la ira...", en griego Μῆνιν ἄειδε, θέα, que se enlaza con los hermosos hexámetros:

> ἐξ οὗ ζὴ τα πρωτα διαστήτην ἐρίσαντε Ἀτρεΐδης τε ἄναξ ἀνζρων καὶ δῖος Ἀχιλλεύς
>
> [desde el primer momento en que se desunieron contendiendo el hijo de Atreo, príncipe de hombres, y el divino Aquiles]

que todas las otras traducciones en español pasan por alto.

V

Bien, he de terminar mi larga exposición. Lo haré reconociendo que para ser helenista se necesita saber griego, sí. Incluso varios: el homérico, los dialectos en que la lírica arcaica construyó su dúctil y dulce armonía, el ático del siglo v a. C. y iv a. C., la lengua franca o común del mundo helenizado y cristiano. Sí. Pero para ser humanista se necesita mucho

más. Se necesita, en nuestro caso, saber mucho español. Escribir español por creación, por talento. No todos los que saben griego son humanistas. Se necesita además el gusto por el saber del mundo, del universo, de la cultura. Un helenista que sólo sepa griego es incapaz de dar, de ofrecer lo que necesitamos. Digámoslo de otra manera: no todo aquel que sepa griego es mayor que Alfonso Reyes. No basta saber más griego que él para creer que se comprende más a Grecia en el contexto de la cultura actual del mundo. No podemos cancelar, por otro lado, el gusto ni el conocimiento de lectores por la literatura griega traducida. Detrás de cada poeta griego hay una historia de literaturas europeas que son también literatura nuestra. De Ezra Pound se mofaron alguna vez al recriminarle su escaso conocimiento del griego y del latín. Pero su poesía *es* gran poesía inglesa, como señaló T. S. Eliot acerca de sus poemas de *Cathay*. Así Reyes. Su gran contribución última como amante de los estudios sobre Grecia, además de los que he enunciado, está contenida en la grandeza que la lengua española alcanzó en sus páginas magníficas.

Como apunté en mi introducción a la poesía de Safo, no sólo asombran los poemas por las altas palabras de la poesía griega, sino también porque han sido descifradas por muchos estudiosos. En pocas ocasiones, como aquí, las palabras de un poema pertenecen a muchos hombres. Su lectura no es un hecho individual, solitario; es un eco más en una lectura colectiva.

Pues, ¿para qué trabajamos por la literatura griega? Para leer, para gozar, para hacer posible conocer el milagro de la literatura. Reyes trabajó también por eso. Reyes escribió grandes páginas de nuestra lengua contemplando la Grecia que nos ha creado, que es nuestro origen. Fue el Odiseo perdido en los mares, en el amor, en los vientos, en las costas donde no pudo controlar un idioma que era, también, como en la trayectoria del otro Odiseo, un destino. Al final de esa larga Odisea por el mundo griego, al final de su vida, lleno de días, siguió mirando ese mundo como una verdad suya. Su Itaca fue sus obras, su helenismo, sus señeras palabras españolas.

HOMENAJE DE LA ACADEMIA MEXICANA EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE JULIO TORRI*

[PALABRAS PRELIMINARES]

Por José Luis Martínez

Para muchas generaciones de estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional Autónoma de México, la enseñanza de la literatura estuvo apoyada en la sabiduría y en la constancia de algunos maestros ejemplares; uno de ellos, Julio Torri. Acaso nunca fue un maestro con grandes recursos pedagógicos; en cambio, nadie superó su auténtico amor por las letras y su capacidad para trasmitir o para inocular, a unos pocos, este amor persistente. Exponía lenta y minuciosamente, como si dispusiera de toda una vida; dejaba caer de pronto, en medio de morosas cuestiones filológicas y pormenores biográficos, observaciones sutiles o discretamente picarescas. Nunca entendió la enseñanza de la literatura como pretexto para amplias y brillantes teorías sino como una guía para el conocimiento de los textos. Gracias a sus enseñanzas, la literatura medieval española tiene un sentido y un fulgor permanente para muchos de sus discípulos, que no podrán volver al *Poema del Cid,* al *Libro de buen amor,* a Berceo o al *Cancionero* de Baena sin recordar la voz velada y pausada de Julio Torri y las iluminaciones con que iba revelando el encanto rudo y delicado de los viejos textos medievales. Tenían sus lecciones, además, otro rasgo peculiar: su gusto por las figuras menores, las pequeñas joyas olvidadas y los rincones inadvertidos. En las profusas páginas de los cancioneros y las crónicas antiguas, prefería poner un poco más de énfasis en la leve gracia de un poeta oscuro o en tal o cual episodio curioso y extravagante, que en las figuras y acciones habitualmente destacadas, como si diera por sabidos aquellos esquemas escolares y consagrara sólo a completar, amorosamente, el conocimiento de páginas venerables.

* Homenaje celebrado en sesión pública efectuada el 31 de agosto de 1989.

Para quienes se acercaban al maestro, el segundo privilegio era el de ser invitado a una experiencia memorable: la de conocer sus tesoros bibliográficos. En la pequeña plaza de Carlos J. Finlay —el heroico médico cubano que descubrió el agente trasmisor de la fiebre amarilla, que alguna vez nombrará a otro lugar de la ciudad para que la plaza lleve el nombre que ya le pertenece, de Julio Torri—, se encontraba su casa. Todos hemos visto casas llenas, invadidas y atestadas de libros: la de Torri está solamente llena de libros, pero hermosos y raros, en anaqueles, armarios, arcones o roperos. Según el caso, don Julio va mostrando al curioso discreto los Ovidios y los Horacios plantinianos, el Nervo forrado en el traje de novia de su madre, los poetas franceses en ediciones reservadas y, sólo a los más discretos, el rincón inagotable de la sensualidad y la fantasía. Entre los libros, los retratos de algunos escritores amigos o admirados y la belleza generosa de la Venus de Cirene. A veces aviva la conversación una copita de rompope o de jerez, mientras el viejo gato cruza ceremoniosamente, la cola enhiesta, por el salón vecino, como para afinar el sabor de la observación tímida y maliciosa que ha deslizado don Julio.

Después del maestro que conocen tantas generaciones, y del bibliófilo, Torri aún reserva otra revelación, la del escritor magistral. Saltillense como Artemio de Valle-Arizpe, nació en 1889 como Alfonso Reyes, su gran compañero y amigo. Inició sus estudios en el Colegio Torreón y los continuó en la Escuela Juan Antonio de la Fuente —hoy Ateneo Fuente—, de Saltillo. Vino a México en 1908 para estudiar la carrera de abogado, que concluyó en 1913, y por estos años, formó parte del Ateneo de la Juventud. Salvo breves y ocasionales funciones burocráticas, su ocupación principal habría de ser la enseñanza de la literatura. En 1933 obtuvo el doctorado en letras y perteneció a la Academia Mexicana de la Lengua. Ésta es toda su biografía circunstancial: la verdadera, compleja y rica, está en su sabiduría y su ingenio y en cinco breves libros.

Reyes, que fue su amigo adicto desde los días legendarios en que se congregó aquella generación excepcional que llamamos del Ateneo de la Juventud, rememora al Torri juvenil y al de los años siguientes en estas líneas vivaces:

> apenas salía de su infancia Julio Torri, graciosamente diablesco, duende que apaga las luces, íncubo en huelga, humorista heiniano que nos ha dejado algunas de las más bellas páginas de prosa que se escribieron entonces, y luego, terso y fino, tallado en diamante con las rozaduras del trato, no admite más reparo que su decidido apego al silencio: acaso no le den tregua

para escribir cuanto debiera las "cosas de la vida", como suele decirse, la tiranía de aquel "amo furioso y brutal" que tanto nos hace padecer.

Apegado al silencio fue, en efecto, este prosista ejemplar. Paradójicamente, no obstante ser maestro de los más sabios en cuestiones literarias, publicó dos breves libros de ensayos —*Ensayos y poemas* (1917 y 1937) y *De fusilamientos* (1940), a los que en 1964 se unieron *Prosas dispersas* para formar el volumen llamado *Tres libros*—, un manual acerca de *La literatura española* (1952) y su discurso académico sobre *La Revista Moderna de México* (1954). Posteriormente se han publicado sus escritos no coleccionados y su epistolario. Sin embargo, tan breve obra de creación, que no llega a dos centenares de páginas, tiene un lugar de excepción en la literatura mexicana. La rara calidad de los textos de Torri se encuentra no sólo en la tersura de su lengua y en el espíritu alado que los ilumina, sino también en el hecho de que entregan despojos preciosos de auténtica y fresca vida, rescatados, tras lentos y pacientes buceos, de una existencia que ha sido toda ella ejercicio libresco. Para este gran sorteador de la tentación literaria, los libros y su experiencia sobre ellos, sólo vienen a ser un contraluz en la empresa salvadora de su propia sensibilidad; un contraluz que ya sólo es humor de discreta, ladina sonrisa; reservada emoción, gracia ligera, malicia, dolorido sentir, suave tolerancia de las flaquezas humanas y, a veces, el roce del ala oscura y trágica.

En la pluma de Torri, la prosa no es un vehículo ambiguo para decirlo todo, sino un arte complejo en que pensamiento y estilo se equilibran para expresar las más sutiles nociones. Sus ensayos y poemas pudieran encontrarse cercanos, en ocasiones, a todos los momentos memorables de la prosa artística: Renard y Wilde, Lamb y Schwob, Bertrand y Heine, y al mismo tiempo, inconfundibles en su propia originalidad, y aun mexicanos, me atrevería a añadir, en su recato malicioso. Mas aunque la de Torri sea con plena justicia prosa cabalmente literaria, es al mismo tiempo enteramente extraña a ese género híbrido y riesgoso llamado "prosa poética". La prosa de Torri no se deforma ni su poesía se aplana sino que una y otra mantienen sus condiciones esenciales, la sobriedad del paso y el efluvio secreto. Por una necesidad profunda, su temperamento lírico prefiere la comunicación llana y el ritmo secreto de una prosa no exenta de los prestigios de la poesía.

EL PROFESOR JULIO TORRI

Por Héctor Azar

> Para muchas generaciones de estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, la enseñanza de la literatura ha estado apoyada en la sabiduría y en la constancia de algunos maestros ejemplares: uno de ellos, Julio Torri. [...] nadie superó su auténtico amor por las letras y su capacidad para transmitir o para inocular, a unos pocos, este amor de toda la vida.
>
> José Luis Martínez

El que ahora ocupa este elevado podio, disfrutó el privilegio de pertenecer a una de esas generaciones a las que ha hecho referencia el director de la Academia Mexicana, aunque no fue precisamente en la Nacional Preparatoria sino en la Secundaria 4 de la Ribera de San Cosme, la "Moisés Sáenz", como solía decírsele desde entonces. Ahí, tres veces por semana, nos sorprendíamos con la desde siempre venerable figura de don Julio apeándose de su bicicleta, estacionándola cuidadosamente a la puerta de la conserjería, cerca de la Dirección de don José Calvo; saludar de través a Carlos Pellicer, quitarse la gorra con visera de paño y acomodarla en el portafolio de cuero gastado, retirar de sus tobillos los opresivos *pancles (sic)* y, finalmente, inmovilizar la rueda delantera del biciclo con pesada cadena y candado de penitente cuaresmeño... Y todo esto para que el vehículo no rodara por sí solo.

Así, don Julio se desprendía de su atildado carácter de doctor en letras de la Universidad de Oxford, para transformarse en profesor de literatura española del grupo primero E de la Secundaria 4, 1943.

En un salón inmenso del segundo piso cuyas ventanas que, aún ahora, se abren prodigiosamente a la calle que entonces se llamaba *del Ciprés* y posteriormente *Jaime Torres Bodet,* don Julio certificaba aquello que años antes le había escrito a Pedro Henríquez Ureña y que Beatriz Espejo nos subraya con gentil agudeza: "Estamos hechos para un mundo en que las cosas fueran más perfectas, el ambiente menos resistente a nuestro esfuerzo. (México, un incoloro día de febrero en que ella me vio con desvío (¿1918?)". Ahí, en ese salón inmenso del segundo piso, don Julio resistía la embestida de 52 púberes ruidosos y atropellantes, mientras él —con esa recoleta sumisión, estrictamente aparente, que parecía caracterizarle— tomaba su Gonzalo de Berceo, su *Libro de buen amor* e, inicialmente, el *Poema de mío Cid*... hacía ascender sus minúsculos

lentes de arillo metálico para que se posaran en la frente ancha —a la manera usual de los aviadores de antes— e iniciaba quedamente la lectura de algún trozo literario; tan queda y levemente leía con el propósito de que solamente tres lo escucharan: Duarte, Pinkus y algún otro; mientras los 49 sobrantes se replegaban a la parte trasera del inmenso salón para corear canzonetas de moda a sus anchas. Establecido el acuerdo, don Julio empezaba a rozar la tersura del alejandrino:

> ¡Ay!, ¡cuán fermosa viene doña Endrina por la plaza!
> ¡Qué talle, qué donaire, qué alto cuello de garza!
> ¡Qué cabellos, qué boquilla, qué color, que buenandanza!
> Con saetas de amor fiere, cuando los sus ojos alza.

Siete años hubieron de transcurrir para renovar la agradecida imagen de don Julio. Ahora, en el venerable edificio aledaño a la Secundaria 4: *Mascarones,* y en una aula que Torri alternaba con Julio Jiménez Rueda; monocorde y ritual, espléndido maestro. Nos correspondía escucharlo explicándonos la fascinación sumergida del primer curso de español superior; los lunes y los miércoles de 1950 —¡Ah, generación del Medio Siglo!—. A las 4 de la tarde se le veía a don Julio Torri trasponer el añoso zaguán para cumplir con la misma celebración bicicletera de la secundaria, sólo que ahora la dejaba a la puerta de la Dirección de Samuel Ramos.

Durante dos semestres Torri nos hizo hurgar en los graneros prodigiosos de Juan Valera y de José María de Pereda: *Pepita Jiménez* y *Juanita la larga* fueron, junto con *Peñas arriba,* lo mismo huertos floridos que cuevas gitanas de algarabías, tablados, paseos, saraos de ¡Viva la Virgen! o ¡Venga chorizo y venga tintorro! El maestro, ante alguna picardía color de rosa, sonreía para sus adentros y se sonrojaba para sus afueras dejando entrever, a través de sus ojuelos sin antiparras, la lengua y la cola del diablillo cojuelo que siempre llevó dentro de sí.

También se compartió la distinción de conocer lo más particular de su biblioteca particular, instalada actualmente en los regios aposentos de la biblioteca estatal de Villahermosa, Tabasco. La timidez ante tales particularidades fue apenas una armadura de hojalata renacentista dispuesta a colaborar con *Leandro Pérez Zambullo* y liberarnos para obtener la ascensión a las torres —campanas tolsianas— de la Catedral metropolitana. Y, ya en ellas, asomarnos al pastelón del México intemporal por la pasta hojaldrada de Palacio; remover también el milhojas de la Regencia y deslizarnos por la avenida 5 de Mayo hacia la modernidad que Julio Torri nos proponía en términos de personalísima originalidad. Aleve Julio Torri, profesor de literatura castellana entre los ado-

lescentes, doctor en letras y desterrado de no supo nunca qué época y qué país; con esa cautela suya, mezcla de recato y de impudicia. Un recurso del método entendido como discreción y ésta como signo de la más alta elegancia. Eso que permite afinar el *bovarismo casanovesco* que, según él, no poseyó.

EL OTRO JULIO TORRI

Por SERGE I. ZAÏTZEFF

Lo más apropiado al hablar de Julio Torri sería empezar con una paradoja, pero he preferido dar inicio a estas palabras con una afirmación que no lo es aunque lo parezca. Ésta dice sencillamente que el crítico literario y el detective ejercen la misma profesión o casi. Ambos persiguen con incansables esfuerzos todas las huellas que puedan llevarlos a esclarecer poco a poco el enigma que presenta algún crimen o alguna obra literaria. Aprovechan las confesiones o impresiones de testigos, buscan papeles o documentos reveladores, analizan detalladamente todo lo que ha dicho o escrito el perseguido y así pacientemente se van juntando las innumerables piezas del rompecabezas. Todas estas técnicas de investigación son aun más imprescindibles en el caso de escritores tan parcos como Julio Torri. La entrevista con el autor, las conversaciones con los que lo conocieron, las cartas con sus colegas y amigos, todo contribuye al asedio de una obra y de su creador. Pero también son de gran utilidad los textos dispersos en periódicos y revistas, o inéditos que el propio autor no ha querido reunir en volumen sea por rigor o pereza. En tales páginas se encuentran los gérmenes de textos más maduros, tentativas, errores, aproximaciones y a veces alguna pieza perfecta. Más de la mitad de la producción de Torri (si descontamos su manual de literatura española) pertenece a esa categoría de textos sueltos, los cuales, vistos en conjunto, constituyen la obra del otro Julio Torri, en contraste con el Torri de *Tres libros*. Las observaciones que siguen ofrecen tan sólo una síntesis de lo que significa esa otra mitad.

La lectura de los textos de índole crítica que Julio Torri no recogió en libro es particularmente reveladora de su actitud ante el quehacer literario. Su crítica desdeña los métodos científicos pero no por eso carece de valor. Lo que más le interesa a Torri es captar lo esencial de una obra y expresarlo de la manera más sucinta posible. Con pocas excepciones, sus páginas críticas (incluyendo sus prólogos) se reducen a poco más de una cuartilla. En estas notas escritas con ejemplar clari-

dad y sencillez se ve a un crítico exigente, sensible y sincero. Nunca se deja influir por sus propios prejuicios o antipatías como, por ejemplo, cuando se ocupa de Antonio Caso cuya importancia reconoce ampliamente. Torri sabe mantenerse imparcial y objetivo en el momento de comentar los libros de sus amigos. Es más, supo apreciar en seguida el talento de escritores como Alfonso Reyes, Mariano Silva y Aceves o Genaro Estrada. En sus apreciaciones relativas no solamente a las letras patrias sino a la literatura universal Torri muestra ser un lector muy comprensivo y siempre seguro de sí mismo en sus juicios.

El trabajo crítico de Torri es el resultado de una honda erudición y de un íntimo conocimiento de la tradición literaria desde la antigüedad hasta nuestros días. Por eso el comentarista suele situar la obra estudiada en un contexto más extenso señalando antecedentes, afinidades e influencias. Con amplio criterio se acerca al tema y lo relaciona con otras de sus lecturas. En el caso de la literatura mexicana, son de especial interés los pasajes de origen autobiográfico que evocan la actividad literaria en la ciudad de México durante la segunda década de este siglo, es decir a partir de la efervescencia ateneísta. Testigo de esa renovación cultural, Torri recuerda con cierta nostalgia aquellos cenáculos selectos, aquellas reuniones cotidianas con amigos escritores y artistas así como aquellos tés literarios en casa de Pablo Martínez del Río.

En casi todo lo que ha escrito Torri, está presente su inconfundible personalidad. A todo le imprime su propio sello. Aun estas opiniones críticas que no quiso coleccionar ofrecen un claro testimonio de quién fue Torri. Al enfrentarse a la obra de los otros, se revela a sí mismo. En particular, manifiesta su pasión por todo lo relacionado con la vida espiritual del hombre; de ahí su ilimitada admiración por Goethe. Anhela la perfección pero sabe, como lo dice en varias ocasiones, que el oficio literario resulta extremadamente difícil y nada natural. Por eso aprecia la sobriedad, la precisión expresiva, la excelencia estilística tanto de un Alfonso Reyes como de un Aldous Huxley, cualidades que de hecho caracterizan sus propios textos. Asimismo su innegable atracción hacia una visión humorística-irónica de la existencia se ve cuando lee a Cervantes, Huxley, Wilde, Silva y Aceves o Tablada. Otro aspecto importante entre las preferencias de Torri tiene que ver con su manera peculiar de contemplar la realidad. Como lo demuestran sus narraciones o ficciones, le fascina captar aspectos insospechados de esa realidad o incursionar en mundos imaginarios y fantásticos. Esto es precisamente lo que consigue hacer Cartier-Bresson con su cámara, la cual le permite —como observa Torri— crear "una nueva visión, impregnada de irrealidad". Por lo visto, Torri comparte con el célebre fotógrafo francés esta exploración penetrante del mundo, la cual rechaza toda concesión al exotismo o al

convencionalismo. Además, Torri aboga en un texto como "Escocia como patria espiritual", por una ruptura con la lógica y el racionalismo, condición esencial para poder entender la literatura, y sobre todo la literatura fantástica.

Como observación final sobre esos apuntes críticos habría que advertir de paso la presencia de otros Torris, entre éstos el devoto del poema en prosa a la manera de Aloysius Bertrand, el aficionado de la cultura francesa, el nacionalista (en el mejor sentido de la palabra), el amante del libro como objeto, el admirador de Casanova y el escritor puro que repudia la fama y la política literaria. Para Torri el escritor ideal o por lo menos el que prefiere es inteligente, culto, sobrio, agudo, ingenioso, irónico, humilde, original y dueño de su estilo.

Por lo que se refiere a los textos donde predomina el elemento narrativo y que no se incluyen en *Tres libros,* cabe destacar algunas líneas generales. Ya desde la publicación en Saltillo de su primer cuento, cuando Torri tenía apenas 15 años, hay un afán de ensanchar los límites de la realidad al mezclar con eficacia lo real y lo irreal. Anticipándose a las técnicas de Julio Cortázar, Torri en 1905 adopta una actitud lúdica al complacerse en engañar al lector haciéndole creer que lo que narra es "real" cuando se trata, como se revela al final, de una experiencia onírica. Reminiscente en cierto sentido de "Casa tomada" del cuentista argentino, se mantiene en "Werther" una atmósfera de misterio y terror. En sus cuentos inmediatamente posteriores, Torri seguirá jugando con la idea de que la realidad es múltiple y no excluye lo extraordinario, lo inverosímil, lo extraño. Así, los libros pueden conversar con toda naturalidad o un hombre decapitado puede ponerse a andar de nuevo después de que le coloquen la cabeza en su lugar. Es frecuente en esas ficciones la irrupción de un elemento perturbador o algo que choca con nuestra percepción del mundo. Deliberadamente Torri exhibe en esas tempranas páginas una postura anticientífica y antilógica, la cual a veces desemboca en una parodia de un universo gobernado por el orden y la razón donde se ha abolido la paradoja. En el cuento titulado "De la vida maravillosa de Salva-Obstáculos" se pone de manifiesto esa habilidad que tiene Torri para llevar una idea a sus últimas consecuencias. En este caso se vale de una perspectiva eminentemente absurdista aunque abundan también las observaciones irónicas dirigidas como de costumbre a las mujeres, a los maestros, al matrimonio y a las conversaciones. Es de interés notar aquí, igual que en otros relatos, la presencia de un narrador no omnisciente, es decir que no lo sabe todo, y que aun se burla de su propio texto. Esta combinación de ironía y fantasía se da también en "Mi único viaje", alusión a un viaje a la irrealidad el cual sólo se hace posible por tratarse de un mundo totalmente libre. Esta

idea del hombre que desaparece o que se vuelve ficción se desarrollará en "El vagabundo", texto rescatado por el propio Torri en 1964. Por lo demás, algunas frases de su famoso cuento "La cocinera" tienen su origen en aquella prosa.

El deleite que produce la lectura de esas páginas de Torri radica en gran parte en el tono que las caracteriza y en su precisión verbal, que es a menudo insuperable. "El ladrón de ataúdes", uno de sus mejores logros narrativos, ejemplifica perfectamente la maestría de Torri en controlar el tono y el estilo. Parte de la eficacia de una prosa como ésta depende de la distancia que mantiene el narrador ante hechos insólitos y extravagantes (aunque supuestamente verídicos), como recibir inesperadamente un ataúd gigantesco o coleccionar cajas mortuorias por su valor artístico. Como lo haría Jorge Luis Borges, se da en este texto fantástico un aire de verosimilitud mediante la mención de datos concretos, nombres y fechas, todos seguramente inventados. El hábil manejo de esos recursos, junto con un sutil humor negro, se combinan para crear un relato memorable a la altura de sus más famosos.

Ya hay en esas narraciones el deseo de no respetar los requisitos normales de los géneros y de utilizar procedimientos a veces ensayísticos o poéticos. El resultado ha desconcertado a los críticos, quienes tienden a querer clasificarlo todo, actividad que a Torri le parece totalmente fútil. De hecho, en el brillante ensayo titulado "Prólogo de una novela que no escribiré nunca", el autor se pronuncia categóricamente en contra de toda regla, definición o clasificación y se burla de tal intento con su propia sistematización seudocientífica de la forma novelesca. Torri considera que ésta ya está agotada pero, en cambio, inaugura (antes de Borges) el nuevo género del prólogo imaginario. El espíritu agudamente innovador de Torri lo lleva a subvertir (en tono burlón o irónico) los parámetros habituales de los géneros literarios y a introducir elementos incongruentes con la tradición. Así, el héroe se convierte en antihéroe, o triunfa el matrimonio y no el amor, como lo dicta la fábula. Igual que en los libros que Torri mismo publicó, su curiosidad genérica lo conduce a trabajar numerosas otras formas que por exigencias del reloj dejamos a un lado como, por ejemplo, la estampa, el aforismo, el pensamiento, la fábula, el retrato y el poema en prosa, entre otras.

En resumidas cuentas esta obra "no oficial" de Torri, aunque necesariamente desigual, señala rumbos, tendencias, preferencias, tanteos, logros que iluminan la trayectoria de este escritor singular. En el fondo, este otro Torri no es otro sino el mismo Torri de *Tres libros* y juntos se complementan para definir al verdadero Julio Torri.

HOMENAJE A OCTAVIANO VALDÉS, IGNACIO BERNAL Y PORFIRIO MARTÍNEZ PEÑALOZA*

DON OCTAVIANO VALDÉS, NOVELADOR Y HUMANISTA

Por Tarsicio Herrera Zapién

Se dice en ocasiones que un personaje cubrió largas etapas aunque vivió poco, pero de don Octaviano Valdés debemos decir que vivió magníficamente cada decenio, aunque sobrevivió casi todo un siglo.

El compañero de correrías estudiantiles romanas de los hermanos Méndez Plancarte acabó viviendo lo que ambos hermanos juntos. En efecto, ambos hermanos murieron de 45 años, mes más, mes menos: don Gabriel de enero de 1905 a diciembre de 1949, y don Alfonso de septiembre de 1909 a febrero de 1955. Y don Octaviano Valdés recorrió los nueve decenios que lleva este siglo: marzo de 1901 a mayo de 1991.

Monseñor Valdés no fue un escritor tan prolífico como sus dos amigos zamoranos, pero en cambio supo trascender de la página a la vida, añadiendo al ser eminente escritor, el ser patriarca de escritores, como abajo diré.

A su vez, don Octaviano formó, con ambos Méndez Plancarte y con monseñor Ángel María Garibay el más insólito Instituto de Investigaciones Literarias que haya existido en México.

Porque los cuatro sacerdotes humanistas procedieron a distribuirse vastos territorios de la cultura mexicana como encomenderos quijotescos. Garibay se abocó a la cultura náhuatl. El señor Valdés estudió al heroico padre Tembleque del siglo XVI y se extendió hasta el barroco mexicano del XVII. Don Gabriel profundizó en los humanistas del siglo XVI y en los del XVIII. Don Alfonso hizo suya toda la poesía novohispana para culminar con las monumentales *Obras completas de Sor Juana* en el XVII. Continúa don Octaviano con la *Rusticatio mexicana* del siglo XVIII y con

* Homenaje celebrado en sesión pública efectuada el 21 de enero de 1993.

la *Poesía neoclásica y académica* del XIX. Y don Gabriel cubre el siglo XX con su *Horacio en México*. ¡Qué estupendo centro de investigación y qué eficientes investigadores! Y sin sueldo alguno... Mejor dicho, con sueldo *post mortem* pues siempre escribieron con perspectiva trascendente.

Los campos literarios del señor Valdés

Muy variados terrenos literarios surcó don Octaviano: poesía, ensayo, crítica de artes plásticas, versión de clásicos y narrativa. Asomémonos a ellos.

El señor Valdés fue primero un entonado poeta posmodernista en su álbum juvenil *El pozo de Jacob* (1993) y en su libro *Bajo el ala del ángel* (1945). En esos poemarios exhibe nuestro vate ese sabor jugoso y estimulante que yo llamaría "el bruñido estilo valdesiano".

Don Octaviano prolonga ese estilo suyo tersamente vigoroso en su clásico ensayo *El prisma de Horacio* (1937, bimilenario natalicio del venusino inmortal). Lo mantiene al mismo tenor en su cuaderno de ensayos valorativos *Amado, Manuel José y otros exámenes* donde está su clásico texto "Amado Nervo, poeta proscrito" *(circa* 1975) y en su extenso ensayo "Pagaza, el poeta personal" *(Ábside,* agosto de 1939).

El señor Valdés penetra gallardamente a la crítica plástica que no tocan los Méndez Plancarte, cuando pronuncia su discurso de ingreso a la Academia Mexicana con el tema: *El barroco, espíritu y forma del arte de México* (22 de agosto de 1956).

Por lo demás, coincide don Octaviano con sus amigos michoacanos y hasta los homenajea en su labor de antologador.

Tres valiosos trabajos tiene en este terreno. Primero, su insustituible *Poesía neoclásica y académica,* Biblioteca del Estudiante Universitario, 1946, cuya reedición ha ordenado el actual director de dicha biblioteca, doctor Moreno y de los Arcos.

Su segundo volumen antológico se titula *El humanismo mexicano* (S. C. M., 1970), y se aproxima al contenido del libro *Raíz y flor de México,* que don Gabriel Méndez Plancarte dejó inédito.

Y la antología más significativa de don Octaviano se titula *Crítica de críticas* (Las hojas del mate, 1982). Allí recoge la bellísima *Vida, obra y perennidad de Sor Juana,* de don Alfonso Méndez Plancarte, junto con dos polémicas sonadas del mismo. La primera con el entonces rector de la UNAM, don Genaro Fernández Mac Gregor, sobre los himnos latinos de Sor Juana *(El Universal,* a partir del 19 de marzo de 1945).

La segunda —la más célebre— con Ermilo Abreu Gómez (cinco artículos semanales en *El Universal* a partir del 11 de septiembre de 1944), polémica que el autor de *Las trampas de la fe* suponía que no estaba

aún recogida en libro. Por el contrario, muchos de los temas debatidos en dichas *Trampas* ya están resueltos por Méndez Plancarte desde 1944 y 1945, según señalamos minuciosamente en nuestro libro *Buena fe y humanismo en Sor Juana* (Porrúa, 1984).

Otros dos terrenos literarios recorrió don Octaviano, que no pisaron los citados hermanos. Se trata de la versión de un gran poema épico latino, y de la creación narrativa.

En efecto, el señor Valdés realizó la esmerada versión en prosa de la célebre *Rusticatio Mexicana* (1782) de Rafael Landívar. La traducción de Octaviano Valdés se llama *Por los caminos de México,* y tiene ediciones de 1942 y 1973 en la UNAM, y de 1965 y 1990 en forma bilingüe en Jus. Nuestro amado monseñor nos mostraba, con la apagada sonrisa de sus 90 años, este su último volumen.

Don Octaviano, novelador

Pero el terreno que no tocaron los Méndez Plancarte, y que es el mayor timbre de gloria para el señor Valdés, es el de narrador de temas levíticos. Nadie como don Octaviano para evitar el insulso pietismo y cincelar sus páginas más centelleantes en *El padre Tembleque,* con sus cuatro ediciones: 1945, 1961, 1980 y 1986.

Y el poeta Horacio Espinosa Altamirano, autor de una bella antología de Octaviano Valdés que está en las prensas del Instituto Mexiquense de Cultura, me refirió el proyecto que el señor Valdés le describió: que había proyectado una trilogía que exaltara a las tres órdenes religiosas que redimieron a México en el XVI: tras los franciscanos con el padre Tembleque, iban a seguir los agustinos con un sacerdote activo en Michoacán, y luego los dominicos con fray Lucero en Oaxaca.

Pues bien, la estilización de Octaviano Valdés sobre la vida del humilde franciscano nacido en la villa de Tembleque, cerca de Toledo, es escrupulosamente fiel a sus fuentes: Mendieta en la *Historia eclesiástica indiana,* Torquemada en la *Monarquía indiana,* y algunas páginas de Betancourt y otras de Sahagún. Pero el sentido de plasticidad lírica y la brillante incisividad del señor Valdés han convertido este libro en su obra maestra, junto con *El prisma de Horacio.*

En ese libro leemos que fray Francisco de Tembleque se conquista plenamente a los indios el día en que impide que un encomendero español se arroje a caballo sobre la multitud indígena que sacaba penosamente el agua del jagüey donde bebían las bestias.

Cuando el fraile ha hecho alejarse al jinete español que balbucía amenazas, los naturales van a acompañarlo afectuosamente hasta el

convento. "Curioso cortejo, entre fúnebre y triunfal", anota incisivo don Octaviano.

Tierra de sequía pertinaz la de Otumba. Y comenta nuestro autor: "¿Cómo iba a ser eficaz la predicación contra la embriaguez, si el pulque era la única bebida sin sabores a lodo?"

El fraile concibió entonces la idea, al parecer extravagante, de traer agua a Otumba desde algún manantial, por lejano que estuviera. Resulta que está a 34 kilómetros, más allá de Zempoala, y dicen que esa fuente está más baja que Otumba, cosa que el padre Tembleque cree, o al menos espera, que no sea cierta. Empero, sólo lo comprobará cuando haya terminado el ingente acueducto que irá desde Zempoala hasta Otumba. Lo que no sospecha es que la colosal construcción le llevará 17 años.

Don Octaviano describe a fray Francisco, tras largos años de fatiga: "Aires y soles intemperantes le han lamido ya toda la juventud de la tez, antes blanca... La piel se le va pegando a los huesos" (p. 59).

Pasan los lustros de agobiantes fatigas. Ya en la corte se debate acerca de las fuerzas activas que el padre Tembleque merma a los encomenderos con su obra.

El alcalde de corte enviado por el virrey a comprobar la construcción con sus propios ojos, vuelve con el informe de que es casi un milagro.

Don Octaviano escribe:

> El acueducto ya casi acaba de realizar el salto increíble... El agua resbala ya por la enorme puente casi concluida de 67 arcos con 34 kilómetros de largo. El arco de enmedio es sobremanera grandioso y elegante, con una curva tan ágil como si de un solo impulso hubiera sido lanzado hacia arriba. Su altura es de casi 40 metros, tal que podría pasar un gran navío a vela tendida por debajo (p. 80).

Debemos hacer notar que la nave central de la Catedral de México se eleva 24 metros, apenas la mitad de la altura de ese arco mayor del padre Tembleque.

Años después de concluir su arquitectónica obra de misericordia, fray Francisco vive, anciano y casi ciego, al cuidado de fray Bruno, un lego indigno, que se fue fastidiando del anciano hasta volverse su verdugo.

Enloquecido, el mal lego saca un filoso cuchillo de la cocina del convento y da tres cuchilladas en el cuello al padre Tembleque. El criminal queda aterrado y, en vez de huir, acaba por ahorcarse con su propia cuerda de fraile.

En cambio, el enjuto padre Tembleque le sobrevive todavía unos años. Vive casi todo el siglo XVI y muere en 1589, cercano a los 90 años, esos 90 años que vivió Octaviano Valdés, el cincelador de su biografía en bronce inmortal.

Pero, ¿acaso el señor Valdés ha inventado las neorrealistas escenas del infiel lego fray Bruno, que él redactó en 1945, dos años después de la terrible *Familia de Pascual Duarte,* donde Cela presenta al protagonista asesinando a su propia madre?

Pues no, porque la "Síntesis de fuentes históricas en que se funda esta biografía" que va al final del libro, presenta el crimen de fray Bruno como referido por Mendieta, Torquemada y fray Alonso Ponce. Así que lo único que el señor Valdés tomó de Cela fue la sangre fría para referir la escena horripilante.

¿Que deducimos de tan macabra escena? Que el estar junto al altar no es garantía de santidad. Allí encontramos a muchos frailes promedio, entre los cuales un fray Bruno es el Judas del convento y, en los antípodas, el padre Tembleque es el fraile que imita más de cerca al Pobrecillo de Asís.

Una novela moderna

Tras la austera crónica novelada del padre Tembleque, don Octaviano teje para los lectores actuales su novela del sacerdote ante el matrimonio. Publica en 1968 *La cabellera de Berenice.*

El título alude a la constelación así llamada, la cual evoca la cabellera de una refinada condesa que navega de Nueva York a París, y se prenda de un joven activista cristero mexicano que viaja rumbo a Italia.

El protagonista es el abogado Claudio Montemayor quien, teniendo ya novia en México, es hechizado por la bella condesa Marcia Monticelli. Pero Claudio, mientras oye las frívolas charlas de la condesa, admira por contraste el entusiasmo y los sanos diálogos de tres seminaristas que viajan rumbo al Colegio Pío Latino de Roma con el padre Miguel Landa.

El contraste entre la alegría ficticia y la real, induce a Claudio a comunicarle al padre Miguel:

—Quiero ser sacerdote.

Sabiendo que Claudio ya tenía como novia en México a una joven provinciana, el confesor le contesta:

—En buena te has metido. Tres enamoramientos: Verónica, Marcia y Cristo.

Estamos ante una novela de tesis, la cual enuncia así el padre Miguel: "Todos tenemos nuestra media naranja, y suerte nos dé Dios a los sacerdotes de que haya nacido ella en los antípodas o, si alguna vez la encontramos, que Él nos dé su gracia y nos agarremos a su ayuda con manos y uñas" (p. 29).

Y Claudio reflexiona largamente, y decide ir matando en su corazón no sólo el amor de la provinciana, sino también el de la condesa, tan bella como una "estatua griega en movimiento" (p. 160). Nuestro personaje entra al Pío Latino y a la Gregoriana a cursar teología. ¡Qué descripciones de Roma y de su esplendor plástico nos da Valdés, catedrático de arte sagrado en el Seminario Conciliar por muchos años!

Llega el día de la ordenación. La refinada condesa va a ir a recibir la bendición de Claudio Montemayor, como nueva Fedra que corre al encuentro de Hipólito, según comenta el citado poeta Horacio Espinosa.

Don Octaviano opta por presentarnos a la bella Marcia manejando por las carreteras suburbanas de Roma rumbo a la Basílica de Letrán, donde se ordena sacerdote el protagonista. Las campanas de toda la Ciudad Eterna ya corean la gloria de la Pascua del Señor.

Ella teme llegar tarde a la Basílica. Acelera demasiado su velocísimo auto deportivo color vino, en un vértigo de tragedia griega. Acelera más. Una ligera curva con arena suelta. El señor Valdés concluye: "El airón dorado de la cabellera de Marcia deja atrás a los vientos. ¡Cabellera de Berenice en la noche estrellada!... La espesura de la noche sobre la vida de Marcia".

—¿Por qué este cruel final?— le preguntaba alguien a don Octaviano.

—Porque Dios no hace las cosas a medias, y la providencia vela por sus sacerdotes —le oímos contestar.

Veintitrés años pasaron desde la joya posmodernista *El padre Tembleque* (1945) hasta el despliegue primaveral de *La cabellera de Berenice* (1968).

Confidencias otoñales

Un tercer libro narrativo, ya conciso y confidencial, viene otros 17 años después. Es su testamento literario. El tema y el título de este librito es *Ángel María Garibay K.* (Las hojas del mate, 1985).

En breves pinceladas nos presenta el señor Valdés a su entrañable amigo Ángel María Garibay, que decía tener cinco sangres: indígena, española, vascuence, negra y judía (p. 12); el que de joven fue bibliotecario del Seminario Conciliar y se levantaba una hora antes que todos, a las cuatro y media, para ir a hundirse en la biblioteca; el que fue vicario de Jilotepec, y la gente que lo veía siempre encerrado con sus libros pidió al arzobispo que les mandara a otro párroco que ya hubiera terminado sus estudios.

Don Ángel fue maestro del Seminario de 1919 a 1925, y luego párroco de Huixquilucan, antes de pasar a Otumba en 1932, el mismo año en que don Octaviano fundó el "círculo del mate".

De 1932 a 1990, "el mate" (nombre del té paraguayo que en ese círculo se tomaba) duró 58 años. Don Octaviano fundó ese círculo de escritores relevantes con tres Alfonsos: Méndez Plancarte, Gutiérrez Hermosillo y Junco. Con ellos, el padre Gabriel, hermano del primero, y don Ángel María Garibay. Se les añadieron muy pronto los relevantes juristas Agustín Yáñez, Antonio Gómez Robledo y Alfonso Noriega. Y completaron esa primera época académicos tan destacados como Alí Chumacero y nuestro actual director, José Luis Martínez.

De una visita a Otumba refiere interesantes recuerdos mi antecesor en esta Academia, don José Rojas Garcidueñas, en su ameno libro *El erudito y el jardín,* edición Academia Mexicana, 1983. Garibay pasmó a todos los que lo visitaban una vez en Otumba, dándoles la clave de su dominio de 10 o 12 lenguas, entre vivas y clásicas:

—En una agenda tengo apuntado el idioma que leeré cada mes. Por ejemplo, abril, alemán; mayo, francés. Así es como no me empolvo.

Y "a la sombra augural de un ábside franciscano —álveo materno de nuestra cultura— germinó la idea" de la revista *Ábside* —escribió Gabriel Méndez Plancarte, el fundador y primer director, desde 1936, seguido por su hermano Alfonso y por Alfonso Junco—. Excepcional revista que duró 30 años publicándose. Por cierto que considero como la continuación de *Ábside* la serie de folletos *Las hojas del mate,* donde don Octaviano publicó tres números suyos, además de *Hidalgo, reformador intelectual* (1944 y 1971), *Luto por Agustín Yáñez* (1980) y *Domínicas del mate* (1974).

Don Octaviano recuerda que una vez, en Otumba, don Ángel llevó a sus amigos del mate a ver el acueducto del padre Tembleque. Modestamente comentó el señor Valdés: "Impresionado yo ante el grandioso espectáculo de los arcos, y por la vida del constructor, me di a hurgar viejas crónicas y resultó el libro" *(A. M. Garibay,* p. 26).

En 1941, don Ángel es nombrado canónigo doctoral de la Basílica de Guadalupe. Si en 1939 había editado su traducción métrica de la *Trilogía de Orestes,* y los sonetos de su *Virgilio romántico* y del *Poema de los árboles,* sus mayores desvelos los dedicó desde entonces especialmente a la poesía indígena, luego de haber editado su *Llave del náhuatl* (1940, y Porrúa, 1960) y sus *Morfemas nominales del otomí* (SEP, 1934).

Algunos títulos del extenso catálogo indigenista de don Ángel María Garibay que transcribe el libro del señor Valdés incluyen: *Poesía indígena de la Altiplanicie* (Biblioteca del Estudiante Universitario, 1940, 1952 y 1960); *Épica náhuatl* (Biblioteca del Estudiante Universitario, 1952); *Veinte himnos sacros de los nahuas* (Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1958); y, sobre todo, su vasta *Historia de la literatura náhuatl* (dos vols. en Ed. Porrúa, 1953 y 1954).

En este libro reconoce con lealtad Garibay que "ciertamente hubo falsificaciones, como un poema atribuido a Nezahualcóyotl, del cual sacó inspiración el neoclásico J. Joaquín Pesado, en sus *Aztecas*, donde tiene versos como éstos: 'Son las caducas pompas de este mundo / como los verdes sauces de la fuente' ".

Por el contrario, de los auténticos poemas nahoas que Garibay tradujo, comentaba: "Ojalá yo hubiera inventado estas composiciones; desgraciadamente sólo las he traducido" (p. 39).

La ciclópea labor de Ángel M. Garibay hizo que en 1966 se le otorgara el Premio Nacional de Literatura, y que, a su muerte, se le velara en el vestíbulo del Palacio de Bellas Artes.

De todo ello nos informa el áureo librito que don Octaviano Valdés dedicó a su amigo del alma Ángel M. Garibay.

Epílogo del mate

Pero todos los méritos de la pluma de monseñor Octaviano Valdés, pese a ser relevantes, palidecen para muchos ante el hecho de haber sido él el patriarca de los escritores mexicanos en su singular "círculo del mate".

Ante la sonrisa patriarcal y los tres cipreses de don Octaviano, convivíamos tirios y troyanos, gobiernistas, socialistas e independientes, a lo largo de casi seis decenios, en el último de los cuales fui asiduo contertulio.

Allí habían acudido los domingos a mediodía, desde el secretario de Educación y ex gobernador Agustín Yáñez, y el embajador Antonio Gómez Robledo, hasta el *Chato* Noriega, maestro de tres presidentes. Destacaron luego ahí el férreo pintor Federico Cantú, el poeta y marxólogo Enrique González Rojo y el admirado epigramista Francisco Liguori, además del sólido narrador Andrés Henestrosa, y el editor Alfredo Leal Cortés. Además, asistía el poeta Horacio Espinosa Altamirano, antologador de don Octaviano, al cual dedicó tres marmóreos sonetos. Y quien ahora habla ha sido el cronista de la tertulia.

Allí nació la candidatura de monseñor Valdés, deán de la Catedral metropolitana, para el Premio Nacional de Literatura, que no prosperó ni en 1988 ni en 1989. En cambio, sí festejamos su Premio Sor Juana del Gobierno del Estado de México (1986). En torno a una mesa del Restaurante Prendes, festejamos los 89 años de don Octaviano, quien nos decía: "La perspectiva de la tertulia del próximo domingo me hace vivir con nuevos ánimos".

Luego, mi brindis fue este soneto:

Hay de afable amistad ameno trueque
cuando en cada domínica dimana
la bondad patriarcal y franciscana
del que elevó los arcos de *Tembleque.*

Don Octaviano impide que se seque,
tras casi sesenta años, la fontana
de su hospitalidad amable y llana
que hace que nadie de mezquino peque.

Nunca su *Cabellera, Berenice*
extendió en firmamento más felice
que en tu casa, de alianza plácida arca,

Y, entre sorbos de mate y risa sana,
en tu *Rusticación* tan *mexicana*
nos cobija su abrazo de patriarca.
(21 de marzo de 1990)

Ya nos han ofrecido cómodos salones para continuar esa única tertulia de escritores sin consignas ni estrategas que ha existido en el México actual. Pero, ¿quién nos podría proporcionar a otro patriarca como don Octaviano Valdés —a no ser que sea monseñor Manuel Ponce— para que siga iluminando mentes creadoras y fomentando amistades duraderas "bajo el ala del ángel"?

RECORDACIÓN DE DON IGNACIO BERNAL

Por Roberto Moreno y de los Arcos

Si hace un par de años alguien me hubiera pedido definir a un caballero, hubiera yo evitado tramposamente el enlistado de atributos y adjetivos que desde niño asocio con tal cualidad y hubiera recurido al fácil expediente de poner un ejemplo que sería, sin pensarlo dos veces, don Ignacio Bernal García Pimentel, colega académico ausente cuya recordación se me ha solicitado por los miembros de esta casa que ahora nos alberga.

Pocas cosas podrían serme tan propincuas y entrañables como la de esta honrosa encomienda de la Academia Mexicana. He, pues, de empezar por recordar que fueron tres académicos historiadores mis padrinos para el ingreso en esta institución: don Miguel León-Portilla, don Ru-

bén Bonifaz Nuño y don Ignacio Bernal. De éste dije en las frases protocolarias aunque muy sentidas de gratitud lo siguiente: "a través de la ciencia de los tepalcates se ha convertido en uno de los más grandes expertos en la historia mexicana, en particular, la prehispánica".

No eran pocos los muy altos títulos con los que don Ignacio enfrentó su auténtica vocación mexicanista, que lo llevaron a ser el arqueólogo más culto de su tiempo y el de más galana pluma, por lo que ocupó aquí con reconocimiento generalizado un sitial. Era bisnieto del ejemplar polígrafo don Joaquín García Icazbalceta y nieto de don Luis García Pimentel, ambos, aunque en mayor proporción el ilustrísimo don Joaquín, autores de trabajos ineludibles sobre nuestra historia colonial. Viniendo de tan noble cepa, no es extraño que Bernal dejara ciertos escarceos con la jurisprudencia y se identificara con lo que realmente fue su interés, que era la historia de nuestra patria. Aunque optó por una de las ramas de la ciencia del pasado que llamamos arqueología, lo cierto es que, a diferencia de sus preclaros antepasados, percibió claramente que el único rasgo diferencial de nosotros con el resto del mundo occidental son los que llamamos indios y que tan sólo por su estudio con dedicación científica, constante, serena y amorosa podremos vernos con alguna claridad en el espejo de nuestro auténtico ser mexicano.

Aunque lo conversé con él alguna vez, nunca me quedó claro si fue por pereza de la cigüeña o por educación del futuro infante, el hecho es que don Ignacio nació en París en febrero del significativo año de 1910. Mexicano de nacimiento desde entonces, a su incorporación a su legítima patria resolvió hacer estudios. Para abreviar, sólo diré que los hizo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en nuestra hoy un tanto maltrecha Escuela Nacional de Antropología del INAH, donde alcanzó el título de arqueólogo en 1947. Era en aquel entonces la Escuela uno de los más novedosos y ejemplares logros científicos de los regímenes revolucionarios. Ahí tuvo Bernal el privilegio de ser discípulo y más tarde amigo de don Alfonso Caso.

No es cosa de referir por extenso su carrera académica: maestro en 1949; cuatro veces doctor, uno *Honoris causa* en 1970, premio nacional, mérito universitario y demás, sólo dejan constancia de que su vida se consagró a satisfacer con empeño y total lealtad a su vocación intelectual. Su brillante inteligencia, sumada a su indisputable erudición tanto como a su elegante alternancia entre la firmeza y la bondad lo condujeron inevitablemente a ocupar cargos de responsabilidad. No tuvo ninguno de representación popular ni alguno de los políticos de designación de los poderes. Y no es que me parezca mal que existan esos cargos, sino que no imagino a don Ignacio de diputado federal. Todos los

encargos, que cumplió con atinada mano, fueron de los que se deben dar a personas de su talante para impulsar desde la sabiduría los ímpetus de los jóvenes que muestran intención de ampliar los límites de nuestros conocimientos y consagrarse de buena fe al cultivo de la historia patria. Por ello recordaré tan sólo aquellos puestos en los que tuve ocasión de tratarlo: director del INAH y posteriormente del Museo Nacional de Antropología e Historia, cargo este último que requiere siempre de un diplomático del más alto nivel. En éstos, como en otros cargos, Bernal dejó imborrable impronta.

Su obra como arqueólogo tuvo como interés fundamental por un largo tiempo las culturas de Oaxaca. Mostró en esa actividad que percibía con clarividencia que en las culturas del sur mesoamericano, las menos aplastadas por la Conquista europea, se podrían encontrar claves para el conocimiento de formas de expresión del fenómeno humano desaparecidas casi por completo en el altiplano central. Nadie que se quiera ocupar de la historia prehispánica de mixtecos y zapotecos puede eludir los trabajos de Bernal.

Pero como su interés iba mucho más allá que el aporte de un ladrillo al edificio de nuestro saber, se ocupó de temas tan capitales como el del origen de las culturas mesoamericanas y nos brindó una obra sobre el mundo olmeca que no por ya superada en recientes trabajos deja de ser fundamental para quien desee adentrarse en el fascinante misterio de nuestra cultura madre. Como este libro, dejó otro, también de indispensable lectura, sobre la última gran civilización que enfrentó al invasor europeo. En su *Tenochtitlan en una isla,* que cuenta con varias ediciones, aportó una síntesis de su sabiduría sobre el México prehispánico y sobre la gran ciudad, concepción cosmológina de portento que hoy nos empeñamos en habitar para destruirla.

Como no es cosa de enlistar aquí toda la bibliografía del caballero que hoy recordamos, solamente añadiré dos aspectos más de su inquietud intelectual. Buen heredero de Icazbalceta, percibió que de la bibliografía se nutre el primer pilar de nuestra necesidad de conocer y logró la magna bibliografía de arqueología y etnografía mexicanas, editada en 1962 (antes de las computadoras), hoy por hoy no superada ni actualizada. Una inteligencia tan aguda como la suya, malamente podría dejar de preguntarse por la índole de su propia actividad profesional y por eso nos dejó unos magníficos textos donde, al hacer la historia de la arqueología, hace reflexionar sobre su sentido científico y nacionalista.

Para terminar, he de decir que conocí personalmente a don Ignacio mucho menos de lo que hubiera deseado. Algunas ocasiones en conferencias, otras en esta Academia y algunas más, cuando ya retirado y enfer-

mo, iba a verlo a su casa en compañía de nuestro común amigo, también ya desgraciadamente fallecido, don Joaquín Cortina. En ese entonces aprendí su talante, su erudición, su bonhomía, su gran sentido del humor y su firmeza de convicciones.

Emprendió ya el camino inédito de la muerte. Todos lo extrañaremos. Por mi cuenta, cuando me toque seguirlo desearía que, si tal cosa fuera posible, se me permitiera llevar en el morral, hermanado con Joaquín Cortina, el recuerdo de su nobilísimo genio y su muy elegante figura.

RECORDACIÓN DE PORFIRIO MARTÍNEZ PEÑALOZA

Por Alí Chumacero

Fue Porfirio Martínez Peñaloza un hombre que hermanó la nobleza de la conducta personal con la madurez del oficio literario. Su depurado amor por la palabra no desmerecía frente a su amable y solícita relación con los demás. Afecto y sapiencia, cordialidad y conocimiento, se mostraban por igual mediante una actitud ante la vida, inclinada lo mismo a la bondad que a la investigación. Porque lo cortés no quita lo inteligente, y el cultivo del pensamiento no desvirtúa la convivencia con nuestros prójimos.

Iniciador de revistas culturales —*Viñetas de Literatura Mexicana,* en Morelia; *Trivium,* en Monterrey—, fue ensayista, conferenciante, prologuista y estudioso de amplios aspectos del arte popular. Además de esclarecer etapas oscuras de nuestras letras, su labor crítica no sólo ayudó a iluminar ciertos rasgos de la poesía de Manuel de Navarrete, lejano precursor del romanticismo mexicano, sino que animó la frialdad del enciclopédico Francisco Sánchez de Tagle, insertó en el ambiente de su tiempo los ensayos de Manuel Gutiérrez Nájera, presagio del contiguo modernismo, y elogió los versos de Joaquín Arcadio Pagaza, invariable mantenedor de los moldes clásicos. Es decir, su empeño explorador contribuyó a definir varias figuras literarias, pues "tomar a un hombre para examinarlo en lo biográfico y de allí seguir el examen total de su obra no es sino llevar a pleno desarrollo sus disciplinas y experiencias". Así, su principal libro *Algunos epígonos del modernismo,* editado en 1966, "es un producto de investigaciones pacientes, muy cuidadosas y, por fortuna, fructíferas: un volumen que contiene hallazgos de piezas literarias, rectificaciones y aclaraciones de asuntos que habían quedado dudosos; en fin, un libro sumamente valioso para el estudio de las letras mexicanas".

Nacido en Morelia, en 1916, Porfirio Martínez Peñaloza recordó en varios textos a los escritores michoacanos. En multitud de páginas hizo el panegírico de firmas que acrecentaron la tradición cultural del país, en particular Francisco de Paula León, experto en la pintura autóctona de las lacas de Uruapan, y Alfredo Maillefert, autor de *Laudanza de Michoacán, Una historia que contar, Ancla en el tiempo, Los libros que leí* y *Velero romántico.* Asimismo recogió noticias sobre otros autores de su provincia, desde Clemente de Jesús Munguía hasta Manuel Ponce y Francisco Alday, pasando por Mariano de Jesús Torres, Jesús Romero Flores, Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, Félix María Martínez y Francisco y José Elguero.

Pero si la obra de Martínez Peñaloza es notable en lo que a la literatura se refiere, no lo es menos en el ancho campo del folclor, tanto por sus aportes al conocimiento de nuestras costumbres como por sus consideraciones sobre el carácter peculiar de los productos artesanales. A este respecto, José Rojas Garcidueñas señaló esa inflexible dedicación, realizada con evidente provecho: "Otro terreno que también ha cultivado es el del estudio del arte popular y las artesanías de México, cuyos frutos constan en una considerable lista de artículos, conferencias, colaboraciones en congresos y seminarios". En efecto, costumbres, fiestas, bromas, celebraciones, ceremonias, ocurrencias, todo eso fue motivo de su curiosidad y de su acertada interpretación. Apoyado siempre en ideas y razonamientos de autoridades reconocidas en esas materias, sus escritos ponen a flote algo del interior de nuestro espíritu.

En términos generales, Martínez Peñaloza se refiere a las consecuencias del encuentro entre la cultura indígena y la cultura occidental —la llamada transculturación—, de las cuales surgen, casi inmediatamente, objetos artesanales que muestran huellas de ambas civilizaciones. "El significado del arte popular y de las artesanías en nuestro país nace de un proceso genético en que intervienen la tradición artística y artesanal prehispánica y las aportaciones del arte y las artesanías de España, que al influirse mutuamente y asimilar elementos de otras tradiciones dan al fin un arte mexicano mestizo". Las variantes "pueden ocurrir en las formas y sistemas decorativos, en las materias primas, en la técnica de producción y en la función de los artefactos".

Sin embargo, por encima de esas disimilitudes, de esas "variantes", persiste un parentesco que se conserva en la industria artesanal de los pueblos de todos los continentes. "Aun separados por distancias geográficas o lapsos temporales muy grandes, los artesanos coinciden en dar a sus obras formas similares y usar diseños decorativos muy semejantes. Esto traduce la igualdad humana esencial: todo hombre tiene necesidad de expresarse y, en último término, tiene las mismas necesidades, para

cuya satisfacción cuenta —también en última instancia— con un número limitado de recursos."

La danza tradicional, manifestación artística estrechamente unida a nuestra índole, fue también motivo de reflexiones de Martínez Peñaloza. Ya Diego Durán, en su *Historia de las Indias e islas de Tierra Firme,* subraya la armonía entre el movimiento del baile y el sonido de la canción entre los indígenas:

> Preciábanse mucho los mozos de saber bailar y de ser guías de los demás en los bailes. Preciábanse de llevar los pies a son y acudir a su tiempo con el cuerpo y los meneos que ellos usan, y con la voz a su tiempo. Porque el baile de éstos solamente se rige por el son, empero también por los altos y bajos que el canto hace cantando y bailando juntamente.

La verdad es que Martínez Peñaloza aborda estos temas desde distintos puntos de vista con el objeto de determinar, primero, una definición del arte popular; en seguida, su contenido y, posteriormente, los materiales constantes con que se fabrican los objetos. Todo ello fundado en buena parte en observaciones hechas en el ambiente cultural de su provincia: Michoacán.

Para finalizar, sean mis últimas palabras un reconocimiento a Porfirio Martínez Peñaloza como dignísimo miembro que fue de la Academia Mexicana. El laborioso desempeño de su oficio cumplió con el propósito de esta institución al dar debido esplendor a la lengua común con que aún nos expresamos más de 200 millones de hispanohablantes.

Muchas gracias.

HOMENAJE A DON JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA*

Por José Luis Martínez

Todos tenemos una constelación personal de nuestras más hondas aficiones intelectuales. Casi siempre surgieron en la juventud, en los años en que descubrimos el mundo de las letras. Muchas de estas aficiones fueron pasajeras y el tiempo las fue borrando. Pero otras son permanentes y, aunque volvamos o no a sus creaciones, las rememoramos con un temblor mental, como cosa nuestra entrañable.

He aquí las estrellas, que, en un primer intento y sujeto aún a ajustes, forman mi constelación personal. Primero las del ancho mundo: Marco Aurelio, Fernando de Rojas, William Shakespeare, Michel de Montaigne, Gustave Flaubert, Jules Renard, Charles Baudelaire, Leon Tolstoi, Herman Melville, John Keats, Juan Valera, Marcelino Menéndez Pelayo, Marcel Proust, Rainer Maria Rilke, T. S. Eliot, Aldous Huxley, Thomas Mann, Cyril Connolly y Jorge Luis Borges. Y luego, las de casa: Bernardino de Sahagún, Sor Juana, Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Joaquín García Icazbalceta, Ramón López Velarde, Alfonso Reyes, Julio Torri, Carlos Pellicer, José Gorostiza, Agustín Yáñez, Octavio Paz y Juan José Arreola.

Por supuesto, mi lista de aficiones es arbitraria, pero, podrá preguntárseme: ¿qué hacen dos eruditos, como Menéndez Pelayo y García Icazbalceta, entre los creadores?

Pues resulta que don Marcelino organizó la historia de la literatura española, y don Joaquín le dio cuerpo a la cultura mexicana del siglo XVI. Lo recordamos ahora al cumplirse, el 26 de noviembre, el primer centenario de su muerte en 1894.

Debido a las azarosas condiciones de la educación en México, don Joaquín nunca asistió a ninguna escuela y, con maestros particulares y su propio esfuerzo, aprendió bien lenguas extranjeras: latín, francés, inglés, italiano y bastante alemán. Hízose, además, un paleógrafo com-

* Discurso pronunciado en nombre de la Academia Mexicana en la sesión solemne celebrada en el Auditorio del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, el 25 de noviembre de 1994, con motivo del centenario de la muerte de don Joaquín García Icazbalceta.

petente, un escribano de imperturbable limpieza y un tipógrafo excepcional. Y decidido a consagrarse a la ilustración de la cultura mexicana en el siglo XVI, en el que todo se inicia, se puso a seguir sus rastros.

Para entrar en relación con el eminente historiador bostoniano William H. Prescott, quien facilitaría a don Joaquín numerosas copias de documentos históricos mexicanos, García Icazbalceta traduce del inglés la *Historia de la conquista del Perú,* en 1849, y le añade un sustancioso Apéndice. Y años más tarde, contribuye con 56 artículos de tema histórico al *Diccionario universal de historia y de geografía* (1853-1856).

Por estos años, don Joaquín casó en 1854, cuando contaba 29 años, con doña Filomena Pimentel, hermana del historiador de nuestra literatura, Francisco Pimentel. Tuvo dos hijos, Luis y María, pero la señora murió en 1862. Don Joaquín nunca se repuso de la pérdida de su mujer y no volvió a casarse. Y esta tristeza suya coincidió con la pérdida de su fortuna, en los días aciagos de la intervención francesa y del imperio. Le llevaría 20 años reparar su economía. Poseía dos haciendas, Santa Clara y Tenango, en el estado de Morelos, dedicadas al cultivo de la caña de azúcar. Además de administrarlas desde la ciudad de México, en el despacho que tenía en la calle de San José el Real número 13, hoy Isabel *la Católica,* durante los meses de invierno, de enero a febrero, se trasladaba a sus haciendas:

> El "dulce jugo" —escribía don Joaquín a un amigo— alimenta a mi familia hace más de siglo y medio, por lo cual hay que verle con respeto y atención... es mi *modus vivendi*... y el que da para calaveradas literarias como la de la *Bibliografía del siglo XVI.*

Sus trabajos se orientaron en dos direcciones principales concentradas especialmente en el siglo XVI: literatura e historia, como estudios monográficos o como ediciones de textos, traducidos y anotados cuando fue necesario. La simple enumeración de sus escritos nos muestra la magnitud de sus contribuciones al conocimiento de nuestra cultura. En el campo de la literatura le debemos la traducción, estudio y anotación de los *Diálogos latinos* o *México en 1554,* de Francisco Cervantes de Salazar —obra ejemplar por la riqueza de sus materiales—, así como la presentación del *Túmulo imperial,* del mismo humanista; las ediciones de los *Coloquios* de Fernán González de Eslava, y de los *Opúsculos latinos y castellanos* de Francisco Javier Alegre; la edición del *Peregrino indiano,* de Antonio de Saavedra Guzmán; y los estudios sobre "Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo XVI", y sobre Bernardo de Balbuena. Y en el campo de la historia, las ediciones de la *Historia de los indios* y de los *Memoriales* de fray Toribio de Motolinía; del *Itinerario* de Juan de Grijalva;

la traducción del relato de El Conquistador Anónimo; la edición de varios documentos cortesianos entonces inéditos; la edición del *Cedulario* del oidor Vasco de Puga; de las *Nuevas leyes* de 1542; de varias cartas y memoriales de fray Bartolomé de Las Casas, de Nuño de Guzmán, del obispo Ramírez de Fuenleal y de Alonso de Zorita; el descubrimiento de fragmentos de la *Historia de la Nueva Galicia,* de fray Antonio Tello; de la *Relación de Tezcoco,* de Juan Bautista Pomar; de los opúsculos *Historia de los mexicanos por sus pinturas* y *Origen de los mexicanos;* de la notable edición de la *Historia eclesiástica indiana,* de fray Jerónimo de Mendieta, y de documentos relativos a su actuación; y de la traducción de los relatos de viajeros ingleses en el siglo XVI.

Sus estudios monográficos son contribuciones pioneras y fundamentales en cada uno de sus temas, que aquí enumero: Autos de fe, El cacao, El ganado vacuno, Las fiestas del Pendón, Introducción de la imprenta, La antigua Catedral de la ciudad de México, La antigua Plaza de la ciudad de México, el Colegio de Niñas y el de San Juan de Letrán, La iglesia y el convento de San Francisco de México, La industria de la seda, La instrucción pública en el siglo XVI, La Universidad de México, Los acueductos, Los médicos, Las representaciones religiosas en el siglo XVI, Un Creso del siglo XVI, Los 205 mártires del Japón y Chapultepec.

Sus estudios mayores son el dedicado a *Don fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México,* los *Apuntes para un catálogo de escritores en lenguas indígenas de América* y el *Vocabulario de mexicanismos,* en que trabajó en sus últimos años y que dejó incompleto, hasta la letra G. Y su obra magna es la *Bibliografía mexicana del siglo XVI.* Para ponderar los méritos de esta obra, es necesario repetir lo que de ella escribió Menéndez Pelayo: "Obra en su línea de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna".

La vida intelectual de don Joaquín García Icazbalceta tiene un capítulo de austera valentía moral, que para mí es uno de los momentos más altos de la práctica histórica de México. En 1883, el arzobispo metropolitano, Labastida y Dávalos, le pide su opinión sobre una apología de las apariciones guadalupanas. Don Joaquín se excusa y el arzobispo le insiste diciéndole "que se lo rogaba como amigo y se lo mandaba como prelado". Ante esa orden, García Icazbalceta, hombre profundamente religioso, escribe su carta, de octubre de 1883, en la que hace una exposición histórica de las apariciones. Su estudio es un modelo de investigación de rigurosa objetividad, y sus conclusiones son negativas. Al final de la carta dice:

> En mi juventud creí, como todos los mexicanos, en la verdad del milagro; no recuerdo de dónde me vinieron las dudas, y para quitármelas acudí a las

apologías: éstas convirtieron mis dudas en certeza de la falsedad del hecho. Y no he sido el único. Por eso juzgo que es cosa muy delicada seguir defendiendo la historia. Si he escrito acerca de ella, ha sido por obedecer el precepto repetido de Vuestra Señoría Ilustrísima. Le ruego, por lo mismo, con todo el encarecimiento que puedo, que este escrito, hijo de la obediencia, no se presente a otros ojos ni pase a otras manos; así me lo prometió Vuestra Señoría Ilustrísima.

El arzobispo no mantuvo la discreción prometida y la carta de don Joaquín comenzó a divulgarse. Causó a su autor graves disgustos y desánimo en sus trabajos, que, de hecho, interrumpió. El sabio don Joaquín García Icazbalceta murió el 26 de noviembre de 1894, fulminado por un ataque de apoplejía. Los aparicionistas no respetaron su muerte, que presentaron como un ejemplo de castigo divino. Se había atrevido a decir su verdad histórica.

Cuando han transcurrido 100 años de la desaparición de García Icazbalceta, creo que hemos descuidado el aprovechamiento de algunas secciones de su obra. La *Bibliografía mexicana del siglo XVI,* de 1886, se ha reimpreso dos veces, por el Fondo de Cultura Económica, en 1954 y en 1981, adicionada con gran competencia por Agustín Millares Carlo; la *Colección de documentos para la historia de México,* de 1858 a 1866, así como la *Historia eclesiástica indiana,* de Jerónimo de Mendieta —editada por García Icazbalceta en 1870— las ha reimpreso facsimilarmente la Editorial Porrúa, en su Biblioteca Histórica, en 1971; la primera edición de *México en 1554,* de Francisco Cervantes de Salazar, que es uno de los libros más curiosos y amenos que debemos a don Joaquín, es casi desconocido. La edición original de 1875 se limitó a 180 ejemplares, y la reimpresión facsimilar que hizo Jesús Medina, editor, sin fecha, fue de 500 ejemplares. De esta obra suele reproducirse la traducción castellana de don Joaquín, y en la edición de la Biblioteca del Estudiante Universitario (núm. 3, 1939) se reproducen las introducciones a cada uno de los diálogos y tres de las notas. Sugiero que se reimprima el facsímil de la obra completa, en una edición masiva que haga accesible tan hermoso libro. Los cinco volúmenes de la *Nueva colección de documentos para la historia de México,* de 1866-1892, los reimprimió en una fea edición, hoy agotada, Salvador Chávez Hayhoe, en 1941, y Edmundo Aviña Levy, en 1971. El *Vocabulario de mexicanismos,* de 1899, lo reimprimió la Academia Mexicana de la Lengua, en 1975, cuando celebraba su centenario, con una introducción de José Luis Martínez.

El gran estudio sobre Zumárraga, de 1881, fue reimpreso en la Colección de Escritores Mexicanos (vols. 41-44, 1947), de la Editorial Porrúa, en edición de Rafael Aguayo Spencer y Antonio Castro Leal. Los

periodiquitos que formó el niño Joaquín, durante su destierro en España, de 1829 a 1836, y a su regreso a México, fueron rescatados y estudiados por quien esto escribe, en Joaquín García Icazbalceta, *Escritos infantiles* (FCE, México, 1978).

Algo se ha hecho para difundir el riquísimo epistolario de nuestro sabio. Felipe Teixidor publicó en las Ediciones Porrúa, en 1937, un excelente volumen de *Cartas* de Icazbalceta a José Fernando Ramírez, José María de Agreda, Manuel Orozco y Berra, Nicolás León, Agustín Fisher, Aquiles Gerste y Francisco del Paso y Troncoso, con prólogo de Genaro Estrada, con copiosas notas y apéndice. La mayor cantidad de cartas fueron para Nicolás León. Años más tarde, Ignacio Bernal recogió y amplió esta *Correspondencia* con Nicolás León (UNAM, México, 1982); y para el número 3 del *Boletín de la Academia Mexicana* (México, enero-diciembre de 1982), el mismo doctor Bernal, descendiente de don Joaquín, publicó "Algunas cartas de Joaquín García Icazbalceta": dirigidas a Fermín de la Puente y Apezechea y a Rafael Ángel de la Peña. Estas últimas contienen un incidente curioso, en el que un juicio ocasional de don Joaquín sobre la gramática de don Rafael Ángel estuvo a punto de causar la salida de éste de la secretaría de la Academia. Al principio de esta colaboración, don Ignacio Bernal, su autor, cuenta que está trabajando en la recopilación del epistolario de García Icazbalceta y aun refiere la ordenación que ha hecho de los materiales en siete grupos. Además del tomo de la correspondencia de don Joaquín con Nicolás León, de 1892, y de la colaboración para el *Boletín de la Academia Mexicana,* el doctor Bernal sólo llegaría a publicar un capítulo más de este epistolario, la *Correspondencia entre los historiadores William H. Prescott y Joaquín García Icazbalceta, 1847-1856* (Instituto Mexicano-Norteamericano de Relaciones Culturales, A. C., Cuadragésimo Aniversario, México, 1984). Estas cartas nos permiten conocer las negociaciones que hacía el sabio mexicano con su colega bostoniano para obtener copias escritas a mano de los documentos que poseía y los crecidos gastos, hasta de $284 dólares consignados en la carta del 10 de marzo de 1851. Vale la pena transcribir el desglose de esta cuenta:

Para transcribir y cotejar 2,740 páginas de manuscritos, a 10 centavos por página	274.00
Papel, $8.50, empaque y caja, $1.50	10.00
Pago recibido:	$284.00

Los manuscritos que fueron transcritos y cotejados fueron la *Historia de los indios,* de Motolonía, la *Historia de Tlaxcala* por Muñoz Camargo, y algunas

partes de la *Historia de las Indias,* de Oviedo, como existen en la colección del señor Prescott.

Ahora, gracias a las copias *xerox,* estos trabajos de copiado se han facilitado considerablemente. Pero en los tiempos en que trabajaban estos historiadores, el trabajo era mucho mayor y más costoso.

En el volumen llamado *Correspondencia de F. Adolfo Bandelier,* por Leslie A. White e Ignacio Bernal (Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1960), la segunda parte es la "Correspondencia Bandelier-García Icazbalceta", a cargo del doctor Bernal. En la introducción respectiva, Bernal cuenta la historia de esta singular relación. Francisco Adolfo Bandelier (1840-1914) nació en Berna, Suiza, hijo de un oficial del ejército y de una noble rusa. La familia emigró a los Estados Unidos y se estableció en Higland, un pueblito de Illinois cercano a San Luis Misuri. En 1870 el joven Bandelier comenzó a interesarse en las fuentes de la historia antigua mexicana y se puso a traducir al inglés la *Crónica mexicana,* de Tezozómoc. Y a propósito de problemas de esta traducción, el 18 de septiembre de 1875 escribió a García Icazbalceta la primera carta del que sería un extenso epistolario de 66 cartas. De ellas, las primeras 25 están escritas en francés y el resto en español. Don Joaquín era el miembro pasivo de esta copiosa correspondencia, pues aunque contestó unas 40 cartas, sólo guardó copias o borradores de seis. Se limitaba a contestar las consultas que le hacía Bandelier y añadía algunas noticias personales o generales. De todas maneras, la amistad se profundizó. Bandelier decidió convertirse al catolicismo y, en 1881, García Icazbalceta fue su padrino de bautismo en Cholula.

Además de la traducción de la crónica de Tezozómoc, Bandelier escribió en inglés varios estudios sobre el México prehispánico: *El arte de la guerra, La posesión de la tierra, La organización social* y *Viaje arqueológico a México,* que no han sido traducidos.

Esta correspondencia Bandelier-García Icazbalceta nos permite conocer los afanes mexicanistas del suizo y la ayuda que recibió de su padrino mexicano.

El doctor Ignacio Bernal murió el 24 de enero de 1992. ¿Qué habrá pasado con las cartas y documentos que poseía de su pariente García Icazbalceta?

Si la mayor parte de los libros de don Joaquín han sido reimpresos, hay un sector que ha quedado en el olvido. Me refiero a los estudios monográficos menores, que he mencionado antes. Éstos se encuentran concentrados en los 10 tomitos de *Obras* de García Icazbalceta, que publicó Victoriano Agüeros en la Biblioteca de Autores Mexicanos, entre 1896 y 1899. No es necesario reproducirlos todos, pues en el to-

mo v se encuentra parte del estudio sobre Zumárraga, y en el tomo vi se reproducen los *Diálogos latinos* o *México en 1554.* Pero el resto, es indispensable hacerlos accesibles a los curiosos e investigadores.

En suma, para honrar la memoria del más eminente de nuestros historiadores, en su centenario, sugiero hacer una nueva edición facsimilar de *México en 1554,* tal como apareció en su segunda edición, de 1875; rescatar los estudios monográficos que se reúnen en los tomos de Agüeros —menos los dos antes mencionados—; y proseguir la recopilación del epistolario de don Joaquín.

La Academia Mexicana mantiene una alta estimación y reconocimiento por la memoria de don Joaquín García Icazbalceta. Él intervino en las negociaciones iniciales para establecer la Academia en 1875; ocupó por primera vez la silla III, fue su primer secretario, desde la fundación hasta 1883, y su tercer director desde 1883 hasta la muerte del sabio en 1894. En los primeros años de la corporación, en las sesiones ordinarias, dio lectura a valiosos estudios. Le debemos la primera "Reseña histórica de la Academia Mexicana" *(Memorias,* tomos i y ii), y los discursos sobre "Las 'Bibliotecas' de Eguiara y Beristáin" (tomo i); sobre "Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo xvi", sobre "La instrucción pública en México durante el siglo décimo sexto" (en el tomo ii); sobre "La 'Grandeza mexicana' de Balbuena", sobre "El bachiller don Antonio Calderón Benavides", sobre "El padre Avendaño. Reyertas más que literarias. Rectificación a Beristáin", sobre "Provincialismos mexicanos —primer esbozo de su *Vocabulario de mexicanismos*—, y sobre la "Vida del padre Francisco Javier Alegre, de la Compañía de Jesús" (en el tomo iii). A raíz de su muerte, la Academia recordó sus obras, en sesión pública celebrada el 19 de enero de 1895, con alocuciones presentadas por Joaquín Baranda, José María Vigil, Ignacio Montes de Oca y Obregón y Casimiro del Collado.

Y hoy, al cumplirse un siglo de su tránsito, quien ocupa en la Academia Mexicana la silla III que él inauguró, y dirige la corporación, que él ilustró, le rinde este homenaje.

Nota: Los otros discursos del homenaje, leídos por don José G. Moreno de Alba, don Roberto Moreno y de los Arcos y don Miguel Ángel Castro, no se publicaron, por no existir en los archivos de la Academia.

HOMENAJE A SERGIO GALINDO, MANUEL PONCE Y ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO*

RECORDACIÓN DE SERGIO GALINDO

Por Fernando Salmerón

La Academia Mexicana rinde homenaje esta noche a tres de sus miembros, que fallecieron entre 1993 y 1994: un ilustre humanista y filósofo, un gran poeta religioso, y un notable escritor cuya obra narrativa es, como la obra de cada uno de los anteriores en sus distintos campos, pieza clave de la cultura mexicana en la segunda mitad del siglo.

He entendido el encargo que me corresponde, la recordación de Sergio Galindo, como fundado en la amistad fraternal que me unió a él durante más de 40 años, de ninguna manera en mis capacidades para la crítica literaria —de las cuales lo menos que podría decir es que nunca antes fueron puestas en práctica—. Intentaré, por tanto, evocar esa larga amistad, con algún recuerdo preciso que puedo poner en relación con uno de sus textos literarios que han sido menos estudiados por la crítica, y llamar la atención sobre un aspecto de su obra tal vez no suficientemente valorado.

Conocí a Sergio Galindo —nos conocimos— en la ciudad de Xalapa, probablemente hacia 1946. Nos encontramos muchas veces, sin saludarnos por supuesto, sobre la misma acera de una calle empedrada por la que él volvía diariamente a la casa paterna, de su trabajo en una fábrica de persianas, y yo volvía a mi casa de huéspedes, después de mis tareas en una oficina del gobierno del estado. Ambos sabíamos quiénes éramos a nuestros 20 años, porque las curiosas "famas" provincianas de las poblaciones pequeñas no ocultan secretos. Sergio había leído textos míos en las revistas estudiantiles y sabía de mi decisión, a menudo repetida en conversaciones con mis amigos, de abandonar en algún momento los estudios de derecho para venir a México a estudiar filosofía. Por

* Homenaje celebrado en sesión pública efectuada el 6 de abril de 1995.

mi parte, yo sabía que él escribía novelas, cuyos manuscritos nunca circularon más allá de manos familiares, pero, sobre todo, respetaba profundamente su decisión —comentada entonces en los círculos universitarios xalapeños— de no inscribirse en la Facultad de Derecho al terminar los estudios de bachillerato, en vistas a un proyecto de viajar a México a estudiar letras. La negativa de Sergio no era fácil de mantener, tampoco su proyecto extravagante, porque, en su familia, al menos cinco de los hermanos mayores habían hecho estudios de derecho —los únicos que entonces se ofrecían en Xalapa—, y vivían del ejercicio de la profesión.

Al comenzar 1949 nos encontramos en México, en uno de los corredores de Mascarones, el antiguo local de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional; lo acompañaban otros dos alumnos del primer año —Jaime Sabines y Jesús Arellano— a quienes había preguntado por mí porque sabía de mi viaje a México. Por distintos caminos pero en la misma fecha, ambos habíamos logrado nuestro propósito. Esta vez nos saludamos como si nos hubiéramos conocido de toda la vida y juntos iniciamos las amistades literarias de nuestra generación, la admiración por los mismos maestros y el descubrimiento de la gran ciudad. En la Facultad, Sergio me acompañó a muchas lecciones de Gaos y yo fui con él a escuchar las de Agustín Yáñez, Justino Fernández y Carlos Pellicer, las de Ruelas y Fernando Wagner —aunque a los cursos de teatro los dos asistíamos llevados por el entusiasmo de un tercer veracruzano: Emilio Carballido—.

Pero aunque Sergio Galindo fuera un lector infatigable y crítico, no tenía interés en llegar a ser maestro de literatura. Le preocupaba tener experiencia de vida y conocer otras literaturas; además de dominar el idioma y aprender de otros escritores técnicas y estrategias para ordenar la estructura de sus relatos. Antes de terminar sus estudios de letras viajó por primera vez a Europa, en fechas todavía no demasiado alejadas del fin de la segunda guerra —y vivió un tiempo en París—. En esa ciudad tuvo una experiencia desagradable, que procuraba no recordar en sus conversaciones: al salir de la Cité Universitaire y atravesar distraídamente el Boulevard Jourdan, fue arrollado por un vehículo —y después detenido bajo la absurda sospecha de intento de suicidio—. En el cuento que da nombre al libro *¡Oh, hermoso mundo!,* escrito muchos años más tarde reconstruyó, sin embargo, en el personaje de Adán, el momento de volver en sí después del accidente, en una comisaría parisina.

A su regreso a México trabajó como inspector de migración en la Secretaría de Gobernación y allí empezó a escribir su primera novela, *La justicia de enero,* como una reacción moral en contra de ese ambiente cruel y burocrático. Una beca del Centro Mexicano de Escritores hizo

posible la redacción completa del libro, que Sergio dejó en manos de los editores al volver a Xalapa para incorporarse a la Universidad Veracruzana. Pero *La justicia de enero,* junto con la primera novela de Carlos Fuentes y la primera de Luisa Josefina Hernández, contribuyó a dibujar la temática urbana como una de las características más propias de toda una generación de narradores de las letras mexicanas.

Puedo decir que estuve cerca de Sergio Galindo durante el tiempo en que trabajó en esa novela, por eso me llamó la atención su manera de encarar la circunstancia y de transformarla en literatura. En repetidos encuentros le oí leer —como le gustaba hacerlo entre amigos—, capítulo tras capítulo, los que vinieron a integrar el volumen. Después de la lectura, se prolongaba la conversación sobre la génesis de las situaciones inspiradoras, los recursos empleados en la construcción de cada personaje, la forma de dibujar sus rasgos de carácter y de lograr la dimensión de profundidad.

No quisiera detenerme en esta novela primeriza, a partir de la cual Sergio inició un esfuerzo de disciplina y depuración de su estilo y sus procedimientos, porque quiero dar cuenta de otro ejemplo notoriamente más sencillo y aún más cercano. Pero todavía debo adelantar algunos antecedentes.

La fecha en que Sergio Galindo terminó su relación con el Centro Mexicano de Escritores, vino a coincidir con la renovación de autoridades de la Universidad Veracruzana, en Xalapa, y yo pasé a ocupar la Secretaría General al tiempo que el doctor Aguirre Beltrán se hacía cargo de la rectoría. De común acuerdo, presentamos al nuevo rector un proyecto de reorganización de las ediciones universitarias y, en los primeros días de 1957, Sergio tomó posesión del Departamento de Publicaciones, desde donde cumplió, en los siguientes ocho años, la extraordinaria labor de todos conocida. Eran tiempos en que nuestro país no tenía las editoriales que vinieron después y Sergio Galindo supo llenar ese hueco. De manera que lo que comenzó como un proyecto que equilibraba traducciones y libros escritos en castellano, acabó casi exclusivamente en lo segundo. De las traducciones, sin embargo, me parece indispensable citar aquí la de E. M. Forster, *Aspectos de la novela,* que apareció en 1961 en una versión espléndida de Francisco González Aramburu, entonces profesor de filosofía en Xalapa. Es preciso citarla, en primer lugar, por el entusiasmo con que Sergio recomendó su edición y se ocupó de ella; en segundo lugar, porque siempre la vio como un texto magistral acerca de lo que el novelista debe saber —más que como un bello libro de crítica literaria—. Puedo decir por esto —aunque no sólo por esto— que ningún otro libro ejerció sobre Sergio, en el orden formal, una mayor influencia, desde los años de redacción de *El bordo.* Y esto vale

lo mismo para sus escritos llamados realistas, que para aquellos en que domina la fantasía, parte de cuyo encanto parece ser el de no estar situados en lugares y tiempos históricos precisos. Lo mismo para los que responden de manera inmediata a una situación vivida, que para aquellos mantenidos en la memoria por largo tiempo, como una obsesión, y expresados con un lenguaje cuya poesía cubre al relato de misterio.

El más hermoso de sus cuentos de misterio fue leído en esta misma sala hace 20 años por el propio Sergio Galindo, en un inusitado discurso de ingreso, al que respondió con fina inteligencia don José Luis Martínez, el académico que ahora nos preside. Aquella noche presidía don Agustín Yáñez. Al recordar el hecho en forma tan escueta quisiera sugerir dos cosas y enlazarlas: hasta qué punto estaba Sergio convencido de ser un narrador que, dispensado de ejercitar otros géneros como el ensayo, reafirmaba la clara vocación de su adolescencia xalapeña. Pero además, hasta qué punto mantenía también como reforzamiento de intuiciones propias la tesis fundamental del libro de Forster: que el aspecto esencial de la novela es el relato; el único rasgo común; el espinazo sobre el que montan todos los demás ingredientes literarios más o menos admirables.

Podría añadir también, entre paréntesis, una curiosa coincidencia: que Sergio y yo pudimos reunirnos nuevamente en México, aunque esta vez no en igual fecha, gracias a los nombrados —los señores Yáñez y Martínez—, que nos abrieron las puertas de la Secretaría de Educación Pública cuando el clima político de Xalapa comenzó a ser incómodo para nosotros.

Al lado de *El hombre de los hongos,* el bello texto que Sergio presentó para su ingreso en esta Academia, es posible leer *Este laberinto de hombres,* el más desnudo y desprovisto de galas literarias de todos sus relatos. Sergio escribió al menos dos versiones, una de las cuales es un monólogo para teatro. La publicada, en dos compilaciones de sus cuentos, con ligerísimas variantes, es la relación descarnada de la conversación del propio autor con uno de los celadores de la cárcel que visitamos, que en el cuento aparece transformado como protagonista de una de las historias que escuchamos aquella mañana de 1963. Los visitantes —aludidos en el relato— éramos cuatro amigos universitarios, y guiaban la visita: el director de la prisión, el médico y dos celadores armados que, junto con el guardián de la reja de la entrada principal, constituían la totalidad del cuerpo de dirección y vigilancia de turno de un imponente local en que habitaban cerca de 1 500 gentes. Hablo de la Fortaleza de Perote, una construcción del siglo XVIII, que entonces funcionaba como cárcel del estado para los sentenciados con las penas más altas, de todos los municipios veracruzanos. Ya se comprende que la verdadera

vigilancia y la organización misma de la marcha del penal no estaba a cargo de quienes guiaban la visita, y cualquier cosa que a esto se pueda añadir no será sino una mancha en el telón de una escena dantesca.

Aquella mañana recorrimos los varios patios de la fortaleza, en uno de los cuales asistimos al inicio de un partido de *baseball* —sobre un piso de piedras y de hoyancos—, en el que yo lancé la primera bola; entramos a la cocina y a la panadería; vimos la celda 17, utilizada para los castigos; conocimos el nuevo taller de carpintería, que era el objetivo real de la visita; y, finalmente, "la lagunilla": un verdadero laberinto de construcciones de madera y papel, cuyos innumerables recovecos funcionaban como mercados de todas las cosas y servicios a que los seres humanos son capaces de poner precio.

Sergio Galindo no puso resistir o, simplemente, no quiso hacer toda la visita y enseguida pidió volver a la reja principal, con el pretexto de una rodilla lastimada. Pero allí oyó, de labios del guardián, las mismas anécdotas recientes que escuchamos nosotros como ilustraciones de cada uno de los tramos de nuestro recorrido. En el cuento, sin cambiar apenas las historias oídas, añade rasgos a la conducta de los personajes para darles la mínima profundidad que requiere un relato tan sobrio e inventa detalles de las situaciones, que permiten comprender su comportamiento. Pero además, enlaza una con otra las historias oídas para crear entre todas un mundo de ficción, que con unos cuantos trazos reproduce la verosimilitud de aquella espantosa realidad contemplada. Y encima de todo, altera el pretexto de la rodilla lastimada para introducirse él mismo en el relato y funcionar como interlocutor de uno de los personajes que ya son creación suya. Es sin duda el personaje más hondo del relato, en el sentido de profundidad humana, cuya historia terrible es por sí misma inolvidable: el hombre que, cumplida la condena, sale a la vida de la ciudad que habitan los hombres libres entre quienes no sabe comportarse; y es tal su angustia que decide volver a la prisión, que es un mundo siniestro pero seguro, porque sus reglas son conocidas —y en él no están ausentes ni la amistad ni la ternura—.

Pero no me interesan las habilidades del narrador para cumplir sus propósitos —y quizá tampoco pudiera precisarlas—. He querido recordar una experiencia que también es mía, porque a partir de ella pude comprender que en los propósitos de este narrador que era Sergio Galindo, reproducir la realidad y hacer de las personas personajes significaba desdoblar esa realidad: para mostrar a sus lectores que la vida cotidiana —aún la más miserable y sórdida, como la de "Este laberinto de hombre"—, si contiene hombres, contiene también valores morales.

Esto mismo se puede decir en palabras de Forster, que cito literalmente:

"lo que la novela, en su integridad, hace —si es buena novela—, es abarcar la vida según los valores". Justo lo contrario de la propaganda del predicador o del ejercicio abstracto del ensayista: el relato expresa la vida en su integridad —y al hacerlo descubre los valores—.

Tal intento, dice Forster en otro lugar, exige un tono de voz que se filtra en el estilo del narrador y lo distingue del profeta, que es el apasionado de las grandes tradiciones religiosas y que nos pide compartir algo que está más allá de nuestras propias experiencias. Sabemos que esta orientación profética no se da en Sergio Galindo, aunque en sus años jóvenes la influencia de Graham Greene y de François Mauriac lo hubieran acercado a ese camino. No hay en sus intentos de madurez la pretensión de desbordar el mundo humano, aunque descubra en su interior un mundo de valores que lo trasciende. Pero las reflexiones de sus personajes no están guiadas por una concepción del mundo y su prosa deja entrever apenas una filosofía que contradice a las morales convencionales, en nombre de una visión de la amistad y la justicia, tan claramente orientada a la sociedad de los hombres que no parece requerir sustento de realidades trascendentes. En el ejemplo recordado, la cárcel no es el *Mal,* con mayúscula; es solamente *este laberinto,* por lo demás bastante parecido a otros.

De todos los escritos de Sergio Galindo: de los llamados realistas, de los nacidos de la fuerza de su fantasía, y aún de las tragedias purificadoras, es preciso reconocer que son relatos profundamente humanos. Guardan en su interior los valores de amor y de justicia, de amistad y ternura, que supo descubrir su autor entre el laberinto de los hombres. Sus lectores de hoy, como los de los años futuros, no podrán menos de acercarse a ellos con igual afecto y amistad. Probablemente no serán multitudes —tampoco lo fueron en el pasado—, pero eso es parte del destino de los autores que se atienen al consejo de Forster, tan reservado frente a los profetas, como frente a los excesos de la fantasía.

Prácticamente, el único consejo del libro de Forster es un llamado a la razón y al equilibrio o, como él prefiere decir, con palabra inexacta, al eclecticismo. Lo cito ahora literalmente:

> La mayoría de nosotros seremos eclécticos, de este o de aquel lado según nuestro temperamento. La mente humana no es un órgano decoroso, y no veo cómo podemos ejercitarla sinceramente como no sea a través del eclecticismo. Y el único consejo que ofreceré a mis colegas eclécticos es el siguiente: no estéis orgullosos de vuestra incongruencia. Es una lástima que tengamos que estar equipados de esa manera. Es una lástima que el Hombre no pueda ser, al mismo tiempo, impresionante y veraz.

LOS "MISTERIOS" LUCIENTES DE MANUEL PONCE

Por Tarsicio Herrera Zapién

Muchas personas estimaban al padre Manuel Ponce por su llana gentileza, sin sospechar que fuera un enorme poeta. Él iluminaba con la poesía su vida, cosa poco frecuente entre los inspirados.

Y muchos lectores admirábamos desde hace decenios al poeta Manuel Ponce por la disfrutable noción de gozo que irradia su poesía, sin haberlo visto nunca. Yo admiraba sus *Misterios para cantar bajo los álamos,* desde 1951 en que los leía en la revista *Ábside* de los hermanos Méndez Plancarte, 30 años antes de conocer al autor de haikús como el de la ascensión de Cristo:

> Mirando desde arriba,
> de Pedro no se ve
> sino la roca viva.

¿Pero cómo presenta el padre Ponce las verdades teológicas con ese gozo y esa sencillez, que tanto le alaban los prologuistas de su *Poesía* (UNAM, 1988), Javier Sicilia y Jorge González de León?

Su difícil facilidad tiene una clave diáfana. Manuel Ponce no adoctrina a sus lectores, sino que disfruta con ellos de un mundo que parecería ensombrecido por las casualidades, pero que en realidad está habitado ubicuamente por

> el que nos hace señas
> tras de las cosas grandes y pequeñas.

La mano poética de Manuel Ponce tiene la actitud de la célebre mano de Adán ante la del Eterno, en la bóveda de la Capilla Sixtina. El toque del Omnipotente da a las manos creadas de los mayores poetas un raro poder de transformación total.

Este poder queda claro en una limpia joya cosechada por Manuel Ponce en la Patrística. Creo haberle oído decir que en San Efrén. María Teresa Perdomo, en su libro magistral *La poesía de Manuel Ponce*[1] señala la coincidencia con una idea de Vincent Van Gogh sobre el arte de Cristo.

El pintor belga, que antes había sido maestro y misionero en Francia,

[1] M. T. Perdomo, *La poesía de Manuel Ponce,* Biblioteca Nicolaíta de Poetas Michoacanos, Morelia, 1994, p. 46.

escribía: "Nosotros pintamos en telas, pero Cristo era un artista de la carne y de la sangre".

Y el poeta Manuel Ponce extiende entonces un pliego de Fabriano y traza en él cinco golpes de pincel genialmente acuarelados, que comienzan:

¡Qué taller / del Pintor / de Belén!
El alma / de los hombres / ¡qué mural!
En sus dedos / de luna, / ¡qué pincel!
Restaurar / el rostro / divinal:
¡Qué labor / del Pintor / de Belén!
(*Poesía 1940-1984,* UNAM, 1988, p. 106)

Poesía en clave

Es llana y transparente la inspiración de muchas poesías de Manuel Ponce, pero sólo lo es para quien ya haya recogido el hilo de Ariadna que une la formación teológica del vate con la disponibilidad creyente del lector.

Ya lo escribía José Luis Martínez, y lo recogía Patricia Basave en su tesis *Manuel Ponce y su obra poética:* "Formado en el estudio, en la diaria meditación de la teología, sus vuelos poéticos se dan necesariamente con esta base alegórica. Más que mística, [la poesía de Ponce] es una poesía teológica, como filosófica es la de Gorostiza".

Nacido en Tanhuato, Michoacán, en 1913, Manuel Ponce se hace seminarista a los 11 años, en plena era de persecución religiosa. Los seminaristas de Morelia se refugian, unos en Celaya, y otros en Montezuma, Estados Unidos.

En Celaya estudió Ponce con el canónigo poeta Francisco Alday, y se ordenó sacerdote (1936) en la parroquia de San José, que yo llamo "la segunda catedral de Morelia", por su magnitud neoclásica.

El ciclo de vírgenes

Es cosa sabida que el álbum lírico inicial del padre Ponce (luego de una docena de poemas dispersos) ocasionó zozobra y hasta un intento de censura, el cual se desvaneció muy pronto ante el apoyo de los sabios y prestigiados hermanos Méndez Plancarte, de ortodoxia y virtud intachables.

Era una inquietante osadía la de un padre Ponce que publicaba poe-

sías castas de forma, pero provistas de títulos como "La virgen ardiente" y "Las vírgenes caídas". Pero el *Ciclo de vírgenes* las dejaba plenamente purificadas con la santa compañía de unas "Vírgenes del claustro", otras "Vírgenes edificantes", ciertas "Vírgenes reconquistadas" y unas finales "Vírgenes triunfantes".

De todas ellas, las "Vírgenes del claustro" encierran concatenaciones dotadas del más envolvente empuje ascensional:

> Del surtidor al rosa, / del rosal al manantial,
> del manantial al ciprés...
> Y sus pies, / del rosal al surtidor,
> del surtidor al ciprés, / y del ciprés al Señor.

Por su parte las "Vírgenes reconquistadas" son víctimas de un martirio cuya tesitura nos produce una sensación de austeridad purificadora:

> Nos persigue / la descarga última:
> Sitiadas ya no huían. / Las envueltas serenamente
> en las llamas jocundas.
> Se miraban de asbesto, / de amianto. / Se transparentaban.

Es peculiar que algún maestro no comprendiera la densa expresión lírica de Manuel Ponce, hacia 1940. Lo mismo le había sucedido, a principios del siglo, al joven seminarista Ramón López Velarde, cuyos conservadores maestros se pasmaban ante las osadías expresivas del provinciano de estética cosmopolita.

Fue sorprendente el éxito del primer libro lírico de Manuel Ponce, *Ciclo de vírgenes* (1940). Nos lo refiere Gabriel Zaid, paladeador señero de nuestra poesía:

> *Ciclo de vírgenes* fue muy bien recibido en los medios no católicos, en particular entre los escritores de *Taller, Tierra nueva* y *Romance:* páginas dedicadas al libro, cena homenaje de León Felipe, José Moreno Villa, Alí Chumacero y otros, con palabras de Octavio Paz, artículos elogiosos de José Luis Martínez y Adolfo Sánchez Vázquez. Y no era para menos: ni en México ni en ninguna parte del mundo, era común que un sacerdote escribiera poesía de vanguardia.

Tal escribe Gabriel Zaid en "La originalidad de Manuel Ponce", incluida en su vasto libro *Tres poetas católicos: López Velarde, Carlos Pellicer y Manuel Ponce.*[2]

[2] Véase Gabriel Zaid, *Ensayos sobre poesía*, El Colegio Nacional, México, 1993, volumen de 558 páginas, la segunda mitad de las cuales contiene el libro *Tres poetas católicos.*

Los pocos sacerdotes poetas no comunes que podríamos aducir son: Jacinto Verdaguer, creando *L'Atlántida,* excelsa epopeya en catalán moderno; y Joaquín Arcadio Pagaza, mostrando en sus *Murmurios de la selva* (1887) los senderos de la lira bucólica posromántica a los *Poemas rústicos* (1902), que Othón publica en los albores del siglo XX.

Y esa pléyade de laureados escritores que aplaudieron el primer libro de Manuel Ponce, cosechó después premios nacionales e internacionales que Ponce nunca obtuvo.

Una "pasión" de vanguardia

En el álbum *Cuadragenario y segunda pasión* (1942), la poesía del padre Ponce recorre un estadio fatigoso pero lleno de enjundia. En él, los simbolismos se arraciman con densidad conceptista no menos lucientes que en la *Muerte sin fin* de Gorostiza.

La poesía "En el huerto" juega con el brillo albeante de los rayos lunares, por cuyo efecto, en la más conocida página de Luis G. Urbina,

> La noche era divina
> toda cendal de nieve, toda cristal azul.

A esos rayos lunares, Manuel Ponce les confiere la blancura de los nardos con que la Magdalena ungió la sacra cabellera, y canta:

> Hecha de filtros, hazte / luna de nardos...
> Unge su cabellera, / en rememoración
> del vaso / difuso, de alabastro
> (*Poesía...* p. 31).

Y otro momento densamente pleno de la misma *Segunda pasión* es el soneto "Calvario". Allí, Manuel Ponce recuerda que Cristo murió, tanto por la crueldad de sus verdugos, como por su propio amor de redentor. Así culmina el soneto:

> Un río de odio y un amor fluvial...
> Pero rindió su brazo el Timonel
> al odio y al amor, porque al final
> ambos le ahogaron, a cual más crüel
> (*Poesía...* p. 33).

En páginas como éstas, "los dolores de Cristo bajan de las estampas

del viacrucis y andan sueltos por el mundo, como dolores humanos", escribe Gabriel Zaid *(ibidem,* p. 520).

Ya en 1944 comenzó el padre Ponce a publicar *Trento,* revista mensual del Seminario de Morelia, que nuestro poeta creó, dirigió y nutrió en buena parte con sus propias poesías y prosas, durante un cuarto de siglo (1944-1968). En el mismo Seminario fundó la Academia Científica y Literaria Fra Angélico, para cultivar más a los futuros sacerdotes. Funda además, por si todavía fuera poco, la Academia de Historia Regional Eclesiástica. Manuel Ponce parece haber adaptado el medieval consejo *Ora et labora* a esta nueva forma: "Crea tu propia poesía, y forma más poetas".

Si el padre Ponce no logró alentar a algún gran poeta, sí formó paladeadores de poesía a discípulos suyos hoy obispos, como don Manuel Pérez Gil, don Luis Mena Arroyo, y el trágicamente desaparecido cardenal Juan Jesús Posadas.

La luminosidad de los "Misterios"

El más felizmente inspirado Manuel Ponce recorre sus *Misterios para cantar bajo los álamos* (1947).

Nuestro vate sagrado recorre tres veces los 15 misterios del rosario familiar, y los va dejando sembrados de deliciosos haikús "a lo divino". Por cierto que las estrofillas de la primera serie son de cinco versos, no de tres, como los de Tablada.

Cuando Ponce evoca aquí la oración del huerto, ya no sufre, sino que sólo parece ponderar la inmensa antítesis entre la adversidad abrumadora, y el Redentor resignado. Añadiendo primores, toda la estrofa es una sola oración nominal, que deja el verbo a la imaginación:

> Tal claror y tal amor, / tanta luna y tanto olivo,
> tanto cielo fugitivo, / tanto mundo corredor;
> y su corazón, cautivo.

En plena tradición del humanismo colonial, Ponce nos evoca *El divino Narciso* sorjuaniano, enamorado de su propia belleza reflejada en la fuente. Nuevamente, una antítesis es toda la austera ponderación de un dolor indecible, al cantar al flagelación del Salvador:

> Narciso, fontana pura, / espejo de lumbre rara
> donde Dios verificara / y besara su hermosura:
> ¡ahora mira tu cara!

Salvador Díaz Mirón brinda más de un atisbo poético al padre Ponce. Ahora recuerda nuestro levita aquel dístico que traza Díaz Mirón en "Los peregrinos":

> ¡El pie bulle y se torna, y la planta le brilla
> como al remo la pala, que surgida es de luz!

Y así evoca Manuel Ponce en "Camino del Calvario" esos pies de Jesús navegante:

> Los mástiles inclinados / en mar de naves y linos,
> surcando sus pies marinos; / huellas de sus pies sagrados
> ¡qué peces de los caminos!

Ponce se imagina luego que Jesús, en su "ascensión", ve al cielo y sus centelleantes nubes, semejante la mar de Genezaret y sus bullentes peces:

> ¿Por qué, domador de azares, / vuelves a tus patrios lares
> y a la paz de donde subes? / siendo pescador de mares,
> ¿te haces pescador de nubes?

Por cierto que el segundo ciclo de "Misterios" tiene un cuarteto a "La crucifixión", que sería gloria de la más exigente antología, y que es otra impagable oración nominal:

> Del árbol de la muerte, / al árbol de la vida;
> de la manzana muerta, / a la manzana viva.

Es aún más celebrado el haikú de la tercera "Crucifixión" de Manuel Ponce, del cual escribió Alfonso Méndez Plancarte que "condensa con pasmosa simplicidad y delicadeza todo el misterio de la Virgen corredentora, siendo un haikai teológico sencillamente sublime".[3]

Manuel Ponce dice simplemente, en boca de María:

> El niño / se ha subido al nogal
> con mi permiso.

Y es igualmente evocativo el haikú de la asunción de María. Cuando

[3] Alfonso Méndez Plancarte, "Primor y primavera del hai-kai", *Ábside,* XV (3), 1951, p. 413. Citado por M. T. Perdomo, p. 208.

ella iba a dar a luz, no encontraba posada; pero al morir es elevada a las inmensidades celestes. Ponce le canta:

Ven graciosa Peregrina,
a donde te dan posada.

Ante tan radiantes teofanías, el citado poeta y crítico Gabriel Zaid proclama: "Es un libro de villancicos visuales, teatrales... cantables, festivos, escritos con brío, como los villancicos de Sor Juana" *(ibidem,* p. 523).

Ahora entendemos mejor el comentario de Salvador Elizondo a quien lo invitaba a un encuentro lírico:

—No iré, si no va el mejor poeta de México.
—¿Quién? ¿Carlos Pellicer?
—No. Manuel Ponce.
Y, si no es el mejor, es un candidato fuerte para serlo.

Unos misterios risueños

No es de extrañar, por lo demás, que el padre Ponce, hombre de sonrisa infantil y acogedora, tenga toques humorísticos en algunos de los citados "Misterios".

Así sucede en "El Niño perdido" el cual, cuando sus padres lo encuentran en el templo, no sólo contestaba las preguntas de los doctores de la ley, sino que los ponía en aprietos con sus preguntas. Ponce comenta:

Niños que ofrecen flores
les tiran de la barba / a los doctores.

En "La ascensión", el poeta se imagina a Jesús viendo desde arriba la cabeza calva de San Pedro, que es la roca viva en que cimentó su Iglesia. Y dice don Manuel:

Mirando desde arriba,
de Pedro no se ve / sino la roca viva.

Viene luego el juego de palabras entre las lenguas de fuego que posó el Espíritu Santo sobre la cabeza de los apóstoles, y las varias lenguas vivas que ellos hablaban, y también la locuacidad que da el vino. El haikú dice concisamente:

Con el vino de amor,
todos se hicieron lenguas.

Si José Luis Martínez señalaba que la poesía de Manuel Ponce, más que mística, es teológica; Gabriel Zaid precisa que, más que teológica, es una poesía teofánica *(ibidem,* p. 523). "No es una declaración de que el mundo es teofánico. Es una teofanía verbal: un milagro" *(ibidem,* p. 527).

En este libro encontramos los polifacéticos 16 sonetos de "Los lunes de Santa Inés". Allí ya no hay ningún recuerdo del *Ciclo de vírgenes* que pudo hacer fruncir algún ceño. Todo es celebración sinfónica de las glorias de otras tantas doncellas sacras.

Ya en la delicia de su "Gratia plena" nos remite desde el título al uncioso Amado Nervo ("Era llena de gracia / como el Ave María"). Allí traza Manuel estrofas tan armoniosas como la inicial:

> Dios te salva, María / —di más—, de gracia llena;
> un tiempo de azucena / eternidad ansía.

Y la figura tan divulgada de Teresita de Lisieux, la que dijo que haría caer sobre el mundo una lluvia de rosas, inspiró a Ponce el sonetillo *Virgo candida,* vibrante de rimas internas, encabalgamientos y anáforas:

> Teresita. La rosa / —trasplantadla—; la brisa
> —trasplantadla—; la risa / —trasplantadla en su fosa...
> ¡Oh fosa! Toda cosa / lleva su muerte incisa,
> lleva su muerte aprisa, / lleva su muerte esposa.
> Hay un jardín lejano / —lejano— donde un niño
> —lejano— es hortelano.
> Trasplantadla-. ¡Qué inmundo / suelo! Le haré un corpiño
> de albas rosas al mundo.

En cambio, el ritmo se vuelve cabalgata épica, densa de aliteraciones tan sagazmente analizadas por María Teresa Perdomo en su libro citado (p. 146 ss.), en el Manuel Ponce de "La soñadora de Ávila":

> Vivo en mi primer morada / de Amadís y de Morgante,
> de soñadora y amante / y de estar enamorada...
> Y así cumplir el empeño / de tener siempre conmigo
> a vos, a Dios y a mi sueño.

Cristo y María en Bellas Artes

El álbum *Cristo* (1959) —al que seguirá *María* (1961)— encierra el reci-

tal que encargó al padre Ponce el diario *Excélsior* y se verificó en Bellas Artes.

Allí vibran tres sonetos al crucifijo, donde triunfan versos como éstos:

> Rota el ala, la vida se te vierte
> por la heráldica brecha del costado.

Y el segundo de sus sonetos a "La Catedral" es otra de las páginas imperecederas de Manuel Ponce. Allí, el último dístico alude a tres formas de ejecución de Cristo: como condenado a muerte, como proyecto arquitectónico y sobre todo como musical "contrapunto inmenso".

El soneto comienza, ascendente:

> Música de la piedra más baldía
> espiga su creciente partitura,
> y música del cielo la más pura
> en la piedra sus módulos enfría.

Y concluye, glorioso:

> El clamor de los hombres en ascenso
> penitencial, redunda en su costado;
> y permaneces, contrapunto inmenso,
> ¡oh Jesucristo! bien ejecutado.
> (*Poesía,* p. 113)

Son nuevo testimonio de nobles parentescos los tercetos monorrimos de los "Ojos de Cristo", poesía en que Ponce se emparienta con "El fantasma" de Díaz Mirón, donde leemos:

> Azules y con oro enarenados,
> como las noches limpias de nublados,
> los ojos - que contemplan mis pecados.

Manuel Ponce canta a esos mismos ojos, que absuelven los mismos pecados, en los mismos tercetos monorrimos:

> Ojos que me penetran como espadas
> y, si corro por sendas extraviadas,
> me mueven una guerra de miradas.
> (*Poesía,* p. 114)

En 1969 funda el padre Ponce la Comisión Nacional de Arte Sacro, "para custodiar el tesoro artístico religioso y dignificar el arte nuevo". También en 1969 funda el Instituto Arca (arte y caridad) para enseñar las artes a los jóvenes de Morelia.

Es en 1977 cuando sucede en la Academia Mexicana a Alfonso Junco. Le da la bienvenida su colega poeta Alí Chumacero, quien admira el modo como Manuel Ponce encuentra en Cristo "planitud de la creatura y plenitud del hombre". "Sin embargo, Ponce admite otras formas de esperanza", añade certero Alí refiriéndose al *Non omnis moriar* horaciano, patente en el terceto:

> Pero esta mi palabra que te expresa
> y en diamantinos cercos te conquista
> *no pasará,* no soltará su presa.

Y Alí subraya otro tópico horaciano, el que da tema y título al soneto de Ponce *Carpe diem:*

> Antes de que la vida se consuma
> sumando en islas de verdor los años...

Oleajes líricos

En el álbum culminante de don Manuel, *Elegías y teofanías* (1968), Zaid celebró la maravillosa estrofa en que se escucha el romper de las olas en el primer verso, y hasta se adivina en el segundo la resaca que sigue a la explosión *(ibidem,* p. 522):

> El mar azul, ¡qué cónclave de espumas!
> y es lo que menos puede atribuírsele.

Pues esa misma triunfal ola del mar, que luego se desliza en suave espuma, la vuelve a hacer brillar Manuel Ponce en el álbum acapulqueño "Al paraíso del oeste":

> Barriendo resonancias no arrojas
> de tu infinito basuras blancas.
> *(Poesía,* p. 171)

Y la propia sonoridad de las palabras da realce al mismo juego de oleaje y espumaje en esta otra estrofa:

El Pintor que a brochazos sonoros
traza la ola
que va desbaratándose como sierpe de plumas.
(*Poesía,* p. 247)

Áureos epitafios

El poeta que dio prestancia a la revista *Trento,* que él fundó como órgano del Seminario de Morelia, trazó memorables elegías al tránsito final de elevadas figuras del pensamiento y el arte religioso genuino.

Así, cantó sentidamente a la muerte del canónigo Francisco Alday, el más ardiente de nuestros poetas místicos:

Tu muerte, como suave inundación de aguas vivas,
baja de los verdes collados del costado de Cristo.
(*Poesía,* p. 171)

Al morir el patriarcal Gabriel Méndez Plancarte, le eleva su Elegía X:

Un monje viento sonará en la copas
de los cipreses tu plegaria póstuma.
(p. 155)

Y al ver caer a Alfonso, dióscuro de Gabriel, Ponce le entona la Elegía XI:

Y, como verde infolio que se archiva
en las categorías de la rama,
me hizo lugar la biblioteca viva.
(p. 156)

Y el padre Ponce cantó dulcemente a la muerte de su homónimo el inmortal compositor Manuel M. Ponce:

La noche es una estrella,
la estrella es una rosa ensimismada,
amigo, cuando huella
tu planta electrizada
los confines dichosos de la nada...

La voz que te prohíja
como un número más en su programa,
como una estrella fija

del vasto pentagrama:
ya estrellita, ya pájaro en su rama.
(p. 79)

Y ante el túmulo de Miguel Bernal Jiménez, la voz más diáfana de la música sacra de América, Ponce proclamó:

Súbitamente fuiste arrebatado,
y en el turbión del árbol
atracaste con naves de canciones.
(p. 157)

Y así también cantó el padre Ponce a la preconización feliz de sus amigos: Fernando Ruiz Solórzano, arzobispo de Yucatán, y José de Jesús Tirado, arzobispo de Monterrey.

Y dejó un sabroso "Romance poblano" al beato Sebastián de Aparicio:

Príncipe de carreteros
y emperador del silbido.
(p. 243)

La triple corona del Tepeyac

A ese símbolo de la mexicanidad que es la Virgen de Guadalupe, el padre Ponce le ciñó una triple corona de joyas líricas.

Primero, en la "Invocación a la Musa de las misiones", tiene un alucinante "Epílogo en el Tepeyac", cuya novena estrofa proclama:

Y lanza tus magnánimas virtudes;
y en cerrado escuadrón de mariposas
vuelen, por fin, del Tepeyac, tus rosas
a germinar en todas latitudes.
(p. 136)

Luego, en el citado álbum "Al paraíso del oeste", entona don Manuel un delicioso "Romance de Nuestra Señora de Guadalupe sumergida en Caleta". Su séptima cuarteta declara:

Guadalupe submarina,
¡oh rosa de madreperla!
Y, en los inviernos del agua,
nuevo milagro entre peñas.
(p. 175).

Y nuestro sagrado vate dedica en 1976 un memorable soneto "Al traslado de la soberana imagen (de Santa María de Guadalupe) a su nueva basílica":

Cambias de sitio, no de primavera,
pues a donde tú vayas, van las flores;
y por la nueva casa donde mores
dará principio el sol a su carrera.

Cambias de sitio, no de adoradores,
que te saben amar a su manera
y, al derretir sus almas como cera,
chisporrotean ensordecedores.

Ni nosotros cambiamos: adheridos
a tu cielo de astrales palideces,
te sonreímos dando de gemidos.

Y entretejiendo espinas a tus rosas,
te seguirán llevando nuestras preces
las mismas quejas de las mismas cosas.[4]

Así se suma la poesía de Manuel Ponce al coro inmenso de epopeyas, himnos, partituras y basílicas que proclaman el prodigio del Tepeyac, el santuario más visitado del orbe. Nutre el tomo IV de *Flor y canto de poesía guadalupana,* donde Joaquín Antonio Peñalosa reúne los himnos de los hermanos Méndez Plancarte y Octaviano Valdés con las loas de Alfonso Castro Pallares y de Herminio Martínez, el bardo del "Corrido del IV Centenario guadalupano".

El poeta ignorado

Don Manuel Ponce, uno de los príncipes de la lírica de nuestra patria y más allá, nunca obtuvo reconocimientos oficiales.

Apenas recibió hacia 1990 un diploma del diario moreliano *La voz de Michoacán,* rigurosamente independiente.

Sólo la Comisión Nacional de Arte Sacro, que el padre Ponce fundó, junto con la Casa de la Poesía que él organizó con don Víctor Maravell

[4] Soneto no incluido en *Poesía 1940-1984*, pero transcrito por María Teresa Perdomo en *La poesía de Manuel Ponce,* p. 241; y por Tarsicio Herrera Zapién en *Dos patriarcas sonrientes (M. Ponce y O. Valdés),* Buena Prensa, 1994, p. 33.

y don Ignacio Ávila, le ofrecieron en 1987 una solemne cena en el Casino Español con ocasión de sus bodas de oro sacerdotales, acompañado de varios obispos y del cardenal Corripio.

Las glorias de Manuel Ponce fueron más bien, al lado de sus poesías inmortales, sus realizaciones públicas, tales como el encuentro de los intelectuales de México con Juan Pablo II, en mayo de 1990. Una foto nos lo muestra subiendo al estrado de la Biblioteca de México junto con el santo padre.

Dos años después, don Manuel se echó a cuestas la organización de un Simposio Internacional de Arte Sacro, con expertos de América y de Europa y con la participación de monseñor F. Marchisano, presidente de la Obra Pontificia para el Arte Sacro.

En la solemne sesión inaugural, la orquesta del maestro Uberto Zanolli interpretó su versión sinfónico-coral de cinco villancicos de Manuel Ponce, musicalizados por su genio paralelo Miguel Bernal Jiménez. Había sido el mismo compositor que volviera partitura las *Siete palabras* del padre Ponce, una de las cuales es el célebre *Madrigal:*

> Al infinito amor / no duelen prendas, y por eso quiso
> que un ladrón le robara el Paraíso.
> Yo, triste pecador, / sé que en amor divino no hay mudanza,
> y en ser ladrón se funda mi esperanza.

Sólo un año antes de morir obtuvo el padre Ponce una distinción eclesiástica: fue proclamado monseñor y capellán privado de su santidad. Allí le entoné mi epigrama:

> Un Manuel Ponce canta a la *Estrellita*
> y otro engendra poemas sobrehumanos.
> A ambos Ponce la Patria necesita.
> En lo alto vio aquél, chispa infinita.
> Pero éste pone el cielo en nuestras manos.

Era la época de sus últimos poemas. En junio de 1993 moduló monseñor Ponce su "Llanto por Juan Jesús Posadas":

> Hacia las tres de la tarde.
> ¡Qué noche de mediodía!
> Y en sus ojos el engarce
> de la perla tapatía.
> Te taladraron el cuerpo
> las andanadas de plomo.

Te perforaron el alma
las embestidas del odio...

Ésa pudo ser su última poesía. O bien, la glosa a su soneto célebre *Carpe diem:*

"Porque el tiempo nomás es una suma",
porque el tiempo nomás es breve noche
para que se apresure su salida
y la rosa inmortal abra su broche.

Y sobrevino en enero de 1994 el paro respiratorio que tuvo un mes en semicoma a don Manuel Ponce. Así lo contemplaba quien aquí habla, en su lecho de muerte, ante el cual escribí el soneto que concluye así:

La muerte ya a sus miembros derrotaba.
Mas su espíritu, en júbilo y anhelo,
sólo luchaba por alzar el vuelo.

Y, tras su ascenso definitivo el 5 de febrero de 1994, el poeta Marco Antonio Campos cinceló "Epitafio para el padre Manuel Ponce". Es digno de él:

De corazón de niño/ y alma de gaviota,
repartió por el mundo / la rosa y la manzana.
Podía escribir de ángeles / porque era ángel él mismo,
y la Virgen y Cristo / le dieron de palabra
la gracia y luz perfectas. / No usó jamás la espada.
No armó la cruz al odio. / Gloria o laurel le fueron
como ceniza y humo. / Tú que pasas, recuerda:
Este que yace aquí / hermano es de los pájaros.

RECORDACIÓN DE DON ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO

Por Roberto Moreno y de los Arcos

La diplomacia es un ejercicio de las humanidades en cuanto viene a ser aproximación, dado que vivimos en un mundo de distintas etnias y lenguas, a otros seres humanos con los que se ha de tener comunicación y si es posible, amistad.

Forman parte de las humanidades el derecho, la filología, la historia y la filosofía. El primero porque regula las relaciones entre los hombres y estudia su propia regulación. La filología porque nos revela con métodos científicos los códigos idiomáticos con que nos comunicamos. La historia registra todo eso y más. La filosofía aspira a encontrar un sentido en el devenir universal en que nos encontramos inmersos.

Diplomático, jurisconsulto, filólogo, historiador y filósofo fue don Antonio Gómez Robledo, a quien esta Academia me confirió la honrosa tarea de rememorar a pocos meses de su muerte. Agradezco este honor.

Don Antonio nació el 7 de noviembre en Guadalajara, Jalisco, y ahí realizó sus estudios hasta el grado de licenciado en derecho en el año de 1932. Con posterioridad obtuvo el grado de maestro en filosofía y de doctor en la misma materia en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad Nacional Autónoma de México. Tuvo, además, ocasión de seguir cursos de especialización en derecho en distintas instituciones de Francia, de Holanda, de Brasil y de los Estados Unidos. Ahí se forjó como el gran jurista que fue y todos los que lo conocieron reconocen la profundidad de sus conocimientos.

Don Antonio fue un hombre de extraordinaria capacidad de trabajo y gran capacidad de estudio. Aparte de su función como abogado consultor en la Secretaría de Educación (1935-1938), cambió el giro de su vida para consagrarse a la diplomacia. Ya desde 1936 y por dos años formó parte de la Comisión Mixta de Reclamaciones entre México y los Estados Unidos.

Tomo de una semblanza de Salma Saab los datos más relevantes de la vida plena que llevó don Antonio.

> Ingresó al servicio exterior mexicano en 1941, donde realizó, entre otras muchas, las siguientes actividades: secretario particular del canciller Padilla en la III Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores (Río de Janeiro, 1942); primer secretario (1943) y consejero jurídico al servicio exterior mexicano (1948); delegado de México al Comité Jurídico Interamericano (Río de Janeiro, 1943-1946, y en México 1974-1979); abogado consultor en la Secretaría General de las Naciones Unidas (Nueva York, 1946); representante alterno de México en la OEA (Washington, 1949-1951); consejero jurídico de la embajada de México en los Estados Unidos (Washington, 1951-1954), miembro de la delegación mexicana a las IV, VII, VIII, X, XI Asambleas Generales de las Naciones Unidas; presidente de la Comisión Técnica Consultiva de la SRE (1957-1959).
>
> En 1957 la SRE lo nombró enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del servicio exterior mexicano. Como tal, fue director en jefe para asuntos de Europa, Asia y África, y Organismos Internacionales (1961-1964);

representante de México a la Conferencia del Comité de Desarme de las Naciones Unidas (Ginebra, 1964-1967); presidente de la delegación mexicana a la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre el derecho del mar (1980); miembro de la Comisión Consultiva de Política Exterior de la SRE, y embajador de México en Brasil (1959-1961), Italia (1967-1971), Túnez (1968-1971), Grecia (1975-1977) y en Suiza (1977-1979). En reconocimiento a sus actividades dentro de la SRE, el presidente José López Portillo expidió a su favor el nombramiento de embajador eminente.

De manera simultánea Antonio Gómez Robledo realizó una amplia actividad docente y de investigación dentro de la UNAM, esencialmente. Fue profesor de introducción a la filosofía en la Escuela Nacional Preparatoria (1939-1943); profesor titular de derecho internacional público en la Facultad de Derecho desde 1938 y en la Escuela Libre de Derecho (1935-1941); profesor de historia diplomática en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales (1954-1955) y a partir de estos mismos años en la Facultad de Filosofía y Letras impartió las cátedras de filosofía griega, filosofía de los valores y filosofía de la religión, y dirigió el seminario de traducción de textos clásicos —fue un gran conocedor del pensamiento y la lengua (clásica y moderna) griega y entre sus publicaciones están las traducciones de algunas obras de Aristóteles y Platón, así como estudios sobre estos autores—. Fue profesor extraordinario de la Universidad Mayor de San Marcos (Lima, Perú, 1946); de la Academia de Derecho Internacional de La Habana (1955) y del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, al mismo tiempo ocupó el cargo de jefe del Departamento de Humanidades (1947-1948). También fue miembro del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM —[del] que cuando todavía era centro fungió como director interino (1946-1954)—.

Su labor como investigador ha cristalizado en gran cantidad de libros, artículos y conferencias. Entre los primeros destacan: *México en Ginebra* (1932), *Los convenios de Bucareli ante el derecho internacional* (1938), *Cristianismo y filosofía de la experiencia agustiniana* (1940), *La filosofía en el Brasil* (1942), *Etopeya de monroísmo* (1946), versión directa y estudio introductorio de la *Ética nicomaquea de Aristóteles* (1954), *Ensayo sobre las virtudes intelectuales* (1957), *Idea y experiencia de América* (1958), *La seguridad colectiva en el continente americano* (1960), *Meditaciones sobre la justicia* (1963), versión directa y estudio introductorio de *La política de Aristóteles* (1963), *México y el arbitraje internacional* (1965), *Sócrates y el socratismo* (1966), versión directa y estudio introductorio de *La república de Platón* (1971), *Platón, los siete grandes temas de su filosofía* (1974), *Naciones Unidas y el sistema interamericano* (1974), *Grecia moderna, sinopsis histórica* (1977), *Dante Alighieri,* vol. I: *Las obras menores,* y vol. II: *La divina comedia* (1975), *El ius congens internacional* (1982), *El magisterio filosófico y el jurídico de Alonso de la Veracruz* (1984), *Vallarta internacionalista* (1987), *Anacleto González Flores* (1987), *El pensamiento filosófico de Edith Stein* (1988), *Fundadores del derecho internacional* (1989) y la traducción y edición de A. E. Taylor y J. Burnet, *Varia Socrática* (1990), *El caso Lefebvre* (1991) y *Pensamiento de Marco Aurelio* (1992).

Entre las distinciones académicas que recibió, destacan: miembro de la barra mexicana de la Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia; del Instituto de Ordem dos Advogados Brasileiros; de la American Society of International Law; de la Societé Européenne de Culture (Venecia); del Instituto Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional; de la Academia Mexicana de la Lengua; de El Colegio Nacional, y del Seminario de Cultura Mexicana.

Antonio Gómez Robledo fue honrado con las siguientes distinciones: en 1964 se le otorgó el Diploma Cum Laude del Heorico Colegio Militar; en 1969 el premio Elías Sourasky, y fue condecorado con el Cruzeiro do Sul (Brasil), la Orden del Mérito (Italia) y la Orden del Fénix. En 1976 se le otorgó el Premio Nacional de Ciencias y Artes, y la medalla Justo Sierra en 1993.

Pero como lo que de alguna forma me interesa más es mostrar el genio y figura de don Antonio, voy a referir algo de su personalidad simplemente por el trato que tuve con él. Ingresó en esta Academia en 1955. Yo, en 1984. El primer día que asistí a una sesión, en la pausa social que solemos realizar, se me acercó don Antonio para hacerme un interrogatorio casi judicial para saber qué clase de bicho era yo. (Siempre he pensado que no votó a mi favor, en lo que tuvo razón.) Terminadas las preguntas sobre mi persona, una de las cuales era que quién era yo a lo que tuve que contestar lo que contestaría hoy día, que llevaba toda mi vida tratando de saberlo, pero que sí le podía decir qué era yo; en un giro inesperado para mí frente a un hombre por el cual sentía gran respeto, me puso la manga de su saco enfrente y me dijo "¿de dónde es este traje?" Toqué el paño y respondí: "de Saville Row". A partir de entonces nos hicimos amigos.

La amistad tuvo un enfriamiento por otra razón inglesa. Un día en la conversación me dijo algo así como que si no me parecía que el premio Nobel de literatura le tocaba ese año a un inglés. Ante mi asentimiento me pregunto que quién era el autor que prefería y contesté que William Golding. Él repuso que el que realmente lo merecía era Graham Green, pero que quería saber qué libros tenía escritos Golding porque no lo conocía. Le cité *Señor de las moscas, Los herederos* y *La construcción de la torre.* En la siguiente sesión en esta casa ya los había leído. Me expresó que no estaba de acuerdo conmigo. Cuando la Academia Sueca le dio el premio a Golding, don Antonio me dejó de hablar. Como si yo hubiera sido jurado.

No obstante, nos volvimos a tratar en los términos propios del caballero de bonhomía que era. La última vez que lo vi vivo fue un día que acompañado de don Rubén Bonifaz Nuño lo encontramos en el Sistema de Investigadores Nacionales. La conversación fue digna de verse. Ambos

se saludaron con toda cortesía diciéndose "doctor". Don Rubén preguntó por la salud de don Antonio y nos despedimos. Lo cierto es que estos grandes humanistas, traductores de los clásicos, tenían puntos de vista diferentes en cuanto a cómo se debe traducir a griegos y latinos. Don Antonio pensaba que es cosa de interpretar y don Rubén de atenerse al pie de la letra. La verdad es que fueron ambos congruentes con sus ideas y que ahora que estamos esperando la traducción de la *Iliada* que hace don Rubén, vale recordar que uno de los últimos libros de don Antonio fue publicado —me refiero a su traducción de Marco Aurelio— por el mismísimo Bonifaz a pesar de que buena parte del prólogo está dedicada a objetar el método de la traducción al pie de la letra.

Autorizado estoy para decirlo. En uno de los convivios que suelo tener con el doctor Bonifaz, me dijo "Gómez Robledo es un verdadero sabio".

Mis conocimientos no alcanzan para valorarlo en su debida proporción. Sólo puedo decir que su ausencia nos empobrece a todos.

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

VARIAS FICHAS

LA VOZ *TEQUIO*[*]

Por José Luis Martínez

En las *Ordenanzas sobre el tequio y tarea que han de tener los indios...*, dadas por el virrey don Juan de Mendoza, marqués de Montesclaros, en México, el 13 de septiembre de 1605, se dice:

> Por cuanto he sido informado que las personas a quienes se dan y reparten indios para cortar y sacar madera... han hecho y hacen muchos agravios y vejaciones, dando a los indios excesivos tequios y trazas [tareas]...
>
> (*Ordenanzas del trabajo, siglos XVI y XVII,* selección de Silvio Zavala, CEHSMO, México, 1980, t. I, p. 76).

Así pues, estos indios habían sido repartidos a particulares y tenían la obligación de hacer tequios o tareas para ellos, se supone que en lugar de pagar su tributo.

En las *Actas de cabildo de Tlaxcala, 1547-1567* (México, 1985), se dice que el *téquitl,* trabajo o tributo, se hace algunas veces por encargo o a beneficio de la comunidad, pero siempre subsiste la idea de que el *téquitl,* españolizado como *tequio,* es un tributo que se paga con trabajo.

En Oaxaca, según informan el doctor Zavala y Andrés Henestrosa, se llama aún *tequio* al trabajo a beneficio de la comunidad.

Molina dice que *téquitl* significa tributo u obra de trabajo.

Por lo antes expuesto, sugiero que en la primera acepción de esta voz, en el DRAE, se ponga:

> ***tequio*** (Del náhuatl *téquitl,* trabajo o tributo). m. Tarea, trabajo personal que se imponía como tributo a los indios. Sigue designando al trabajo que se hace en beneficio de la comunidad.

[*] Leído en sesión ordinaria del 9 de junio de 1988.

AZTECA, MEXICA[*]

Por José Luis Martínez

La cuestión de cómo se deben llamar los miembros de la Triple Alianza (Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan o Tacuba), ha sido siempre muy discutida.

Muchos han favorecido el término *mexica*. Pero *mexica* implica solo Tenochtitlan y Tlatelolco, con exclusión de Tetzcoco y Tlacopan, cuyos habitantes no eran mexicas. Aunque respetando la opinión de los que lo usan, parece que este término no se puede aplicar al Imperio de la Triple Alianza en general. (Tampoco se puede usar constantemente *Triple Alianza,* pues esta palabra puede ser empleada como adjetivo.)

Entonces, por falta de otro término, nos quedamos con el de *azteca*. Como señala Barlow (que prefiere *Culhua-Mexica),* el término *azteca* se originó con Clavijero, porque la versión de que vinieron de Aztlán fue difundida por Precott ya que ni Sahagún ni Cortés la emplearon. (Véase Barlow, *Some Remarks on the Term Aztec.*)

En nuestro trabajo, cuando se trata únicamente de los habitantes de Tenochtitlan, se ha usado el término *tenochca*. Cuando se trata de Tenochtitlan junto con Tlatelolco, Tetzcoco y Tlacopan, es decir la Triple Alianza, el término *azteca*.

TOCOTÍN[**]

Por José Luis Martínez

Fray Alonso de Molina no registra esta voz. Tampoco Frances Karttunnen *(An analytical Dictionary of Nahuatl).* Aparece en el Rémi Siméon, con la acepción de:

> Danza antigua y sagrada en uso todavía en las fiestas religiosas, particularmente en Yucatán (Clav.)

[*] Leído en sesión ordinaria de 25 de agosto de 1988.

Fuente: Claude Nigel Byam Davies, *Los señoríos independientes del Imperio Azteca,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1968, "Introducción", p. 19. (Transcribió: José Luis Martínez.)

[**] Leído también en la sesión ordinaria del 25 de agosto de 1988.

Consultada al respecto la autoridad mencionada, el padre Francisco Xavier Clavijero, éste dice:

> Se conserva también hasta hoy entre los mexicanos una danza antigua que llaman vulgarmente *tocotín,* la cual es bellísima y tan honesta y grave, que se permite a los indios el hacerla aun en los templos.
> *(Historia antigua de México,* lib. VI, cap. XLV, "Danzas".)

Lo cual repite Cecilio A. Robelo en su *Diccionario de aztequismos,* añadiendo que las radicales de esta voz son desconocidas.

Del *tocotín* sabemos por Sor Juana, quien, al fin de su "Villancico VIII. Ensaladilla", escrito en 1676, incluye un poema llamado "Tocotín", en hexasílabos y en náhuatl. De este "Tocotín" Alfonso Méndez Plancarte ofrece dos versiones españolas, una literal, del padre Ángel María Garibay, y otra en romancillo hexasílabo, del mismo Méndez Plancarte. Don Alfonso recuerda que, antes que Sor Juana el bachiller Francisco Bramón, en un auto incluido en *Los sirgueros de la Virgen* (México, 1620), pone "una vistosa danza, *mitote* o *tocotín*" con letras castellanas, y añade: "Tocotín: danza azteca, y su letra, en nombre acaso onomatopéyico de sus ritmos: 'taco, toco, totoco, toco' "(Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas,* ed. de Alfonso Méndez Plancarte, FCE, México, 1952, t. II, p. 364).

Ahora bien, en *Los sirgueros,* del padre Bramón, se refiere que, en una festividad religiosa, los indios sacaron sus instrumentos musicales y:

> dieron... principio a una vistosa danza, que llaman los mexicanos *netotiliztle,* y en nuestro vulgar, *mitote* o *tocotín.*
> *(Los sirgueros de la Virgen,* México, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, p. 109.)

Así pues, a principios del siglo XVII, *tocotín* era el nombre común, español o españolizado, quizás onomatopéyico, de una antigua danza indígena.

En resumen, *tocotín* no parece una voz náhuatl documentada, con raíces que comparta con una familia de palabras, como es lo habitual en esta lengua. Como sugiere Méndez Plancarte, posiblemente sea el nombre onomatopéyico de una danza con canto. Y lo que consta por los textos literarios, es que se usó en los siglos XVII (Bramón y Sor Juana) y XVIII (Clavijero), en algunas regiones mexicanas, con temas de Navidad o marianos.

En atención a lo expuesto, sugiero que en el DRAE se ponga:

> ***tocotín.*** m. *Méx.* Antigua danza y canto con letra en náhuatl o en español, de tema religioso.

SOBRE EL ORIGEN DE LA VOZ *TAPATÍO*[*]

Por José Luis Martínez

Desde principios del siglo XIX se llama en México *tapatío* al natural de Guadalajara, capital del estado de Jalisco. Respecto al origen del vocablo se han propuesto varias teorías. Tratando de encontrarle un origen náhuatl se ha citado la voz *tlapatiotl* que, según fray Alonso de Molina, significa "el precio de lo que se compra" *(Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana castellana*, 1571, ed. Porrúa, p. 131 de la segunda parte). La etimología resulta forzada y es dudosa.

José Ignacio Dávila Garibi, en erudita disertación, acepta como acepciones de esta voz las que han propuesto Cecilio A. Robelo y Eufemio Mendoza, a saber: las monedas de cacao contenidas en tres bolsas, o grupos de tres tortillas, uso, este último, que al parecer seguía empleándose hasta tiempos recientes. En su estudio de 1870, Mendoza cita como referencia más antigua de estos usos la obra de Francisco Ximénez —homónimo del historiador de Guatemala y Chiapas fray Francisco Ximénez—, *Cuatro libros de la naturaleza y virtudes medicinales de las plantas y animales de la Nueva España*, de 1615 (Dávila Garibi, *Algunas disquisiciones acerca del vocablo "tapatío"*, México, 1943). Estas menciones del curandero y herbolario práctico, Ximénez, que residía en el hospital de Oaxtepec, tienen relación remota con el gentilicio en cuestión.

En cambio, sí son jalisciense s y más antiguas las dos referencias que menciono en seguida. En el pleito que Hernán Cortés, marqués del Valle, tuvo contra Nuño de Guzmán y los oidores por los pueblos de la provincia de Ávalos, de 1531 a 1532, uno de los testigos, Hernando Ladrón, declaró el 7 de marzo de 1532, que, entre la ropa que daban como tributo los vecinos de Tamazula cada 60 días, además de mantas, camisas, naguas, mástiles y otras prendas, se contaban "ochenta mantillas que llaman *tapatíos*" *(Pleito del marqués del Valle contra Nuño de Guzmán, sobre aprovechamientos de pueblos de la provincia de Ávalos*, introducción y notas de Salvador Reynoso, Documentación Histórica Mexicana, 1, Librería Font, Guadalajara, 1961, respuesta XI, p. 90).

Y en la tasación de tributos de los pueblos de Nueva España que se hizo a mediados del siglo XVI, al señalar la reducción de tributos concedida a Atoyaque —el pueblo natal de quien esto apunta—, el 12 de febrero de 1552, se dice que el licenciado Contreras les quitó, de la ropa menuda que daban, "cuatro camisas y cuatro naguas y cuatro *tapatíos* y cuatro mástiles" *(El Libro de las tasaciones de pueblos de la Nueva España.*

[*] Leído en sesión ordinaria del 8 de septiembre de 1988.

Siglo XVI, prólogo de Francisco González de Cossío, Archivo General de la Nación, México, 1952, p. 622).

Así pues, en estas dos referencias, una de 1532 y otra de 1552, y ambas de pueblos de Jalisco, Tamazula y Atoyac, se identifica *tapatíos* con mantillas. Recordamos que las mantillas suelen llamarse, precisamente en esta región, con un viejo mexicanismo: *tápalos.* Y que la propensión por los diminutivos debió hacerlos pasar a *tapalitos,* lo cual está ya a un paso de *tapatíos,* que pudo ser una deformación indígena y popular de *tapalitos.* Todo lo cual permite desembocar en la posibilidad de que el nombre de la prenda usada en el siglo XVI por las mujeres de Jalisco, *tapatíos,* pudiera haber pasado a ser, con el tiempo, el nombre genérico de los nacidos en Guadalajara.

LA *CH* Y *LL* COMO CAPÍTULOS DEL DICCIONARIO*

Por GABRIEL ZAID

1. Un diccionario de la lengua tiene que ordenar las palabras con algún criterio. Por ejemplo:

a) Si las palabras se ordenaran por orden cronológico, según el momento en que empezaron a usarse, se podrían abrir capítulos por siglo. Sin embargo, dentro de cada capítulo, sería imposible definir el orden exacto, por año o por mes. La consulta sería también imposible: el lector tendría que saber de antemano la antigüedad de cada palabra.

b) Si las palabras se ordenaran por función gramatical, se podría abrir un capítulo de verbos, otro de sustantivos, etc., pero no sería posible subdividirlos. Dentro de cada capítulo, todas las palabras tendrían la misma función y no sería posible ordenarlas, sino recurriendo a otro criterio, lo cual daría un sistema híbrido.

c) Si las palabras se ordenaran por raíces etimológicas, se podrían abrir capítulos por lengua de origen: latín, griego, etc., pero aquí también haría falta un segundo criterio de ordenamiento dentro de cada capítulo. Además, habría que repetir las palabras con más de una raíz. Además, el lector tendría que saber de antemano el origen etimológico de la palabra que busca.

d) Si las palabras se ordenaran por su significado, como en la primera parte del *Diccionario ideológico* de Casares, no sería fácil ordenarlas ni buscarlas. Además, habría palabras que tendrían que estar repetidamente, según la acepción. Además, habría un problema de claridad tipográfica, si junto a cada palabra estuviera su significado. La solución de Casares, que es poner un diccionario alfabético en la segunda parte, es híbrida.

e) Sería útil contar con diccionarios auxiliares en orden cronológico, gramatical, etimológico o temático, para usos especializados, como es útil contar con diccionarios de sinónimos y de la rima. Sin embargo, para el uso general de un diccionario de la lengua, el orden alfabético supera a todos los demás.

* Leído en sesión ordinaria del jueves el 5 de octubre de 1989.

En primer lugar, no deja duda alguna sobre el lugar que le corresponde a cada palabra: cuál va antes y cuál después. El orden alfabético tiene la claridad, el rigor, la seguridad clasificatoria del sistema decimal. Por lo mismo, no hace falta apelar a un segundo criterio, al pasar del orden general de los capítulos al orden interno de cada capítulo.

En segundo lugar, es de fácil consulta. No exige más que saber el orden de las letras del alfabeto y la ortografía correcta de la palabra que se busca. Esto último es una limitación, pero menor, en comparación con cualquier otro criterio.

f) En principio, el orden fonético pudiera ser igualmente riguroso, aunque no tan práctico. En primer lugar, porque el alfabeto es más conocido que la clasificación de fonemas de la Asociación Fonética Internacional. En segundo lugar, porque los hablantes están menos conscientes de los fonemas que los lectores de las letras. En tercer lugar, porque la mayor parte de las consultas provienen de la lectura. En cuarto lugar, porque la pronunciación estándar de una palabra puede variar por regiones y a lo largo del tiempo, aunque la escritura sea la misma.

2. Sin embargo, el diccionario de la Real Academia Española no es rigurosamente alfabético: usa el criterio fonético para ordenar las palabras con *ch* y con *ll.* Las palabras que llevan uno de estos fonemas al principio, se agrupan al terminar la serie respectiva con *c* o con *l: racha* no va después de *racel* sino después de *racor; polla* no va después de *polizonte* sino después de *polvoroso.*

El diccionario no sigue este criterio fonético en casos similares. Por ejemplo:

a) En el capítulo de la *a,* no se intercalan *haba* y *habano,* sino que se llevan a un capítulo aparte para las palabras que empiezan con *h.*

b) En el capítulo de la *b,* no se intercalan *vaca* y *vado,* sino que se llevan a un capítulo aparte para las palabras que empiezan con *v.*

c) En el capítulo de la *c,* se dejan *cena* y *ciudad,* en vez de llevarlas al capítulo de la *s* o de la *z* (según se pronuncien).

d) Igualmente se dejan en la *g,* palabras como *gente* y *gitano,* en vez de pasarlas al capítulo de la *j.* Además, dentro del capítulo de la *g,* se pone *guedeja* después de *gubilete,* dándole su lugar alfabético a la *u,* se pronuncie o no se pronuncie.

e) Sucede lo mismo en la *u* de *quater* y de *que.* Se pone *quater* antes de *que,* en orden alfabético; no antes de *quórum,* como sería en orden fonético.

3. Se puede argüir que la *ch* y la *ll* no rompen el ordenamiento alfabético porque son de hecho letras, no sólo fonemas: letras dobles, tan individuales y distintas como sus componentes *c, h* y *l.*

Sin embargo, el concepto de letra doble parece muy dudoso.

a) Cuando se hace el recuento de las letras, no suelen incluirse la *ch* ni la *ll.* La *ch,* por ejemplo, brilla por su ausencia en la palabra *abecedario.*

b) En el recuento de las letras, siempre aparece la *q* sencilla, sin la *u,* a pesar de que siempre se escribe con *u.* Así se escribe, por ejemplo, en el capítulo correspondiente: la letra titular es *Q* no *QU.*

c) De igual manera, en todas las palabras con *gue* y con *gui,* nadie considera que el par *gu* sea una letra, sino dos.

d) Tampoco se considera que el par *rr* sea una letra distinta de la *r.*

Es decir, afirmando que *ch* y *ll* no son sólo fonemas sino letras aparte, el problema no se resuelve, se traslada. El nuevo problema es el siguiente: la *ch* y la *ll* no son las únicas letras dobles. Hay otros 14 casos en los cuales un fonema se representa con dos letras, y en todos estos el ordenamiento toma como base las letras sencillas que componen las letras dobles.

Hay nueve casos de vocal con *h,* antes o después: *ah, eh, oh, uh, ha, he, hi, ho, hu.* Hay además *bv, gu, nn, rr, qu.* En todos estos casos, se ordena desconociendo la pronunciación y desconociendo también el hecho de que las letras componentes puedan considerarse como un par indisoluble. Se ordena alfabéticamente, tomando como base cada letra componente, no el par que representa un fonema.

Comparemos la *rr* con la *ll.* En ambos casos, hay una letra componente que se repite. En ambos casos, cuando van en medio de una palabra, la letra doble representa un fonema distinto que la letra componente. Sin embargo, reciben un tratamiento diferente. Entre *calizo* y *calma,* no se intercala ninguna palabra, siendo que ahí debería intercalarse la serie que va de *calla* hasta *callueso.* En cambio, entre *carquiñol* y *cárstico* se intercala la serie que va de *carra* a *carrusel.* Nada justifica este distinto tratamiento: la *r* de *carquiñol* es un fonema tan distinto de la *rr* de *carra* como la *l* de *calizo* frente a la *ll* de *calla.* La *rr* es tan letra doble como la *ll.*

Es decir: hacer excepción con *ch* y *ll* es una incongruencia, ya sea que se interprete como el respeto a un fonema distinto o como el respeto a una letra distinta de sus dos componentes.

SOBRE EL ORIGEN ETIMOLÓGICO DE LA *CH* Y *LL* EN CASTELLANO*

Por TARSICIO HERRERA ZAPIÉN

Son abundantes las palabras castellanas que comienzan con *ch* y con *ll*. Ello indica que ambos fonemas tienen caracteres inconfundibles.

1. Muchas de las voces castellanas iniciadas con *ll* vienen de la *yod* consonántica latina. Así sucede con palabras que en latín comienzan con *cl: clamare* da *llamar; clave* da *llave.*

Y así sucede sobre todo con voces que en latín comienzan con *pl:*

plorare	da	*llover*
pluvia	da	*lluvia*
plenu	da	*lleno*
plaga	da	*llaga*
planu	da	*llano*
plicare	da	*llegar*
plantago	da	*llantén.*

Sólo una palabra frecuente en castellano comienza en latín con *fl:* el latín *flamma* da *llama.* Y otra voz comienza en latín con *l* simple y se gemina al pasar al castellano: *levare* da *llevar.*

2. Por su parte, la *ch* es un sonido muy peculiar del español, pues además de las voces derivadas de otras lenguas, incluye muchos términos *onomatopéyicos* nacidos directamente en nuestro propio idioma:

cháchara, chancla, chapa, chacona, chacota, charamusca, chafar, charanga, charca, chirriar, chinga, chispa, chistar, chocar, chorro, chupar, churrasco.

Varias otras palabras vienen claramente del *francés,* y hasta tienen aire de galicismos:

chalán, chaflán, chalupa, champiñón, champaña, chaperón, chaqué, chaqueta, charada, chicote, chimenea.

Son varias las voces que vienen del latín ya sea directa, ya indirectamente:

* Leído el 5 de octubre de 1989.

chico (de *ciccum,* cosa pequeña)
chiflar (de *sifilare)*
chillar (de *fistulare)*
chinche (de *cimex, cimicis)*
chirimía (de *calamellus,* por medio del francés *chalemie)*
chito (de *iactus)*
chubasco (de *pluvia,* por el portugués *chuva)*
chumacera (de *plumaceum,* y éste de *pluma,* a través del portugués *chumaceira):* pieza giratoria.

Varias voces que comienzan con *ch* tienen origen náhuatl:

chocolate (de *xococ,* agrio; *atl,* agua)
chiche (del náhuatl *chichi,* mamar)
chile (del náhuatl *chilli)*
chichimeca, chilacayote, chichicuilote, chiquihuite, etcétera.

Algunas voces son de origen portugués: *chamba, chamuscar.*

Otras voces vienen del italiano, como *chulo* (de *fan-ciullo,* muchacho); *chinela* (de *pianella,* zapatilla).

La *llave* del griego da *chato* como derivado del griego *platys,* plano).

Como se ve, la riqueza etimológica de la *ch* y la *ll* iniciales corrobora la tesis de que tienen caracteres peculiares que ameritan ser destacados en secciones independientes.

ORTOGRAFÍA DE LAS CIFRAS*

Por José G. Moreno de Alba

Todos sabemos que la *ortografía* es una de las ciencias del lenguaje que se encarga de enseñar a escribir correctamente, por el acertado empleo de las letras y de los signos auxiliares de la escritura (como los de puntuación, por ejemplo). Como se ve, estrictamente no tiene cabida en esta disciplina, según la anterior definición, todo lo relativo a las cifras numéricas. Así lo ha venido entendiendo la gramática tradicional pues, si se analizan los numerosísimos manuales, desde el Renacimiento hasta nuestros días, se verá que no incluyen nunca nada relacionado con la ortografía de las cifras. Baste un ejemplo reciente: en 1973 se publicó el *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española* de la Real Academia. Como su título indica, se trata de una propuesta que, después de analizada, criticada, modificada, complementada, etcétera, se supone que se convertirá en la *nueva Gramática* académica, cosa que, pasados casi 20 años de su publicación, todavía no sucede. En esa importante obra hay un amplio capítulo dedicado a la ortografía (pp. 120-159), dentro de la sección de *fonología.* Se trata ahí todo lo referente a la ortografía de los fonemas (representación de las vocales, de las consonantes), al alfabeto español, al acento ortográfico, al empleo de las letras mayúsculas, signos de puntuación y abreviaturas. Nada hay ahí explicado ni legislado sobre las cifras, entendidas éstas como los signos por los cuales se representan los números.

Podría pensarse que se trata de un tema de poca importancia. Creo por mi parte que, cuando escribimos, nos vemos con frecuencia en la necesidad de incluir en determinado texto una cifra, y ésta se convierte desde ese momento en parte misma del texto. Conviene, por ende, normar de alguna manera su uso, con el principal objeto de preservar la unidad de la lengua. En las notas que siguen pretendo, más que otra cosa, proporcionar una serie de ejemplos que muestren la conveniencia de tal tipo de reglamentación.

1) *Separación de decimales.* Tengo entendido que en casi todo el mundo

* Leído el 14 de junio de 1990.

hispánico se emplea un punto para separar los enteros de los decimales: 1.2 se leería *un entero y dos décimos.* Parece ser sin embargo que existen lugares, en España predominantemente, en que se prefiere para este objeto escribir una coma: 1,2. Esto se da sobre todo cuando se están escribiendo cantidades con más de un decimal: 1,22 *(un entero y veintidós centésimos).* Si la gran mayoría tiene como norma el uso del punto (de lo que dan muestra evidente las calculadoras de cualquier parte), no veo inconveniente para que se convierta en norma o regla general para *todos* los hispanohablantes.

2) *Separación de millares.* Primeramente debe decirse que, con frecuencia, sobre todo en los manuscritos (con ello quiero decir los textos que se escriben sin el auxilio de la máquina de escribir o de la imprenta), no se separan los millares de las decenas y las unidades, sino que se escriben yuxtapuestas unas cifras tras otras: 1000. Por otra parte, existen al menos tres formas de marcar gráficamente la separación de los millares: *a)* mediante el empleo de la coma: 1,000. *b)* por el uso del punto: 1.000. *c)* haciendo uso simplemente de un espacio libre: 1 000. Lo primero que debe decirse es que la separación de los millares parece conveniente, sobre todo cuando se trata de cifras de grandes dimensiones y nunca cuando se escriben fechas en años (1990, por ejemplo). De las formas existentes para hacerlo, me inclino por recomendar la primera, esto es el empleo de la coma. La razón es obvia, si se considera el apartado anterior: puesto que el punto se reserva para separar los decimales, no puede emplearse éste para apartar los millares. Son precisamente los sitios donde se usa la coma para separar los decimales (España, quizá) los que emplean el punto para separar los millares. Si se acepta la propuesta anterior (emplear el punto para separar decimales), es necesario aceptar el uso de la coma para la separación de los millares, con objeto de evitar confusiones. En el fondo el argumento es el mismo: para preservar la unidad lingüística, conviene convertir en regla la costumbre de la mayoría. Finalmente, no parece recomendable el dejar vacío un espacio porque, aunque esto puede hacerse (y resultar medianamente útil) en la máquina de escribir o en la tipografía, resulta casi imposible de llevar a cabo en el texto manuscrito.

3) *Cifras largas en fin de renglón.* En cierto tipo de texto, el científico, el económico, el estadístico, etcétera, con no poca frecuencia es indispensable el empleo de cifras muy largas. Sabemos que una palabra puede dividirse al término del renglón mediante el empleo del guión y respetando la correcta división silábica. ¿Puede hacerse lo mismo con las cifras? Si nos atenemos a lo que al respecto hacen los editores y tipografistas, la respuesta debe ser negativa. He visto algún impreso en que una de estas cantidades de muchas cifras, que tocó al fin de la lí-

nea, se separó mediante el empleo de puntos suspensivos; en otro impreso observé que la cantidad que no cabía en el renglón continuaba sin marca alguna especial en el siguiente. Tipográficamente no parece una solución estética. A reserva de tratar después la posible combinación de cifras y palabras en ciertos casos, lo que ayudaría a resolver algunos de estos problemas, juzgo que debe predominar el criterio de la no separación de cifras largas en fin de renglón. En tipografía (y en procesadores de palabras) no parece complicado, para respetar este principio, distribuir adecuadamente los espacios blancos entre todas las palabras (y cifras) del renglón.

4) *Combinaciones de cifras y letras.* En el menú de un prestigioso restaurante de la ciudad de México vi que los precios se expresan suprimiendo tres ceros a las cantidades, de manera tal que ahí un platillo al que sigue la anotación de 30 cuesta 30,000 pesos. Una minúscula (e innecesaria) nota *a pie de menú* aclara que los precios están estipulados *en miles.* Este restaurante no ha hecho otra cosa que poner en práctica una extendida costumbre en todo tipo de textos: para abreviar las cantidades muy extensas, si las últimas cifras son ceros, se escribe parte de ellas (precisamente la que corresponde a las cifras no suprimidas) con palabras: 2,000 se convierte así en *2 mil,* 200,000 en *200 mil* y 200'000,000 en *200 millones.* En principio no parece haber inconveniente para emplear señalamientos: *a)* parece recomendable limitar la expresión de cantidades con palabras (y no con cifras) sólo a los siguientes casos: miles, millones y billones (trillones, etcétera si fuera necesario); por tanto debería evitarse una expresión como *2 cientos* por 200. *b)* tampoco debería acudirse a este sistema cuando en la cantidad de que se trate no todas las cifras finales (después de los billones o millones o miles) son ceros, como en 20'200,000, en la que yo no recomendaría escribir **20 millones 200 mil. c)* Entiendo que en cuadros sinópticos en que hay necesidad de expresar muchas cantidades grandes suele, acertadamente, expresarse todo en miles, para ahorrarse tres ceros; así en esos casos una cantidad como 1'100,000 puede quedar expresada como 1,100 (miles). Como se ve, esto iría contra lo expuesto en el inciso *b.* En todo caso, juzgo que este recurso debe limitarse a textos específicos o, mejor, a cuadros o esquemas de carácter predominantemente numérico, pero no para un texto normal, ya que resultaría confuso. *d)* Finalmente, para escribir parte de una cantidad con palabras y parte con cifras, convendría tomar en cuenta también lo que en seguida se anotará en relación con las cifras que, según algunos, siempre se deberían escribir con letras.

5) *Cifras y letras.* En cualquier texto no matemático (o no científico en general) puede verse que alterna el uso de letras y cifras para anotar cantidades: *2* y *dos, 20* y *veinte,* etcétera. Aunque no faltan casos en que

se expresan con letras todo tipo de cantidades *(doscientos cuarenta y tres mil quinientos cincuenta y tres,* por ejemplo), lo que incluso es obligatorio en cierta clase de documentos (como en los cheques, sea por caso), tengo la impresión de que sólo las 20 primeras cifras, las decenas exactas *(cuarenta, cincuenta,* etcétera) así como ciertas cifras especiales (*cien, mil,* entre otras) suelen escribirse con letras en los textos no especializados en cuestiones aritméticas (una novela, un ensayo, un artículo periodístico...). En todo caso éste sería un típico asunto que convendría legislar, o al menos convendría decidir cuál es el límite recomendable. Queda claro que el ejemplo anterior (243,553) se transcribiría con cifras en casi todo tipo de texto; y que es mucho más normal ver escrito *los dos hermanos* que *los 2 hermanos*; pero ¿qué sucede con las cantidades intermedias? Quizá en un caso como éste la opinión de la Real Academia y de las demás academias resultaría útil, pues ayudaría en efecto a preservar la unidad de la lengua.

6) *Apóstrofo para millones.* Si nos atenemos a los tratados de ortografía, el apóstrofo (') no pertenece al grupo de *signos ortográficos* del español actual. Éste, efectivamente, nos dice el *Diccionario,* "indica la elisión que antiguamente solía hacerse en nuestra lengua, y que hoy se hace en algunas otras, de una vocal en fin de palabra cuando la siguiente empezaba por letra de igual clase: *v. gr.: d'aquel, l'aspereza*". Sin embargo hace unos 40 años se enseñaba en algunas escuelas que debía usarse este signo para separar, en las cifras, los millones (2'000,000, por ejemplo). Vino después una época en que pareció olvidarse esta norma y, últimamente, creo que vuelve a estar en boga. Es mi opinión que, debido a que añade precisión, el uso del apóstrofo para separar los millones parece recomendable. En algunos informes bancarios, por ejemplo, he visto que también se emplea el doble apóstrofo ('') para separar miles de millones 2''000'000,000); no parece mal.

7) *Separación de horas y minutos.* Cuando se escribe, el tiempo se expresa frecuentemente mediante palabras o letras *(las dos y diez,* por ejemplo) o combinando cifras y letras (*2 horas y 10 minutos,* sea por caso). Cuando la hora se proporciona sólo en cifras, hay varias formas de hacerlo: *a)* separando con coma la hora y los minutos *(2,10 horas),* recurso poco usual. *b)* Una hache para las horas, apóstrofo para los minutos y doble apóstrofo para los segundos *(2h10'20');* creo que este sistema se emplea predominantemente en escritos técnicos. *c)* Dos puntos entre la hora y los minutos *(2:10),* esta clase de anotación aparece sobre todo en textos administrativos como memorandos, circulares, horarios de aviación (donde además, para mayor claridad, suele emplearse el cero a la izquierda, como en *06:35,* que se lee *seis de la mañana treinta y cinco minutos),* etcétera, y también en los de carácter periodístico. Juz-

go que en un texto *normal,* es decir no especializado o científico, convendría emplear palabras (o letras) y no cifras *(diez para las doce)* o, cuando intervengan cantidades más extensas, cifras y palabras *(18 para las 12, las tres horas y 54 minutos,* etcétera), y reservar las otras clases de notaciones para textos de alguna manera especializados.

8) *Ceros a la izquierda.* Llama la atención una costumbre, en México al menos bastante reciente, de escribir las fechas a la manera como se suele hacer en los Estados Unidos. Así puede verse que el *tres de julio de 1990* queda escrito como *03-07-90* y no pocas veces como *07-03-90,* en el último caso anteponiendo, más a la inglesa todavía, el mes al día. Este sistema contradice en dos aspectos a la tradicional manera hispánica de escribir las fechas: por una parte, se hace uso de números arábigos tanto para los días cuanto para los meses, mientras que entre nosotros ha sido siempre mucho más común emplear arábigos para los días y romanos para los meses *(3-VII-90,* para seguir con el mismo ejemplo). Por otra parte, en la transcripción al estilo norteamericano, hay necesidad de emplear la cifra 0 *(cero)* a la izquierda de los dígitos, lo que no va con la ortografía de las cifras en español, aunque debe reconocerse que para ello pueden intervenir también las computadoras, en cuyo lenguaje se precisa en ocasiones ocupar , así sea con ceros, un número determinado de espacios. Juzgo recomendable para nosotros, sobre todo por respeto a la tradición hispánica, seguir empleando siempre que sea posible números arábigos para los días (que obviamente deben aparecer en primer término), y romanos para los meses; así como procurar no emplear el cero a la izquierda de los dígitos, a no ser que resulte indispensable, ya sea por exigencias de las computadoras o porque determinados machotes obliguen a hacerlo. Creo que el cero a la izquierda sólo debe emplearse cuando se escriben cantidades decimales que no tienen enteros: *0.65 (cero enteros y sesenta y cinco centésimos)* debe preferirse, quizá por claridad, a *.65.*

9) *Algunos signos relacionados con los números.* Limitándome sólo a los más usuales, aquellos a los que suele asignárseles tecla en las más comunes máquinas de escribir, distinguiría el signo % y el signo $ (con doble barra este último puede valer *dólares* y, más raro, con doble cero como denominador el primero equivale a *por mil).* Poco hay que decir sobre ellos. Si acaso que algunas personas, cuando escriben, prefieren evitarlos y, en su lugar, escribir las voces correspondientes *por ciento* y *pesos.* Creo que ello es recomendable sobre todo en textos en los que sólo esporádica o accidentalmente requieren su uso, es decir todos aquellos que tratan asuntos no predominantemente numéricos, aritméticos, estadísticos, monetarios, etcétera. En efecto, puede observarse que, en una novela sea por caso, cuando hay necesidad de emplear

el concepto 'pesos' o 'por ciento', se usan palabras y no signos. Por lo contrario, en una carta de negocios es no sólo aceptable sino quizá recomendable el empleo de los signos.

10) *Números telefónicos.* Me hacía ver Gabriel Zaid que también la designación o la manera como se enuncian los números de teléfono está comenzando a modificarse en el español mexicano. La regla para lectura de tales números, en México, puede formularse en los siguientes términos: agrúpense los números en parejas de izquierda a derecha. Así, un número como *21-22* se leerá *veintiuno veintidós:* otro del tipo de *3-21-22* suele decirse *tres veintiuno veintidós;* el *20-21-22* es *veinte veintiuno veintidós;* y, finalmente, los propios del área del Distrito Federal, como el *520-21-22,* que se dice *cinco veinte veintiuno veintidós.* Esto es lo que todavía se observa por parte de la gran mayoría de hablantes en nuestro país. No faltan empero personas que enuncian un número telefónico como el anterior diciendo *quinientos veinte veintiuno veintidós* y gráficamente lo agrupan así: *520-21-22.* Aun reconociendo que este último tipo de transcripción (y de enunciación) tiene el sentido, pues parece ser que obedece a cierta distribución de zonas, señaladas por las tres primeras cifras, creo que la forma tradicional de decir los números (siguiendo la regla de agruparlos por parejas de izquierda a derecha) es recomendable no por otra cosa sino porque es más sencilla, dado que evita las centenas.

Por lo que toca a su escritura, es mucho más común (y conveniente) separar de alguna forma las parejas que forman el número telefónico que anotarlas yuxtapuestas *(5202122).* Pueden distinguirse al menos cuatro formas de señalar en la escritura la separación de las parejas en los números telefónicos: *1)* dejando espacio entre ellas *(5 20 21 22); 2)* anotando entre cada una de ellas un punto *(5.20.21.22); 3)* escribiendo una barra diagonal, como en *5/20/21/22; 4)* poniendo entre ellas un guión: *5-20-21-22.* Sobre la base de lo generalizado de su empleo en México, creo que es recomendable la forma 4, es decir usando guiones.

Creo que de los Estados Unidos procede también la costumbre, reciente en nuestro medio, de escribir entre paréntesis, antes del número telefónico propiamente dicho, el llamado *código (lada)* para llamadas de larga distancia y las *claves* del país o de la ciudad. Así una notación del tipo de *(98-34-1) 2-20-21-22* nos está señalando que lo escrito entre paréntesis son números de acceso al sistema de larga distancia (el primero), a España (el segundo), y a la ciudad de Madrid (el tercero) y que el número telefónico es el escrito fuera del paréntesis. Independientemente del origen de este sistema de escritura, creo que aclara el significado de las cifras y, por tanto, resulta recomendable.

PONENCIA

LOS POETAS NEOLATINOS DE MÉXICO EN EL SIGLO XVIII Y SU CONTRIBUCIÓN IDEOLÓGICA E HISTÓRICA*

Por Carlos Montemayor

I

La literatura mexicana abarca muchas lenguas y muchos periodos notables. Ella comprende, por supuesto, la escrita en lengua española desde el siglo xvi hasta nuestros días; también la escrita en lenguas indígenas, especialmente en náhuatl y en maya; también la que escribieron en latín hombres fundamentales para nuestra historia política y humanística. De esta literatura mexicana, la escrita en latín, les hablaré hoy.

El latín fue una lengua común en la vida culta de México desde el siglo xvi. Conviene recordar que España era en el momento de su expansión territorial y del establecimiento de la Nueva España la primera potencia europea, en el apogeo de su cultura, su lengua, su arte. En ese esplendor, la Nueva España se nutre de una cultura clásica: la lengua castellana del siglo de oro, la erudición renacentista en griego y en latín, la inteligencia formidable de gramáticos que en muy pocos años lograban dominar lenguas indígenas que no tenían semejanza alguna con las lenguas romances y que elaboraban diccionarios y gramáticas que aún hoy seguimos utilizando; a ello debe agregarse que el pensamiento de Erasmo orientó la evangelización en México a través de fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo novohispano, y que el pensamiento de Tomás Moro propició, con Vasco de Quiroga, la primera organización de los pueblos purépechas de Michoacán. Es decir, la cultura novohispana surgió madura, con una estatura clásica; no tuvo balbuceos de infancia.

Pero esto era, vasta y madura, la cultura *europea* desplegándose sobre los escombros de los pueblos indígenas. A los ojos de aquellos españoles del siglo xvi, los pueblos indígenas eran pueblos postrados por el de-

* Ponencia leída en el Congreso Internacional "As humanidades Greco-latinas e a Civilização de Universal", realizada en la Universidad de Coimbra en 1988.

monio, poseídos por satanás, condición que les servía de justificación para numerosos despojos y masacres que aún ahora no se olvidan en México. Es decir, los novohispanos eran españoles viviendo en tierra extraña, como lo expresa sin sombra de duda Bernardo de Balbuena. México no era un país distinto, una patria ajena a España. Sería necesario que surgiera la otra voz, la masacrada, la perseguida, la de las culturas indígenas, para que México despertara en la fusión en la mezcla de los dos mundos culturales: el europeo y el indígena. Este despertar ocurrió en el siglo XVIII. Este despertar lo debemos a los humanistas que escribieron en latín las más bellas páginas que en esa lengua hemos cantado los mexicanos.

Referiré primero la contribución general de estos humanistas a la historia de México; después comentaré tres obras notables de ellos.

II

Varios rasgos tuvieron estos hombres en común. Primero, haber nacido todos en el territorio de México y alrededor de los últimos años de la tercera década del siglo XVIII. Segundo, haber escrito la mayor parte de sus obras en latín. Tercero, haber pertenecido a la orden de los jesuitas. Estas coincidencias son útiles para entender sus obras.

A mediados del siglo XVIII, y a través, particularmente, del naturalista Buffon y de su seguidor De Pauw, Europa declaraba orgullosamente que todo en América era inferior porque se trataba de un continente geológicamente infantil, o quizás ya degenerado. Europa era el continente maduro y sano; América, el inmaduro y enfermo. En este afán de decretar la inferioridad territorial y humana de América, llegaron al extremo de afirmar que los americanos no hacíamos el amor porque nos faltaba la potencia vital para gozar de los dones sexuales (pero en realidad les aseguro que padecemos de lo contrario: el desbordamiento de esa cualidad). En este contexto de luchas de paisajes y de continentes, pues, debemos situar, primero, las obras de estos escritores neolatinos de México, que celebran la naturaleza pródiga del nuevo continente y la sabiduría política y moral de sus antiguos pueblos.

En el momento de su madurez personal, justamente en la década de los cincuenta de ese siglo, comenzaron a tener en México una influencia decisiva en la enseñanza y en el rectorado de colegios importantes en todo el país. Enseñaban historia, filosofía, física, matemáticas, teología, latín; dominaban varias lenguas indígenas; luchaban porque se extendiera la ciencia experimental y porque el pensamiento cartesiano tomara en la vida universitaria el lugar de la tradición escolástica. Pero

sobre todo, se iban preparando para la comprensión histórica de México como un país diferenciado de España.

El año de 1767 la corona española decretó la expulsión de los jesuitas en todos sus territorios. En la plenitud de su vida, en la plenitud de su inteligencia, estos humanistas abandonaron México para siempre, dejando alumnos, colegios, libros, círculos intelectuales en que el neoclasicismo que habían creado empezaba a crecer poderosamente. La mayor parte de ellos fueron acogidos en Italia, especialmente en Bolonia. En ese destierro, en medio de la Europa que estaba negando a América toda dignidad territorial y humana, estos mexicanos llegaron a enseñar a europeos, a recibir reconocimiento, a concluir aquí las obras en latín, en italiano y en español que atrajeron el aplauso y el estudio de los colegios italianos de su tiempo. Y aquí, en Europa, formularon por vez primera en forma acabada, acaso por la nostalgia del destierro, la idea histórica de México como una patria, como un país distinto.

A Francisco Xavier Clavijero, a José Luis Maneiro, a Andrés Cavo, a Diego José Abad, a Francisco Xavier Alegre, a Rafael Landívar, a Rafael Campoy, entre otros, debemos este pensamiento histórico y político con que se forjó México. Fueron, por ejemplo, los primeros en revalorar la historia indígena de manera total; con ellos por vez primera se aprecia la civilización indígena en sí misma, y se comparan sus figuras y hazañas con las de otros pueblos como los griegos, los romanos o aun los hebreos de los relatos bíblicos. Pero ese pasado, también por vez primera, lo asumieron como el suyo, estableciendo el pasado español y el indígena como origen de México, lo cual equivalía ya a desligarnos de España, a vernos ya no como un dominio español, sino como otro país. Por ello pudieron, también por vez primera, reconocer y alentar el mestizaje como base racial de los mexicanos, y defenderlo ante el purismo de criollos y peninsulares. Por último, al gran Clavijero debe mi país la idea rectora de la educación como única vía de evolución social, superando así la convicción buffoniana de que el atraso o progreso de los pueblos se debe a la naturaleza de los continentes. Estas ideas, que ellos formularon en latín, en italiano y en español, serían el anuncio del pensamiento independentista que se fortalecería en México en las guerras libertarias del siglo XIX.

III

Pasemos ahora a la última parte de esta conferencia. Tres obras poéticas destacan de esa generación. En ellas veo tres rasgos principales de la literatura mexicana de todos los tiempos. Primero, el realismo que

apasionadamente describe nuestro paisaje y nuestros pueblos, desde la *Grandeza Mexicana* de Balbuena o *El Periquillo Sarniento* de Lizardi, hasta el *Pedro Páramo* de Juan Rulfo; me refiero a la *Rusticatio Mexicana* de Rafael Landívar. Segundo, la vocación por la cultura grecolatina, que desde el siglo XVI ha tenido un ejercicio ininterrumpido hasta Alfonso Reyes o Rubén Bonifaz Nuño; me refiero a la traducción que de la *Iliada* hizo en hexámetros latinos Francisco Xavier Alegre. Tercero, la vocación por el misterio religioso y filosófico que alrededor de Dios y la soledad de Dios y del hombre hemos tenido desde Sor Juana Inés de la Cruz hasta José Gorostiza; me refiero al de *Deo Heroica* de Diego José Abad.

Rafael Landívar nació el año de 1731 en el territorio de la Nueva España que actualmente corresponde a Guatemala. De todos fue el que manejó quizás el verso latino con mayor soltura y suavidad, con una asombrosa naturalidad que sólo se ve afectada en ciertos momentos por los adornos propios del neoclasicismo de su época. El poema se compone de 15 cantos, además de un prólogo en prosa y de un apéndice en verso. Uno de sus traductores mexicanos, Escobedo, compuso otro poema latino para exaltar la belleza del quetzal, que no describió Landívar y que algunas ediciones de la *Rusticatio Mexicana* incluyen. Algunos temas jamás habían sido tratados en lengua latina, lo que evidencia el talento versificador de Landívar. Cada canto va tratando distintos temas: lagunas, ríos, aves, ganado mayor y menor, fieras salvajes, juegos, surgimiento de volcanes como los que cada siglo siguen naciendo en México. Orgullosamente, advierte en el prólogo que su poema no da cabida a la ficción: "In hoc autem opusculo nullus erit fictioni locus... Quae vidi refero".

Acaso su amor por México y su pasión por defender nuestro paisaje lo llevaron a aclarar que nada era imaginario en su poema, que todo lo que en él se dice correspondía a la verdad y belleza del mundo en que él naciera. Describe minas, labores, multitudes, o la astucia de la cacería acuática o terrestre, y el latín lo sigue dócil y terso por los campos mexicanos. Es capaz de provocar en el latín una ductilidad en los procesos más técnicos del trabajo de las minas, como aquí, al descubrir la extracción del agua de las galerías por cubos y mulas:

Si tamen huic renuat puteo succedere limpha,
Quod multis submissa ulnis tranquilla residat,
Altera torpentes atollat machina fontes
Interiora super speluncae strata reposta;
Quam pariter muli, subducti faucibus antri,
Instructam situlis ipso sub colle rotabunt,

Cisternamque brevi replebunt tempore rivis,
Antlia quos labris educet prima supernis.
(VII, 247-254)

Pero también puede lograr la más alta poesía al describir la trituración de las rocas extraídas de las minas, cuando su enorme peso se reduce a un fino polvo que flota en los aires:

Saxea si quando ferratas frustula plagas
Effugiant, pilisque rebelli mole resistant,
Haec pistrina domat replicatis orbitus acta,
Dum tenuata gravi sinuati pondere saxi
Se tollant flatu tenuis quasi pulvi ad auras.
(VIII, 46-50)

Más persuasivo es su verso cuando describe el vigor esplendoroso del caballo salvaje y el ritmo mismo de sus cascos al galope:

Haec inter facile tumidus praecordia fastu
Praestat equus niveus cauda spectabilis atra.
Ille per auratos herbosa sedilia campos,
Impexis per colla jubis per terga per aures,
Arrectaque simul cauda colloque retorto,
Quadrupedante ferox sensim quatit aequora passu...
(X, 26-31)

No menos bella, y más intensa y ágil, es la descripción de la doma de un caballo salvaje (X, 59-75), equiparable también a la descripción de la pelea de gallos, primer antecedente en la literatura hispanoamericana del mismo asunto que tratará después García Márquez (XV, 10-78). Sutil es su melodiosa primera mención de las aves de México:

Innumeras quondam sylvis America volantes
Condidit insignes nitido velamine plumae,
Egregiasque adeo dulcis modulamine linguae.
(XIII, 11-13)

Pero brillante es la descripción del ave más milagrosa, el colibrí, al decir que en el vacío podríamos creer suspendido su cuerpo de un hilo:

Suspensamque putes volucrem super aethera filo.
(XIII, 234)

Imposible es hacer, por ahora, un recuento de los pasajes más señaladamente líricos. Todos los cantos guardan una gran unidad y van desplegando un potente verso que busca mimetizarse con la materia que canta. Hay un consciente amor, paso a paso, por el país que describe. Una conciencia muy clara de que ese país existe en sí mismo, y de que él debe levantar la vista. Hay, ciertamente, un joven orgullo en todo el poema, un orgullo que hace de México no un territorio perteneciente a un país europeo, sino un territorio nuevo, un país nuevo, una patria.

Sorprende ahora, quizás, que se haya expresado en latín. Un magnífico latín en que Virgilio y Lucrecio son sin duda las referencias más claras, y no solamente porque a veces un verso muestre su origen, como éste, que nos remite a la cuarta égloga:

Non omnes armenta juvant strepitusque bubulcum
(XI, 18)

sino porque guardan una tersa cadencia aprendida, y asimilada, en esos modelos. Un magnífico latín, sí, para defender la cultura de un país. Pero la cultura no entendida como la actividad preciosista de un estamento selecto: la cultura entendida en una forma más contemporánea, la que comprende todo aquello que la *Rusticatio Mexicana* celebra en el arte, los juegos, el vestido, los alimentos, la cacería de todos los pueblos de México. Y en latín creyeron que para todo mundo hablaban; que para toda la Europa que decretaba la inferioridad de América, en latín demostraban la grandeza del mundo en que habían nacido.

Esta conciencia lleva también a Landívar a designar la primera tradición poética a la que sentía pertenecer en un pasaje al que alude en su prólogo como la única excepción de su descripción realista, pues se trata sólo de una imagen poética la reunión de todos los poetas en una misma ribera: "eam si excipias, quae ad lacum Mexicanum canentes poetas inducit", dijo. El pasaje es el siguiente:

Tunc capti tacita rigui dulcedine ruris
Littora concentu replent quandoque poetae.
Hic pius aethero flagrans Carnerus amore
Terribiles Christi plagas, ludribia, mortem,
Hic clarus sacro succensus Abadius aestro
Opprobiumque crucis numeris deflevit amaris,
Occinuit Domino sublimes carmine laudes.
Haec quoque terrifico strepuerunt littora cantu,
Pelai cum fata viri, cum ferrea bella
Doctus Apollinea cantaret Alegrius arte.
Quin sua littoreis signarunt nomina truncis

Zapata, et Reyna, el socco celebratus Alarco,
Tristia lenirent dulci cum taedia plectro.
Ut tamen occinuit modulis Joanna canoris,
Constitit unda fluens, ruptoque repente volatu
Aere suspensae longum, siluere volucres,
Visaque dulcisono concentu saxa moveri.
Ne vero Musas livor torqueret amarus,
Ipsa Aganippaeas jussa est augere Sorores.

(I, 276-294)

Dos de las obras que aquí destaca Landívar, la de Alegre y la de Diego José Abad, son las que ahora nos corresponde referir.

IV

Menos poeta que Landívar, pero con una presencia intelectual mayor y una inteligencia deslumbrante para italianos y mexicanos, Francisco Xavier Alegre tradujo al latín la *Ilíada* de Homero. He estudiado la *Homeri Ilias* publicada en Roma por el Vaticano en el año de 1788, y desconozco ediciones posteriores. Necesario es revisar en su totalidad esta edición para corregir algunas fallas y para señalar los pasajes que no registra del texto griego.

Francisco Xavier Alegre, nacido en Veracruz en 1729, dedicó muchas obras al estudio y al cultivo de la poesía latina y española. Muy joven aún, escribió en latín un largo poema titulado *Alejandriada,* que lo familiarizó con la métrica y la cadencia latina. Sabemos que siguiendo a Cicerón compuso un *Arte poética;* que tradujo la de Boileau con anotaciones especiales para aplicarse a la poesía de lengua española, y que, además de muchas otras obras de campos teológicos, jurídicos o filosóficos, sin excluir los matemáticos, escribió varios volúmenes en verso latino y castellano con temas religiosos y profanos. De Homero, además de la *Ilíada,* sabemos que tradujo también la *Batracomiomaquia.*

En el prólogo de la traducción que ahora nos ocupa, Alegre da cuenta de todas las versiones latinas anteriores y de las que en su tiempo se habían hecho ya a otras lenguas europeas, incluida la inglesa de Pope. Su erudición no lo abandona en ningún momento, y la sombra de Virgilio (quizás debía, debería decir, su luz) y de Ovidio no se aparta de sus versos nunca. El amplio y sonoro griego de Homero, pues, muy pocas veces logra filtrarse en la cadencia latina, y esto es lo que podría echar de menos un lector que amara el poema griego. Por otra parte, en el contexto de su tiempo, Alegre no se propuso hacer una traducción palabra a palabra o verso a verso del poema; se propuso cantarlo en latín,

celebrarlo en latín, recrear desde su fina pasión los momentos que en cada rapsodia conmovieron más intensamente su espíritu. Ésta puede ser la clave para su traducción, para gozar con ella: leerla como un poema subrayado ya, un poema en el que un gran lector, una gran alma, ha enfatizado los instantes preclaros en que se detuvo, en que repitió un verso, en que amó una imagen y se demoró en ella, repitiéndola, admirándola.

De los numerosos ejemplos, escojo algunos pasajes conmovedores. Todos recordamos, para empezar, el verso admirable de la primera rapsodia en que, silencioso, el anciano Crises se aleja por la orilla del estruendoso mar. Alegre no se detiene en él, pero sí, en cambio, alternando algunas frases, en los que señalan que el dios avanza como la noche; me parece un buen ejemplo de su estilo de traducción esta descripción de Apolo descendiendo del Olimpo enfurecido ya y con el carcaj lleno de flechas resonando en su espalda, amenazante:

Audiit Architenens, subitasque exarsit in iras,
tum se nube cava, ac densa caligine condens
iinde petit terras, humeris argentea pendet
ex altis pharetra, atque arcus, quem plurima circum
tela sonant gradiente Deo, caedeisque minante.
(I, 49-53; en griego, I, 43-47)

Lo mismo ocurre en el bello pasaje de la muerte de Simoisio, cuando insiste en que la imagen del árbol derribado despojado de su follaje es como el guerrero derrotado al que despojan de sus armas:

..... *Telamonius Ajax*
Nam petit adverso venientis pectora telo,
Perque humerum ad tergum duplicato vulnere adegit,
Ille cadit, placidae quondam ceu ad stagna paludis
Populus alticomo consurgit vertice ad auras,
Quam faber, aut volucrem meditatus flectere in orbem,
Temonemve altum excidit rutilante bipenni,
Illa autem herbosas propter jacet arida ripas.
Haud secus Anthemidem juvenem Salaminius heros
Exutumque armis, deformem ac pulvere linquit.
(IV, 459-468; en griego, IV, 473-489)

Leamos un párrafo más de esta traducción de Alegre, para pasar al último poeta. Creo que esta tensión dramática, el ritmo intenso e interior de estos versos dan una espléndida visión del sufrimiento de Príamo al besar las manos del hombre que asesinó a sus hijos:

Solique Automedon, et Martius Alcimus olli
Circum assistebant, ambosque ingressus in aulam
Priamides latuit, genua atque amplexus Achillis
Procidit, horrendasque manus tremulo admovet ori,
Invictas, validas, homicidas, sanguine charo
Tot sibi gnatorum infectas, et caede recenteis.
Virque virum veluti fato quum impulsus acerbo
Interimit, patria profugus, tectisque paternis
Externas volat in terras, opulentaque magni
Tecta viri, adstanteisque omnes stupor accupat ingens,
Sic Priamum intuitus stupuit Pelejus heros.
Inque vicem socii sese spectantque, silentque
Attoniti; at lacrimans Priamus sic ora resolvit.
(XXIV, 401-403; en griego, XXVI, 476-508)

V

Finalmente, Diego José Abad fue el autor del poema quizás más importante de esa generación. Con el paso de los años, sin embargo, ese poema que trató de la eternidad, me parece que ha tomado una dimensión más modesta de la que le tributaron sus lectores italianos y mexicanos de su tiempo. Quizás ahora la *Rusticatio Mexicana* ha alcanzado un esplendor mayor, porque alienta en él una vida mexicana que sigue siendo nuestra, que sigue fiel a nuestros pueblos y nuestros paisajes. En el poema de Diego José Abad, en cambio, Dios va escondiéndose cada vez más, y posiblemente no sólo en el México del poema, sino en nuestro mundo contemporáneo. Su lenguaje es más lejano, más inocente, a veces, menos escrupulosamente moderno. Pero es indudable que sus cantos contienen la más intensa prueba de la nostalgia mexicana por la eternidad.

Este poema, conocido en México como *Poema Heroico*, que en latín tituló su autor de *Deo Heroica* y que sus contemporáneos designaron sin más como *Poema*, se compone de XLIII cantos, todos de más de 100 versos y algunos, como el canto XLII, de más de 700. Se trata de un poema inmenso, pues, de más de 6 000 hexámetros latinos. Aparte de este poema, Diego José Abad, que había nacido en Jiquilpan, Michoacán, en el año de 1727, se empeñó en la traducción de la octava égloga de Virgilio y en dos himnos en honor de San Felipe de Jesús, y el resto de su obra la consagró a la filosofía y a las matemáticas. De esta vocación filosófica y científica los cantos de *Deo Heroica* reciben su fundamental aliento.

Las influencias poéticas son aquí más claras que en la obra de Landívar

o, incluso, que en la de Alegre. Resuenan en especial los ecos muy precisos de Virgilio, Ovidio y Lucrecio. En menor medida, pero también en pasajes importantes, no es difícil oír a Horacio y Tibulo, y en ocasiones a Séneca, que no es común entre nosotros.

Como es imposible comentar el poema entero, me reduciré, para terminar mi conferencia, a mencionar algunos aspectos del canto cuarto, que el poeta tituló *Aeternitas*. Este canto es para mí el puente entre el poema de Sor Juana, *Primero sueño*, del siglo XVII, y *Muerte sin fin*, de José Gorostiza, del siglo XX. El tema es universal, y así lo trata Abad; pero en ciertos momentos el asombro mexicano se apodera del tema.

Los primeros 10 versos parten de la imagen de la inconstancia lunar. Parecen un riguroso silogismo pensado por una mente lógica o matemática, por una inteligencia en que nuestra Sor Juana o nuestro José Gorostiza podían hallar acomodo:

Aspice aut inconstans est, et mutatur in horas,
et nunquam Lunae est, nec vultus, nec color idem.
Aemula nunc fratris toto, et pleno ore refulget
candida: nunc languet, medioque atrata nigrescit
orbe: modo obtusis, modo acutis cornibus ardet
vix: nunc obruitur, penitusque immergitur umbris:
illius in caelo vestigia nulla supersunt.
Haec itidem cunctas res inconstantia versat
humanas: sic apparent, surguntque, caduntque:
sic et mutantur, quae subsunt omnia Lunae.
(IV, 1-10)

Atrayentes son los versos en que Abad apunta que en todas las cosas mudables del cielo, la tierra y los mares, es posible ver las huellas de la niebla y la oscuridad de la nada de que surgieron:

Omnia mutantur caelo, terraque, marique.
Umbrae et nigroris, nihilique, unde eruta quondam
omina, nunc etiam quaedam vestigia servant.
(IV, 18-20)

Lapidaria es su frase de que Dios no puede reducirse al tiempo fugaz:

Non, ut homo, angusto fugitivi temporis orbe
arctatur Deus...
(IV, 39-40)

Pero lo admirable, lo más cercano al ardor de su vida, de su pasión mística y devota, de su vigor poético en que nos es posible reconocer a otros poetas de México, lo expresa en los últimos 10 versos de este cuarto canto:

... Perpetuo praesens semper sibi constat.
Omnia complectens, simul omnia conspicit uno
intuitu, neque transcurrit neque mente movetur.
Divina Mentis nulla aut conceptio transit,
aut amor, aut odium nunc est, quod non erit olim,
aut quod non fuerit semper sine fine per aevum.
Non hoc, deinde aliud, fluxa, ut nos mente revolvit:
non animus sese studia in contraria scindit
mobilis, aut varius nunc hunc, nunc volvitur illuc.
Mens immota manet, manet aeque immota voluntas.
Et solus Dominus sic immutabilis ipse est.
Omnino Deus ille est, qui non coeperit esse,
Immotaque queat simul amplecti omnia mente.
(IV, 89-100)

En esa Mente inmóvil, quieta como su Voluntad, en esa única permanencia inmodificable que no tuvo principio, en esa Mente que inmóvil abarca todas las cosas, descansa, luminosa y lejana, como una estrella fría, la soledad de Dios, la otra soledad que el hombre no alcanza. Aquí, en este canto, ha comenzado a escribirse en México *Muerte sin fin,* ha comenzado el encuentro de las dos estrellas en exilio: el hombre y Dios.

VI

Hasta aquí, los poemas. Ahora, una pregunta: el humanismo de estos hombres, ¿en qué sentido fue universal? Creo que en el lazo de culturas hasta ese momento distantes: las indígenas y la europea. Fue universal en su capacidad de servir a la creación de un nuevo país. Su humanismo no fue recoger viejos poemas o conocimientos, originar una nueva literatura, imponer una cultura "universal" sobre culturas regionales: fue abrirse a culturas de las que nacía su país, fue la capacidad de situarse, y pertenecer, a una parte real del mundo. Fue su comprensión histórica de México en su doble origen, su capacidad de expresar, por vez primera, y en impecables páginas castellanas y latinas, la mexicanidad.

Pero debo ahora terminar. Y lo haré recordando a Virgilio, que ha sido como un dios tutelar para nosotros. Vasco de Quiroga, al llegar a

Nueva España leía de otra manera el terso y proteico texto de la cuarta égloga de Virgilio, creyendo que el nuevo linaje de oro que nacería en el mundo representaba al pueblo de México. Para Diego José Abad, dos siglos después se cumplía la esperanza de Vasco de Quiroga. En ese siglo, en esos últimos años del siglo XVIII en que él y sus compañeros humanistas forjaron la idea de México, dice en su *Deo Heroica* que de nuestro nuevo y desconocido continente surge la nueva vida humana:

> *Servati, et memores hoc nos ab cardine rerum*
> *venturos deinceps, nostrosque putabimus annos,*
> *et novus hinc oritur, saeculorum, et vertitur ordo.*
> *Aurea nunc ibit; subsidet decolor aetas.*
> *Ignotoque etiam surget gens aurea mundo.*
>
> (XXIII, 133-137)

Y a ese nuevo pueblo de oro, a esa nueva generación áurea él se sintió pertenecer. A ese México de oro, que habían forjado con sus palabras latinas y su amor patrio Diego José Abad y sus compañeros humanistas, a ese México, a ese pueblo, sintió que pertenecía su vida. Y a vidas como las suyas mi país debe también la conciencia de su antigua e insustituible existencia.

DISCURSOS EN OCASIONES ESPECIALES

EN EL HOMENAJE DE LA LENGUA ESPAÑOLA A ANTONIO DE NEBRIJA*

Por José Luis Martínez

Entre los siglos VI y V antes de Cristo, vivió en la provincia de Shantung, cerca de la costa norte de China, Kung Fu-tse, o Maestro Kong, al que llamamos Confucio. Fue el primer gran moralista del mundo oriental. Como Buda, Sócrates y Jesús, no escribió nada directamente pero su doctrina se encuentra recogida en los antiguos clásicos chinos que él compiló y en las obras de sus discípulos. Entre ellas, el *Lung Yu* o *Analectas* de Confucio recogen sus aforismos y relatan sus conversaciones.

No pretendió ser un iluminado ni el fundador de una religión; su preocupación capital fue enseñar una moral, una manera más justa y congruente de vida. Creía en el cielo y rendía culto a los antepasados, de acuerdo con la antigua y arraigada tradición china. Pero se negaba a hablar del más allá. "Si no comprendéis la vida —decía— ¿cómo podréis servir a los espíritus?" Así pues, como resume E. Royston Pike,

> Confucio fue esencialmente un moralista, preocupado por trazar un plan de vida que produjera un "hombre superior", un caballero culto que siguiera el Sendero Medio y guiara a los demás por este camino de moderación en todas las cosas. Sabiduría, sinceridad, disciplina personal, armonía en las relaciones familiares y sociales, paz en el mundo, tal es la meta de Confucio.

En el libro XIII de las *Analectas* se recoge la siguiente conversación del Maestro Kong con uno de sus discípulos:

> Tse-lu dijo:
>
> —Supongamos, Maestro, que el príncipe del reino de Wei desea tu colaboración para dirigir los asuntos públicos, ¿a qué cosa concederías mayor importancia para iniciar tu gestión?
>
> El Maestro contestó:

* Leído en la Reunión Internacional de Académicos de la Lengua Española. Nebrija 92, en Salamanca, España, el 15 de octubre de 1992.

—Seguramente a la rectificación de los conceptos para que cada persona y cada cosa puedan ser nombrados inequívocamente.

Tsu-lu comentó:

—¿Esto es lo que consideras más importante? Te has equivocado, Maestro, ¿Por qué es necesario la rectificación de los conceptos?

El Maestro dijo:

Qué atolondrado eres, Tse-lu. El noble no expresa nunca su parecer sobre cosas que no comprende.

Si los conceptos no son exactos, las palabras resultan vagas; las palabras ambiguas carecen de fuerza para inducir a la acción; donde hay inactividad no pueden florecer el arte ni la moral; un pueblo carente de arte y moral no podrá ser mantenido en orden ni con castigos ni con suplicios; un pueblo en desorden no tiene ni base donde sostenerse ni guía hacia quien tender sus manos.

Por esto el noble se preocupa ante todo de tener conceptos claros, para que sus palabras sean exactas, y adquieran con ello fuerza para inducir a la acción. El noble busca la máxima precisión en sus palabras; esto es lo más importante.

Aunque Antonio de Nebrija no tuviese conocimiento del alegato de Confucio, es notable la coincidencia de sus doctrinas. Como el remoto maestro chino, Nebrija está convencido también de que es necesario rectificar los conceptos. Sus primeras campañas las libra contra los maestros que habían corrompido el latín que empleaba en sus lecciones en la Universidad de Salamanca. "Nunca dexé de pensar —decía— alguna manera por donde pudiere desbaratar la barbaria por todas las partes de España tan ancha y luenga mente derramada". Estaba convencido de que la "barbaria" —como él escribía— imperante en el estudio de las ciencias podía combatirse con el arma de la gramática. Y para este arrogante y agresivo gramático, ésta no era una cuestión simplemente académica sino una lucha abierta, a la que se entregaba con denuedo. "A todos los maestros que tienen hábito y profesión de letras —escribía— los provoco y desafío, y desde ahora les anuncio guerra a sangre y fuego, porque entre tanto se aperciban las razones y argumentos contra mí".

Los sabios maestros salmantinos de teología, de derecho civil y pontificio, de filosofía, de historia y de medicina, que al principio no dieron mayor importancia a las amenazas del profesor de gramática, pronto se preocuparon por las acciones de aquel decidido maestro que les hacía ver, en sus respectivas facultades, que la suya, aunque humilde, tenía jurisdicción sobre todas las demás en lo concerniente a la lengua, y les probaba que los juristas no entendían sus códigos y digestos, que los teólogos interpretaban caprichosamente pasajes de la Escritura, que

los médicos no sabían manejar las obras de Plinio y Cornelio Celso y que los historiadores tenían mucho que aprender. La gramática, tuvieron que reconocer, era una arma temible en manos de aquel maestro, sabio en tantas disciplinas y en el conocimiento de la lengua latina.

Además de los tratados y lexicones que escribió para rectificar las materias de las disciplinas universitarias, los trabajos más importantes de Nebrija se concentran en sus estudios sobre la lengua latina, los vocabularios latino-español y español-latino y su *Gramática sobre la lengua castellana* (Salamanca, 1492) cuyo quinto centenario conmemoramos.

Contrastando con el éxito que durante varios siglos tuvieron sus *Introductiones latinae* (Salamanca, 1481) y sus vocabularios (Salamanca, 1492 y *ca.* 1495), la *Gramática castellana,* la del prólogo profético, no se reimprimió en su tiempo, quedó en el olvido y se volvió una rareza. Como lo expuso en su prólogo, estaba destinada a ser un instrumento para enseñar el castellano a los pueblos que España se disponía a conquistar y a los otros pueblos que tienen "conversación con España y necesitaban de nuestra lengua". Así pues, no estaba destinada a los ya hispanohablantes. Como es sabido, el estudio de la lengua vulgar no se consideró objeto de enseñanza sino hasta siglos más tarde.

Que Nebrija logró avivar el estudio de la lengua latina lo muestran las muchas ediciones y refundiciones de sus *Introducciones,* así como de sus demás estudios latinos y de sus *Vocabularios.* Por el contrario, es preciso reconocer que fracasó con su *Gramática sobre la lengua castellana,* que no parece haberse utilizado para que los infieles y los europeos que tenían trato con España aprendieran nuestra lengua. En cambio, las *Artes* o *Gramática latina* y el *Vocabulario español-latino* tuvieron en América, y particularmente en México, durante los siglos XVI a XVIII, un aprovechamiento inesperado y muy extenso, como modelos para la preparación de artes y vocabularios de las lenguas indígenas americanas. Ésta fue la materia de la comunicación que presenté en esta reunión de académicos.

Aunque la *Gramática castellana* de Nebrija no haya tenido de inmediato éxito editorial, tuvo una importancia científica muy considerable por haber sido la primera que en Europa se consagraba a una lengua vulgar. Y fue también Nebrija el primero en reconocer la madurez que en su tiempo había alcanzado nuestra lengua, que llegaría aún a mayor florecimiento en los Siglos de Oro.

Al cabo de cinco siglos de historia, la lengua española es un instrumento de gran importancia en el mundo. España y los pueblos de Hispanoamérica formamos una amplia comunidad de habla hispana dominante. Cada uno de los pueblos de esta comunidad procura estudiar y preservar sus tradiciones y cuidar sus otras lenguas autóctonas. Pero, además de nuestras raíces antiguas, todos disfrutamos de un privilegio

excepcional: el uso de una hermosa y rica lengua común, que nos permite comunicarnos y ser miembros de una comunidad espiritual. Ningún otro grupo lingüístico del mundo tiene la extensión y el número de países con que cuenta el nuestro.

Por encima de pactos y tratados, y por encima también de diferencias, la lengua que compartimos es, repito, un privilegio y nuestra fuerza. Por supuesto, cada una de las naciones hispanohablantes tenemos una relativa individualidad lingüística. A las 83 500 voces que registra el *Diccionario de la lengua española de la Real Academia* contribuimos con varios miles de americanismos. La adopción de voces precedentes de las lenguas indígenas americanas comenzó desde los días mismos de los descubrimientos. La primera de ellas fue *canoa,* del taíno del Caribe, que, poniéndonos el ejemplo, incluyó Nebrija en su *Vocabulario* de 1495. Estas contribuciones históricas se amplían constantemente con las nuevas voces que, como modificaciones del español, seguimos creando y que llegan a tener un uso general. La nueva edición del *Diccionario* académico, la vigésima primera de 1992, acoge muchas nuevas voces americanas. Entre ellas, tengo la satisfacción de anunciar que se han incorporado algo más de 600 fichas de las enviadas por la Academia Mexicana. Y sé que otros trabajos semejantes han hecho las demás Academias de la lengua hispanoamericanas para revisar, precisar y actualizar los llamados americanismos. Así pues, en el año del quinto centenario, del Mundo Nuevo y de Nebrija, el nuevo *Diccionario* académico, además de muchas otras superaciones, es un buen espejo de la múltiple vitalidad de nuestra lengua común.

La vieja y nueva lengua española, que españoles e hispanoamericanos hemos contribuido a formar, sigue siendo una y válida para una comunidad de alrededor de 350 millones de personas. No importa que cada pueblo y aun cada ciudad le impongamos matices, modismos o peculiaridades de entonación. Todos sabemos que, a pesar de estas singularidades, el español nos permite comunicarnos, entendernos, amarnos o detestarnos. Creo que vale la pena que cuidemos nuestra lengua. Digamos, por 500 años más.

Al tener el honor de representar a Hispanoamérica en esta sesión de clausura del programa "Nebrija 92", patrocinado por la Fundación Duques de Soria, rindo homenaje al ilustre gramático que hace cinco siglos apretó por primera vez, "debajo de reglas y preceptos la lengua castellana que andaba suelta de las leyes del arte", como dijo el propio maestro. Siguiendo el precepto confuciano, la "rectificación de los conceptos", Elio Antonio de Nebrija sentó las bases para el esclarecimiento de nuestra lengua e hizo posible el estudio de lenguas remotas.

NEBRIJA EN MÉXICO*

Por José Luis Martínez

Un gramático altivo

Elio Antonio de Nebrija (1441/2-1522), como decidió llamarse, fue un sabio voluntarioso y arrogante. Después de aprender en las universidades de Salamanca y de Bolonia cuanto era posible saber; y después de penetrarse de los ideales renacentistas de curiosidad universal, decidió que la barbarie dominaba en España, porque se hablaba y se enseñaba un latín corrompido. Y para desarraigar aquel mal, inició su combate por la fortaleza de la Universidad de Salamanca. Durante 12 años, sustentó allí dos cátedras, lo que ningún otro alcanzara, para enseñar en la primera, elocuencia y poesía, y prima de gramática, en la segunda. Pero en las cinco o seis horas diarias de sus enseñanzas, no sólo abrió "tienda de la lengua latina", sino que desarraigó los viejos textos y doctrinas de "apostizos y contrahechos gramáticos no merecedores de ser nombrados". Sus críticas acerbas y la seguridad de su conocimiento irritaban a los viejos maestros que habrán de cobrarle su soberbia. Muchos años más tarde, en 1513, cuando Nebrija contaba ya 72 años, la Universidad ilustre le cerrará sus puertas.

Las obras y sus críticos

En los años triunfales de Salamanca, y para afianzar sus enseñanzas en la cátedra, Nebrija comienza a publicar sus obras. La primera de ellas, *Introductiones latinae* (Salamanca, 1481), o sea su gramática latina, que acabará por llamarse *Arte de Nebrija* o el *Arte de Antonio,* es su mayor éxito. Agostados pronto sus 1 000 ejemplares, se reimprime en 1482, 1483 y 1485, y tendrá siete reimpresiones en el resto del siglo xv y 40

* Leído en la Reunión Internacional de Académicos de la Lengua Española. Nebrija 92, en Salamanca, España, el 26 de octubre de 1992.

en el siglo XVI. Para atender una sugestión de la reina Isabel, pone este libro en español, *Introducciones latinas,* en 1486.

Contrastando con el éxito de su gramática latina, la *Gramática sobre la lengua castellana* (Salamanca, 1492), la del prólogo profético, quedó en el olvido por mucho tiempo y se volvió una rareza. De la primera edición de 1492 sólo se han registrado 17 ejemplares conocidos en el mundo. Ya Juan de Valdés, en su *Diálogo de la lengua (ca.* 1535) decía que no había leído la *Gramática* castellana de Nebrija:

> porque nunca pensé tener necesidad dél, y porque nunca lo he oído alabar; y en esto podéis ver cómo fue recibido y cómo era provechoso que, según entiendo, no fue imprimido más que una vez.[1]

La segunda edición de la *Gramática* castellana tendrá que esperar hasta 1763.

Junto a las gramáticas, y para satisfacer la intención de mis comentarios, menciono una más de las numerosas obras de Nebrija, la *Interpretación de las palabras castellanas en lengua latina* o *Vocabulario español-latino,* impreso por primera vez en Salamanca, *ca.* 1495, muchas veces reimpreso, solo o junto con su contraparte latina-castellana. En este *Vocabulario,* que registra unas 20 000 voces, aparece el primer americanismo, *canoa,* "nave de un madero, *monoxylum,* f."

Juan de Valdés criticó no sólo la gramática de Nebrija sino también, con helada ferocidad, este *Vocabulario.* Dice que a pesar de que "Librija era muy docto en la lengua latina... no se puede negar que era andaluz y no castellano, y que escribió aquel vocabulario con tan poco cuidado que parece haberlo escrito por burla", y más adelante, Valdés enumera algunos de estos errores evidentes:

> por aldeano dice *vicinus,* por brío en costumbres, *morositas,* por cecear o ceceoso, *balbutire* y *balbus,* por lozano *lascivus,* por maherir *deligere,* por mozo para mandados *amanuensis,* por mote o motete *epigramma,* por padrino de boda *paranymnphus,* por ración de palacio *sportula,* por sabidor de lo suyo solamente, *idiota,* por villano *castellanus* y por regaljar *aconitum.*[2]

Propósitos y efectos

¿Cuáles eran los propósitos que movían al maestro Antonio de Nebrija al componer estas obras? Además de la vocación esencial del gramático

[1] *Diálogo de la lengua,* Ed. Calleja de J. Moreno Villa, pp. 85-86.
[2] *Ibid.,* pp. 40-41.

que no requiere ningún móvil en su pasión por desentrañar las palabras, se proponía, en primer lugar, propagar y depurar la enseñanza del latín, que se había descuidado y corrompido en las clases cultas y en el clero. A esta intención convenían sus gramáticas latinas y sus vocabularios. En cuanto a su gramática castellana, sus móviles están expuestos en el famoso prólogo dirigido a la reina Isabel: disponer de un instrumento para enseñar la lengua castellana a los pueblos que España se disponía a sujetar, así como "los vizcaínos, navarros, franceses, italianos y todos los otros que tienen algún trato y conversación en España y necesidad de nuestra lengua". Así pues, no estaba destinada a los ya hispanohablantes. Gili Gaya nos recuerda que "la lengua vulgar no era objeto de enseñanza ni figuró en rigor en los planes escolares hasta la segunda mitad del siglo XVIII, tanto en los colegios universitarios como en la tradición de las órdenes religiosas".[3]

Que Nebrija logró avivar el estudio de la lengua latina lo muestran las muchas ediciones de sus *Introductiones,* así como de sus otros estudios latinos y de sus *Vocabularios.* Por el contrario, fracasó con su *Gramática sobre la lengua castellana,* que no parece haberse utilizado para que los infieles y los europeos que tenían trato con España, aprendieran nuestra lengua. En cambio, las *Artes* o *Gramáticas latinas* y el *Vocabulario español-latino* tendrán en América, y particularmente en México, durante los siglos XVI a XVIII, un aprovechamiento inesperado y muy extenso, como modelos para la preparación de artes y vocabularios de las lenguas indígenas. Ésta será la materia de mi exposición.

Los lingüistas mexicanos y Nebrija

Al iniciarse la conquista española, en 1519, se tienen noticias de que existían en México 170 lenguas indígenas. Muchas de ellas han desaparecido. En aquellos años, las lenguas más extendidas eran el náhuatl, en el centro del país; el maya, en la península de Yucatán, y el tarasco en Michoacán. Siglos más tarde, según el *Atlas de las lenguas de México,* que formó el Instituto Nacional de Antropología e Historia, en 1985, había entonces sólo 70 lenguas indígenas agrupadas en 14 grupos lingüísticos.

Para hacer posible la comunicación con los pueblos indígenas y su evangelización, a principios del siglo XVI, los religiosos y algunos seglares emprendieron la tarea de preparar vocabularios y artes o gramáticas de

[3] Samuel Gili Gaya, *Tesoro lexicográfico. 1492-1726,* Instituto Antonio de Nebrija, CSIC, Madrid, 1947, p. X.

aquella babel de lenguas. Gracias a sus empeños, que merecen llamarse beneméritos, por el trabajo, la imaginación y la paciencia que requieren, contamos con unos 70 vocabularios y gramáticas, de mayor importancia, que hacen posible la comprensión de 24 lenguas indígenas. En el siglo XVI se compusieron 16 trabajos de esta índole; en el XVII, 27, y otros tantos en el siglo XVIII. Algunas de estas obras lingüísticas siguen utilizándose, como los vocabularios nahua y castellano, compuestos por Alonso de Molina, en 1555 y 1571, y el *Arte* y el *Vocabulario* zapotecos, que formó fray Juan de Córdova, en 1578.

Aquellos frailes tenían una formación religiosa y sabían latín, pero tuvieron que improvisarse lingüistas. Para ello, echaron mano de las mejores obras existentes en aquellos años, que resultaron ser las de Antonio de Nebrija. Sus modelos fueron exclusivamente dos libros del sevillano: las *Introductiones latinae,* de 1481, en algunas de sus reimpresiones, para las artes o gramáticas; y el *Vocabulario español-latino,* de 1495, para los vocabularios de lenguas indígenas.

Los libros de Nebrija en México

Para la preparación de las gramáticas indígenas, lo más natural hubiera sido que los frailes se sirvieran de la *Gramática* castellana, de 1492. Pero, al parecer, no llegó ningún ejemplar a México de esta obra ni he encontrado ninguna mención de ella. Revisando las listas de obras de Nebrija en las bibliotecas mexicanas, sólo he encontrado, en el registro de la biblioteca del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, fundado por el obispo fray Juan de Zumárraga, en 1536, un ejemplar de las *Introductiones in latinam grammaticen,* edición de Granada, 1540, y dos libros más de Nebrija de temas escriturarios.[4] Y en los catálogos de la Biblioteca Nacional sólo existen las *Institutiones grammaticae,* en ediciones tardías del siglo XIX, y numerosas ediciones de los vocabularios de Nebrija y de los diccionarios de nombres propios.

Sancho y Sebastián, hijos del maestro Nebrija, obtuvieron cédula de Felipe II, del 26 de noviembre de 1554, autorizándolos a pasar, imprimir y vender en las Indias, las obras de su padre.[5] A pesar de que la Nueva España estaba incluida en la autorización, no parece haber existido un comercio activo de obras de Nebrija. En todo caso, éste se limitó a las

[4] Miguel Mathes, *Santa Cruz de Tlatelolco. La primera biblioteca académica de las Américas.* Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1982, p. 61.

[5] C. Bermúdez Plata, "Las obras de Antonio de Nebrija en América", *AEA,* 3 (1946), pp. 1029-1032.

gramáticas latinas y a los vocabularios, sobre todo para usos escolares, y se ignoró la rara *Gramática sobre la lengua castellana.* Con todo, las doctrinas de Nebrija, más que sus libros originales, siguieron en vigor en las escuelas para la enseñanza del latín. La obra del jesuita Juan Luis de la Cerda (1560-1645), *De institutione grammatica libri quinque* (Madrid, 1615), se impuso como libro de texto y sustituyó a la gramática de Nebrija. Y a partir del primer tercio del siglo XVII, los jesuitas comenzaron a publicar en México manuales didácticos, para la enseñanza del latín, a partir de las ideas de Nebrija, como la *Explicación del libro cuarto de Antonio de Nebrija,* de Mateo Galindo (México, 1630, con varias ediciones), la *Explicación de las sílabas sobre el libro V de Nebrija,* de Tomás González (México, 1640).[6] Y textos semejantes se imprimieron a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

Los esquemas de Nebrija utilizados

Volviendo a nuestros frailes lingüistas del siglo XVI, emplearon, como he dicho, la gramática latina de Nebrija, como modelo para las artes de las lenguas indígenas. De ella, siguieron especialmente la distribución general en cinco libros, el análisis de las ocho partes de la oración, que existen en el latín, y tropezaron a menudo con el problema de las declinaciones latinas —que algunos trataron de encontrar en las lenguas indígenas— y con la sintaxis, cuya significación a veces confundieron.

En cuanto a los vocabularios, siguieron de los de Nebrija la pareja, español-lengua indígena, y lengua indígena-español, así como ciertas secuencias de palabras con sus derivaciones.

Este empleo de las obras de Nebrija como modelo formal para las artes y vocabularios mexicanos de las lenguas indígenas, suele mencionarse como un hecho general. En los presentes apuntes, no lo descubro sino que me limito a describirlo con los matices que tiene en cada caso. Por otra parte, debo precisar que no he podido revisar la totalidad de las artes y los vocabularios existentes, algunos de ellos manuscritos o limitados a sus raras ediciones originales, casi siempre en facsímil. He examinado una treintena de ellos en sus reimpresiones modernas. En las notas siguientes, me limito a mencionar aquellos que reconocen explícitamente una derivación respecto a las obras de Nebrija.

[6] Ignacio Osorio Romero, *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España (1572-1767),* UNAM, México, 1979, p. 142.

Las artes y vocabularios indígenas mexicanos que reconocen modelos nebrisenses

1. El franciscano fray Andrés de Olmos, iniciador de los estudios de la lengua náhuatl y de las antigüedades mexicanas, compuso en 1547 un *Arte de la lengua mexicana,* que permaneció inédito —aunque circulará en copias manuscritas— hasta que el francés Rémi Simeón lo publicó en París, 1875. En el primer capítulo de su obra, el padre Olmos dice que en la lengua mexicana existen las mismas partes de la oración que hay en latín, y que a pesar de que considera que en el arte de esta última lengua "la mejor manera y orden que se ha tenido es la que Antonio de Lebrixa sigue en la suya", no lo seguirá en su estudio, y da sus razones:

> muchas cosas de las cuales en el arte de la gramática se hace gran caudal, como son declinaciones, supinos y las especies de los verbos para denotar la diversidad dellos y lo que en el quinto libro [de la gramática de Nebrija] se trata de acentos y otras materias que en esa lengua [la náhuatl] no se tocan; por tanto, no seré reprehensible si en todo no siguiere la orden del arte de Antonio.[7]

En esta obra inicial de la lingüística indígena de América se aprovecha, pues, el esquema general de la gramática latina de Nebrija, aunque adaptándolo a las modalidades propias del náhuatl.

2. Si Olmos es el iniciador, su cofrade, el también franciscano fray Alonso de Molina, es el más notable de los investigadores del náhuatl en el siglo XVI. Probablemente extremeño, fue traído niño a la Nueva España, antes tal vez de 1524, y aprendió el náhuatl como su segunda y propia lengua. "Fue también —dice Ascensión H. de León-Portilla— el autor más afortunado del siglo XVI ya que pudo ver impresas casi todas sus obras y varias de ellas reimpresas".[8]

La primera obra lingüística de Molina, y la más importante, fue su *Vocabulario en lengua castellana y mexicana.* En 1555 publicó sólo la parte castellana y mexicana, continuó aumentándolo y retocándolo, y en 1571 le añadió la segunda parte, mexicana y castellana. El *Vocabulario* grande de Molina es el más extenso —"más de veinticuatro mil vocablos",

[7] Fray Andrés de Olmos, *Arte para aprender la lengua mexicana,* acabóse en primero de enero del año mil quinientos y cuarenta siete años, publicado con notas, aclaraciones, etc. Por Rémi Simeón, París, 1875, cap. 1°, p. 14.

[8] Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli. Impresos en náhuatl. Historia y bibliografía,* UNAM, México, 1988, t. 1, p. 25.

dice su autor—, y el más seguro y autorizado. Sigue reimprimiéndose,[9] consultándose y es referencia obligada de nuevos diccionarios como el de Karttunen.[10] La obra mayor de Molina está inspirada en el *Vocabulario* de Nebrija, como reconoce su autor: "conforme al proceder de Antonio de Lebrixa" ("Prólogo al lector", s. f.), al que sigue tanto en la elaboración de vocabularios dobles como en algunas secuencias de palabras.

Su *Arte de la lengua mexicana y castellana* se publicó en México, en 1571 y se reimprimió en 1576. Está dividida en dos partes. La primera, más extensa, está dedicada a la morfología o sea al estudio de las ocho partes de la oración. La segunda está dedicada a la "Phrasis y maneras de hablar propias del mexicano".

La vinculación del *Arte* de Molina con la gramática de Nebrija es manifiesta pero razonada. En el "Argumento" inicial apunta:

> Es de advertir que no ponemos aquí las significaciones de muchas dicciones de la lengua mexicana, imitando en esto a Antonio de Lebrixa en su arte de latín; el cual dejó a sabiendas y de industria, por declarar las significaciones de muchas dicciones, para que con más facilidad se entendiese la dicha arte de latín...[11]

Por otra parte, el padre Molina vio con claridad el problema de las declinaciones latinas, y no cayó en la tentación de imaginarlas en las lenguas indígenas. Así lo declara: "en esta lengua ningún nombre se varía ni declina por casos, así como en la latina".[12]

3. El franciscano, Maturino Gilberti, proveniente de Tolosa, al suroeste de Francia, llegó a la provincia de Michoacán hacia 1542. Junto con él llegaron otros franciscanos no españoles, como fray Jacobo Daciano y fray Jacobo Testera, a los que se unieron otros como Francisco de Bolonia, Miguel de Bolonia, Juan Focher y Gil Clemente. Años más tarde, hacia 1571, el temor de la influencia extranjera de Felipe II haría que se considerara la expulsión de los frailes extranjeros. En la provincia de Michoacán, fray Maturino mostró notable habilidad para el aprendizaje de siete lenguas indígenas, aunque se dedicó especialmente al tarasco, lengua de la provincia michoacana, entonces una de las más importantes del territorio mexicano.

[9] Fray Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana,* estudio preliminar de Miguel León-Portilla, Porrúa, México, 1970.

[10] Frances Karttunen, *An analytical dictionary of Nahuatl,* Univesity of Texas Press, Austin, 1983.

[11] Fray Alonso de Molina, *Arte de la lengua mexicana y castellana,* 1571. Colección de Incunables Americanos, Siglo XVI, t. 6, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1945, ff. 5v-6r.

[12] *Ibid,* f. 6v.

Hacia 1556 surgió en aquella provincia un problema grave en el que Gilberti se vio envuelto. Tzintzuntzan era la antigua cabecera indígena de Michoacán, pero el obispo Vasco de Quiroga había decidido que la capital fuera Pátzcuaro, donde comenzó a erigir una enorme catedral con cinco naves, como los dedos de la mano; al mismo tiempo, el obispo Quiroga, siguiendo la corriente de la época, trataba de limitar la influencia de las órdenes religiosas, y se había llegado al extremo de que los clérigos destruyeran la pila bautismal de los franciscanos en Pátzcuaro, por lo que éstos excomulgaron al obispo Quiroga.

Antes de que estas agrias disputas se enconaran, y llegaran a la prohibición del *Diálogo de la doctrina christiana en lengua de Mechuacán* (1559), de fray Maturino Gilberti, éste había publicado las dos obras lingüísticas que aquí nos interesan: el *Arte de la lengua de Michuacán* (1558) y el *Vocabulario en lengua de Mechuacán* (1559), obras capitales para el conocimiento de esta lengua.

En su *Arte* y en su *Vocabulario*, Gilberti no menciona nunca a Nebrija, pero sigue puntualmente sus esquemas, aun en la materia discutible de las declinaciones. Al principio del *Arte*, enumera como sigue las tres partes de su contenido:

> La primera es la declinación de los nombres, pronombres y verbos.
>
> La segunda es de las ocho partes de la oración, en la mesma orden que en la Grammatica se suelen poner.
>
> La tercera es la de la orthographía y de la composición de los verbos, con sus partículas; a la cual va añadido el modus dicendi; en el cual se trata del modo de contar en esta lengua, y de ciertos modos de hablar; los cuales no tienen cierta regla, mas de ser el phrasis de hablar entre ellos.[13]

En la última parte, Gilberti introduce innovaciones coloquiales y prácticas (modos de contar), que seguirá Molina en su *Arte* de 1571.

El *Vocabulario en lengua de Mechuacán* es doble, como el de Nebrija, muy extenso, y sigue a menudo al del sevillano en algunas secuencias.[14]

Benedict Warren, en su introducción al *Diccionario general de la lengua de Michoacán*, por autores anónimos,[15] dice del *Vocabulario* de Gilberti que:

[13] Fray Maturino Gilberti, *Arte de le lengua de Michuacán*, copilada por el muy reverendo padre... de la Orden del Seráphico padre Sant Francisco, de regular observancia, Hecha en la casa de Juan Pablos, impresor, año de 1558. Edición facsimilar, Introducción histórica con Apéndice documental... por J. Benedict Warren, Morelia, Michoacán, México, 1987, p. 10.

[14] *Vocabulario en lengua de Mechuacán*, compuesto por el reverendo padre fray Maturino Gilberti, año de 1559. Reimpreso, con el título de *Diccionario de la lengua tarasca de Michoacán*, bajo la dirección del doctor Ernesto Ramos Meza, nota preliminar de José Bravo Ugarte, Colección Siglo XVI, México, 1962.

[15] Fimax, Morelia, 1991, 2 ts., t. 1, p. XIX.

su dependencia de la obra de Nebrija, por su lista de palabras españolas, en la parte de español-tarasco... es grande y obvia... En la obra de Gilberti hay algunas adiciones a la lista y algunos cambios en el orden, pero básicamente se deriva de la obra de Nebrija.

Este *Diccionario grande,* a su vez, aprovecha mucho del de Gilberti.

4. Antes de vestir el hábito de Santo Domingo, que recibió en el convento de esta orden en México, en 1543, fray Juan de Córdova fue soldado en Flandes, en los ejércitos de Carlos V, y alcanzó el grado de alférez. Ya dominico, fue destinado a la provincia de Oaxaca y se dedicó al estudio de la lengua zapoteca. Como Olmos, Molina y Gilberti, fray Juan de Córdova compuso también un *Arte* y un *Vocabulario* de la lengua en que llegó a ser autoridad. El padre Córdova parecía tener el ingenio vivo e independiente. En su *Arte del idioma zapoteco,* publicado por primera vez en 1570,[16] muestra que conocía bien las obras de Nebrija, pero decidió apartarse de su sistema, sobre todo en materia de los verbos:

> Parecióme agora —escribe— en el modo del proceder en la materia de los verbos, no llevar el orden del Antonio que pone las conjugaciones luego, porque poco va a decir que están después de las partes de la oración.[17]

Y en su copioso *Vocabulario en lengua zapoteca,* de 1578 —que es solo castellano-zapoteca—,[18] menciona de nuevo "al Antonio", pero sólo como emulación:

> Por ventura parecerá —dice— a algunos de los que la presente obra vieren, leyeren y trataren, que en hacerse y perficionarse se ha pasado menor trabajo que el que pasaron otros vocabulistas, como un Calepino, o Antonio, o otros que romanzaron vocablos. Los cuales intimando sus trabajos, convidaron a ser reputados y tenidos en mucho de los oyentes como era razón. Y ello cierto tomado y considerado así en la superficie, parece que lleva camino. Porque la latinidad parece ciencia más sabida (si ciencia se puede llamar) que no estas lenguas bárbaras y de poco tomo. Pero si se considera con atención y se entra en el fondo y meollo del negocio, hallará ser al revés. Porque aquellos autores toda su solicitud, cuidado y trabajo, se feneció en revolver libros, y cotejar autores, y sacar vocablos y ponerlos en orden...

[16] Fray Juan de Córdova, *Arte del idioma zapoteco,* 1570, reimpreso al cuidado del doctor Nicolás León, Morelia, 1886. Edición facsimilar, Ediciones Toledo-INAH, México, 1987.

[17] *Ibid.,* p. 41.

[18] Fray Juan de Cordova, *Vocabulario en lengua zapoteca,* hecho y recopilado por el muy reverendo padre..., Impreso por Pedro Charte *[sic]* y Antonio Ricardo, en México, año de 1578. Edición facsimilar, Toledo-INAH, 1987, "Aviso II", s. f.

> Pero el nuestro (aliende del andar buscando y inquiriendo, y desenterrando los vocablos de entre el polvo del olvido, negligencia y inadvertencia y poco uso, y entre tan bronca y no muy despierta gente) ha sido días y noches desvelarnos en desentrañar sus meros significados, y aplicarlos y ponerlos cada uno en su asiento, y lugar lo mejor que se ha podido hacer, verificándolos con la experiencia. Por las cuales razones entiendo que al que con ojos limpios lo considerase, juzgará haber sido mayor este trabajo, o a lo menos (por no dar ocasión a murmuración) no menor que el de aquellos autores. Yo así lo entiendo...[19]

Y al principio de los avisos preliminares, el vivaz padre Córdova hace una ponderación de las sutilezas del zapoteco, que aquí transcribo por su encanto, aunque no tenga relación con nuestro tema:

> estos indios zapotecas aun a las cosas que nunca gentes les aplicaron nombres se le dan ellos, v. g. Quién vido dar nombre a el sonido de la campana, y lo que dizque dice cuando suena, y a lo que hace la culebra cuando anda, y a la carreta cuando rueda, y a los latidos de los pulsos, y del corazón, y al hervor de la olla, y a otras cosas así semejantes, y aun a los actos que hacen las aves y animales, y a las demás cosas inanimadas. Y a lo que hacen los instrumentos con que hacemos algo, para todo hallan nombre o interjecciones con que las explican.[20]

5. Volviendo al náhuatl o mexicano, el jesuita Antonio del Rincón, mestizo y descendiente de la nobleza tezcocana, cierra el siglo XVI con su *Arte mexicana* publicado en 1595.[21] Rincón afirma que, en náhuatl, el nombre no tiene declinación de casos sino de números, singular y plural y estudia las formas para expresar el plural. Esta idea fue adoptada por otros lingüistas coloniales.[22]

6. El agustino Alonso Urbano, en el *Arte breve de la lengua otomí y vocabulario trilingüe, español-náhuatl-otomí*, de 1605, en su laboriosa y extensa obra, sigue el esquema de Nebrija. Comenta su editor, René Acuña, que "la filiación latina del *Arte breve* está manifestada en la proposición general de la obra: 'El orden que se terná será proseguir por las ocho partes de la oración' y en los enunciados latinos de varios párrafos".[23]

[19] *Vocabulario,* "Aviso II", s. f.

[20] *Ibid.*, "Aviso I", s. f.

[21] *Arte mexicana* compuesta por el padre Antonio del Rincón de la Compañía de Jesús, en México casa de Pedro Balli, 1595. Reimpresión facsimilar, Edmundo Aviña Levy, Guadalajara, Jalisco, 1967.

[22] Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli,* p. 49.

[23] René Acuña, "Prefacio", en Alonso Urbano, *Arte breve de la lengua otomí y vocabulario trilingüe. Español-náhuatl-otomí* (1605), edición de..., UNAM, México, 1990, p. LXII

7. Fray Pedro Cueva, dominico, afirmó la filiación de su obra en su mismo título: *Arte de la gramática de la lengua zapoteca, conforme al que de la Gramática latina escribió Antonio de Nebrija,* publicado en México, 1607.[24]

8 y 9. Otro tanto hicieron los autores de artes de las lenguas huasteca y totonaca, del siglo XVIII, como se expresa en los títulos de sus obras: del bachiller Severino Bernaldo de Quirós, estudiante teólogo, *Arte del idioma guasteco proporcionado en todas sus reglas con el de Antonio de Nebrija* (ms. de 1722, de 51 hojas, que perteneció a José Fernando Ramírez).[25] Y de Joseph Zambrano Bonilla, cura beneficiado, vicario y juez eclesiástico de San Andrés Hueitalpan, *Arte de la lengua totonaca, conforme a el Arte de Antonio Nebrija,* impreso en Puebla, 1752.[26]

En el manuscrito (núm. 1474) de esta obra de Zambrano Bonilla, que guarda la Biblioteca Nacional de México, puede leerse que el bachiller Manuel Fernández Delgado escribió en su parecer que:

> habiendo visto esta obra, y ser difícil este idioma, advierto en él, el sumo y grave trabajo del autor, porque ideó su gran capacidad y genio, un modelo muy claro, porque está tan sentáneo *[sic]* el *Arte* de Nebrija, que así en nombre, pronombre, raíces, oraciones y notas, están tan claros como la luz.

Y el bachiller Juan Rolón, que también revisó la obra de Zambrano Bonilla, escribió en su dictamen:

> cotejado con el de Nebrija, digo, que a no ser latino el uno y totonaco el otro, creyera que era el mismo Nebrija.[27]

10. Fray Diego Basalenque, agustino, compuso el *Arte y vocabulario de la lengua matlaltzinga vuelta a la castellana,* en 1642.[28]

El prologuista de la primera edición, Manrique, hace notar que el *Arte* del padre Basalenque "se apega mucho más a la gramática latina

[24] Conde de la Viñaza, *Bibliografía española de las lenguas indígenas de América* (1891), 2a. ed. con Estudio preliminar de Carmelo Sáenz de Santa María, Atlas, Madrid, 1977, núm. 122, p. 70.

[25] Viñaza, *ibidem,* núm. 279, p. 136.

[26] *Ibid.,* núm. 331, p. 153.

[27] Comunicado por el doctor José G. Moreno de Alba, director de la Biblioteca Nacional de México, UNAM.

[28] Se publicó por primera vez en México, 1975, en dos volúmenes, en Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, su versión paleográfica de María Elena Bribiesca S. y con estudio de Leonardo Manrique C.

[de Nebrija] que el *Arte de la lengua mexicana* de Olmos".[29] En efecto, Basalenque afirma que, en esta lengua de la región de Toluca, "aunque los más nombres son indeclinables, algunos se declinan y todos se pueden reducir a declinación".[30] De la misma manera, esto es, forzando a la lengua indígena, Basalenque dice que determinadas formas de matlaltzinga se asemejan a los supinos y gerundios latinos.

El padre Basalenque escribió, además, una importante crónica, *Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán* (México, 1673; 2ª ed., 1886; 3ª ed., 1963) y un *Arte del idioma tarasco* (1714; 2ª ed., 1886), en el que sigue el esquema de Nebrija para el estudio de las partes de la oración, y aprovecha los estudios previos sobre estas lenguas de fray Maturino Gilberti y de fray Juan Bautista de Lagunas.

11. El jesuita florentino Horacio Carochi, discípulo de Antonio del Rincón, maestro en el Colegio de Tepotzotlán, compuso un notable *Arte de la lengua mexicana,* publicado en México, en 1645. Ofrece la novedad de apoyar sus exposiciones en "antiguos textos indígenas, relatos, discursos de los ancianos y poemas", como lo ha señalado Miguel León-Portilla.[31] Respecto a la materia que aquí nos interesa, el padre Carochi escribió en su *Arte* una incongruencia; que el náhuatl o mexicano no tiene sintaxis.[32] A este propósito, fray Manuel Pérez escribió:

> Ningún idioma puede carecer de sintaxis o construcción, y consiguientemente, de composición de partes unas con otras. El mexicano la tiene a veces llana, a veces enérgica, que es lo que llamamos colocación. Y constando, como hemos visto, de las ocho partes de la oración, es forzoso, y lo más necesario, ver su composición.[33]

León-Portilla ha señalado las razones que pudo tener el padre Carochi para justificar su afirmación.[34]

12. El historiador de su orden franciscana, fray Agustín de Vetancurt, por mandato de sus superiores compuso un *Arte de la lengua mexicana* en 1673.[35] Dividió su obra en cinco libros, "según el esquema de Nebrija y de Rincón", dice Ascención H. de León-Portilla, quien añade que, a

[29] *Ibid.*, t. 1, p. XXXI.

[30] Basalenque, t. 1, n. 2, p. 15.

[31] Miguel León-Portilla, "Estudio introductorio", *Arte de la lengua mexicana,* reproducción facsimilar de la edición de 1645, UNAM, México, 1983, p. XV.

[32] Carochi, *Arte,* f. 9 v.

[33] Fray Manuel Pérez, *Arte del idioma mexicano,* México, 1713, pp. 67-68, citado por Léon-Portilla, "Estudio introductorio", p. XLV.

[34] *Loc. cit.*

[35] Fray Agustín de Vetancurt, *Arte de la lengua mexicana,* impreso en México, por Francisco Rodríguez Lupercio, 1673. Reimpreso por el Museo Nacional, 1901.

pesar de reconocer Vetancurt que la lengua mexicana no tiene declinación de casos, insistió en considerar como declinaciones los plurales y el uso de la partícula reverencial *tzin*.[36]

13. El franciscano andaluz, fray Juan Guerra, en el último tercio del siglo XVII fue destinado a servir en los conventos y curatos en las regiones indígenas de Ahuacatlán, Tala y la Magdalena, en la Nueva Galicia, hoy Jalisco. Allí aprendió el náhuatl y se dio cuenta de que la lengua de estas regiones se diferenciaba del náhuatl del México central. Para auxiliar en su ministerio a sus cofrades, compuso un nuevo *Arte de la lengua mexicana según la acostumbran hablar los indios de todo el obispado de Guadalajara, parte del de Guadiana y del de Mechoacán*.[37] El *Arte* del padre Guerra está dividido en cinco libros y sigue fielmente la estructura de la gramática de Nebrija. Incluye un vocabulario de los nombres, verbos y adverbios más usuales en el habla común.[38]

14. Varias décadas después del *Arte* de fray Juan Guerra, el también bachiller y cura párroco, Gerónimo Tomás de Aquino Cortés de Zedeño, publicó en Puebla, en 1765, un libro sobre el mismo tema: *Arte, vocabulario y confesionario en el idioma mexicano, como se usa en el obispado de Guadalajara*. Su autor sigue en todo el esquema de Nebrija y aprovecha las modalidades que sus antecesores habían adoptado.[39]

15. El bachiller Carlos de Tapia y Zenteno, en la primera mitad del siglo XVIII, fue durante muchos años párroco de varios pueblos en la región huasteca y llegó a dominar el idioma huasteco, poco estudiado. Su *Paradigma apologético y Noticia de la lengua huasteca, con vocabulario, catecismo y administración de los sacramentos,* escrito hacia 1767, quedó inédito y sólo se publicó en 1985.[40]

Su editor, Montejano y Aguiñaga, comenta que Tapia Zenteno disponía de suficientes modelos, de las artes de las lenguas indígenas, aunque "imperaba el mismo falso punto de partida: la aplicación del método seguido por Antonio de Nebrija para el latín, lengua de flexión y desinencial". Y añade:

> también él analizó el huasteco a través del criterio de Nebrija y de De la Cerda [el jesuita autor de *De institutione grammatica libri quinque*, de 1615, li-

[36] Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli*, p. 72.

[37] Lo imprimió en México la viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, en 1692. La 2ª ed. la hizo Alberto Santoscoy, en Guadalajara, en 1900; y la 3ª ed., facsimilar de la 2ª, se hizo también en Guadalajara, 1992, con nota preliminar de José Luis Martínez.

[38] Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli*, t. 1, p. 73.

[39] Viñaza, *Bibliografía española*, núm. 353, p. 167; Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli*, t. 1, p. 77.

[40] Con estudio bibliográfico y notas de Rafael Montejano y Aguiñaga, ed. R. Acuña, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, México, 1985.

bro de texto que sustituyó en las escuelas a la gramática de Nebrija]. Inclusive echó mano de la terminología latina con relativa frecuencia.[41]

Dos noticias excéntricas

Concluyo este poco ameno repaso de las artes y vocabularios de las lenguas indígenas de México, compuestos entre los siglos XVI y XVIII, cuyos autores se sirvieron explícitamente de los esquemas de la gramática latina y del *Vocabulario español-latino* de Antonio de Nebrija, y, ofrezco, en fin, dos noticias, más acerca de esta dominante influencia, que quedan fuera del límite mexicano.

En el resto de los virreinatos y provincias indianos o americanos, se escribieron y publicaron, como en México, artes y vocabularios de las más importantes lenguas indígenas. Estos textos los ha registrado don Cipriano Muñoz y Manzano, Conde de la Viñaza, en su *Bibliografía española de lenguas indígenas de América* (1891, 1977). Repasando esta obra, que puede ser retocada y mejorada en partes, pero que sigue siendo indispensable, en busca de huellas nebrisenses, y entre los numerosos estudios dedicados al quechua andino, encontré la siguiente ficha:

> *Lexicon o vocabulario de la lengua general del Perú,* compuesto por el maestro fray Domingo de Santo Thomás, de la Orden de Santo Domingo, Impreso en Valladolid, en la Oficina de Francisco Fernández de Córdova, Impresor de la Magestad Real, 1560.

Felizmente, el Conde de la Viñaza reprodujo los versos laudatorios y el prólogo del autor, en el que se dice:

> Este vocabulario va por el mismo orden que el de Antonio de Nebrissa por el alphabeto dividido en dos partes. En la primera va el romance primero y luego en la lengua de los indios... En la segunda, al contrario.[42]

La otra noticia, final de mi exposición, me parece sorprendente. Como es sabido, México tuvo una intervención importante en el descubrimiento, colonización y administración del sudeste asiático y, además del comercio entre México y las Filipinas, que se inició en 1567 con el galeón del Pacífico o nao de la China, se publicaron en México varias obras históricas, científicas y piadosas relacionadas con el Oriente. Una de ellas dice como sigue en su portada

[41] Montejano y Aguiñaga. "Estudio bibliográfico", pp. XLI y XLII.
[42] Viñaza, *Bibliografía española,* núm. 32, pp. 17 y 18.

Arte de la lengua japona dividido en cuatro libros según el Arte de Nebrixa, con algunas voces propias de la escritura y otras de la lengua de Ximo y del Cami, y con algunas perífrasis y figuras... Compuesto por el hermano profeso fray MELCHOR OYANGUREN DE SANTA INÉS, Religioso descalzo de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, ex misionero apostólico nombrado para los reinos de Cochinchina, ex guardián de los conventos de la Inmaculada Concepción de Aguas Santas y de nuestro Padre San Francisco de Sariaya en las islas Philipinas, y ministro en el idioma Tagalo, Impreso en México, con licencia por Joseph Bernardo de Hogal... año de 1738.

Esta obra extraordinaria, que a través de la curiosidad laboriosa del padre Oyanguren, y de la imprenta mexicana, vincula a la "lengua japona" con el Arte de Nebrija, casi tres siglos después de que el altivo gramático andaluz escribiera sus obras, es un buen homenaje a su memoria.[43]

[43] Lothar Knauth, "La nueva ruta de la evangelización", *El galeón del Pacífico, Acapulco-Manila, 1565-1815*, Publicaciones del Estado de Guerrero, México, 1992, p. 133, reproduce la portada de esta obra, que se conserva en la Biblioteca Nacional de México. Knauth dice que Wilhelm von Humboldt, en 1826, escribió que el libro del padre Oyanguren no había penetrado "el espíritu y la naturaleza del japonés".

SALUDO A BURGOS Y AL V CONGRESO DEL ESPAÑOL EN AMÉRICA*

Por José Luis Martínez

Para un mexicano que en sus lejanas mocedades se nutrió con las historias del Cid, Burgos tiene un prestigio especial. Cerca de esta vieja ciudad está el pueblo de Vivar, donde nació el héroe castellano. Pero aquí en Burgos vivió y descansó en los intervalos de su destierro, y aquí se encuentra el sepulcro de sus parientes. Por ello, cuando visité Burgos, hace ya treinta y tantos años, fui al solar del Cid y guardé de recuerdo una piedrecilla, que aún conservo, en la que inscribí con tinta "Del solar del Cid". Vagamente recuerdo que admiré entonces la catedral y el Monasterio de las Huelgas, donde el guía informó que había "muy buenas tumbas".

Todos estos recuerdos de aquella primera visita los reanimaré ahora, gracias a la plausible invitación que nos hace la Universidad de Burgos para reunirnos en torno al tema del español de América.

Al cabo de cinco siglos de historia, la lengua española es un instrumento de gran importancia en el mundo. España y los pueblos de Hispanoamérica formamos una comunidad de habla española dominante. Cada uno de estos pueblos procura estudiar y preservar sus tradiciones y cuidar sus otras lenguas autóctonas. Pero, además de nuestras raíces antiguas, todos disfrutamos de un privilegio excepcional: el uso de una hermosa y rica lengua común, que nos permite comunicarnos y ser miembros de una comunidad espiritual. Ningún otro grupo lingüístico del mundo tiene la extensión y el número de países con que cuenta el nuestro.

Por encima de pactos y tratados, y por encima también de matices diferenciales, la lengua española que compartimos es, repito, un privilegio y además, es nuestra fuerza. Por supuesto que cada una de las naciones hispanohablantes tenemos una relativa individualidad. A las 83 500 voces que registra el *Diccionario de la lengua española de la Real Academia* contribuimos con varios miles de americanismos. La adopción de voces procedentes de las lenguas indígenas americanas comenzó desde los

* Leído en octubre de 1995.

días mismos de los descubrimientos. La primera de ellas fue *canoa,* del taíno del Caribe, que, poniéndonos el ejemplo, incluyó Antonio de Nebrija en su *Vocabulario* de 1495. Estas contribuciones históricas se amplían constantemente con las nuevas voces que, como modificaciones o añadidos al español, seguimos creando y que llegan a tener un uso general y sostenido. La última edición del DRAE, la vigésima primera de 1992, acoge muchas nuevas voces americanas. En los años previos, varias academias hispanoamericanas trabajamos para revisar, precisar y actualizar nuestros respectivos americanismos. Así pues, el nuevo diccionario académico, además de otras superaciones, es un buen espejo de la múltiple vitalidad de nuestra lengua común.

La vieja y siempre renovada lengua española, que españoles e hispanoamericanos hemos contribuido a formar, sigue siendo una y válida para una comunidad de alrededor de 350 millones de personas. No importa que los habitantes de cada pueblo y aun de cada ciudad le impongamos matices, modismos o peculiaridades de entonación y pronunciación. Todos sabemos que, a pesar de estas singularidades, el español nos permite comunicarnos, entendernos, amarnos o detestarnos. Creo que vale la pena que cuidemos nuestra lengua. Digamos, por 500 años más.

DISCURSOS AL RECIBIR DIVERSAS DISTINCIONES

PARA RECIBIR EL PREMIO MAZATLÁN DE LITERATURA

Por José Luis Martínez

Cuando don Antonio Haas me dio la buena nueva de que me había sido asignado el Premio Mazatlán, por mi libro sobre *Hernán Cortés,* tuve dos reacciones. La primera, de agradecimiento a los jurados por la distinción que me dispensaron, y que ahora hago pública; y la segunda, recordar que hace ya un cuarto de siglo corrido, en 1965, vine a Mazatlán para acompañar a José Gorostiza a recibir el primero de estos premios. Como estaba recién publicado su libro de *Poesía,* don José me lo dedicó y puso al pie; "26 de febrero de 1965, en Mazatlán". Por más que escarbo en mi mala memoria, no logro recordar quiénes más vinieron, cómo fueron los actos de la entrega ni qué conversé entonces con mi tan admirado poeta. En cambio, casi sé de memoria *Muerte sin fin,* que ahora gusto más como preciosa poesía y me preocupa menos su significación conceptual.

Después de tan feliz comienzo, el Premio Mazatlán ha acrecentado su prestigio con el brillante elenco de sus elegidos: Ricardo Garibay, Jaime Torres Bodet, Elena Poniatowska, Octavio Paz, Ángeles Mastretta, Luis Spota, Fernando del Paso, Ramón Xirau y Carlos Monsiváis, entre otros que acaso olvide. Sorprende en este grupo no sólo la elección de algunos de los escritores mexicanos actuales más distinguidos sino también el hecho de que están representadas varias especialidades dentro del ancho campo de las letras nacionales.

El hecho de que en la presente ocasión me hayan elegido para recibir este premio literario por mi libro sobre *Hernán Cortés,* requiere alguna consideración. Por una parte, alterno ciertamente los estudios propiamente literarios, como la nueva edición, corregida y muy aumentada, de las *Obras* de Ramón López Velarde, que está por aparecer, y la preparación de los cinco tomos finales de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, con los estudios históricos, como el del libro mencionado.

Ahora bien, y sin que sea vana presunción, puedo afirmar que emprendo las investigaciones literarias y las históricas con el mismo cuidado informativo, analítico y crítico, y en ambas me preocupa, si no la elegancia ni la elocuencia, sí la claridad expositiva y la tersura del lengua-

je. Por supuesto que, además de estas coincidencias metódicas y expresivas, la crítica literaria y la historia tienen sus propias exigencias. Una de las mayores, me parece que es la amplitud de la información y la objetividad que requiere la historia; en tanto que los juicios literarios piden un hilado más fino y concentrado, y aun consienten cierto subjetivismo.

Baste lo dicho para señalar mi doble afición por ambas disciplinas, con lo que trato de explicarme por qué los señores del jurado tuvieron a bien dar este premio literario a una obra histórica.

Por cierto que, como lo relato en mi libro sobre Cortés, don Hernando anduvo por estas tierras sinaloenses, que entonces eran el límite de las conocidas de la Nueva España. En la tercera expedición que organizó, en abril de 1535, para explorar las costas del Pacífico, que entonces se llamaba Mar del Sur, expedición que encabezó él mismo, con un ejército en forma de 300 soldados con 150 caballos, cruzó durante varios días las tierras de la provincia de Nueva Galicia, que gobernaba Nuño de Guzmán y hasta aquí se extendían. Cortés se detuvo cuatro días en Compostela, visitando al feroz Nuño, y de allí siguió a Chametla, donde encontró las naves que había enviado de Tehuantepec. Chametla y Guayabal fueron sus puntos de apoyo para navegar, con mil percances, a Baja California. En los documentos relacionados con esta expedición quedan algunas de las noticias más antiguas respecto a estas tierras sinaloenses.

Antes de terminar estas breves pero muy agradecidas palabras, quiero rendir homenaje y recuerdo a cuatro sinaloenses por los que tengo honda estimación. A Alejandro Quijano, mazatleco y lingüista distinguido, que pasó a su vida sirviendo a instituciones culturales y de beneficencia. Durante largos años, don Alejandro dirigió y apoyó a la Academia Mexicana de la Lengua, que yo cuido ahora.

A Genaro Estrada, también mazatleco, a quien no conocí y cuyas tareas diplomáticas, históricas y literarias tienen mi mayor aprecio. De ancha generosidad intelectual, en su corta vida supo promover empresas culturales y dar apoyo y comprensión a los escritores de su tiempo.

A Gilberto Owen, de El Rosario, que quiso ser un escritor secreto e ignorado, pero el rescate y estudio de su obra lo han revelado como un poeta de dolida ternura e imaginación apretada de significaciones herméticas.

En fin, a Inés Arredondo, de Culiacán, desaparecida hace poco tiempo, que fue narradora de gran talento cuyos cuentos —la mayoría de ambiente sinaloense— dejan entrever la significación oscura de los actos humanos y algo del secreto de las almas femeninas.

La parte más interesante del presente acto es la coronación de la reina del carnaval. Me excuso por no ser un escritor florido y por limitarme a desearle que disfrute su reinado y que su belleza le traiga paz y bien. A los mazatlecos y sinaloenses, una vez más, gracias por el premio y por su atención.

Mazatlán, 8 de febrero de 1991.

PARA AGRADECER LA MEDALLA DE ACERO AL MÉRITO HISTÓRICO "CAPITÁN ALONSO DE LÉON"

Por José Luis Martínez

Hace ya muchos años que disfruto el privilegio de tener amigos queridos y generosos en Monterrey. Acaso lo explique mi cercanía con el regiomontano ilustre, Alfonso Reyes, cuya amistad disfruté durante sus últimos 20 años y acerca de cuya obra he escrito algunas páginas. Recientemente, para festejar el centenario del nacimiento de don Alfonso, acepté el duro encargo de poner fin a la edición de sus *Obras completas,* que llegarán a 26 volúmenes.

Sin embargo, estas cordiales relaciones con gente de Nuevo León no parecen estar relacionadas con la designación con que hoy se me honra: la Medalla de Acero al Mérito Histórico "Capitán Alonso de León". La Sociedad Nuevoleonesa de Historia, creadora de esta medalla, ha tenido a bien asignármela en el presente año, lo que obliga mi reconocimiento, por mi libro sobre *Hernán Cortés,* publicado el año pasado, y de cuyo complemento, los *Documentos cortesianos,* ha aparecido ya el tomo I, de los cuatro que formarán esta obra.

La figura de Cortés, la Conquista de México y aun el descubrimiento o encuentro, siguen discutiéndose, a veces con pronunciamientos poco templados, y sobre todo, ante la inminencia del quinto centenario. Quienes se han acercado a mi libro, saben bien que mi propósito no ha sido avivar pasiones ni inclinarme por uno u otro bando, es decir, ni por la glorificación ni por la deturpación gratuitas del conquistador y la Conquista. Propongo, en cambio, un tercer camino: el conocimiento honesto y riguroso de los hechos por medio de documentos que recogen todos los puntos de vista, todas las versiones acerca de las materias controvertidas. Ofrezco, pues, no espectaculares novedades, sino la posibilidad de conocer, aproximadamente completos, en su trabazón de bienes y males, a los personajes y a los hechos de nuestra historia fundacional. Creo que ya hemos alcanzado la madurez suficiente para que, hispanistas e indigenistas, acepten que, nos guste o nos disguste, la historia ocurrió y es un hecho que no podemos modificar. Y reconocer, además, que no tiene sentido proscribir a la mitad de nuestros antepasados.

Tengo la impresión de que el capitán Alonso de León, en su *Relación del descubrimiento, población y pacificación de este Nuevo Reino de León,* escrita en 1649, estaba animado de un propósito semejante de verdad y de objetividad. A pesar de que el móvil principal de su *Relación* es exaltar los duros trabajos y aun el heroísmo de los conquistadores españoles de estas tierras, que él consideraba a la altura de las hazañas de Ulises y... del capitán-pirata Drake, De León menciona al menos dos hechos que dan constancia de su ecuanimidad. Antes de relatar las costumbres de los huachichiles, primitivos habitantes de estas tierras, de comerse a sus amigos para emparentar con ellos y a sus enemigos por venganza, tiene el acierto de recordar que no hemos sido los únicos en estas aficiones, pues, dice, "La costumbre de comer carne humana en el mundo es muy antigua" (Discurso 1°, cap. IX) y menciona, en nuestro descargo, los usos antropofágicos de pueblos bíblicos y de la Europa antigua.

Y en otra parte de su *Relación* (Discurso 2°, cap. IX) se refiere a la práctica de los soldados españoles de capturar indios para venderlos como esclavos, "codicia" que llegó a tal exceso que motivó que el virrey-arzobispo Moya de Contreras la prohibiese. Por cierto, Genaro García, primer editor de la *Relación* de Alonso de León, con cierta parcialidad, subraya estos abusos y los considera la causa de la guerra irreconciliable de la población indígena contra los colonizadores ("Advertencia" al t. XXV de los *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México,* 1909).

Además de estas muestras de imparcialidad, quiero señalar que el autor de la primera historia de Nuevo León me parece un observador curioso y bien informado, un hombre culto y un escritor elegante y ameno. Siguiendo la costumbre de los grandes historiadores, Alonso de León inicia sus exposiciones con ejemplos pertinentes de la Biblia y de Aristóteles, Cicerón, Ovidio, San Agustín y Santo Tomás; y que conoce, a mediados del siglo XVII, las crónicas de López de Gómara, Acosta, Torquemada y Cabeza de Vaca. Su estilo, de discreta eficacia, se adorna de pronto con giros elegantes, como cuando dice: "a no saber que la prudencia vencía las estrellas y la fortuna es siempre esclava cuando la virtud santa" (ed. Cavazos, p. 72). Da cuenta puntualmente de los sucesos memorables que fueron conformando la tierra, como el esfuerzo que hubo que hacer para traer aquí las primeras manadas de ovejas y cabras; la cruel historia del gobernador Carbajal; los apellidos de capitanes y soldados del siglo XVII, que siguen siendo los comunes en la población nuevoleonesa actual; la terrible inundación de septiembre de 1636, que dejó la ciudad de Monterrey convertida en desierto, como tan bien lo dijo nuestro Alfonso Reyes:

Monterrey de las montañas,
tú que estás a par del río
que a veces te hace una sopa
y arrastra puentes consigo,
y te deja de manera
cuando se sale de tino
que hasta la Virgen del Roble
cuelga a secar su vestido.

En fin, son divertidas, aunque no me parezcan verosímiles, ciertas historias que refiere para ponderar la fortaleza de sus paisanos, como la de las fuerzas de Hernando Arias, de quien cuenta que "viniendo de la provincia de Coahuila de Saltillo, se le cansó el caballo; y él se lo echó al hombro con todo lo que llevaba, y anduvo tres leguas con él y lo puso en salvo" (p. 59). Y para no dejar atrás a los indios, cuenta lo siguiente de una huachichila:

> De aquí sacamos una india, en días de parir, con una herida que le pasaba de la espalda a la boca del estómago; y otra de flecha o bala. La vide sudar, que juzgué que se moría. Hícela bautizar, animóse, y llegamos al río, y se echó de bruces y hartó de agua, que le hizo echar muchos cuajarones de sangre. Llegó al pueblo y a los quince días estaba sana y parió muy bien. (p. 118).

Este breve repaso de la *Relación* de Alonso de León tiene la única intención de decir que estoy muy orgulloso y agradecido de recibir esta Medalla de Acero que lleva el nombre del primer cronista de estas tierras. Como muy bien lo resumió don Israel Cavazos Garza, Alonso de León fue:

> Estudiante virtuoso; criador de ganados; vecino y gobernante de una villa; valeroso pacificador; encomendero generoso; expedicionario y descubridor infatigable [...] y, más que todo, cronista fidelísimo.
>
> (Estudio preliminar a la edición de Monterrey, 1961.)

Y concluyo mis palabras con una dedicatoria. A Raúl Rangel Frías que hace 30 años me envió la excelente edición de la *Historia* de de Nuevo León, ahora le agradezco aquel buen regalo y la constancia de su amistad.

Monterrey, N.L., 17 de mayo de 1991
(aniversario de Alfonso Reyes)

ALGUNOS RECUERDOS DE RAFAEL HELIODORO VALLE Y DE EMILIA ROMERO

Por José Luis Martínez

Cuánto siento que la manía de guardar artículos y noticias curiosos sólo me haya llegado más tarde, y no en aquellos primeros años cuarentas, cuando Rafael Heliodoro Valle publicaba tantos artículos interesantes. Mi mala memoria y algunos apuntes apenas me permiten recordar que, entonces, las columnas periodísticas que todos leíamos eran "Side-car", de Salvador Novo, en *Últimas Noticias,* y "Cosmópolis", que escribía Valle en *Excélsior.* Tengo la impresión de que el estilo de poner una noticia tras otra, separadas con puntos suspensivos, y con mayúsculas y negritas para resaltar nombres y títulos, que empleaba Valle, aparecía por primera vez. El chiste de la columna era acumular noticias, del mundo cultural y social, principalmente, con juicios ligeros, sin acritud y cuando más algo de malicia.

Pero, además de su columna regular, el sonriente y bonachón Rafael Heliodoro publicaba, con su propio nombre o numerosos seudónimos, minucias históricas y crónicas en *Revista de Revistas,* en *El Universal Ilustrado* y en *Mexican Folkways,* de la ciudad de México; en *Repertorio Americano,* de San José de Costa Rica; en *Social,* de La Habana; en *Variedades,* de Lima; en *La Prensa,* de Buenos Aires; y en *Revista Ariel,* de Tegucigalpa. Y sus estudios más rigurosos iban a la *Hispanic American Historical Review,* de la que era corresponsal, o a la *Revista Mexicana de Estudios Históricos.* Y en el piso superior de su enorme producción, quedaban sus libros: su poesía y sus estudios históricos, diplomáticos y bibliográficos sobre temas mexicanos y centroamericanos. Su excelente bibliografía sobre Hernán Cortés y su estudio sobre Cristóbal de Olid, por ejemplos, me fueron muy útiles para mis recientes libros sobre el conquistador. Ya se ha rescatado su *Santiago en América;* y yo quisiera llamar la atención sobre sus libros más ligeros, de lectura muy placentera, como *El espejo historial* (Botas, México, 1937), que es una recopilación de estampas del pasado, y como *Imaginación de México* (Buenos Aires, Austral, 1945), que es una linda antología de leyendas tomadas de historiadores antiguos y modernos. Y creo que, de los

archivos de Rafael Heliodoro Valle, pudieran sacarse del olvido varios cientos de los millares de artículos curiosos que escribió y que no se han coleccionado.

En cuanto a Emilia Romero de Valle, su trabajo más importante me parece que es su *Diccionario manual de literatura peruana y materias afines,* editado por la Universidad Mayor de San Marcos, en Lima, Perú, en 1966. A esa Universidad tocará reimprimirlo. Pero en México pudiera hacerse un volumen con estudios sueltos de Emilia, de temas folklóricos, históricos y bibliográficos, que interesan tanto al Perú como a México.

No puedo precisar dónde y cuándo conocí a Rafael Heliodoro Valle. Vagamente recuerdo que él era aún soltero, antes de que se casara con la peruana Emilia Romero, más bien pequeña, gordezuela, de tez blanca y tan laboriosa como su marido. Y tengo muy presente que ambos me invitaron a almorzar en su casa de San Pedro de los Pinos. Nos sentamos en torno a una gran mesa abrumada de libros, periódicos y alteros de recortes pegados con engrudo en papel de estraza, como entonces se usaba. Para tener lugar para comer, simplemente empujamos un poco el papelerío frente a cada uno. Supongo que la comida debió tender a la frugalidad.

Rafael Heliodoro y Emilia trabajan sin descanso, leyendo y tomando notas, y haciendo y pegando recortes de periódicos —cuando aún no existían las beneméritas copias *xerox*— para sus innumerables artículos. De esta casa-biblioteca de San Pedro de los Pinos me impresionó el caudal de libros, revistas y periódicos de todas las procedencias, y algo que era una imagen atroz de la proliferación. En una habitación se habían acumulado libros, supongo que de poca monta, en los estantes y sobre el piso, y éstos habían llegado a ser tantos que impedían que se pudiese abrir la puerta de entrada. Pero de la parte superior de la puerta habían quitado unas tablas y por allí seguían echando libros al montón central. Recuerdo que me asomé por la rendija para ver lo que había dentro.

Es emocionante recordar que esta pareja de un hondureño y una peruana, aquerenciados en México, y que solo entendían la vida como trabajo de sus plumas, nos hayan dejado sus libros y sus papeles, y que con sus ahorros hayan dispuesto que se constituyera el Premio Rafael Heliodoro Valle. Aunque se decía que Emilia Romero tenía fortuna personal; y Rafael Heliodoro fue embajador de su país en Washington, en sus últimos años, de todas maneras sabemos que buena parte de sus recursos los ganaron con su trabajo como periodistas e historiadores, y que los pudieron guardar gracias a la sobriedad de sus vidas. Que Dios y la memoria de sus buenas obras recompensen su generosidad

que hizo posible la creación del premio que yo ahora disfrutaré. Agradezco a los señores miembros del jurado que me hayan honrado concediéndomelo. Lo recibo con especial satisfacción por haber sido creado por dos amigos queridos.

31 de mayo de 1991

PARA AGRADECER EL PREMIO JALISCO 1991

Por José Luis Martínez

Los premios son una gracia. Algo que puede concederse o negarse. Aparte los merecimientos del candidato. Uno puede sentir que tal premio objetivamente lo merece o que tal otro es inalcanzable, que hay que acumular obras y razones para esperarlo.

En mi caso, y ya que quiero hablar a mis paisanos sin disimulo y con los hechos escuetos, debo reconocer que la fortuna que han tenido algunos de mis libros y la acumulación de mis empresas, a lo largo de tantos años, han determinado que reciba algunas recompensas y distinciones de aquí y de allá. Las he agradecido de todo corazón, por provenir de instituciones que ninguna liga tenían conmigo. Pero, tengo que decirlo, me faltaba siempre el "apapacho" de los míos, la confirmación de que puedo ser un discreto profeta en mi propia tierra, el Premio Jalisco. Y ahora que se me concede, me lleno de alegría, de reconocimiento al gobierno del Estado, y me siento colmado.

Soy un pueblerino desperdigado y un viejo enamorado de esta ciudad. Nací en Atoyac, estudié en Zapotlán y en Guadalajara, y mi familia me llevó a la ciudad de México, donde me he quedado y fui haciendo mi vida, mi fortuna y mis infortunios. De nada sirve renegar del pasado. A veces pienso que me hubiera gustado haberme hecho un tapatío, preferiblemente acomodado. Pero este ilusorio reino no me estaba destinado. ¿Qué le vamos a hacer?

De todas maneras, Guadalajara me moldeó, me hizo persona. Ya lo he dicho y voy a repetirlo. En esta ciudad descubrí la vida, encontré amigos permanentes y fui entreviendo mi vocación. Esa formación profunda de gusto y de la sensibilidad, que se marca por una vez y no nos abandona, se dio para mí en esta ciudad y en la entonces Escuela Preparatoria. Mi nociones del sabor, de la belleza, de la gracia, de la excelencia, de la honestidad, de la claridad, de la alegría y de la tristeza tienen un sello jalisciense. Luego pude irlas puliendo y ampliando en muchos otros dominios, pero su punto de partida viene de aquellos años, de aquellos maestros y amigos, de aquellas enamoradas y del ambiente todo de la ciudad de entonces.

Con estos recuerdos y evocaciones trato de decir que, a pesar de que mis escasas frondas anden por otros aires, mis raíces y la tierra que me formó son jalisciense y tapatías, y quiero afirmar que esta tierra fue generosa al enseñarme su estilo que es gracia y rigor mental, aunque también hondura.

No tengo mucho que enseñar a los jóvenes. Mi búsqueda de claridad y precisión en mis papeles sirven para quienes solo tenemos tesón y constancia, para suplir la gracia y la imaginación creadora. De todas maneras, me atrevo a sugerir a los jóvenes jalisciense que tengan presente a las pléyades de sus paisanos ilustres del pasado, para que no decaiga la tradición de prestigio que es nuestro orgullo. Que recuerden que la excelencia se forma en principio con escuelas, maestros y alumnos ejemplares; que, cualquiera que sea su campo de trabajo, se entreguen a él con pasión, no con el propósito de ser los primeros, que parece cosa deportiva, sino de hacer lo mejor que esté en sus posibilidades, sin rehuir obstáculos ni tomar la vereda fácil del éxito; que mantengan un civilizado respeto por las opiniones y las creencias ajenas; que rehacen las estrechez dogmática, y todo ello para mejorarse a sí mismos y servir a nuestra patria y a la patria más ancha del conocimiento y del espíritu.

Desde hace algunos años, el Premio Jalisco se ha dividido en varias especialidades. En el correspondiente a 1991, se ha premiado al arquitecto Gonzalo Villa Chávez, al doctor José Barba Rubio, mi antiguo amigo, al compositor Rubén Fuentes y al que habla. Ellos han realizado obras importantes en la conservación de los monumentos, en la investigación médica y en la composición de música popular. Me siento honrado de recibir en su compañía la más alta distinción jalisciense. En su nombre y en el mío propio, expreso nuestro reconocimiento por el Premio Jalisco que se nos concede y que afirma la adhesión que sentimos por nuestra tierra y gentes y la fidelidad a nuestras propias vocaciones.

Guadalajara, Jalisco, viernes 6 de diciembre de 1991

DISCURSO PARA RECIBIR LA MEDALLA BELISARIO DOMÍNGUEZ DEL SENADO DE LA REPÚBLICA

Por ANDRÉS HENESTROSA

C. Carlos Salinas de Gortari, presidente de la República,
C. presidente de la Cámara de Senadores,
señores representantes de los Poderes Legislativo y Judicial,
señores secretarios de Estado,
señoras, señores:

Nunca fue fácil ni venturosa nuestra historia. Difícil y desventurada ha sido. Decir que está escrita con lágrimas y sangre no es un recurso retórico sino la expresión de una escueta verdad. En vigilia hemos vivido, atentos a las asechanzas del exterior y del interior. Nuestra historia se escribe todos los días: es un cotidiano plebiscito para renovar la decisión de ser libres, independientes, soberanos: dueños de nuestro destino.

La historia de México, la que puede considerarse su historia moderna, se inicia con una invasión, una conquista y una colonia, en la que tras de dolorosos conflictos queda definida nuestra nacionalidad: no otro que el venturoso mestizaje de sangres, lengua, espíritu. Un mestizaje en que prevalece lo indio, principalmente de sangre: lo dan los vientres del Perú y de México, puesto que los conquistadores vinieron solteros.

Siempre, en todas las ocasiones, México supo enfrentar los peligros, sin medir el tamaño del sacrificio sino —como dijo Benito Juárez en horas aciagas—: el patriotismo no debe medir el tamaño de los sacrificios, sino afrontarlos con resignación. La lección primera nos la dio el joven Cuauhtemotzin, de quien venimos. Él fue quien nos enseñó que antes de morir libres que vivir esclavos. Todo estaba en contra. Las profecías decían que llegada era la hora de pasar de señores a vasallos; que el enemigo era invencible, que la lucha inútil, y el joven hijo de Ahuízotl probó que mentían las profecías, y salió a su encuentro y mostró que, como todos los hombres, morían; que no eran los tales dioses como se proclamaba. De las cenizas de Cuauhtemotzin vienen todos

nuestros héroes, mártires, apóstoles, próceres. Cayó vencido; pero hay derrotas que son victorias: aquellas que son en defensa de la libertad. Todo aquel que muere en su defensa es héroe. Día de gloria aquel en que un hombre muere en defensa de la libertad, la justicia, la independencia.

Nuestra historia moderna, nuestra historia, en pluma de Ignacio Ramírez, se inicia con la Independencia, con Hidalgo y los otros mártires de su causa. Pero otro, Carlos María de Bustamante entre ellos, postula que sólo fue interrumpida su historia antigua. En el Congreso de Chilpancingo, Morelos dijo que Anáhuac recuperaba su soberanía usurpada. Nuestra historia es continuidad y hecho no interrumpido. Venimos de los tiempos más remotos, de los abuelos indios: de los que primero vislumbraron esta patria que es México.

La historia de México no ha sido fácil ni venturosa. Difícil y desventurada ha sido. Hemos padecido agresiones, invasiones, intervenciones de muchos de los pueblos de la tierra. Y siempre cuando algunos retrocedían o aceptaban como irremediable el avance de los poderosos, otro surge y toma como suya la defensa de la tierra, de su historia y de sus tradiciones. Hidalgo nos enseñó que el poder de los reyes es demasiado débil cuando gobierna contra la voluntad de los pueblos. Pueblo que quiere ser libre, lo será. Del cielo y del suelo nace el hombre que defiende el decoro nacional. Los pueblos tienen en forja o ya fraguado al hombre que cada ocasión necesita y reclama. Llama a la unidad nacional, al frente único en defensa de la tierra. Y la historia nos enseña que siempre que estuvimos unidos salimos triunfantes, alcanzamos la victoria que recompense las derrotas. En ocasiones, cuando todo parecía perdido, un hombre queda de pie, la bandera en el puño y el himno en los labios. Y mientras quede un soldado de pie, la guerra no está perdida. Más de una vez ha ocurrido convertir la derrota en triunfo y en dicha la desdicha.

Una algarada de barrio convirtió a Agustín de Iturbide en emperador de México. El llamado consumador de la Independencia, la traicionaba. Como en ocasiones y en vista de lo inesperado del acontecimiento, una gran parte de México no sabía qué camino tomar, en tanto que otros aceptaban como buena la situación cuando no se ocultaban para calcular el paso que se debiera dar. Todo, una vez más, parecía perdido. Todo, otra vez, irremediable. Pero también otra vez aparece el hombre que desafiando los mayores peligros proclama la verdad, en su tamaño, sin calcular los riesgos que siempre corrió el que la dijo y proclamó. El diputado por Nuevo León, fray Servando Teresa de Mier, pide la palabra y declara una farsa la coronación y el *te deum* en que se consagraba a Iturbide emperador de México. Había sido nombrado

miembro de la comisión que asistiera a catedral. Agradezco, dijo más o menos, el honor que se me hace, porque supongo que se me quiere honrar con ello, de nombrarme miembro de esta comisión. La declino, dijo. Porque a nosotros los clérigos nos está prohibido presenciar comedias. Y ése fue el primer disparo contra el trono que se había levantado para que en él se encaramara Agustín de Iturbide. Estos hombres de apariencia inofensiva que andan entre nosotros sin que se les advierta, son capaces, llegada la hora de estas tremendas verdades, de estas enormes verdades. Fray Servando padeció cárcel, persecución. Pero la causa de la Independencia volvió a su cauce. Pronto aquel trono levantado sobre barro se vino por tierra.

Sí. No ha sido fácil ni venturosa nuestra historia. Difícil y desventurada ha sido. Pero siempre México afrontó todos los peligros; puso al servicio de la patria su vida y su muerte. Un soldado tiene México en cada hijo. Y un héroe en cada soldado, agregó el humilde Manuel Acuña.

En otras encrucijadas nos puso la historia. De algunas pareció que no saldríamos y salimos. Guerras intestinas, guerras nacionales, guerra contra invasores, ésa ha sido nuestra historia. A las desventuras estamos hechos. Afrontarlas es nuestra grandeza. No rehuirlas, nuestra gloria. Cada episodio parece el último. Pero ha sido sólo el anuncio de nuevas calamidades. Tras del triunfo de la República contra la Intervención y el Imperio, México pareció volver a su camino, reanudar el hilo roto de su historia, pero no fue así. El enemigo no estaba vencido, sólo había perdido un episodio de su guerra. Adviene una larga dictadura. El pueblo mexicano vuelve a la lucha: a su sempiterna lucha en busca de la libertad y de la independencia. Estalla la revolución de 1910, encabezada por Francisco I. Madero, un hombre desconocido la víspera. Una reencarnación de los héroes, apóstoles y mártires mexicanos: "mártir de la democracia", se le llama. Los enemigos de adentro y los enemigos de afuera terminaron con el régimen democrático de Francisco I. Madero. Otra vez parecía que nuestros males no tenían remedio.

Cuando todo parece que se ha perdido; cuando parece que el hombre olvidó el orgullo y la voluntad de serlo; cuando todos callaron, el silencio suplantó a la palabra y la mentira a la verdad; cuando pareció que todos rindieron la frente y doblegaron la cerviz; cuando se creyó que toda lucha era inútil ante lo que se tuvo por invencible y por irremediable; entonces aquel hombre que la tierra había creado aparece y salva el honor de un pueblo entero; habla por todos; acepta como suyo el sacrificio; pone en duda la supuesta verdad de los pusilánimes, anuda el hilo de la historia allí donde fue interrumpida. Es cuando nacen el héroe, el apóstol, el libertador, el mártir, el profeta. El poeta que con su canto levanta murallas para defender a la patria.

De esta estirpe era Belisario Domínguez. Era chiapaneco, de Comitán; descendiente era de soldados que pusieron su espada en favor de la República. Era médico de profesión, graduado en la Sorbona de París; era de la buena raza de los que aman a la Humanidad, de los que toman por suyas las venturas y las desventuradas de los hombres, en dondequiera que hayan nacido, y cualquiera el siglo en que alentaron. Amaba las letras, y las ejercía. Suya era la causa de México, no otra que la causa de la libertad, el progreso, el bienestar de todos. Muy temprano escribió la primera verdad, y con decirla una vez, jamás dejó de buscarla, y proclamarla cuando daba con ella. La verdad, siempre la verdad. Y aunque por decirla vaya de por medio la vida, nunca traicionarla, como escribió un gran desdichado. La verdad no muere porque se corte la lengua que la dijo. Vida y no muerte da la cicuta cuando se apura por la verdad y por la patria. Vida inmortal alcanzan en la Historia quienes, como el senador Belisario Domínguez, la dijeron; se sirve a la patria con el peligro y aún con la seguridad de perder la existencia. Su acción final, la que determina su sacrificio, no fue un hecho aislado, un paso desesperado, sino la culminación de una conducta ciudadana, la cúspide y cenit de una vida entregada apasionada y fervorosamente a la defensa de la verdad, aunque por decirla se fuera quedando solo, fuera labrando su ataúd, cavando su propia sepultura.

Decid siempre la verdad y sostenedla con vuestra firmeza entera... Nada de anónimos ni de seudónimos, escribió 10 años antes de su muerte. ¿No está ya en esta sentencia el temple y la vibración que se advierten en los dos discursos que lo inmortalizan? Dijo la verdad sin veladuras. Con todas sus letras llamó a Victoriano Huerta asesino, traidor y carnicero; perjuro, falaz y demente. Así de sencillo, sin aspavientos, sin alardes. Y se quedó en espera, firme, seguro de que su sacrificio serviría a México. Si he de morir de cualquier muerte, "yo prefiero morir asesinado por Huerta, porque creo que de esta manera contribuyo a restablecer las libertades de mi patria". Dijo su verdad y cayó muerto.

Señor presidente: Nuestros mártires, apóstoles, héroes en asamblea, usted por testigo, renovemos hoy la promesa de luchar porque cada día México se acerque más a la patria de los que primero la concibieron: libre, independiente, soberana; justiciera, democrática, una para todos.

PARA AGRADECER EL PREMIO INTERNACIONAL MENÉNDEZ PELAYO

Por José Luis Martínez

Hace dos años visité por primera vez Santander y estuve en este Palacio de la Magdalena para recibir la Medalla de Honor que me otorgó la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Propuesto varias veces, sin éxito, para recibir el Premio, su generoso promotor quiso compensarme con aquella invitación y el otorgamiento de la hermosa Medalla que ahora adorna mi biblioteca. Obra del escultor Julio L. Hernández, tiene inscrito un verso conmovedor de Pedro Salinas: "Ellas las sombras que forjamos en este inmenso lecho de distancias", en torno a la figura de una muchacha que se refleja en el agua.

Haber sido vencido en las votaciones anteriores por personalidades que admiro, como las de los mexicanos Octavio Paz y Carlos Fuentes, cuyos altos méritos son indiscutibles, y como las de los españoles José Manuel Blecua, el editor magistral de Quevedo, y Fernando Lázaro Carreter, autor de un estudio sobre *Menéndez Pelayo. Su época y su obra literaria* (Salamanca, 1962, 2 vols.) —que aún ignoro y me propongo conocer—, fueron decisiones justas que yo hubiera suscrito.

Pero ahora, en su novena edición, este Premio Internacional se me ha otorgado, y lo recibo emocionado porque tiene la advocación de uno de mis patrones tutelares.

En mi formación literaria, la presencia de don Marcelino tiene un peso singular. Cuando fui mozo y estudiaba letras españolas, mi secreto designio era hacerme erudito, nada menos. Algún indicio me hizo descubrir la figura de un don Francisco de Medina, "humanista sevillano del siglo XVI", cuyo mérito mayor era el de ser autor de algunas frases que utilizó Cervantes en el prólogo al *Quijote*. Me entregué, pues, a la tarea de indagar laboriosamente pormenores acerca de don Francisco. Y cuando me había agenciado lo poco que existe al respecto, se me ocurrió consultar a Menéndez Pelayo. El maestro compendiaba en media página cuanto yo había acumulado penosamente. Mi primera monografía erudita quedó abandonada. En cambio, durante varios meses, y desde que abrían hasta que cerraban la antigua Biblioteca Nacional de

México, me puse a leer y a maravillarme con las obras de Menéndez Pelayo. Recuerdo que leí entonces la *Historia de las ideas estéticas* y los *Orígenes de la novela.* Y desde entonces, sus libros fueron para mí un dechado. Admiraba el estilo elocuente, su capacidad de síntesis para descubrir y trasmitirnos lo esencial de las obras literarias y la precisión de sus juicios y descripciones de las características de estilo de los autores considerados.

La literatura mexicana e hispanoamericana tiene una gran deuda con Menéndez Pelayo. Cuando el maestro se encontraba en la cumbre de su producción histórica, recibió, en julio de 1892, el encargo de la Real Academia Española de formar una antología de la poesía de Hispanoamérica, con las introducciones respectivas, para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América. Previamente, la Academia Española había solicitado a sus correspondientes hispanoamericanas el envío de antologías y reseñas históricas de la poesía cultivada en sus respectivos países, desde la Conquista hasta fines del siglo XIX. Atenta a tal invitación, la Academia Mexicana designó a Casimiro del Collado y a José María Roa Bárcena para que formaran la antología, y a José María Vigil para escribir la reseña histórica. Cuando ambas estuvieron listas y aprobadas, se preparó con ellas un libro, la *Antología de poetas mexicanos,* del que sólo se imprimieron, provisionalmente, no más de seis u ocho ejemplares. De ellos se enviaron dos, sin portada, a la Real Academia Española. (Al visitar en 1993 la espléndida biblioteca de don Marcelino, tuve la satisfacción de tener en mis manos esta rareza, que nadie había visto desde entonces.) Y sólo dos años más tarde, en 1894, para no adelantarse a la Academia Española, se publicó en México, como "segunda edición", la antología mexicana.

Don Marcelino recibió el encargo de la Academia, "en la' última sesión ordinaria celebrada antes de las vacaciones de julio" de 1892, como él apuntó. Al día siguiente, según su costumbre, se trasladó a Santander. Para el mes de septiembre siguiente, ya había terminado los capítulos de México, Guatemala y Cuba. Sólo a su regreso a Madrid pudo examinar la *Antología de poetas mexicanos,* enviada por la Academia Mexicana, y aprovechar, con coincidencias y discrepancias, sus puntos de vista.

El capítulo dedicado a México, que abre la *Antología de poetas hispano-americanos* (1893-1895), de Menéndez Pelayo, disimula con talento la rapidez de su redacción. Es un panorama fresco, animado con simpatías y entusiasmos por poetas como Terrazas, González de Eslava, Balbuena y sobre todo por Sor Juana, junto a francas execraciones como las que dedica a Saavedra Guzmán y a Escóiquiz; está lleno de esos juicios rápidos y precisos, que eran su marca de crítico magistral, y se mueve

con soltura y perfecto dominio en el laberinto de nuestra historia cultural. "América debe a Menéndez Pelayo —decía Alfonso Reyes— la incorporación de su poesía dentro del orbe hispánico."

En ocasión del tercer centenario de la muerte de Sor Juana, que se conmemora en este año de 1995, se ha recordado lo que don Marcelino escribió de la monja mexicana. La celebró por su "curiosidad científica, universal y avasalladora", por su extremada hermosura, por sus versos de amor profano, que "son de los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer", por la belleza y limpieza de las canciones espirituales que intercala en *El divino Narciso,* y la declaró "superior a todos los poetas del reinado de Carlos II". Pero como Menéndez Pelayo tenía, entre sus credos estéticos de estos años, la aversión al culteranismo, alaba a la poetisa cuando la ve libre de la afectación y del contagio del "mal gusto", y hace mofa de sus amigos "doctores y poetas de la Península, de los más enfáticos y pedantes", y añade: "De fijo que todos ellos admiraban mucho más a Sor Juana cuando en su fantasía del *Sueño* se ponía a imitar las *Soledades* de Góngora, resultando más inaccesible que su modelo".

El "desdén y las prisas de don Marcelino", como decía Alfonso Méndez Plancarte, fueron ciertamente un paso en falso. Hoy la crítica ha reivindicado el *Primero sueño* como la obra poética culminante de Sor Juana Inés de la Cruz.

Otro de los santanderinos ilustres está con nosotros. Me refiero a Eulalio Ferrer, transterrado a México. Él ha tenido el acierto de dar dignidad intelectual a la publicidad, que es su profesión y que ha ilustrado con perspicaces estudios. En sus dos tierras, Eulalio ha creado y apoyado instituciones culturales orientadas por dos objetivos constantes: servir a la cultura y ampliar los acercamientos entre nuestros pueblos. No es necesario mencionar cuanto ha hecho en España y en México, pues todos somos deudores de su generosidad.

Señores dignatarios de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo: He sido invitado por ustedes a Santander para recibir el Premio Internacional Menéndez Pelayo que me han otorgado por mi trabajo histórico. Lo que he hecho hasta ahora está guiado por una voluntad de concordia, por una curiosidad persistente y por el deseo de esclarecer sombras. La distinción que ahora recibo me llena de orgullo por estar asociada a santanderinos que están muy cerca de mi corazón y por provenir de una ejemplar institución moderna. Al agradecerla conmovido, hago votos por la ventura de esta casa y de esta noble ciudad española.

Santander, julio de 1995

PARTICIPACIÓN EN EL IX CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

REVISIÓN DE MEXICANISMOS EN EL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA*

Por José G. Moreno de Alba

Hace más de 20 años Marcos A. Morínigo[1] señalaba, como uno de los principales defectos de los diccionarios y lexicones de americanismos, a partir del célebre *Diccionario provincial casi-razonado de voces y frases cubanas* de Esteban Pichardo, su falta de confiabilidad, pues suelen incluir muchos vocablos que no tienen hoy vigencia en el español común de América: "los diccionarios de americanismos actuales — escribía Morínigo— rivalizan en incorporar a su léxico el mayor número de indigenismos, se usen o no se usen en el español de América, distorsionando de esta manera la realidad lingüística y confundiendo a los estudiosos" (p. 225). Poco antes había señalado el mismo investigador que de este prurito no había escapado la Academia, cuyo diccionario, con burlonas palabras de Enrique Larreta, se llena "de cientos de nombres indios de pájaros de la América Central" *(ibidem).*[2]

Pocos libros como el DRAE son objeto de tan acerbas críticas, muchas veces demasiado apasionadas. Por mi parte juzgo que ésta podría quizá considerarse como una buena prueba de que se reconoce su importancia. Lo intrascendente y de poca monta no suele provocar tantas iras. Debemos aceptar que, nos guste o no, el DRAE sigue siendo todavía el vocabulario español de mayor autoridad y, creo, punto obligado de referencia y de partida para todos aquellos redactores de diccionarios que pretenden superarlo. Pueden molestarnos sus definiciones, sus eti-

* Leído el 25 de febrero de 1988.

[1] "La penetración de los indigenismos americanos en el español", en *Presente y futuro de la lengua española* (Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas), Madrid, 1964, vol. II, pp. 217-226.

[2] En relación con la incorporación de americanismos en el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia (DRAE en adelante), el propio Julio Casares, por mucho tiempo secretario de esa institución, reconocía que el procedimiento era "recorrer los vocabularios de chilenismos, argentinismos, cubanismos, etcétera y entresacar los que, a juicio del colector, parecían más importantes y usuales" *(Introducción a la lexicografía moderna,* Madrid, 1950, § 159).

mologías, sus omisiones, etcétera; sin embargo acabamos siempre apoyándonos en él. Los que estamos interesados en estas cuestiones tenemos, a mi ver, sólo dos caminos en relación con el DRAE: o se intenta la preparación de un diccionario relativamente diferente, labor que ya han emprendido (con mayor o menor éxito) algunos y que otros más están actualmente desarrollando,[3] o se contribuye de alguna manera a mejorar el propio diccionario académico. Obviamente las instituciones que mayormente están obligadas a esto último son las academias hispanoamericanas. De la española sabemos que ininterrumpidamente trabaja tanto en incorporar nuevas voces cuanto en corregir las definiciones existentes. Cada nueva edición es precisamente el resultado de este esfuerzo. Me parece que desde hace mucho tiempo la Academia madrileña está realmente dispuesta e interesada en mejorar el *Diccionario* en lo tocante a los americanismos. Compete por ende a los académicos americanos colaborar con sus observaciones para este objeto. La calidad en el tratamiento de los americanismos en el DRAE es, en muy buena medida, responsabilidad de las academias americanas.

En este contexto, la Academia Mexicana viene trabajando hace tiempo en la revisión de los mexicanismos en el DRAE. Se tiene la intención de entregar, para una prevista vigésima primera edición del *Diccionario,* que deberá aparecer con motivo del medio milenario del Descubrimiento de América, todas las modificaciones, adiciones y supresiones de mexicanismos, que permitan convertir al *Diccionario,* en este aspecto, en un instrumento de trabajo verdaderamente útil.

Quisiera, en esta ponencia, demostrar que, en efecto, el DRAE requiere con urgencia de una meticulosa revisión de mexicanismos.[4] No me detendré, por tanto, en otro tipo de problemas, que tienen que ver no con el español mexicano sino con toda la lengua española.[5] Me inte-

[3] *Cf.,* sólo como ejemplo, María Moliner, *Diccionario de uso del español,* Madrid, 1977. Aunque no con relación a toda la lengua española, sino sólo a la que se habla y escribe en México, Luis Fernando Lara coordina desde hace tiempo un proyecto de diccionario con métodos innovadores y gran rigor científico.

[4] Frecuentemente los críticos del DRAE se limitan a comentar alguna pintoresca definición o cierta imperdonable omisión. Rara vez se formulan observaciones que tengan como base una revisión completa del *Diccionario.*

[5] Ejemplos de ese tipo de asuntos más generales: ¿por qué aparecen voces como *ahorcable* o *turable* y no están presentes otras como *almacenable* u *objetable*?, ¿cuál es el criterio que subyace en la elección de los más de 2 000 adverbios en *-mente* que están considerados, entre los cuales se cuentan, por ejemplo *convenialmente, bobáticamente* y faltan otros como *monetariamente* o *financieramente*? Evidentemente la respuesta a este tipo de cuestiones debería darse en la introducción del DRAE, la cual, tratándose de una obra tan importante, podría esperarse que se convirtiera en el planteamiento de un verdadero marco teórico, del que lamentablemente siempre ha carecido el *Diccionario.*

resa por ahora sólo señalar algunos evidentes desaciertos en lo que corresponde a voces consideradas como propias del español mexicano. De conformidad con las ideas de José Pedro Rona,[6] y, antes, de Ambrosio Rabanales,[7] un mexicanismo léxico *stricto sensu* sería el término cuya difusión geográfica no trasciende los límites del territorio mexicano. También puede hablarse de mexicanismos históricos si se alude a voces originarias de México, aunque hoy no sean necesariamente exclusivas de este país. Estos últimos se identifican normalmente con los llamados indigenismos.

Por lo que se refiere a los mexicanismos *stricto sensu,* esto es, palabras que sean propias de todos los hablares mexicanos y estén ausentes de los demás hablares de la lengua española, debemos reconocer con Rona (él aludía a los americanismos *stricto sensu,* pero lo mismo puede decirse de cualquier regionalismo) que no existen. En términos de estricto estructuralismo, como los que plantea Rona, sería a mi juicio imposible la redacción de cualquier diccionario de americanismos, ni de mexicanismos, ni de ningún otro *-ismo.* Me parece sin embargo que es evidente la existencia de vocablos (o de acepciones, o si se quiere, en general de rasgos lingüísticos muy variados) que sin ser por una parte comunes a todos los idiolectos mexicanos ni, por otra, totalmente desconocidos fuera de México, podrían, empero, considerarse con derecho como mexicanismos porque, por una parte, son conocidos de una mayoría de mexicanos, es decir que pertenecen a un alto número de idiolectos mexicanos y, por otra, están fuera de la gran mayoría de los idiolectos no mexicanos. Son, si se quiere, mexicanismos *lato sensu,* pero mexicanismos al fin.[8]

Más sencillo es hablar de los mexicanismos históricos, pues es fácilmente comprobable la existencia de voces (indígenas) que tuvieron su origen en México, en alguna de las lenguas prehispánicas, y que hoy pueden ser o no mexicanismos en el sentido anteriormente explicado. Ello quiere decir que actualmente existen indigenismos de uso casi exclusivo (aunque quizá nunca general) de México e indigenismos (de origen mexicano) que tienen una extensión geográfica mayor, que pueden incluso pertenecer al español general. En resumen, creo que nada impide hablar de mexicanismos léxicos, definidos como vocablos que

[6] "¿Qué es un americanismo?", en *El Simposio de México. Actas, informes y comunicaciones* del Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas, México, 1969, pp. 135-148.

[7] *Introducción al estudio del español de Chile,* Santiago, 1953.

[8] Rabanales entiende por mexicanismos *lato sensu* otra cosa: son aquellos vocablos que, siendo originarios de México, no son ahora privativos de los hablares mexicanos. Me parece más propio referirse a este tipo de vocablos como mexicanismos históricos.

conocen y usan un buen número de mexicanos y que desconoce la mayoría de los restantes hispanohablantes y que pueden, además, clasificarse en hispanismos e indigenismos. Por otra parte también se puede hablar de mexicanismos sólo en sentido histórico, que vienen a ser voces indígenas de origen mexicano que ahora pertenecen ya a las normas lingüísticas de otras latitudes, además del propio México.[9]

La revisión de mexicanismos, en el DRAE, queda así dividida en dos etapas. La primera consiste en examinar los indigenismos, es decir los vocablos provenientes de lenguas prehispánicas (particularmente del náhuatl) que en el *Diccionario* se consideran como privativas (o casi) del español mexicano. En la segunda se revisan los hispanismos (voces no indígenas) que el DRAE clasifica como mexicanismos. En cada una de estas etapas de la investigación pueden distinguirse varios aspectos. En ocasiones lo que se propone es la supresión del vocablo o más precisamente del carácter de mexicanismo que tal vocablo tiene en el DRAE, porque se juzga que no pertenece (tal vocablo o tal acepción) a la *mayoría* de los idiolectos mexicanos.[10] Otras veces lo que sucede es que la definición o la etimología parecen necesitar correcciones parciales o totales; entonces se procede a redefinir el vocablo o a precisar su origen. Finalmente, se dispone ya de una larga lista de palabras o acepciones, de uso común en México, ausentes en el DRAE, que se sugerirá incorporar en la próxima edición de ese vocabulario.

Lo primero que cualquiera podría preguntar es si existe alguna garantía de que, en esta revisión, no se incurrirá exactamente en los mismos errores de las ediciones anteriores. Si, en otras palabras, seguirá siendo sólo la intuición de los académicos (mexicanos o españoles) el criterio de trabajo. Para evitar esto, se ha determinado echar mano, así sea de manera incipiente y elemental, de recursos que podrían considerarse propios de la dialectología tradicional. Me refiero a las encuestas o preguntas directas o indirectas a sujetos informantes. Muy conocida es la investigación que, sobre indigenismos en el español de la ciudad de México, llevó a cabo hace algunos años, con métodos dialectales, un grupo de investigadores de El Colegio de México.[11] Aunque no falta

[9] Aunque debe tenerse en cuenta la existencia (en diversas latitudes del mundo hispánico) de mexicanismos históricos (como *tiza)* que se perdieron en el español de México.

[10] No debe olvidarse que el DRAE es un diccionario general de la lengua española que no acepta normalmente voces que puedan definirse como regionalismos. En otras palabras, una voz característica, por ejemplo, de sólo el estado de Tabasco, no constituye un verdadero mexicanismo, en el sentido que quedó explicado, y por ello deberá sugerirse su supresión.

[11] *Cf.* Juan M. Lope Blanch, *El léxico indígena en el español de México,* México, 1969.

quien opine que hay en estas listas omisiones graves, de lo que no parece haber duda es de que, gracias al método de encuesta, hay en ellas una base confiable para clasificar las voces de origen indígena en grupos que reflejan de manera efectiva su vitalidad entre los hablantes mexicanos.

Ahora bien, si se comparan los resultados de la investigación de El Colegio con los mexicanismos incluidos en el DRAE (en su edición más reciente, la vigésima, de 1984), podrán hacerse observaciones de interés. Por una parte, menos de la mitad de las voces indígenas que, de conformidad con las listas de El Colegio, pertenecen a los tres primeros grupos (es decir, de conocimiento absolutamente general, casi general y de conocimiento medio, por parte de los hablantes mexicanos) no están consignadas en el DRAE. Transcribo, a manera de ejemplos, sólo los indigenismos del primero de los grupos (de conocimiento absolutamente general en la ciudad de México), que no están considerados en el léxico académico: *cempasúchil, enchapopotar, chiclero, chicloso, chipote, escuintle, huapango, itacate, ixtle, jícama, jitomate, matatena, nixtamal, pepenar, pepenador, petacón, petatear(se), pilmama, pulquero, tambache, tepachería, tequilera, tlapalería, tlapalero.*[12] Es de suponerse que los indigenismos que se enlistan en los grupos 4, 5 y 6 (poco conocidos, muy poco conocidos y enteramente desconocidos) no deben aparecer en un diccionario *general* de la lengua española, como se supone que es el DRAE;[13] sin embargo los pertenecientes a los grupos 1, 2 y 3 deberían ser considerados.[14]

Por otra parte, entre los indigenismos cuya definición se proporciona en el DRAE, hay más de 100 que no aparecen consignados en las listas de los investigadores de El Colegio. Esto quiere decir que no aparecieron ni siquiera una vez en el *corpus* de más de dos millones de palabras que se manejó para esa investigación. Sin embargo, por cierto escrúpulo justificable, antes de afirmar que dichas voces no pertenecen

[12] Las voces de los grupos 2 y 3, no incluidas en el DRAE son, del 2 (de conocimiento casi general): *apipizca, cocolazo, coyotaje, cuatachismo, cuico, chilango, chilpayate, chípil, enjitomatar, henequenero, huitlacoche, ixtlero, jicamero, jiote, jiotoso, jocoque, mayate, mezcalero, ocotero, olote, pagua, piocha, pípilo, quelite, tatemar, tejolote, tepalcate, tepetate, tequesquite, tezontle, tlaconete, toloache, totopo, tuza.* Del 3 (de conocimiento medio): *cacahuacincle, chacualear, chinchayote, chilpachole, chuchuluco, güila, henequenera, huamúchil, huizache, machincuepa, malinchismo, milpal, mixiote, chimolero, molote, naco, olotera, otate, oyamel, petateada, pibil, popotillo, quesquémel, quintonil, teponastle, tinacal, tlacoyo, tlachique, tlachiquero, tololoche, tompiate, tular.*

[13] No deja, sin embargo, de llamar la atención que no todas ellas estén fuera del DRAE: están ahí consignadas siete (25.9%) del grupo 4; 10(26.3%) del cinco y tres (10%) del grupo 6.

[14] Las ausentes en el DRAE constituyen los siguientes porcentajes: 26 del grupo 1 (27.3%); 35 del 2 (57.3%) y 33 del 3 (53.2%).

al léxico común del mexicano, sometí la lista a un buen número de sujetos, oriundos de la ciudad de México. Mis resultados señalan que: *1)* ninguno de esos vocablos es de conocimiento absolutamente general; *2)* ninguno tampoco es de conocimiento *casi* general (85-98%) y *3)* sólo cinco voces podrían considerarse de conocimiento medio (50-84%). Éstas son: *chilatole, chiqueador, esquite, panucho* y *timbiriche.* Podría por tanto sugerirse a los redactores del DRAE que se añadan estas cinco y se supriman las restantes (más de 100), de las cuales sólo a guisa de ejemplos anoto unas pocas: *cacahuey, cozolmeca, chichilasa, nacasolo, tacuasín, tempisque, totoloque,* etcétera.

Es evidente, por lo que a indigenismos mexicanos toca, que en el DRAE ni están todos los que son ni son todos los que están. Algo semejante puede decirse de los vocablos no indígenas (que, para simplificar, aquí llamaré *hispanismos)* que, con carácter de mexicanismos están (o no) incluidos en el DRAE. Como se dispone ya también de los resultados de una investigación sobre este asunto,[15] pude proceder de manera análoga a lo que hice con los indigenismos. Como no creo conveniente bajar aquí a detalles estadísticos, me limitaré sólo a proporcionar ejemplos de vocablos que, de conformidad con la investigación citada, deberían estar entre los mexicanismos del DRAE y también de voces que, estando ahí anotadas como tales, son prácticamente desconocidas en México.

Entre los hispanismos que el DRAE considera como propios de los hablares mexicanos y que, a mi ver, deberían suprimirse, hay algunos que podrían considerarse como especializados o propios de jergas muy específicas, como la minería *(apartado, arrastre...);* otros refieren a significados no actuales para los hablantes de ahora *(asistencia:* "pieza destinada para recibir las visitas de confianza..."; *alabado:* "canto devoto que en algunas haciendas de México acostumbran entonar los trabajadores al comenzar y al terminar la tarea diaria"). Más evidentemente suprimibles me parecen otras voces que resultan, para los hablantes (al menos los de la ciudad de México) prácticamente desconocidas. No me baso para ello solamente en mi intuición y en mi idiolecto, sino en el de la totalidad de informantes a los que sometí una lista de vocablos, incluidos en el DRAE como mexicanismos (de origen no indígena). A mi ver, y de acuerdo con los resultados de mi elemental encuesta, más de 250 palabras de esta naturaleza deberían suprimirse o debería eliminarse al menos la alusión a México. Algunos ejemplos: en la ciudad de México nadie llama *centro* al chaleco (acepción 22); ni *congo* al fémur del cerdo; ni *chagorra* a la mujer de clase baja; ni *charque* al tasajo; ni *enfermoso*

[15] Varios autores, *El léxico del habla culta de México,* UNAM, México, 1978.

al enfermizo; ni *facistol* al engreído (acepción 3); ni *féferes* a las baratijas; ni *físico* al pedante (acepción 4); ni *lapo* a la bofetada (acepción 2); ni *maritates* a los trebejos; ni *nango* al forastero o al tonto (acepciones 1 y 2); ni *rumbantela* a la parranda; ni *visitadora* a la lavativa, etcétera, etcétera.[16]

Para comprobar el fenómeno contrario, es decir omisiones graves de vocablos (no indígenas) propios del español mexicano, bastaría consultar, por ejemplo, el libro citado en la nota 15. Entre las voces que ahí se mencionan como propias de la mayoría o de la totalidad de los hablares mexicanos, información que se recogió por métodos de encuesta directa, hay muchas que no considera el DRAE. Véanse sólo unos pocos ejemplos: *aeromoza* (azafata), *apagador* (interruptor), *banca* (pupitre), *barda* (muro), *bolear* (limpiar el calzado), *bolero* (limpiabotas), *burro* (mesa para planchar), *cabús* (furgón de cola), *cajuela* (maletera), *caricaturas* (película de dibujos animados), *carro* (vagón), *caseta telefónica* (cabina), *comerciales* (anuncios por televisión), *descomponerse* (averiarse), *elevador* (ascensor), *gallo* (serenata), *lapicero* (lápiz automático), *morralla* (dinero suelto), *orfanatorio* (orfanato), *pantaletas* (bragas), *prueba* (examen), *salón* (aula), *timbre* (sello de correo), *velador* (vigilante nocturno), *voceador* (vendedor ambulante de periódicos), etcétera.

De nuevo se ve que, en lo tocante a mexicanismos no indígenas, en el DRAE ni lo son todos los que están ni están todos los que lo son. La tarea de la Academia Mexicana consiste precisamente en incorporar lo que falta, suprimir lo que sobre y, muy importante, aunque aquí no tuve tiempo de explicarlo, corregir definiciones y etimologías, muchas veces equivocadas. Se tiene la intención de concluir esta revisión en un lapso tal que permita hacer llegar las sugerencias a Madrid con el tiempo suficiente para que queden incorporadas en la próxima (vigésima primera) edición del *Diccionario* académico.

[16] No dudo de que algunas de estas voces y acepciones se conozcan en alguna particular zona del país o por algunos hablantes específicos. Insisto en el hecho de que no pertenecen al vocabulario general de la ciudad de México, en la que vive una quinta parte de los mexicanos y cuya norma es sobremanera influyente en el resto del país.

CH Y *LL*: ¿UNA O DOS LETRAS?

Por José G. Moreno de Alba

En relación con la intención de la Academia madrileña de prescindir, en el ordenamiento del *Diccionario,* de los apartados independientes deicados a las letras *ch* y *ll,* con lo cual las voces afectadas pasarían a intercalarse en las páginas correspondientes a las letras *c* y *l,* respectivamente, conviene tomar en cuenta lo siguiente:

1) Toda modificación debe ejecutarse sólo si se tiene relativa seguridad de que mejorará el estado de cosas anterior. Debe recordarse que las primeras ediciones del *Diccionario* académico no reservaban espacio independiente a las letras *ch* y *ll.* No fue sino en la cuarta entrega de ese lexicón (publicada en el año de 1803) cuando, basada en el hecho de que "la *che* y la *elle* con letras distintas de las demás de nuestro alfabeto, aunque dobles en su composición y figura" y por creerlo "más sencillo y oportuno", la Academia decidió asignarles "el lugar y orden que les corresponde con separación". Lo que ahora propone nuevamente la corporación no es otra cosa que retomar el criterio adoptado en la primera edición del *Diccionario,* que fue precisamente el llamado "de Autoridades" de 1739.

2) Podría pensarse que la propuesta señalada (prescindir de los apartados independientes para *ch* y *ll)* es sólo una sencilla simplificación que no afecta a la teoría lingüística ni a la facilidad en la consulta del diccionario. Ello es sólo parcialmente cierto. Debe tenerse en cuenta que, en sistemas de escritura alfabética, como el nuestro, hay necesariamente una estrecha relación entre fonología y alfabeto. Asimismo no pueden dejarse de lado aspectos eminentemente prácticos, tales como el hecho de que en todas las escuelas donde se aprende a leer y escribir en español hay ya establecido en los maestros, en la conciencia misma de los estudiantes, en los propios manuales de enseñanza, una manera de consultar el diccionario, en la cual se tiene en cuenta que las palabras en que intervienen las letras *ch* y *ll* deben hallarse en las páginas correspondientes a dichas letras, cuando son iniciales; asimismo, cuando tales letras aparecen en interior de palabra, se localizan tomando en cuenta un ordenamiento en el que la *ch* sigue a la *c* y la *ll* a

la *l*. Cualquier estudiante sabe que una voz como *cacha* deberá buscarla inmediatamente después del grupo de palabras cuya tercera letra es *c* (porque la *ch* sigue a la *c);* de operarse el cambio tendrá que volver a aprender que encontrará la voz *cacha* inmediatamente después del grupo de voces cuya cuarta letra es *e* (porque la grafía *h* tendría que considerarse como letra aparte); actualmente en el DRAE *cacha* sigue de *cacuy;* en Moliner (que no reserva espacio particular a *ch* y *ll)* está después de *cacerola.* La modificación propuesta por la Real Academia tiene, por ende, mayores repercusiones y no sólo la de eliminar dos apartados del *Diccionario.* Por otra parte es indispensable considerar, en una perspectiva meramente pragmática, que cualquier modificación en el *Diccionario* académico oficial tendrá necesariamente efectos en los numerosísimos vocabularios y enciclopedias que siguen su ordenamiento alfabético.

3) No solamente el ordenamiento de las palabras en los diccionarios sino, sobre todo, el alfabeto mismo (que permite tal ordenamiento), tienen su fundamento en la fonología. Se sabe que una escritura alfabética se acercará más la perfección en la medida en que los alfabetos fonológico y ortográfico sean más semejantes. A pesar de que el alfabeto ortográfico español dista mucho de ser idéntico al fonológico, debe reconocerse que las similitudes que se dan entre ambos son muy superiores a las que pueden observarse en otros sistemas lingüísticos como el francés o el inglés, en los cuales la distancia que separa el alfabeto fonológico del ortográfico es mucho mayor. En un alfabeto ortográfico *perfecto* debería existir una grafía y sólo una para cada uno de todos los fonemas de la lengua. En tales circunstancias ideales, no cabría duda de que el diccionario debería consistir en tantos apartados cuantos fonemas y letras tuviera la lengua. No es el caso, evidentemente, del español, donde hay fonemas como /b/ que tienen dos grafías *(b, v)* y grafías que corresponden a más de un fonema (como *g).* Además hay casos de fonemas, precisamente como el palatal africado sordo y el palatal lateral sonoro, que se representan por grafías dobles: *ch* y *ll,* respectivamente; y grafías sencillas que representan de hecho dos fonemas: tal es el caso de la grafía *x,* que puede representar a los sonidos /k/ más /s/. Es obvio que no puede proponerse como algo realizable, al menos no sin profundas discusiones, una verdadera reforma ortográfica que, por ejemplo, hiciera equivalentes los alfabetos fonológico y ortográfico. En vista de lo cual, es recomendable poner en práctica sólo modificaciones que tiendan a corregir y no a aumentar las diferencias entre los dos alfabetos.

4) Es innegable que atrás de la decisión de asignar espacio particular en el diccionario a las grafías *ch* y *ll* hay una sistematicidad, así sea in-

consciente, por parte de los redactores. En primer lugar se destaca el que, a su juicio, las grafías *ch* y *ll* constituyen representaciones de una sola letra y no una suma de dos representaciones: la *ch* es una letra y no la suma de *c* más *h;* la *ll* es una letra y no la suma de dos *eles.* Hay que reconocer, por tanto, cierta contradicción que se establece entre este tácito criterio actual del *Diccionario* y la afirmación que aparece en el *Esbozo de una nueva Gramática de la lengua castellana* (de la propia Real Academia), en el sentido de que la *ch* "es el único signo, en el alfabeto español, que agrupa dos letras diferentes para representar un solo fonema" (p. 132, nota 31). Si la *ch* fuera realmente la agrupación de dos letras diferentes, no hay duda de que las voces que comienzan por tal grafía necesitarían ser incluidas entre las que comienzan por *c.* Creo sin embargo que, independientemente de que el *dibujo* de *ch* en efecto corresponde a dos letras, es equivalente de hecho a una sola y remite a un solo fonema, precisamente porque la *c* y la *h* de *ch* no representan ahí fonema alguno. En otras palabras, toda *letra* simboliza, al menos, un fonema: el *dibujo* (y no letra) *c,* viene a ser sólo una parte de la *letra ch* y no simboliza ahí fonema alguno; el *fonema* /ch/ está simbolizado por la letra *ch,* constituida por el trazo *c* más el trazo *h.* Algo análogo puede decirse de la letra *ll.*

5) Si se suprimen, en el *Diccionario,* los apartados independientes dedicados a las letras *ch* y *ll,* lo que de hecho se estaría haciendo sería eliminar dos letras del alfabeto, que no es poca cosa. Habría en tal caso necesidad de suprimir, en el abecedario que memorizan los niños, las letras *ch* y *ll.* ¿Se ganaría algo con ello? Creo que no, pues de esa forma el divorcio entre alfabeto fonológico y alfabeto ortográfico sería aún mayor del que existe, pues efectivamente dos fonemas carecerían de representación gráfica propia. Lo ideal, es cierto, sería diseñar un dibujo original para la *letra* que represente el fonema /ch/ y otro para el fonema /ll/. Ello, por razones obvias, es casi imposible. Parece por tanto preferible conservar las grafías existentes, aunque para ello es indispensable, en la teoría o sistema del alfabeto, explicar que la *letra ch* y la *letra ll* no están constituidas cada una por dos *letras,* sino por dos dibujos o rasgos, y que, por tanto, como letras que son, requieren, igual que las demás del alfabeto, de un apartado independiente en el *Diccionario.*

6) Podría objetarse esta propuesta alegando que con tal criterio sería necesario, por ejemplo, otro apartado independiente para la grafía *gu* (de *guerra,* sea por caso), pues representa un fonema diferente del que representa la grafía *q.* El caso, sin embargo, es muy diferente, pues la grafía *g* puede representar tanto al fonema /j/ (no representado nunca por *gu)* cuanto al fonema /g/ (a veces representado por *gu):* na-

da se ganaría con separar la grafía *gu,* dado que la ambigüedad fonológica persistiría. Por lo contrario, en el caso de la grafía *ch,* ésta representa siempre al fonema palatal africado sordo /ch/ y sólo a él; por tanto vale la pena conservarla como letra independiente. El problema de la grafía *ll* es diferente, pues representa un fonema existente sólo en algunos sistemas del diasistema español: los que distinguen /ll/ de /y/. Igualmente conviene conservar separada, pues para algunos hablantes remite al fonema /ll/ y para otros al fonema /y/, pero de manera unívoca y sistemática, esto es, para un hablante *yeísta* la grafía *ll* representa siempre al fonema /y/, para un distinguidor es equivalente siempre al fonema /ll/. Como el alfabeto ortográfico debe idealmente representar todos los sistemas de un determinado diasistema lingüístico, conviene conservar, como letras, tanto la *y* cuanto la *ll.* Otro argumento (esgrimido por María Moliner) contra la propuesta de conservar los apartados independientes para *ch* y *ll* podría ser que una letra doble como la *rr* no tiene tal tipo de apartado en el diccionario. La respuesta es elemental: no hay palabras gráficas que comiencen por *rr,* dado que por regla ortográfica la *rr* inicial de palabra se escribe siempre como *r* sencilla; no hay por tanto necesidad alguna de establecer un apartado independiente para *rr.* Evidentemente no resulta comparable el tipo de problema que presentan las grafías dobles *ch* y *ll,* que representan siempre fonemas específicos y que pueden aparecer en posición inicial de palabra.

7) Quizá atrás de la decisión académica de eliminar los apartados independientes para *ch* y *ll* esté su deseo de establecer, en el diccionario español, un sistema lo más parecido posible al que se observa en los diccionarios de otras lenguas occidentales, en especial el inglés y el francés. Es necesario empero tener en cuenta que en tales lenguas no parecen justificarse, como en la nuestra, dichos apartados independientes, ya que en ellas no se observa una relación unívoca entre la grafía *ch* y su pronunciación. Ciertamente casi siempre la *ch,* en francés e inglés, equivale a un sonido palatal sordo (a veces fricativo, a veces africado), como en francés *champ* o *cheval* y en inglés *chapel* o *cheap.* Pero no faltan voces en que la grafía *ch* se articula en esas lenguas como velar sorda (y no palatal), como en francés *chretien* o *chronique* y en inglés *Christ* o *chorus.* Si la grafía *ch* en inglés y en francés no equivale siempre al mismo sonido, no se ve la necesidad de que en los diccionarios de tales lenguas se les reserve espacios independientes. Contrariamente, en la ortografía española toda grafía *ch* remite únicamente al fonema palatal africado sordo y por ende la grafía *ch* en ese sistema contribuye a fortalecer las semejanzas entre el alfabeto fonológico y el ortográfico.

8) En resumen, me parece que los apartados independientes para *ch* y *ll* deben conservarse por dos razones: *a)* su eliminación no facilita la consulta del diccionario; *b)* su actual existencia debe verse como un progreso de las relaciones entre fonología y ortografía, bien intuido por los redactores del *Diccionario* en su cuarta edición (que fue cuando se crearon los apartados independientes para *ch* y *ll*).

PARTICIPACIÓN EN EL X CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

UN NUEVO DICCIONARIO DE MEXICANISMOS

Por José Luis Martínez

Antecedentes

El español que hablamos en México cuenta, hasta ahora, con tres diccionarios generales de mexicanismos. Por orden de aparición, el más antiguo es el de Félix Ramos I. Duarte, *Diccionario de mejicanismos. Colección de locuciones i frases viciosas, con sus correspondientes críticas y correcciones...* Se publicó en Méjico, en la Imprenta de Eduardo Dublán, en 1895. Ramos I. Duarte era cubano, nacido en 1848, estudió en la Escuela Normal de Guanabacoa y "tachado de conspirador se vio obligado a emigrar por el año de 1868" *(Diccionario Porrúa,* quinta edición, México, 1986). Continuó sus estudios en el Instituto Literario de Mérida, Yucatán, donde obtuvo el título de profesor de instrucción primaria, y allí mismo fue maestro. Pasó después a la ciudad de Veracruz y luego a la de México. Aquí publicó el *Diccionario de mejicanismos,* antes mencionado. Tuvo una polémica con el etimologista cubano, José Miguel Macías, al parecer por el origen del nombre de Yucatán. Ramos I. Duarte volvió a su tierra natal, al independizarse de España, y en Cuba fue nombrado inspector de escuelas primarias de la provincia de La Habana.

En la página final de su *Diccionario,* el profesor Ramos I. Duarte consigna los siguientes informes:

> La impresión de esta obra quedó terminada el día 9 de mayo de 1896. Contiene 6,044 artículos: entre estos hay 36 disparates del *Diccionario de la Academia* (12a. edición), 5 del de Vera i González, 104 del de la Sociedad Literaria, 7 del de Roque Barcia i 60 del *Diccionario cubano* de Macías.

En la entrada correspondiente a la letra *Y* (pagina 518) explica por qué escribe *i* en vez de *y,* como conjunción: "porque es abusiva la ortografía de la *y* por la *i,* contra la etimología de ésta". Y en la entrada de *México* (página 356) da sus razones para escribir *Méjico:* "Porque escribimos en castellano, contestamos [...] si el castellano se escribe

como se pronuncia, ¿por qué escribir *México (Még-sico)* i pronunciar *Méjico?"*

Como previene el subtítulo de este *Diccionario,* su propósito no es el de consignar los vocablos propios de México sino las "locuciones y frases viciosas" y proponer las correcciones pertinentes. De los vocablos registrados suele indicar el estado de la República de donde proviene; la etimología "azteca", y las ilustraciones provienen, por lo general, de textos españoles.

Esta obra de Ramos I. Duarte es poco conocida y, al parecer, no se ha reimpreso.

Nuestro segundo diccionario de mexicanismos es mucho más importante.

Desalentado en sus últimos años don Joaquín García Icazbalceta por penas familiares y por los ataques que se le hicieron por la cuestión guadalupana, renunció a emprender nuevas investigaciones o publicaciones. Como para llenar, a pesar de todo, con letras sus ocios, desde fines de 1892 comenzó a reunir "cedulitas" para un *Vocabulario de provincialismos,* como entonces lo llamaba. En sus cartas al doctor Nicolás León, quedan constancias de las consultas que hacía a su amigo de las intermitencias de su trabajo en aquel *Vocabulario,* que continuaba "sin propósito de acabarlo ni aun de publicarlo", apuntaba en carta del 20 de junio de 1893. Y un mes más tarde, añadía:

> Ahora estoy muy tranquilo haciendo cedulitas para el *Vocabulario* para no aburrirme, y sin la menor intención de imprimirlas. Las hago como quien pudiera entretenerse en hacer jaulas o ratoneras. A propósito de eso: me dio usted en una cajetilla de cigarros la equivalencia de *bobo,* pero me falta una descripción sucinta y vulgar de tal pescado, pues no acierto a hacerla.

Y en su última carta conocida al doctor León (del 28 de agosto de 1894), tres meses antes de su muerte, don Joaquín seguía refiriéndose a esta su última empresa:

> Estoy haciendo con infinito trabajo la letra *G* del *Vocabulario.* Ya podría usted ayudarme con los artículos siguientes:
>
> Garambullo
> Giote (enfermedad)
> Guacamote
> Guamúchil
> Guachinango —etimología, descripción del pescado, por qué llaman en Veracruz guachinangos a los arribeños, etcétera.

Pocas semanas después, en la última carta que escribió a otro de sus corresponsales, dice haber terminado la letra *G* con la que piensa cerrar el primer tomo de su obra. Cinco años después de la muerte del más sabio de los historiadores mexicanos, su hijo, Luis García Pimentel, publicó (en 1899) el *Vocabulario de mexicanismos* hasta donde su autor llegó a terminarlo.

La preocupación de García Icazbalceta por conservar y estudiar el idioma hablado en México se remontaba a años atrás. En el excelente estudio acerca de los "Provincialismos mexicanos", que leyó en una sesión de la Academia Mexicana y publicó en el tomo III de las *Memorias* (1886-1891) —reproducido por García Pimentel al frente de su edición del *Vocabulario*—, señalaba la urgencia de registrar estos modismos en un diccionario que los conserve antes de que desaparezcan.

Si bien don Joaquín sólo alcanzó a disponer para su publicación hasta la letra *G,* había trabajado ya mucho en el resto de la obra. Como es natural en este tipo de tareas, iba acopiando apuntes, papeletas y consultas que hacía a múltiples corresponsales, entre ellos a filólogos hispanoamericanos con los que procuraba establecer las relaciones de los mexicanismos con otros provincialismos. El doctor Ignacio Bernal conservaba, de su ilustre antecesor, una preciosa caja que contiene lo mismo papeletas ya terminadas, tanto de la parte ya impresa como de la faltante del *Vocabulario,* como numerosos apuntes en diverso estado de elaboración y cartas que recibía don Joaquín con informes solicitados.

Pero si él no lograría concluir su trabajo ni pudo ver impresa su primera parte, la empresa la proseguiría, más de medio siglo más tarde, otro filólogo, don Francisco J. Santamaría, miembro también de la Academia Mexicana. Cuando Santamaría ingresó el 2 de abril de 1954 a nuestra corporación, decía en su discurso que traía un libro bajo el brazo, el *Diccionario de mejicanismos* —que se imprimió por la Editorial Porrúa, en 1959—, con el que quería hacer "ofrenda votiva a un nombre excelso e inmortal", el de don Joaquín. Y precisaba Santamaría que su *Diccionario* "está destinado a continuar hasta la *Z* el *Vocabulario* que García Icazbalceta dejó inconcluso hasta la *G*". Y añadía que:

> Nos ha parecido de elemental e ineludible acatamiento y reverencia a su autoridad, no emprender una obra como trabajo desligado del suyo, sino llevar al término la constitución de su obra misma, reproduciendo desde luego todo aquello que él pudo realizar, para aprovechar más sus luces a la vez que revivir lo que parece que se va olvidando...

Quien ya tenía en su haber los tres nutridos tomos del *Diccionario general de americanismos* (Editorial Pedro Robredo, México, 1942), em-

prendió la composición del *Diccionario de mejicanismos* con buena preparación y método. Compuso una obra muy copiosa, con alrededor de 30 000 entradas. Señala el origen de los vocablos, su etimología, sus fuentes literarias y las referencias en otros diccionarios. Su definiciones son desiguales y tienden a ser verbosas. Abundan los tabasqueñismos, por la tierra natal del autor Santamaría.

La evidencia es que el español hablado en México ha evolucionado considerablemente en el curso de los 36 años transcurridos desde la aparición, con sus cualidades y defectos, del *Diccionario de mejicanismos,* de Francisco J. Santamaría. Parece, pues, llegado el momento de emprender la formulación de un nuevo *Diccionario de mexicanismos,* que se propone realizar un equipo que encabezan los actuales miembros de la Academia Mexicana.

El proyecto de la Academia Mexicana

Después de haber dedicado varios años a la revisión de los mexicanismos que aparecen en el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), que culminaron con la aparición de la vigésimo primera edición, de 1992, en la cual se incorporaron un poco más de 600 contribuciones enviadas por la Academia Mexicana, tomamos la determinación de trabajar en un nuevo diccionario de mexicanismos. Discutimos ampliamente el plan de trabajo y finalmente, adoptamos el proyecto que presentó el académico Gabriel Zaid quien, además de poeta y crítico literario, es ingeniero de profesión. El señor Zaid dirige este proyecto. Al mismo tiempo, expusimos nuestro plan al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) y solicitamos apoyo económico para su realización. El apoyo fue concedido, en principio para la primera etapa. Formamos un equipo de trabajo, reforzamos nuestros aparatos de computación y emprendimos las tareas. En septiembre pasado, concluimos satisfactoriamente la primera de las tres etapas proyectadas cuyas metas fueron las siguientes: la creación de una red de informantes calificados sobre mexicanismos, la compilación de todos los estudios que listaran mexicanismos y la compilación del *corpus* de mexicanismos señalados como tales en estos estudios.

La red de informantes calificados se extendió a todo el país y nos dio gratas sorpresas. No sólo por la buena acogida del proyecto por parte de figuras destacadas de la cultura mexicana, de investigadores de las hablas locales en los estados de la república, en zonas indígenas, de editores de libros y periódicos, sino también por la cantidad de trabajos previos desconocidos que encontramos. Recibimos 72 títulos de estu-

dios que desconocíamos y se sugirieron más de 200 títulos de interés para el proyecto, descartando los que se repiten en las respuestas y los que dejamos fuera por ser ajenos al proyecto.

A partir de las bibliografías formadas, nos propusimos adquirir los estudios faltantes. En la mayor parte de los casos, estaban fuera del mercado, por lo cual predominaron las fotocopias, que hicimos encuadernar. De esta manera, logramos formar una biblioteca de consulta que cuenta con la mayor parte de los estudios principales sobre el tema.

Para establecer la bibliografía de mexicanismos repasamos nuestra propia biblioteca y los trabajos publicados en los 25 tomos de nuestras *Memorias,* iniciados en 1876. Incorporamos la bibliografía compilada por el académico Francisco J. Santamaría para su *Diccionario de mejicanismos.* Consultamos los ficheros de las principales bibliotecas del país y aprovechamos la bibliografía de trabajo formada por El Colegio de México para su *Diccionario del español de México.* Así formamos una bibliografía preliminar, demasiado amplia y caótica. Después de establecer los criterios de selección, en sesiones de la Academia decidimos excluir los refraneros y los textos literarios que usan mexicanismos, pero no los señalaban; los estudios no acompañados de listas, las listas sobre el español de México o de una región o de una especialidad en las que los mexicanismos no vienen señalados como tales, y en fin, las compilaciones de topónimos y nombres propios.

Con estas definiciones, preparamos una segunda bibliografía de trabajo, que discutimos ficha por ficha y se hicieron dictámenes para decidir la inclusión o exclusión. Así llegamos a establecer una *Bibliografía capturada,* que recoge las 132 obras que elegimos como fuentes básicas para nuestro diccionario. De todas maneras, formamos una *Bibliografía descartada* que recoge más de 200 fuentes posibles.

De las 132 fuentes elegidas, identificadas por un número, se capturaron y consolidaron 69 033 mexicanismos, en 236 858 registros, que incluían duplicaciones, los cuales se consignaron en un total de 5 640 hojas. La gran dificultad de este trabajo fue estandarizar la captura, porque las fuentes tenían presentaciones distintas, lo cual requirió un marcado previo para los capturistas y un cotejo posterior. Pero el resultado final valida el método: es equivalente al levantamiento de campo de 132 encuestadores durante muchos años, a un costo mínimo. Este gran *corpus* refleja los mexicanismos que han sido señalados como tales por diversos autores, no por la Academia Mexicana, que tendrá que hacer una limpia y fijación del *corpus* en los años siguientes, palabra por palabra.

A la fecha, hemos terminado la primera etapa según queda informado. El trabajo por realizar en la segunda etapa es muy importante: transformar la gran acumulación de mexicanismos en una lista depura-

da y congruente, sobre la que sea posible trabajar en la tercera etapa, en la descripción de cada uno de los vocablos elegidos.

El *Diccionario de mejicanismos,* de Santamaría, tiene alrededor de 30 000 entradas. Y en el *corpus* acumulativo de mexicanismos que hemos formado aparecen algo más de 69 000 entradas diferentes. Esto no significa que nos propongamos duplicar el actual diccionario. Nos proponemos hacer un nuevo diccionario, con bases firmes y confiables, que recoja la situación actual de los mexicanismos en la lengua española que hablamos en México.

INVESTIGACIONES ACADÉMICAS SOBRE MEXICANISMOS LÉXICOS

Por José G. Moreno de Alba

Si son pocas y de desigual calidad las investigaciones sobre pronunciación y gramática del español americano, no puede decirse lo mismo de los vocabularios. Aunque también de muy dispareja calidad, son empero abundantes en los diversos países del continente. En particular sobre México, desde los pioneros trabajos de Melchor Ocampo hasta nuestros días, son muy numerosas las compilaciones de vocablos que, por una u otra razón, se juzgan mexicanismos. Los lexicólogos suelen distinguir los mexicanismos *sincrónicos* —vocablos o acepciones, procedentes o no de lenguas precolombinas que, por una parte, son conocidos de una mayoría de mexicanos y, por otra, están fuera de la gran mayoría de idiolectos no mexicanos— de los mexicanismos *históricos* —voces que tuvieron su origen en México, en alguna de las lenguas prehispánicas, y que hoy pueden ser o no mexicanismos sincrónicos—. Los lexicones de mexicanismos incluyen vocablos de ambos tipos, normalmente sin señalar si son sincrónicos, históricos o histórico-sincrónicos.

La Academia Mexicana ha creído conveniente emprender una investigación sobre mexicanismos léxicos. Trataré en los siguientes minutos de resumir, en pocas palabras, los rasgos característicos de estos futuros trabajos. Habiéndonos percatado de la abundancia de vocabularios —de mexicanismos y de regionalismos mexicanos— se juzgó útil preparar una bibliohemerografía, lo más completa posible, que comprenderá todo trabajo publicado sobre mexicanismos o regionalismos léxicos mexicanos. Pretendemos darle, además, cierto carácter crítico, pues, en algunos casos, a la ficha bibliográfica seguirá un breve comentario sobre la importancia de tal o cual vocabulario. Evidentemente estas observaciones acompañarán sólo a los trabajos verdaderamente destacables. Ello, obviamente, no descalifica, por lo menos de manera automática, a los demás lexicones o estudios.

El siguiente producto de la investigación consistirá en una lista ortográfica de todos los mexicanismos que aparecen en cada uno de los vocabularios de que acabo de hablar. Ello quiere decir que, después de

consignada la bibliohemerografía, procuraremos adquirir, en original o en copia, el mayor número posible de esos vocabularios. Se hará de inmediato un banco de datos en computadora, donde se registrarán en simple orden alfabético, todos los mexicanismos —vocablos, locuciones, acepciones— consignados en los lexicones de que se disponga. Cada fuente —es decir cada uno de los estudios de la bibliohemerografía previamente recogida— tendrá asignado un número determinado. En la lista ortográfica de mexicanismos se anotarán, en cada uno de los registros, los números que remitan a las fuentes donde estaba consignada la voz.

Para ese momento la Academia Mexicana habrá formado ya una lista de informantes calificados en cada uno de los estados del país. Serán parte de ella personas conocedoras de la lengua española y, sobre todo, del vocabulario característico de la zona del país donde tienen su residencia. Encabezarán esa lista los académicos correspondientes. Se les harán llegar las voces recogidas de los diferentes lexicones, con objeto de que confirmen su existencia en el español regional de la zona donde residen; se les pedirá asimismo que anoten cualquier observación que resulte útil para la investigación. Algunas de estas observaciones podrán incluirse en el diccionario ortográfico que publicará la Academia Mexicana. Las opiniones de los informantes vendrán, sin duda, a garantizar el carácter de verdaderos mexicanismos léxicos que deban tener algunas al menos de las voces incluidas en las fuentes.

Varios beneficios se obtendrán de este segundo producto. En primer lugar, podrá disponerse de una amplia lista de voces que por lo menos algún estudioso consideró mexicanismos. No creemos adecuado, en este primer resultado, anotar definición alguna de los vocablos. Pretendemos, eso sí, que quede reflejado, en cada uno de los registros, el grado de confiabilidad del mismo, sobre la base de la autoridad y número de fuentes en que quedó documentado y las opiniones razonadas de nuestros informantes. Evidentemente, si determinado vocablo o acepción procede de fuentes abundantes y confiables, y cuenta con el aval de los informantes, ese registro tendrá mayores visos de poder ser considerado verdadero mexicanismo —sincrónico, histórico o histórico-sincrónico—. Si, por el contrario, determinado vocablo tiene el apoyo único de una sola fuente de dudosa confiabilidad, hay razones suficientes para dudar también, ya sea de su existencia misma en las hablas mexicanas actuales, ya sea de su carácter de mexicanismo —sincrónico o histórico—. Como se ve, en este segundo producto de la investigación, la Academia Mexicana se limitará a ofrecer, debidamente ordenados, los resultados de ajenas investigaciones anteriores. El mérito consistirá, por una parte, en el acervo mismo de vocabularios y de vocablos y acepciones y, por

otra, en facilitar la identificación de mexicanismos seguros —o casi— sobre la base de la acumulación y la relativa confiabilidad de las fuentes en que fueron documentados y de la opinión de informantes calificados. Las definiciones de cada vocablo deberán consultarse en las fuentes mismas.

Probablemente, en una etapa posterior de la investigación, se seleccionarán algunos de estos mexicanismos, por ejemplo aquellos que fueron documentados en un mayor número de fuentes. Se someterían a análisis, desde el punto de vista tanto de su vitalidad actual entre los hablantes cuanto de los rasgos semánticos que deberían intervenir en su definición. Ello podría tener como resultado un nuevo diccionario de mexicanismos, cuya aportación esencial sería el que contuviera sólo mexicanismos relativamente importantes y el que la definición resultara confiable. Por otra parte, se trabaja ya desde hace tiempo en la formación de listas de mexicanismos sincrónicos (con su definición) que, por ser recientes en el español mexicano, no suelen aparecer en los lexicones existentes. Estos registros se añadirán a los que se obtengan del análisis de las fuentes mencionadas.

Se tiene la intención, finalmente, de emprender, si se consiguen los recursos económicos indispensables, también trabajos que conduzcan a un modesto diccionario de autoridades en lo que a mexicanismos toca. Tenemos para ello en mente el excelente antecedente del inconcluso *Vocabulario de mexicanismos* del académico don Joaquín García Icazbalceta. Todos sabemos que el ilustre polígrafo mexicano sólo pudo preparar las fichas correspondientes a vocablos que tienen como letra inicial alguna de las comprendidas entre la *A* y la *G*. En la mayor parte de esos registros, aunque no en todos, aparecen una o varias citas de escritores que, muchas veces mejor que la definición misma, ayudan a comprender el sentido preciso de los vocablos. Recuérdese asimismo la enorme utilidad que, en ese sentido, sigue teniendo el benemérito Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española.

Tenemos nosotros la intención de comenzar este trabajo, este diccionario (de mexicanismos) de autoridades mediante la selección de textos (de narrativa, de poesía, de ensayo, científicos, etcétera) escritos a partir de una fecha que está por determinarse. La selección de estos textos correrá a cargo de los académicos mexicanos. Cuando esta selección haya concluido, la Academia Mexicana, como lo hizo hace mucho la dirección de The Oxford English Dictionary, formará un grupo de *lectores*, cultos y con sensibilidad filológica, y distribuirá entre ellos los textos elegidos para que se encarguen de transcribir los contextos donde aparezcan mexicanismos sincrónicos o históricos. Conforme este trabajo de lectura e identificación de mexicanismos vaya avanzando, el pleno

de la Academia irá seleccionando los mejores contextos para cada vocablo y con ellos formará una primera versión de su diccionario (de mexicanismos) de autoridades. Quizá en una primera etapa se publiquen sólo los registros con las mejores citas. Sería éste sin duda un gran avance para que cada lector del futuro diccionario obtenga por su cuenta el significado exacto de cada vocablo.

Quizá, en una remota segunda etapa de este proyecto, se aventure la Academia Mexicana a formular definiciones para cada uno de los vocablos que aparezcan en las citas de las autoridades. Desde ahora nos son evidentes las dificultades de tal empresa, sobre todo para los vocablos que aparezcan en textos correspondientes a épocas pretéritas y que hoy no se empleen. Estamos convencidos, sin embargo, de que el simple registro de las autoridades, críticamente elaborado por la Academia, representará un gigantesco paso para el conocimiento de los mexicanismos léxicos. Sin embargo es necesario subrayar que la Academia Mexicana no tiene la plena seguridad de emprender esta investigación, pues, como es fácil comprender, resulta de tal manera costosa, que le es indispensable, antes, procurar un nada fácil financiamiento, que hemos comenzado ya a buscar.

De todos estos trabajos esperamos tener la oportunidad de ir informando a ustedes en el marco de estos congresos que —como el de ahora que, por la tradicional generosidad de la Real Academia Española, tiene lugar aquí— nos dan la grata oportunidad de convivir con académicos de todo el mundo hispánico, con los que nos une nuestro común interés en la lengua española, nuestra lengua.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abad, Diego José, 49, 268, 447, 448, 451, 453, 454, 456
Abad y Queipo, Manuel, 72
Abarca, Roque, 64
Abasolo, Mariano, 64
Abella, Ángel, 64
Abreu Gómez, Ermilo, 379
Acaico, Ipandro, 359, 360
Acosta, José de, 72, 487
Acton, Lord, 32
Acuña, Manuel, 496
Acuña, René, 472, 475
Acuña y Manrique, [Juan de], 66
Adán, 145, 400, 405
Ady, [Endre], 149
Agreda, José María de, 396
Aguayo Spencer, Rafael, 65, 253, 395
Agüeros, Victoriano, 44, 397, 398
Aguilar y Marocho, Ignacio, 92
Aguirre Beltrán, Gonzalo, 278, 401
Agustín, San: 26, 30, 219, 222, 487
Ahumada y Villalón, [Agustín de], 66
Ahuízotl, 494
Ajofrín, padre, 245
Alamán, Lucas, 38, 39, 61, 62, 64, 65, 66, 67, 71, 339
Alarcón, Hernando de, 72
Alarcón, Juan Ruiz de (véase Ruiz de Alarcón, Juan)
Alas *Clarín,* Leopoldo, 278
Alatorre, Antonio, 367
Alba, Alfonso de, 16
Alberti, Rafael, 213
Albornoz, Rodrigo de, 72
Alcalá Anaya, Manuel, 7, 9, 14, 16, 117, 125, 133, 140, 151, 176, 236, 239, 244, 256
Alcedo y Herrera, Antonio, 59, 60, 72
Alcedo y Herrera, Dionisio, 72
Alcorta, Lino José, 62, 65, 66
Alcover [y Maspons, Juan], 213
Alday, Francisco, 390, 406, 415
Alegre, Francisco Javier, 49, 264, 268, 359, 366, 393, 398, 447, 448, 451, 452, 454
Alejadinho, 289
Alemán [Valdés], Miguel, 13, 57, 58
Alencastre Noreña y Silva, [Fernando de], 66
Alfonso X, *el Sabio,* 226, 237
Alighieri, Dante, 96, 115, 213, 220, 352, 356, 421
Allan Poe, Edgar (véase Poe, Edgar Allan)
Almada, Francisco R., 16
Alonso, Amado, 127, 133
Alonso, Dámaso, 178
Alonso, Martín, 105
Alsina, [José], 359
Altamirano, Ignacio Manuel, 41, 50, 291, 392
Alva de la Canal, [Ramón], 51
Alvar, Manuel, 133
Alvarado, Diego, 72
Alvarado, Gómez, 72
Alvarado, Gonzalo, 72
Alvarado, Jorge, 72
Alvarado, Juan, 72
Alvarado, Pedro de, 72
Álvarez, Bernardino, 80
Álvarez, José Rogelio, 8, 9, 13, 14, 56, 88, 89, 90, 91
Álvarez, Juan, 83
Amezcua, José, 181

Anaxágoras, 152
Andrade, José María, 62, 63, 66, 87
Anglería, Pedro Mártir de, 72
Anhalt, Nedda G. de, 278
Antístenes, 363
Aparicio, beato Sebastián de, 80, 269, 416
Apollinaire, [Guillaume], 149
Apolo, 351, 452
Appendini, Guadalupe, 272
Aquiles, 367
Aquino, Santo Tomás de (véase Tomás, Santo)
Arango y Escandón, Alejandro, 84
Arellano, Jesús, 400
Ariadna, 406
Arias, Hernando, 488
Arias Montano, Benito, 251
Arista, [Mariano], 65, 83, 86
Aristarco, 351, 352
Aristófanes, 361, 362, 363
Aristóteles, 52, 117, 127, 150, 200, 201, 218, 291, 330, 346, 359, 362, 421, 487
Arrangoiz, Francisco de Paula, 61
Arredondo, Inés, 484
Arreola, Juan José, 313, 321, 324, 392
Arrillaga, Basilio, 69
Astey, Luis, 10, 13, 224, 239, 243
Asurbanipal, 94
Atl, Doctor (véase Murillo, Gerardo)
Augusto, 85,
Avendaño, padre, 398,
Ávila, Alonso de, 72
Ávila, Ignacio, 418
Aviña Levy, Edmundo, 395, 472
Azaña, Manuel, 212
Azar, Héctor, 8, 9, 16, 372
Azuela, Arturo, 8, 9, 18
Azuela Rivera, Salvador, 13, 140, 141
Azuela, Mariano, 312, 324

Bachmann, Ingeborg, 305
Badiano, Juan, 260
Baena, [Juan Alfonso de], 369
Báez Camargo, Gonzalo, 182, 183
Bailey, Nathaniel, 98, 99
Balbuena, Bernardo de: 35, 72, 286, 287, 299, 393, 398, 446, 448, 499
Balli, Pedro, 472
Bandelier, Francisco Adolfo, 397
Baranda, Joaquín, 398
Barba Rubio, José, 493
Barcia, Roque, 517
Baret, John, 96
Barlow, [P.], 428
Barrabás, 165, 166
Barreda, Gabino, 124, 334, 334, 335
Barthes, Roland, 129, 133
Basalenque, fray Diego, 85, 473, 474
Basave, Patricia, 406
Bassoco, José María de, 62, 65, 67, 67-68, 92
Bataille, Georges, 321
Baudelaire, Charles, 350, 352, 392
Baudot, Georges, 15
Baudrillard, Jean, 128, 133
Beaumont, Pablo, 80
Beauvais, Vicent de, 95
Becerra, Carlos, 246
Bello, [Andrés], 154
Benavente, fray Toribio de (Motolinía), 72, 393, 396
Benítez, Fernando, 135, 137, 287
Benot, Eduardo, 101, 103
Berard, [Víctor], 359, 363
Berceo, Gonzalo de, 226, 237, 297, 369, 372
Bercheure, Pierre, 95, 98
Bergamín, José, 54
Berganzo, Manuel, 62, 63, 67, 87
Bergk, [Teodoro], 359
Bergson, Henri, 214, 222, 334
Beristáin de Souza, José Mariano, 59, 60, 62, 63, 72, 398
Bermúdez Plata, C., 466
Bernal García Pimentel, Ignacio, 7, 13, 15, 16, 89, 244, 245, 255, 378, 386, 387, 388, 396, 397, 519
Bernal Jiménez, Miguel, 416, 418

Bernaldo de Quirós, Severino, 473
Bernardo, San, 219
Bertini, Giovanni H., 220
Bertrand, Aloysius, 371, 376
Bérulle, Pierre de, 46
Betancourt, fray Agustín de, 258, 274, 380, 474, 475
Bingen, Mildegarda de, 218, 242
Biondi, Biondo, 332
Bixio, Alberto L., 175
Blasco Ibáñez, [Vicente], 361
Blecua, José Manuel, 498
Blecua Teijeiro, José Manuel, 180
Bloy, [León], 31
Bobadilla, Beatriz de, 68
Bobbio, Norberto, 54
Boccaccio, 96
Bodega y Quadra, Juan Francisco de la, 80
Boileau[-Despréaux, Nicolás], 451
Boissière, Jean-Baptiste, 101
Bolaño e Isla, Amancio, 123
Bollandus, J., 237
Bolonia, Francisco de, 469
Bolonia, Miguel de, 469
Bonifaz Nuño, Rubén, 7, 244, 386-387, 422, 423, 448
Borbones, los, 290
Borelli, [J. A.] 153
Borges, Jorge Luis, 153, 269, 314, 356, 377, 392
Botticelli, [Sandro], 115
Boturini Benaducci, Lorenzo, 72
Bouillet, N., 59, 60
Bouret, Ch., 246
Boutroux, [Esteban Emilio], 334
Bowra, [C. Maurice], 359
Bramón, Francisco, 429
Bravo, Nicolás, 81
Bravo Ugarte, José, 470
Bréal, [Miguel Julio Alberto], 127
Bremond, abate Henri, 154, 350
Bribiesca, María Elena, 473
Brooke, C. F. T., 238
Bruno, fray, 381, 382
Bucareli [y Ursúa, Antonio María de], 66, 290
Buda, 459
Buenfil, Gregorio, 84
Buffon, [Jorge Luis Leclerc, conde de], 446
Burnet, J., 421
Bustamente, Anastasio, 69, 81
Bustamante, Carlos María de, 69, 72, 495
Bustamente, fray Francisco de, 260
Buxó, José Pascual, 7, 9, 16, 343, 346
Byam Davies, Claude Nigel, 428

Cabañas, presbítero J. Francisco, 62, 68
Cabeza de Vaca, Álvar Núñez, 80, 321, 487
Cabrera, Luis, 44
Cabrera, Miguel, 76
Cajigal de la Vega, [Francisco], 66
Calderón Benavides, Antonio, 398
Calderón de la Barca, Manuel, 81
Calderón de la Barca, marquesa, [Frances Erskine Inglis], 292
Calderón de la Barca, P[edro], 26, 81, 190, 191, 193, 209, 226, 238, 294
Calero Quintana, Vicente, 62, 68
Calleja del Rey, [Félix María], 64, 66
Calles, [Plutarco Elías], 51
Calvillo Madrigal, Salvador, 16
Calvino, Italo, 281, 298
Calvo, José, 372
Campos, Marco Antonio, 419
Campoy, Rafael, 447
Canale, Eleazar, 140,
Canale, Francisco Carlos, 140, 151, 154
Canale, Margarita, 140
Cantú, Federico, 385
Capistrán, Miguel, 313
Carbajal, gobernador, 487
Carballido, Emilio, 278, 400
Carballo, Emmanuel, 306
Cárdenas, Cuauhtémoc, 44
Carlomagno, 203

Carlos II, 500
Carlos IV, 38
Carlos V, 258, 260, 264, 284, 471
Carlos *el Calvo,* 225
Carlyle, [Tomás], 338, 341
Carmo Cheuiche, Antonio do, 55
Carnar, Josep, 213
Carnelutti, 338
Carnoy, [Enrique], 252
Carochi, Horacio, 474
Carpentier, Alejo, 319, 325
Carranza, Venustiano, 51, 211
Carreño, Alberto María, 343
Cartier-Bresson, 375
Casanova, [Giovanni Giacomo], 376
Casares, Julio, 101, 105, 432, 503
Caso, Antonio, 43, 50, 212, 214, 334, 375, 387
Castañeda, Carlos, 27
Castellanos, Juan de, 72
Castellanos, Rosario, 313, 324
Castillo Nájera, Francisco, 124
Castillo Peraza, Joaquín, 84
Castillo y Lanzas, Joaquín, 62, 68, 87
Castoriadis, 33
Castro, Alfonso, 272
Castro, Américo, 127, 133, 354
Castro, Fidel, 39, 52
Castro, Miguel Ángel, 16, 398
Castro Figueroa [y Salazar, Pedro de], 66
Castro Leal, Antonio, 157, 342, 395
Castro Pallares, Alfonso, 417
Cataudella, [Quinto], 359
Cavazos Garza, Israel, 487, 488
Cavo, Andrés, 66, 69, 264, 447
Catón, P., 215
Cawdrey, [Robert], 97, 98
Caxton, William, 96
Ceballos, Manuel, 44
Cela, [Camilo José], 382
Celorio Blasco, Gonzalo, 10, 13, 14, 276, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302
Celso, 332
Cerda, Juan Luis de la, 467, 475
Cervantes de Salazar, Francisco, 72, 251, 253, 286, 393, 395
Cervantes Saavedra, Miguel de, 57, 82, 96, 116, 119, 156, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 194, 200, 202, 205, 206, 207, 208, 209, 354, 498
César, Julio, 353
Ceynos (o Zaynos), Francisco, 72
Chagall, [Marc], 322
Chambon, Ludovic, 292
Chardin, Teilhard de, 50
Chávez, Ignacio, 352
Chávez Hayhoe, Salvador, 395
Cheffontaine, fray Cristóbal de, 262
Chencinsky, Jacobo, 170, 174
Chesterton, [Gilbert Keith], 26, 31
Chumacero, Alí, 7, 9, 14, 16, 221, 256, 304, 307, 343, 384, 389, 407, 414
Cicerón, 72, 272, 451, 487
Cid, Mío, 255, 369, 372, 478
Cifuentes, Rodrigo, 68
Cipriano, 232
Claudel, [Paul], 26, 31
Clavijero, Francisco Javier, 36, 49, 81, 82, 264, 268, 428, 429, 447
Clemente, Gil, 469
Cleopatra, 353
Cockeram, Henry, 98
Coen Anitúa, Arrigo, 125
Cohen, M., 238
Coleridge, [Samuel Taylor], 352
Colina, José de la, 278
Collado, Casimiro de, 398, 499
Colón, Cristobal, 68, 72
Colón, Fernando, 69
Comonfort, [Ignacio], 70, 74
Confucio, 291, 459, 460
Connolly, Cyril, 392
Conquistador Anónimo, 72, 394
Constantino, 48
Conti, Haroldo, 278
Contreras, licenciado, 430
Cora, José Antonio, 75

Cordero y Torres, Enrique, 16
Córdoba, fray Pedro de, 72
Córdova, fray Juan de, 466, 471, 472
Coriolano, 353
Corneille, Pierre, 96, 191, 193, 209
Cornelio Celso, 461
Corominas, Joan, 105, 119, 133
Corripio [Ahumada, Ernesto], 418
Cortázar, Julio, 277, 376
Cortés, Hernán, 78, 82, 83, 258, 280, 282, 283, 284, 285, 298, 339, 428, 430, 483, 484, 486, 489
Cortés de Zedeño, Gerónimo Tomás de Aquino, 475
Cortina, Joaquín, 389
Cortina y de Castro, Conde de la (véase Gómez de la Cortina, José Justo)
Correa, Eduardo J., 41, 43, 44
Correa, Juan, 76
Cosío Villegas, [Daniel], 354
Couto, José Bernardo, 63, 69
Covarrubias Orozco, Sebastián de, 97, 98, 119, 152
Coyolxauhqui, 280, 298
Cristina de Suecia, reina, 215
Croce, Benedetto, 337, 352
Cristo, 23, 24, 25, 29, 227, 229, 229, 232, 234, 265, 266, 382, 405, 406, 408, 412, 413, 414, 415, 419, 459 (véanse también Jesús, Jesucristo)
Croix, [Carlos Francisco de, marqués de], 66
Cruz, San Juan de la, 34, 147, 150, 219
Cruz, Sor Juana Inés de la, 26, 49, 80, 143, 218, 219, 222, 241, 272, 288, 292, 299, 303, 321, 354, 356, 378, 379, 380, 392, 411, 429, 448, 454, 499, 500
Cuauhtémoc, 294, 494
Cuéllar, José Tomás de, 291
Cuéllar Bernal, René, 272
Cuervo, Rufino José, 103
Cuesta, Jorge, 315, 322
Cueva, Mario de la, 124, 336
Cueva, fray Pedro, 473,
Cuevas, Francisco de las, 151,
Cuevas, Luis G., 63,
Cuevas, padre Mariano, 257, 268,
Cumplido, Ignacio, 61,

Daciano, fray Jacobo, 469,
Dalí, Salvador, 213,
Dante (véase Alighieri, Dante)
Darío, Rubén, 291,
David, [rey], 231,
Dávila Garibi, José Ignacio, 430,
Dávila y Arrillaga, presbítero José Mariano, 62, 63, 69, 70,
Descartes, 33, 46, 47, 120, 185, 186, 187, 190, 191, 192, 193, 209, 214, 215, 218, 222, 291
Dédéyan, Ch., 238
Díaz, Isidro, 62
Díaz, Joaquín, 63
Díaz, Porfirio, 40, 41, 44, 45, 50, 211
Díaz Cíntora, Salvador, 10, 13, 14, 244
Díaz del Castillo, Bernal, 72, 82, 281, 286, 298, 313
Díaz Mirón, Salvador, 410, 413
Díaz y de Ovando, Clementina, 7, 9, 14, 296
Diès, [F.], 215
Díez-Canedo, Enrique, 212
Díez Canedo, Joaquín, 319
Díez de Bonilla, Manuel, 62, 70, 71, 85, 87
Dilthey, [Guillermo], 184, 185, 196, 209
Dionisio de Halicarnaso, 146, 361
Domínguez, Belisario, 497
D'Ors, Eugenio (véase Ors, Eugenio d')
Dostoievski, [Fedor], 48, 49
Drake, [Francis], 487
Dronke, Peter, 178
Dublán, Eduardo, 517
Duclos, [Carlos Pinot], 101
Dumont, Louis, 24
Durán, fray Diego, 391
Durkheim, [Emile], 127
Dutton, B., 237

Echave, Baltasar de (Chaves), 76
Echeverría, Francisco Javier, 69
Eckhart, [Juan], 219
Eco, Umberto, 128, 133
Edmonds, [J. M.], 359, 363
Efrén, San, 405
Egger, [Emilio], 363
Eguiara y Eguren, Juan José de, 59, 398
Elguero, José, 390
Eliot, T. S., 54, 152, 368, 392
Elizondo, Gaspar, 21
Elizondo, Salvador, 7, 9, 308, 411
Elyot, Thomas, 96
Elzevier, familia, 120
Emerson, [Waldo], 129
Encina, Juan del, 169
Enríquez de Almansa, [Martín], 66
Enríquez de Guzmán, [Luis], 66
Enríquez de Rivera, [Payo], 66
Enríquez Trespalacios, José Rafael, 59
Erasmo, 32, 33, 331, 445
Ercilla, Alonso de, 281
Escalante, Evodio, 181
Escalante, Felipe, 63, 66
Escámez, Julio, 180
Escobedo, Federico, 357
Escobedo [Federico], 448
Escóiquiz, [Juan], 499
Espejo, Beatriz, 372
Espinareda, fray Pedro de, 261
Espinosa Altamirano, Horacio, 380, 383, 385
Espinosa de los Monteros, José Martín, 84
Esquilo, 361, 362, 363
Esquivel Obregón, Toribio, 336
Estienne, Robert, 96, 98
Estrada, Genaro, 375, 396, 484
Estrada, fray Juan de, 72
Eurípides, 356, 362, 363, 364, 365
Eutiquiano, 225, 227, 236
Eutrápelos, 330
Evans, [Arturo Juan], 363
Fabela, Isidro, 277, 296
Fabriano, [Gentile da], 406
Fagoaga, Francisco, 68
Felipe II, 263, 289, 466, 469
Felipe, León, 213, 407
Felipe de Jesús, San, 453
Fell, Claude, 317
Fernández, fray Alonso, 72
Fernández, Justino, 277, 296, 400
Fernández, Sergio, 321
Fernández Berbiela, Mariano, 152
Fernández de Córdoba, Francisco, 66, 476
Fernández de la Cueva, [Francisco], 66
Fernández de Lizardi, [José] Joaquín, 290, 448
[Fernández de] Oviedo, [Gonzalo], 63, 397
Fernández Delgado, Manuel, 473
Fernández McGregor, Genaro, 50, 379
Ferrari, Américo, 150
Ferrer del Río, Antonio: 65
Ferrer Maldonado, Lorenzo, 72
Ferrer Rodríguez, Eulalio, 9, 13, 14, 124, 133, 135, 136, 137, 138, 139, 500
Fielding, Henry, 321
Figueroa, fray Francisco, 72
Finlay, Carlos J., 370
Fiore, Joaquín de, 22, 24, 25, 30
Fisher, Agustín, 396
Fix-Zamudio, Héctor, 10, 14
Flaubert, Gustave, 278, 356, 392
Fleming, [Alexander], 127
Flores, Ernesto, 15
Flores Alatorre, Agustín, 63
Florio, John, 96
Focher, Juan, 260, 262, 263, 469
Foix, Diana de (condesa de Gurson), 120
Fonte, Bartolomé, 72
Forster, E. M., 401, 402, 403, 404
Foucault, Michel, 308
France, Anatole, 23

Francisco de Asís, San, 269, 382, 470
Franco, Agustín A., 62, 71
Franco, [Francisco], 52
Frangos, Demetrio, 151
Frank, G., 237
Frenk, Margit, 10, 13, 156, 174, 176, 177, 178, 179, 180, 181
Frías y Soto, Hilarión, 71
Frings, Theodor, 178,
Frutos, Juan Antonio, 84
Fuca, Juan de, 72
Fuentes, Carlos, 128, 135, 293, 313, 321, 324, 401, 498
Fuentes, Rubén, 493
Fuentes Mares, José, 28

Gabriel y Galán, [José María], 354
Galileo, 192, 193, 209
Galindo, Mateo, 467
Galindo Márquez, Sergio, 7, 13, 15, 16, 277, 278, 296, 297, 399, 400, 401, 402, 403, 404
Gallegos, Rómulo, 278
Gallegos Rocafull, José María, 55
Galván Rivera, Mariano, 62
Gálvez, Matías de, 66
Gamarra, [y Dávalos, Juan Bautista Díaz de], 49
Gamboa, [Federico], 332
Gandersheim, Hrotsvitha (o Rosvitha), 225, 241
Gante, fray Pedro de, 259, 260, 262, 264, 265
Gaona, fray Juan de, 260
Gaos, José, 14, 127, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 204, 207, 208, 209, 210, 213, 214, 400
Garcés, [Julián de], 263
García, Francisco, 75
García, Genaro, 487
García Bacca, [Juan David], 214
García de Diego, Vicente, 133, 255
García Gómez, Emilio, 178
García Icazbalceta, Joaquín, 16, 62, 63, 71, 72, 84, 88, 103, 105, 244, 245, 246, 247, 249, 254, 387, 388, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 518, 519, 525
García Lorca, Federico, 213
García Márquez, Gabriel, 278, 449
García Matos, Manuel, 171, 174
García Máynez, Eduardo, 214, 359
García Moll, Roberto, 245
García Pimentel, Luis, 354, 387, 393, 519
García Pimentel, María, 393
García Ponce, Juan, 278
García Ramírez, Sergio, 338
Garibay, Ángel María, 43, 52, 172, 224, 361, 367, 378, 383, 384, 385, 429
Garibay, [Pedro], 66
Garibay, Ricardo, 483
Garland, John of, 95, 98
Garro, Elena, 321
Garrido, Luis, 124
Gayangos, P. de, 237
Gehelderode, Michel de, 321
George, Thomson, 321
Georgias, 359
Gerste, Aquiles, 396
Gestas, 165, 166
Gide, André, 129
Gilberti, fray Maturino, 253, 469, 470, 471, 474
Gili Gaya, Samuel, 465
Giner de los Ríos, Francisco, 217
Ginsberg, Allen, 149, 152
Giussani, Luigi, 54
Glantz, Margo, 10, 13, 14, 303, 318, 319, 320, 322, 323, 324, 325
Gödel, 324
Goethe, [Johann Wolfang], 186, 216, 226, 238, 242, 353, 375
Gogh, Vincent Van (véase Van Gogh, Vincent)
Golding, William, 422

Justina, Santa, 231
Justiniano, 333

Kant, [Emmanuel], 199, 331
Karttunen, Frances, 428, 469
Kautilya, 153
Keats, John, 392
Keller, J. E., 237
Kersey, John, 98
Knauth, Lothar, 477
Kondori, 289
Kong, Maestro (véase Confucio)
Kontzi, Reinhold, 178
Kung Fu-tse (véase Confucio)

Labastida y Dávalos, [Pelagio Antonio de], 394
Lacordaire, [Juan Bautista Enrique], 32
Lacunza, José María de, 62, 63, 73, 87
Ladrón, Hernando, 430
Lafragua, José María, 62, 63-64, 73, 74
Laguna, Marqués de la, 288
Lagunas, fray Juan Bautista de, 253, 474
Laín Entralgo, Pedro, 117
Lamb, [Carlos], 353, 371
Lamennais, [Felicité Robert de], 32
Landívar, Rafael, 245, 264, 268, 357, 358, 380, 447, 448, 450, 451, 453
Lang, Dezso, 152
Lao-tsé, 344
Lapesa, Rafael, 179
Lara, fray José Nicolás de, 84
Lara, Luis Fernando, 106, 504
Lardizábal y Uribe, Miguel, 64
Larousse, Pierre, 102
Larreta, Enrique, 503
Las Casas, fray Bartolomé de, 263, 280, 394
Lázaro Carreter, Fernando, 133, 498
Le Goff, Jacques, 168, 175
Leal, [Fernando], 51
Leal Audirac, Fernando, 153
Leal Cortés, Alfredo, 385
Ledesma, Juan de, 263
Lefebvre, [G.], 421
Leibniz, [Gottfried Wilhelm], 154, 180, 221
Leiva, [Juan de], 66
Lemercier, José, 42
León XIII, 33, 34, 35, 42, 47, 50
León, Alonso de, 487, 488
León, Francisco de Paula, 390
León, Nicolás, 396, 471, 518
León-Portilla, Ascensión H. de, 468, 472, 474
León-Portilla, Miguel, 7, 9, 168, 172, 173, 174, 175, 386, 469, 474
Lerdo de Tejada, Miguel, 64, 74,
Lezama Lima, José, 289,
Li Ssu, 94
Lida, Raimundo, 176,
Liguori, Francisco, 335, 385
Linneo, [Carlos de], 248
Lippmann, Walter, 128, 133
Lisias, 359
Littré, Émile. 102
Lombardo Toledano, Vicente, 50
Longino, 146, 150
Lope Blanch, Juan M., 506
Lope de Vega (véase Vega y Carpio, Lope de)
López Austin, Alfredo, 173, 175
López de Gómara, Francisco, 72, 82, 487
López de Santa Anna, Antonio, 61, 62, 66, 67, 68, 70, 75, 83, 85, 86
López Pacheco [Cabrera y Bobadilla, Diego], 66
López Portillo y Rojas, José, 45, 421
López Rayón, Ignacio, 83
López Velarde, Jesús, 42,
López Velarde, Ramón, 27, 42, 43, 44, 149, 292, 331, 392, 407, 483
Lorencillo, 78
Loria, José María, 84
Losada y Gutiérrez, Manuel de, 62
Loureda, [Ignacio], 357
Loyola, San Ignacio de, 34, 316,

Lucero, fray, 380,
Lucrecio, 450, 454,
Luis, Joe, 127
Luquín, Eduardo, 311, 312
Lutero, [Martín], 29, 32, 33

Machado, Antonio, 135, 213, 217, 219
Macías, José Miguel, 237, 517
Madero, Francisco I., 40, 41, 44, 45, 50, 51, 496
Maeterlinck, Maurice, 43
Magdalena, [Santa], 408
Magdaleno, Mauricio, 13, 156, 157, 181
Magis, Carlos Horacio, 169, 170, 171, 175
Maillefert, Alfredo, 390
Malraux, [André], 48
Maldonado, Francisco Severo, 334, 337, 340, 341
Malenkov, [Gueorgui Maximilianovich], 48
Malinche, 38
Mallarmé, Stéphane, 143, 150, 152, 214, 345
Manach, Jorge, 356
Maneiro, José Luis, 447
Mann, Thomas, 392
Manriqùe, Leonardo, 473
Manríquez de Zúñiga, [Álvaro], 66
Manzano, Miguel, 171, 175
Mansour, Mónica, 306
Maragall, Joan, 213, 216, 217, 219
Maravell, Víctor, 417
Marcel, [Gabriel], 31
March, Auziàs, 213
March, familia, 213
Marchisano, monseñor F., 418
[Marco] Antonio, 353
Marco Aurelio, 392, 421, 423
Margil de Jesús, Antonio, 80
Maritain, Jacques, 31, 54, 222
Marlowe, Christopher, 226, 238
Márquez, Pedro José, 69
Marquina, [Félix Berenguer de], 66
Marsilio, 203
Martín Caballero, San, 135
Martínez, Herminio, 15, 417
Martínez, Félix María, 390
Martínez, José Luis, 7, 9, 14, 16, 17, 18, 117, 140, 151, 156, 176, 256, 257, 271, 272, 276, 290, 303, 329, 342, 369, 372, 384, 392, 395, 402, 406, 407, 412, 427, 428, 429, 430, 459, 463, 475, 478, 483, 486, 489, 492, 498, 517
Martínez, Luis María, 156
Martínez, Mauro M., 63
Martínez Báez, Antonio, 124, 336
Martínez del Río, Pablo, 375
Martínez Peñaloza, Porfirio, 7, 14, 15, 16, 125, 378, 389, 390, 391
Martínez Sotomayor, José, 312
Marx, [Carlos], 25, 52
Mastretta, Ángeles, 483
Mathes, Miguel, 466
Matteucci, Nicola, 54
Mauriac, François, 404
Mauro, Tullio de, 150
Maximiliano, 39, 67, 68, 73, 74, 75, 79, 83, 85, 291, 292
Máynez, Pilar, 248
Mead, Margaret, 27
Medina, Francisco de, 498
Medina, Jesús, 395
Mejía Sánchez, Ernesto, 344
Mellado, Francisco de Paula, 59, 60
Melville, Herman, 392
Mena Arroyo, Luis, 409
Menandro, 359
Mendel, [Juan Gregorio], 127
Méndez Arceo, Sergio, 43, 272
Méndez Plancarte, Alfonso, 43, 52, 354, 366, 378, 379, 380, 384, 390, 405, 406, 410, 415, 417, 429, 500
Méndez Plancarte, Gabriel, 43, 52, 356, 378, 379, 380, 384, 390, 405, 406, 415, 417
Mendieta, fray Jerónimo de, 262, 380, 382, 394, 395
Mendoza, Antonio de, 72

Péguy, [Carlos], 31
Pellicer, Carlos, 43, 283, 372, 392, 400, 407, 411
Peña, Ernesto de la, 9, 13, 14, 140, 151, 152, 154, 155
Peña, Rafael Ángel de la, 140, 154, 252, 253, 396
Peña y Peña, Manuel de la, 79
Peñalosa, Joaquín Antonio, 43, 417
Perdomo, María Teresa, 405, 410, 412, 417
Pereda, José María de, 126, 373
Pérez, Manuel, 474
Pérez Galdós, [Benito], 126
Pérez Gil, Manuel, 409
Pérez Maldonado, Carlos, 16
Pérez Tamayo, Ruy, 8, 9
Pericles, 363
Periñán, Blanca, 168, 169, 170, 175
Pesado, José Joaquín, 62, 64, 81, 82, 84, 385
Petrarca, 96
Petrutio (o Petruzzi), Pedro Jacobo, 263
Petsch, R., 226, 237
Pichardo, Esteban, 503
Pimentel, Filomena, 393
Pimentel, Francisco, 63, 64, 82, 393
Pimentel [Álvarez], Julio, 272
Píndaro, 359
Pío X, 35
Pío XI, 34
Pío XII, 34
Pitol, Sergio, 278
Plantino, [Cristóbal], 120
Platón, 29, 111, 112, 146, 198, 214, 215, 222, 346, 359, 362, 421
Plenzat, C., 226, 237
Plinio, 461
Plotino, 215, 222
Plutarco, 353
Poe, Edgar Allan, 350
Pomar, Juan Bautista, 394
Ponce, fray Alonso, 382
Ponce, Manuel M., 256, 415
Ponce Zavala, Manuel, 7, 13, 15, 17, 43, 256, 268, 269, 270, 386, 390, 399, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 419
Poniatowska, Elena, 483
Pope, [Alejandro], 451
Popovitzky, Boris, 152
Portilla, Anselmo de la, 62, 82, 84, 92
Posada, José Guadalupe, 300
Posadas [Ocampo], Juan Jesús, 409, 418
Pound, Ezra, 368
Prescott, William H., 82, 393, 396, 397, 428
Prieto, Guillermo, 64, 83, 291, 300, 321
Prieto Riodelaloza, Raúl, 106
Proixita, Gilabert de, 213
Proust, Marcel, 153, 392,
Puente y Apezechea, Fermín de la, 396
Puga, Vasco de, 394
Pulido Silva, Alberto, 366

Quevedo [y Villegas, Francisco de], 498
Quijano, Alejandro, 156, 342, 484
Quirarte, Vicente, 279
Quiroga, Vasco de, 253, 263, 445, 455, 456, 470

Rabanales, Ambrosio, 505
Rabasa, Emilio, 93, 124, 333, 336
Radermacher, L., 226, 236, 237
Rafael, Rafael de, 61, 63
Rahab, 231
Ramírez, Ignacio, 41, 291, 334, 495
Ramírez, José Fernando, 62, 64, 83, 87, 88, 396, 473
Ramírez de Fuenleal, [Sebastián], 394
Ramírez Leyva, Edelmira, 303
Ramírez Torres, Rafael, 359
Ramos, Samuel, 214, 373
Ramos I. Duarte, Félix, 517, 518
Ramos Meza, Ernesto, 16, 470
Rangel Guerra, Alfonso, 15

Rangel Frías, Raúl, 488
Rayón, Ignacio, 62, 64, 83
Reinach, [Salomon], 359
Renard, Jules, 371, 392
Reuter, Jas, 158
Revillagigedo, virrey de (véase Güemes Pacheco de Padilla y Horcasitas, Juan Vicente)
Revollo, [Pedro María], 249
Revueltas, [José], 313
Reyes, Alfonso, 16, 128, 133, 212, 217, 218, 219, 269, 283, 284, 293, 304, 305, 311, 314, 315, 321, 324, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 370, 375, 392, 448, 483, 486, 487, 488, 500
Reyes, Bernardo, 45, 353
Reynoso, Salvador, 430
Ricardo, Antonio, 471
Richardson, Charles, 101, 103
Richelet, [César Pedro], 98
Rilke, Rainer Maria, 54, 145, 147, 152, 392
Rimbaud, [Arturo], 214
Rimsky-Korsakov, [Nicolás], 115
Rincón, Antonio del, 472, 474
Riva Palacio, Vicente, 291
Rivera, Diego, 51, 211, 333
Roa Bárcena, José María, 62, 84, 87, 499
Robelo, Cecilio A., 429, 430
Robert, Paul, 105
Rodenbach, Albrecht, 43
Rodríguez Adrados, [Francisco], 359
Rodríguez Galván, Ignacio, 79
Rodríguez Juárez, [Juan], 287
Rodríguez Lupercio, Francisco, 474, 475
Roget, Peter Mark, 101, 102, 110
Rojas,.Fernando de, 392
Rojas Garcidueñas, José, 384, 390
Rolón, Juan, 473
Romero de Valle, Emilia, 18, 489, 490
Romero Flores, Jesús, 390
Romero de Terreros, Manuel, 88
Romeu Figueras, José, 175
Rona, José Pedro, 505
Rosas de Oquendo, Mateo, 299
Rossetti, Gaia, 274
Roussel, Raymond, 308
Roviralta B., J., 238,
Royston Pike, E., 459
Ruelas, [Enrique], 400
Ruiz de Alarcón, Juan, 80, 321
Ruiz Solórzano, Fernando, 416
Rulfo, Juan, 13, 15, 303, 304, 305, 306, 307, 309, 312, 313, 314, 316, 317, 322, 324, 325, 326, 448,
Rutebeuf, [trovador], 225, 237

Saab, Salma, 420
Saavedra, Joaquín, 63
Saavedra Guzmán, Antonio de, 393, 499
Sabines, Jaime, 278, 400
Sáenz de Santa María, Carmelo, 473
Safo, 359, 368
Sahagún, fray Bernardino de, 173, 250, 284, 380, 392, 428
Sainte Beuve, [Carlos Agustín], 352
Sainz de Baranda, Pedro, 84
Salazar, Eugenio de, 286
Salinas, Pedro, 498
Salinas de Gortari, Carlos, 494
Salmerón, Fernando, 8, 9, 14, 17, 182, 198, 199, 200, 201, 202, 204, 209, 210, 278, 399
Salomón, 165
San Juan Crisóstomo, fray Manuel de (Manuel Nájera), 67, 69, 82
Sánchez de Tagle, Francisco Manuel, 340, 389
Sánchez de Vercial, Clemente, 226, 237
Sánchez Robayna, Andrés, 55
Sánchez Santos, Trinidad, 44
Sánchez Vázquez, Adolfo, 407
Sancho IV, 226
Sanctis, [Francisco] de, 352

Vorágine, Jacobo (o Santiago) de la, 225, 237

Wagner, Fernando, 400
Wagner, [Richard], 153
Walker, John, 101
Wardropper, B. W., 238
Warren, J. Benedict, 470
Wartburg, Walther von, 105
Waugh, [Evelyn], 31
Webster, Noah, 101, 104
Weiss, Peter, 321
White, Leslie A., 397
Wierman, Richard Saul, 127
Wilamowitz, [-Möllendorf, Ulrico von], 358, 359
Wilde, [Óscar], 371, 375
Williams, Tennessee, 321
Winter, Marcus, 245
Wittgenstein, 305
Wright, Eduard A., 321

Ximénez, Francisco, 430
Xirau, Joaquín, 213, 214, 222
Xirau, Ramón, 10, 13, 14, 55, 211, 221, 222, 223, 483

Yang, profesor, 152
Yáñez, Agustín, 89, 313, 324, 384, 385, 392, 400, 402
Yung Lo, 104

Zaid, Gabriel, 8, 9, 14, 17, 166, 175, 179, 407, 409, 411, 412, 414, 432, 442, 520
Zahn, Th., 226, 237
Zaïtzeff, Serge I., 16, 374
Zambrano Bonilla, Joseph, 473
Zanolli, Uberto, 418
Zaqueo, 232
Zarco, Francisco, 64, 85
Zárraga, [Ángel], 51
Zavala, Lorenzo de, 68, 335
Zavala, Silvio, 7, 9, 336, 427
Zavarella, Salvatore, 273
Zaynos, Francisco (véase Ceynos, Francisco)
Zorita, Alonso de, 394
Zorrilla, [Óscar], 237
Zuloaga, Félix, 68, 75
Zumárraga, fray Juan de, 394, 395, 398, 445, 466
Zumthor, Paul, 168
Zúñiga, Juan de, 263

ÍNDICE GENERAL

Academia Mexicana [1988] 7
Academia Mexicana [1996] 9

ACADÉMICA

Electos 13
Numerarios 14
Correspondientes mexicanos 15
Correspondiente extranjero 15
Honorario 15
Fallecimientos 15
Homenajes 16
Un nuevo *Diccionario de mexicanismos* 16
Trabajos diversos leídos en sesiones ordinarias 17
Ponencia 17
Discursos leídos en ocasiones especiales 17
Discursos al recibir diversas distinciones 18
Participación en el IX Congreso de Academias de la Lengua Española 18
Participación en el X Congreso de Academias de la Lengua Española 18

DISCURSOS DE RECEPCIÓN Y RESPUESTAS

Muerte y resurrección de la cultura católica, por Gabriel Zaid 21
El Diccionario Universal de Orozco y Berra, por José Rogelio Álvarez 56

HOMENAJE A DON JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA

Homenaje a don Joaquín García Icazbalceta, por José Luis Martínez 392

HOMENAJE A SERGIO GALINDO, MANUEL PONCE Y ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO

Recordación de Sergio Galindo, por Fernando Salmerón 399
Los "misterios" lucientes de Manuel Ponce, por Tarsicio Herrera Zapién 405
Recordación de don Antonio Gómez Robledo, por Roberto Moreno y de los Arcos 419

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

VARIAS FICHAS

La voz tequio, por José Luis Martínez 427
Azteca, mexica, por José Luis Martínez 428
Tocotín, por José Luis Martínez 428
Sobre el origen de la voz tapatío, por José Luis Martínez 430

La ch y la ll como capítulos del Diccionario, por Gabriel Zaid 432
Sobre el origen etimológico de la ch y la ll en castellano, por Tarsicio Herrera Zapién 435
Ortografía de las cifras, por José G. Moreno de Alba 437

PONENCIA

Los poetas neolatinos de México en el siglo XVIII y su contribución ideológica e histórica, por Carlos Montemayor 445

DISCURSOS EN OCASIONES ESPECIALES

En el homenaje de la lengua española a Antonio de Nebrija, por José Luis Martínez 459
Nebrija en México, por José Luis Martínez 463

Saludo a Burgos y al V Congreso del Español en América, por José Luis Martínez 478

DISCURSOS AL RECIBIR DIVERSAS DISTINCIONES

Para recibir el Premio Mazatlán de literatura, por José Luis Martínez 483
Para agradecer la Medalla de Acero al Mérito Histórico "Capitán Alonso de León", por José Luis Martínez 486
Algunos recuerdos de Rafael Heliodoro Valle y de Emilia Romero, por José Luis Martínez 489
Para agradecer el Premio Jalisco 1991, por José Luis Martínez 492
Discurso al recibir la medalla Belisario Domínguez del Senado de la República, por Andrés Henestrosa 494
Para agradecer el Premio Internacional Menéndez Pelayo, por José Luis Martínez 498

PARTICIPACIÓN EN EL IX CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Revisión de mexicanismos en el Diccionario de la Academia, por José G. Moreno de Alba 503
Ch y ll: ¿Una o dos letras?, por José G. Moreno de Alba 510

PARTICIPACIÓN EN EL X CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Un nuevo diccionario de mexicanismos, por José Luis Martínez 517
Investigaciones académicas sobre mexicanismos léxicos, por José G. Moreno de Alba 523

Índice onomástico 527